



I. BIGGI

El
Santuario



Lectulandia

A principios del siglo XIV, la orden de los templarios parece abocada a su desaparición. Su Gran Maestre acude a los monarcas europeos para pedirles ayuda para recuperar Jerusalén de las manos de los mamelucos, pero apenas obtiene de ellos una retahíla de palabras amables. Ante una situación desesperada, los templarios deciden ocultar el valioso legado que custodia la orden, un símbolo de vital importancia y valor incalculable para la humanidad, en un lugar del Pirineo aragonés. A comienzos del siglo XX, Alfonso XIII desarrolla el proyecto de construcción de una polémica línea de ferrocarril que cruce los Pirineos para unir Aragón con Francia, consciente de que en su ejecución están en juego suculentos beneficios. Sin embargo, el más ambicioso puente tendido entre los dos países puede poner en peligro el secreto que los herederos de la orden clandestina han jurado defender a cualquier precio...

I. Biggi reúne elementos reales y ficticios en varios planos temporales convirtiendo El Santuario en una novela que dosifica con gran agilidad historia y aventura. Una narración que reúne con aparente facilidad versiones alternativas de los Evangelios, la desaparición de una orden religiosa fascinante y la interpretación en clave conspirativa de un capítulo crucial de la historia de España.

Lectulandia

Iñaki Biggi

El Santuario

ePub r1.0

Titivillus 08.01.2019

Título original: *El santuario*
Iñaki Biggi, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

En memoria de Cristina y Federico

AGRADECIMIENTOS

Estas páginas están empapadas en sangre, sudor y lágrimas. Estas últimas pertenecen a Marta, una persona maravillosa a la que agradezco de corazón todo lo que ha hecho por mí durante años y desde aquí le digo: «Lamento en el alma haberte fallado». El sudor corresponde a quienes con sus comentarios, revisiones, consejos, sugerencias, paciencia y muchos ánimos, han colaborado en esta novela. Pablo, Carlos, Evaristo, Jesús, Juan... a todos ellos mi más sincero agradecimiento.

La sangre es mía. Esta obra, como si se tratase de un vampiro, me ha dejado sin ella. Espero no sufrir por su causa la maldición de Fausto.

Mi agradecimiento a Montse Yáñez, mi agente, y a Elena Ramírez, mi editora, por haber creído en mí.

PRÓLOGO

El prisionero, sentado en el suelo de la sucia y oscura celda, sostenía la cabeza entre las manos. Vestido con una mugrienta túnica, el pelo ralo y la barba descuidada, aquel anciano roto apenas recordaba al orgulloso caballero de otros tiempos.

Jacobo de Molay había sido un temido y admirado guerrero. Alto, fornido, con una melena y barba tan negras como sus brillantes ojos, tenía varias cicatrices que daban fe de su carácter impulsivo y ardiente.

Ahora, solo y olvidado, no era sino un fantasma que se negaba a morir, aunque — no se engañaba— no tardaría mucho.

Mientras las ratas correteaban por la celda buscando alguna miga de pan, el viejo recordaba con tristeza una vida que ya tocaba a su fin.

Había ingresado en la Orden de los Caballeros de Cristo con dieciséis años, apadrinado por su tío, convencido de obtener la gloria en una épica lucha por Tierra Santa.

Con dificultad acató los votos de pobreza, obediencia y castidad que la Orden religiosa imponía a sus caballeros, ansiando el momento de ser nombrado caballero templario y poder luchar en Jerusalén.

En San Juan de Acre, en el castillo de los peregrinos, una magnífica fortaleza por cuyas murallas podían cabalgar tres caballeros en fila, uno al lado del otro, conoció al que sería su mejor amigo, Godofredo de Charney, un descomunal normando, fanfarrón y pendenciero.

Durante años los dos inseparables compañeros se batieron codo con codo contra los infieles, forjándose una temible reputación. Juntos participaron en la defensa de Acre hasta su capitulación.

Diezmados, los templarios se refugiaron en Chipre, donde Jacobo fue nombrado gran maestre de la Orden a la muerte de Teobaldo Gaudin, que no se había podido reponer de las numerosas heridas sufridas en combate.

Tras nombrar a su inseparable Godofredo senescal, Jacobo de Molay se instaló en el castillo de Limasol, al sur de la isla. Hombre de acción, De Molay se esforzó en estar a la altura de las circunstancias, pero era evidente que los tiempos habían cambiado y la Orden se precipitaba hacia su perdición.

Visitó a los principales reyes de la Cristiandad y se alarmó ante el rápido olvido en que se sumía la Orden y la avaricia que mostraban sus gobernantes, especialmente el monarca francés, Felipe el Hermoso, ansioso por echar mano a la fortuna de los templarios.

Con el espíritu aún más sombrío regresó a Chipre y se preparó para lo que parecía inevitable: la desaparición de la Orden que durante dos siglos miles de hombres habían contribuido a engrandecer.

Jacobo sabía que la Orden estaba enferma. Durante años, muchos hombres, tanto caballeros como artesanos y sirvientes, habían ingresado en ella para disfrutar de sus prebendas. Otros, valientes caballeros que antiguamente habían combatido con valor, se mostraban ahora licenciosos en la obligada ociosidad.

Eran ricos, poderosos, temidos e independientes. Esto provocaba la envidia de reyes y plebeyos, laicos y religiosos. Y, en la hora de la caída, muchos eran los que esperaban cobrarse viejas ofensas.

Tras muchas discusiones, el capítulo general se plegó a los razonamientos de Jacobo. Éste pensaba que la única manera de proteger el preciado tesoro, celosamente custodiado por la Orden, era pasar a la clandestinidad.

Los orgullosos caballeros, poco acostumbrados a tener que esconderse, se prepararon para trasladar su secreto a la Torre del Temple, en París, donde quedaría depositado temporalmente, a la espera de encontrarle un refugio definitivo.

Antes del último acto y la desaparición aparente de la Orden, Jacobo de Molay visitó un desconocido convento donde se entrevistó con un anciano abad. Muy pocos caballeros templarios conocían la existencia del monasterio y lo que en él se ocultaba.

Ásperas palabras cruzó con el abad antes de que éste se rindiera a la evidencia y accediera a expatriarse. Para lograrlo, Jacobo debió prometerle que el emplazamiento elegido sería el definitivo, hasta que llegara el día en que pudieran regresar a Tierra Santa.

Durante los años siguientes, su espada se oxidó en la vaina y el brazo que la aferrara mermó. Ya no se libraban guerras contra los infieles sino entre cristianos. Sus propios caballeros le reprochaban lo que consideraban una cobardía y una traición: no luchar por la hegemonía perdida.

Cómo explicarles que la misión de la Orden del Temple iba más allá de la conquista de tierras. Cómo decirles que eran los señalados para devolver al mundo un linaje que terminaría con las guerras y la miseria. Tan sólo unos pocos elegidos conocían la verdad, y así debería seguir siendo.

A pesar de saber que tanto el papa Clemente V como el rey Felipe el Hermoso, cada uno por sus propios motivos, estaban confabulando para destruirlos, Jacobo de Molay permaneció en Francia ultimando los preparativos que permitirían poner a salvo tanto el tesoro como a los apóstoles del enigmático convento.

Cuando el 13 de octubre de 1307 los comendadores reales abrieron el sobre sellado con el escudo del rey francés, Jacobo, que conocía las órdenes escritas gracias a una filtración, fue detenido junto a Godofredo y el resto de los más de dos mil templarios que había en Francia.

El gran maestro y su senescal compartieron la cárcel y las torturas con el resto de los freires, absurdamente acusados todos de herejía, sodomía y traición.

La Orden fue disuelta mediante una bula papal. Todos sus bienes fueron incautados por las tropas reales. Los caballeros, torturados y asesinados. Pero el principal tesoro que anhelaba el rey francés no apareció.

Jacobo se levantó del frío suelo con dificultad. La humedad y los repetidos tormentos habían quebrantado su cuerpo. Con pasos vacilantes recorrió la celda de lado a lado mientras las ratas trataban de apartarse de su camino.

Si algo lamentaba era su orgullo herido. Moriría sin honor, él, que había combatido con arrojo. Lo haría como un cobarde que había llevado a la poderosa Orden al desastre, sin tratar de capitanear la lucha contra los que les habían traicionado.

La convicción de haber hecho cuanto estaba en su mano para salvar el legado recibido al ser nombrado gran maestro no bastaba para reconfortarle.

Por fortuna, le habían llegado discretas garantías que lo tranquilizaron: tanto el tesoro como los apóstoles habían llegado sin contratiempos al lugar elegido como santuario.

La noche pasó con lentitud sin que Jacobo tratara de dormir. Ya tendría tiempo de hacerlo en un sueño infinito dentro de poco. Aquellas largas y silenciosas horas las dedicó a la oración y a poner su alma en paz.

Con las primeras luces que se colaban por el ventanuco, le trajeron unas gachas de avena y una jarra de agua que ni se molestó en mirar.

Un poco más tarde entró en la celda el innoble Guillermo de París, inquisidor dominico al servicio del rey. Plantándose frente a Jacobo, que permanecía sumido en sus pensamientos, el inquisidor le volvió a repetir una vez más qué esperaba de él.

Como en anteriores ocasiones Jacobo pareció no darse cuenta de la presencia de su enemigo. El dominico, airado, salió de la celda. En su lugar apareció un carcelero, que depositó junto a la puerta un hatillo de ropa.

El guardia estaba un tanto nervioso. Años atrás, la Orden del Temple le había dado trabajo y hogar cuando un juez corrupto lo despojó de sus escasos bienes por una denuncia falsa. Ahora poco podía hacer para devolver el favor, pero entre las ropas del templario había un objeto que, sin duda, éste agradecería.

Más intranquilo aún se fue el inquisidor. Creía haber quebrantado la voluntad del gran maestro, pero lo carcomía la duda de si la indiferencia de éste no ocultaría algún ardid. Tenía la terrible sospecha de que su ilustre prisionero iba a depararle alguna desagradable sorpresa.

Guillermo de París necesitaba una confesión pública del maestro templario para terminar con la resistencia de algunos de los freires y con las simpatías del pueblo. Para ello había prometido a Jacobo la libertad si reconocía los crímenes que se le imputaban, algo que, desde luego, no estaba dispuesto a cumplir.

Pensando que el efecto de su función sería aún mayor, había dado órdenes para que se entregara a los prisioneros sus ropas de caballeros. Los parisinos todavía sentían reverencia por aquellos hábitos y la confesión resultaría demoledora.

Turbado por la emoción Jacobo tomó las prendas. Sus torpes manos recordaron el ritual. Primero la camisa y el calzón. Encima el sayo holgado que llegaba hasta las

rodillas, la túnica de estrechas mangas para que no estorbaran el manejo de la espada y el ancho cinturón.

Aunque sucias, aquellas prendas de ropa le conferían parte del honor perdido. Con ellas había dado muerte a decenas de mamelucos. Ahora, debido al peso perdido y a su espalda quebrada, le colgaban como un saco.

Con esfuerzo se echó el manto por encima. Tuvo problemas con el cierre. Una solitaria lágrima le corrió por la mejilla al ver de nuevo la cruz roja sobre el pecho.

Se apoyó en la pared y trató de ponerse el par de calzas de paño. Con la segunda tuvo problemas. Extrañado, metió la mano en la calza. Sus dedos se cerraron en torno a un objeto.

Con un nudo en la garganta se acercó el medallón de oro a los ojos. Se trataba del *Beusant*, la bella enseña, distintivo de los grandes maestros, con los colores blanco y negro separados verticalmente, símbolo de la dualidad que regía la Orden. En el contorno del medallón podía leerse: «*Magnus Templariorum Magister*».

Mientras se colocaba el medallón y lo escondía bajo la túnica, la puerta de la celda se volvió a abrir y entró de nuevo el carcelero. Con una mirada de agradecimiento, Jacobo se dispuso a seguirlo a través de los húmedos pasillos.

De las celdas contiguas sacaron a tres compañeros de Jacobo, entre los que se encontraba su senescal, Godofredo, el gigante normando, que le sonrió como si nada pasara. Más animado, el maestro devolvió la sonrisa y siguió a los carceleros por las escaleras.

Frente a la catedral de Notre Dame, en París, a la orilla del Sena, los cuatro caballeros fueron obligados a subir a una tarima levantada para la ocasión. Delante del numeroso público se les leyeron los cargos.

Ante el asombro de los escandalizados prelados y del propio Guillermo de París, los dos amigos manifestaron a viva voz su inocencia. Fueron prontamente reducidos por los soldados y el público dispersado.

No hubo clemencia.

Aquella tarde y en la misma tarima donde se habían amotinado, fueron quemados vivos en la hoguera por relapsos. Mientras ardía, el último gran maestro de la Orden del Temple elevó el rostro al cielo invocando a su Dios.

Sus últimos pensamientos fueron para una región agreste, donde se ocultaban los frutos de sus desvelos: el *Summus Portum* de los Pirineos.

7 de octubre de 1307. París

Se ultimaban los preparativos para la huida. La carreta, cubierta de paja hasta arriba, sería conducida por dos hombres. Uno de ellos era el mejor soldado que jamás tuviera el gran maestro Jacobo de Molay bajo su mando. Obediente, leal e inteligente, Bertrand de Périgord poseía una fuerza sobrehumana temida por sus enemigos. El

otro era su propio lugarteniente, Rigoberto de Caen, el senescal de la Orden. Aunque se diría joven para ocupar el cargo, era su gran esperanza.

Llevaban años juntos y sabía que podía confiar ciegamente en sus poco ortodoxas maneras de cumplir las órdenes. Había llegado a ser para él el hijo que jamás tuvo ni tendría ya. Con lágrimas en los ojos abrazó a su sucesor, consciente de que sería la última vez que lo vería.

Aún preguntó una vez más el joven si no existiría otra solución que permitiera la huida del anciano, conociendo por adelantado la respuesta. Jacobo lo miró sonriendo y susurró: *Deus lo volt!* (Dios lo quiere). El senescal sonrió ante la alusión al lema de las cruzadas, bajo el que los primeros freires habían combatido para ganar Tierra Santa.

Con un apretón de ambos antebrazos se despidió Jacobo del senescal y se separó de la carreta, a la que se subieron sus compañeros, camuflados con las ropas de los sargentos de servicio doméstico, sin la cruz distintiva de la Orden. El senescal cogió las riendas de los bueyes uncidos por el yugo que tirarían de la carreta y esperó a que abrieran el portón de la Torre del Temple.

Otros hombres desatrancaron la entrada. Uno de ellos salió afuera para otear la zona. Miró arriba y abajo. Sólo encontró a dos mendigos apoyados contra la pared, tratando de prepararse una cena tardía. Eran cerca de las ocho y había oscurecido. El hombre no observó ningún movimiento e hizo un gesto con la mano a los de dentro.

Era la hora. Con un último saludo de despedida, la carreta comenzó a moverse y abandonó la acogedora luz de la Torre del Temple, que cerró sus puertas en cuanto las traspasaron. Los carreteros se subieron las capuchas para ocultar el rostro e inclinaron el cuerpo hacia delante como harían unos fatigados sirvientes.

Dentro quedaban el gran maestro y varios de sus más distinguidos caballeros. Ahora todo dependía de la suerte.

Durante meses habían preparado aquella maniobra. Cuando los mamelucos de Saladino los expulsaron de Jerusalén, De Molay recorrió Europa entrevistándose con los grandes hombres de la Cristiandad. Sólo buenas palabras pero ningún ofrecimiento para retomar Tierra Santa.

El encuentro más revelador fue el mantenido con Jaime II de Aragón, con el que el Temple mantenía muy buenas relaciones. El monarca le advirtió del peligro que representaba quedarse sin misión en Ultramar. La Orden carecería de sentido y estaría a merced de los buitres que anhelaban sus tierras y fortunas. Jaime prometió, no obstante, apoyar su causa; pero si, como creía, la Orden tenía las horas contadas y comenzaba la rapiña, él debería velar por los intereses de sus vasallos. Se negaría a tomar nada, mas no permitiría que los bienes de la Orden en sus dominios recayeran en la Iglesia o en otras manos que no fueran las suyas. Al fin y al cabo las posesiones del Temple en Aragón eran en su mayoría producto del agradecimiento de los

diversos monarcas por la ayuda recibida en su guerra contra los moros. Si la Orden desaparecía era justo que retornaran las posesiones a su rey.

De vuelta a Chipre convocó el capítulo general, para explicarles la delicada situación en la que se encontraban. Durante una semana entera debatieron, a veces a viva voz, hasta que Godofredo de Charney, senescal de Jacobo y defensor a ultranza de éste, pidió silencio para dejar hablar al gran maestro. De Molay hizo una pormenorizada exposición de lo que suponía iba a suceder en un futuro no muy lejano y de los riesgos que comportaba. Más de un miembro del capítulo se quedó con la boca abierta al enterarse del secreto que hasta entonces sólo compartían unos pocos elegidos.

A duras penas y gracias al apoyo de Godofredo consiguió De Molay la aprobación a sus planes.

Como primera medida se destituyó a Godofredo, nombrándolo maestro de Normandía, puesto vacante por la muerte del titular, y se ascendió a senescal al joven Rigoberto de Caen. Éste tendría que aplicarse durante los años que se avecinaban para comprender todos los entresijos de la Orden, preparándose para su desaparición. Como segunda medida, se aprobó el traslado del arca que Hugo de Pains había hallado en las caballerizas del Templo de Salomón cuando fundara la Orden. El lugar escogido temporalmente sería la Torre del Temple en París, casa central en Occidente, donde se hallaría segura. De Molay creía que el actual heredero de Saladino conocía el contenido del arca y que aspiraba a poseerla, por lo que era necesario alejarla de su alcance. Una vez se encontrara un escondite idóneo se depositaría en él para cuando fuera necesario recuperar el arca.

Y, se dijo De Molay, habría que hablar con los Apóstoles, de los que sólo unos pocos elegidos habían oído hablar. Algo de lo que se tendría que ocupar personalmente, acompañado por su joven senescal. Aquélla sería la parte más dura: reconocer su fracaso ante aquellos hombres.

Durante los años siguientes De Molay instruyó, con la ayuda de Godofredo, al joven senescal para la misión que le esperaba: ser su sucesor cuando él fuera prendido por las tropas del rey. Sería el primer gran maestro que ostentaría el cargo en la clandestinidad y su primordial misión sería la de salvaguardar el legado templario, a la espera de que algún día fuera posible retomar Jerusalén.

De Molay tuvo un grave quebradero de cabeza para encontrar el emplazamiento definitivo del arca. Ningún lugar le parecía lo suficientemente seguro. Oriente resultaba impensable, las continuas disputas entre árabes y turcos suponían una amenaza. Además, De Molay no estaba seguro de cuántos dirigentes musulmanes estaban al corriente del expolio sufrido en la primera Cruzada en el Templo de Salomón. De los países europeos, los del norte resultaban demasiado imprevisibles. Los centroeuropeos eran demasiado afines al Papa y podían desvelarle la importancia del tesoro. De Francia provenía el principal peligro, en la figura de su rey y, si resultaba cierto lo que contaban sus espías en palacio, el monarca tenía cierta idea

sobre el tesoro que custodiaban. Sólo restaba la península Ibérica, pero ésta luchaba contra los moros.

De Molay y Godofredo dejaron de lado mucho tiempo la elección del lugar, hasta que se dio la alarma. Se mandaron correos con mensajes encriptados a las encomiendas, especialmente al preceptor de Aragón, en cuyas tierras finalmente se escondería el arca, aprovechando la inviolabilidad de las montañas pirenaicas. Allí el tesoro estaría a buen recaudo de los moros, fuera del alcance de Felipe, pero lo suficientemente cerca para cuando fuese necesario recuperarlo.

Ahora se consumaba el penúltimo capítulo de la tragedia. En el éxito de la huida se cifraba el futuro de la Orden, cuyo prólogo sería la caída de la misma.

Uno de los mendigos que estaba sentado frente a la torre, se puso de pie tambaleándose y se alejó hasta unos arbustos para evacuar la vejiga mientras la carreta se alejaba en la otra dirección. Tras aliviarse volvió junto a su colega. Del otro lado del arbusto todavía humeante, una sombra se alejó sigilosa. No estaba muy contenta. Llevaba varias partidas de naipes con sus compañeros, perdiendo parte de la soldada y esperaba recuperarse, pero las instrucciones eran claras. En cuanto el vagabundo diera la señal debería incorporarse a su patrulla y seguir la carreta. Se preguntó si su compañero disfrazado de vagabundo no estaría bebido de verdad, cuando le aseguró que uno de los ocupantes de la carreta era ni más ni menos que Rigoberto de Caen, senescal de la Orden Templaria y nieto de un antiguo gran maestre.

Los dos templarios dirigieron la carreta hacia el sur, siendo seguidos discretamente por una patrulla de cinco hombres, entre los que se encontraba el desafortunado jugador. Durante toda la noche avanzaron sin variar el rumbo, alternándose los perseguidos en la conducción mientras el otro dormía en lo alto de la paja, ante el enfado de sus perseguidores que, a caballo, no podían hacer lo mismo.

Aún no había amanecido cuando perseguidores y perseguidos alcanzaban las puertas de la catedral de Chartres, por donde pasaron sin detenerse. Eran tiempos de paz y la ciudad no cerraba sus murallas por la noche, acogiendo a los viajeros que en otros tiempos hubiesen tenido que esperar fuera de los muros la salida del sol.

Al poco de dejar Chartres, el sargento de la patrulla detuvo a sus hombres con la mano alzada exigiendo silencio. Se oían los cascos de un par de caballos al galope. Temiendo ser descubiertos se adentraron entre los árboles.

Dos jinetes a caballo, con el manto inconfundible de los templarios al viento, alcanzaron por un costado la carreta. Describieron un círculo alrededor de la misma para asegurarse de que nadie hubiese seguido a los monjes. La patrulla del rey, con las armas en la mano, se mantuvo agazapada.

En cuanto se hubieron alejado, el jefe de la patrulla salió del linde del bosquecillo, dispuesto a no perder de vista ni un instante más el carro. Por fortuna allí estaba. En el recodo del camino, por donde habían venido los caballeros, se procedía a desmontar un campamento. Contó una veintena de lanzas, el doble de caballos enjaezados y cuatro carretas similares a la que perseguían. En ésta, hombres con hábitos oscuros que denotaban su condición de hermanos de servicio, se afanaban en arrojar el heno que transportaba, sustituyéndolo por los sacos y vituallas necesarios para una patrulla de escolta, como simulaba ser aquélla, encubriendo de esta manera lo que ocultaban debajo. Los falsos monjes, mientras, hablaban con el que comandaba la patrulla. Por los gestos respetuosos que éste utilizaba para dirigirse a ellos, el acechador dedujo que verdaderamente se trataban de personajes importantes.

Cuando regresaron los dos caballeros de su ronda, el campamento ya estaba levantado, la carreta preparada y listos para la marcha. El oficial del rey regresó con sus hombres. Aunque hubiera querido detener a los templarios en ese momento no hubiese podido hacer nada. Eran cinco contra veinte caballeros, más los sargentos de servicio, que también se contaban como combatientes. Pero sus órdenes eran seguir la carroza hasta que estuviera cerca del puerto al que según sus superiores se dirigía, y cuando se dispusieran a embarcar, detenerlos, auxiliados, claro está, por tropas de refuerzo.

Poco a poco fue apareciendo por el horizonte el sol. Se podía prever una nueva jornada de cielo limpio y, según transcurriera la mañana, con calor. Los hombres del rey empezaron a protestar débilmente a su superior. No habían podido dormir y ahora se les negaba el desayuno, no como a los falsos monjes que saciaban en esos momentos el hambre, montados en la carreta. Para evitar el motín, el sargento dio unas monedas a uno de sus hombres cuando pasaban a cierta distancia de una aldea. El frugal desayuno compartido, consistente en hogazas de pan recién salido del horno y salchichón picante, mejoró el humor de los soldados.

La jornada transcurrió tranquila. A pesar del calor los monjes fugitivos no se quitaban las capuchas, como si no quisieran ser vistos por algún campesino o viajero. La patrulla templaría solamente se detuvo una vez, para que los falsos monjes se retiraran tras unos arbustos a aliviarse. Cuando algún miembro restante de la comitiva necesitaba hacer lo propio, la caravana continuaba su marcha, teniendo que correr detrás el rezagado; otra muestra de la calidad de los fugitivos.

Anochece cuando llegaron a Vendôme, tras una fatigosa marcha en la que la comitiva había evitado todos los pueblos y la presencia de viajeros avistados a tiempo por los hombres de avanzada. El camino se había hecho un poco más ameno cuando bordearon el curso del río, pero incluso esto llegó a aburrir.

Los templarios montaron el campamento a las afueras de Vendôme y encendieron una fogata para recomponerse de la jornada con una buena cena, ante la envidia de sus perseguidores, que no podían permitirse el lujo de prender fuego para no delatarse, teniendo que contentarse con una cena fría envueltos en sus mantas.

Tras la cena se ofició completas y, como en el resto de la jornada no se habían celebrado las demás liturgias prescritas, el clérigo entendió que unas oraciones extra situarían las almas de los piadosos templarios a la altura adecuada. Los soldados del rey observaban con aburrimiento el oficio. Por lo menos aquella noche la patrulla, respetando las preceptivas guardias, podría dormir.

El soldado que se ocupaba de la tercera guardia, despertó durante la noche a su sargento. En el campamento de los perseguidos se levantaban las tiendas y se aprestaban a celebrar los maitines. El jefe de la patrulla ordenó prepararse a sus hombres, que aprovecharon el desayuno de la comitiva para mojar restos de pan en sus escudillas llenas de vino aguado.

El viaje prosiguió. Evitaron contacto con otras ciudades o habitantes, descansando a menudo como si no tuvieran prisa, para recitar los oficios o dar de beber a los caballos. Los templarios, bien pertrechados y con libertad de movimientos, pudieron disfrutar de un viaje relativamente cómodo, no así sus perseguidores, escasamente aparejados, que, sin poder encender fuego para no ser descubiertos, se tenían que conformar con las mantas como único abrigo y una frugal pitanza basada en pan, queso y tasajo de jabalí, adquiridos aquí y allá en algún solitario caserón del camino. Más de una patada tuvo que repartir el sargento real para ser obedecido por sus descontentos soldados.

La víspera del trece, día señalado para la detención de todos los templarios, se encontraban ya próximos a la costa. Éste era el sexto día desde la noche en que habían salido de la Torre del Temple, y se habían detenido inesperadamente a las puertas de lo que seguramente era el final del trayecto.

El sargento francés trataba de descubrir el motivo de la parada, antes de mandar a buscar el apoyo de las guarniciones de La Rochelle y Niort que, esperando noticias suyas, habían doblado el número de efectivos ante la expectativa del asalto. El delator no había podido precisar qué puerto sería el de la huida. Lo más normal era utilizar La Rochelle, donde el Temple tenía fondeada toda su flota, pero resultaría demasiado evidente y el rey mantenía acantonada allí una guarnición lo suficientemente poderosa como para evitar la fuga. También se había especulado con el puerto de Royan, más al sur, con una guarnición más pequeña o la posibilidad de cruzar discretamente a Île d'Oléron y allí embarcar.

Durante toda la mañana el sargento se encargó personalmente de la vigilancia, esperando una señal que le indicase cuáles eran las intenciones de la comitiva. Molesto como estaba con la situación, se desahogó con sus indolentes hombres, quejosos del apetitoso olor a cecina frita que provenía del campamento, obligándolos a asear sus monturas.

Por fin, después de celebrar vísperas, el capitán de los caballeros dio la orden de marchar. El jefe de la patrulla sonrió. Calculaba que sobre el anochecer podían alcanzar la ciudad costera de La Rochelle. Si querían ir a Royan, amanecería para

cuando llegaran y serían descubiertos. L'île, muy cercana, no podía ser cruzada a oscuras. Tenía que ser La Rochelle.

Despachó a uno de sus hombres con dos caballos, uno de refresco, para que alcanzara lo antes posible la ciudad de Niort. Allí se reuniría con las tropas reales y se unirían a las de La Rochelle cerca del puerto. Tendría que darse mucha prisa. El soldado partió a pleno galope.

Próximos ya a las puertas de La Rochelle, el mensajero regresó a galope tendido, tras dar un rodeo para evitar ser visto por los vigías de la comitiva.

—Señor —comunicó el mensajero a su superior, con la voz entrecortada por el esfuerzo—, la flota ha largado amarras. La guarnición esperaba nuestra llegada y no se ha apercebido de la partida hasta que era demasiado tarde. No tenemos cerca barcos para cortarles el paso. Me temo que los hemos perdido.

—¿Dónde están las tropas del rey? —preguntó alarmado el sargento.

—A unas seis millas, señor. Me he adelantado para recibir órdenes.

El sargento reflexionó sobre la marcha. Ya nada se podía hacer respecto a la poderosa flota naval. Contaba con pillarla desprevenida justo cuando llegaran los pasajeros, pero algo había ocurrido. La flota se había alejado mar adentro. No podían acusarlo a él de esa pérdida. Sus órdenes eran seguir a la carreta, sin actuar, hasta que llegara a su destino y éste, ahora se confirmaba, no podía ser otro que La Rochelle. Por allí cerca sólo había aldeas. Algo le decía que las cosas estaban a punto de torcerse. Dio instrucciones al mensajero para que buscara a los soldados de Felipe, y cortaran el paso de los templarios desde una posición ventajosa que imposibilitara la defensa a la comitiva. Debían prender la carreta y a sus ocupantes sin daños.

Con un caballo fresco el mensajero salió otra vez a galope. Atrás quedó la patrulla, con el sargento cada vez más inquieto ante el sesgo que tomaba la situación. Esperaba con impaciencia el momento en que detuvieran a la comitiva, para ver qué había sucedido. Quizá no fuera más que una falsa alarma del almirante de la flota, que en una actitud demasiado suspicaz se asustaba ante algún movimiento extraño. No podía ser que zarparan sin recoger al senescal y aquello que contuviera la carreta, fuera lo que fuese.

Estos pensamientos no lograron tranquilizarlo. Por fortuna no tuvo que esperar demasiado para ver a los soldados de Felipe, que, en una buena maniobra, tenían rodeada la comitiva. Cabalgando hacia la carreta, empujó sin contemplaciones al capitán templario que le exigía una explicación. Los monjes, sentados en el pescante con las capuchas sobre la cabeza, parecían ajenos a la situación. El sargento, de un salto, subió a la carreta y les arrancó los embozos.

Con un grito de ira, golpeó al pobre viejo que lo miraba sin comprender. Arrojó los sacos y abrió los arcones. Sólo contenían comida y vestimentas.

El senescal templario, junto con el misterioso contenido de la carreta, se habían esfumado.

Al otro lado de la frontera, en tierras del reino de Aragón, cerca del puerto de Somport, Rigoberto de Caen descansaba junto a su mariscal, Bertrand de Périgord. Había pasado una semana desde que partieran de París sin poder dormir ni una noche entera. Fuera, los hombres del maestre provincial aragonés, Jimeno de Lenda, velaban el sueño de los viajeros.

En el umbral de la conciencia, Rigoberto rememoraba aquella insólita huida a través de media Francia.

Avisados por el arzobispo de Narbona sobre las intenciones del monarca francés de detener a todos los templarios, habían podido urdir una maniobra destinada a poner a salvo de las garras de Felipe el tesoro de la Orden, antes de que éstas se cerraran.

Se utilizó a un espía que tenía infiltrado Felipe en la Orden, desde tiempo atrás descubierto por ésta, para filtrar la información de que una carreta abandonaría al anochecer del día siete la Torre Vieja, llevando en su interior uno de los bienes más preciados escoltado por el senescal en persona, en dirección a la costa Oeste con el fin de abandonar Francia en barco. No se precisaba el puerto de partida pero sí que, antes de embarcar, contactarían con algún personaje muy relevante. El senescal iría de incógnito, posiblemente sin una escolta armada o a lo sumo una docena de lanzas.

Todo había ido sobre ruedas. Habían esperado a salir de la Torre para ponerse las capuchas, con el fin de dar tiempo a los espías a ver el rostro del senescal. Esto suponía un riesgo, pero De Molay estaba convencido de que sus enemigos no harían nada hasta el día trece, fecha apuntada por el arzobispo Acelin, y la presencia de su lugarteniente sería un cebo para el rey.

El viaje nocturno hasta Chartres resultó incómodo, seguidos de cerca por la patrulla, que no le había pasado inadvertida en ningún momento a Bertrand. Rigoberto temía que, pese a los planes de su mentor, los soldados los atraparan a la salida de París desbaratando la misión. Por fortuna no fue así y solventaron la etapa más crítica de forma satisfactoria.

Con un suspiro de alivio acogieron a los caballeros templarios al llegar al campamento. No hubo un momento de descanso. El objetivo de la falsa batida que dieron los dos jinetes, conocedores de la posición de sus perseguidores, era proporcionarles unos minutos sin vigilancia para retirar el arca oculta bajo la paja y adentrarla en el bosque.

Después, mientras hacían la pantomima de cambiar la paja por sacos y arcones, Rigoberto y Bertrand se alejaron con el arca transportada por dos caballeros templarios disfrazados con los uniformes del rey, bosque a través. Sus hábitos fueron vestidos por dos sirvientes de constitución similar, a los que se les había impartido órdenes tajantes de no quitarse la capucha durante todo el recorrido.

Fueron jornadas agotadoras de marcha, con algún pequeño incidente bien resuelto por el expeditivo mariscal. Sólo tuvieron que lamentar la pérdida de uno de los caballeros, que fue arrastrado por la corriente del Loira. Rigoberto dio gracias al cielo cuando en el horizonte empezaron a perfilarse las montañas.

La odisea tocaba a su fin. Al pie de Somport, en el pueblo fronterizo de Borce, donde los peregrinos del Camino de Santiago que llegaban por el valle de Aspe solían hacer noche antes de ascender la montaña, atacaron los Pirineos. Cruzaron por el único puerto abierto en invierno, donde se levantaba la cruz, una de las tres vías templarias utilizadas para franquear las Montañas Agrestes.

Cuando comenzaron a bajar por el lado aragonés encontraron, al abrigo de los vientos del norte, a los hombres de Jimeno de Lenda, llegados por expresa orden del mariscal desde el espectacular castillo de Miravet, sobre el río Ebro, que esperaban con el campamento montado y un acogedor fuego. Con alegría se deshicieron de los odiosos uniformes franceses, y se vistieron con los mantos blancos y la cruz roja.

Ahora finalmente descansaban por primera vez, en el amanecer del día doce de octubre. Quedaban veinticuatro horas para la caída de la Orden de los Caballeros del Templo del Rey Salomón.

Finales de noviembre de 1853.

Madrid, Congreso de los Diputados

... un entusiasmo invencible por las mejoras materiales. Zaragoza ha concebido el sentimiento de su fuerza y su poder; ha conocido su porvenir y el distinguido papel que le reservan los tiempos, si trata de desarrollar todos los elementos de prosperidad que la circundan...

En una de las butacas José Luis Sartorius, presidente del gobierno español y ministro de la Gobernación por la gracia de Dios, trataba de no dormirse.

Conocía, al igual que el resto de los presentes, el contenido de aquel escrito, que sus redactores habían llamado sin modestia alguna Los Aragoneses a la Nación Española.

Una mirada por encima le había bastado para percatarse de que no era lo más apropiado en estos momentos. Ya estaba la cosa bastante caliente con el tema del ferrocarril, como para que, ahora precisamente, vinieran aquellos baturros a complicarlo aún más.

Había estudiado la posibilidad de atrasar el tema sin incluirlo en el orden del día pero, como sucedía siempre, había sido el último en recibir el manifiesto y los demás miembros importantes de ambas cámaras no lo permitirían.

Sartorius quería ser positivo y pensar que aquel inoportuno manifiesto pasaría por la sala con más pena que gloria, quedando en el olvido como tantos otros.

... se ocupan actualmente con avidez en los proyectos de ferrocarriles, y hasta los más toscos labriegos manifiestan sus deseos de que llegue un día que puedan dar salida a sus frutos...

Fingiendo atender pensaba en el enfrentamiento que mantenía con el Senado. La Cámara lo acusaba de nepotismo, e incluso llamaba de forma despectiva «polacos» a sus seguidores, en referencia a su origen eslavo.

Ahora tenía preparado un anteproyecto de ley sobre ferrocarriles que presentaría en breve. Sin embargo, ya se había filtrado su maniobra y la reacción no podía ser más hostil. El Senado, que trabajaba en otro anteproyecto similar, se sentía ofendido y tenía previsto votar en contra del de Sartorius.

... la vía que se propone tiene a su favor la sanción del ingenio y la antigüedad, recordemos que los propios romanos y antes que ellos los galos, el propio Julio César y hasta Napoleón, tío del actual Emperador francés...

El diputado aragonés no callaba. Iba por el primero de los puntos a favor del ferrocarril que reclamaba. Sartorius creía recordar que eran un total de doce, más las consideraciones finales, los agradecimientos y demás. Quedaba un buen rato.

Con la mirada recorrió la sala. Furioso se percató de que algunos asistentes disfrutaban con la lectura. Tipejos que jamás prestaban atención lo hacían ahora para fastidiarle, en castigo por haber sacado a subasta el ferrocarril Madrid-Irún sin someterlo a las Cortes.

Se debía traslucir su malestar ya que su compañero en el gobierno, Cándido Nocedal, le dio unos golpecitos en el brazo tratando de calmarlo.

—¿Para qué quieren esos zarrapastrosos un ferrocarril? —cuchicheó Sartorius entre dientes.

—No se preocupe, don José Luis, no saldrá adelante —susurró Cándido.

—¿Cómo lo sabe? ¿Ha visto a esa chusma? Están disfrutando con la situación. Son capaces de dar la razón a esos almendrones con tal de echar para atrás la subasta de la línea del Norte.

—Difícilmente. Quizás propongan una comisión de estudio, pero no pasarán de ahí. Buil y Ramírez están buscando apoyos, pero no andan bien de fondos. Los diputados afectados por la línea del Norte votarán en contra, así como navarros y catalanes.

... se demuestra que esta vía facilita la comunicación de las restantes provincias de España con Francia, no las perjudica...

—Un ferrocarril que cruce los Pirineos centrales —bufó Sartorius—. ¿Están locos? Sería una ruina, en el caso de que se pueda hacer semejante obra.

—Esté tranquilo, don José Luis. Todo quedará en agua de borrajas.

No se quedó tranquilo. El país estaba en una delicada situación económica. Había escasez de trigo. El Senado le hacía frente y el enemigo lo tenía en su propio partido. Sólo le faltaba aquello para terminar de amargarlo.

En las últimas filas, un diputado navarro mostraba una inusitada atención al manifiesto. No tenía nada que ver con la posibilidad de que, de darse por bueno, su provincia perdiera las opciones de tener una línea transpirenaica.

El interés del navarro venía dado por las implicaciones que la línea aragonesa tendría para la Orden secreta a la que pertenecía desde que su padre lo iniciara veinte años atrás. Orden que lo había llevado a las Cortes precisamente con la misión de velar por si algún remoto día, algo de lo que se dijera pudiera tener relevancia para ella.

Aquel día había llegado.

... obra hecha por necesidad y por la urgencia del negocio con tal precipitación, merece disimulo en sus defectos...

La lectura del manifiesto terminaba ya. El diputado aragonés agradeció la atención de los presentes y bajó del estrado. Unos tibios aplausos lo acompañaron hasta su asiento. Era el último tema del día y se levantó la sesión. Sus señorías se juntaron en corro a charlar, antes de salir del edificio y dirigirse a sus casas para almorzar.

Solamente uno de los diputados abandonó de inmediato la sala. Cogiendo un carruaje, ordenó al cochero que se apresurara a la dirección que le daba. El navarro, acomodado en el interior del coche de tiro, abrazaba la cartera contra su estómago, mientras meditaba en el mensaje que tendría que dar urgentemente.

Agosto de 1890.

En un monasterio de los pirineos centrales

El gran maestro de la nueva y clandestina Orden Templaria, Michael Sempé, se sentó pesadamente en su butaca sin poder apartar la mirada de la puerta recién cerrada. Su senescal también tomó asiento, manteniendo el silencio que se había adueñado de la sala.

—Creo, señores —dijo el anciano llamado Bartolomé al otro lado de la mesa—, que entenderán la imposibilidad de que abandonemos este lugar. Nuestra Orden lleva siglos aquí y así debe seguir. No podemos permitirnos el cambio de emplazamiento. Pocos son los lugares en el mundo que se ajustan a nuestras necesidades y, por diferentes motivos, no nos sirven.

—Pero es imposible —protestó débilmente Sempé, aún sin recuperarse de la impresión recibida cuando el anciano había llamado al más ilustre de los habitantes del monasterio—. Las obras están adelantadas y no hay forma de detenerlas. Debemos llevarlos a otro lugar más seguro.

—Las obras están en marcha por su negligencia —lo acusó el anciano—. Mi deber es cuidar de esta congregación, custodiar el conocimiento, servir al Heredero y prepararlo para cuando llegue el día. El suyo tan sólo es protegernos de toda injerencia externa. No creo que sea tan difícil.

»Le sugiero que, si no se siente capaz de llevar a cabo su labor —continuó Bartolomé—, renuncie al cargo. No podemos permitirnos vacilaciones, ya lo ha visto.

A Sempé no se le iba de la cabeza el joven espigado y moreno que lo había mirado a los ojos, desnudando su mente. Éste, tras sondearlo, había colocado su mano sobre la cabeza de Sempé, y lo bendijo con suaves palabras en un idioma desconocido, para marcharse a continuación. El templario conocía la existencia del muchacho, pero nunca había sido consciente de ella hasta ese momento. Desde el momento en que sintió aquellos ojos castaños escrutándolo, supo que lo amaba y que haría lo imposible por defenderlo.

—No. No se preocupe —contestó Sempé—. Nos haremos cargo del problema. Sin duda habrá alguna solución.

—Confío en que así sea —repuso Bartolomé poniéndose en pie y dando por terminada la entrevista.

El gran maestre y su senescal se encontraron fuera del monasterio, que cerró celosamente sus puertas tras ellos. En silencio se dispusieron a abandonar aquellas tierras, preguntándose cómo harían para cumplir su misión.

INTRODUCCIÓN

La historia que voy a contar comenzó para mí hace muchos años, cuando aún lo desconocía todo sobre sus personajes y sobre la tierra en la que sucedieron los hechos.

Todavía hoy, y después de lo que sé, me resulta increíble, así que entendería las reservas de quien esto lea. Si quieren saber cómo llegó a mis manos, les ruego que pierdan un par de minutos y ojeen lo que sigue. De esta forma podrán entender por qué se me presentó a mí precisamente.

Fue con motivo de un viaje para practicar el esquí cuando tomé contacto por primera vez con la zona central de los imponentes Pirineos. Cerca de una de las estaciones encontré, estupefacto, una grandiosa construcción perdida en medio de la nada. Aquel incongruente edificio parecía abandonado y escondido tras unos frondosos y altos pinos, entreviéndose desde la carretera.

Fue un buen día de esquí en el que no me acordé de lo que había visto, pero cuando bajé de la estación decidí detenerme frente a aquella edificación, para comer algo en un bar del pequeño pueblo. Podía verla desde el interior. Cuando terminé mi tardío almuerzo, no pude resistir la curiosidad y me acerqué para verla más de cerca.

Para mi sorpresa aquello era una estación de ferrocarril y, como había sospechado, estaba abandonada. Resultaba inquietante en el silencio de la montaña. Sólo el edificio ocupaba más que el mismo pueblo. Nunca había visto semejante estación. Debía tener más de doscientos metros de largo.

Las puertas estaban cerradas, así que la rodeé. Tanto por un lado como por el otro se entrecruzaban las vías de tren, cubiertas de maleza y de raquíticos pinos. Las ventanas tenían los cristales rotos y la fachada daba pena, lejos del esplendor que se adivinaba debió lucir en otros tiempos. Era una construcción levantada con mimo, no algo funcional. Tenía clase.

No podía dejar de preguntarme: «¿Qué hace esto aquí?».

Aquél fue un buen año para los amantes de la nieve y regresé en varias ocasiones. En todas ellas, y tras desfondarme con los esquís, volvía a visitar la estación y al mismo interrogante.

Y es que, permítanme que haga una breve exposición de la zona. En un profundo valle, cruzado por el río Aragón, se halla un pueblecito curiosamente llamado Canfranc-Estación, de muy pocas casas de inclinados tejados, la mayoría modernos apartamentos para los que visitan la montaña. La ciudad más cercana, con unas diez mil personas, está a veinticinco kilómetros monte abajo y la actividad de la zona no hace pensar que se necesite una estación de ferrocarril ni aunque fuese un simple apeadero, máxime habida cuenta de la orografía del lugar.

Se me antojaba que era como encontrar el palacio de Versalles en mitad del desierto de Gobi.

Durante un tiempo estuve dando vueltas al asunto, extrañándome de que nadie más se sorprendiera de aquello. Los habitantes de la zona, acostumbrados a la presencia de la fantasmal estación, no parecían entender mi asombro.

¿Quién había levantado la descomunal edificación y con qué fin? ¿Y por qué se encontraba abandonada y olvidada?

Pregunté a las gentes del lugar, visité la biblioteca municipal de Jaca, estudié revistas especializadas, periódicos... y, sorpresa: no existía casi material sobre la obra, ni fotos, ni películas. Nadie sabía nada. Algo extraordinario para el evidente esfuerzo que había tenido que costar aquello. ¿Habría aparecido de la noche a la mañana?

Las respuestas me llegaron de una dirección totalmente inesperada y con más detalle del que me hubiese convenido.

En una de esas esporádicas visitas que se hacen a las madres aprovechando para comer a mesa puesta, comenté mis peripecias con el esquí y hablé del espectacular paisaje y, claro está, de la sorprendente construcción ferroviaria.

—Esa estación es la que trajo al abuelo de tu padre a España —me dijo mi madre.

Casi me atraganté con la comida. Yo sabía que mi bisabuelo era italiano, de ahí el apellido, pero jamás se me había ocurrido preguntarme los motivos por los que había abandonado su patria. Ahora resultaba que su llegada tenía que ver con la extraña edificación.

Mi madre lamentó sinceramente haber abierto la boca en esa ocasión. Durante el resto de la comida le estuve preguntando por aquella asombrosa coincidencia, a lo que mi madre sólo podía responderme que no tenía idea.

Consulté al resto de los parientes, pero nadie sabía nada más. Resultaba desesperante. Cuanto mayor era el misterio, más aumentaba mi curiosidad, pero no veía la forma de llegar a saber nada. El mismo secreto que envolvía la estación cubría la llegada de mis antepasados a España.

En la siguiente visita que hice a mi madre me aguardaba una sorpresa. Conocedora de mi testarudez, se había molestado en buscar entre los viejos recuerdos de familia, localizando una vetusta caja de cartón, que me entregó bajo la promesa de no seguir preguntándole nada más y dejarla tranquila.

Aquella misma noche me dispuse a examinar el contenido de la caja. Escrito en la tapa de la misma con elaborada caligrafía se leía: Eduardo Biggi Convali, el nombre de mi abuelo. Dentro encontré cartas, recortes de periódicos antiguos, algunas fotografías de mala calidad, facturas, documentaciones y un cuaderno. Este último estaba prácticamente cubierto de una letra pequeña y cuidada, la misma de la cubierta de la caja y redactado en italiano, con la tinta un tanto desvaída, algo que no ayudaba a entender nada. Revisé todo el material, pero no había ninguna pista que arrojara algo de luz.

Todo aquello resultaba descorazonador. A fin de cuentas no iba a poder enterarme de nada. Ya estaba dispuesto a tirar la caja a la basura, cuando al azar creí distinguir un par de palabras en el cuaderno que llamaron mi atención: una de ellas era «Canfranc», la otra era más misteriosa. Si la vista no me engañaba decía algo de los templarios. ¿Qué relación podían tener mi abuelo, Canfranc y los templarios?

Me acordé de un antiguo profesor originario de Italia, con el que mantenía una buena relación y me puse en contacto con él, decidido a encontrar alguna respuesta. El buen hombre me recibió encantado y tras un breve examen del cuaderno, llegó a la conclusión de que se trataba de un diario, escrito por una persona cultivada. Pensé que no podía tratarse de mi abuelo, ya que según tenía entendido era un simple peón cantero.

Le señalé al profesor la frase donde se hablaba de los templarios, algo que pareció interesarle mucho. Durante un buen rato se enfrascó en una atenta lectura, llegando a olvidar mi presencia. Finalmente tuve que interrumpirle, visto que parecía iba a leerse todo de un tirón. Atendiendo a su insistencia le dejé el cuaderno, con la promesa de que en una semana tendría algún resultado.

Cuatro días más tarde me llamó para pedirme que me pasara por su despacho aquella misma tarde. El tono de su voz se me antojó grave en exceso, pero no le di mayor importancia. Cuando nos encontramos me tenía preparada una sorpresa: se había tomado la molestia de traducir todo el texto e imprimírmelo. Azorado, le di las gracias pero no pareció escucharme.

—¿Qué tienes previsto hacer con esto? —me preguntó—. No tengo ni idea —contesté—, tenía curiosidad por ver la relación entre mi abuelo y la estación de tren de los Pirineos.

—Quizá deberías estudiar atentamente esta traducción antes de enseñársela a nadie.

No quiso desvelarme el motivo de tan enigmáticas palabras y me dejó en la puerta del despacho con el original y la traducción.

Esa misma noche comprendí su preocupación, en una lectura que me llevó toda la noche y que no pude interrumpir de tan enganchado como estaba.

A la mañana siguiente decidí que antes de nada, debería hacer unas cuantas averiguaciones. No podía imaginar el tiempo que me llevarían.

Armado de libreta y bolígrafo, y el imprescindible paraguas que por alguna misteriosa razón siempre resulta necesario en las visitas a los cementerios, me dispuse a buscar las tumbas de mis antepasados. Eduardo no estaba enterrado en el mismo panteón que su padre, Giuseppe. Conocía las calles y los números, aun así necesité casi media hora para dar con ellas.

Era noviembre, un oscuro día lluvioso. Nunca he sido supersticioso, pero mientras hacía equilibrios con el paraguas e intentaba a la vez anotar lo que venía escrito en las lápidas, miré en un par de ocasiones a los lados temiendo ver en

cualquier momento la presencia de algún tipo extraño andando entre las tumbas y con aspecto inquietante.

Como era de esperar no había nadie y una vez que logré apuntar las notas y calado hasta los huesos, me acerqué a la oficina del cementerio. Un amable encargado me mostró los archivos. Según las notas, efectivamente, mi abuelo había nacido en Canfranc, no así sus padres y hermanos, que lo habían hecho en Carrara, Italia. Al día siguiente escribí al juzgado de Jaca para solicitar el certificado de nacimiento de Eduardo Biggi, mi abuelo.

Nueva sorpresa. En el juzgado de Jaca no tenían conocimiento de nadie con ese apellido. Insistí pero con el mismo resultado. No tenían constancia del nacimiento ni fallecimiento de nadie con ese apellido. Podía ser un error de archivo, así que solicité el certificado de defunción de todos mis parientes. Sin problemas. Todo concordaba salvo que, como lugar de nacimiento de mi abuelo, señalaban Canfranc.

¿Todo concordaba? No. Las fechas de nacimiento no coincidían con las que apuntaba mi abuelo en su cuaderno. ¿Otro fallo en los archivos?

Mentalmente hice algunos cálculos. Si las fechas de los certificados eran correctas, mis bisabuelos habían llegado a la obra de la estación de Canfranc con sesenta y un años. He podido constatar que hubo trabajadores en activo de hasta ochenta años, pero ¿venir desde Italia con un contrato a los sesenta y un años? Además la diferencia de edad con mi abuelo era de treinta y cinco años. Demasiada para aquellos tiempos.

¿Sería todo invención de mi abuelo y en realidad no vinieron a trabajar en el ferrocarril?

Si es cierto que llegaron en 1922 para levantar la estación y las fechas eran las que señalaba mi abuelo, su padre tenía a la sazón cincuenta y un años al igual que su madre, y su hermano mayor treinta y cuatro, en vez de los cuarenta y uno que reza su certificado de defunción.

Pero ¿por qué habrían de mentir en las fechas de nacimiento y en el lugar en que nació mi abuelo? Por lo que he podido saber, jamás regresaron ni siquiera de visita a Canfranc. ¿Qué les hizo abandonar la obra sin acabarla y venir al País Vasco, mi tierra, a vivir?

Si lo que cuenta mi abuelo es cierto, ¿también lo es la relación que tuvieron con los templarios, orden extinguida hace muchos siglos?

No lo sé. Tras muchas dudas sobre qué hacer con esta historia, he decidido escribir este libro, desechando la idea original de presentarla a un escritor consagrado o bien devolver el cuaderno de mi abuelo a su caja y deshacerme de la traducción.

El prólogo de este libro, así como la primera parte del mismo, está escrito sobre lo que anotó mi abuelo y los recortes de periódico, ampliado con el estudio de publicaciones históricas. He optado por redactarlo en tercera persona.

Sin embargo, la segunda parte del libro se refiere al año en que mi abuelo trabajó en aquella maldita, por desgraciada, obra con su familia, las penalidades sufridas,

traiciones y persecuciones de los herederos de la enigmática Orden del Temple. Aquí me he limitado a transcribir el diario de mi abuelo Eduardo con sus propias palabras.

Quizá el lector se extrañe de la poca información referida a la construcción en sí. De cómo fue levantado aquel monumental edificio. El diario de mi abuelo no abunda en tales cuestiones, centrándose más en el devenir de un joven que ha de abandonar su tierra y emigrar a un desconocido país. Traté de ampliar estos escasos datos indagando en archivos y bibliotecas, pero allí donde preguntaba me contestaban que la documentación sobre este proyecto ferroviario era inexistente.

Supongo que el país tenía, en aquellos tiempos, cosas más importantes en las que pensar.

PARTE I

Capítulo I

22 de noviembre de 1854

... me veo en la obligación de ponerme en contacto con usted ya que una terrible amenaza se cierne sobre nosotros.

Desde hace tiempo se viene barajando, como sabe, la posibilidad de construir una línea de tren que atraviese los Pirineos de lado a lado, con el fin de conectar Francia y España. Los costes derivados de los aranceles cobrados por los pasos fronterizos de Irún y la Junquera, han llevado a pensar en la región de Aragón que este nuevo paso sería muy beneficioso para sus intereses comerciales.

Hasta ahora todo este asunto ha podido ser paralizado con unas discretas gestiones, pero últimamente se han presentado, como parte interesada, unos caballeros de Zaragoza tal vez conocidos por usted: don Manuel Castelar Alvarado y don Francisco Rodríguez Castillo. Estos caballeros parecen tener poderosas razones económicas para que la línea transpirenaica se realice y cuanto antes. Me ocupé de que unos amigos comunes los visitaran, con la idea de hacerles desistir. Incluso tanteamos la posibilidad de una compensación pecuniaria en caso de que no alzaran su voz en favor del tren, pero ambos señores, ricos de última hornada que han hecho dinero con negocios no muy transparentes de exportación de cítricos valencianos, son muy soberbios y se negaron rotundamente. Finalmente, y viendo el cariz que tomaban las cosas, opté por ir yo mismo a hablar con ellos. Les expliqué que la inversión que se requeriría no compensaría los gastos, por no hablar del destrozo que habría que hacer, las compensaciones a los propietarios, la poca tradición mercantil de la zona, por citar sólo algunos de los motivos que presenté.

A pesar de todo se negaron a escucharme, alegando que la línea revitalizaría la economía pobrísima de la zona, cosa que aun siendo cierta, dudo sea esa finalidad altruista lo que les mueve. Total, que salí con las manos vacías. He llevado a cabo oportunas investigaciones, con el fin de enterarme de los motivos reales de este antojo por la vía del tren y he averiguado que ambos tienen una importante representación en la empresa de ferrocarril, que es de sospechar, recibiría el encargo. También encontré, casualmente, unas turbias noticias, muy bien disimuladas, sobre las execrables tendencias carnales del primero de los citados.

Cuando se lo hice saber al interesado, explicándole a través de un intermediario las consecuencias funestas que tendría el conocimiento de estas noticias sobre su reputación, echó a mi delegado con cajas destempladas de su casa, aduciendo que le traían sin cuidado nuestras

argucias y que no podríamos hacer nada contra él. Efectivamente tenía razón, pues a pesar de ser ciertas tales acusaciones, no encontramos ninguna prueba ni testigo alguno que quisiera declarar, aterrados y pagados como estaban. Tratamos de que lo que no podía hacerse ante la ley se hiciera en la calle divulgándolo, pero este caballero, del que ya sabíamos que tenía intereses en diversos campos, también controla parcialmente la prensa de la zona y se apresuró a desviar la atención de estos asuntos, realizando donaciones a varios hospitales y hasta financiando la construcción de un puente.

Si el asunto ya se estaba poniendo mal se acabó de estropear cuando estos señores formaron una sociedad de apoyo a la línea, consiguiendo atraer a otros empresarios e intelectuales. Comenzó un bombardeo en la prensa. Se hablaba de agravios comparativos con las regiones que sí poseían aduanas, de alabanzas de los beneficios de una moderna vía de comunicación, que cómo relanzaría la economía de la zona, se apelaba al orgullo regional de los aragoneses, antes tan estimados y ahora tan abandonados de la patria y, claro está, se taparon los aspectos negativos. Lograron consensuar en muy poco tiempo, por supuesto sin figurar ellos por ninguna parte, una corriente cada vez más fuerte, que ha desembocado en las últimas fechas en un «Manifiesto de los Aragoneses a la Nación Española», por el que se exige un paso fronterizo, para que el tren salga más allá de los Pirineos.

Ahora es demasiado tarde, a mi humilde entender, para que, con una actuación directa sobre estos señores, se logre parar los planes. Por otro lado, no estamos preparados para asumir los riesgos que tendrían sobre nuestra misión la proliferación de gente en esta zona, actualmente reducida a unos pequeños núcleos de población aislados, con muy mala comunicación. Zona en la que, a través de siglos, hemos depositado nuestra ciencia y nuestra razón de ser.

Por eso ruego a usted, como gran maestro de nuestra Orden, que tenga a bien adoptar las medidas que considere oportunas, con el fin de detener o desviar esta amenaza para el Santuario.

Mientras espero su contestación, continuaré tratando, en lo que me sea posible y dentro de la discreción, de ralentizar este delicado tema.

El Señor guarde a usted.

Federico Serrano y Martín.
Maestre de la Provincia de Aragón y Gran Custodio.

M. Jean Paul Poincaré dejó la carta encima de otras varias en la mesa de su despacho. Aquel escrito suponía el inicio de los problemas que, primero a su antecesor en el

cargo, Michael Sempé, gran maestro de la Orden Templaria, y a su muerte a él, les habían dado graves quebraderos de cabeza.

En todas ellas, escritas por los sucesivos maestros de la provincia de Aragón en España, pedían consejo y medidas para evitar la construcción de una línea internacional de ferrocarril que, atravesando los Pirineos, conectara Francia y España, recorriendo los parajes vírgenes donde la Orden tenía ocultos intereses.

Su antecesor en el cargo, un político ambicioso, resultó ser lo suficientemente inteligente como para vislumbrar los grandes beneficios personales que podría sacar de la dirección de la Orden y a los treinta años de edad y con una prometedora carrera por delante aceptó encantado ser su jefe, cuando en 1851 le propusieron el cargo a la muerte del anterior líder.

Durante los cincuenta y un años que había dirigido la Orden el único inconveniente de comandar una tan poderosa e influyente sociedad secreta, prácticamente inactiva, había sido este tema del tren. Para tratar de solucionarlo, su primera medida consistió en adormecer el proyecto ferroviario, utilizando sus contactos y los de los socios que él lideraba, caballeros de mucho poder en todos los campos de la sociedad. Sin embargo, quince años después quedó claro que la solución no era suficiente. Se habían aprobado presupuestos para estudiar distintas alternativas de pasos, ganando de las seis estudiadas la de Canfranc, en los Pirineos Centrales, precisamente la que menos convenía a los intereses de la Orden.

Consiguió hacer un pacto de compromiso con el gobierno español. No pondría pegas al trazado de la línea con la condición de que el tren no parara en los Pirineos ni en los alrededores. Así, en 1882 España otorgó una subvención de 60 000 pesetas por kilómetro para la construcción de la línea en su territorio, postergando por el momento la conexión con el lado francés mientras su majestad el rey Alfonso XII, que en pocos años desaparecería aquejado de tuberculosis, inauguraba el inicio de las obras de la línea.

Michael Sempé, ya mayor y asumiendo que no llegaría a la presidencia francesa, abandonó desanimado la política, encauzando sus esfuerzos a dirigir la Orden. Pronto comprendió la magnitud del peligro que suponían las obras del ferrocarril. La desidia con que había tratado hasta entonces los asuntos de la Orden le había llevado a pensar que la línea por sí sola no acarrearía problemas y, demasiado tarde, comprobó que ya no había vuelta atrás.

Años después, y pese a la palabra dada, el gobierno español retomó la idea original incluyendo una estación cercana a la frontera con Francia. Sempé logró reaccionar y en la reunión de la comisión de evaluación, Francia se negaba a participar en el proyecto, con la excusa de tener mayor interés en la línea del Noguera. El viejo gran maestro creía haber paralizado el proyecto definitivamente.

Pero no fue así.

Poincaré fue nombrado gran maestro a la muerte de Sempé, en 1902, el mismo año que fue coronado Alfonso XIII rey de España, rey que, sin saberlo, iba a ser el

causante indirecto de su muerte.

Poincaré era un tipo anodino y vulgar. Rechoncho y con una prematura calvicie, había sido un niño mimado en la infancia, sin amigos, al que sólo la lectura atraía, quizá para no verse enfrentado a la realidad. Su familia pertenecía a una rama decadente de la aristocracia y cuando conoció a la hija del hacendado Blanchefort, se le hizo la luz al darse cuenta de que sus problemas económicos habían terminado, así que se casó con su enfermiza y fea heredera.

André Blanchefort consintió en satisfacer el capricho de su hija y le compró el único pretendiente que ésta había tenido en su vida. Tratando de que aquel mequetrefe hiciese algo, lo indujo a entrar en la Orden secreta a la que él mismo pertenecía. Poincaré al principio fue reacio a esta extravagancia, pero presionado por su suegro, aceptó fingiendo un entusiasmo que no sentía. Un error del que tardaría en darse cuenta.

Y es que no valía para la intriga. Nunca le había interesado la política, que en realidad le aburría, fingiendo un respetuoso interés por ella cuando su suegro se lanzaba a largas peroratas.

Jean Paul siguió dedicado a la lectura. Era un ecléctico a la hora de elegir: tanto leía novelas como filosofía, tratados de medicina, astrología, botánica... todo le venía bien salvo la política, a la que no veía lógica. Le parecía retorcida, imprevisible, sin leyes y, por mucho que cambiara, siempre seguía siendo igual: unos pocos sin escrúpulos manejaban a su antojo a la mayoría. ¿Qué le importaba, siempre que él perteneciera a los primeros?

A pesar de esta indiferencia fue investido para un alto cargo político en la Orden gracias a las maniobras de su suegro: maestro de la zona francesa ya reunificada. Aceptó porque si no al viejo le hubiera dado un infarto. Éste, que deseaba el puesto para sí pero tenía demasiados enemigos para conseguirlo, había agotado todos los favores y utilizado todas las influencias que tenía y ahora aparentaba ser el hombre más orgulloso del mundo.

Aunque no era forzoso, tradicionalmente el maestro francés solía terminar siendo nombrado gran maestro de la Orden, a la muerte del que ocupara el cargo. Actualmente el gran maestro tenía ochenta y dos años y un hombre joven y con experiencia podía tener un gran porvenir.

Poincaré presidió unos años la zona francesa. No tenía mucho que hacer. El viejo se había erigido en su secretario y era el que llevaba toda la organización, las reuniones esporádicas con los demás miembros, los ritos, las celebraciones, incluso las investiduras que eran potestad del maestro regional. Tenía también un gestor, que llevaba el asunto económico, director de uno de los bancos más importantes de Francia.

Le parecía increíble que personas maduras gozasen de juegos de niños, con sociedades secretas, reunidas en ritos ridículos, que se llamaban a sí mismos hermanos, sin que nadie supiera realmente cuál era el fin del asunto.

Un día que se encontraba mortalmente aburrido en una de las interminables sesiones anuales, en las que se daba cuenta de los gastos, actividades, miembros propuestos para ser nombrados y otras estupideces similares, Poincaré había salido de la sala argumentando sentirse indispuerto, ante la indiferencia de los restantes miembros de la dirección, quienes abiertamente le despreciaban y que prontamente habían comprendido el error de haberlo encumbrado.

Fuera del salón, recorrió las estancias de la sede social. Para el público en general, la sociedad tenía el incomprensible nombre de Asociación para los Estudios Políticos y Religiosos de Francia y Tierra Santa, según rezaba en una pequeña placa de bronce en la puerta del edificio.

Mientras visitaba las distintas salas, se iba fijando en los inmensos cuadros con personajes importantes de la Orden, pintados al óleo, que adornaban las paredes, todos con unos marcos dorados muy elaborados, que, junto con los cortinajes de grueso paño rojo y las arañas que colgaban del techo para iluminar las salas, proporcionaban un aspecto recargado al conjunto. Para aumentar esta sensación, las paredes que no tenían retratos estaban ocupadas por librerías llenas de legajos y encuadernaciones enormes de tamaño y vetustez, recipientes perfectos para gruesas capas de polvo, que las mujeres de la limpieza no osaban tocar por su fragilidad. Aquel local rancio, viejo, que olía a cerrado, era fiel reflejo de lo que eran sus componentes.

Pensando en la pérdida de tiempo que le suponía todo esto, se lamentaba de tener que depender económicamente de su suegro y por ende de su mujer. Avanzaba como alma en pena por los pasillos, temiendo el momento en que tendría que volver a reintegrarse a la asamblea, cuando topó con una puerta que nunca antes había visto, listaba muy bien disimulada, empapelada con el mismo caduco estampado de la pared, dejando ver tan sólo un pequeño pomo y una mínima rendija que la enmarcaba. Probó a girar el pomo, pero la puerta estaba cerrada. La golpeó con los nudillos, pudiendo constatar que se trataba de una manufactura recia.

Mientras examinaba la puerta un lacayo le interrumpió. La asamblea había concluido y su suegro reclamaba su presencia para firmar las actas.

De camino a casa en el coche de caballos de su suegro, preguntó a éste qué había detrás de aquella puerta cerrada. Su suegro no estaba muy contento con el desarrollo de la sesión, ni con el comportamiento de su yerno y le contestó, de malas maneras, que esa habitación se encontraba vacía y llevaba cerrada mucho tiempo.

Poincaré calló reflexionando sobre la mentira de su suegro. Sin duda aquella puerta era usada con cierta asiduidad, se veía que los goznes estaban engrasados y no había nada de polvo en la rendija del suelo, por donde, agachado, había tratado de ver algo del interior.

A la semana siguiente su suegro salió de la ciudad, para visitar a unos parientes, en Troyes, a unos 200 kilómetros de París. Poincaré aprovechó esta ausencia para visitar la sociedad. En uno de los salones, la vieja guardia discutía sobre las últimas

medidas del gobierno en sus relaciones con Inglaterra. Correspondió amablemente a los fríos saludos que le fueron dispensados y se acercó al contable, a quien solicitó que lo acompañara. Éste, con evidente mala gana, le siguió hasta una pequeña sala vacía donde una mujer cuarentona se afanaba en quitar el polvo a los sillones. Poincaré la despidió e invitó a sentarse al gestor, que daba muestras de impaciencia por volver al salón principal.

—*Monsieur* Ridessot —comenzó Poincaré suavemente con una voz que esperaba transmitiera autoridad y confianza—, quisiera que me proporcionara la llave de la puerta que hay al fondo del pasillo, si es usted tan amable.

—¿Qué puerta me dice? —preguntó sin prestar atención el gestor.

—La que se encuentra al final del pasillo, empapelada igual que la pared, con un pequeño pomo dijo Poincaré, escrutando el rostro de su oponente.

—Lo lamento —dijo el contable, poniéndose súbitamente nervioso—, no poseo ninguna llave de esa puerta. Según tengo entendido permanece cerrada desde hace mucho tiempo. En cualquier caso yo no la he visto abierta nunca.

Debajo de su máscara de altivez, se podían ver crecientes signos de alarma. Miraba al pasillo en busca de ayuda, pero ésta no llegaba.

—¿Sabe quién puede tener la llave?

—No, no tengo idea, lo desconozco, lo lamento mucho —contestó Ridessot aliviado, creyendo que el asunto iba a quedar obviado.

—En ese caso y en calidad de presidente de esta sociedad, me veré en la obligación de llamar a un cerrajero para que abra esa puerta —informó Poincaré, dirigiéndose a la salida.

—Per... pero no puede hacer eso —exclamó definitivamente alarmado el gestor corriendo tras él.

Los demás socios habían callado al oír los gritos y salían al pasillo, mirando alternativamente a Poincaré, que ya hablaba con un criado para que fuera en busca de un cerrajero, y a un Ridessot sofocado y con una línea de sudor que perlaba su frente.

—¿Qué sucede aquí?

Los socios se apartaron para dejar pasar al que había hablado. Era éste el vicesecretario de la sociedad, un viejo al que temían sus compañeros por su aguda inteligencia y afilada retórica. De estatura baja y frente despejada, lucía un hermoso bigote demasiado oscuro para su edad, del que se hacían comentarios jocosos en la sede, siempre que no anduviera cerca su propietario. Ahora se acercaba abriéndose paso entre los socios, que esperaban la tormenta que de un momento a otro se desencadenaría.

—Sucede, *Monsieur* Gavarnie, que he pedido a *Monsieur* Ridessot, como directivo de la sociedad, la llave de aquella puerta —explicó serenamente Poincaré, señalando al fondo del pasillo.

—¿Y para qué, si puede saberse? —volvió a preguntar el viejo.

—Por supuesto que puede saberse. Como presidente de esta asociación quiero examinar lo que hay tras ella.

—Esa puerta no se abre des... —empezó a decir Gavarnie.

—Sí, ya he oído esa historia y, créame, no me interesa —le cortó Poincaré—. Ahora si me disculpa y si tampoco sabe dónde se encuentra la llave, mandaré a buscar un cerrajero para que la abra.

—¿Sabe su suegro lo que está usted haciendo? —inquirió curioso el vicesecretario, examinándolo con ojos entornados.

—Vaya, creía que el presidente era yo y él mi secretario.

Se formó un gran alboroto entre los socios. Miraban suplicantes al vicesecretario para que solucionara la crisis. Éste se mantenía erguido y callado mirando con desdén a Poincaré, que no apartaba tampoco la mirada. Con ochenta y muchos años todavía mantenía la misma dignidad que le había ganado el respeto en los tribunales de París, donde había ejercido como magistrado.

Finalmente y muy despacio, extrajo de un bolsillo de su chaleco una curiosa llavecita, ante el pasmo de sus compañeros, que lo observaban horrorizados. Sin hacer caso a los murmullos, introdujo la llave en un orificio del pomo y abrió la puerta, retirándose después para dejar pasar a Poincaré. Jean Paul hizo un saludo con la cabeza y entró en la habitación.

Se trataba de una inmensa sala, alargada y sin ventanas. Del techo colgaba una lámpara. Poincaré accionó el interruptor. Todas las paredes, menos el trozo que ocupaba la puerta, estaban revestidas por librerías cuyos estantes se abombaban bajo el peso de miles de libros. También en el centro, dividiendo la habitación en tres pasillos, se veían estanterías que llegaban hasta el techo.

—¿Esto es lo que quería ver? —preguntó sarcástico el viejo—. Yo creo que no.

—¿Por qué no habría de estar interesado en verlo? —contestó—, se supone que ustedes me eligieron para ser presidente...

—Usted no es nada de nada —escupió con ira el viejo—. No es más que un pelele que pusimos aquí, sin ningún poder para nada.

—¿Por qué me eligieron entonces? —preguntó curioso.

—Ya que parece interesarle tanto —contestó visiblemente enojado el viejo— le diré que su suegro era quien debería haber ocupado su puesto. Pero tiene enemigos poderosos que le hubiesen impedido hacerse con el cargo. Descartado él, el puesto era para mí, pero la asamblea opinaba que era demasiado mayor. Bobadas, en realidad el problema era que estaba demasiado unido a su suegro.

Optamos por presentarle a usted. Joven y erudito, sin tendencias políticas que le hicieran tomar parte en las luchas intestinas, probablemente sería aceptado como fórmula de compromiso y luego ya sabríamos manejarle. Este cargo le queda grande, joven, y no sabe usted dónde se ha metido. Más le hubiese valido seguir en la inopia y no mezclarse en asuntos de hombres. Lo que aquí se guarda sólo es conocido por una pequeña minoría de nuestra élite. De todos los socios actuales, solamente el gran

maestre y su senescal, su suegro, en calidad de contable de la Orden, y yo como custodio de la biblioteca, conocemos su contenido.

—Le agradezco su preocupación y su sinceridad —dijo Poincaré fingiendo amabilidad—, creo recordar que ésta es la vez que más palabras me ha dirigido, aunque no era de esperar que se desarrollase de esta manera esta conversación mantenida con su superior.

—¡Usted no es superior de nada! —gritó encolerizado el vicesecretario—, sólo es un tonto, que por aburrimiento y egolatría ha abierto una caja de truenos. Pero recuerde lo que le digo, llegará un día en que pagará su insolencia.

Dicho esto abandonó la habitación con sus compadres pisándole los talones, dejando solo a Poincaré. Tras un momento mirando indeciso la puerta, se encogió de hombros y se dispuso a examinar por encima los libros. Algunos eran diarios de antiguos grandes maestros, otros eran enormes encuadernaciones con mapas y planos. Había libros nunca vistos por él sobre medicina, plantas, alquimia, religión. Los había en varias lenguas, árabe, italiano, copto, arameo, griego, latín y otros muchos. Libros de contabilidad, inventarios de tierras y posesiones, testamentos.

Para cuando retornó su suegro, Poincaré estaba convencido de que el vicesecretario tenía razón. Aquello le sobrepasaba. Sin embargo, los campos del saber que se le habían abierto lo tenían absorbido, sin importarle llegar a vender su alma al diablo. Lo poco que había podido hojear, a pesar de dedicar toda la semana a ello, sin apenas dormir ni comer, le había bastado para entender el motivo de la existencia de la Orden y de su finalidad. No logró comprender, sin embargo, cómo, sin más ni más, habían accedido a mostrarle el contenido de aquella habitación.

Se encontraba sentado en una silla de respaldo alto, que había realizado las funciones de despacho durante aquella semana, examinando un legajo con documentos acerca de unas vastas posesiones donadas por un noble austriaco, cuando entró en la sede Blanchefort. Al ver la puerta de la habitación abierta y a su yerno dentro con un libro en las manos, palideció, quedándose clavado en el sitio con una mano en el pecho. Poco a poco fue reaccionando, la sangre fue acumulándose en su rostro, embargándole la ira. En ese momento apareció el vicesecretario, quien, cogiéndole del brazo y murmurándole algo al oído se lo llevó.

A partir de aquel día, las cosas cambiaron radicalmente para Poincaré. Su dedicación a la Orden fue total, no porque él lo eligiera. Su suegro no había comentado nada del incidente pero ahora lo miraba con desconfianza aunque le pasaba todos los temas importantes, no las tonterías con que antes tranquilizaban su orgullo de presidente. Se vio obligado a adoptar decisiones transcendentales con sólo las opiniones de los dos viejos. El tiempo libre que le quedaba lo empleaba para seguir estudiando los libros de la biblioteca.

Así transcurrieron cinco años. A través de ellos fueron quedando atrás primero el vicesecretario, luego su suegro. También murió su mujer dejándole como única descendencia toda la fortuna de su familia. Anabella, con la que no había tenido una

vida marital muy intensa, no fue muy llorada. Finalmente murió el gran maestro y se celebró el capítulo general. Siguiendo la tradición de los últimos tiempos, su sucesor fue el maestro de Francia, nombrado sólo con la oposición, tradicional también, de los representantes alemanes e ingleses, que no soportaban depender de los franceses.

Como gran maestro descubrió con curiosidad que su labor disminuyó. Los maestros regionales, celosos de salvaguardar su parcela de poder, manejaban sus asuntos, quedando unos pocos flecos para Poincaré, generalmente relativos a disputas entre las delegaciones. La decisión más importante que había tenido que tomar había sido la de elegir a su senescal cuando fue nombrado gran maestro, Eudes Agnes Dupont, individuo al que no conocía pero que acogió con agrado, cuando se lo propusieron, por compartir con él la afición al estudio. El anterior senescal, como era lo normal, tras una temporada de transmisión de poderes a su sucesor, fue inhabilitado e ingresó en un convento, donde permanecería hasta que la muerte le sobreviniera.

La primera de las cartas que le llegaron dirigidas personalmente a él había sido traída en mano desde España hasta París, durante el invierno de 1903, por un criado de confianza del maestro provincial de Aragón, caballero al que no conocía. Su secretario se la entregó, a medianoche, cuando se disponía a acostar. Poincaré la cogió intrigado. Mirando el remite se fijó en que tenía un sello de lacre. Acercándose a una lámpara para verlo mejor, observó el conocido grabado de dos hombres con dos lanzas y dos escudos, montados en un solo caballo que galopa, sin que se viera la inscripción que debería haberlo acompañado: *Sigillum Militum Christi*. La volvió a leer...

... quizá tenga usted conocimiento de la visita que realizó la pasada semana su majestad, el rey de España Alfonso XIII, a la ciudad de Jaca. En ésta, las autoridades locales y provinciales le hicieron entrega de un documento, por el que se solicitaba su intervención ante el país vecino, con el fin de desbloquear la construcción de la estación de ferrocarril vecina al pueblo de Canfranc.

Como recordará, su antecesor, el gran maestro M. Michael Sempé, logró influir en el gobierno francés cuando en 1893 la comisión internacional, presidida por *Mr. Clavery* en representación de Francia y el ministro español Eduardo Bosch, se reunieron en París para estudiar la construcción del túnel de Somport, que pasará por debajo de los Pirineos y se abrirá tras la estación propuesta por J. Bellido.

Gracias a la intervención de M. Sempé, el gobierno francés paralizó el proyecto aduciendo otros intereses primordiales, relegando Canfranc al olvido.

Lamentablemente y cuando estábamos convencidos de que este peligroso proyecto era historia, esta visita real ha sido aprovechada por los defensores

del Manifiesto Aragonés, para presionar de nuevo al monarca.

La situación de Alfonso XIII es muy delicada. Coronado el pasado año al cumplir los dieciséis, es prácticamente un niño. De educación permisiva, recibida por parte de su madre, y una dependencia total del ejército, al que hace más caso que a los políticos, tiene muy claro el deseo de ser un rey intervencionista en los temas de gobierno y no como su madre la regente, que dejó la política en manos de profesionales. No correrá riesgos innecesarios que le puedan apartar de su precario trono. Es consciente de que la aristocracia española, maravillosamente avenida con los militares, no puede ser ignorada sin correr el peligro de pagar un fuerte precio.

Uno de sus hombres de confianza, del que como entenderá habré de omitir su nombre por motivos de seguridad, es un estrecho colaborador mío, y ha podido constatar el interés que ha tomado el rey en este tema de la estación para ganarse el favor de los aristócratas aragoneses. Mucho nos tememos que hará presión sobre Francia para retomar el proyecto. Quizá todavía estamos a tiempo de evitarlo, pero no podemos demorarlo. Tengo a todos mis hombres dedicados a presionar, tanto en el gobierno como en el ejército español, pero a mi entender no será suficiente. En mi opinión tendríamos que garantizar por parte francesa la oposición definitiva al proyecto y presionar, quizá de una forma menos diplomática, al rey español, quien no parece estar por la labor de prestar oídos a nuestros consejos.

Solicito de usted, que tome las medidas...

También Poincaré era, por aquel tiempo, demasiado joven e inexperto para saber qué medidas tomar. Como gran maestro había sido puesto al corriente, desde el mismo día que fue nombrado, de la naturaleza exacta de aquello que se custodiaba en la zona de los Pirineos, pero no podía dar crédito a lo que le habían contado y lo entendía como una leyenda antigua. Ciertamente es que su desbordante curiosidad le había inducido en un primer momento a comprobar con sus propios ojos cuánto había de realidad en aquellas historias; pero, al parecer, el capítulo general opinaba que nadie, ni siquiera el gran maestro, podía perturbar la paz en la zona.

Cuando le llegó aquella carta, consultó con su senescal, M. Dupont. No sabía si convendría convocar un capítulo general para adoptar alguna medida. También examino las cartas anteriores que sobre el mismo tema había recibido Sempé y las medidas que había tomado, llegando a la errónea conclusión de que Sempé había estimado que la estación de Canfranc no suponía una grave amenaza.

Finalmente llegó a la determinación de que podría abordar el tema sin tener que poner en evidencia sus dudas. Optaría por una línea suave de presiones diplomáticas, pidiendo además al mariscal de la Orden el estudio de una posible intervención intimidatoria contra el rey Alfonso XIII o alguna otra autoridad española, si no se avenían a colaborar.

Un año después, en 1904, lejos de dar fruto la actividad diplomática se produjo un desastre aún mayor. El presidente francés, Émile Loubet, comunicaba que las presiones, tanto de dentro de su país como internacionales para que aceptara el proyecto, se hacían insoportables. No le quedaba más remedio que aceptar, a la espera de algún cambio que le permitiera echarse atrás.

La tarde en que Poincaré se enteró de esto regresaba de una jornada de estudio en la biblioteca de la sede, cuando fue interceptado por su senescal, que le esperaba a la puerta de su domicilio. Nada más verle la cara supo Poincaré que las noticias que traía no le iban a gustar. Entraron en la casa heredada de su mujer y se dirigieron directamente al despacho. Se sentó en el sillón de cuero preferido de su suegro, sillón que hasta la muerte del viejo no había podido utilizar. Apareció el mayordomo, tan silencioso como de costumbre, para servirles unas bebidas e informarse sobre los planes de su amo respecto de la cena. Cuando se marchó, comenzaron a hablar.

—Bien, Eudes —dijo Poincaré. En el breve tiempo en que compartían destino, habían llegado a compartir cierta amistad—, dígamelo sin rodeos. ¿Qué es lo que va mal?

—El secretario del presidente ha venido esta mañana a verme, para avisarnos de que, al parecer, su jefe, *Monsieur* Loubet, no puede afrontar todas las presiones que está teniendo y nos informa de que, si no podemos encargarnos de reducirlas se verá en la necesidad de dar su visto bueno a la estación.

—No podemos permitirnos eso. ¿De dónde provienen esas presiones? —preguntó el gran maestro, todavía con la copa en la mano, sin probar.

—En primer lugar de España, por supuesto —contestó Dupont, retorciendo sin darse cuenta una punta de su bigote—, tanto el gobierno para contentar al rey Alfonso XIII y ganarse su favor, como el rey para ganarse el de la aristocracia, están tocando todas las cuerdas. Después está el gobierno francés. Ceder en este tema le es intrascendente y a la vez va a sacar dividendos. Por una parte, conscientes como son de que esta línea ha nacido maldita y de que el interés de los españoles por ella es algo puramente coyuntural, prefieren abandonar la idea de construir la estación en el lado francés, en Forges D'Abel, triquiñuela que empleamos en su día para retrasar el proyecto. Por otra parte, saben que el montante de la construcción correrá a cargo de España, pero, a cambio de ceder, se asegurarán de que el material salga principalmente de empresas francesas. Además canjearán ésta, para ellos, poco eficaz línea por otra, más cerca del Mediterráneo, en la que depositan toda su confianza. Alemania también está en tratos con Alfonso XIII y quiere sacar partido de este tema, que a ellos no les incumbe. Inglaterra apoyará a España por el mero hecho de ser una monarquía y por ir contra Francia.

—¿Podrá aguantar Loubet esas presiones? —preguntó Poincaré.

—Es difícil saberlo —contestó el senescal—. Yo diría que la decisión ya está tomada. Pienso que Loubet nos ha dado aviso de una forma testimonial. No le sobran apoyos como para defender a pecho descubierto nuestra causa. No con los esfuerzos

que está haciendo el rey español, al que le da igual a quién pagar y dar su apoyo, con la condición de que se construya la línea. Creo que es cuestión de días el que Loubet dé públicamente su visto bueno.

—Creo que este tema se está saliendo de quicio. A ese niño rey la corona le está resultando grande. Quizá una amenaza surtiera efecto. ¿Qué le parece?

—No lo creo, Jean Paul —dijo Dupont, mirando fijamente un cuadro colgado encima de la chimenea, donde crepitaba un hogareño fuego. Era un óleo en el que aparecía retratado el propio Poincaré. Esto era lo segundo que había encargado hacer al heredar la casa. Lo primero había sido ordenar quemar el anterior de Blanchefort—. Ese niño como dice, ha recibido una educación castrense. No se dejará intimidar. Más bien creo que un aviso lograría el efecto contrario. Si se supiera que ha inclinado la cabeza ante una extorsión, no duraría ni un mes en su país.

—¿Qué me aconseja entonces? —preguntó nervioso Poincaré—. ¿No creerá que la solución pasa por cometer un regicidio?

—No, no pienso que ésa sea la solución —contestó el senescal apartando la mirada del cuadro y fijándola en los ojos de su superior.

—Creo, Jean Paul —siguió diciendo ante la invitación muda para hablar—, que debería convocar el capítulo general, para deliberar sobre este tema.

—Yo no pienso lo mismo, Eudes —respondió molesto el gran maestro—, en los últimos siglos el capítulo general solamente ha sido convocado para elegir grandes maestros. No quedaría yo muy bien si sólo dos años después de haber sido elegido, convocara el capítulo ante la primera adversidad que se me presentara.

—Convocar el capítulo general no desmerece al gran maestro —apuntó Dupont— antes bien, dice mucho a favor de su prudencia...

—No me venga con historias —cortó tajante Poincaré—. Mi antecesor tuvo el mismo problema y no llamó a nadie. Lo solucionó a su manera.

—Es verdad —asintió el senescal—, y por eso nos encontramos aquí, ante la misma situación de nuevo. Hay que solucionarlo de una vez por todas y es demasiado complejo para que descansa en los hombros de una sola persona.

—¿Está dudando acaso de mi capacidad para hacer frente a este contratiempo?

—En absoluto. Pero nunca está de más conocer la opinión de los demás miembros de la Orden en un tema que afecta a los cimientos sobre la que se sustenta. Le recuerdo que el consejo del capítulo no es vinculante, la decisión final seguirá estando en sus manos, pero al menos ya tendría otro enfoque de la cuestión y el capítulo tendría conocimiento de a qué nos estamos enfrentando.

Mientras Dupont seguía hablando Poincaré se había acercado a la ventana, mirando sin ver, la escena cotidiana que se desarrollaba en la calle.

Una parte de él le aconsejaba que hiciera caso de su *senescal* y pusiera en manos del consejo el problema, que, como bien sabía, era más complicado de lo que quería admitir. Al fin y al cabo, quedaba plenamente justificada la consulta. Además el

capítulo no tenía por qué ser convocado en su plenitud. Estaba en sus manos escoger cuántos y quiénes lo compondrían.

Otra parte de él se negaba a pedir consejo. Toda su vida había dependido de los demás. Hasta la boda con Anabella había sido un fracaso estrepitoso que lo había puesto en manos de Blanchefort, el cual no había tenido compasión una vez que su caprichosa hija perdiera el interés por el juguete nuevo. Durante los años que vivió el viejo, al menos hasta que ocurrió el incidente de la biblioteca secreta, no había pasado un solo día en el que no se le recordara su posición en la casa. Aquella interminable época, junto a su insoportable mujer y al déspota de su suegro, había resultado un infierno.

Afortunadamente Anabella, además de caprichosa, era enfermiza. No tardó en seguir a su amado padre por el camino de los cipreses hasta el panteón familiar. Poincaré como único heredero, tenía resuelto el aspecto económico y se sentía por fin libre para dirigir su propia vida.

Ahora no quería volver a las andadas. Escuchar a una banda de momias que le dirían lo que había que hacer, sin tener ni idea de la situación y, por supuesto, sin exponerse a las consecuencias de las equivocaciones, ya que la responsabilidad última le pertenecía, no era muy halagüeño.

—Dígame, Eudes —preguntó sin apartar la mirada del cristal—. ¿Sabe quién es actualmente la máxima autoridad en España?

—¿Se refiere a quién es el presidente de la nación?

—Me refiero, Eudes, a quién es la máxima autoridad, me da igual que sea del gobierno, de los militares o el propio rey —respondió irritado Poincaré—, quiero saber quién es el hombre fuerte de España.

—En este momento el presidente español es Maura. Es un político conservador que goza de prestigio y es escuchado por el rey aunque éste no le profesa una gran simpatía. No sería imposible llegar a un acuerdo con él. El problema es que ésta en una situación precaria. Según mis informaciones no creo que aguante mucho más en la presidencia. Los militares están divididos, tradicionalmente en España el estamento militar ha tenido un gran peso en la gobernación. Pusieron en el trono al padre del actual rey y lo mantuvieron en él. Y vigilaron de cerca a la reina regente durante los años que Alfonso XIII fue menor de edad.

—¿Y el rey? —preguntó Poincaré.

—Alfonso XIII es una incógnita —repuso Dupont, jugueteando de nuevo con un extremo de su bigote—, no se sabe por dónde va a salir. Desde que ocupó el trono, su dependencia de los militares es manifiesta. Haría más caso a éstos que a los políticos si hubiera una crisis. En teoría tiene el poder de mandar formar gobierno a quien desee, pero en la práctica es más complicado. Está respaldado por el ejército, sobre todo, como he dicho antes, por su afinidad a éste. También se dice que escucha los consejos de su madre, M.^a Cristina. Hay quien le acusa de ser frívolo y chulesco, y

que atiende más a su persona que a la nación, pero sigue muy de cerca la política. No dejaría que nada le apartase del trono.

—¿Entonces...?

—Si tuvieras que elegir un hombre fuerte diría que el que más se aproxima a esa calificación sería el rey Alfonso.

—Muy bien —Poincaré volvió a su escritorio y cogió una pluma—, esto es lo que vamos a hacer. Quiero que se entreviste usted personalmente con Loubet para saber si la decisión está tomada y si es posible cambiarla. Vea también qué posibilidades tenemos de presionar al rey español. Voy a mandar una nota al mariscal Von Breukelen para que venga a vernos. También llamaremos a consulta al maestre de Aragón, Martínez de Arnedo. Debemos saber hasta qué punto podríamos ceder en una negociación. Avíseme cuando tenga preparado lo que le he pedido.

Dupont vaciló un momento. Después cogió el sombrero que le tendía el mayordomo, misteriosamente aparecido. Despidiéndose de su anfitrión, abandonó la casa dejando a Poincaré en su despacho, redactando los pertinentes mensajes.

Días más tarde apareció en casa de Poincaré un hombre de gran corpulencia. El cabello rubio y unos ojos azules, claros como el mar, sugerían un origen nórdico. Tras consultar el mayordomo con su señor, hizo pasar al desconocido al despacho. Allí, tras los saludos corteses, el alemán tomó asiento y prestó atención a lo que se esperaba de él. En ningún momento dejó entrever su sorpresa por lo que oía. Tan sólo hizo unas pocas preguntas, permaneciendo la mayor parte del tiempo en silencio. Cuando Poincaré hubo terminado de presentar su plan el alemán se levantó y, tras una respetuosa inclinación de cabeza, abandonó la mansión.

Una vez solo, Poincaré se reclinó en el sillón y se aflojó la corbata que cerraba el almidonado cuello. Notaba las gotas de sudor que le bajaban por la espalda. Utilizó un pañuelo para secarse la frente mientras, con mano temblorosa, vertía un poco de agua en un vaso y lo apuraba de un solo trago. Lo que acababa de hacer, podía llevarle cuando menos a la cárcel y aun así no estaría asegurado el éxito de la operación. Nuevas dudas le invadían. Posiblemente hubiese sido mejor seguir los consejos de su senescal y convocar el capítulo. Quizá aún no fuera demasiado tarde. Pero echar marcha atrás equivalía a reconocer que no estaba cualificado para dirigir la Orden.

La ausencia del senescal, que debía estar presente en todas las cuestiones importantes, tanto para consultar como para apoyar al gran maestre y ser testigo de sus decisiones, no había pasado inadvertida a Von Breukelen, mariscal de la Orden, a pesar de no haber dicho nada. Tampoco había dicho nada el alemán sobre las repercusiones que tendría la ejecución de las órdenes recibidas, aunque, como dejó escapar con un fugaz parpadeo, parecía pensar que eran de suficiente calado para consultar el capítulo general, al que Von Breukelen también pertenecía.

Ahora, recordando la conversación con el bávaro, Poincaré comenzó a dudar sobre la idoneidad de dejar un asunto tan delicado en manos de un hombre tosco

como aquél. A medida que le daba vueltas, se decía a sí mismo que sería mejor colocar a alguien más taimado y versátil al frente de la operación. Alguien que supiera reaccionar en un momento de crisis y que conociera los entresijos de la política y la corte española.

Un rostro que reunía estas características se dibujó en su mente. El doctor Melchor de Priamo, título que él se otorgaba sin especificar de qué especialidad, era un ambicioso elemento que se manejaba como pez en el agua en las intrigas palaciegas y al que ya había utilizado en otras ocasiones.

No tardó Poincaré en coger recado de escribir y redactar una breve nota por la que solicitaba al doctor una visita inmediata.

—Señor, un caballero desea verle.

Poincaré dejó los legajos que estudiaba en su despacho y cogió la tarjeta que le era ofrecida por su mayordomo. Con una exclamación de sorpresa ordenó:

—Hágalo pasar de inmediato.

Habían pasado meses desde que escribiera a De Priamo pidiéndole que se sirviera visitarle con premura, sin recibir respuesta.

—Doctor De Priamo, qué agradable sorpresa. Ya pensaba que no se acordaba de mí.

—Por favor, M. Poincaré —protestó éste con una sonrisa—. ¿Cómo podría olvidarme de usted? Sólo su voz es capaz de traerme a París.

Mentía y los dos lo sabían. Melchor de Priamo era un hombre de edad indefinida, espigado, de piel morena a juego con los ojos y el cabello, que llevaba muy corto y brillante. Un fino bigote adornaba el afilado rostro.

—Tengo un trabajo un tanto delicado, que me gustaría comentar con usted —dijo tanteando el francés, una vez acomodados en sus respectivas butacas—. Represento a una sociedad con intereses en la zona fronteriza con España. Estos intereses chocan con los de un grupo financiero poderoso. Hemos tratado de alcanzar un acuerdo, pero sin un resultado satisfactorio. Pensamos que quizá debiéramos cambiar de táctica.

Poincaré guardó silencio estudiando el rostro de su invitado, para ver la reacción de éste.

—Mi campo son las consultas y análisis políticos, como sin duda sabe —repuso el doctor fingiendo no darse por enterado.

—Subestima sus dones, amigo mío. Reconozco en usted un buen especialista para cierto tipo de trabajos, como he podido comprobar en otras ocasiones.

—Me halaga. Puede que en alguna ocasión haya tenido la suerte de servirle de ayuda, pero temo que esta empresa pueda desbordarme.

Poincaré se levantó y de la biblioteca extrajo un voluminoso tomo. Con un imperceptible chasquido lo abrió, desvelando un hueco donde se alineaban billetes de nuevo curso.

—Ahí tiene cinco mil francos, doctor. Si todo saliera a nuestra satisfacción la recompensa se vería triplicada.

—¿De qué se trataría?

El francés se relajó. Aquel inquietante individuo estaba ganado. Durante dos horas le puso al corriente de la situación, contestando las incisivas preguntas que se le hacían. Cuando quedó satisfecho, De Priamo abandonó la casa con un montón de notas y otro de dinero.

Dos meses después volvieron a reunirse en el despacho de Poincaré. El doctor traía una carpeta con él. Una vez acomodados hizo una clara exposición de las condiciones en que se encontraba el proyecto ferroviario. Habló con una voz neutra, sin inflexiones, como la de un médico que presentara el caso de una grave enfermedad.

—En resumen —dijo entregando una hoja a su cliente—, nuestro enemigo más importante es, a mi entender, el monarca español. Pienso que es sobre éste donde se debe incidir. Es prácticamente seguro que cualquier tipo de negociación con él se verá abocada al fracaso, aunque claro está, debe intentarse. Alfonso XIII ve en este proyecto su carta de presentación ante la opinión europea. Su gobierno es débil, no debe resultar un problema. El ejército español tiene mucho poder, pero afortunadamente está en contra del proyecto. El grupo promotor de éste ha invertido mucho dinero, por lo que cualquier tipo de negociación es inútil. Tenemos a favor nuestro la posición claramente desfavorable del gobierno francés, que deberíamos potenciar.

»En el memorando —continuó el doctor— que le he entregado está la relación de medidas que, en mi opinión, han de tomarse. Cualquier disposición ha de ser inmediata. Las obras están muy adelantadas. Algunas de las medidas que propongo son, como podrá comprobar, un poco drásticas, pero no encuentro alternativas. Para este tipo de trabajos creo que sería mejor utilizar gente ajena a la organización. Profesionales. En caso de encargarme de la operación exijo total libertad de movimientos. Por supuesto, habría que revisar mis emolumentos. Creo que la dificultad del trabajo lo requiere.

De Priamo guardó silencio, expectante, mientras Poincaré examinaba el manuscrito. Finalmente, y con el presentimiento de estar vendiendo su alma al diablo, el francés dio su visto bueno.

El mariscal de la Orden, Von Breukelen, se hallaba en la capital de España, alojado en un hotel. No estaba feliz el cuadrículado alemán. A sus cincuenta años y con gran esfuerzo se había encumbrado en la organización para ahora tener que ponerse a las órdenes de un extraño. Cuando le llegó el mensaje cifrado del gran maestro su rubicundo rostro se había tornado grana, destacando aún más el corte militar de su rubio cabello y amenazando con hacer estallar los botones de su ajustado traje.

Una semana después de tomar el alojamiento donde se le ordenaba, encontró en recepción un sobre con una escueta nota en su interior, en la que se le notificaba la llegada de aquel que supervisaría la operación.

La entrevista resultó más humillante todavía. A Von Breukelen se le coartaba toda libertad de movimientos. Su papel sería el de mero enlace con los hombres de su organización, quedando al margen de cualquier consulta.

La primera orden llegó dos días después, mediante un sobre en el que, junto a las instrucciones, venían una fotografía del objetivo y una detallada descripción de sus costumbres. La víctima, un rico banquero, fue despachada de dos navajazos cuando paseaba por un parque vecino, como acostumbraba a hacer al caer la tarde. Le quitaron el anillo, el reloj y la cartera para simular un atraco.

Cinco días más tarde, sin una nota de felicitación por el trabajo bien realizado, llegó de nuevo otro sobre con dos fotos y dos informes con las rutinas de las víctimas. El trabajo se llevó a cabo, pero en esta ocasión hubo un incidente que casi desbarata el plan, cuando a uno de los sicarios le explotó el arma con la que iba a dar el tiro de gracia, destrozándole la mano.

Después el mariscal tardó en recibir nuevas noticias de su odiado superior.

El escenario se había trasladado a París.

Capítulo II

Noviembre de 1905. París

Alejandro Ferrás miró su reloj al oír el silbato de la locomotora. Las tres menos diez de la tarde. El tren llegaba con cinco minutos de retraso. Pasó tranquilamente la página del diario que leía. La comitiva real, con los actos protocolarios aún, tardaría buen rato en salir. No se le escaparon las miradas admirativas de un par de damas que aguardaban el paso del rey español en su visita a la capital francesa. Estaba acostumbrado. Joven aún, su cuerpo entrenado acompañaba un agradable rostro con una pequeña cicatriz que, lejos de afearlo, le hacía más interesante.

Por fin asomó el séquito. En el primer coche viajaban el duque de Sotomayor y el general Barcarán, junto a dos ministros franceses, Decassé y Mollard. Alfonso XIII, acompañado del presidente francés Loubet, cerraba la comitiva. El enjuto y marcial monarca contrastaba con el rechoncho y venerable anciano. Vestido con el uniforme de capitán general, el pelo pulcramente peinado y fijado, la tez pálida, Alfonso aparentaba menos edad que los diecinueve años cumplidos que contaba.

Ferrás esperó a que pasaran las carrozas, vitoreadas por los parisinos, y se alejó en busca de su coche, alquilado para toda la jornada. Al cochero le había dicho que era periodista y que necesitaría sus servicios un par de días. Tras concertar con éste la hora a la que debería pasar a buscarlo, caminó calle abajo hasta otro hotel cercano, donde en realidad tenía su alojamiento.

A las nueve en punto de la mañana llegaron al Quai d'Orsay, donde el monarca tenía su residencia mientras durase la visita, el presidente francés y su escolta. Desde su coche, Alejandro vio entrar la carroza presidencial en el recinto y se prestó a esperar la partida. Durante toda la jornada en la que los dos dignatarios cumplieron una apretada agenda, Ferrás los siguió de lejos, sin perder un solo detalle.

Hacia las ocho y media, Alfonso XIII y Loubet se trasladaron a la Ópera para asistir a una obra de teatro. Ferrás aprovechó para despedir al cochero y acercarse a la rue Rohan, donde esperó.

Dos individuos mal encarados se aproximaron, llevando uno de ellos una caja de cartón bajo el brazo. Tras mirar nerviosamente a los lados se acercaron a Ferrás. Sin intercambiar palabra le dieron la caja y se marcharon apresuradamente.

Ferrás se encaminó hacia un pequeño parque próximo. Estaba cerrado y tuvo que saltar la verja, una vez seguro de que nadie le veía. Del interior de la caja extrajo una especie de piña metálica, similar a las utilizadas como pomos. Estaba rellena con una masa de fulminato de mercurio, parte de la cual retiró con una navaja. Después la sopesó y la devolvió a la caja. Buscó un canto que se asemejara en el peso y cuando

dio con él hizo unas pruebas arrojándolo, para calcular la fuerza que habría de necesitar.

Una vez satisfecho, tomó de nuevo la piña y embutió en la masa los dos tubos de cristal rellenos de ácido sulfúrico que venían envueltos en algodón. La maniobra entrañaba grave riesgo. Se podían romper los tubos y al contacto del ácido con la masa estallar, pero sus manos se movían con seguridad.

Una vez depositada la bomba en la caja repitió la operación con la otra, pero a ésta le sustituyó los tubos de ácido por otros vacíos, lo que dejaría el artefacto inerte.

Estas maniobras hubiesen extrañado a los hombres que le habían facilitado los explosivos, pero las instrucciones eran claras. Alfonso no debía morir, sólo era un aviso y Ferrás era un profesional que no cuestionaba los encargos.

Se situó en la esquina de las calles Rohan y Rivoli, por donde pasaría el cortejo. Tenía una bomba en cada bolsillo. Su ánimo era sereno.

La gente que aguardaba la comitiva, como él, comenzó a aplaudir y vitorear. Las primeras carrozas, ocupadas por dignatarios menores, aparecían por una esquina. Alejandro esperó pacientemente a que llegara la carroza abierta con Alfonso XIII y Loubet, flanqueados por los capitanes del segundo de coraceros, espléndidos con sus trajes de gala y sus corceles blancos.

Ferrás se separó un poco al amparo de las sombras y sacando las piñas del bolsillo las arrojó, calculando que la que estaba armada se quedara corta. Acto seguido arrojó la otra sin demasiada precisión.

La explosión fue terrible. Uno de los caballos de la escolta saltó por los aires y cayó con el vientre reventado, jinetes y caballos se confundían en el suelo. Los que quedaban en pie rodearon rápidamente la carroza principal, que no había sufrido prácticamente daños, y se alejaron con ella a galope tendido. Atrás quedaban muertos y heridos, cuyos gritos se confundían con los de los horrorizados espectadores.

Alejandro se alejó discretamente por la rue de Richelieu.

La policía parisina comenzó una frenética caza humana en busca de los responsables de la carnicería. Más de una veintena de personas fueron detenidas por meras sospechas de la enloquecida multitud. Algunos de ellos recibieron a los policías como salvadores, ya que estaban a punto de ser linchados. La comisaría se había convertido en un manicomio.

—¿Qué ocurre? —preguntó irritado un sargento al agente que se le había cuadrado delante.

—Señor, hemos traído a tres individuos que han despertado nuestras sospechas.

—Muy bien, pues interróguelos y haga un informe —respondió alterado el superior, desbordado por las falsas pistas.

—Lo hemos hecho, señor, pero creemos que están ocultando algo. Cuando nos vieron en la calle, echaron a correr y no saben dar una explicación coherente del porqué. Dos de ellos son españoles y el otro inglés.

El sargento mostró un repentino interés. Podía haber mil motivos por los que alguien saliera corriendo al ver a un policía, pero tantos años en el cuerpo le habían proporcionado un sentido especial para intuir una pista fiable entre la morralla. Acompañado del agente se dirigió a un despacho.

—Paul —dijo a un hombre enterrado entre un montón de informes—, creo que podemos tener algo.

El inspector levantó la cabeza, resignado. En las últimas horas había oído docenas de veces la misma frase. Pero su atención se despertó con el informe del agente.

—Bien, señor Vallina —dijo el inspector a uno de los detenidos, cuando lo trajeron a su despacho—, quisiera que me explicara por qué corrió al ver a los agentes.

—Se lo he dicho a sus compañeros —respondió el español, altanero—. Pensamos que por ser españoles podían pensar que teníamos algo que ver con el atentado.

El primer bofetón llegó de forma inesperada.

—Veamos de nuevo —dijo Paul como si nada hubiese ocurrido—, ¿por qué huían de la policía?

Después de un par de horas de tratamiento expeditivo, Paul se quedó a solas en su despacho. Vallina había cantado. Reconoció pertenecer a un grupo anarquista español y ser el fabricante de las bombas utilizadas en el atentado. Sus compañeros, Navarro, y el inglés, Harvey, integraban la misma cédula anarquista y eran los encargados de facilitar la información y los explosivos a Alejandro Ferrás. Para saber el nombre del terrorista Paul debió emplearse a fondo.

—¿Y bien? —preguntó el comisario entrando en el despacho de Paul.

—Creo que no dice toda la verdad. Trata de llegar a un acuerdo que le asegure inmunidad.

—¿Cree que se ha inventado la existencia de ese tal Ferrás?

—No sabría qué decir. Asegura que el explosivo estuvo escondido en el bosque de Viroflay dos semanas. Pensamos que han utilizado fulminato de mercurio. Este explosivo no aguanta más de cinco días, así que difícilmente podría estar en buen estado. Dejaremos que crea que nos ha engañado a ver si le sacamos algo más.

—Muy bien. Déjelo descansar un rato para que reflexione y continúe después. ¿Qué dicen los otros dos?

—No saben casi nada. Vallina es el jefe, no cabe duda.

—Perfecto. Manténgame informado.

Paul esperó a estar solo de nuevo antes de descolgar el teléfono.

—Disculpe, señor —dijo el *maître*—, le llaman al teléfono.

Melchor de Priamo no dudó en acompañar al *maître* hasta el aparato, situado en una cabina cerrada, cerca de la entrada. Muy pocas personas sabían cómo contactar con él.

—¿Hola, quién llama?

—¿Sabe quién soy? —contestó una voz grave.

—Desde luego —contestó Melchor tensándose y entrecerrando los ojos.

—Escuche con atención. Su hombre está perdido. En cuestión de horas será atrapado.

Acto seguido la línea quedó muerta. Melchor colgó el auricular pensativamente. Su confidente en la policía, facilitado por el mariscal Von Breukelen, podía estar equivocado. Pero no le gustaba correr riesgos innecesarios. Hizo un gesto a su guardaespaldas, que se acercó de inmediato.

—¿Tenemos localizado a Ferrás?

—Sí, señor.

—Hay que eliminarlo. Ocúpate personalmente. El cuerpo no debe aparecer.

El doctor siguió con la mirada a su hombre de confianza mientras éste se alejaba y volvió a la mesa.

Diciembre de 1905. Palacio Real. Madrid

—Majestad. Le pido disculpas por mi atrevimiento. He pensado que, si me permitiera explicarme, quizá podría convencerle de la necesidad de un relevo en el gobierno.

Quien así hablaba era el presidente Eugenio Montero Ríos, en el despacho del rey Alfonso XIII, al que había solicitado audiencia privada.

»Majestad —continuó al obtener el permiso del monarca—, como sabe, mi llegada a la presidencia no fue consensuada por mi partido. Traté de cerrar filas incorporando a Segismundo Moret y a Canalejas en el gobierno, pero se negaron a participar. Mi avanzada edad y los flacos apoyos de que dispongo no ofrecen unos horizontes lo suficientemente halagüeños como para que se arriesguen a quemarse a mi lado. Mis enfrentamientos con Romanones son continuos. Mi propio partido no me apoya y la oposición espera mi caída. Los españoles reclaman justicia con los militares, pero no puedo con éstos, que también desean mi dimisión. Citando a mi antecesor Silvela, me atrevería a decir: “Tenéis ante vosotros a un hombre que ha perdido la fe y la esperanza”.

—Dime, Eugenio —preguntó Alfonso, que había escuchado el discurso en silencio, sentado tras su mesa—, ¿es éste el único motivo de tu renuncia? Esos problemas, si bien se han agravado, los has afrontado, y debo añadir que admirablemente, durante todo el mandato.

Montero Ríos lanzó una mirada especulativa al monarca antes de continuar:

—Perdone la pregunta, Majestad, ¿tiene noticias sobre la autoría del atentado que sufrió en París?

—Ninguna —mintió Alfonso, aguantando la mirada.

—Me han llegado rumores referentes a un grupo influyente, que nada tendría que ver con los anarquistas, contrario al proyecto ferroviario del Pirineo central. Tengo motivos para pensar que el atentado fue un aviso.

—Un aviso que casi acaba con mi vida.

—Sí, sí. Desde luego. No pretendía restarle importancia —se apresuró a señalar el presidente—. He recibido recientemente a cierto individuo. La sociedad a la que representa tiene conexiones por toda Europa y es la culpable de la intransigencia francesa con el proyecto, así como de la oposición de nuestro propio ejército al mismo.

—¿Y qué pretendes? —preguntó despectivo el monarca—. ¿Que me doblegue a las coacciones de un hatajo de rufianes?

—Según esta sociedad, Su Majestad lo hizo con los especuladores que defendían el proyecto —apuntó con suavidad Montero.

—Señor presidente —cortó con voz gélida el rey, no permitiré que me hable en ese tono.

—Mis disculpas, Majestad. No pretendía ofender a Su Majestad. Solamente quería señalar el riesgo que corre. Temo por su vida.

—¿Por la mía o por la tuya, Eugenio? No, no contestes, por favor. Aceptaré tu dimisión. No quiero tener al frente de mi gobierno a pusilánimes.

—Majestad —dijo Montero ignorando el insulto—, ese proyecto ferroviario es de dimensiones colosales, igual que el esfuerzo económico que supondrá para las magras arcas del Estado. Su Majestad sabe que no será rentable. Estamos a tiempo de ofrecer un proyecto alternativo menos oneroso...

—Gracias, señor Montero —cortó Alfonso omitiendo el título de presidente—. Creo que eso es todo.

El expresidente quiso añadir algo, pero se lo pensó mejor y, cabizbajo, abandonó el despacho real.

Enero de 1906. Palacio de Buckingham. Inglaterra

—Alteza —decía Leopoldo de Battenberg, sentado frente al rey español—, he de confesar mi sorpresa por la profunda huella que ha dejado en mi patria, especialmente en mi hermana Ena.

Se refería a la princesa Victoria Eugenia de Battenberg, sobrina del rey inglés. Se encontraban a solas por expresa petición de Leopoldo, en un salón, al margen de la fastuosa fiesta palaciega en honor de la visita del monarca español. La conversación se desarrollaba en un francés académico, que los dos dominaban.

Alfonso había viajado a Londres por motivos diplomáticos, pero también para conocer en persona a la princesa Patricia, prima de Ena y a la que se postulaba como futura esposa y reina española. Pero desde el primer momento fue notorio que

Patricia no mostraba el menor interés por su pretendiente, que por otra parte había echado el ojo a Victoria Eugenia.

El joven monarca estaba impaciente por volver al baile en busca de Ena, pero controló su nerviosismo, aguardando a que Leopoldo le explicara el porqué de esa entrevista privada.

—No quiero entretenerle, así que permítame que vaya al grano. Desde que Ena me habló de Su Majestad, se ha acrecentado mi interés por su encantador país. Las informaciones que me han llegado sobre su gestión no pueden ser más halagadoras, claro que, no siempre son bien entendidas por los españoles, algo habitual en cualquier país. La ponzoña anarquista agita al pueblo, amparándose en la delicada crisis económica, los problemas con Marruecos, y el conflicto agrario, como palanca para derrocar a su rey, no dudando en cometer un vil atentado contra su Majestad.

—Agradezco su interés y simpatía —dijo Alfonso, que no entendía adonde quería llegar el inglés removiendo temas delicados que no le concernían.

—Espero que no vea en mi inquietud un intento de injerencia. Simplemente me preocupo por el bienestar de mi hermana. Desde que perdimos a nuestro padre me he ocupado de ella. Le aseguro que cuenta con mis bendiciones —añadió rápidamente al ver el envaramiento de Alfonso—. Pero quizá Su Majestad quisiera atender un ruego.

»Tengo unos amigos —continuó ante el silencio del monarca—, todos ellos hombres de bien y defensores de la monarquía y el orden, que a buen seguro estarían interesados en hablar con Su Majestad. No me cabe duda de que podrían serle de mucha utilidad.

A finales de julio, Alfonso, acompañado por el infante Carlos, cruzó los Pirineos de incógnito y se hospedó en el hotel Gassion de la ciudad francesa de Pau, donde tenía reservadas unas *suite* bajo el nombre de conde de Covadonga.

La misma noche de su llegada se reunió con un grupo de prohombres, invitado a instancias de Leopoldo de Battenberg.

—Alteza, caballeros —dijo el anfitrión puesto en pie, alzando la copa—, propongo un brindis por Su Majestad Alfonso XIII, que ha tenido la gentileza de visitarnos. Por un reinado largo y provechoso.

Se encontraban en una mansión de las afueras de la ciudad. Su propietario, Marcel Bouchon, un rico aristócrata, era un diminuto personaje, calvo y con unas enormes patillas blancas. Perfectamente trajeado, lucía una prominente barriga bajo el chaleco. Cuando terminó el brindis continuó:

—Si está de acuerdo, Majestad, iremos directamente al tema que nos ha reunido.

—Me parece muy bien —repuso Alfonso en su mejor francés—. No quisiera abusar de su hospitalidad y por otra parte mis deberes me reclaman.

—¡Por favor! Para nosotros supone un extraordinario honor tenerle aquí. Un rey tiene sus horas secuestradas desde el momento en que nace, lo sabemos bien.

»Bien —continuó Bouchon—. Como le indicó nuestro común amigo Alberto, que, por los rumores que corren, puede llegar a tener parentesco con Su Majestad —acompañó estas palabras con un guiño de complicidad—, quizá pudiéramos tenderle una mano con esos pequeños contratiempos que actualmente le incomodan.

—Supone un alivio para mí ver que alguien juzga unos graves asuntos de Estado como *pequeños contratiempos*. Realmente el apoyo que puedan prestarme ha de ser sumamente poderoso.

—Tal vez, Majestad, tal vez —repuso sin comprometerse Bouchon. Era el único de los cuatro franceses que hablaba—. Digamos que gozamos de ciertas influencias en determinados sectores de la política y de la economía, en diversos países, entre los que se encuentra la soleada España.

»Permítame, Majestad, hacer un pequeño resumen de los problemas que hemos encontrado y que, en caso de resultar un riesgo para la estabilidad de su reinado, podríamos contribuir a solventar.

Durante la siguiente hora, Bouchon fue desgranando uno a uno los problemas que acuciaban a Alfonso, que veía avergonzado cómo se exponían certeramente todas sus dificultades.

—Déjeme terminar con mi exposición haciendo referencia a una cuestión más. Me refiero a las elecciones generales que van a celebrarse a mediados de septiembre.

Alfonso se tensó al oír esto último. La noticia aún no era pública. Se suponía que la medida para buscar el respaldo parlamentario sólo era conocida por el presidente y alguno de sus principales ministros, además de él.

—Esas elecciones —continuó Bouchon— pueden resultar una trampa para su gobierno. Los partidos republicanos avanzan lentamente. Por ahora tienen problemas financieros para costear la campaña, pero no deben confiarse.

—Entiendo que eso es todo —dijo Alfonso, rompiendo el silencio que se había apoderado de la sala—. Déjeme decirle que difiero profundamente de su análisis, que considero viciado por un alarmismo infundado. Cierto es que su exposición presenta visos de realidad, pero está grotescamente distorsionada. A pesar de ello, tengo curiosidad por saber cómo podrían ustedes colaborar con la Casa Real Española para resolver esas tremendas dificultades, que, según usted, nos acechan.

—Por supuesto, Majestad —contestó Bouchon, haciendo caso omiso a la ironía del monarca—. Tomemos el problema de Marruecos. Los adversarios son Inglaterra y Francia. La primera apoyará nuestra postura, sobre todo porque le interesa. Su rival no es España sino Francia. Respecto a ésta, estamos en condiciones de prometerle que accedería a sus pretensiones, siempre que éstas sean razonables. Sabemos que a su Majestad le interesa el litoral africano. También a Francia, pero tiene mi palabra de que renunciará a éste.

—¿Y durante cuánto tiempo podrá estar seguro mi país de que los franceses respetarán su palabra?

—El suficiente para que se establezcan y se asienten. En política nunca se puede afirmar nada, pero creo que no debería preocuparse. Una vez firmado el pacto, las demás potencias no permitirán a Francia romperlo. En cuanto al problema de los nacionalismos catalán y vasco, la solución será igualmente eficaz. Los elementos más subversivos serán comprados o eliminados, sin que el gobierno o la Casa Real se vean implicados. En seis meses el problema estará resuelto. Respecto a los problemas con los intelectuales y los críticos por la alianza tácita entre Iglesia y Estado, estamos en condiciones de asegurarle que Roma no volverá a ejercer presión si deciden tomar distancia. Esto, junto con la propaganda en los círculos periodísticos que controlamos, dará la imagen de una España más moderna y liberal en Europa.

»Sobre la dependencia de su país del estamento militar, poco podemos hacer si es voluntad de Su Majestad. Pero si no fuese ése el caso, quizá tengamos la solución. Perdona que lo mencione, pero su ejército está obsoleto en material y entrenamiento. La tropa está mal pagada, lo que crea un clima de insatisfacción. Una adecuación del número de efectivos, mejor preparación y una renovación de material le permitirían disponer de un ejército moderno y eficaz.

Su Majestad podría proponer este acuerdo al mando militar a cambio del compromiso de no injerir en los asuntos de Estado.

—No creo que el ejército español necesite aprender de nadie —objetó Alfonso, herido en su orgullo—. Admito que por problemas económicos sufra un pequeño desfase, pero eso es todo.

Bouchon se levantó de su asiento para tomar una carpeta que le era ofrecida por uno de los silenciosos asistentes. Tras colocarse unos anteojos, desgranó con todo lujo de detalles diversos informes sobre el estado de las tropas y sus armas, movilidad, economía y un sinfín de datos, redactados tanto por el Estado Mayor español como por analistas europeos.

—Si le parece bien —dijo tras cerrar la carpeta, a un humillado Alfonso— expondré la solución que hemos ideado para el problema de la crisis agraria. La solución es sencilla aunque costosa. Se requiere una inyección de capital. Podemos facilitarle fondos, aunque como puede suponer serán insuficientes. Sin embargo, facilitaremos a Su Majestad buenos contactos con banqueros, tanto nacionales como extranjeros, que le facilitarán créditos a muy bajo interés.

»Y por último, volvamos a las elecciones generales de septiembre. Permítanos ofrecerle un pequeño obsequio por su amabilidad y gentileza al visitarnos. Nos ocuparemos de que los partidos republicanos no consigan fondos para las elecciones.

—Les quedo muy agradecido —repuso aún dolido el rey—. Estoy convencido de que así será. Respecto a lo demás, imagino que tan generosa ayuda tendrá sin duda un precio. Ardo en deseos de conocerlo.

—Pensamos que Su Majestad encontrará razonables nuestras peticiones. Por motivos que no vienen al caso, estamos interesados en que no se lleve a cabo el proyecto ferroviario para unir nuestros países por el pirineo aragonés. A cambio,

además de lo expuesto, estamos dispuestos a financiar un proyecto alternativo de su agrado, como el de Ax-Ripoll. Cualquier otra cosa que creyese oportuna la estudiaríamos con sumo interés.

—Señor Bouchon —dijo el monarca recobrando parte de su altivez—. A lo largo de esta entrevista he podido comprobar que sus fuentes de información son magníficas. Así, sabrá que di mi real palabra a los aragoneses de que el proyecto que mi difunto padre impulsó sería llevado a cabo.

—Por supuesto. Conocemos esa promesa. Por eso nuestro ofrecimiento es tan generoso. También estamos al tanto de en qué condiciones se dio esa palabra. No se alarme. Conocemos sus devaneos con la señorita Vix, con la bailarina Carmen de Faya y con la señora Melanie de Vilmorin, que según parece está... digamos en estado de gracia, a pesar de que su marido asegura ser ajeno. Sin duda, el embajador Quiñones de León, parte interesada en el proyecto ferroviario, tiene un gusto exquisito para elegir la compañía real en las largas y aburridas veladas diplomáticas. Me atrevería a decir que los españoles no aprobarían esta conducta por parte de su soberano. Y no sé qué pasaría de saberse que el servicio de palacio pasa por el tálamo real.

—La promesa de un rey es sagrada y no pienso romperla —repuso acalorado Alfonso.

—Majestad, su palabra resultó comprometida. Esto lo libera de su cumplimiento —adujo Bouchon.

—No ante los ojos de mi pueblo.

—Los pueblos están acostumbrados a que sus dirigentes los ignoren —sentenció Bouchon sin perder la compostura—. Este proyecto sólo redundaría en beneficio de unos pocos, especialmente de aquellos especuladores que le ofrecieron tan suculenta suma de dinero. Sí, también sabemos eso. Para la región será un desastre económico, así como para las arcas estatales. El clima y las montañas harán inviable el comercio. Piénselo, lo que le ofrecemos es mejor, más seguro y económico.

—¿Y si me niego, qué harán ustedes? —preguntó Alfonso puesto en pie, desafiante—. ¿Intentar asesinarme, como hicieron el año pasado? ¡Pues sepan que no lograron amedrentarme!

—Majestad, se lo ruego —trató de apaciguarlo Bouchon.

—¡La palabra de un rey español es sagrada y ha de cumplirse!

—En verdad que es usted un imbécil, tal y como lo describen sus propios súbditos —cortó con voz cascada el mayor de los presentes, que hasta entonces había guardado silencio. Lo sucedido el año pasado era un aviso para un estadista inteligente. Entiendo que no es su caso.

—¡Se atreve a insultar al rey de España! —repuso Alfonso, rojo por la cólera—. ¿Un chantajista como usted, pretende imponer sus deleznable pretensiones a las necesidades de mi pueblo? No sabía que venía para ser calumniado y no lo olvidaré.

Mi respuesta a sus proposiciones es no. Asegúrense de no fallar la próxima vez que atenten contra mi persona.

Bouchon, asomado al ventanal, observó cómo el monarca español abandonaba la mansión.

—Ese mequetrefe debe desaparecer —dijo el anciano, al que una vena le latía en el huesudo cuello—. Comunicaré a Poincaré que la negociación ha sido un fracaso.

Bouchon no contestó. Seguía mirando por el ventanal. Desde que fuese escogido por Melchor de Priamo de entre los candidatos ofrecidos por el gran maestro, había considerado que la presencia de aquel carcamal traería problemas.

No se dio la vuelta ni se despidió cuando se marcharon sus compañeros. Pensaba en la única alternativa que les quedaba. Matar a un rey nunca resultaba fácil.

Unos meses después, en París, Poincaré se levantaba en su despacho para saludar a su visitante. Eran las nueve y media de una fría mañana y lo habían sacado de la cama, algo que odiaba. Como castigo había tenido a su visitante media hora esperando.

—Buenos días, doctor De Priamo. Me alegra verle. Deduzco, por lo intempestivo de la hora, que me trae noticias de especial relevancia. Esperemos que sean buenas.

—Así lo creo. Aún no ha trascendido pero por fin sabemos la fecha en la que se celebrarán los esponsales del monarca español. ¿Adivina cuál puede ser esa fecha?

—Mentiría si afirmara tener dones de clarividencia —contestó sarcástico Poincaré, que no compartía el humor de su invitado.

—Ni más ni menos que el treinta y uno de mayo —contestó éste sin inmutarse—. ¿Le dice algo?

Cómo olvidar la angustia pasada aquellos días, se dijo Poincaré, con la incertidumbre del atentado en París contra el monarca. Hasta entonces ninguna acción había sido de tal calibre. Fue necesario que pasara un mes antes de que pudiera conciliar el sueño de nuevo.

Melchor de Priamo, sentado confortablemente en una butaca, observaba divertido el mal rato que estaba pasando Poincaré.

—¿Cree usted que es buena idea escoger el día de la boda para llevar a cabo *el trabajo*? —preguntó Poincaré que, como siempre, eludía llamar a las cosas por su nombre.

—A mi entender, es la fecha idónea.

Llevaban tiempo hablando del tema. Desde la entrevista con Alfonso en Pau, éste se había cerrado en banda y no dejaba más alternativa que su desaparición. Pero ahora que había una fecha, a Poincaré le entraba el miedo.

Mientras exponía una vez más los argumentos a favor del atentado, Melchor jugueteaba con su estilográfica entre los dedos. Tenía muy claro que era Poincaré quien tendría que asumir la operación. La remuneración era muy alta, pero de nada serviría si no tenía oportunidad de disfrutarla. Las averiguaciones hechas sobre la

sociedad a la que pertenecía Poincaré no le habían tranquilizado. Sobre todo tras toparse con un peligroso italiano que le había aconsejado delimitar sus actividades a lo encomendado. Si las cosas se ponían feas a Melchor no le pillarían cerca.

—De acuerdo —dijo Poincaré—. ¿Tiene planeado cómo llevarlo a cabo? No quiero que quede ningún rastro que pueda conducirles hasta nosotros.

—No se preocupe. No tendremos ninguna relación. El atentado lo cometerán los anarquistas.

—Preferiría que no utilizara el término «atentado» —repuso molesto el francés.

Días más tarde Melchor observaba el paso de los transeúntes, sentado en un conocido café de las Ramblas. La cita era para las once y ya pasaban diez minutos, pero no se alteró. Momentos antes un nervioso individuo había inspeccionado el local y vuelto a salir. Ahora estaba apostado en el quiosco de enfrente, fingiendo examinar la prensa. De Priamo estaba convencido de que al individuo se le había pasado por alto la presencia de su guardaespaldas. Éste, sin embargo, no perdía de vista a aquél.

—Buenos días, doctor. Espero que me disculpe el retraso.

—¿Qué tal se encuentra, don Francisco? Me alegra verle de nuevo.

—Bien, bien. Vamos tirando.

El recién llegado era un hombrecillo delgado que rondaba la cincuentena. Llevaba el rostro adornado con una perilla y un bigote entrecanos y finamente recortados. Ocultaba su calvicie con un sombrero *canotier*, muy a la moda, y vestía un severo traje. Nadie diría que Francisco Ferrer era un revolucionario.

Intercambiaron unas frases destinadas a romper el hielo, mientras el camarero les servía. No era la primera vez que hacían negocios. Ambos se respetaban aunque Ferrer no gustaba del espíritu mercenario de Melchor y éste no comprendía que un hombre se jugara la vida por unos ideales utópicos.

Ferrer estaba un poco molesto por el fallo en el atentado contra el monarca el año anterior. Lo habían preparado a conciencia, había fracasado por culpa del sicario de De Priamo. Además dos hombres suyos habían sido apresados. Melchor se abstuvo de explicarle que el fallo había sido intencionado.

—Esta vez será uno de mis hombres el encargado de llevarlo a cabo —entró en materia Ferrer—. No quiero que haya más errores.

—De acuerdo —fingió aceptar a desgana Melchor—. Me encargaré personalmente de la infraestructura...

—Déjelo. Correrá de mi cuenta —cortó Ferrer—. Sólo necesito información sobre itinerarios, horarios, paradas, número de policías, etcétera.

—No se preocupe —contestó encantado Melchor, que veía cómo el anarquista se ocuparía de todo—. Dispondrá de todo lo necesario. Respecto al pago por sus servicios...

—Esta vez no quiero dinero. Necesito armas. Me resulta difícil encontrar proveedores. Sospecho que usted no tiene ese tipo de problema.

—Descuide —repuso confiado Melchor—. Tendrá usted sus armas, dinero para la operación y toda la información que precise. A cambio, quiero estar puntualmente informado de todos los detalles y reservarme el derecho de veto sobre todos y cada uno de los movimientos.

—¡Mucho me pide! —exclamó el catalán—. Eso supone dejar en sus manos a mi hombre y a parte de mi organización.

—No se preocupe —le tranquilizó Melchor—, su secreto está en buenas manos. Dentro de una semana tendrá usted la mitad de las armas que me pide. Si yo le traicionara, dudo mucho que las autoridades españolas fueran clementes conmigo.

Todavía discutieron un buen rato más la mejor manera de llevar adelante el plan y otros detalles. Una hora más tarde el catalán se levantó y estrechó con firmeza la suave mano de Melchor.

De Priamo hizo una seña al camarero para que se acercara. Tenía apetito.

Mayo de 1906. Madrid

—Éste es el hombre —dijo De Priamo, señalando con el cuchillo de la mantequilla una fotografía que tenía al lado del desayuno—. Quiero un informe diario de todas sus actividades. Si ves algo extraño, no esperes, házmelo saber enseguida. Sólo debes seguirlo sin que sospeche. No intervengas, pase lo que pase.

El individuo al que había dado las órdenes se marchó. Había sido proporcionado por el mariscal Von Breukelen. Era un hombrón, más corpulento que el guardaespaldas del doctor. Su aspecto era un poco extraño. De piel muy blanca, tenía el cabello, la barba y las cejas teñidas de castaño oscuro. Los ojos, inanimados, eran de un color gris pálido con ribetes rosas y una mancha encarnada le subía por el cuello, que se tapaba con un pañuelo. No podía resultar más inquietante, pero le habían asegurado que era de plena confianza.

De Priamo estudió de nuevo la fotografía. Pertenecía al individuo elegido por Ferrer para cometer el atentado. Un tipo moreno y enjuto, estudiante de ingeniería mecánica, ganado en Alemania para la causa anarquista, hijo de un industrial catalán, deseoso de llevar a cabo una gran acción que le devolviera la credibilidad ante su antigua novia, que lo había dejado por ser *demasiado blando*.

Mateo Morral, que así se llamaba el estudiante, era adicto a la morfina, droga a la que se había enganchado en un hospital alemán al ser tratado de pulmonía.

De Priamo no captó de primeras qué relación podía tener la pulmonía con la droga. Descubrió que el derivado opiáceo dilatava los vasos sanguíneos, impidiendo una congestión de sangre en el corazón, lo que disminuía su trabajo. De esta manera, la falta de oxígeno en la sangre no provocaba los intensos síntomas de la enfermedad.

A De Priamo no le había gustado este detalle, pero no tardó en ver las ventajas que adujo Ferrer. Morral necesitaba la droga y no lograba abastecerse. Si llevaba a buen término el trabajo no debería volver a preocuparse por ello. Aquel acicate lo convertiría en un magnífico sicario.

«Andrés Martín», rezaba la cédula de identificación que mostró el gigante de la mancha encarnada en el cuello, cuando alquiló una habitación situada justo debajo de la que ocupaba Morral.

Los primeros días resultaron aburridos. Morral no salía de su habitación más que para comer en una taberna. Tampoco recibía visitas. Martín mataba el tiempo con la lectura, siempre atento a cualquier ruido, en especial el que hacía uno de los escalones del tramo de la escalera que subía al piso superior y que él se había encargado de aflojar el mismo día de su llegada.

La rutina se vio rota la mañana del quinto día, cuando oyó que alguien subía la escalera y entraba en la habitación de Morral. Desde la suya, Andrés escuchó, adosando un fonendoscopio al techo, toda la conversación.

—Hay un cambio de planes —decía el visitante—. Olvide la iglesia. Mire este plano. Es de Madrid. Con tinta roja, está señalado el itinerario que seguirá el cortejo. Aquí, en la confluencia de las calles Mayor y Bailén, la carroza real hará una parada frente a este edificio. Casi enfrente hay una pensión. Debe alquilar una habitación que dé a la calle Mayor. Desde el balcón arrojará la bomba e inmediatamente se meterá en el interior, baje al portal y confúndase con la muchedumbre. No lleve maleta ni nada extraño encima. Será un ciudadano aterrorizado como el resto.

»Tome. En este papel tiene la dirección adonde deberá acudir nada más abandonar la pensión. Es un piso seguro. Allí permanecerá escondido hasta que las cosas se calmen. Piense que la policía posiblemente obtendrá enseguida una descripción de usted, así que es importante que llegue lo antes posible a esa casa y no salga hasta que le avisemos.

—¿Me ha traído más morfina?

—No. Hasta el siguiente correo no recibirá más. ¿Se le ha terminado? Bien, pues adminístrela. Aquí le dejo más dinero. Pague por adelantado un par de semanas en la pensión de la calle Mayor. Los materiales para la bomba se los llevaremos allí.

Andrés se bajó de la silla en la que estaba subido y se asomó a la mirilla de la puerta para estudiar el rostro del visitante cuando se marchara.

—Está usted de suerte, caballero —dijo la propietaria de la pensión—, solamente nos queda una libre. Con esto de la boda real ha venido gente de todas las partes de España y del extranjero. Nadie quiere perderse el feliz día de la pareja del año. ¿Ha visto usted a la princesa? Una amiga de mi cuñada le ha dicho que es una verdadera

preciosidad. ¡Dios lo quiera! Nuestro pobre rey ha pasado tanto en esta vida, a pesar de lo joven que es...

Morral subía las escaleras tras la mujer, que no callaba contando las penurias del pobre Alfonso, del que parecía conocer vida y milagros. Cuando llegaron al cuarto piso, la mujer abrió una puerta y se retiró para dejar pasar a su cliente. Mateo, tras una breve mirada, se asomó al balcón. Alarmado, se percató que no daba a la calle Mayor. Aquella habitación no le servía.

—Disculpe, señora —atajó la verborrea inagotable de la patrona—. ¿No tendría otra habitación con vistas a la calle Mayor? Precisamente quería contemplar la comitiva real.

—Imposible. Lo lamento de verdad pero está toda la pensión a rebosar. Precisamente ayer alquilé la que me quedaba al lado de ésta, a un pintor. Por cierto que pinta maravillosamente bien. El otro día vi casualmente unos paisajes, que enseguida le dije a mi marido a ver si...

—¿Podría hablar con este señor para que me cambiara de habitación? —le cortó Morral.

—Pues no sé. Si a él no le importa, yo no tengo nada que decir. Es un caballero la mar de correcto. Tal vez podríamos mirar si está en su habitación ahora. Me pareció oírle llegar hace un buen rato.

Morral salió tras la patrona. En la puerta de al lado, donde unos desgastados números de latón informaban que se trataba de la veintidós, golpearon suavemente. Al cabo de unos segundos asomó un enorme individuo que no daba la imagen clásica de pintor. En su cara se reflejaba la sorpresa.

—¿Deseaban algo?

—Perdone la molestia, señor Fonseca. Aquí, este caballero desea pedirle algo, si es usted tan amable. El señor Morral ha venido desde Barcelona expresamente para ver la boda. Quería una habitación con vistas a la calle Mayor, por donde pasará la comitiva, pero la única habitación que me queda disponible es esa de al lado, que no da a la calle. Nos preguntábamos si usted podría cambiarle la habitación...

—Estaría dispuesto a ofrecerle una generosa gratificación —interrumpió Morral— en el caso de que fuera usted tan amable.

—Ni hablar de eso, por favor —respondió el pintor—. No será necesario. Casualmente iba a bajar a hablar con usted —dijo refiriéndose a la mujer—. Tengo que ausentarme dos o tres días de la ciudad y quería comunicárselo para que me reservara la habitación, donde tengo intención de dejar depositados mis óleos. Si tienen la bondad de darme diez minutos para recoger mis cosas, haremos el intercambio al momento.

La mujer no se separó ni un instante de Mateo mientras éste se instalaba en su nueva habitación. Morral se asomó al balconcillo para ver su ubicación. Era excelente. Siendo un cuarto piso, no quedaría demasiado expuesto a las miradas indiscretas de los espectadores ni de los policías.

Mientras revisaba la calle, la mujer no perdía ojo de las maletas cerradas, esperando que el cliente las abriera y poder echar lo que ella llamaba un buen vistazo.

—Es perfecta —dijo Morral.

—Ahora deberá disculparme. Sufro de migrañas y el único remedio consiste en acostarme y descansar, cosa que haré si es usted tan amable.

—Por supuesto, caballero —repuso la mujer, tratando de disimular su decepción por no ver el contenido de aquellas maletas—. ¿Podría decirme cuántos días tiene pensado quedarse en mi pensión? No quisiera ser indiscreta, ¿sabe usted?, pero la autoridad lo exige.

—Aproximadamente un mes. Si le parece, le abono una quincena por adelantado. Estoy esperando a mi familia, que llegará en este plazo, y después nos marcharemos.

—Será para nosotros un placer tenerle aquí. Normalmente cobramos por adelantado una semana en caso de que la estancia sea superior a ese tiempo, pero si insiste...

—Insisto —respondió Mateo—, cóbreme la quincena, más la semana del pintor.

Una vez abonadas las tres semanas, a veinticinco pesetas diarias, a las que Mateo añadió una propina, *por las molestias*, la acompañó con firmeza fuera de la habitación.

—Se ha instalado en la pensión, tal y como estaba previsto. En el cuarto piso. La ubicación es idónea. Tras instalarse, se dirigió a la taberna de siempre a almorzar y después regresó. Se pasó toda la tarde encerrado en la habitación. Posiblemente estaría drogado pues no se escuchó ni un solo ruido, hasta las diez de la noche, en que bajó a pedir a la patrona que le subiera una sopa para cenar. Le dijo también que le gustaban mucho las flores y si sería posible que le subieran todas las mañanas un ramo.

—¿Flores ha dicho? —preguntó sorprendido De Priamo, dejando la taza sobre el platillo—. ¿Para qué puede querer ese tipo un ramo de flores frescas todas las mañanas?

—No tengo ni idea —confesó Andrés.

El día de su boda, Alfonso se levantó según acostumbraba a las siete de la mañana y, tras el aseo de rigor, se desayunó con los periódicos, en los que era noticia de primera página.

A las nueve de la mañana, vestido con el uniforme de gala de capitán general, subió a la carroza que le llevaría a la Iglesia de los Jerónimos. Durante el trayecto respondió distraídamente a los saludos de los peatones, que se agolpaban para ver a su rey.

Alfonso tenía la cabeza en otro sitio. La advertencia de Moret rondaba su cabeza. En París había recibido un aviso de lo expuesto que podía estar. En una visita a Biarritz, donde su prometida se hospedaba antes de entrar en España, entre felicitaciones por sus esponsales y con muy buenas palabras, percibió la velada amenaza si no aceptaba el generoso trato que se le proponía.

Días atrás había recibido al conde de Romanones, ministro de la Gobernación que le había pormenorizado las medidas de seguridad para el evento.

—Todos los elementos conocidos por su relación con el movimiento anarquista —decía el conde— serán encarcelados dos días antes y permanecerán así hasta que termine la ceremonia. Las calles adyacentes al recorrido serán selladas desde la madrugada, no permitiéndose el acceso salvo a los vecinos de dichas calles, sometiéndoles a una completa identificación y registro de sus personas y efectos. A lo largo de todo el recorrido se colocarán copias de un bando, en el que se informará a la ciudadanía de la tajante prohibición de arrojar flores, guirnaldas, confetis o cualquier otra cosa, so pena de detención por las fuerzas de la policía. Los agentes de paisano diseminados por toda la zona irán provistos de unas chapas de latón numeradas, que les serán repartidas el mismo día de la boda y que hasta entonces permanecerán custodiadas en el ministerio de la Gobernación, al abrigo de cualquier mirada, para que no puedan ser falsificadas ni robadas...

El rey español fingió admirarse por la profesionalidad de su ministro. En realidad conocía de sobra a Romanones. Era un hombre de palacio, bueno para la intriga y para saber elegir caballo ganador en la lucha por el poder. También era un buen compañero de caza y sus cotos en Guadalajara y Sigüenza, donde Alfonso abatía con regularidad tantas piezas, eran de los más productivos en toda España.

Pero todas aquellas medidas no bastaban para tranquilizarle. «¿Será hoy el día elegido?», se preguntaba el monarca.

Asomado al balcón de un edificio donde la carroza con los reyes detendría su marcha, Melchor de Priamo miraba discretamente la ventana cerrada desde la que Morral lanzaría las dos bombas. Intranquilo, rezaba para que el tipo no estuviera totalmente drogado y cumpliera bien su trabajo.

En la calle, mezclado entre el gentío, Andrés Martín podía controlar perfectamente el portal de la pensión. Sacaba una cabeza al resto de los espectadores y no tenía dificultad para ver el despejado trayecto que seguiría la comitiva. Desde tan privilegiada situación examinaba lo que le rodeaba. El numeroso gentío, los soldados que flanqueaban el recorrido, los adornos...

Muchos de los que le rodeaban tenían pinta de policías de paisano. Pidió fuego a uno de éstos para llamar su atención. El interpelado, un poco atemorizado por la corpulencia de Andrés, sacó una caja de cerillas de un bolsillo interior, lo que le permitió ver la culata de la pistola que llevaba. Andrés hizo un par de comentarios para que su cara le quedara marcada al agente. Serviría de coartada.

Mateo Morral aguardaba impaciente. Lo tenía todo preparado. Acababa de montar las bombas y las había envuelto en dos ramos de flores, que se mezclarían con los que arrojaba la gente a pesar de la prohibición. Esto le daría un margen para escapar, hasta que supieran de dónde habían salido los ramos.

Le sudaban las manos. El día anterior había acabado con sus reservas de morfina. Aquello y la larga espera suponían un suplicio espantoso.

El griterío de la multitud le indicó que la comitiva estaba cerca.

Alfonso iba saludando a los miles de anónimos ciudadanos. A su lado la princesa Victoria Eugenia, ruborizada por la emoción, sonreía a la multitud.

El rey estaba más tranquilo. Durante toda la ceremonia había temido que se cumplieran sus temores. Ahora quedaba poco para llegar a palacio, donde estaría a salvo de cualquier ataque. Miró a su reina. Con el color subido estaba todavía más arrebatadora.

A De Priamo no se le había escapado el alterado estado de ánimo de Morral, que en pocos minutos se había asomado tres veces al balcón. Pensó una vez más que quizá no hubiese sido una buena idea encargar el trabajo a un morfinómano.

Descubrió a Andrés entre el gentío que aguardaba el paso de los monarcas. Atinó a ver la mano del rey español, que asomaba por la portezuela de la carroza. Ya estaba cerca. Levantó la mirada hacia el balcón desierto de Morral. *¿Qué estaría haciendo aquel tipo?*

Andrés gritaba con fervor como el resto del gentío. La carroza se encontraba a una decena de metros y el éxtasis dominaba a los presentes. Con disimulo examinaba las alturas, pese a que desde aquel ángulo no podía ver bien el balcón. *¿A qué esperaba Morral?*

De pronto se oyó una terrible explosión y enseguida otra. Durante unas décimas de segundo después, se hizo un impenetrable silencio, cubierto rápidamente por gritos de miedo y dolor.

El paisaje había cambiado de golpe. Caballos reventados caían inertes sobre sus malogrados jinetes. Soldados de infantería yacían en el suelo, entre unos charcos de sangre que se iban extendiendo. Entre la muchedumbre también había víctimas y los que se encontraban ilesos comenzaban una loca carrera para huir de allí.

La carroza real estaba acribillada por la metralla. Por una de las puertas asomó el monarca, desorientado, y dando la vuelta a la carroza, sacó a la reina, para ir a la carroza de respeto que les seguía. Un general daba instrucciones a sus hombres para impedir que nadie abandonara el lugar y poder detener a los responsables, algo imposible por el desorden reinante. Por todos lados se oían gritos, silbatos, órdenes, llamadas. En el desconcierto, la gente corría entrecruzándose, buscando a sus familiares y pisando al resto.

De Priamo no daba crédito a sus ojos. Aquel imbécil había fallado. Por doquier veía restos humanos, cadáveres mutilados y heridos, pero el que tenía que yacer a sus pies se marchaba ileso en otra carroza. Discretamente abandonó el balcón y bajó a la

calle. Al fondo de ésta aguardaba su guardaespaldas con el coche preparado. Montó de un salto y partió hacia su hotel.

Andrés seguía a distancia a Morral, empujando sin contemplaciones a la aterrorizada muchedumbre. Sabía que aquel idiota había fracasado.

Andrés se había librado por poco de los estragos. A su lado una mujer había caído fulminada por una esquirla que le había segado la yugular. También el policía de paisano al que había solicitado fuego estaba herido. No le faltaban ganas de cargarse a Morral, pero sus órdenes eran impedir que fuera apresado hasta que hubiese salido del país.

Dos días después, Morral llegó a Torrejón de Ardoz seguido desde lejos por Andrés. Hizo tiempo hasta la salida del tren comiendo en un ventorrillo. Su mano vendada y su comportamiento habían levantado sospechas ya entre algunos lugareños, que lo seguían con disimulo.

Alguien llamó al guarda de una finca próxima. Cuando llegó éste, pidió a Morral la cédula de identificación.

—Verá, no la he traído —repuso poco convincente Mateo.

Se encontraba fatal. El dolor de la mano herida le estaba provocando fiebre, que se unía a la abstinencia. Llevaba tres días sin inyectarse y tenía dolorido todo el cuerpo, además de un intenso frío.

—Pues si no porta la pertinente célula, me veré en la obligación de llevarle ante las autoridades. Haga el favor de acompañarme.

Mateo, dócil, se dispuso a seguirle. En realidad le daba igual. Estaba muy mal y sin fuerzas para enfrentarse al guarda. La cabeza le latía dolorosamente. Custodiado por el vigilante, se alejó por el camino en dirección al cuartelillo de la Guardia Civil.

Andrés observó la conversación que mantenía Mateo con el guarda y cómo después ambos se alejaban. Inmediatamente comprendió que Morral estaba perdido. Las instrucciones recibidas eran terminantes. Impedir a cualquier precio que su hombre fuera apresado con vida. Se palpó la pistola que llevaba bajo la chaqueta y fue detrás.

Doscientos metros más adelante, al doblar un recodo y tras asegurarse de que no hubiese nadie cerca, Andrés sacó la Browning y apuntando al sorprendido guarda a la cabeza le descerrajó un tiro. Antes de que el hombre cayera muerto, Andrés se volvió y apuntó a Morral.

—Señor Fonseca, pero ¿qué está haciendo? —preguntó sorprendido Mateo al pintor que tan amablemente le había cedido la habitación, justo antes de que éste le disparara en pleno pecho.

Martín arrojó la pistola encima de Morral y metió un cargador entero en uno de los bolsillos del ya cadáver y escapó a la carrera antes de que llegasen los del pueblo.

El pobre diablo le había reconocido. No había pretendido en ningún momento darse a conocer ante Mateo. Cuando De Priamo le había dicho que el escenario del regicidio debía alterarse, Martín reservó una habitación con vistas al cortejo en la pensión de la calle Mayor, haciéndose pasar por un pintor de visita en la ciudad.

No había perdido ni una palabra de la conversación inicial de la patrona con Mateo, desde el descansillo del primer piso, cuando éste llegó, no fuera a ser que Morral preguntara si tenían una habitación que diera a la calle Mayor y al recibir una negativa se marchara, en cuyo caso Andrés se habría hecho el encontradizo y ofrecido la suya.

Una vez más el gigante que se hacía llamar Andrés Martín había hecho su trabajo y salido indemne.

Capítulo III

Octubre de 1918. Universidad de la Sorbona. Paris

Poincaré abandonó con fingida indignación el aula magna. No se molestó siquiera en cerrar la puerta y con largas zancadas descendió las escalinatas que le condujeron al largo vestíbulo. Las pisadas resonaban con fuerza mientras se aproximaba a la salida del edificio. Por los pasillos no se veía a nadie. Era domingo y no había clases en la Sorbona.

Un bedel de la universidad le ofreció con una leve reverencia su sombrero, el bastón y la capa, que Poincaré cogió sin dignarse a mirar. De uno de los sillones del recibidor se incorporó el enorme guardaespaldas, dejando sobre una mesita el diario que había estado hojeando hasta ese momento. El ya ex gran maestro hizo caso omiso a ambos y, colocándose la capa, franqueó la puerta que solícitamente le había sido abierta, cruzó el patio dejando a su izquierda la capilla donde reposaban los restos del cardenal Richelieu y salió a la calle.

Era finales de octubre y a pesar de la hora ya anochecía. La persistente lluvia y un helado viento invitaban a retirarse pronto. Quedaban pocas personas en la calle. Una pareja de mediana edad, que caminaba apretada y con el paraguas abierto en un vano intento de no mojarse demasiado, agilizaba el paso para llegar a refugio. El hombre abrazaba a su dama con aire protector, compartiendo con ésta su empapado gabán, mientras pasaban al lado de un par de pilluelos sentados bajo una marquesina, que se entretenían con un juego de cartas a la espera de que escampara.

Más allá un orondo policía, arrebujado en su capote, hablaba con una mujer vestida y maquillada de manera insinuante. Los afeites no conseguían disimular la edad de la pobre mujer, que fumaba un húmedo cigarrillo. Conversaba distendida con el funcionario, al que ríos de agua le bajaban por el casco. Compartir penurias climatológicas en sus labores les unía aquella tarde.

Bajo el dintel de un portal se guarecía un robusto hombre al que parecía habersele encogido el traje, completándose con él la fauna humana que osaba desafiar las inclemencias climatológicas.

Poincaré, más tranquilo por el resultado de la reunión, buscó con la mirada su coche, que debería trasladarle a casa.

Maldijo entre dientes al cochero preguntándose dónde estaría el puñetero borracho. No tenía ningún interés en prolongar su estancia en la universidad. Siempre cabía la posibilidad de que aquellos miserables cambiaran de opinión y no le dejaran marchar tan fácilmente. Sin duda, en ese mismo instante, aquel maldito maestro normando estaría pidiendo a gritos su cabeza.

Su mansión no quedaba excesivamente lejos y hacía tiempo que no daba un buen paseo. El único problema era que llegaría empapado hasta los huesos, pero el cochero

lo pagaría caro, ¡vaya si lo pagaría!

Se embozó en la capa y se caló el sombrero hasta las cejas para que no se le volara, empuñó con fuerza el bastón y, armándose de valor, se dispuso a enfrentarse a la intemperie. Caminó por la rue des Écoles dirección al bulevar St. Michel, los ojos entrecerrados y el cuerpo echado hacia adelante para mejor protegerse. Al llegar al bulevar torció a la derecha camino del puente que cruzaba el Sena, cerca de la île de la Cité. En ese momento la lluvia arreció y se vio obligado a guarecerse bajo una marquesina. Ahora la calle estaba desierta.

Miró al final de la vía, donde las farolas del puente arrojaban vacilantes una tenue luz. El recuerdo del río le llevó al de la catedral que allí se levantaba.

Notre Dame, al igual que la Sorbona, tenía su pasado unido al de la Orden que hasta ese día lideraba. Sus antecesores fueron los que trajeron a Occidente el secreto que permitía aliviar las cargas en los gruesos muros de las iglesias. Gracias a la innovadora técnica de los arbotantes se pudieron abrir huecos en las paredes para que pasara la luz, y decorarlos con las maravillosas vidrieras de colores, cuyo enigmático arte de fabricación también provenía de Oriente. Las catedrales góticas, que tantos misterios ocultaban, debían su ser a la Orden.

La relación de la universidad parisina fundada por Robert de Sorbon tenía en cambio una relación más funesta con la Orden, ya que, como consultora real, había colaborado en la caída de la misma cuando Felipe IV decidió acabar con ella.

Estos pensamientos enfurecieron a Poincaré. Ahora que veía conjurado el peligro, rumiaba sobre la pérdida y humillación sufridas. El incalculable tesoro de libros y legajos, muchos de ellos únicos en el mundo, de la restringidísima biblioteca, quedaban ahora fuera de su alcance. A Dios gracias, este desastre estaba en parte paliado, por la retirada subrepticia de algunos de los más valiosos. Sólo el estudio de los que tenía escondidos en su mansión le llevaría el resto de sus días. Pero la humillación no podía ser olvidada.

Aquel imbécil de Eudes Agnes Dupont, recordó Poincaré, su *fiel* senescal, había sido el encargado de entregarle en persona la citación para el capítulo extraordinario celebrado ese día, en el que había sido apartado de su cargo y de la Orden. La discusión mantenida tras la lectura de la lacónica misiva en la que se le convocaba estaba fresca en su mente.

—¿Podría explicarme qué significa esto? —había preguntado Poincaré, arrojándosela tras leerla detenidamente un par de veces.

—Una citación para que acuda al capítulo general de la Orden, que se celebrará el domingo de la semana próxima, aquí, en París.

—Si mal no recuerdo, solamente puede convocar el capítulo el gran maestro y creo que ése soy yo. ¿Quién y con qué autoridad ha organizado esta reunión? Prohíbo tajantemente la celebración de este capítulo.

—Es cierto —había contestado Dupont— que de forma ordinaria la convocatoria del capítulo general está reservada al gran maestro. Mas no ignora usted que, en

circunstancias extraordinarias, el propio capítulo puede forzar su reunión siempre que estén de acuerdo las tres cuartas partes de los miembros que habitualmente lo componen.

—Sí, ya veo un montón de garabatos bajo este escrito artero y alevoso. A pesar de ser indescifrables, reconozco algunos. ¿Me engaña la vista o reconozco en el segundo por la izquierda el de mi senescal?

—No, no le engaña la vista. Efectivamente es mi rúbrica.

—¿Puedo suponer que ha sido usted uno de los artífices de este panfleto absurdo? ¿O se ha dejado arrastrar por la jauría de perros ambiciosos que llevan años tratando de echarme de mi cargo?

La discusión había continuado por parecidos derroteros. El senescal no trató de eludir en ningún momento su participación en el motín. No parecía entender que había puesto la vida de ambos colgando de un fino hilo. Poincaré perdió los nervios:

—¿Quién demonios le engañó para firmar esto, eh? ¿Quizá pensó que firmándola se iba a apiadar de usted esa ralea? ¿O es que ambiciona mi cargo? No, no lo creo. No es lo suficiente hombre para ocuparlo. No es más que una rata que abandona el barco cuando ve riesgo de tormenta. Pero le juro que pagaré su error. En el improbable caso de que yo me hunda, no voy a dejar que se salve. Caerá conmigo y correrá mi suerte. Pero, y no olvide esto, si, como estoy convencido, logro salir bien de esta emboscada, no olvidaré su traición. En esa misma sala en la que se congregará *su capítulo*, se arrastrará ante mí, pero le escupiré y expulsaré de la maldita Orden. Y eso no es todo. Durante el resto de su miserable existencia, estará pendiente de cuándo ejecutaré su sentencia de traición. ¿Me ha comprendido, despreciable cobarde?

El senescal aún tuvo la desfachatez de aconsejarle que pusiera de forma voluntaria el cargo en manos del capítulo, por la forma en que habían llevado, y se incluía el muy estúpido, el tema del proyecto ferroviario en la zona de los Pirineos. El *Santuario*, dijo, estaba en grave peligro.

—¿El *Santuario*? —se había reído Poincaré—. ¿Cuál? ¿Lo ha visto? Yo no, y soy el gran maestro. No me han dejado verlo. Por seguridad dijeron. ¿Sabe por qué en realidad? Porque no existe. El *Shekinah*, la Morada. Donde se oculta nuestra herencia. ¡Patrañas! Ustedes quieren detener la construcción del ferrocarril por una leyenda.

»Eudes, ¿sabe lo que ha hecho? Ha firmado nuestra sentencia de muerte. Nos matarán. Piénselo y ahora... ¡salga inmediatamente de esta casa!

Poincaré se había quedado mirando por la ventana mientras Dupont se marchaba. No se le escapó la presencia de un hombre vestido de negro que acechaba desde la acera de enfrente. Horas más tarde el tipo seguía en el mismo lugar. No parecía importarle ser descubierto, lo que no hizo sino irritar aún más a Poincaré.

Los días que restaban hasta el domingo fueron testigos de la febril actividad que se desarrolló en su casa. Reunió todo el material que había *tomado prestado* de la

biblioteca y buscó un escondite para dejarlo. Estaba descartado sacarlo de la casa. La presencia del vigilante así lo aconsejaba. Curiosamente, fue una pequeña avechilla quien aportó la solución.

Poincaré miraba al hombre de enfrente por la ventana. Aquel día se trataba de un fornido hombretón que llevaba el gabán en el brazo, dado que el sol le daba de pleno. Mientras observaba al vigilante, vio que un gorrión se metía por un hueco del alero de su tejado. Al rato salía acompañado de su pareja y alzaba el vuelo. No tardó mucho en asociar ideas. Tuvo que esperar a que se retirara la servidumbre para ponerse manos a la obra. Al final de la noche los valiosísimos escritos descansaban, envueltos en lonas embreadas, en la cámara aislante del tejado. Por un momento casi fue descubierto cuando una de las tejas de pizarra que había retirado para abrir un hueco en la tablazón resbaló y cayó al suelo con gran estrépito. El vigilante había acudido presto, pero sin descubrir nada. El hueco dejado por la teja fue disimulado con otra de repuesto que afortunadamente había en el sótano.

Tuvo aún tiempo de preparar una endeble defensa. Para su desgracia, las pruebas que lo señalaban como negligente eran abrumadoras. Hubo de quemar en la chimenea montañas de papel. Cartas, memorandos, instrucciones, análisis políticos. Aquellos documentos comprometedores trataban de un sinfín de temas: relaciones entre países; incidentes diplomáticos; *pecadillos* de políticos, altos cargos de la Iglesia y prohombres que en un momento dado podían servir para coaccionarlos.

Gran parte de todo aquel material había pasado a engrosar su archivo personal sin merecer más que un discreto vistazo. Jean Paul estaba demasiado ocupado en sus lecturas para perder el tiempo en enterarse de quién se acostaba con quién, en cómo gastaba el dinero el Papa o las relaciones de Francia con España, tradicionalmente malas.

La mañana del domingo sorprendió a Poincaré sin haberse acostado aún, ocupado como estaba en hacer desaparecer todo lo que le pudiera inculpar. Un baño de sales fue todo lo que se permitió antes de vestirse con su mejor terno, coger el maletín donde había metido los escasos documentos que pudieran servir a su causa y tomar el carruaje, acompañado de su enorme guardaespaldas, para asistir al capítulo.

Parecía que la lluvia se tomaba un respiro y Poincaré lo aprovechó para continuar avanzando por las desiertas calles. Oía los tranquilizadores pasos de su guardaespaldas siguiéndole. Seguro que en esos momentos se estaría acordando de mala manera del maldito cochero que los había dejado abandonados. A pesar de la situación y del enfado, una sonrisa afloró en sus labios pensando en el próximo encuentro que tendrían el cochero con el poco razonable guardaespaldas. No se volvería a olvidar de su amo.

Poincaré siguió la calle al final de la cual estaba el río. De frente llegaba un coche de alquiler. El cochero iba tapado con una capa embadurnada de grasa para no

empaparse. Sólo se le distinguían los ojos entrecerrados pues se había levantado el cuello de la capa hasta el sombrero y la cara se la ocultaba una amplia bufanda. El coche aminoró su marcha a la vista de un posible cliente y Poincaré a punto estuvo de requerir sus servicios, pero más mojado de lo que ya estaba no era posible y debía reconocer que aquel paseo le estaba sentando a las mil maravillas. El conductor del coche de lance, cuando se apercibió que aquel individuo no iba a ser un cliente, azotó con el látigo al caballo dejando al exmaestre sumido en sus pensamientos.

Rememoró el concilio celebrado. Desde el momento en que había entrado en el aula magna supo que las resoluciones ya estaban tomadas y que cuanto dijera no iba a cambiar las cosas.

Cuando llegó a la Sorbona, un bedel de la universidad le esperaba en la puerta y le guió por los pasillos. Al parecer era el último en llegar. Poincaré miró su reloj y el de la institución. Ambos coincidían en anunciar que eran las diez en punto de la mañana. Los convocantes del capítulo habrían quedado antes de aquella hora para tomar posiciones y prepararse antes de su llegada. No permitió que ese pensamiento negativo hiciera mella en él.

Siguiendo al bedel avanzó por un vestíbulo interminable y subieron una escalinata por la que llegaban las, cada vez más fuertes, voces de una discusión. El origen de esta disputa se escondía tras unas puertas dobles de madera maciza. Antes de franquearlas le fue señalada una puerta más pequeña. Poincaré entró en un cuarto que servía de vestuario para los docentes de la institución. El bedel dejó sobre una mesa el maletín que portaba y se retiró. A solas, Poincaré extrajo de la maleta una túnica de color blanco, con una cruz roja en la parte delantera del hombro izquierdo, que se puso tras quitarse la chaqueta. Se ciñó la vestimenta con un cinturón de cuero de donde pendía una vaina con la espada ceremonial. Sacó una capa, blanca también, con una gran cruz roja en la espalda, que se abrochó al cuello.

Por último se colocó alrededor del cuello una pesada cadena de oro, de la que colgaba el emblema con forma de escudo: el *Beusant*, distintivo del *Magnus Templariorum Magister*.

El medallón restaurado era el mismo que portara Jacobo de Molay cuando lo quemaron vivo en la hoguera. A través de los siglos fue pasando por los grandes maestros hasta llegar a Poincaré. Junto al medallón, y como parte de la liturgia de nombramiento, se contaba cómo fue rescatada la joya.

Mirando el *Beusant*, imaginó una vez más la pira en la que ardía su antecesor, acompañado de su amigo Godofredo. Los rescoldos humeantes cuando se termina el espectáculo; el campanero de la catedral parisina que, armado de escoba y cubo, limpia el lugar de la ejecución, encontrando entre los restos un objeto brillante que se apresura a esconder en su raída camisa, pensando que aquel objeto le aseguraría un cómodo invierno a él y a su familia; un usurero que reconoce el medallón y sabe quién le pagaría diez veces lo desembolsado por él...

En pocos días el medallón estaba a salvo, en manos de la Orden, fuera del territorio franco.

Una vez arreglada la vestimenta sacó de la maleta el bastón y la vara, símbolos de poder y castigo. Fuera le esperaba el criado, que golpeó con los nudillos en las grandes puertas de madera.

Al instante las exaltadas voces se apagaron. El bedel abrió las dos hojas y se apartó para dejar pasar a Poincaré que, muy erguido y aparentando una enojada frialdad, accedió al interior de la gran sala.

Ésta tenía un estrado al que habían retirado la mesa empleada para el estudio de los cadáveres. Su lugar estaba ocupado por una silla de respaldo recto. Detrás de ésta habían colocado un *Beusant* de tela ribeteado en oro, suspendido de un mástil, donde posiblemente la enseña de la universidad presidiría el curso de las clases. Rodeando el estrado estaban las gradas en las que normalmente los estudiantes de medicina tomaban sus apuntes.

Avanzó hasta el centro del escenario y esperó en silencio al lado de la silla mientras examinaba a los presentes. Sentados, los caballeros vestidos con las túnicas y mantos blancos. De pie, con mantos marrones, los escuderos.

Parte de las gradas estaban ocupadas por medio centenar de miembros de la Orden que aguardaban expectantes. La disposición de la iluminación provocaba que el escenario fuera bien visible, no así las gradas, siendo las últimas filas difíciles de distinguir. A pesar de todo, Poincaré reconoció a muchos de los presentes. A otros no creía haberles visto en su vida.

Allí estaba en primera fila Dupont, con el aspecto relajado de quien sabe que su destino no está ya en sus manos. A su derecha se sentaba el mariscal Von Breukelen, imperturbable como siempre. Detrás de ellos vio a Maurice Duvalier, el advenedizo maestre de Francia, buitre carroñero que sin duda esperaba ser bendecido en esta reunión como su sucesor. También se encontraban el *comptor*, encargado de la tesorería, genovés de nacimiento. Al lado de éste estaba el *drapier*, un belga encargado de la intendencia y el *turcopolier*, antiguamente jefe de los combatientes turcomanos, pero que en la actualidad se encargaba del control interno. Los hombres que habían vigilado su casa estarían sin duda a sus órdenes.

En la última fila se sentaban juntos los maestros de Alemania, Sicilia y la provincia austrohúngara, cuchicheando entre ellos. Sin duda estarían tomando posiciones por si en aquel capítulo se cerraba un traspaso de poderes.

También estaba el portugués que comandaba la provincia de *Otras partes de España*, la cual englobaba la península Ibérica, menos Aragón. A sus ochenta y dos años era el decano de los maestros regionales. Distinguió al de Normandía, al maestre de la antigua zona de Antioquía. El comendador de Trípoli hablaba en voz baja con un desconocido.

Su corazón se aceleró al ver en un extremo de la primera fila a Santiago Díaz de Monai, maestro aragonés y artífice sin duda de aquel motín. Aquel maldito barba de chivo se había cambiado el apellido por el del último gran maestro auténtico, modificando ligeramente la grafía. Un individuo, que se encontraba a su lado y al que Poincaré no logró reconocer, se puso de pie y solicitó silencio a sus compañeros.

—Buenos días, magíster —saludó aquel personaje, en un francés con fuerte acento. En este idioma transcurriría el capítulo, no en vano los fundadores fueron francos—. Me alegro de que haya podido reunirse con nosotros.

Tenía los rasgos mediterráneos, hirsuto pelo negro con una fina perilla y largas y pobladas patillas encanecidas. Aparentaba alrededor de sesenta años. De estatura y compleción media, lo único que destacaba eran sus ojos, que delataban algún lejano ascendiente de raza oriental e irradiaban serenidad. Como llegaría a saber Poincaré, Andreas Radopoulos era el embajador griego en Francia. A pesar de no ocupar cargo alguno en la Orden, era un personaje influyente y había sido elegido moderador del capítulo, por su carácter tranquilo y dialogante.

—Me parece que no tenía muchas opciones —contestó Poincaré con sequedad.

—Lamento si hemos alterado sus planes y le estamos sinceramente agradecidos por su presencia —dijo sin inmutarse Radopoulos.

—¿Me está permitido preguntar quién ha convocado este capítulo desavinando las normas, que expresan claramente la potestad exclusiva del gran maestro para convocar el capítulo general?

El senescal Dupont se revolvió inquieto en su asiento. Confiaba en que los días transcurridos hubiesen hecho recapacitar a Poincaré. Que éste no hubiera tratado de abandonar su mansión, como informaron los vigilantes, había alimentado las esperanzas de Eudes.

—Como bien le explicó el senescal Dupont —contestó Andreas—, esta convocatoria del capítulo con carácter excepcional cumple todas las normas.

—¿Y cuáles son esos motivos excepcionales?

—Permítame que, para que quede constancia en acta, cumpla las fórmulas pertinentes para la apertura del capítulo.

A esto siguió una extensa liturgia y diversos ritos, ante la creciente impaciencia de Poincaré. Una vez satisfecho este requisito, el griego volvió a tomar la palabra.

—Gran maestro Jean Paul Poincaré —dijo Radopoulos—, ha sido convocado a esta junta para dar testimonio de su actuación al frente de nuestra Orden, jurando sobre la Biblia decir la verdad.

»El motivo de este capítulo —prosiguió— es analizar el grave problema que amenaza a nuestra Orden más allá de los Pirineos. Con fecha del mes pasado varios maestros y otros cargos recibieron copias de una carta redactada por el maestro español don Santiago Díaz de Monai, en la que se solicitaba nuestra intervención respecto a una amenaza en la zona que él dirige y que pudiera no haber sido apreciada en toda su gravedad por el gran maestro. Se realizó una primera reunión

con la presencia del senescal Dupont, el mariscal Von Breukelen y otros componentes del capítulo. Tras escuchar de boca de don Santiago la exposición del problema y evaluadas las medidas adoptadas, quedaron dudas sobre la idoneidad de algunas de éstas y de la importancia otorgada al mismo. Esperemos que puedan ser resueltas a lo largo del día de hoy.

»¿Podría usted, gran maestre —preguntó Radopoulos—, explicarnos cómo ve la crisis de los Pirineos?

—Por supuesto —contestó el interpelado, abriendo su portafolios, del que extrajo una serie de papeles—. A finales de 1853, mi antecesor...

Poincaré se sumergió en una farragosa exposición. Presentó la declaración redactada por las autoridades zaragozanas al gobierno español en la que se solicitaba la construcción de la línea transpirenaica. Detalló la presión ejercida sobre el gobierno francés, donde la Orden tenía gran influencia, para detener las negociaciones en 1894. Cómo el proyecto pareció entrar en el olvido, hasta que en 1903, el recién coronado rey español, Alfonso XIII, visitaba la ciudad de Jaca, en el lado español de las montañas, y recibía una solicitud firmada por varios de los prohombres de la aristocracia española, en la que se le pedía que retomara el proyecto de la línea. Habló de los favores que el joven monarca debía a algunos empresarios y especuladores de terreno.

Dejó bien claro que junto con el nombramiento de gran maestre había heredado el espinoso problema. Poincaré expuso, asimismo, cómo, ante la presión que ejercía Alfonso XIII sobre el presidente francés Loubet, consiguió que el gobierno galo, sobre el que la Orden había perdido ascendencia, retrasara las obras al pretender que la estación se levantara en suelo francés, algo a lo que el rey español se negaba. A continuación relató cómo la prensa española en manos de los defensores del proyecto, había sensibilizado a la sociedad con llamadas al orgullo nacional, alertando de la pérdida de puestos de trabajo y el menoscabo en la calidad de vida de los sufridos aragoneses, lo que aumentó la presión sobre el rey español. Especificó que el cambio de presidente en Francia, favorecido por la Orden, no había cumplido las expectativas creadas, y que Armand Fallières había resultado aún peor que su antecesor Loubet.

Poincaré se puso un poco nervioso cuando llegó al tema de los atentados contra Alfonso XIII, la dimisión del presidente Montero Ríos y las coacciones a empresas francesas para que desistieran de entrar en el concurso público para la concesión de los trabajos en el proyecto ferroviario. Contó con todo lujo de detalles la movilización sindical en España, que acabaría con la dimisión del presidente Maura. Como el nuevo presidente, José Canalejas Méndez cargó contra la Orden, debió ser eliminado en 1912.

Dos años más tarde la guerra en Europa lograría paralizar el proyecto, pero los analistas de Poincaré volverían a equivocarse al predecir que España entraría en ella contra Francia, manteniéndose neutral gracias a su presidente, Eduardo Dato. Los

apremios de sus aliados en el Vaticano donde acababa de ser proclamado el nuevo papa Benedicto XV, tampoco servirían de nada.

Con un «creo que eso es todo» Poincaré finalizó la disertación, aguardando la reacción de los presentes. Había pretendido mostrar la suma importancia otorgada a la cuestión y la enérgica actuación por su parte, tratando de descargar culpas en los ausentes analistas políticos.

—Gracias, gran maestro —dijo el griego—. Imagino que sigue usted inmerso en la resolución de este delicado problema. ¿Sería tan amable de explicarnos las medidas previstas en las que está trabajando?

Éste era uno de sus quebraderos de cabeza. No tenía nada que presentar.

—Tenía previsto mandar una delegación para hablar con los señores Le Cornee y Guillermo Brockman, técnicos delegados por ambos países para la aprobación del proyecto, con la intención de que retrasasen la obra. Además, continuamos con la presión diplomática en todos los frentes, en especial sobre el gobierno español, ya que el francés está dando prioridad a los temas relacionados con el final de la guerra.

Esto era igual a nada y Poincaré lo sabía.

—¿Cómo valoraría usted la influencia del rey Alfonso sobre el gobierno español? —preguntó de pronto Radopoulos.

—Según los análisis políticos que he podido estudiar —respondió Poincaré, pisando lo que creía era terreno más firme—, Alfonso XIII, desde el año en que llegó al trono, se mantiene prácticamente al margen de la política, por miedo a que una postura intervencionista pudiera debilitar a la monarquía. Sin embargo, en cuanto a la línea de tren, por diversas razones, tiene un interés personal. Con los atentados cometidos contra su persona buscábamos que se desentendiera del proyecto ferroviario, más que acabar con su vida.

—Discúlpeme, señor —intervino el maestro de Normandía, el irlandés William Charney—, he creído comprender que su opinión sobre el rey español es la de un monarca alejado de la política por temor a perder la corona. ¿He entendido bien?

—Perfectamente. La presión republicana es fuerte en ese país, por lo que el rey debe tener cuidado y mantenerse al margen, como hizo su madre, María Cristina de Habsburgo, cuando ocupó la regencia.

—Permítame que lea un fragmento del diario personal del monarca —dijo el irlandés, acomodándose unos anteojos—. Cito textualmente: «En este año me encargaré de las riendas del Estado, acto de suma trascendencia tal y como están las cosas, porque de mí depende si ha de quedar en España la monarquía borbónica o la República...». Añade más adelante: «Yo puedo ser un rey que se llene de gloria regenerando la patria; pero también puedo ser un rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y, por fin, puesto en la frontera». —¿Lo recuerda? Sé que usted ha tenido acceso a este diario, así como a otros escritos en los que se reflejan las quejas de distintos políticos por las injerencias del rey, como es el caso del expresidente Montero Ríos, al que usted ha mencionado hace un momento.

Poincaré estaba lívido. Confiando en que sus adversarios no estarían muy documentados había planteado una defensa de su gestión en la que, abrumándoles con detalles y fechas, lograra convencerles de su buena actuación. Las cosas empezaban a calentarse.

—Sí, bueno —vaciló—, es cierto que tuve oportunidad de echar un vistazo a ese diario, pero pensé que esa forma de expresarse era típica de un joven rey, inseguro de su papel y ansioso por ser tenido en cuenta.

—Y por eso decidió asustarle con un atentado fallido y otro mal elaborado —intervino el maestro francés, Maurice Duvalier, que estaba gozando intensamente, acariciando ya el puesto de Poincaré.

—Era de esperar que así fuera —respondió el aludido, fulminándolo con la mirada.

—¿Fue por eso por lo que mandó a pique aquel barco? —preguntó con sorna Duvalier, inmune a los intentos de amedrentarlo.

Poincaré se revolvió en su asiento. Se refería el maestro francés a un lamentable episodio en el que Poincaré, llevado por la rabia ante la tozudez de Alfonso XIII, comentó que deberían hundir el trasatlántico que llevaba el nombre del rey, amarrado en el puerto de Santander. Según dijo, se había olvidado del tema.

No así su mariscal, Von Breukelen, cuyas funciones habían sido usurpadas por Melchor de Priamo, el cual quiso demostrar que sabía cumplir las órdenes sin necesidad de intermediarios, demostrando una estrechez de miras alarmante. Mayúscula fue la sorpresa de Poincaré cuando se enteró por la prensa que el buque descansaba en el fondo del puerto.

Sin darle tiempo a contestar el maestro normando volvía a la carga:

—Señor Poincaré, recuerdo perfectamente el asesinato de Jean Javes, vicepresidente francés, y propietario del periódico *L'Humanité*, al que tuve oportunidad de conocer y que, he de admitir, me causó una buena impresión. Tuvo gran trascendencia social y fue comentado por toda la prensa durante largo tiempo. ¿Cree realmente que era imprescindible esa muerte, cuya repercusión podría habernos causado tanto daño?

—Sí, no tengo la menor duda de ello —respondió alterado Poincaré. El ataque de Duvalier había logrado desestabilizarle y las preguntas agudas del irlandés empezaban a causarle problemas—. Javes utilizó su periódico para arremeter contra nosotros. Su voz aún era escuchada en el gobierno. Mantenerlo con vida hubiese resultado muy peligroso.

—Cuando se refiere a nosotros, ¿quiere decir a la Orden o a usted en particular? —inquirió Charney—. He estudiado detenidamente el periódico de Javes de aquella época y no he conseguido encontrar nada lo suficientemente peligroso para justificar su muerte. Sin emb...

—¡Ésa es su opinión!

—Por favor, gran maestro —intervino conciliador el griego—, conservemos la compostura, tiene el turno de palabra el maestro de Normandía.

—Gracias. Decía que, sin embargo, he hallado unos interesantes artículos que cuestionan el derecho de nuestro gran maestro sobre la fortuna que heredó. Quizá los presentes recuerden que el suegro del señor Poincaré tuvo litigios, incluso con algunos de nosotros, sobre la manera en que amasó esa fortuna.

—No tiene nada que ver —repuso acalorado Poincaré—, nunca se demostraron esas falacias, el riesgo era para la Orden. Yo sólo trataba de proteger la Orden.

El daño ya estaba hecho. Su suegro nunca había podido aspirar, como era su deseo, al gran maestrazgo precisamente por ese motivo. Muchos de los maestros recordaban todavía el asunto y las palabras del irlandés estaban calando en sus mentes. No podrían demostrar el motivo real por el que fue eliminado el periodista, pero la duda era suficiente.

—Señor Poincaré —dijo un anciano poniéndose trabajosamente en pie—, no tengo el placer de conocerle personalmente. Soy George Stiller, maestro de la provincia inglesa desde antes de su nombramiento al frente de esta Orden, al que lamenté no poder acudir por problemas de salud.

Poincaré sonrió amargamente. Aquella excusa fue utilizada por varios maestros que no tenían esperanzas de ser elegidos y que no quisieron tomarse la molestia de viajar, delegando en subalternos. Ahora que las cosas se ponían feas acudían como buitres.

—Quisiera retomar —decía el inglés— las acciones emprendidas. ¿Acierto al pensar que las ejecuciones dictadas por usted, más de las aquí comentadas, sin duda para abreviar, venían motivadas por la influencia de esas personas sobre la figura del monarca?

—Bueno —contestó nervioso Poincaré, que no sabía ya hasta qué punto sus adversarios conocían las respuestas a sus propias preguntas—, no todas pero la mayoría sí. En una monarquía parlamentaria el rey debe un respeto a su gobierno. Lógicamente éste, y personas de otros campos, tenían influencia sobre el monarca, o al menos así me lo hicieron saber los analistas.

—Tengo en la mano uno de esos análisis. Me lo proporcionó uno de sus autores. Lamentablemente mi vista está cansada y tardaría demasiado en leerlo —el inglés se dirigió a Radopoulos—. ¿Quizá pudiera usted leerlo por mí? Gracias. Bastará lo que está subrayado para hacernos una idea.

—«... sin embargo —comenzó Radopoulos— ha heredado de su padre, el rey Alfonso XII, su dependencia del estamento militar. Siente aburrimiento por la Corte, la más rígida de toda Europa y lo palía con un gran interés por la intriga política. Teme que limitarse al papel civil de un rey pueda acabar con su reinado». —Continuo —dijo saltando un párrafo no subrayado—. «Como conclusión, podemos decir que, a día de hoy, en España, Alfonso XIII es la figura dominante, apoyado por los militares, la Iglesia y la aristocracia. El papel del gobierno español está relegado a un

segundo plano y no se verá interferido siempre y cuando no suponga una amenaza para el ejército...».

—Gracias, señor Radopoulos, creo que es suficiente. Tengo también por aquí unas cartas, redactadas por un escritor español al que alguno de ustedes conocerán, llamado don Miguel de Unamuno. No les voy a aburrir con su lectura, solamente me voy a referir *grosso modo* a las opiniones de este respetado caballero en torno al monarca. Lo tilda de: «muy militarizado, que se siente jefe del Ejército, que aparece más como militar que de paisano, tonto y caprichoso», etcétera. Señor Poincaré: tras escuchar estos documentos redactados por un grupo de analistas políticos, algunos contratados por usted e internacionalmente reconocidos, ¿sigue opinando que Alfonso XIII hace caso a sus ministros? ¿No es más lógico pensar que es el ejército quien tiene influencia en el monarca?

—No lo veo así. El gobierno español está a favor del proyecto. Los militares, sin embargo, están en contra de esta obra pero no tienen autoridad para aprobar o rechazar la construcción. Por otra parte, en el estamento militar es más difícil influir. Ya lo intentamos, pero es demasiado vasto y celoso de su poder. Esa vastedad le confiere una inercia en sus decisiones que dificulta la presión exterior. No tiene una figura carismática a la que nos podamos ganar o intimidar con influencia sobre el resto.

—¿Le dicen algo los nombres de Rasilla, Rayler, Prendesgast, Zabalón...?

—Ahora mismo no caigo. —Poincaré buscaba frenético en sus recuerdos aquellos nombres desconocidos.

—Eran oficiales del ejército español que murieron en aquel atentado desastroso cometido contra Alfonso XIII el día de su boda. ¿Cree posible que con esas muertes en su haber puede negociar con los militares?

El interrogatorio se prolongó en el mismo tono durante toda la mañana y parte de la tarde, con un breve receso para el almuerzo. Finalmente el moderador griego solicitó a Poincaré, Dupont y Von Breukelen, estos últimos también interrogados con severidad, que abandonasen el aula para deliberar.

Aguardaron en una sala anexa. Poincaré sentado en una silla, evitó mirar a sus compañeros. El rostro de Dupont reflejaba la desolación que le embargaba, no así el alemán, que esperaba impertérrito. Ninguno de los tres trató de entablar conversación.

Al cabo de lo que a Poincaré le pareció una eternidad, se abrió la puerta y asomó uno de los escuderos, requiriendo la presencia de Von Breukelen.

—Mariscal Von Breukelen —dijo Radopoulos con voz grave—, tras estudiar con detenimiento el desarrollo de su cargo, como responsable del aparato militar de esta Orden, este capítulo ha convenido que su actuación ha supuesto un grave peligro para la misma. Su deber de obediencia a su superior no le exime de su deber de usar el cerebro. El cargo que usted ha ocupado implica bastante más que limitarse a obedecer. No estamos en la Edad Media. Tendría que haberse asegurado usted de la

idoneidad de esas órdenes, contrastándolas con las del senescal, que, como bien sabe, ha de estar siempre presente en todas las reuniones del gran maestro...

El alemán fue condenado a destierro, siendo confinado, junto con su familia, en la ciudad de Estambul, que no podría abandonar so pena de muerte.

El siguiente en ser llamado fue Dupont. Radopoulos, que ahora tenía la penosa tarea de dictar las sentencias acordadas por la asamblea, miró con pena a su antiguo compañero. Sabía que lo que iba a decir rompería el corazón a Eudes, cuya vida era la propia Orden.

Aquella mañana, antes de entrar en la universidad, habían quedado en una pequeña cafetería al lado de los jardines de Luxemburgo. Recordaron los viejos tiempos, sin tocar el tema que les ocupaba, como los dos antiguos compañeros de estudios que habían sido. Cuando se acercó la hora fijada para comenzar el capítulo, Radopoulos no pudo sostener más la mirada triste de Dupont y le prometió interceder por él. El senescal no pareció haberle oído. Como hablando para sí, divagaba sobre lo que supondría para él la expulsión de la Orden, mientras entraban en la universidad junto con el resto de sus compañeros.

Cuando accedían al aula donde se llevaría a cabo la asamblea, Dupont cogió del brazo al griego y deslizó con disimulo un sobre en el bolsillo de su amigo. Debería ser abierto si, al término de la asamblea, no se encontraban. Un escalofrío había recorrido la espalda del griego ante aquella voz átona.

—Senescal Eudes Agnes Dupont —empezó Radopoulos, tratando de mantener el tono de voz—. El capítulo ha estudiado su responsabilidad en las medidas adoptadas para resolver la crisis abierta en la frontera española. Medidas profundamente desafortunadas. Como consecuencia, no sólo la crisis sigue abierta e incluso ha empeorado, sino que la propia Orden se ve en una grave situación. Ahora nuestro interés por el cierre de esta línea ferroviaria es público. Nuestros adversarios están en guardia. Con la obra mucho más adelantada que cuando ustedes se hicieron cargo, el margen de maniobra del que disponemos para detenerla es exiguo.

»Si bien la responsabilidad última corresponde al gran maestro —continuó el griego—, su papel de consejero es determinante. Su deber consistía en asesorar a su superior estando presente en todas las conversaciones que se mantuvieran, aun con la orden expresa del gran maestro para que se ausentara. Precisamente su obligación de permanecer en toda toma de decisiones nace de la necesidad de mantener cierto control sobre el cabeza de la Orden, por si su máximo responsable no pudiera proseguir con su tarea o se ausentara. Su pusilánime respuesta a las órdenes graves y desproporcionadas de su superior es uno de los motivos por los que hoy nos encontramos en esta situación.

El senescal no trató de defenderse cuando el griego le dio la palabra.

—En ese caso he aquí la sentencia. Senescal Eudes Agnes Dupont. Por la responsabilidad que le incumbe respecto a las decisiones adoptadas en el ejercicio de su cargo, su débil respuesta a la mala gestión que se estaba produciendo y las tremendas consecuencias que de todo ello se han derivado, la pena que dicta nuestra Orden es de muerte.

El silencio reinante en la sala resultaba asfixiante. Los miembros del capítulo semejaban figuras de cera. El acusado no había reaccionado y continuaba en la misma postura. Radopoulos, emocionado, continuó:

—No obstante, este capítulo es consciente de la plena dedicación a la Orden que usted ha profesado. Es más, ninguno de los presentes puede enorgullecerse de haber dedicado tanto esfuerzo y tiempo a la causa. Su lealtad ha sido ejemplar, aunque en este caso, la lealtad para con su superior ha supuesto un duro revés.

»Por tanto —concluyó Radopoulos—, este capítulo ha decidido dejar en suspenso la sentencia y desterrarlo de por vida a la ciudad de Sidney, en Australia. No podrá ponerse en contacto con ningún miembro de esta Orden, ni abandonar el confinamiento. Quebrantar esta resolución significaría la aplicación en firme de la sentencia.

Dupont no pareció enterarse cuando le fueron retiradas las vestiduras ceremoniales y le acompañaron a la salida.

Radopoulos acarició el sobre que guardaba en el bolsillo, mientras observaba cómo salía del aula su amigo. Se acercó a un individuo moreno y enjuto, y le susurró algo al oído. Éste impartió unas órdenes a su acompañante, un corpulento albino, que abandonó la sala tras el francés.

Era el turno del gran maestro. Poincaré entró con aire altivo, palpando el ambiente. La impresión no llamaba a la esperanza.

—Gran maestro Jean Paul Poincaré —dijo Radopoulos con tono gélido, pues Poincaré no gozaba de sus simpatías—. Este capítulo ha estudiado detenidamente su actuación a lo largo de su permanencia en el cargo, para evaluar si su ejercicio ha sido el correcto y en caso negativo depurar responsabilidades.

Poincaré simulaba una calma que estaba lejos de tener. Su rostro enrojecido y una línea de sudor en el nacimiento del pelo evidenciaban su congoja.

—La conclusión extraída de este examen es alarmante. Consideramos su gestión muy negativa para nuestros intereses. Como responsable último y teniendo en sus manos el poder de esta Orden, sus decisiones han pecado de arbitrariedad. Ha hecho caso omiso de sus ayudantes y analistas. Ha relegado usted a su senescal. Nuestro sello es dos hombres en un solo caballo, para que uno apoye al otro, pero usted ha querido ir solo. Ha utilizado la autoridad que se le ofreció para sus propios fines. No ha sabido ganarse el respeto de sus hombres. Y lo que es más preocupante, ha colocado esta Orden al borde del precipicio. Tenía usted una delicada misión y no se la tomó en serio. Ahora la situación es mucho peor que cuando usted cogió las riendas de esta sociedad. La línea ferroviaria está muy avanzada y sus despóticas y

absurdas medidas nos han puesto al descubierto, concitándonos poderosos enemigos. Se ha comportado usted como un caprichoso cacique. Ahora y antes de escuchar su sentencia debo preguntarle si quiere decir algo en su defensa.

—No reconozco este tribunal —dijo Poincaré—. Yo soy el gran maestre y según la regla de san Bernardo detento el mando. Soy el portador del bastón y la vara. Llevo conmigo el *Beusant*. Todos ustedes, como miembros de esta Orden, me deben obediencia. Todavía están a tiempo de rectificar. Sé que algunos de los presentes han sido arrastrados para tomar parte de esta...

—Señor Poincaré —cortó Radopoulos—, creo que se equivoca al hablar como lo está haciendo...

—¡Aún no he terminado! —aulló Poincaré—. No voy a permitir que una banda de traidores ose juzgar mis actos.

—Señor Poincaré —el que ahora hablaba era el maestre de Portugal, el más anciano de los maestros provinciales, Luis Roaldo Dos Santos. Se había puesto en pie ayudado por su vecino y las miradas de los presentes convergían en él—, como maestre de más avanzada edad he sido elegido presidente y juez de este capítulo hasta que podamos elegir al que será su sucesor.

»Me fatiga hablar, por lo que he permitido que fuera el señor Radopoulos quien lo hiciera en mi nombre, pero su impertinencia me obliga a contestarle. Señor Poincaré, su nefasta gestión nos ha puesto a todos en peligro y, lo que es más importante, ha puesto en grave peligro la sagrada misión que desde hace siglos cumplimos en los Pirineos.

—¡Eso es una necesidad! —exclamó Poincaré.

—¡Silencio! —ordenó ferozmente Roaldo.

Lo había dicho en portugués, pero el tono de voz hacía innecesaria cualquier traducción. La atmósfera había vuelto a cambiar. Ahora el anciano era dueño de la situación. Se percibía el antiguo carácter de aquel individuo con aspecto de simpático abuelo.

—No vuelva a importunarme —amenazó—. No sólo ha fallado sino que no ha tenido la suficiente hombría para reconocerlo. Su egolatría le impide ver su obra, pero eso ha terminado. Desde este mismo instante está usted apartado de su cargo. *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam*, reza nuestra máxima, que usted ha olvidado. Reflexione sobre ello.

»Señor Poincaré —dijo tras tomar aire—. Por la autoridad que este tribunal me ha conferido, le expulso de la Orden de los caballeros del Temple de por vida, quedando en suspenso la máxima pena. No podrá volver a tener trato con ninguno de nuestros miembros. Vivirá arrastrando su ignominia el tiempo que le reste. ¡Salga de aquí!

A estas palabras los dos escuderos que Poincaré tenía a los lados, le despojaron del *Beusant*, la vara y el bastón. Desabrocharon su manto y se lo retiraron. Era la mayor humillación que podía sufrir un caballero templario.

El maestro portugués, pese al cansancio que se le adivinaba, permaneció erguido hasta que Poincaré hubo abandonado la sala. Nadie dijo nada sobre la levedad de la pena al máximo responsable del desastre, en comparación con las de sus subalternos.

Recordando la humillación sufrida, Poincaré cruzó el puente de St. Michel. Había parado de llover y el viento calmó un poco su ímpetu. Decidió prolongar un poco más su paseo llegando hasta la punta de la île de la Cité, donde se dividían las aguas del Sena. Aquél era su lugar favorito de todo París. Normalmente el hecho de que estuviera apartado y mal iluminado alejaba a las personas de bien. Los tranquilizadores pasos del fornido normando que le seguía garantizaban su seguridad ante un mal encuentro.

Algo más relajado, aspiraba la brisa que llegaba del río, llenando los pulmones. Mientras, un pensamiento probaba a abrirse paso en su cabeza. Había algo que se le escapaba y tardó en darse cuenta de qué se trataba.

Los pasos que le seguían no correspondían con los de su guardaespaldas, largos y pausados. Éstos eran más cortos y delataban alguna cojera.

Alarmado, se volvió. El individuo que le seguía era el mismo que había visto frente a la Sorbona cuando había abandonado la universidad aquel día lluvioso. Lo reconocía por aquel traje, al que parecía que le iban a saltar las costuras. Se fijó ahora en los rasgos del individuo. Tenía los ojos rasgados y el color de piel oscuro, posiblemente era de origen mongol.

Y se dirigía hacia él...

Poincaré buscó, cada vez más asustado, al normando. No lo había vuelto a ver desde que habían salido a la calle, pero daba por supuesto que le seguía como siempre. Aceleró el paso tratando de aparentar tranquilidad.

De entre las sombras surgió otro individuo que le cortó el paso. De la misma raza que el otro, éste era delgado como un sable y el traje le quedaba sensiblemente mejor, aunque destilaba el mismo peligro letal. Poincaré se quedó petrificado. Sin una palabra, el hombre le extendió un sobre pequeño, cerrado con un sello de lacre que Poincaré reconoció al instante. Ante el gesto perentorio del emisario, rompió el lacre y extrajo una fina cuartilla en la que estaba escrita una solitaria frase.

Nada más leerla, Poincaré notó la humedad que se extendía por su pantalón. El miedo le había hecho perder el control de sus esfínteres. Levantó la mirada hacía el inmutable emisario. Mientras caía al suelo observó, asombrado, que el mongol sostenía en una mano un puñal curvo manchado de sangre y que en la otra chorreaba su todavía palpitante corazón.

Los dos mongoles recogieron el cuerpo, lo envolvieron en una lona embreada y lo arrojaron a un bote cercano. Se alejaron remando, no sin antes recoger la nota de Poincaré.

Ésta rezaba:

«Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam».

A menos de dos kilómetros de allí, en la orilla sur del río, una persona estaba subida al muro de protección. Llevaba un rato en esa posición. Su rostro había alcanzado por fin cierta paz, ahora que sabía cuál era su destino. Había fallado, pero la muerte le proporcionaría el perdón. Tras llenar un par de veces sus pulmones, como si quisiera llevarse de recuerdo el aroma del río, se arrojó a las oscuras aguas.

Un individuo escondido en las sombras había observado impasible la trágica decisión de Dupont. Muy alto y corpulento, llevaba el cabello pulcramente recortado y peinado hacia atrás. La poblada barba le servía para tapar una extensa mancha encarnada que le subía por el cuello, hasta la mejilla. Pero lo que más llamaba la atención era su albinismo. Todo el vello era blanco y la piel extremadamente pálida. Parecía un fantasma.

Si todo él inspiraba miedo, los ojos causaban pavor. Grises, muy claros, ribeteados de color rosa, carecían de vida.

No se había movido en ningún momento. La actitud del suicida debía haber sido prevista por su jefe ya que tenía orden de no intervenir en caso de producirse tal situación. Se acercó al murete para asegurarse de que el cuerpo no regresaba a la superficie. Aguardó más de un cuarto de hora atisbando la extensión de agua. Finalmente se dio la vuelta y se encaminó hacia la Sorbona para informar de lo sucedido.

En el aula magna de la Sorbona todavía no había terminado el capítulo, pero las decisiones más complejas habían sido ya tomadas. Tras la marcha de Poincaré, la conversación se centró en elegir al nuevo gran maestro. En un principio las posturas fueron enconadas. Por un lado, los franceses querían seguir ocupando el cargo que tradicionalmente detentaban, pero toparon con la férrea resistencia de los alemanes e ingleses, que querían colocar por primera vez a uno de los suyos al frente. Los sicilianos tampoco estaban de acuerdo con la candidatura francesa, pero en ningún caso querían que fuera elegido un alemán o un inglés. La provincia de Normandía repudiaba a sus enemigos ingleses y aceptaba antes a Duvalier, el francés. Otros no estaban de acuerdo con ninguno de los propuestos.

—Caballeros, por favor —dijo con autoridad el anciano portugués. Tuvo que repetir la petición un par de veces hasta lograr hacerse oír—. Caballeros, les agradecería que me prestaran atención un momento. Gracias. Estamos disputando por el cargo de gran maestro, como si éste fuera una bendición, cuando en realidad supone una pesada carga que uno de nosotros deberá soportar. Nuestra responsabilidad es grande y la elección no puede ser fruto de viejas rencillas ni aspiraciones egoístas. Estamos ante una grave situación y todos deberemos apoyar a nuestro nuevo líder, que se enfrentará a una labor de proporciones bíblicas.

Esperó hasta que los ánimos se hubieron calmado un poco antes de seguir:

—Creo que estaremos todos de acuerdo en que ahora y en los tiempos venideros el proyecto de la línea ferroviaria internacional será el que acapare todo nuestro tiempo y dedicación. En ningún otro lugar tenemos semejante responsabilidad. Del éxito de esta operación depende nuestra supervivencia. Si no logramos detener o al menos retrasar su construcción hasta encontrar un arreglo definitivo, nuestra razón de ser se habrá extinguido. Tenemos que ser precavidos con la elección de la persona que vamos a poner al frente de la Orden. Ésta debería ser, a mi entender, una persona relativamente joven. Que tenga todavía fuerzas para afrontar la tarea que le aguarda, pero que haya pasado ya por la edad de la furia y la precipitación. Debería también estar empapado en la problemática que nos ocupa y ver sus consecuencias. Como bien ha comentado antes el señor Radopoulos, no estamos en la Edad Media, donde la vida de una persona no costaba nada y la muerte se dispensaba por doquier. Hoy se necesita más la astucia y la diplomacia que la espada. Creo, caballeros, que sólo hay entre nosotros una persona que reúna estas características. El maestre de Aragón, Santiago Díaz de Monai, debería ser el elegido.

Dicho esto, el portugués se dejó caer en su asiento, exhausto. No era el único al que le costaba respirar. Los aspirantes al *Beusant* aguantaban sin saberlo el aliento. Esperaban gozar del apoyo del decano y aquello suponía un jarro de agua fría. Duvalier veía apagarse la remota esperanza que abrigaba. El viejo gozaba de mucho prestigio y su fórmula suponía un medio de compromiso aceptable para los rivales.

El primero en levantarse fue el maestre inglés, que apoyó sin reservas la moción. Quería un gran maestre de su país, pero su avanzada edad le impedía aspirar al puesto y era lo suficientemente pragmático para ver en el español al candidato ideal. Cosa extraña, le siguió el irlandés en los mismos términos. Radopoulos se puso en pie y comenzó a aplaudir. Otros caballeros, sobre todo los que no detentaban cargo alguno, le imitaron y, al final, hasta los que se oponían no tuvieron otro remedio que sumarse a la aclamación, dando por bueno el nombramiento de la misma forma que se hiciera siglos antes, cuando la Orden era temida en el mundo entero.

Cuando cesaron los vítores y se sentaron los caballeros, Radopoulos cogió del brazo al elegido y lo llevó hasta el centro de la sala, bajo el *Beusant*. Le formularon las preguntas rituales. Ante el estupor de los presentes el nuevo magíster tomó la palabra:

—Caballeros. Agradezco profundamente el honor que me han conferido. Supone para mí una enorme responsabilidad. Hace siglos, los grandes maestros se enfrentaban a arduas decisiones y ahora las necesitamos de nuevo. Ustedes me han elegido y no voy a enjuiciar si han acertado o no. Pero para aceptar el cargo, me veo en la obligación de poner, *sine qua non*, una condición.

Los presentes no salían de su asombro. Aquel individuo desconocido para la mayoría, rechoncho, calvo, que lucía una barbita entrecana y unas hirsutas cejas, tenía la desfachatez de imponer condiciones.

Santiago tomó aire. Lo que iba a decir a continuación lo marcaría para siempre. Seguramente echarían para atrás la elección, incluso podrían llegar a relevarle de su actual maestría por su atrevimiento. Sólo Radopoulos miraba tranquilamente al aragonés.

—Ésta es mi condición, caballeros. Necesito que pongan voluntariamente a mi disposición sus cargos. Solamente de esta manera creo que será posible afrontar la tarea.

Ya estaba dicho. Los asistentes se quedaron con la boca abierta, mientras Santiago observaba sus reacciones. Poco a poco comenzaron a oírse murmullos en el aula, algunos de indignación, que iban aumentando de volumen. Uno de los más activos era Duvalier, que puesto en pie comandaba la oposición. Veía en aquellas palabras tanto una puerta abierta para ocupar el puesto como un peligro para su provinciatura.

—Hermanos —se impuso el anciano portugués—. Creo hablar por todos cuando afirmo que los aquí presentes hemos dedicado nuestra vida y nuestras energías en favor de esta sociedad. En toda la historia de la Orden ningún gran maestro ha tenido el poder que ahora pide nuestro electo.

Se oyeron comentarios de aprobación. Los aspirantes volvían a tomar posiciones.

—Sin embargo —continuó acallando a la concurrencia—, he de reconocer que los tiempos han cambiado. Durante muchos años, nuestra labor ha sido escasa y tranquila. Ahora no será así. Necesitamos un nuevo empuje. Todos nosotros somos capaces de colaborar en este proyecto que se inicia. Nuestra experiencia es larga y provechosa, pero no estamos preparados para los tiempos de guerra que se avecinan y para algunos de nosotros ya es demasiado tarde.

—George —llamó dirigiéndose al inglés, que escuchaba con atención—, empezamos en esto juntos ¿recuerdas? —el otro asintió—, los dos juramos defender a muerte esta Orden, incluso antes de conocer lo que hoy sabemos. Creo que ha llegado, con gran dolor de mi corazón, el momento de prestar el último servicio a esta comunidad. Pongo mi cargo a disposición del gran maestro.

Stiller secundó, puesto en pie, la iniciativa de su compañero, animando al resto a seguirles. Los primeros en levantarse fueron los que no detentaban cargos, pero que pertenecían al capítulo general bien por su antigüedad, bien por sus servicios. Finalmente sólo quedaron sentados cinco caballeros, entre ellos Duvalier. Cuando quedó claro que la moción estaba ganada, el francés abandonó la sala.

—Gracias, caballeros —dijo emocionado Santiago, mirando agradecido al portugués—. Sé lo que esta decisión les ha costado pero no encuentro otra solución. Como muestra de respeto hacia ustedes, elegiremos los nuevos cargos aquí y ahora, para poder beneficiarnos de su experiencia, como bien decía don Luis Roaldo Dos Santos.

Una vez resuelto el espinoso tema, el resto de los nombramientos resultó más ágil.

El capítulo nombró senescal, con el beneplácito de Santiago, a un francés discreto llamado Loubaton que, inmediatamente, se colocó al lado de su superior.

Un alemán fue elegido *comptor* y un joven inglés *drapier*, como fórmula para agradar a todos con el nombramiento de estos puestos, reliquias sin mucha relevancia. Radopoulos fue nombrado maestro de Antioquía.

Como sucesor de Díaz de Monai en la provincia de Aragón, se nombró a su antiguo lugarteniente, Pedro Nogueira, un madrileño desconocido para los demás y que durante toda la sesión se había mantenido discretamente sentado en lo alto de la tribuna. Fueron retirados también los preceptores de *Otras partes de España*, de Inglaterra, el dimitido francés y, a petición propia, el comendador de Normandía.

Santiago sintió pena por esta renuncia pero la entendió. El maestro decaía físicamente a consecuencia de una enfermedad pulmonar y ya su cuerpo no podía con el agudo cerebro tan temido en otros tiempos.

El cargo de *turcopolier* recayó en un noruego, desconocido para la mayoría pero al que Santiago no dudó en nombrar. Todos miraron con atención al nuevo responsable del orden interno. Aquél era un puesto de suma importancia. Tendría a su cargo un ejército paralelo, aunque más reducido que el del mariscal, pero a la sombra y, como éste, sólo respondería ante el gran maestro. Su principal tarea sería de espionaje, tanto exterior como interno. Se le asignó como ayudante a un irlandés. Santiago les ordenó, como primer mandato, dispersar a sus hombres, que durante aquella semana se habían ocupado de la seguridad y vigilancia, mientras estaban retirados los hombres de Von Breukelen, a la espera de depurar responsabilidades. De esas tareas se encargarían a partir de ese mismo instante los hombres del nuevo mariscal.

Extrañó, y mucho, la elección para este cargo del individuo moreno y enjuto que había estado dirigiendo a los escuderos jóvenes. Aunque reconocido como buen mando al que sus tropas apreciaban y obedecían, no era en realidad un caballero con ascendencia sino un oscuro sargento perteneciente a la tropa de Von Breukelen. Llamado tres días antes por Radopoulos para que asistiera al concilio, el italiano imperturbable se había puesto en contacto con su jefe, quien, al enterarse de la noticia, había demudado su rostro, temiendo lo que iba a ocurrir. Ahora Santiago premiaba su labor ascendéndole a mariscal.

Luca di Vinolli aceptó el puesto en silencio y con una leve reverencia, como buen italiano del sur. En su pueblo natal, Reggio di Calabria, los hombres no necesitaban demasiadas palabras para entenderse. A la pregunta del gran maestro sobre si tenía una especial predilección por un *uomo di fiducia*, nombró al ausente albino, que de esa manera ascendió a submariscal, degradando al anterior a sargento.

Tras los nombramientos, se trató el proyecto ferroviario. Muchos de los presentes se habían enterado del peligro aquella mañana, por lo que Díaz de Monai hizo una detallada exposición. Mientras hablaba, entró sigiloso por la puerta superior el corpulento albino. Buscó la mirada de Luca, que se acercó a su ayudante. Asintió con

la cabeza e informó al gran maestro. Brevemente, el español expuso la noticia del suicidio del antiguo senescal. Mientras un respetuoso silencio acogía esta noticia, Andreas sacó discretamente de su bolsillo el sobre recibido y echó una mirada a su contenido.

En la tarjeta reconoció una cita de Marco Tulio Cicerón, político romano, al que los dos compañeros estudiaron en su juventud. Decía:

«Una muerte honrosa puede glorificar una vida innoble».

Andreas sintió un profundo pesar por la muerte de su amigo, al que apreciaba sinceramente. Pensó que, para expiar su culpa, el senescal había escogido someterse al anacrónico ritual del Juicio de Dios.

Una de las fórmulas era la Ordalía del agua. En la Edad Media, cuando los inquisidores querían comprobar la inocencia o culpabilidad de una persona, ataban de pies y manos al desgraciado y lo arrojaban al agua. Como el agua es un elemento puro se suponía que si la víctima flotaba, era rechazada por el agua, con lo cual se demostraba su culpabilidad y era quemada. Si por el contrario se hundía, era porque el agua lo acogía en su seno por ser inocente. El problema era que para hundirse, la persona tenía que tragar agua, muriendo de todas maneras.

Pero no había tiempo para lamentos, pues Díaz de Monai continuaba con su exposición.

No tardó mucho en ser interrumpido, esta vez por el *turcopolier*, que se acercó a él mostrándole el interior de una caja entregada por sus hombres. El rostro del español se descompuso por un momento pero enseguida se rehízo.

—Caballeros —dijo aclarándose la garganta—, nuestro *turcopolier* me muestra las pruebas de la ejecución de la sentencia contra mi predecesor en el cargo. Que el Señor tenga a bien perdonarlo y tenerlo a su lado.

Más de uno de los presentes creía que la sentencia de muerte que habían pronunciado era parte de la liturgia. Mero formulismo. No contaban con que se llevara a cabo. En especial, aquellos que se habían disputado el cargo de Maestro de Ultramar respiraban ahora aliviados al comprobar que su derrota era más dulce de lo que se imaginaran. Tras este breve recuerdo por la pérdida de su antiguo compañero, al que nadie lloró, continuó la sesión.

Capítulo IV

Octubre de 1919. Barcelona

El hombre se detuvo ante el edificio y lo examinó mientras apuraba su cigarrillo. Se trataba de una construcción con años pero de excelente calidad. Situada en una de las mejores zonas de Barcelona, sus vecinos ocupaban una más que respetable posición en la sociedad catalana.

Más de uno se escandalizaría si supiera, como sabía el hombre, quiénes eran los ocupantes de las dos primeras plantas. Otros, en cambio, que disimuladamente ya habían acudido al domicilio, como muestra de cortesía y buena vecindad, mantenían un prudente silencio sobre las actividades que allí se llevaban a cabo, plenamente satisfechos por la atención recibida en su visita.

Finalmente tiró la colilla al suelo y entró en el edificio. Era temprano. En el campanario de la iglesia todavía vibraban los seis golpes que la campana había dado, anunciando la hora. Subió el breve tramo de escalones sin encontrar a nadie, salvo al portero, que, acostumbrado a estas visitas, fingía ignorarlas. El pobre empleado llevaba años en el puesto, soportando los delirios de grandeza de los vecinos, sufriendo todo tipo de vejaciones por un mísero sueldo, así que ahora, con la gratificación especial por su discreción, su vida era más feliz.

El hombre llamó al timbre de la manera acordada. Dos timbrazos, pausa, dos timbrazos. Al momento se abrió la puerta y apareció un respetable mayordomo, que en silencio acompañó al visitante hasta una sala, donde tomó su abrigo y sombrero.

Se quedó solo y a la espera, aprovechando para examinar unos cuadros que decoraban la sala, ornamentada con buen gusto aunque algo recargada en su opinión. No habrían pasado más de tres minutos cuando se abrió una puerta, disimulada de tal forma que parecía formar parte de la pared. Apareció una mujer de mediana edad, pulcramente vestida y acicalada. En sus ojos saltaba la chispa que, para un ojo avezado, delataba un fuerte carácter y una vida plena.

La mujer intercambió unas palabras con el caballero, aprovechando ese tiempo para examinarlo a conciencia. Una larga experiencia en el negocio, muchas redadas y más de una noche en los calabozos de distintas comisarías, habían dotado a la mujer de un aguzado sentido para presentir los problemas antes de que se concretaran. Desde hacía años dirigía su propio burdel, con enorme éxito. Conocía las aficiones de los ricos y cómo proporcionarles placer. Un placer que se traducía en grandes sumas de dinero para ella y para sus chicas, a las que, a diferencia de otras madamas y los chulos, trataba con todo respeto y atención.

Un lamentable incidente había ocasionado el cierre de su última casa. Afortunadamente no había sido arrestada, pero perdió mucho dinero. Cambió de ciudad, alquiló el amplio piso en el que ahora ejercía y reclutó una nueva camada de

meretrices, siempre entre las más atractivas, limpias y sanas. No estaba dispuesta a que se repitiera la historia y elegía concienzudamente a sus clientes.

—Usted dirá en qué le puedo ayudar —inquirió la anciana con voz neutra tras las presentaciones y una vez que el hombre aprobara el examen.

—Me han hablado muy bien de su establecimiento —dijo el hombre. Tenía una voz grave, educada y bien modulada, que contrastaba vivamente con las que corrientemente se oían allí.

—Sí, es verdad —admitió sin cambiar el tono la mujer—, tengo un local agradable y acogedor, en el que nuestros clientes pueden tomar un refresco tranquilamente sin los agobios de otros lugares, ¿quizá le apetecería tomar algo?

—Es usted muy amable, pero no, gracias. Si tiene un momento quisiera proponerle un negocio.

Ante estas palabras, la alarma se disparó en la matrona. Sin dejar entrever su agitación, rogó al caballero que tomara asiento allí mismo, sin permitirle traspasar la puerta. Ella hizo lo propio en una recta silla, aguardando a que el hombre hablara.

—Creo —continuó el hombre— que usted ofrece otro tipo de servicios además del hostelero.

—Deberá ser más conciso, caballero.

—Si no me han informado mal, usted podría proporcionar un servicio que me sería de gran ayuda. Naturalmente estoy dispuesto a recompensarla con generosidad.

—¿A qué tipo de servicio se refiere en concreto? —preguntó la mujer, rígidamente sentada y con las manos descansando en sus rodillas.

—Verá, por motivos personales, tengo interés en provocar una situación, ¿cómo decirlo?... poco favorecedora para cierto individuo. Para lograrlo había pensado fotografiarlo en circunstancias comprometidas con dos atractivas jóvenes. Pero tampoco quiero montar un escándalo y por ello necesito los servicios de profesionales que sepan llevar a cabo su trabajo y mantener la boca cerrada. Tras varias consultas, he llegado a la conclusión de que usted sería la persona apropiada para mis planes.

—Se me ocurren tres dificultades que ofrece esa propuesta, que podría plantear quien estuviera dispuesto a llevar a cabo este peculiar servicio —dijo la matrona, una vez que estuvo claro que el hombre no iba a implicarse más.

—Usted dirá —la animó el hombre.

—En primer lugar, ¿cómo sabe usted que el caballero en cuestión vendría aquí? ¿Es un cliente habitual? Ya que en ese caso no creo que el propietario del negocio estuviera interesado.

—No se preocupe por eso, estoy seguro de que no le ha visto en su vida. Por otra parte, el encuentro no se llevará a cabo en su local. Sus chicas irían a un hotel de buena reputación con total garantía de protección.

—Muy bien. Ésa es la segunda cuestión. ¿Cuáles son esas garantías que tendrían las chicas y todos los demás, ahora y en el futuro, de no sufrir las iras del individuo?

—Tiene mi palabra. Claro que entiendo que no le sirva de gran cosa. Dejaré una fuerte suma de dinero en prenda. Usted lo tendrá retenido el tiempo que crea conveniente. Si algo pasara, se quedaría con el dinero. Pero verá que no es necesario. Nadie llegará a conocer lo sucedido y no volverá a saber de ese individuo.

—En efecto, no se ofenda pero creo que poca garantía es su palabra. Pero dejemos eso por el momento. Mi tercera duda es: ¿Ha pensado usted cómo sacar unas fotos en una habitación, que cuando menos estaría en penumbra, sin que el caballero se diera cuenta?

—No hay problema alguno. Es parte de lo atípico del asunto. A este señor le gustan ciertos... juegos. Que lo encadenen y le pongan capuchas. Todo ese tipo de cosas, ya sabe. Una vez tuviera tapados los ojos introduciríamos focos en la habitación, para la sesión.

—¿Y cómo lo reconocerán en las fotos si lleva la cara tapada? —preguntó inmediatamente la madama.

—Es fácil. El hombre tiene en la parte del abdomen la cicatriz de una operación de apendicitis, bastante singular y más abajo una palabra tatuada: el nombre de su mujer. La cosa es que sus chicas jugarían con él colocándole una capucha de color negro, opaca a la luz del fogonazo. Le sacarán varias fotografías en las que quedará claro que se trata de él. Para finalizar, sacaremos una cuando se quite la capucha, para que se le vea la cara. Esta parte es la más delicada pero contamos con la sorpresa y la ceguera momentánea. Le garantizo que él no tomará represalias contra usted, su local o sus chicas.

Los dos guardaron silencio. Mientras la matrona estudiaba exhaustivamente el negocio, la avaricia y la precaución mantenían una lucha sin cuartel para imponerse. Finalmente la primera se alzó con la victoria.

—Me llamo Suzzane —mintió la mujer, ofreciéndole la mano al hombre, que mientras tanto había permanecido en silencio—, si le parece bien podríamos concretar los términos del negocio mientras tomamos un aperitivo.

—Mi nombre es Charles —mintió a su vez el hombre—, y sí. Ahora que creo haber encontrado lo que busco, sería un placer tomar algo en compañía tan distinguida.

No lo dijo con ironía y así lo entendió Suzzane. Los dos mentían acerca de sus respectivos nombres y eran conscientes ambos de las recíprocas mentiras, pero lo aceptaban como algo propio del mundo en el que se desenvolvían. Este respeto mutuo hizo que la mujer sonriera abiertamente por primera vez en toda la entrevista.

Abandonaron el despacho y accedieron a un enorme salón. La estancia, con paredes tapizadas en seda de color bermellón, tenía las ventanas tapadas por unos cortinones de terciopelo del mismo color, que impedían la entrada de la luz diurna, quedando la sala iluminada por una enorme araña de cristal. En una de las esquinas había una barra atendida por un impecable camarero, que en ese momento alineaba las botellas, ante la ausencia de clientes. A su espalda, un enorme espejo le servía, sin

duda, para tener controlada la sala, incluso estando cara a la pared. La barra era de costosa madera oscura, con el apoyabrazos de cuero repujado. Delante, unos confortables taburetes del mismo material aguardaban la llegada de sus ocupantes. Divanes y mullidos sofás con bajas mesas centrales se repartían por la sala, tratando de mantener cierta intimidad. En uno de esos rincones se hallaban una docena de chicas apiñadas, chismorreando y riendo entre ellas.

Suzzane se retiró por detrás de una cortina, dando instrucciones al camarero para que atendiera a Charles, que se acomodó en uno de los taburetes y pidió una bebida larga.

Las chicas, ante la llegada de un posible cliente, comenzaron a desplegar todo tipo de poses, que pretendían ser sensuales. El hombre sacó de un bolsillo una tabaquera plateada y, cogiendo el primer cigarrillo que se le puso a mano, se lo colocó en la comisura de la boca. Lo encendió con una cerilla, ante la escrutadora atención de las muchachas, que seguían todos sus gestos, tratando de encontrar alguna mirada de lascivia indicadora de que aquel hombre sucumbía a sus encantos.

Pronto quedaron desencantadas ante la pasividad del hombre y se arremolinaron de nuevo en el rincón para continuar con sus cosas. Una de ellas hablaba sobre una cita que había tenido la noche anterior. Su cliente, un hombre que rozaba la cuarentena, había acudido al local, ya avanzada la noche, con una actitud distante de hombre duro y aguerrido. Tras tomarse un par de consumiciones en compañía de dos de ellas, había fingido desinterés por subir al reservado, como si estuviera acostumbrado a que todas las hembras le rogaran que se lo hiciera. Media hora más tarde se había decidido por la que contaba la anécdota. Subieron a una de las habitaciones superiores. Allí la chica se quitó la ropa, dando la espalda al cliente, y la colgó de una percha. Cuál sería su sorpresa cuando al volverse para prestar atención a aquel tipo, éste, con los pantalones bajados, lucía una verga minúscula que escupía semen como una cafetera hirviendo. Aquel imbécil se había corrido sólo con mirarle el trasero. Él estaba rojo como la grana, ella apenas podía contener la risa. Le obligó a aceptar el doble de lo convenido para que guardara el secreto, cosa que, naturalmente, había prometido solemnemente.

Sus compañeras se mondaban, mirando descaradamente al hombre por si se sentía aludido. Éste no hizo el menor gesto de haber oído la conversación, aunque hubiese necesitado estar sordo como una tapia para no oír la historia con los gritos que profería la prostituta que la contaba.

El camarero lanzó una severa mirada a las chicas para que acallaran sus voces. Éstas le devolvieron un gesto desdeñoso pero bajaron la voz y continuaron con sus historias.

Sonó un timbre en algún lugar y de nuevo hizo acto de presencia el mayordomo, que en silencio, como si fuese una sombra, cruzó el salón, traspasó la puerta que daba a la sala de espera y la cerro tras de sí.

En esta ocasión debía de tratarse de un cliente conocido, ya que enseguida fue acompañado por el mayordomo hasta el salón.

El recién llegado saludó con una sonrisa a los presentes, encaminándose a la barra, mientras devoraba a las chicas con los ojos. Se sentó en un taburete, sin perder a sus presas de vista y al darse cuenta de la presencia de Charles, trató de iniciar una indecente conversación, sin obtener respuesta. A éste no se le habían pasado por alto los gestos de hastío de las chicas al ver entrar a aquel individuo. Sin duda le conocían y no le tenían mucho aprecio. Fue necesario un imperativo gesto del camarero para que las remolonas se acercaran con desgana.

Charles observó distraído que el tipo no perdía ocasión de magrear a las muchachas, contemplando las generosas áreas de anatomía femenina exhibidas, que, ante su pasividad anterior, se habían cerrado como los pétalos de una flor cuando llega la noche.

Ahora, la nueva atención que el individuo les prestaba reverdecía los gestos y las flores volvían a abrir sus pétalos, mostrándole sus zonas prohibidas.

Suzzane, en su despacho, colgó el auricular. En su plantilla de sobornos, además del portero del edificio, figuraban miembros prominentes de la buena sociedad, del juzgado y, cómo no, de la policía. Gracias a una rápida llamada telefónica, había salido en más de una ocasión de un embrollo. Ahora acababa de hablar con un contacto en comisaría, para preguntarle si estaban preparando algo. Facilitó la descripción del cliente y su contacto le informó de que no lo conocía y de que no sabía nada de alguna redada.

A través de una mirilla en la pared observó el salón, donde el cerdo aquel sobaba su mercancía, mientras el hombre tomaba en silencio su bebida. Tocó un timbre y el mayordomo se presentó tan sigiloso como siempre.

Charles acompañó al lacayo a través de los cortinajes, accediendo al despacho de la mujer. Todo fue rápido. Enseguida llegaron a un acuerdo económico, sobre todo porque Charles no trató en ningún momento de regatear. Sobre la mesa dejó un fajo de billetes; la mitad de lo pactado por el trabajo y la prenda de la que habían hablado. La foto de la víctima le sería entregada a Suzzane al día siguiente.

El único problema lo planteó el lugar donde se llevaría a cabo el encuentro. Suzzane, como una gata protectora de sus crías, se negaba a que fuera en un hotel. Sería allí mismo, en su local, o no había trato. Charles pareció dudar un momento. Aquello dificultaba sus planes pero nada más, así que al final aceptó. Un apretón de manos cerró el negocio y sirvió como despedida.

Cuando el hombre desapareció, Suzzane se sentó en su despacho, tratando de acallar su derrotada pero insistente alarma interna. Pocas veces se había equivocado, pero en esta ocasión la avaricia viciaba su mente.

Toda su preocupación residía en la posibilidad de que el negocio representara un peligro y no en la ética del mismo. Suzzane no tenía ningún tipo de escrúpulo. Durante muchos años había ejercido la prostitución. Era todavía menor de edad

cuando se había escapado de casa, embarazada del hijo de un labrador vecino que luego la había dejado tirada. Había empezado a trabajar por las noches en la calle, practicando todas las variantes, entre unos arbustos o en un portal, cuando no en un oscuro callejón. Varias veces fue maltratada, violada, desvalijada y detenida, sin que la policía tuviera un mínimo de sentimiento. De esta manera aprendió a odiar a la pasma y a los hombres en general.

Una prostituta amiga suya, ya en edad de retirarse, le había sugerido que se aseara bien y se vistiera correctamente para poder acceder a mejores locales, donde podría conocer otro estilo de clientela. Le había hecho caso y empezó a tratarle mejor la vida. Consiguió unos cuantos clientes fijos que pagaban bien a cambio de su discreción. Ya no tenía que deambular por las peligrosas calles y vivía en una agradable pensión, donde nunca llevaba a sus citas. Un par de hombres, incluso, se ofrecieron a sacarla de la prostitución, para que fuera su amante, pero prefirió seguir libre. Fue en aquella época cuando se cambió el nombre y no tardó mucho en olvidarse que un día fue bautizada como Dolores.

Con el discurrir de los años, ahorró el suficiente dinero, algo que sus compañeras parecían ser incapaces de hacer, para pensar en retirarse, antes de que los estragos propios de la edad y de la profesión pasaran factura. Pudo pagar al contado la práctica totalidad del dinero que le pidieron por el primer local, hasta la fecha una ruinosa taberna. Lo decoró como había visto que gustaba a los hombres tras tanto tiempo de relación con éstos y buscó un camarero que pudiera hacer las veces de portero y de matón ocasional. Las primeras chicas las buscó en los parques, al anochecer, donde ella había comenzado su carrera. Cuando se hacían mayores eran sustituidas.

Era una buena madama. Sabía lo que costaba ganar el dinero en aquella profesión y nunca explotó a sus mujeres. Incluso les ofrecía adelantos sin intereses. No permitía que tuvieran chulos ni que las maltrataran, llegando en alguna ocasión a mandar al portero junto con algún amigo para recordar que la mercancía se acariciaba pero nunca se rompía. También les asesoraba sobre lo que debían hacer con el dinero. Casi ninguna seguía su consejo; pero, como Suzzane se repetía, cada uno debe hacer lo que quiera con su vida.

La tarde siguiente un golfillo preguntó por *madame* Suzzane.

El camarero recogió un sobre. Dentro venía la foto prometida, así como una detallada descripción del individuo y el día en que debería llevarse a cabo el trabajo: dos noches después.

El coche se detuvo ante la puerta del hotel La Paz. Allí esperaba el portero, impecablemente vestido, que, con la naturalidad propia que dan los años de experiencia, abrió elegantemente la puerta de la parte trasera. Enseguida fue rudamente apartado por un rufián que viajaba en el asiento del acompañante.

Sin disculparse, la mole malencarada mantuvo la portezuela del vehículo abierta, hasta que se bajó su único ocupante, escudriñando con desconfianza los alrededores.

El individuo que descendió de la parte posterior tenía el rostro de una palidez amarillenta. Sin embargo, el resto de su persona irradiaba seguridad y salud. De mediana estatura y notablemente grueso, vestía ropa de calidad cortada por un buen sastre que, pese a todo, no le sentaba bien.

El portero del hotel llevaba más de cuarenta años trabajando en el mismo, los últimos veinte en el puesto de responsabilidad que ahora ocupaba y sin duda sabía distinguir a un caballero de quien no lo fuera. Aquel individuo, por mucha ropa cara y anillos de oro que llevara, no era un caballero.

Con un gesto de superioridad y aún molesto por el desaire de aquel armario con patas, chasqueó los dedos y dos botones recogieron al instante las maletas del cliente.

Éste no se dignó a mirar a los empleados, encaminándose directamente al vestíbulo del hotel. Allí le esperaba, solícito, el recepcionista de noche, que, con una servicial sonrisa, le mostró el camino hacia sus habitaciones.

Tras los traqueteos del ascensor llegaron al tercer piso. El recepcionista abrió la puerta y se retiró para dejar paso al cliente, pero éste permaneció quieto. Fue su acompañante, el desagradable rufián, quien accedió al interior y examinó rápidamente la estancia.

Cuando quedó tranquilo sujetó el pomo de la puerta y el cliente entró, dirigiéndose hacia el balcón. Desde allí se divisaba una magnífica vista de la ciudad. Mientras se deleitaba en su contemplación, el recepcionista daba instrucciones a los botones y añadía comentarios dirigidos al cliente, que pareció no oírle. Cuando quedó claro que no eran necesarios y que no habría propina, los empleados del hotel abandonaron la habitación.

El recepcionista de noche era demasiado altanero para comentar, en presencia de los botones, la manifiesta descortesía que aquel cliente había mostrado. Si no fuera porque tenía precisas instrucciones de facilitar la estancia del caballero en todo lo que fuera posible, ya le habría mostrado su disgusto, con el gesto impertinente que reservaba para los peores clientes.

Lamentablemente no sería posible. Aquella mañana el director en persona le había llamado a su despacho, para ordenarle máxima diligencia con un cliente muy exclusivo que se alojaría esa noche. No era algo habitual que el director le avisara de la llegada de un cliente y menos aún que para ello lo sacara de la cama.

Cuando regresó al mostrador una de las camareras del turno de noche sostenía con reverencia y algo de temor, como si fuera a romperse, el auricular del teléfono y se lo alcanzó a Faustino en cuanto lo vio.

—Hotel La Paz, buenas noches. ¿Dígame?

—¿Ha llegado ya el señor Paniza? —era la voz del director.

Faustino quedó sorprendido por ese inusual interés. En todos sus años de oficio no había visto esta preocupación por ningún otro cliente, a pesar de haber tenido

gente muy importante alojada.

—Sí, señor director, hace un momento que llegó. Ya está acomodado en la *suite* real.

—¿Ha quedado satisfecho? ¿Ha solicitado algo?

—No, señor —contestó Faustino—. En realidad no ha dicho ni una palabra, pero parecía estar conforme.

—Muy bien —repuso el director, con un tono que a Faustino le pareció de alivio—. Asegúrense de que esté perfectamente atendido en todo lo que pida. Si hubiese algún problema, llámeme de inmediato a mi domicilio.

—Descuide, señor, no habrá ningún problema —dijo Faustino, tratando de mostrarse competente, pero en vano, pues el director ya había colgado.

Durante el resto de la noche no hubo ajetreo. Faustino permaneció en su puesto, sin ni siquiera acudir a la cocina como era su costumbre para ver qué se cocía allí y de paso tomar un refrigerio. Dos veces a lo largo de la noche mandó a un botones, el más despierto, al tercer piso para que, con alguna excusa, observara si todo estaba en orden.

Por fin, a las ocho de la mañana, llegó el relevo y con él el director, que raras veces acudía tan temprano. Lo primero que hizo fue preguntar por el cliente. Faustino contestó con aplomo que todo había ido como la seda.

Don Ernesto Gómez era director de aquel hotel desde hacía siete años. En todo aquel tiempo personalidades de la aristocracia, la política, los toros y todo aquel que fuera famoso se había alojado en algún momento en sus habitaciones. Estaba acostumbrado a tratar con personalidades.

Pero en todos aquellos años, nunca el dueño del hotel había hablado con él. Gómez llevaba el negocio y rendía cuentas al abogado del propietario. La noche anterior y por primera vez, ese hombre, al que no conocía de nada, le había pedido un trato impecable para con el desconocido cliente. ¿Por qué? No lo sabía. La mejor habitación, el mejor servicio y un salón de reuniones reservado en exclusiva para él durante toda su estancia. Aún había más: no se le pasaría factura.

El director se aseguró de que todo estuviera a punto. Examinó la sala de reuniones y el bar para ver si estaba al completo. Satisfecho, regresó a su despacho.

—Buenos días, señor Paniza —saludó cortésmente Gómez—. Espero que haya descansado bien. ¿Es todo de su gusto? —preguntó solícito, a lo que el cliente contestó mascullando algo. Aquel individuo desde luego que no pertenecía a la aristocracia. Más bien parecía un patán con dinero.

—Si tiene la bondad de seguirme —añadió, pasando por alto el *desaire*—. Los caballeros que esperaba se encuentran ya acomodados en el salón privado.

Bajaron en el ascensor, acompañados por el guardaespaldas, y se encaminaron por un largo pasillo, hasta una puerta doble de madera noble, donde Gómez, tras golpear con los nudillos, dio paso a su cliente.

Una vez más fue el guardaespaldas el primero que cruzó la puerta, para examinarlo todo hasta concluir que no había riesgo para su amo.

—Señor Paniza —saludó cortésmente el mayor de los tres individuos, que se habían puesto de pie al oír los golpecitos—. Sea bienvenido. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien, gracias —contestó condescendiente el hombre, estrechando blandamente la mano que le era ofrecida.

—Espero que el viaje haya sido lo menos desagradable posible —contestó Andreas Radopoulos.

Radopoulos, maestro de Antioquía, había sido escogido por el gran maestro, Díaz de Monai, para participar en esta negociación por varios motivos. En primer lugar era el único que conocía personalmente a Paniza, intrigante figura que recelaba de todos y del que nadie se fiaba. En segundo lugar, en su condición de embajador griego en España, tenía inmunidad diplomática si algo extraño sucediera.

Una de las primeras cosas que había hecho el gran maestro al ocupar el cargo había sido precisamente lograr que destinaran a Radopoulos a la embajada de Madrid, para tenerlo cerca.

Santiago Díaz de Monai nunca había conocido a un negociador tan cualificado como Radopoulos. Desde que le había conocido se había convertido en un destacado miembro de su círculo íntimo de colaboradores.

—Señor Paniza, permítame presentarle a estos caballeros amigos míos. — Radopoulos apoyó suavemente su mano en el hombro del gordo, tratando de establecer un clima de confianza y, ante la agitación del gorila que ocupaba la entrada—. El señor Santiago Díaz de Monai y *Monsieur* Pierre Loubaton. Señores, les presento a don Juan Paniza Cabestany.

—Es un placer conocerle —dijo con una leve inclinación de cabeza Díaz de Monai al estrechar con firmeza la inerte mano llena de anillos—. Deseo agradecerle la molestia que se ha tomado al visitarnos.

En realidad los cuatro sabían que no había sido una molestia. Paniza aprovechaba un viaje para arreglar un asunto privado, que gracias a la colaboración de Radopoulos se había resuelto a su entera satisfacción.

—Bueno, caballeros —dijo Radopoulos tras las presentaciones, encaminándose al bar—, siéntense por favor. ¿Desean tomar algo?

Durante diez minutos hablaron de banalidades, tratando de romper el hielo que Paniza imponía con sus breves y altisonantes comentarios. Prácticamente todo lo decían Radopoulos, como anfitrión, y Santiago, ya que el francés Loubaton parecía no dominar el castellano.

—Caballeros ¿qué les parece si nos centramos en lo que nos ha traído aquí? —dijo Radopoulos cuando estuvo claro que los temas abordados no daban para más.

—A mí me parece bien —repuso altanero Paniza—. Dispongo de poco tiempo. Me gustaría saber cuál es el motivo de esta reunión. Ustedes me llamaron para

ofrecerme algo, si no recuerdo mal. Algo que me podía interesar. Quisiera saber de qué se trata.

—Señor Paniza —dijo Radopoulos—, entendemos que su tiempo es muy valioso y no quisiéramos malgastarlo. Le reiteramos nuestro agradecimiento por la deferencia que ha tenido con nosotros. Estamos convencidos de que lo que aquí se trate será en beneficio de todos.

»Quizá sería preferible —continuó el griego— que estuviéramos a solas para una mayor confianza.

—Éste es mi secretario —mintió Paniza, señalando con el dedo gordo a la mole que se encontraba a su espalda.

—No pretendemos molestarle —dijo con un grado más de severidad Radopoulos—. Todos tenemos un secretario particular, pero hay cosas que precisan de la máxima discreción.

Con un leve encogimiento de hombros, el gordo Paniza hizo un gesto con la mano. Con claros signos de desconfianza, el gorila salió de la estancia, cerró tras de sí y se apoyó en la puerta por la parte de afuera.

—Muchas gracias de nuevo por su consideración —dijo Díaz de Monai—. Espero que entienda que no desconfiamos de su hombre.

—¿Qué es lo que quieren? —cortó el gordo de mal talante.

—Señor Paniza —contestó conciliador Radopoulos—. Nos conocemos desde hace tiempo, aunque lamentablemente nunca hemos podido ir más allá de una relación superflua. Espero que esta conversación sirva para fortalecer los lazos de amistad.

El gordo hizo un gesto con la mano que no le comprometía a nada.

—Representamos a un grupo de caballeros unidos por un mismo objetivo —dijo Díaz de Monai—. Personalidades de todos los campos y de buena posición. Caballeros preocupados por el futuro de esta nación y por los españoles. Gentilhombres que observan con preocupación el calamitoso endeudamiento al que se está sometiendo al país, en un momento de grave recesión económica en el ámbito mundial.

—Permítame que le haga una exposición del problema que nos acucia —intervino el griego—. Se está llevando a cabo, en colaboración con Francia, un proyecto ferroviario destinado a mejorar las comunicaciones de ambos países, que beneficiará en especial a España. Como usted sabe, se han barajado diversos proyectos para ese paso transfronterizo. Por parte francesa siempre se ha apoyado que este paso sea, como hasta ahora, siguiendo la costa, donde el tendido es más sencillo y la obra no sería demasiado onerosa. Lamentablemente circunstancias tan beneficiosas no han modificado la postura española.

»Un grupo importante de la aristocracia y de la industria española entiende que debería llevarse a cabo un tercer paso, equidistante de esos dos. Los franceses disienten, debido a las dificultades técnicas y al enorme coste que supondría. Pero, ya

que el mayor esfuerzo inversionista sería para España, están dispuestos a cumplir con su parte, lógicamente a cambio de jugosas contraprestaciones.

—Durante años este proyecto ha sido congelado —apuntó Díaz de Monai, que escuchaba con atención las palabras de Radopoulos, mientras escrutaba el rostro de Paniza, a la búsqueda de un signo que delatara su postura.

—Así es —confirmó el griego—. Durante un largo período se ha conseguido que este loco despilfarro no fructificara. Pero ahora ha tomado parte una figura decisiva, que se muestra empeñada en proseguir con el proyecto a toda costa. Me refiero a Su Majestad, Alfonso XIII. El rey ha impulsado el proyecto, presionando personalmente al gobierno francés para que retome la obra. Naturalmente los franceses han vuelto a exigir otra larga lista de peticiones a cambio, siéndoles concedidas todas.

—Tengo entendido, que las obras van muy adelantadas —repuso inocentemente Paniza—. Gran parte de la inversión está hecha. Detenerla ahora, si eso es lo que pretenden, significaría perder toda la inversión hecha.

—Eso es cierto —tuvo que admitir el griego—. Aun así, ahorraría mucho dinero. No sólo se debe contar lo que queda por invertir, sino el elevado coste de mantenimiento que anualmente deberá pagarse. Esta vía, por su situación geográfica y por las adversidades que deberán superarse, nunca será rentable. El paso se cortará con regularidad, debido al clima, que además dañará las instalaciones. Las cargas transportadas se congelarán y retrasarán. El túnel es demasiado angosto y largo. Tiene demasiada pendiente y aflora agua. Nunca podrán solventarse estos problemas y es que contra la Naturaleza no se puede luchar.

—He de suponer que el monarca tendrá un asesoramiento privilegiado por los mejores especialistas —repuso Paniza.

—Sin duda alguna. Pero todos los asesores son españoles y están pagados por la misma mano. Ninguno de ellos va a decir una sola palabra en contra del proyecto. Además, el rey está muy interesado en que se lleve a cabo.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Paniza, como si la cosa no fuera con él.

—No nos es desconocida la influencia que tiene usted en la Santa Sede. En su calidad de asesor económico, su voz es escuchada en el Vaticano. Aún no se han cerrado las heridas que suscitó la Ley del candado impuesta por el presidente Canalejas. En estos momentos las relaciones entre Benedicto XV y Alfonso XIII no son todo lo fluidas que pudieran ser y el monarca español sería permeable a cualquier iniciativa que las mejorara.

—¿Me está pidiendo que utilice mi modesta influencia con el Santo Padre, para que éste presione al monarca español? Eso es descabellado. En el supuesto de que tal cosa fuera posible y Su Santidad accediera, cosa que le aseguro que está fuera de mis posibilidades, jamás me ofrecería a intervenir en contra de la voluntad del máximo representante del pueblo español. ¡No se olvide que, a pesar de residir en Roma desde hace décadas, nací en Valencia y llevo mi patria en el corazón!

—Por favor, no quisiéramos que se ofendiera —repuso, de nuevo conciliador, Radopoulos—. Subestima usted, sin duda por exquisita modestia, la influencia que puede ejercer en el Santo Padre. Giacomo della Chiesa se ha caracterizado durante su papado como adalid de los desahuciados. Durante la guerra hizo todo lo posible a favor de la paz y de los presos. Es un Papa que sufre con su rebaño. Sé, porque me lo ha confesado él mismo, que lo hace por la situación del pueblo español, donde todos los bienes se reparten entre una minoría muy reducida. Estoy convencido de que haría todo lo que estuviera en su mano para aliviar la carga que han de soportar sus feligreses.

»En cuanto al monarca español, estamos convencidos de que, a pesar de su buena voluntad, está mal asesorado. Sus múltiples obligaciones le impiden forjarse una idea exacta de lo que supone este despilfarro. Pensamos que si una persona con ascendencia sobre él pudiera iluminarle, seguramente abandonaría el proyecto de inmediato.

Esto no lo creía ni el propio Radopoulos. El monarca sabía perfectamente lo que se cocía; pero, en su orgullo, desestimaba cualquier negativa.

—No creo que la cosa sea como usted la pinta —contestó el valenciano—. Me ha dado una versión francamente sesgada. Pero al margen de esto, le repito que no tengo el poder que usted me atribuye.

—Señor Paniza. Como imagino que usted habrá hecho antes de la reunión, nos hemos documentado un poco, para poder hablar con conocimiento. Y nos hemos enterado de que usted está en posesión de un valioso paquete de acciones de la Compañía Ferroviaria Norte, concesionaria del proyecto, así como en Calderai y Bastianelli, que se ha ocupado del túnel y de Obras y Construcciones, encargada de levantar el edificio que albergará la estación y la aduana.

—Tengo acciones en muchos sitios —se defendió Paniza con rostro inescrutable.

—Por supuesto, por supuesto. Usted está versado en economía. No quisiera dar a entender que le favorece la situación.

Paniza trató de buscar un rastro de ironía en las palabras del griego pero el esfuerzo resultó baldío.

—Con esto sólo quería que supiera hasta dónde comprendemos su situación. Obviamente no queremos que usted sufra quebranto económico alguno, por lo que estaríamos dispuestos a adquirir sus paquetes de acciones en esas compañías a un precio muy ventajoso.

—Su generosidad me abruma. No obstante creo que rechazaré tan amable oferta. Me precio de ser un buen hombre de negocios y me parece que no haría uno bueno con esta transacción. Además, no suelo plegarme a este tipo de presiones. —Y con tono despectivo añadió—: Esto es un asunto de principios, no sé si lo entenderán.

—Entendemos que los principios no tienen nada que ver en este tema —intervino cortante Díaz de Monai—. Sus intereses en el proyecto ferroviario van más allá de su lealtad al monarca y unas acciones.

—¿Qué insinúa? —preguntó acalorado Paniza, levantándose de su asiento.

—Permítame recordarle que cuando Alfonso XIII visitó la ciudad de Jaca, recibió a una recepción de influyentes caballeros aragoneses y valencianos. En aquel tiempo, el monarca contaba solamente diecisiete años. Siendo tan sólo un adolescente, no supo entender que le estaban adulando. Se le recordó que su padre, el difunto Alfonso XII, había sido un defensor del proyecto. —Santiago, con el semblante serio, hizo una pausa antes de continuar—. Su orgullo por verse tratado como un amado rey y su avaricia convencieron al monarca de que el proyecto ferroviario sería de gran utilidad para el país; un símbolo de su talante aperturista. Y un monumento que le recordaría durante la posteridad. Así, se convirtió en un proyecto capital, ignorando las advertencias que señalaban la obra como un ruinoso mausoleo.

—Una vez más discrepo sobre su visión de las cosas —afirmó algo más inseguro el gordo—. Pero aun así. ¿Por qué me cuenta esta historia? ¿Qué tengo que ver yo en ella?

—En aquella recepción en la que, como le he dicho, participaban caballeros aragoneses y valencianos, tomó parte un tal Joaquín Álvarez Asna. —Paniza quedó lívido al escuchar ese nombre—. Puedo ver en su rostro que aún no lo ha olvidado. Aquel joven con fama de especulador poseía tierras que deberían ser expropiadas, a muy buen precio, claro, por el gobierno. También poseía cultivos de cítricos en Valencia. El paso por la Junquera de estos cítricos suponía una gravosa disminución de ganancias. Con la nueva vía aragonesa y, perteneciendo a la dirección del proyecto, se ahorraría una bonita cantidad.

—Cuando este joven se encumbró lo suficiente, gracias a todo tipo de maniobras, consideró que debía cambiarse de nombre para limpiar su figura y acometer nuevos proyectos. Así que, aprovechando la muerte de un primo lejano, enterró su nombre y, con sobornos, tomó prestado el del difunto.

—¿Qué le parece esta historia, señor Álvarez? —preguntó Díaz de Monai al ver que Paniza guardaba silencio, abandonando toda soberbia.

—No me parece nada —logró protestar éste—, son ustedes unos canallas y créanme que sé lo que digo. En Roma he de tratar con gente de su calaña. Y no sólo eso, son también unos asesinos. Han matado a mucha gente que no compartía su postura. ¿Creen que son los únicos que se pueden enterar de cosas? —preguntó puesto en pie—. Ustedes son los restos de lo que un día fue una organización de usureros, asesinos y ladrones. Nunca han respetado ley ni patria. Para ustedes no cuenta ninguna autoridad ni civil, ni militar, ni tan siquiera religiosa. Se aprovechan de lo que un día fueron y tratan de recuperar su reino de terror, pero no son más que un anacronismo. El Papa sabe quiénes son y estoy convencido de que el rey español también querría saber los nombres y apellidos de aquellos que han atentado contra él y han asesinado a su presidente.

Santiago dirigió una mirada de soslayo a sus compañeros. Paniza se refería al asesinato de José Canalejas Méndez, cometido por Manuel Pardiñas, en la madrileña

Puerta del Sol siete años atrás, cuando, tras despachar con Alfonso XIII, se dirigía andando al Ministerio de la Gobernación.

Canalejas, que acostumbraba a caminar sin escolla, era presa fácil para quien quisiera atentar contra su vida. Aquella mañana se detuvo frente a una librería, mientras miraba las últimas ediciones expuestas en el escaparate. Un individuo se le aproximó por detrás y, prácticamente tocándose, le descerrajó un disparo a quemarropa que le atravesó la cabeza. Según caía, mortalmente herido, Pardiñas hizo un segundo disparo, antes de darse a la fuga. Un policía que parecía seguir al presidente alcanzó a golpear con un bastón al asesino en su huida. Éste, al verse acorralado, se encañonó con la Browning y de dos tiros se quitó la vida.

Ésta era la versión oficial que se dio a la prensa y a la opinión pública. Pardiñas era un criminal relacionado con un grupo anarquista y nadie dudó de tal versión.

Al parecer, nadie se preguntó, en ningún momento, cómo puede una persona pegarse dos tiros. Aun en el supuesto de que el primero no fuera fatal, cosa poco probable siendo uno mismo el que se disparaba y que, lógicamente, lo haría contra la cabeza o el tórax, la bala causaría tal dolor que el que empuñara el arma tardaría un rato en poder disparar de nuevo, eso si no la soltaba tras el primer impacto.

Tampoco se pudo explicar qué hacía el policía que parecía seguir a Canalejas. Unos testigos decían que iba tras de él y otros que se encontraba en la Puerta del Sol, antes de la llegada del presidente.

Tanto Díaz de Monai como sus compañeros sabían de primera mano lo ocurrido.

Una semana antes del atentado, un supuesto diplomático francés solicitó una audiencia con el presidente, so pretexto de abordar un tema relacionado con el fronterizo río Bidasoa, en la cornisa Cantábrica, que durante tiempo había sido origen de disputas entre ambos países. No tardó Canalejas en advertir que el citado motivo sólo era un ardid para acceder a él y no le gustó lo que escuchó. El diplomático le pidió que detuviera el proyecto ferroviario en el Pirineo Central. Cuando Canalejas se negó a atender su ruego, se le ofreció un soborno.

Cualquiera que conociera a Canalejas sabría que esto era un grave error. Cuando el presidente le expulsó de su despacho, el francés tuvo el atrevimiento de amenazarle si no hacía caso de su oferta.

Seis días más tarde, el citado Pardiñas recibió una considerable cantidad de dinero y una pistola de alguien que aseguraba ser un correo de la dirección anarquista. Las instrucciones eran atentar contra el presidente en la Puerta del Sol y huir. Nada más sencillo. Canalejas hacía todos los días el mismo trayecto y a la misma hora, casi siempre sin compañía. Debería asegurarse de que el presidente moría. Compañeros anarquistas, haciéndose pasar por paseantes, causarían un alboroto que le permitiera huir hasta un vehículo que esperaba en las proximidades y que lo sacaría del lugar.

No había compañeros ni coche. El sino de Pardiñas era morir junto a su víctima. Un sicario de Melchor de Priamo disfrazado de policía, esperaba en el lugar. Cuando se cometiera el crimen, debería eliminar a Pardiñas y desaparecer.

Canalejas llegó a la librería. Pardiñas se acercó y disparó dos veces. Cuando se dio la vuelta para huir, se encontró a su contacto, disfrazado de policía, que le mandaba tirar el arma. Pardiñas, creyendo que aquello formaba parte del plan de fuga, arrojó el arma. El falso policía no tuvo más que recogerla y disparar contra el asesino. Los ciudadanos que llegaban no fueron capaces de darse cuenta de lo sucedido por lo rápido que ocurrió todo.

Nunca se encontró al falso policía. Desde el gobierno se buscó un héroe para evitar las especulaciones y se cerró la investigación a conveniencia de todos.

—Deben saber —gritaba, exaltado, Paniza— que el señor Canalejas era amigo mío. Recibí dos cartas tuyas en las que me explicaba detalladamente su conversación con aquel diplomático francés y cómo le amenazó. Aquel mal nacido le explicó los detalles de los atentados sufridos por Alfonso XIII en París primero y el día de su boda. Guardo aquellas cartas. —Y bajando la voz añadió, como quien ha ganado la partida—: Estoy convencido de que conocen el especial afecto que guardaba Su Majestad por mi amigo Canalejas. Se pondría muy contento si le facilitara la identidad de sus asesinos.

—Me temo que le resultaría extremadamente complicado relacionarnos con esa fantástica trama —dijo Radopoulos.

—¿Qué diría el Santo Padre si llegara a sus oídos que su respetable banquero, Juan Paniza, es en realidad Joaquín Álvarez Asna, un bribón acusado de pederasta, que se salvó de la cárcel gracias al soborno? —preguntó Santiago sin perder la compostura.

—¡Eso son falacias! —bramó, rojo como la grana, Paniza—. Fue una conspiración para hundirme.

—¿Semejante a las que usted trama habitualmente? —preguntó irónico Díaz de Monai.

—No pueden demostrar que no soy Juan Paniza. El Santo Padre nunca les daría crédito.

—Sí, sí que podemos, pero no nos tomaremos ese trabajo —aseguró Díaz de Monai—. Solamente con que corramos el rumor, Benedicto no querrá saber nada de usted.

—Señor Paniza —intervino conciliador Radopoulos—. Hágase un favor. Acepte nuestra generosa oferta. Le aseguro que no perderá dinero y quedaremos para el futuro en deuda con usted. Tenga por seguro que sabemos pagarlas.

Paniza quedó en silencio meditando las alternativas que le quedaban. No eran muchas. Tenía depositadas grandes esperanzas en el proyecto ferroviario y ahora esos

canallas las derrumbaban. Por otro lado no parecía muy inteligente enfrentarse a ellos. Hombres capaces de acabar con el presidente de una nación y atentar contra el rey no temblarían ante alguien como él.

Quizá lo mejor fuera dar por perdido el negocio. Tratar de salvar los muebles y esperar otra oportunidad.

—¿Qué se supone que debería hacer? —preguntó a sus silenciosos interlocutores.

—Solamente retirarse del proyecto, vendernos sus acciones y hablar con el Santo Padre.

—¿Me dejarían en paz? —capituló Paniza.

—Tiene mi palabra —repuso solemne Radopoulos—. Es más, si en el futuro precisara de nuestra colaboración, cuente con ella.

—Necesito tiempo para reflexionar —dijo Paniza tratando de ganar tiempo y ver si podía sacar algún beneficio—. Una semana solamente —aseguró al ver el intercambio de miradas—. Mañana he de regresar a Roma y en cuestión de unos días les contestaré.

—Está bien —contestó finalmente Díaz de Monai—. De aquí en siete días esperamos su respuesta. No se retrase.

La reunión terminó ahí. A pesar de disimularlo, Paniza estaba asustado. Rápidamente se despidió y abandonó la pieza camino, en compañía del gorila, de su *suite*.

En el salón, una puerta disimulada tras una cortina se abrió y dio paso al inquietante mariscal de la Orden, que aguardó a que hablara su jefe.

—Bien, caballeros, ¿qué conclusiones han sacado? —preguntó el gran maestre tras una pausa.

—Creo que deberíamos respetar la semana de espera —empezó Radopoulos al ver que los demás no se decidían a hablar—. Está atemorizado y sabe que tiene más que perder que ganar. No se hará el héroe. Tratará de sacar el mayor provecho posible y abandonará la cuestión.

—¿Usted qué dice, Loubaton?

—No me parece de fiar —habló el francés por primera vez—. Quizá Radopoulos tenga razón, pero esperar podría resultar peligroso. Conoce nuestra organización y ahora sabe quiénes son sus dirigentes.

—¿Qué opina, Luca? —dijo Díaz de Monai volviéndose hacia el calabrés.

—Lo mismo que el senescal. Es peligroso.

Díaz de Monai permaneció un instante callado, meditando.

—Creo que tienen razón. Ese hombre sabe demasiado sobre nosotros. Pienso que quizá por esta vez se plegaría a nuestra petición, pero más adelante quién sabe qué podría tramar.

—Luca —preguntó al italiano—. ¿Está todo preparado?

—Todo a punto —contestó el mariscal—. Paniza ya ha preguntado al conserje, que le ha entregado la tarjeta con la dirección. Será esta noche.

—Muy bien. ¿Tendrá la amabilidad de avisarme cuando se haya terminado el trabajo? Gracias. ¿Por cierto, sabemos algo nuevo sobre De Priamo?

—Recuperamos la pista en Lisboa, pero estaba fría. Seguimos en ello.

—Estupendo. Creo, caballeros, que por ahora hemos acabado.

El viernes a la noche, un vehículo conducido por lo que parecía un gigantesco gorila disfrazado con un apretado traje, se detuvo ante la puerta de un burdel, ignorando el cartel que prohibía dejar los automóviles en el lugar. Con pesados movimientos descendió del vehículo y abrió la portezuela de la parte trasera. Mientras su único ocupante descendía, el gorila husmeaba, como tratando de solicitar al viento información del posible peligro que corrieran.

El individuo que se había apeado fumaba un enorme puro, cuya ceniza le caía en el abombado y costoso abrigo, cortado a medida de su enorme vientre. Sin hacer caso a su chófer, accedió al edificio, impaciente. Su voracidad a la hora de comer sólo era comparable a la que desplegaba fornicando. No necesitó demasiada insistencia para ser convencido por el recepcionista del hotel de que aquel lugar era el idóneo para descargar su lujuria. El tipo no era caprichoso. Prefería la comodidad de su *suite*, pero hacía tiempo que no visitaba un burdel y podría escoger a las chicas.

El gorila tocó el timbre con la señal acordada. Inmediatamente fueron acompañados por el mayordomo al salón, donde se encontraban otros clientes. Los acomodaron en uno de los reservados más discretos. El camarero reconoció al instante al tipo, pero lo comparó por si acaso con la foto que guardaba debajo de la barra. Hizo un gesto a las chicas, para ponerlas en guardia, pero no era necesario. Ya estaban avisadas y todas querían participar en aquel trabajo, que les depararía una fuerte suma de dinero y la posibilidad de ver algo nuevo. Aguardaron un poco para que el hombre no recelara antes de acercarse, abandonaron a sus clientes, calientes y frustrados, ignorando sus protestas.

Las prostitutas abordaron a ambos, pero pronto se dieron cuenta de que el segundo hombre no era más que un matón que no participaría en la fiesta. Si Suzzane hubiese estado presente quizá se hubiese alarmado ante la presencia del guardaespaldas, que auguraba, sin duda, problemas; pero las chicas sólo sintieron alivio pues ya pensaban que tendrían que trabajarse a los dos.

Tras unas copas en una mesa que ocupaba un rincón y durante las cuales el tipo aprovechó para meter mano a fondo, magreándoles las tetas hasta hacerles daño, finalmente selecciono a dos de ellas y se levantó para subir al piso de arriba, donde estaban las habitaciones.

La madama había escogido la que más luz tenía, para que las fotos salieran mejor. Las chicas, entre risas, conducían al tipo, seguidas del matón, que permaneció de pie

al lado de la puerta. Estaban un poco intranquilas. Su cliente no parecía el tipo sumiso que esperaban. Ya en los sillones les había hecho daño, metiendo por el culo sin pudor sus gordos dedos anulares con un grueso anillo cada uno.

Una vez en la habitación la cosa no fue mucho mejor. El hombre, en pie, les agarró del pelo y las obligó a arrodillarse. Con sus manazas, maniobró en su bragueta y se bajó los pantalones y los calzones.

Las putas intercambiaron un guiño de complicidad. Aquel gordo la tenía diminuta, por muy fiero que pareciera. El hombre, agarrándolas de nuevo por el pelo, les empujó la cabeza hacia su bajo vientre, donde las mujeres comenzaron a turnarse en una larga felación.

Ante su creciente espanto, observaron que el diminuto pene comenzaba a despertar convirtiéndose en una bestia de tamaño descomunal, donde las venas se marcaban como las enredaderas parásitas de un gigantesco y morado tronco de árbol.

El trabajo cada vez resultaba más dificultoso. Aquel tipo, con la mano enroscada en sus cabellos, las violentaba más y más en un esfuerzo adecuado para un tragasables. Las pobres mujeres, con los ojos anegados de lágrimas, trataban de respirar en los momentos de tregua, cuando se alternaban una a la otra, pugnando por controlar las arcadas, cuando la enorme verga violaba sus gargantas hasta el fondo.

De un tirón de la cabellera, levantó sin contemplaciones a una de las chicas, metió su enorme miembro en la boca de la otra, y agarró los pechos de la que estaba en pie, y luego los mordisqueaba con saña a la vez que los estrujaba sin piedad con sus ásperas manos.

Cuando el hombre juzgó que se encontraba a tono, les ordenó desnudarse. Quitó la colcha de la cama, arrojando al suelo la capucha y otros artilugios que las prostitutas esperaban utilizar. Tirando violentamente de la melena de una de ellas, la arrojó boca arriba en la cama. Puso a su compañera a cuatro patas, con las rodillas casi en el borde del colchón y se colocó él a los pies de la cama. A ésta la agarró del pelo y tiró de él hacia atrás, para levantarle la cabeza. La empaló de una sola embestida, haciendo caso omiso a las súplicas de la prostituta. Estiró de los pies de la otra fulana, que miraba horrorizada como la gruesa estaca perforaba compulsivamente las carnes de su compañera, acercándola. Si no hubiesen estado tan asustadas sin duda se hubieran percatado de que aquel hombre no tenía ni cicatrices ni tatuajes, como les había dicho Suzzane. Pero la cosa no estaba para eso.

En un primer momento estampó la cabeza de la que estaba cabalgando contra los generosos pechos de su compañera. La dolorida mujer hacía lo que podía para no contrariar al degenerado y lamió entrecortadamente los oscuros pezones que se le presentaban. Mientras, él castigaba sin piedad sus tetas, amasándolas como si fueran dos hogazas de pan.

Cuando se cansó, cogió de nuevo la cabellera de la que montaba y la forzó a hundir el rostro en la pelambreira púbica de la otra, abandonando los pechos. Sin darle tiempo a reaccionar y con la boca enterrada en la vulva de su compañera sintió cómo

la desgarraba, al abandonar la verga su vagina y abrirse paso sin compasión por el recto. Trató de gritar pero con la cabeza incrustada en el pubis ajeno le resultó imposible. El hombre continuó embistiendo como una fiera.

Un sonido apagado y seco semejante al descorchar de una botella detuvo la cabalgada. El hombre se volvió hacia la puerta, de donde había provenido el ruido. Ésta se abrió de golpe y aparecieron dos individuos pistolas en mano. Sin una sola palabra, descargaron sus armas sobre Paniza. Después, mientras uno cerraba la puerta el otro se aproximó a la cama. Levantó la cabeza inerte de su víctima cogiéndola por los pelos y le descerrajó un tiro entre los ojos.

La prostituta que estaba a cuatro patas gritaba histérica. Estando escudada por el gordo no había recibido ningún balazo. Su compañera no había tenido tanta suerte. Por lo menos tenía dos agujeros nuevos en su cuerpo.

Uno de los asesinos tapó la boca de la superviviente y le puso la pistola entre los ojos, haciendo un claro gesto que invitaba a no gritar. La chica asentía con la cabeza sin poder desviar la vista del arma. Los asesinos se miraron. Las instrucciones eran eliminar al hombre y a su guardaespaldas, y largarse de inmediato.

Tanto los gritos de la puta como los disparos no se podían haber oído desde abajo, pues la música y las conversaciones tapaban los ruidos. Las habitaciones de al lado estaban desiertas, todas menos una, donde yacían los cadáveres de otra prostituta y su cliente. Esto daba unos minutos extra a los sicarios, que intercambiaron una sonrisa cómplice y comenzaron a desnudarse.

Capítulo V

Primeros de noviembre de 1920. Zaragoza

A pesar de ser media tarde, ya el frío alejaba a los paseantes de las calles. Tan sólo de vez en cuando algún taxi trasladaba a su destino al afortunado cliente que podía pagarlo. Otros, dotados de menos suerte, también iban montados en un vehículo, pero de tracción animal y sin nada que los aislara del cierzo.

Remontando la calle avanzaba el gigante albino, sujetando bajo el brazo un diario que había venido leyendo durante el largo viaje en tren. Treinta horas, con varios trasbordos, dormitando en los incómodos vagones, hasta llegar a Roma. Sin tiempo para descansar, se había trasladado a las afueras de la antigua capital del Imperio romano, para llevar a cabo un delicado trabajo y vuelta a coger el tren de regreso a España.

Había pasado el mediodía cuando se alojó en el hotel que tenía reservado. Confiando en poder regalarse con una buena comida y disfrutar de un largo sueño, había comenzado por darse un baño con agua muy caliente.

Justo cuando cerraba los ojos, mecido por las ondas que provocaban sus movimientos en la enorme bañera de porcelana, unos discretos golpes en la puerta lo despertaron. Colocándose un albornoz del hotel, rezó porque la interrupción estuviera justificada. Algo así como que el hotel se hallaba en llamas, de lo contrario se temía que descargaría su malhumor en el osado intruso.

Tras la puerta, un asustado botones le extendía una bandeja plateada con un sobre encima. Al albino no le dio tiempo a decir nada ya que el chico, una vez hecho su trabajo, escapó por la escalera, temeroso de aquel extraño cliente que tenía el pelo y la piel de un color como no había visto jamás y unos ojos grises, ribeteados en rosa, que parecían directamente salidos del Averno.

Dentro de la habitación el gigante estudió por un momento el sobre, en busca de una indicación que delatara al remitente. En la parte delantera, tan sólo figuraba su número de habitación. Le dio la vuelta. Como esperaba, en la parte inferior derecha se adivinaba, más que se veía, una ligera cruz hecha con lápiz. La señal, que fácilmente hubiese pasado desapercibida de no haber sido buscada expresamente, indicaba que el expedidor era su superior en el mando.

Rasgó el sobre por un costado y extrajo una hoja de papel. En ella, alguien sin identificar le ordenaba presentarse con la mayor brevedad en la habitación 146 de un determinado hotel.

Ni por un momento se le pasó por la cabeza cuestionar la orden y tomar su más que merecido descanso. Se limitó a destruir la nota, prendiéndole fuego con una cerilla, sobre un lujoso cenicero de cristal de roca.

Tras arreglarse y vestirse, con un traje negro idéntico al que se acababa de quitar y que dejaría en el hotel para que se lo limpiaran y plancharan, se ajustó el alto y almidonado cuello, y lo cerró de forma que se juntara con la recortada barba, consiguiendo así ocultar la mancha encarnada de la piel que le subía por el cuello hasta la mejilla.

Fuera de la habitación, dejó los zapatos en una bolsa de algodón dispuesta para tal menester, depositó su ropa interior y, colgando de una percha del hotel, la camisa y el traje utilizados en el viaje a Roma.

En recepción, dejó aviso para que pasaran a recoger su ropa y preguntó por el hotel al que debía acudir. Un servicial recepcionista se tomó su trabajo, bosquejando un plano con el trayecto que separaba ambos hoteles.

Por el camino fue pensando en el asunto que le había llevado por tan corto espacio de tiempo a la capital italiana y que, por orden expresa de su jefe, nadie más conocía.

La inevitable y desagradable tarea había comenzado el mismo día en que el albino trasladara a sus dos sicarios hasta la casa de citas a la que acudiría Paniza. Ambos llegaban recomendados por uno de los capitanes. Según éste, eran de confianza y nada hacía suponer que se saldrían del plan.

Normalmente el propio capitán sería el encargado de dirigir la operación, pero Luca encargó a su lugarteniente que se ocupara en persona. Llegada la noche y tras recibir la confirmación, el gigante llegó a las inmediaciones del prostíbulo donde aguardaban los sicarios. Allí impartió las órdenes: acabar con el hombre, su guardaespaldas y los posibles testigos. Una vez terminado el trabajo debían abandonar por sus propios medios el lugar y regresar a sus destacamentos.

En vez de alejarse inmediatamente el lugar, el albino esperó acontecimientos resguardado entre las sombras. La tarea se demoró más de lo previsto. Al final ambos hombres salieron del hotel y se marcharon calle abajo. Algo en su comportamiento atrajo la atención de su jefe.

Al día siguiente, el albino se ocupó de investigar lo sucedido a través de un contacto de la policía. Como estaba previsto, en la prensa sólo apareció una breve reseña de lo sucedido, sin dar a conocer el nombre ni la relevancia del asesinato.

El contacto le dio todo tipo de detalles sobre la carnicería y la violación de la prostituta. El crimen, por supuesto, acabaría por archivarse como *sin resolver*, cuando pasara un tiempo prudencial.

No le hizo ninguna gracia la actitud de sus hombres al mariscal cuando fue informado por el albino. A pesar de que su rostro no se inmutó escuchando el relato, Luca estaba disgustado. Tras unos momentos de reflexión, el italiano decidió que no se debía molestar a nadie. El trabajo estaba hecho y eso era lo importante. Del mal comportamiento de sus hombres se ocuparían ellos. Despachó al gigante con precisas instrucciones sobre el castigo que deberían recibir.

Los dos sicarios, obedeciendo órdenes, se dirigieron a las afueras de Roma, donde la Orden poseía una finca de vasta extensión y allí aguardaron, sin saberlo, al hombre que ejecutaría su castigo.

La paliza que recibieron fue tremenda. Lo suficiente para permanecer ingresados en el hospital varias semanas con huesos rotos y la cara desfigurada. El capitán que había recomendado a los hombres fue fulminantemente degradado.

En el hotel de Luca, el gigante pormenorizó el correctivo aplicado. Con un gesto de satisfacción el calabrés dio por cerrado el tema.

—Quiero que me acompañe a una reunión —dijo Luca, poniéndose el abrigo—, nos darán trabajo y cabe la posibilidad de que sea urgente, así que cuanto antes empecemos mejor. ¿Tiene un coche esperando?

—No. He venido andando.

—Bien. Llame a recepción y solicite uno. Tras la reunión, no le entretendré y si no hay problemas podrá volver a su hotel para descansar.

El albino no había comentado nada de la falta de descanso, pero la fatiga se leía en su rostro.

Los dos hombres se montaron en el vehículo, que ya les aguardaba, y sin cruzar ni una sola palabra se dirigieron a casa del gran maestro, una mansión situada en la mejor zona de Zaragoza, construida por su abuelo materno. El mayordomo que les abrió la puerta tomó sus abrigos y se dispuso a anunciar a Luca. Mientras éste era conducido al salón, el albino tomó asiento en una antesala y cerró los ojos tranquilamente.

Luca, por favor, pase y siéntese.

El italiano, parco en palabras, tomó asiento en el mismo sofá donde en ese momento Pedro Nogueira, actual maestro de Aragón, relataba al resto de los presentes los últimos adelantos de la problemática línea de tren. Los demás asistentes eran el francés Loubaton y Santiago Díaz de Monai.

—Continúe, don Pedro —animó Díaz de Monai al maestro provincial, que había callado al abrirse la puerta.

—Desde luego —contestó éste, tras un nervioso vistazo al italiano, que le miraba en silencio. Desde que le viera por primera vez, no había podido sino sentirse inquieto ante su presencia—. Como explicaba, el tajo de la vía ha llegado hasta el arranque del túnel que da paso a Francia. Sólo falta colocar las vías. Hace meses que la nueva comisión gestora de Zaragoza ha solicitado al gobierno que la Compañía del Norte coloque los raíles del último tramo, el que va desde Villanúa hasta la explanada donde irá la estación. Esto viene a ser unos catorce kilómetros. El presidente de esta gestora, don Federico Jardiel, al que todos ustedes conocen, es el que está removiendo todo y quiere abrir a toda costa el trayecto.

—¿Qué ha dicho al respecto el gobierno? —preguntó Loubaton.

—El presidente del gobierno tiene bastante trabajo tratando de consolidar su gabinete como para ocuparse de esto. En un principio lo delegó a Emilio Ortuño,

ministro de Fomento. Imagino que todos los presentes saben que Ortuño pertenece a nuestra Orden. Fuimos nosotros quienes apadrinamos sus ascensos. Siguiendo nuestras directrices el ministro congeló la obra. Pero lamentablemente, como sabrán, Ortuño ha sido sustituido por Luis Espada. Éste, presionado por Jardiel, ha apretado a la Compañía del Norte para que coloque los raíles.

—¿Cómo ha reaccionado la compañía?

—Va a aprovechar la coyuntura para exponer sus propias exigencias, a saber, más plazos, más dinero. Lo de siempre, pero terminará por acceder si se le da lo que pide.

—¿Quién está al mando de la compañía? —preguntó Loubaton.

—Félix Boix y Merino —contestó Díaz de Monai. Nogueira asintió.

Ambos lo conocían personalmente. Un barcelonés, primer director español en una compañía tradicionalmente dirigida por franceses, número uno en su promoción de ingeniero de caminos. Después de varios trabajos había sido contratado por la compañía, desempeñando el cargo de director adjunto al lado del francés Waldma hasta que éste se jubiló y le nombraron a él. Con Boix la empresa conocía años de prosperidad. Destacaba por su serenidad y buen juicio. Hombre perspicaz y agudo, también se distinguía por su sensibilidad, siendo reconocido como erudito en las artes gráficas.

Como tal lo tenía Santiago Díaz de Monai y lo respetaba profundamente, a pesar de ir en contra de los intereses de la Orden. Díaz de Monai sabía que si algún día sus caminos se encontraban irremediablemente se vería obligado a tomar una decisión que le dolería en lo más hondo.

—Es inútil pensar en doblegar a Boix —dijo—, jamás accedería a ir en contra de los intereses de la compañía.

—¿Quizá se podría conseguir relevarlo de su cargo?

—No lo creo. La compañía tiene fe ciega en él. Además no tienen ningún sucesor cualificado. ¿Está de acuerdo, don Pedro?

—Sin duda, don Santiago.

—Entonces, ¿el último tramo se llevará a cabo? —preguntó alarmado el senescal.

—No creo que estemos en condiciones de impedirlo —contestó Nogueira—, de todas formas pienso que su importancia es relativa. Impedir la construcción de este ramal no nos servirá de nada mientras el resto del proyecto continúe en marcha. Calculo que estos catorce kilómetros tardarán aún un año o año y medio.

—Opino lo mismo —afirmó el gran maestre—, debemos olvidarnos de este tema y concentrarnos en la obra en conjunto. Antes me hablaba de un hombre que pudiera servirnos...

—El general Severiano Martínez Anido. Antiguo gobernador militar, y recientemente nombrado gobernador civil de Barcelona. Ha sido ayudante personal del monarca español, durante poco tiempo, es cierto, pero Alfonso confía en él. Está firmemente apoyado por la patronal. Sus excesos con los sindicalistas, los anarquistas

y con todo aquel que se atreva a ir contra lo que él considera que es el orden le han dado fama en tan corto espacio de tiempo.

He oído hablar de ese personaje —admitió dubitativo Díaz de Monai—. No estoy seguro de que convenga mezclarnos con tipos de su calaña.

Lo entiendo perfectamente, pero creo que pudiera sernos de mucha utilidad. Algunos empresarios están en deuda con él por el trabajo sucio que les ha hecho al encarcelar a muchos anarquistas y sindicalistas. A otros los ha eliminado discretamente. Además, hace la vista gorda con los pistoleros a sueldo de la patronal. Repito que tiene la confianza de Alfonso XIII, quizá no sea suficiente para convencer al rey, pero puede ayudar. El presidente Dato le teme. Si pudiera quitárselo de encima lo haría pero es demasiado fuerte. Dato se mantendrá al margen de lo que Anido haga. Y por último, el general es ambicioso. No sería difícil comprarle.

¿Y cómo tiene pensado lograr su apoyo?

—Martínez Anido, a pesar de ser un personaje de medio pelo, no es tonto. En estos momentos tiene un enemigo declarado pero contra el que no se atreve a atentar directamente. Se trata de un político y abogado, de nombre Layret, que defiende a muerte a los trabajadores y que le está incomodando.

—¿Por qué no lo elimina? —preguntó Loubaton.

—Porque es tullido y está considerado un héroe por los trabajadores, que lo adoran. Por supuesto, su desaparición supondría una bendición para el general, pero no quiere tener nada que ver. Cualquier cosa que le relacionara con su muerte supondría un escándalo internacional y acabaría con su carrera política.

—Si lo hiciéramos nosotros, quedaría en deuda —reflexionó Díaz de Monai en voz alta.

—Exactamente. Una vez lo hubiéramos ganado, estoy seguro de que con algo de dinero haría lo que le pidiéramos.

—Perfecto —dijo el gran maestre después de una pausa—. Lo tendré en cuenta. ¿Alguna otra cosa? ¿No? En ese caso le agradezco enormemente que haya venido esta tarde.

Díaz de Monai acompañó hasta la puerta de la calle a su antiguo ayudante. Lamentaba tener que despedirle como si no fuera de confianza, aunque en realidad era para él como un hermano. Durante los años en que él era el maestre aragonés y Nogueira su ayudante habían compartido una gran amistad. Ahora que él era el gran maestre había cosas que por el bien de todos no eran apropiadas para cualquier oído. Lo que se dijera a partir de ese momento en el salón requería la ausencia de testigos, como medida de seguridad.

Así lo entendió Nogueira, que se marchó tras un fuerte apretón de manos y deseando suerte a su superior.

De Monai permaneció unos instantes observando cómo su amigo se alejaba calle abajo protegiéndose del frío, que con el correr de las horas se acentuaba. Entre tanto, se permitía un pequeño descanso para añorar los tiempos pasados, en los que los dos

hombres compartían su tiempo y las responsabilidades, que, si bien eran importantes, no incluían decisiones como acabar con vidas humanas.

Finalmente cerró la puerta y se encaminó al salón, donde aguardaban Loubaton y Luca.

—Bien, caballeros. ¿Qué opinan de lo que se ha dicho aquí?

—No avanzamos nada —comentó con aire crítico el francés—. Cada intento nuestro por parar el proyecto termina en fracaso. Los sabotajes en la construcción no llegan a amedrentar a los trabajadores ni a los empresarios. La presión con los principales implicados no es eficaz.

—La obra está demasiado avanzada para que resulte fácil —respondió Díaz de Monai—. El problema principal sigue siendo el rey español.

—¿Por qué no lo eliminamos? —preguntó Luca.

—Lo veo muy arriesgado. España en estos momentos es un polvorín. Si desaparece el rey se puede desencadenar un golpe militar o una guerra civil. Además hay demasiada gente al corriente de quién se encuentra detrás de los atentados sufridos por el monarca. He recibido varios avisos de personas afines a nuestra causa en este sentido. Un regicidio pudiera alterar sus lealtades.

—Si desaparece Alfonso XIII y llegan los militares, nada nos asegura su apoyo —añadió Loubaton—. Ahora nos favorecen pero son demasiado volubles. Es necesaria una figura fuerte por encima, aunque esté en nuestra contra.

—Cierto. Creo que eliminar a Alfonso XIII es más arriesgado que dejarlo con vida.

¿Qué hay de ese personaje del que nos ha hablado Nogueira?

—El general Martínez Anido —contestó de memoria Díaz de Monai—. Nacido en Ferrol, cerca de La Coruña, ha combatido contra el movimiento de independencia de las islas Filipinas y en la guerra de Marruecos. En 1911 fue ayudante personal de Alfonso XIII, y un año después fue nombrado director de la Academia de Infantería. Gobernador militar de San Sebastián y de Barcelona. Un reaccionario e inepto militar, servil y lisonjero, capaz de vender a su madre con tal de ascender en el escalafón. No es de fiar.

—Sin embargo, está en buenos términos con el monarca y con los empresarios. Su apoyo quizá fuera interesante.

—Pudiera ser —reconoció Díaz de Monai a regañadientes—. Pero me da mala espina.

—Siempre se puede terminar con él una vez utilizado —apunto Luca, tan pragmático como siempre.

—¿Conocen ustedes al tal Layret? —preguntó Loubaton.

—Es un abogado muy eficiente. A éste ya me gustaría tenerlo de nuestra parte. No lo conozco en persona, pero aparentemente es insobornable. ¿Luca, sería posible una acción rápida?

—No hay problema. Estamos preparados.

—No me hace mucha gracia este asunto —dijo Díaz de Monai—. Eliminar a un hombre honrado, de los que hay pocos, para ayudar a un desgraciado...

Los otros dos guardaron silencio. Estar en lo más alto de la pirámide supone soledad. Dar órdenes por el bien común, pero que nunca son agradables. Díaz de Monai deploraba esta responsabilidad. Volvió a recordar a Nogueira y los tiempos en que sus largas conversaciones no incluían los verbos matar, eliminar, ni similares.

—Luca ¿tenemos noticia de aquel personaje, De Priamo? —preguntó el gran maestro, alejando pensamientos turbios de la mente.

—Nada nuevo —admitió el italiano.

—Lástima. No cejen en el empeño hasta encontrarlo. Avíseme cuando lo hagan.

Luca entendió que la visita había concluido. Se levantó y pronunció una escueta frase de despedida antes de acompañar al mayordomo hasta la entrada, donde el gigante esperaba.

Anduvieron un rato, mientras el coche les seguía despacio. El albino se hacía cábalas sobre el resultado de la reunión pero sin atreverse a interrumpir las reflexiones de Luca. Por dos o tres manzanas mantuvieron el silencio, hasta que, al llegar a una esquina, el enjuto calabrés se detuvo.

—Tenemos un trabajo para hacer y lleva prisa. No tiene que ser difícil, es un lisiado, aunque seguramente estará prevenido, pues tiene poderosos enemigos.

—¿Conocemos su nombre?

—Francisco Layret y Foix. Vive en Barcelona. Trasládese allí y supervise personalmente la operación.

—No se preocupe.

—El hombre que debemos eliminar —dijo el mariscal tras unos instantes— no debería morir. Es un hombre justo que desgraciadamente para él tiene mala suerte. Quiero que sea algo rápido y sin sufrimiento.

—Descuide, señor —respondió el albino, al que no le extrañaban esas muestras de compasión en un hombre aparentemente frío como el hielo.

—Otra cosa —añadió Luca, cuando parecía que la entrevista tocaba a su fin—. No quiero más incidentes como el pasado. Escoja a alguien de total confianza, que sepa acabar el trabajo y largarse.

Los periódicos de Cataluña se hacían eco el primer día de diciembre del terrible asesinato del abogado defensor de la clase obrera, Francisco Layret, a manos de un pistolero cuando salía de su casa para entrevistarse con el gobernador civil, Martínez Anido. Según los diarios la reunión estaba motivada por las últimas detenciones de varios sindicalistas. Al abandonar la casa, un joven le había disparado siete tiros causándole una muerte inmediata.

Los diarios de izquierdas condenaban el cobarde atentado contra una persona minusválida que precisaba de muletas para caminar y que no tenía la menor

oportunidad de escapar a su trágico destino.

Una multitud acompañó el cadáver del abogado en su funeral y se produjeron violentos disturbios, que Martínez Anido reprimió con su habitual crudeza. Sin embargo ya se señalaba que el asesinato del abogado, del que nadie podía culpar al militar, sería la perdición de éste.

Varios meses más tarde, el gigante despertó bruscamente al oír los golpes que daban en la puerta de su habitación. De inmediato se levantó y se cubrió con el amplio albornoz del hotel. Con precaución espía por la mirilla de la puerta. Al otro lado, un joven botones se disponía a aporrear la puerta, que ante su sorpresa se abrió. Sin decir nada, el chavalillo colocó en las manos del huésped un sobre y salió corriendo.

El albino examinó el sobre. Allí estaba de nuevo la pálida marca de lápiz. Dentro del sobre una escueta nota le ordenaba presentarse de inmediato, sin especificar dónde. No hacía falta. Luca continuaba alojado en el mismo hotel desde el último trabajo.

Sin tiempo para desayunar, el albino se vistió con el mismo traje utilizado el día anterior y se apresuró. Aguardaba noticias sin hacer nada desde la muerte de Layret. Tan sólo un par de visitas por distintas capitanías para observar el estado de éstas y nada más. A pesar de ser un hombre paciente y estar acostumbrado a la calma, empezaba a mostrarse nervioso.

Luca aguardaba frente a la puerta de su hotel, lo cual era extraño. Sin intercambiar palabra, montaron en un vehículo y se dirigieron a la misma dirección que la vez pasada.

En la casa del gran maestro el albino hubo de aguardar de nuevo en la antesala mientras Luca era introducido sin pérdida de tiempo en el salón, donde esperaban las mismas personas de la reunión anterior, menos Nogueira, además de otro individuo desconocido para el italiano.

—Gracias por acudir tan pronto —dijo a modo de saludo Díaz de Monai—. Tenemos un grave problema. Siéntese, por favor. Los demás conocemos el asunto, así que le haré un rápido resumen. El presidente español, Eduardo Dato, tiene conocimiento de que su ministro de Fomento, Luis Espada, está a sueldo de nuestra Orden.

Luca no dejó traslucir su sorpresa. En la reunión anterior se había hablado de ese ministro que, sustituyendo a Ortuño, comenzaba a relanzar el proyecto ferroviario. Ahora resultaba que ya había sido captado, quizá precisamente por su predecesor.

—No sabemos cómo ha podido averiguarlo —continuó el gran maestro sin señalar que la fuente por la que conocían la filtración era el desconocido que se sentaba en una butaca—, pero sí que ha sido hoy mismo. Dato está tomando ya medidas en riguroso secreto, para coger desprevenido a Espada, al que ha aislado sin que éste se dé cuenta. No podemos ponernos en contacto con él. Su casa, así como su

despacho, están vigilados desde primeras horas de la mañana. Sin duda en ambos lugares hay suficientes documentos incriminatorios para causarnos problemas. El presidente también está al corriente de nuestra participación en la muerte de Canalejas y en los atentados contra el rey. Se propone desenmascaramos y detenernos.

Díaz de Monai alzó una mano deteniendo la pregunta que Luca ya iba a hacer. Agradeció al extraño su visita y pidió a Loubaton que lo acompañara hasta la puerta. Mientras éste regresaba, animó al italiano a que formulara su pregunta.

—¿Cuántas personas más están al tanto de esto?

—Lo desconocemos. Pero creemos que todavía serán muy pocos. Dato no sabe cuál es nuestro alcance ni de quién se puede fiar. Aun así no esperará demasiado para descargar su golpe. Tenemos que desembarazarnos de él enseguida.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó, inalterable, Luca.

—De ninguno. Lamento apremiarle pero debe ser ejecutado de inmediato. Hoy mismo.

—De acuerdo. Si me lo permite, me retiraré para comenzar la tarea.

—Gracias, Luca. Detesto la premura y sé que usted también, pero las circunstancias son extremadamente delicadas. Sin duda el trabajo es arduo. Un presidente de una nación es una presa peliaguda, no obstante cuenta usted con toda mi confianza.

—¿Dato? ¿El presidente Eduardo Dato?

En el porche de la casa que abandonaban, el albino no daba crédito a lo que oía. Intuía que algo grave pasaba, no en vano la hora de la reunión era inusual, pero aquello traspasaba todas las fronteras de la sensatez.

—Eso es. No tenemos todo el tiempo que querríamos, así que llame a la capitania de Madrid. Que preparen un equipo de seguimiento, sin armas y discreto. Desde este momento Dato tiene que ser vigilado de continuo. Otro grupo deberá estar armado y a la espera para actuar. En cuanto termine, coja el coche y vaya a la capital. Llámeme en cuanto se haya puesto en contacto con el capitán. Tendrá que avisar a nuestros contactos en la policía. Asegúrese de que son bien recompensados, pero quiero que hagan su trabajo. Dadas las dificultades, es prácticamente imposible que los autores del atentado no sean capturados. Si esto sucede tienen que ser eliminados. No debe quedar ningún rastro.

Mientras el albino establecía contacto con sus hombres, Luca abandonaba la mansión y se encaminaba por la avenida en busca de un taxi. Había dado instrucciones precisas a su chófer para que llegara a Madrid en cuanto saliera el submariscal.

—Luca, tenemos buenas noticias.

El mariscal era enemigo mortal de los aparatos telefónicos. Raramente utilizaba uno, pero en aquella ocasión no quedaba más remedio. El albino llamaba desde la estación de tren. Se encontraba acompañado de su capitán, un hombre diligente que tenía todo preparado antes de su llegada. Tras recibir el informe de éste, la esperanza de una rápida y limpia solución había crecido.

Utilizando un antiguo código ya utilizado por los fundadores de la Orden, ambos hombres pudieron comunicarse sin miedo a ser espiados. El ingenioso sistema había sido ligeramente modificado para poder obtener un rápido descifrado, por lo que apenas les requería unos instantes.

—Los contactos de la policía ya están avisados. Les he dicho solamente que estén preparados para algo que ocurrirá esta tarde noche, sin entrar en más explicaciones. He prometido una buena paga si cumplen con las instrucciones. Tratarán de ralentizar las investigaciones para dar tiempo a la huida. Si no es posible, eliminarán a los implicados.

»He comprobado que todo está preparado. Un grupo de cinco hombres sigue al blanco sin perderle un instante. En estos momentos está en su despacho. Si no altera su rutina, a eso de las siete y media abandonará el trabajo y junto con su chófer y el sirviente se irá a su casa.

—¿Está preparado el grupo ejecutor?

—Tres hombres armados y con un vehículo aguardan órdenes. El capitán me ha asegurado que son buenos y yo le creo. Tenemos otros dos en la entrada de su casa por si hiciera falta.

—Está bien. Repasemos el plan.

—Si me lo permite hay una cosa más. Cuando he llamado esta mañana desde Zaragoza, el capitán de Madrid me ha informado de que una célula anarquista catalana se encuentra casualmente aquí, en Madrid, para cometer un atentado aún sin determinar, pero carecen de armas y dinero.

—¿Y usted está pensando en que lo hagan ellos?

—Así es, señor. Esta célula sólo conoce a uno de nuestros hombres, del que piensan que es un traficante de armas. Los tenemos localizados para darles una buena suma de dinero y las armas necesarias. No dejaríamos rastro. En cuanto les diéramos las instrucciones nuestro hombre abandonaría escoltado Madrid, en dirección a la frontera.

—No me gusta. No les conocemos. Es demasiado arriesgado. Pudiera ser que nos traicionaran, no obedecieran o fracasaran. Demasiadas eventualidades.

—Este grupo lleva en Madrid diez días. El capitán les ha mantenido bajo vigilancia. Según afirma se trata de un grupo fanático violento, deseoso de cometer

un atentado con el que pasar a la historia. Podríamos utilizarlos y tener un grupo nuestro preparado por si fracasan o se retiran.

—Quizá —se limitó a contestar Luca, y guardó silencio. Al otro lado de la línea el albino esperaba—. Está bien. Que aprovisionen y paguen generosamente a esos hombres. En cuanto se les dé el encargo que nuestro hombre tome el primer tren que salga para cualquier frontera. Ya sea en Portugal o en Francia, que le esperen y lo trasladen a Roma. Formen un grupo para seguir a los anarquistas. Si para cuando el presidente llegue a casa, los catalanes no han cumplido su parte, no deben dejar a Dato pasar del portal. Ya pensaremos después qué hacer con los catalanes. Asegúrese de que comprenden el plan. Nos estamos jugando mucho —reflexionó quedamente el calabrés.

—Lo sé, señor. Si me permite, quiero participar en esta operación. Si la opción catalana no sale bien, seré yo personalmente quien lo lleve a cabo. El capitán se ha ofrecido voluntario para acompañarme.

—Si les detienen, estarán perdidos. No nos podemos arriesgar... —aventuró Luca, dejando la frase en el aire.

—No nos atraparán —contestó el albino tajante.

Tanto él como su capitán conocían el fatal desenlace en caso de ser atrapados. Si llegara el caso, deberían demostrar que estaban a la altura de las circunstancias. A través de los siglos otros miembros de la Orden también habían debido hacer el supremo sacrificio.

ASESINADO EDUARDO DATO, PRESIDENTE DEL GOBIERNO. ESPAÑA ENTERA CONMOCIONADA POR EL VIL CRIMEN

Ayer tarde cuando el presidente, Eduardo Dato, pasaba en su coche a la altura de la Puerta de Alcalá en dirección a su domicilio, una motocicleta con sidecar, en la que viajaban tres individuos se puso a su altura. Sin mediar palabra ni provocación los individuos ametrallaron el vehículo presidencial y se dieron a la fuga. Testigos del dramático suceso afirmaban que la motocicleta huyó a toda velocidad por la calle de Serrano... El señor Dato se hallaba muerto cuando llegó a la Casa de Socorro.

DETENIDOS LOS ASESINOS DE EDUARDO DATO

Los culpables del asesinato han sido detenidos. Según fuentes de la Policía, Pedro Mateu, Ramón Casanella y Joaquín Nicolau son los tres individuos que montados en una motocicleta con sidecar ametrallaron el día 8 del presente sobre las ocho y diez de la tarde, al presidente del gobierno en la

Puerta de Alcalá... los detenidos son conocidos anarquistas barceloneses... Su Alteza Real, don Alfonso de Borbón, presidirá los funerales por el alma de Eduardo Dato, presidente del gobierno...

Eduardo Dato nació el 12 de agosto de 1856, en La Coruña. Licenciado en Derecho por la Universidad Central de Madrid, gozaba de gran reputación en el ejercicio de la abogacía... la promulgación de las Leyes de Accidentes Laborales y la regulación de empleo para las mujeres y los niños le ganó la popularidad entre la clase obrera...

Melchor de Priamo dejó el periódico sobre la mesa de mimbre que hacía juego con la butaca en la que tomaba asiento. Ni por un momento pasó por su imaginación que la terrible noticia tuviera algo que ver con su antigua ocupación.

El camarero del hotel acudió solícito a su señal y tomó nota del desayuno que iba a tomar. Mientras aguardaba a que le sirvieran miró su reloj y retomó el diario. La persona a la que estaba esperando llegaba tarde. Melchor era maniático con estos detalles. En otros tiempos se hubiese levantado y abandonado el lugar, pero ahora tenía más problemas y necesitaba el dinero que le aportaría aquel negocio. Desde que había abandonado Madrid, refugiándose en la isla mallorquina, el alto ritmo de vida al que estaba acostumbrado socavaba su economía.

Con un suspiro de impaciencia abrió de nuevo el periódico y continuó la lectura.

Un cuarto de hora más tarde y cuando Melchor estaba a punto de marcharse, aparecieron una pareja compuesta por un anciano caballero y una mujer que podría ser si no su nieta al menos su hija. Melchor se levantó educadamente para saludar a los recién llegados, que no parecían haberse percatado de su impuntualidad.

Tras el intercambio cortés de presentaciones, Melchor se percató de que la joven no era ni hija ni nieta, sino amante. Alta, espigada y llena de sugerentes curvas, la elegante mujer aparentaba no tener más de veintiocho años. Iba elegantemente vestida y con una pámela a juego que le cubría unos rizos dorados.

Mientras el viejo explicaba a su interlocutor cuál sería su trabajo, éste estudiaba con disimulo a la joven, que, a diferencia de su protector, era plenamente consciente del examen. Lejos de molestarse, parecía divertirse con la idea, coqueteando con descaro. Las posturas que adoptaba, cómo tomaba a sorbitos su consumición, distraían a Melchor, que, a pesar de su experiencia con las mujeres, debía hacer verdaderos esfuerzos para mantener la concentración en la farragosa explicación que le estaba dando el viejo.

En un momento dado, la cerveza que consumía el anciano hizo efecto, obligándole a levantarse de la mesa y entrar en el hotel. En ese momento, como por casualidad, a la joven se le deslizó la servilleta hasta el suelo, que Melchor caballerosamente recogió solícito. Cuando se incorporaba fue testigo de los fabulosos

muslos que la mujer poseía, misteriosamente a la vista hasta una altura que hubiese provocado el escándalo en la buena sociedad. La mujer, con un mohín, agradeció la atención, poniendo una mano sobre el brazo de Melchor, que sentía cómo su corazón se desbocaba.

—Es usted muy amable —le acarició la voz de la joven dama— y si me permite el atrevimiento, también muy apuesto.

—Gracias —repuso azorado Melchor. A su pesar se estaba poniendo colorado, enfadándose consigo mismo por su comportamiento de colegial.

—Que hotel más agradable ha escogido usted —continuó sonriente la mujer—, parece muy acogedor.

—Así es —trató de recomponerse Melchor—, suelo venir de vez en cuando aquí para descansar. Es un lugar tranquilo.

—Se tiene que estar muy a gusto al anochecer en esta terraza. Lástima que mi marido se fatigue con facilidad y no pueda permitirse trasnochar.

Melchor ignoró la mentira acerca del supuesto marido. Aquella mujer le estaba seduciendo, algo que en alguna ocasión ya le había sucedido, pero no con semejante rapidez y voracidad. La mujer tenía los labios húmedos e hinchados y las pupilas dilatadas, dejando muy poco espacio para el verde de sus ojos.

En un momento dado se inclinó innecesariamente para abrir su minúsculo bolso, que tenía colgado del respaldo, ofreciendo a Melchor un paisaje de valles y colinas en lo más profundo de su escote.

Cuando la mujer se incorporaba, apareció el anciano con su paso cansino.

—Esta noche. A las diez —susurró la joven introduciendo discretamente una tarjeta en un bolsillo del chaleco de Melchor.

Nada más llegar el viejo, la joven se levantó, aduciendo que el sol le estaba ocasionando dolor de cabeza y que esperaría a su pareja en el vestíbulo del hotel.

El anciano no le hizo el menor caso y continuó la conversación donde la había abandonado. Cuando terminaron de discutir el pago de la operación, Melchor acompañó a su cliente al interior del hotel, con la esperanza de volver a ver a aquella mujer, pero no tuvo suerte. Se despidió del anciano prometiéndole tenerle al tanto de sus logros y subió a su habitación. Desde la ventana observó cómo el coche del viejo se alejaba y extrajo la tarjeta que subrepticamente le había sido entregada. Era del hotel más lujoso de toda la isla y en la tarjeta estaba escrito el número de una habitación.

Melchor se quedó pensativo, con la vista perdida en el paisaje. Otras veces ya se había acostado con mujeres casadas y similares, incluso había protagonizado la clásica escapada por la ventana a la llegada del marido, eso sí, años atrás. Algo le decía sin embargo que en aquella ocasión podría resultar peligroso liarse con aquella mujer.

De haberse hallado en Madrid, donde las oportunidades eran infinitas, posiblemente hubiese desoído esos cantos de sirena, pero en aquel oasis no eran

numerosas las ocasiones de gozar de semejante hembra.

Aquella noche, tras haberse afeitado y bañado, se puso un traje nuevo y se encaminó hacia su cita. No se imaginaba qué haría la mujer para librarse del viejo.

En la recepción del hotel, preguntó cauteloso al recepcionista por la habitación. Éste no pareció sorprenderse y le alargó una llave colgada de un llavero de plata, junto a un sobre pequeño, deseándole buenas noches.

Melchor se dirigió al ascensor. Del sobre extrajo una nota manuscrita con la misma letra que la tarjeta anterior. En ella se le pedía sucintamente que esperase en la habitación su llegada. Parecía dar por hecho que Melchor acudiría a la cita y que se plegaría a sus exigencias. Esto le molestó un poco. Estaba acostumbrado a llevar las riendas en sus relaciones esporádicas. Sonrió para sí. Aquella pelandusca parecía estar acostumbrada a mandar, pero él le enseñaría a ser sumisa.

Llegó al tercer piso y se abrieron las puertas del ascensor. Avanzó por el pasillo, hasta la puerta de la habitación. Por si acaso, tomó la precaución de llamar con los nudillos para evitar sorpresas. Nadie respondió. Melchor introdujo la llave y entró. Era una *suite* con recibidor, una sala enorme desde la que se accedía a la habitación, separada por unas puertas correderas, y otra que permanecía cerrada, sin duda la del baño. Las cortinas estaban echadas. Las dejó así y encendió una luz, disponiéndose a aguardar.

No habían pasado dos minutos cuando unos discretos golpecitos llamaron a la puerta. Melchor se levantó del sillón y entreabrió la puerta. Con un fuerte empujón ésta se abrió del todo. En el quicio mismo se encontraba no la mujer, sino dos hombres con un aspecto siniestro, que avanzaron hacia él.

Melchor se dio la vuelta, tratando de ganar la puerta del baño, donde refugiarse, pero chocó contra lo que parecía una pared. En realidad se trataba del pecho de un corpulento individuo, que se encontraba tras él y que, evidentemente, había estado escondido dentro del baño.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieren? —Una voz de alarma aullaba dentro de su cabeza. Aquello no parecía la venganza de un celoso.

Los hombres no hablaron y se limitaron a empujarlo dentro, cerrando la puerta. Mientras uno de los atacantes le tapaba la boca con una mano para que no gritara, otro le puso una inyección en el brazo, por encima de la ropa. Tras un breve forcejeo contra aquellos miembros de hierro que le sujetaban, se acordó de su fiel guardaespaldas, del que había tenido que prescindir, mientras perdía el conocimiento.

Al recobrar el sentido, se encontró atado a una silla de respaldo alto, en el centro de un lujoso salón, custodiado por dos de sus atacantes. Uno de ellos le agarró del pelo y tiró de él hacia atrás mientras el otro vertía sobre él una jarra de agua. La silla se encontraba encima de una especie de recipiente de algún metal, sin duda para no manchar la costosa alfombra.

Se abrió la puerta y por ella entró un gigante de pelo, barba, pestañas y cejas blancas, con una mancha encarnada que le subía por el cuello. Melchor buscó entre

sus recuerdos en qué momento anterior había visto aquel rostro, que, ahora, anunciaba graves problemas. Finalmente le vino a la memoria el nombre de Andrés Martín, el falso pintor catalán que tuviera a sus órdenes cuando el atentado fallido contra el rey Alfonso XIII el día de su boda.

Aquello le hundió. Llevaba mucho tiempo escondido en aquella isla, desde que había tenido conocimiento de la desaparición de Poincaré, desaparición que había despertado su instinto de supervivencia. Autoexiliado para no ser descubierto por la organización, finalmente lo habían encontrado.

—Buenas noches, señor De Priamo —saludo el albino—, hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—¿Quién demonios es usted y por qué me han secuestrado?

—Le hemos traído aquí para que conteste a unas preguntas.

—Váyase al infierno y suéltense inmediatamente —gritó Melchor.

—Durante años ha trabajado para el difunto *Monsieur* Poincaré. También sabemos que guarda documentación relacionada con sus negocios y querríamos recuperarla.

—No sé de qué me...

El primer golpe le pilló desprevenido y le rompió el tabique nasal. Un pequeño reguero de sangre comenzó a manar de su nariz.

—Piénselo, señor. Sólo queremos que nos diga dónde tiene esa documentación.

—No os diré nada, hijos de perra.

Esta vez vio venir el golpe, mas no pudo esquivarlo. Le dio en el oído causándole un pitido.

—Sí, me lo dirá, o averiguará dónde tiene el umbral del dolor.

Otro golpe en el plexo solar lo dejó boqueando. Continuó resistiendo y recibiendo golpes en distintas partes de su cuerpo. Eran golpes fríos, calculados para provocar sufrimiento sin causar daños irreparables.

—No me sacaréis una sola palabra —balbuceó Melchor—, si me matáis, todas las pruebas que guardo contra vosotros saldrán a la luz.

—Tranquilo. No te mataremos, hasta que nos digas lo que queremos saber. Tenemos todo el tiempo necesario.

—No, no lo tenéis —sonrió De Priamo con la boca llena de sangre—. Cada dos días tengo que ponerme en contacto de una forma convenida, que se va alterando, con una persona de mi entera confianza. Si fallo, tiene orden de esperar otros dos días. Si sigo sin dar señales de vida, publicará todo lo que tengo guardado. Anteayer avisé por última vez. Si al mediodía no recibe noticias mías, necesitará verme en persona para poder anular la orden de publicación. No os queda tiempo. Pero si me soltáis, estaría dispuesto a olvidar esto y no publicaría nada, siempre que no fuera molestado de nuevo.

El albino no pareció mostrarse interesado en las palabras del doctor. Aferrándole por el pelo, acercó su rostro, mirándole con aquellos ojos grises desvaídos.

—Ya lo creo que hablarás. Aún no conoces qué es el dolor. Cuando terminemos contigo nos habrás contado hasta la última mujer que te has follado —dijo en un susurro sin mostrar la más mínima emoción.

A pesar del martirio que soportaba, aquella promesa le asustó. Sus captores mostraban un desinterés que parecía provenir del convencimiento de su claudicación.

Durante unas horas que le parecieron interminables continuó el interrogatorio. Ahora utilizaban herramientas además de las manos. Le golpeaban con una barra de metal, envuelta en abundante tela para no arriesgar un golpe fatal. Le quemaban con cigarrillos. En una de sus manos faltaban varias uñas, arrancadas con unos alicates. Perdió dos veces el conocimiento y lo reanimaron con agua. En cada ocasión le habían permitido descansar para continuar de nuevo.

Cada vez le costaba más esfuerzo guardar silencio, mientras que sus captores no parecían impresionados por su obcecación, como si supieran que ya estaba en el límite.

Uno de los esbirros colocó una siniestra mordaza alrededor de la rodilla. Era de metal y le sobresalía un largo tornillo, que, al girar, apretaría las mandíbulas, destrozando la articulación. Melchor miraba aterrorizado el artilugio.

En ese momento se abrió la puerta y apareció un nuevo personaje. Era un hombre mayor que los demás, de estatura baja, delgado y fibroso. Su piel tenía el color de la aceituna y sus cabellos eran gruesos, morenos y brillantes. Vestía un impecable traje negro de buen corte. Pero lo que más llamaba la atención era su rostro. Comparado con éste, el del inexpresivo albino constituía una exhibición de emociones. Aquel individuo rezumaba peligro por todos los poros.

Tanto el albino como los esbirros se apartaron para permitir aproximarse al italiano. Acercaron una silla a la del preso, donde se sentó sin apoyarse en el respaldo, recto como una vara. Durante unos instantes miró en silencio al secuestrado.

—*Signor De Priamo* —dijo suavemente el individuo—, soy el actual mariscal de la Orden para la que usted, en otros tiempos, ha realizado servicios. Posee usted algo que no le pertenece y estoy aquí para recuperarlo. Lamentablemente parece que no tiene la bondad de cooperar con mis hombres. Soy un hombre ocupado, ya me entiende. Quizá esté dispuesto a darme lo que le pido.

No había cambiado la suave inflexión de voz en ningún momento, pero Melchor supo que los problemas acababan de empezar.

—Si yo le dijera lo que quiere saber —dijo Melchor, tratando desesperadamente de arrancar una promesa—, ¿me daría su palabra de caballero de que no volverían a molestarme nunca más?

Renunciar ahora después del sufrimiento pasado podía parecer una mala idea, pero Melchor ya estaba agotado. Intuía que lo que quedaba por delante iba a ser espantoso. Sabía que no podían dejarle con vida, pero si conseguía la palabra de aquel tipo, quizá ganara algo de tiempo para intentar escapar.

—Sabe usted, *signor*, que eso no es posible. Por desgracia para usted, debe morir. Pero puedo prometerle una cosa. La muerte será indolora, sin sufrimiento.

El italiano no había tratado de mentir, ni siquiera como argucia para sonsacar a su prisionero. No se había movido de su asiento, manteniendo las manos sobre las rodillas. Esta serenidad asustó aún más a Melchor.

—No le diré nada si no me deja vivo —retó angustiado.

El italiano, sin mover un músculo de su cara, se levantó de su silla. Dos de los esbirros cogieron a Melchor y lo desnudaron mientras el italiano se quitaba la chaqueta, la colocaba en un perchero y se remangaba la camisa.

Tumbaron boca arriba a Melchor en una mesa. Con una cincha de cuero ancha lo sujetaron por los hombros para que no se pudiera incorporar. Se abrió la puerta y entró otro hombre con un pequeño brasero que humeaba y lo depositó en un carrito para bebidas, que acercaron a la mesa. Tendido e indefenso, De Priamo miraba con terror cómo el italiano removía las ascuas y sacaba del fuego un cilindro de metal con el extremo al rojo.

A una señal suya, los esbirros levantaron cada uno una pierna de Melchor y se las separaron. Vio que el italiano se acercaba esgrimiendo el metal, cuyo brillo dañaba la vista. Trató de revolverse pero la presa era firme. Un aullido inhumano surgió de su garganta a la vez que el olor a carne asada envolvía a los presentes cuando el italiano hundió el abrasador cilindro en su recto.

Recobró el conocimiento horas después al serle arrojado un cubo de agua. Sin embargo, el dolor era tan intenso que volvió a desvanecerse enseguida. Por segunda vez le hicieron recobrar el conocimiento. Tumbado en la mesa miró el rostro inmutable de su torturador. El elemento de tortura había desaparecido.

—Dígame dónde están esos papeles.

—Máteme de una vez, por favor —sollozó Melchor, enloquecido por el dolor.

—No puedo —respondió suavemente el italiano—, necesito que me diga dónde esconde esos papeles. Después, todo habrá acabado.

—Paseo de la Castellana número veinticinco —dijo De Priamo, quebrantado—. En el tercer piso. Es el domicilio de un notario amigo mío. Los guarda en su caja fuerte, en el despacho.

—¿Dónde está esa caja fuerte?

—No lo sé. De verdad que no lo sé, pero está dentro del despacho. Lo juro.

—Está bien. Ahora le permitiremos descansar. Si ha dicho la verdad, no volverá a despertar. Si es mentirá, lamentará haber despertado.

—Es verdad, lo juro —gemía Melchor, mientras el italiano abandonaba la sala seguido por el albino. Otro de los secuaces le inyectó algo que lo sumió en un profundo sueño.

Aquella mañana, en el número veinticinco del madrileño Paseo de la Castellana, una pareja entraba en el portal y tomaba el ascensor que la conduciría al tercer piso. Fueron recibidos en el vestíbulo, por la secretaria del notario, que les comunicó la imposibilidad de ser atendidos aquel día por falta de cita previa. Trató de ofrecerles una cita, pero la pareja parecía obcecada en hablar con el notario, don Diego Jiménez, por un asunto de la máxima importancia. Al final, ante tanta insistencia, fue consultado el propio notario, quien con un gesto de desesperación aceptó recibir unos minutos a los potenciales clientes. Cuando hubo salido la secretaria y ante la estupefacción de don Diego, la mujer extrajo de su bolso una pistola con la que le apuntó. El acompañante lo ató en su sillón. Tras unos momentos de resistencia por parte de don Diego, las repetidas maniobras de estrangulamiento a las que fue sometido le convencieron de la necesidad de cooperar.

Tuvo un último intento de engañar a la pareja, mostrándoles el contenido de una caja fuerte situada tras un cuadro en la pared, pero los atracadores parecían saber exactamente qué estaban buscando. Un fuerte bofetón terminó con toda oposición. El notario accedió a sus pretensiones. Lo desataron y con un ingenioso sistema movió el gran sofá de cuero y luego retiró una alfombra situada debajo que ocultaba una trampilla.

La pareja examinó sucintamente el contenido del arcón blindado allí depositado, sacando abundante material, que el hombre introdujo en su maletín. Una velada amenaza sobre los riesgos de comentar aquella visita con nadie fue la despedida.

Melchor dormía bajo los efectos de los sedantes, cuando se abrió la puerta y entraron dos de los secuestradores. Uno de ellos le retiró la almohada de debajo de la cabeza y se la aplicó con fuerza en el rostro.

Cuando comprobaron que ya no respiraba, introdujeron el cadáver en un saco y se lo llevaron.

Capítulo VI

Febrero de 1922. Zaragoza

—Gracias por venir, Henry —dijo el gran maestro Santiago Díaz de Monai a su senescal.

Se encontraban en casa de este último. Eran las nueve en punto de la mañana y el chófer tenía preparado el coche con el que ambos viajarían hasta los Pirineos. Loubaton ignoraba el motivo del viaje. En la nota recibida a media tarde del día anterior sólo se le preguntaba si tenía inconveniente en acompañar al gran maestro. Sin más explicaciones.

—¿Sucede algo malo? —preguntó el francés, al que no se le había escapado la disposición del coche.

—Quiero que me acompañe en una excursión que voy a hacer —repuso el gran maestro—. ¿Se acuerda de los visitantes de los que le hablé cuando la destitución de Poincaré? Bien, tenga este telegrama. Nos piden que devolvamos la visita. En un par de días estaremos de vuelta. Quiero aprovechar para visitar de paso las obras de la estación. Voy a convocar un capítulo general para la próxima semana en el que expondré nuestra conversación con los visitantes. Si le parece, por el camino podríamos discutir la composición del capítulo.

Ambos hombres salieron de la casa y montaron en el coche. Inmediatamente el chófer arrancó en dirección norte. Durante el trayecto hablaron menos de lo que era de esperar, sumiéndose enseguida en un silencio que permitió que ambos reflexionaran sobre lo que encontrarían al llegar a las montañas.

Al mediodía llegaron a Jaca, al pie de los nevados Pirineos, donde se detuvieron para almorzar. Ambos conocían la villa, así que no se detuvieron más tiempo del estrictamente necesario y prosiguieron viaje.

Aunque con las ricas migas de pastor y el estofado de jabalí que habían degustado, bien regados con un caldo áspero de la zona, su ánimo había mejorado, las nubes de inquietud regresaron para convertirlos en taciturnos viajeros.

Allí donde miraran percibían las huellas de una gran actividad constructora. Túneles y puentes se perforaban o levantaban gracias al esfuerzo de miles de trabajadores llegados de todas partes de Europa.

Debieron parar el coche por espacio de media hora, mientras los obreros desplazaban las piezas férreas de una enorme grúa. Santiago y Loubaton, arrebuados en sus abrigo, observaban cómo los operarios, con gran temeridad, caminaban a gran altura sobre la estructura metálica, apretando tornillos y tuercas.

Otros peones, mientras tanto, construían una cimbra sobre la que se sustentaría otro arco de un puente, claveteando tablas de madera. Encaramados sobre inestables andamios, los canteros colocaban grandes bloques de piedra, izados con otra grúa

algo más pequeña, y los asentaban sobre otra cimbra ya terminada, repartiendo masa entre las juntas de los bloques para que cementara.

Restos de madera eran utilizados, en una pequeña hoguera para entibiar un poco la gélida tarde, que no parecía afectar a los obreros a pesar de que sus enrojecidas manos clamaban lo contrario.

Un gran acueducto de veintiocho arcos desafiaba las esperanzas de los dos viajeros, asentado como estaba sobre inmensos pilares de roca labrada. Santiago, apesadumbrado, observaba a dos chiquillos que se entretenían haciendo ondas en un remanso del río con piedras que lanzaban con maestría.

Una vez expedito el camino, continuó la ascensión, que, por momentos, se volvía más ardua. Imperturbable ante los lamentos que emitía el coche, el chófer lo obligaba a subir las empinadas cuestas, patinando a cada momento en la carretera helada.

Con desinterés observaron a un grupo de obreros que aunaban sus esfuerzos para sacar un camión volcado en la ladera y cuya carga de traviesas se hallaba diseminada por los matorrales.

El trayecto se hizo eterno para los viajeros, pese a los majestuosos paisajes que se veían. Las montañas blancas se alzaban imponentes, desafiantes, impertérritas ante la osadía de los hombres que trataban de profanarlas.

Por el camino pasaron de largo los pueblos de Castiello y Villanúa, donde la única presencia humana en ese momento se limitaba a los trabajadores de la construcción. En la zona de Canfranc más de un metro de nieve en el camino entorpecía el paso. Una brigada de hombres se afanaba en limpiarla para permitir el tránsito de los vehículos.

Al cabo de un rato el chófer, aliviado, detuvo el coche en la explanada que llamaban de los Arañones, situada a escasos kilómetros de la frontera. Los viajeros descendieron del coche y contemplaron en silencio el horizonte. Un camión, con varios trabajadores en la caja, pasó al lado de ellos, salpicándoles con la nieve enlodada entre las miradas desaprobadoras de sus ocupantes, que, a buen seguro, los consideraban unos señoritingos.

No se quedaron mucho tiempo en la obra. El frío era de rigor y había comenzado de nuevo a nevar. Grandes copos de nieve dificultaban la visibilidad; pero con lo que habían visto ya tenían bastante para mostrarse pesimistas.

La obra avanzaba decididamente.

Una semana más tarde se celebraba en Madrid la toma de poderes del embajador alemán. Tras la recepción oficial en el palacio real, los asistentes acudieron a una fiesta organizada por uno de los miembros más relevantes de la aristocracia madrileña. A la mansión acudieron, además de los nobles, personalidades de la política y también de la Iglesia.

El presidente del gobierno, Antonio Maura, hablaba con Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, y el cardenal francés Louis Mauléon. En otro grupo departían Juan de la Cierva, ministro de la Guerra; Francisco Cambó, de Hacienda; el expresidente Allende-Salazar y dos miembros distinguidos de la aristocracia, uno zaragozano y el otro francés. El tema de conversación era la renuncia el mes anterior del general Valeriano Weyler, jefe del Estado Mayor.

No todas las conversaciones eran en castellano. Cerca de un ventanal se juntaban un diplomático noruego, un oscuro rumano que parecía negro al lado de su pálido compañero, el cónsul griego y un miembro de la casa real inglesa. El idioma utilizado, con más acierto por parte de unos que de otros, era el francés.

Otros grupos se formaban a lo largo de la enorme estancia, iluminada por unas generosas arañas que pendían del techo.

Las mujeres de los próceres ocupaban los sillones del amplio salón, intercambiando comentarios sobre moda, casorios y otros temas tan socorridos en aquellas ocasiones.

Destacaban fuera de lugar dos individuos que parecían mantenerse al margen del resto. Uno era el italiano Luca, cuyo rostro aceitunado, su físico bajo y fibroso, y vestimenta de negro riguroso, contrastaban con el gigante albino, resultando a cada cual más inquietante.

Mientras aguardaban la llegada de Su Majestad, que como era menester presidiría la cena, los invitados pasaban el tiempo. El tema estrella era, sin duda, la reciente elección del papa Pío XI.

—Mis felicitaciones, cardenal —decía un espigado anciano que lucía un frondoso bigote sospechosamente negro—. Creo que han acertado plenamente. El cardenal Achille Ratti sin duda será un magnífico sucesor del tristemente desaparecido Benedicto.

—Estamos convencidos de que así será. Tengo el honor de conocer personalmente al Santo Padre. Una figura interesantísima...

—¿Como piensa usted, señor cónsul, que repercutirá la desaparición de Benedicto en las relaciones del Vaticano con el rey Jorge? —preguntaba un invitado en otro grupo a un diplomático inglés.

—Veo difícil que se enturbien. Por lo menos a corto plazo. De todas formas el nuevo representante de Pedro bien hará...

—Della Chiesa resultó un buen pontífice al fin y al cabo. Francia tiene que estarle agradecida y así se lo manifestamos cuando tuvimos ocasión... —explicaba alguien detrás mientras los demás asentían.

Los camareros pululaban con bandejas llenas de transparentes copas de las que se servían moderadamente los presentes. Un jefe de sala vigilaba atento que todos estuvieran atendidos con prontitud, regañando con disimulo las, para él, imperdonables torpezas del servicio.

Los grandes del reino respiraron con alivio cuando oyeron al chambelán anunciar la llegada del regio ausente. Los canapés servidos no bastaban para tapizar el estómago contra los efectos del jerez, causando éste leves mareos en algunos invitados.

Alfonso, que llegaba de muy buen humor y con excelente apetito, disculpó brevemente la ausencia de la reina. Según explicó no se encontraba bien.

Ninguno de los invitados se creyó la excusa a pesar de las demostraciones de pesar por la indisposición real. Las malas relaciones que mantenían los monarcas eran la comidilla de palacio.

Una vez agradecidas las muestras de simpatía por la salud de su esposa, Alfonso no se anduvo con zarandajas para ocupar la presidencia en la mesa. A su derecha se sentaba el anfitrión de la velada con su señora, que no podía ocultar su servilismo al monarca. El lado izquierdo del rey estaba ocupado por el agasajado embajador teutón, cuya esposa no había llegado aún a España, y que miraba con aprecio los ricos platos que unos diligentes camareros servían.

La cena se desarrolló en perfecta armonía. Una vez terminada la sobremesa, el rey se levantó y se despidió del anfitrión, acompañado por el presidente Maura. Enseguida comenzó el desfile de ilustres hacia la salida, comenzando por el embajador alemán, que se disculpó rápidamente.

Una hora después de la salida del monarca, solamente quedaban en el amplio salón trece personas, aparte de los camareros. Uno de los que restaban por irse era un insignificante duque que ignoraba cuándo no era bien recibida su presencia. Fueron necesarias repetidas miradas de su esposa, la única mujer que aún quedaba, para que se diera por aludido y dejara de intentar participar en los tres corros de conversación que quedaban.

—Espero, gran maestro, que sepa disculpar la impertinencia de este hombre. La nobleza no resulta contagiosa y este duque supone un caso perdido.

—No se preocupe —repuso Díaz de Monai al anfitrión—. Son cosas que pasan. Afortunadamente ya nos hemos librado de él. ¿Está todo preparado?

—Desde luego. Si tienen la amabilidad de acompañarme, les indicaré la estancia que he reservado para que estén cómodos.

Les condujo hasta su despacho particular, en el que había acomodado nueve butacas y, tras asegurarse de que sus invitados no necesitaban nada, salió de la estancia y cerró las puertas tras de sí.

Entre los diez congregados estaban los dos aristócratas que hablaban antes de la cena con Maura, el grupo de extranjeros que departía en francés y los dos silenciosos individuos que se habían mantenido al margen.

Precisamente uno de ellos, el más bajo y moreno, fue el que primero intervino. Con un gesto ordenó a su compañero que saliera de la sala, siendo obedecido en el acto.

Tanto el pálido personaje como el anfitrión de la casa pertenecían a la Orden de los Templarios, pero sus cargos no eran lo suficientemente importantes para participar en el capítulo general, convocado por el gran maestro. Sus misiones eran facilitar el lugar de reunión, en el caso del dueño de la casa, y asegurarse de que no eran interrumpidos, en el del albino.

—Caballeros —abrió la sesión Díaz de Monai, gran maestro de la Orden—. Les he reunido esta noche para solicitar su opinión. Como verán he llamado a capítulo a ocho miembros, tratando de que todas las corrientes estén representadas. Por tanto somos nueve los presentes. Espero que este número nos dé suerte, como se la dio a los nueve fundadores de nuestra Orden.

Santiago recorrió con la mirada a sus cofrades, que esperaban expectantes.

—Permitan que les haga una breve exposición sobre la situación actual. Después podrán hacer las preguntas y comentarios que crean pertinentes, así como ampliar la información que les voy a facilitar.

El monólogo, seguido con interés, se extendió media hora, durante la cual escucharon, con preocupación, el estado de la situación. A excepción del gran maestro y del senescal, los demás sólo conocían fragmentos del relato, cada uno de ellos los que les incumbían. Cuando Díaz de Monai acabó de hablar se hizo el silencio mientras reflexionaban sobre lo que habían escuchado. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que la situación era mala.

—Siempre he pensado que la pieza principal de este rompecabezas es el rey Alfonso —comentó Radomiru, maestro austrohúngaro—. Fue un error no haber acabado con él hace años.

—Yo creo que el fallo fue anterior —intervino el maestro inglés—. El proyecto debería haber sido descartado desde sus orígenes, antes siquiera de comenzar su estudio. Hubiese sido relativamente fácil y no nos encontraríamos en esta situación.

—No adelantamos nada con recriminar lo que se hizo o dejó de hacer —repuso Radopoulos—. Estamos como estamos. Hay que encontrar una forma de salir del foso.

—Podríamos mandar un mensajero otra vez para que hablara con el rey. Somos poderosos y tenemos dinero. Tiene que haber algo que le pueda interesar o que tema —quien decía esto era el orondo cardenal Mauléon, perteneciente a la curia romana.

—¿Y quién iría? —repuso el *turcopolier*. Por dos veces se ha hablado con él. No tenemos ya a Leopoldo de Battenberg, al que Alfonso no ha perdonado nunca la encerrona. El rey portugués tampoco logró el objetivo. A quién mandar. ¿Un aristócrata español? Hagan memoria de lo que sucedió con Lampierre.

Todos recordaban lo que le había sucedido a José Antonio Lampierre Aguirre. El anterior senescal, Dupont, lo había relatado con todo lujo de detalles.

Lampierre, rico industrial barcelonés que había hecho fortuna en el negocio farmacéutico, había sido comisionado por el gran maestro Poincaré a instancias de Melchor de Priamo, para entrevistarse con el monarca español, unas semanas antes de

su boda. El industrial tenía como misión convencer al monarca, para que diera marcha atrás en el proyecto ferroviario.

La Orden sabía que Alfonso XIII conocía la identidad verdadera de los que habían atentado contra su persona un año antes en París y confiaban en que, tras la visita realizada a Pau para entrevistarse con el grupo de inversores, hubiese reflexionado y se mostrara abordable. Si en aquella ocasión había resultado un fiasco, también había servido para que Alfonso XIII conociera el poder verdadero de sus oponentes y se diera cuenta de lo interesante que podía ser llegar a un acuerdo.

La visita de una persona más diplomática, pensaron, tal vez tendiera un puente.

Bajo la falsa premisa de que se trataba de un asunto relativamente fácil, Lampierre se había presentado en el palacio real a la hora convenida por el secretario. Tras las presentaciones, acordes al protocolo, Alfonso XIII propuso una partida de ajedrez, a sabiendas de que su adversario era un consumado jugador de este juego.

A pesar de la expresa orden del monarca en el sentido de que Lampierre no debería dejarse ganar, el juego flojo y deslavazado del monarca obligaba al industrial a un planteamiento nada agresivo, mientras trataba de conducir la conversación hacia el motivo de su visita. Estuvieron jugando durante media hora, Alfonso XIII moviendo las piezas blancas sin demasiado sentido y Lampierre rodeándolo.

Al final trataron el tema del ferrocarril. Para desconcierto de Lampierre, el monarca no se mostraba permeable a lo que se le pedía. La mención de una fuerte suma de dinero como compensación no impresionó al monarca, que empezaba a perder algunas de las piezas menos importantes.

En un momento dado, el rey se dio cuenta de que su dama mantenía una posición insostenible. Su pieza preferida estaba condenada sin remisión. Con una palmada en la pierna, que tenía cruzada sobre la otra, se hizo a la idea y movió un caballo con la pretensión de apretar a su oponente.

Para su sorpresa, Lampierre perdonó, moviendo un alfil en la diagonal del tablero.

—Creía que habíamos acordado no ofrecer facilidades —le reprochó el monarca—. Ante un rival reconocido mis posibilidades de victoria son nulas, así que al menos me gustaría enorgullecerme de haber ofrecido una resistencia digna.

—Jamás se me ocurriría atentar contra la dama del rey —contestó Lampierre, mirando significativamente a su oponente—. No me perdonaría que por mi culpa sufriera daño alguno.

—Vaya. Es tranquilizador oír esas palabras. De un tiempo a esta parte me encontraba inquieto respecto a esa cuestión. ¿Su cortesía alcanza por ventura al esposo de la reina? —preguntó Alfonso XIII a la vez que adelantaba de nuevo su caballo para amenazar la torre de Lampierre.

—Verá, Alteza —respondió el industrial—. Nada me gustaría más que poder ofrecer una satisfacción a Su Majestad. Pero lamentablemente la gracia está fuera de mis atribuciones. Como Su Majestad imaginará, mi papel se limita al de embajador de otros que se encuentran por encima de mí.

—Tiene gracia —respondió socarrón Alfonso XIII—. Ahora que habla de embajadores, acabo de recordar una vieja costumbre que, según me han contado, tenían los musulmanes. ¿Sabe que los mandatarios infieles acostumbraban a descargar su ira en los embajadores cuando lo que escuchaban de éstos no era de su agrado? A menudo los mataban.

—He oído hablar de esa costumbre. Según tengo entendido, los cristianos hacían lo propio. —Encogiéndose de hombros con las palmas de las manos abiertas y hacia arriba añadió—: Ese riesgo ha sido tradicionalmente asumido, de grado o no, por los embajadores.

—Valiente respuesta. Digna de un caballero. Lástima que no pertenezca usted al gabinete de gobierno. España precisa de hombres intrépidos que no se dejen intimidar. En fin, deberá disculparme, pero como rey no dispongo de mi tiempo y deberé prescindir de su grata compañía. Dígales a sus patronos que no accederé a sus pretensiones. El rey de España no se deja amilanar por las amenazas, aun cuando sean veladas y terribles.

»Ha sido un placer conocerle —añadió Alfonso XIII levantándose y dando por concluida la audiencia—. Me hubiese gustado terminar esta partida. Quizá en otra ocasión.

—No será necesario, Majestad —contestó Lampierre que, puesto en pie, movió un alfil mientras recogía su sombrero y bastón tendidos por el camarlengo del rey—. *Jaque Mate.*

Al día siguiente Lampierre contó a Dupont lo sucedido, tras entrevistarse antes con el gran maestro para ponerle al corriente de la audiencia.

Lo que ocurrió después del atentado fallido contra Alfonso XIII le fue relatado al senescal por otra vía menos directa.

El rey español, iracundo por el atentado, había mandado llamar al comandante en jefe del Regimiento Wad-Ras. Le dio explicaciones claras: debían traer de inmediato a Lampierre. Nadie debería enterarse. Horas más tarde, un impecable pero más pálido Lampierre entraba escoltado por unos soldados en el despacho real.

—Bienvenido de nuevo, señor Lampierre —dijo el monarca cuando se dignó a mirarlo—, ¿ha tenido buen viaje? ¿No? Lo lamento.

—¿Se acuerda de nuestra anterior conversación? —dijo Alfonso XIII rodeando a Lampierre—. Usted aseguró que nunca se perdonaría causar el menor daño a la reina. El caso es que ha sufrido daños. Nada grave, a Dios gracias. Usted y su camarilla han osado atentar contra España y sus reyes. Eso es alta traición y se paga con la muerte. ¿Creía que no me iba a acordar de usted? Se equivoca. Debería haber huido al saber que sus amigos habían fallado. Yo no lo haré. Su banda de criminales recibirá el mensaje que les voy a mandar. Llévoslo —ordenó.

Dos días más tarde se recibió en el domicilio de Bouchon, en Pau, donde se celebró el encuentro clandestino con Alfonso XIII, un paquete. En su interior Bouchon encontró un caro estuche de terciopelo que contenía un labrado tablero de

ajedrez. Meditabundo, dio orden a su chófer para que llevara el paquete al gran maestro. Viendo partir el coche, lamentó la suerte de Lampierre, al que conocía personalmente.

Al juego de ajedrez le faltaba un alfil negro.

—Es cierto —confirmó Loubaton, tras la rememoración del suceso. El senescal no había conocido personalmente a Lampierre, pero eso no fue óbice para que sintiera un escalofrío cuando conoció la venganza del rey—. Pienso que la carta del monarca español ha de desecharse. Hay que pensar en otra cosa.

—Disculpen mi arrogancia —dijo el maestro aragonés, Nogueira—. Creo que no miento si digo que conozco la zona pirenaica y la obra en particular mejor que la mayoría de ustedes. A mi entender, las labores están muy adelantadas y la inversión realizada hasta la fecha es astronómica. Me parece inconcebible pensar que se pueda detener el proyecto a estas alturas.

—Sin embargo es necesario —repuso el senescal.

—¿Por qué? —insistía no por primera vez Nogueira—. No sería demasiado difícil encontrar otro refugio.

Loubaton cruzó una mirada con el gran maestro, que permanecía sentado y en silencio.

Conocía los planes de su jefe, pues los habían comentado por el camino. No compartía el deseo de éste de contar todo al capítulo, así que si De Monai quería, tendría que explicarse él mismo.

—Sí, sí es tan difícil, Pedro —repuso Díaz de Monai. La larga amistad que unía a ambos hombres permitía la familiaridad—. Al igual que ustedes, siempre había pensado que el único interés que la Orden tenía en la zona del alto Aragón era la custodia del *Bafomet*. Pero no es así y no lo supe hasta poco antes de ser gran maestro.

»Lo que voy a contarles ahora es aquello que desencadenó el voto de censura contra mi antecesor, M. Poincaré. Tenía instrucciones de no hablar de esto sino con aquel que saliera elegido gran maestro. Dado que ustedes me eligieron a mí decidí que Loubaton, como senescal, debía estar al corriente. Ahora compartiremos esta información, vital para que entiendan nuestra urgencia.

Díaz de Monai se puso en pie y se acercó al balcón, mientras ordenaba en su mente el relato que iba a narrar. Los restantes miembros del capítulo aguardaban con curiosidad a que hablara.

El gran maestro explicó que, seis meses antes de ser nombrado gran maestro y siendo aún el maestro provincial de Aragón, había recibido en su casa la visita de un curioso personaje. El visitante, un anciano acompañado por un joven, le resultaba por completo desconocido. Las ajadas vestimentas y el corte asimétrico de sus cabellos le indujeron a pensar que eran unos menesterosos. Ocupado en sus negocios como estaba, dio instrucciones a su criado para que despachara a los desconocidos.

Para su asombro no se dieron por aludidos y sin solicitar permiso, se sentaron en el vestíbulo, dispuestos a esperar.

Los tuvo más de hora y media aguardando. Al final se impuso su caridad y esperando poder arreglar el asunto con una pequeña cantidad de dinero, hizo pasar al anciano y su acompañante a su despacho, donde les invitó a sentarse. El anciano ocupó una silla frente al escritorio, quedando el joven de pie, a su lado.

—Usted dirá en qué puedo ayudarles —dijo Díaz de Monai con cautela.

—Señor Díaz de Monai —contestó el anciano con una voz suave y firme, acostumbrada a ser obedecida—. ¿Hace usted honor al apellido que ha adoptado?

Santiago abrió los ojos con sorpresa. Su cambio de apellido no era algo conocido salvo por unos pocos allegados y miembros destacados de la Orden. Por otro lado, aquel anciano, sentado tranquilamente en su despacho, sugería con sus palabras que conocía el origen de tal apellido.

—Disculpe, pero ¿quién es usted? No recuerdo haber oído su nombre.

—Será porque no lo he dicho. Me llaman Mateo. Al igual que el suyo éste no es mi verdadero nombre, pero hace tanto tiempo que lo uso que ya no recuerdo cómo me bautizaron mis padres.

—Se llama usted Mateo. Me perdonará, pero aún no entiendo qué quiere usted de mí.

—Señor De Monai —dijo el anciano—, usted personifica nuestra esperanza. Venimos desde las montañas del Pirineo para que nos ayude. Pensamos que puede ser usted la persona indicada.

—Agradezco su confianza —contestó el otro sin comprometerse—. Quizá pudiera explicarme qué desean de mí.

—Usted representa a la provincia de Aragón en una Orden que durante siglos se ha mantenido a la sombra, esperando el momento de volver a la luz. Ese momento no ha llegado todavía, pero la Orden tiene que despertar momentáneamente, pues acecha un grave peligro. Su superior, el señor Poincaré, supone un amenaza para la sagrada misión que tienen ustedes encomendada.

—Disculpe un momento —atajó alarmado Díaz de Monai—. ¿Cómo sabe usted todo esto?

—No se alarme. Permítame explicarle. Dos son las finalidades que perseguía el genuino De Molay cuando hizo pasar a la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo a la clandestinidad. Cree que estoy equivocado. No. Usted sólo conoce uno de los objetivos. El otro solamente es conocido por el gran maestro, su senescal y algún miembro del capítulo al que se lo hayan confiado.

—¿Y cuál es ese segundo objetivo que dice usted? —preguntó Díaz de Monai con el ceño fruncido.

—Nuestra protección —contestó el anciano—. Durante estos años usted y sus compañeros se han preguntado qué hay de cierto en la idea de que había una Orden

dentro de su Orden, los llamados *iniciados*, también conocidos como la encomienda de Sión. No existe tal Orden secreta. Existimos nosotros.

—¿Y quiénes son ustedes?

—Somos Los Apóstoles. La nuestra es una congregación desconocida, que vive ajena al mundo exterior. No salimos jamás de nuestro monasterio, salvo en casos de extrema gravedad. Sólo sus superiores conocen nuestra existencia y se van transmitiendo este conocimiento de unos a otros. Cuando necesitamos algo llamamos a su gran maestro.

»Ahora, al igual que mi lejano antecesor Lucas salió de su convento en Chipre para visitar a Hugo de Champagne, yo salgo de mi claustro para visitarle a usted.

Díaz de Monai se reclinó en su asiento asimilando lo que acababa de escuchar. Enfrente, el anciano respetaba su silencio mientras el maestro provincial encajaba las piezas.

Quedaba descartado que aquel desconocido fuese un loco o un embaucador. Resultaba imposible que supiera todo aquello. Sin embargo, era casi igual de fantástica la historia que contaba.

—Permítame preguntarle algo: ¿de qué o de quién debemos protegerles y por qué se supone que hemos de hacerlo?

Mateo habló por espacio de una hora sin ser interrumpido. Santiago prestaba atención tratando de que no se le escapara nada.

En ese tiempo el maestro provincial aprendió más de su Orden que en todos los años anteriores. Muchas de las preguntas que durante su militancia se había formulado quedaron respondidas.

Ahora cobraba un nuevo sentido su cargo, pero junto con este conocimiento oculto sentía que se le legaba una carga extraordinaria. La nueva responsabilidad que intuía que querían colocar sobre sus hombros sería difícil de soportar.

—Ésta es la verdadera historia de la fundación de su Orden —terminó de explicar el anciano. Espero que comprenda ahora el peligro que se cierne sobre nuestra congregación.

—Nuestra Orden siempre ha tratado de mantener la virginidad en el paso de Somport —contestó Díaz de Monai—. Siempre he pensado que era para la custodia del *Bafomet*. Ahora entiendo que había algo más. No obstante, se me escapa la razón por la que es tan importante que siga igual. Su congregación es cerrada y está situada en un lugar recóndito. Si el proyecto ferroviario es, como parece, inevitable a pesar de nuestros esfuerzos ¿por qué no obviarlo o, en el peor de los casos, cambiar la ubicación de su monasterio y del *Bafomet*?

—No —repuso categórico Mateo—. Los Pirineos no son unos montes corrientes. Fuerzas ocultas más poderosas de lo que pueda imaginar actúan en ellos. Se debe preservar su carácter de santuario. El ferrocarril contaminará la zona, abriendo heridas en las montañas y desequilibrando la naturaleza. La mano del hombre debe permanecer alejada de ese lugar.

»Debe tratar de comprender —dijo el anciano—. Nuestra presencia en esa zona no es un mero capricho, ni fruto de la casualidad. Hubo que seleccionar durante años el enclave de nuestro monasterio. Su misión, como la de otros antes que usted, consiste en ofrecernos protección. Deben acabar con el proyecto del ferrocarril cueste lo que cueste.

—Soy sólo un maestre provincial —contestó Díaz de Monai temiéndose lo peor—. No puedo emprender acciones por mí mismo. En mi mano sólo está informar al gran maestre de la situación. Si eso es lo que quiere me pondré de inmediato en comunicación con él.

—No basta —cortó Mateo—. Poincaré es un hombre débil. No debe seguir ocupando el cargo. Deben deponerlo de inmediato y escoger un gran maestre fuerte que sepa hacer frente a la gravedad de la situación. Y ha de hacerse enseguida.

Sin darle tiempo para responder, el anciano se levantó de su asiento, ayudado por su compañero, que se había mantenido en silencio durante toda la reunión.

—Como supondrán esta visita me dejó muy perturbado —decía Santiago a los asistentes al capítulo, que se mantenían pensativos—. El anciano que decía llamarse Mateo se marchó sin siquiera despedirse. ¿Qué se suponía que debía hacer yo? Aquello era una dura prueba para mi lealtad hacia nuestro gran maestre. Tuve muchas dudas y finalmente me confíe al senescal Dupont. El resto ya lo conocen.

—¿No ha vuelto a ver en posteriores ocasiones a ese curioso personaje? —preguntó el *turcopolier*.

—A eso iba a referirme en este momento —respondió Díaz de Monai—. Hasta hace una semana no he tenido noticias de Los Apóstoles. El martes pasado, cuando regresé a mi domicilio, me esperaba una carta en mi escritorio. No tenía sello ni remite. Pregunté a mi mayordomo. Siguiendo las precisas instrucciones que le había dejado de atender cualquier nueva visita que se produjera en lo sucesivo, había recogido el sobre de manos de un desconocido que había llamado a la puerta.

»El sobre contenía un pequeño plano que indicaba el modo de llegar al monasterio, junto a una escueta nota para que me presentara en los días sucesivos. Emplacé a nuestro senescal, M. Loubaton, para que me acompañara y logramos encontrar el remoto monasterio gracias al plano que llevábamos. ¿Le importaría, Loubaton, relatar lo que se habló en la reunión?

—Por supuesto —dijo el francés—. Fuimos recibidos en el monasterio por el compañero de Mateo. Sin articular palabra nos acompañó hasta una espaciosa sala donde se encontraba el anciano esperando. Sólo estábamos nosotros cuatro y durante toda nuestra estancia no observé la presencia de otras personas.

»La conversación fue bastante breve —continuó diciendo el senescal—. Expusimos cómo estaba la situación y la dificultad que tenemos para detener la obra de una manera definitiva. El anciano nos escuchó sin inmutarse.

—No creen ustedes que sea posible acabar con el proyecto —dijo el viejo apóstol escrutándoles.

Santiago y Loubaton intercambiaron una mirada apesadumbrada.

—No. Realmente consideramos que es imposible parar a estas alturas —respondió Díaz de Monai, con las manos alzadas en un gesto de impotencia—. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, pero ha sido un fracaso.

—Entiendo que damos por perdido nuestro refugio —afirmó más que preguntó Mateo.

—Seguimos trabajando —repuso Loubaton—. Tenemos a todos nuestros hombres en este plan, pero hay que ser realistas. La obra está demasiado avanzada, tenemos poco tiempo y demasiados enemigos.

Los cuatro hombres permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. El anciano, en apariencia imperturbable, parecía tener los ojos húmedos cuando añadió:

—Tenemos, pues, que pensar en abandonar este lugar.

—Me temo que así ha de ser —respondió apenado Díaz de Monai, que se sentía culpable por haber defraudado la confianza del anciano.

—Necesitaremos tiempo —dijo Mateo sin prestar atención a las lamentaciones de su visitante—. No va sernos fácil, tras siglos aquí, encontrar otro sitio que reúna condiciones.

—Nos encargaremos de proporcionárselo —afirmó Díaz de Monai aliviado.

—No. Lo haremos por nuestra cuenta, como ya hiciéramos antes. Ustedes deben procurarnos tiempo. Hasta que encontremos un lugar seguro y nos traslademos, velarán porque esta zona esté incomunicada. Tienen que ralentizar la marcha de las obras. Retrasarla todo lo posible para que no llegue más gente. También habrá que sacar el *Bafomet* de su escondrijo. Cuando sepamos exactamente dónde se encuentra y dónde va a ser depositado, le avisaré para que lo lleven.

—Éste fue el contenido de la reunión —terminó Loubaton—. El monje más joven nos acompañó hasta la salida. De nuevo no observamos movimiento alguno, aunque resulta obvio que allí habitan más personas.

—En cuanto salimos —apuntó Díaz de Monai— se cerraron las puertas a nuestra espalda. Es lo último que sabemos de la congregación.

—¿Cuánto tiempo necesitan? —preguntó el maestro inglés.

—No lo dijeron. Quizá años.

—Es imposible —bufó el maestro de Aragón—. Hasta hoy no lo hemos logrado, ¿por qué iba a ser distinto ahora?

—Estoy de acuerdo con Nogueira —apuntó Andreas Radopoulos—. Todos nuestros esfuerzos han sido infructuosos. Carecemos en este momento de un plan de acción con visos de ser efectivo y, por el contrario, cada día llega más gente a la zona de los Pirineos. Los Apóstoles tienen que adelantar su marcha.

—¿No han escuchado al gran maestro? —dijo irritado el maestro austrohúngaro—. Aquella zona reúne unas condiciones especiales que no se dan en cualquier sitio. Tardarán tiempo en encontrarlo.

—La zona de Stonehenge, en el suroeste de Inglaterra, tiene características similares —repuso el maestro de Antioquía.

—Es cierto —afirmó el inglés Cranmer—. Al igual que Rumania, la recién creada Checoslovaquia y parte de Francia, poseemos una fuente de energía, pero ¿es eso lo que buscan Los Apóstoles? En realidad no tenemos idea de qué es lo que necesitan, por lo que me parece muy arriesgado hacer conjeturas. Más bien deberíamos centrarnos en cumplir lo que se nos pide.

—¿Qué sugiere usted que se podría hacer? —preguntó Radopoulos.

—Boicotear firmemente la obra del ferrocarril —respondió el inglés—. Hasta ahora hemos pecado de indecisión.

—¡Exactamente! —gritó Radomiru—. En los últimos años nos hemos ablandado, permitiendo que nuestra Orden se debilitara. Nuestra labor era sencilla: cuidar el Santuario, a pesar de que hasta este momento desconocíamos en realidad el verdadero motivo. ¿Y qué hemos hecho? Descuidar nuestro deber. Nos hemos convertido en una panda de vagos desocupados autoconvencidos de ser los únicos descendientes de aquellos hombres que asombraron al mundo entero. Somos los depositarios de un nuevo orden en el mundo, pero no merecemos ese honor. Nos hemos preocupado más de nuestra posición social que de aquello a lo que juramos servir.

—Debería hablar por usted —contestó el miembro de la curia romana—. No creo que esa dejadez de la que hace mención sea extensible a todos los demás.

—En todo caso debe valer para su ilustrísima —exclamó Cranmer—. ¿Recuerda la regla de San Bernardo por la que nos regimos? «Tres días a la semana carne, los demás un plato de legumbres u otra cosa». Salta a la vista que no la observa desde hace tiempo.

—Quién fue a hablar —contestó ofendido el interpelado—. La regla también habla de las posesiones y vestiduras, sobre la vanidad. No creo que las ropas ni joyas que lucen usted y su amigo *turcopolier* cumplan esos preceptos.

—Perdone, *padre* —cortó el aludido Harald con sorna—, pero yo no he hablado en su contra, así que preferiría que me dejaran al margen. ¿O prefiere que cuente aquí cómo contraviene la regla número cincuenta y seis? No sólo va en contra de lo que dictó san Bernardo sino de lo que reclaman sus hábitos.

Mauléon palideció ante estas palabras. No le había costado demasiado recordar que la regla citada tenía que ver con el trato con mujeres. El cura siempre había estado orgulloso del disimulo con que llevaba su vida lujuriosa. Saber que el responsable de las investigaciones internas conocía sus andanzas alarmaba al cardenal francés. ¿Qué más sabía aquel hijo de puta?

—¿Han acabado de lanzarse impropiedades? —terció Díaz de Monai—. Todos tenemos cosas que callar. No hay entre nosotros ningún santo, como no lo hubo en tiempos de esplendor. «Quien esté libre de culpa, que lance la primera piedra». ¿Recuerdan? Creo que sería más provechoso que nos concentremos en la tarea que

nos reúne aquí. Bastante complicada está la situación como para que la enturbiemos aún más.

Con esta reprimenda del gran maestro, los ánimos se tranquilizaron un poco, aunque cada uno guardara las ofensas para mejor momento.

—Sigo opinando que deberíamos emplearnos con más dureza —dijo el inglés—. Atentemos de manera más contundente contra las instalaciones, contra empleados y empresas. Contra todo aquel que defiende el proyecto.

—Llevamos haciéndolo tiempo pero no da resultado —intervino Loubaton—. Hasta ahora hemos conseguido que los plazos vayan con retraso, pero hay una voluntad o empecinamiento, como prefieran llamarlo, para recuperar el tiempo perdido.

—Los obreros no ceden —asintió Díaz de Monai—. Antes de la entrevista con Mateo, nos acercamos, Loubaton y yo, hasta donde se va a empezar a levantar la estación. Los operarios llegan de todas partes ante la posibilidad de trabajo y con la ilusión de quedarse una vez que se termine la obra: han muerto decenas de ellos, unos accidentalmente, otros víctimas de nuestros actos. Algunos, asustados, han abandonado la obra, pero enseguida son sustituidos.

—Yo también me he acercado antes de venir hacia aquí —dijo Andreas—. Quería aprovechar para ver con mis propios ojos en qué situación se encuentra la línea. Abandoné la obra desmoralizado. Aquello está muy avanzado y la inversión ha sido impresionante. No creo que más sabotajes logren detener los trabajos.

—¿Qué opina, Luca? —preguntó Díaz de Monai al calabrés, que hasta entonces no había abierto la boca—. Usted ha estado allí más veces que nosotros y conoce de primera mano cómo está la situación.

—Hay miles de empleados. Escasea el material, como carbón y hierro, pero los ánimos son buenos. Las bajas las asumen como parte inevitable de una construcción, aunque salte a la vista que algunos accidentes son provocados. Les dicen que los causantes son competidores que quieren acabar con su trabajo para que la línea vaya por otro lugar y de esta forma consiguen que se impliquen más.

Para provenir del silencioso italiano, la parrafada podía catalogarse de discurso. Los otros miraban incrédulos, más atentos al hecho milagroso de oírle hablar que a lo que decía.

—¿Qué opina usted, Harald?

El noruego se retrepó en su asiento, cogido por sorpresa al ver que el gran maestro solicitaba su opinión. En un principio enrojeció y tartamudeó hasta que recuperó la compostura.

Celoso de la confianza que depositaba el máximo dignatario de la Orden en aquel italiano, no había escuchado lo que éste decía, dándole vueltas en la cabeza a lo que él consideraba una injusticia.

—Disculpe, gran maestro. Estaba distraído pensando en lo que hablábamos.

—Le preguntaba cuál es su opinión sobre el estado de las cosas. ¿Comparte la de su colega, el mariscal, de que los obreros de la línea se muestran impermeables a nuestros intentos por asustarles?

—Bueno, por lo que yo sé, parece que el mariscal tiene razón. —Esas palabras quemaban en la garganta de Harald mientras salían—. Dispongo de contactos dentro de la obra y confirman esa opinión. El número de trabajadores que opera en la zona y la masiva llegada de más empleados, impide que el miedo se contagie entre ellos.

La admisión involuntaria, en un momento de nerviosismo, por parte de Harald, de la existencia de infiltrados dentro de la obra, no era sino la confirmación de las sospechas de Luca. Aunque se suponía que él estaba al mando de toda la operación, desde el principio imaginó que el noruego poseía informadores. Incluso tenía un par de serios sospechosos de pertenecer al equipo de Harald Olson.

—Gracias, *turcopolier* —dijo Santiago—. Como sabrán todos ustedes, esta situación de exceso de trabajadores es relativamente nueva. Unos años atrás, sobre todo durante la construcción del túnel, la mano de obra escaseaba. Como bien dice Harald, era posible meter el miedo a los trabajadores. Con el trasiego actual y la masificación se ha vuelto prácticamente imposible.

—Creo que todos hemos quedado convencidos sobre este punto —dijo Nogueira—. Atentar contra intereses o dirigentes de la empresa ha resultado también un fracaso. La clase política no está por la labor de colaborar. ¿Qué nos queda? Debemos presionar a Los Apóstoles para que adelanten su marcha.

—Créame que lo hemos intentado —repuso Díaz de Monai—, pero su dirigente es inmune a nuestros razonamientos. Afirmó que harían todo lo que estuviera en su mano, pero que necesitarían tiempo.

—Sí, en eso tampoco podemos influir —convino Loubaton—. Tenemos que resistir todo lo posible y quemar nuestras naves. Ideemos un plan para retrasar lo inevitable.

—Deberíamos acabar de una vez por todas con Alfonso XIII —señaló el cardenal—. Desde el principio ha sido el máximo responsable de nuestras desgracias. Una vez que no esté, los valedores del proyecto perderán su más firme pilar.

—Creo que no me equivoco al apuntar que las dificultades para acabar con el rey español actualmente son muy altas. —Andreas buscó la conformidad del calabrés, que asintió con la cabeza—. Además, aunque fuese posible, Alfonso ha tomado medidas contra esta eventualidad, tanto para proteger la inversión como para acabar con nosotros. Es más, diría que conoce nuestra organización más de lo que pensamos. Si no actúa contra nosotros es por el temor de que si nos sentimos acorralados, le atacemos a la desesperada.

—¿Cómo puede ser que sepa tanto de nosotros? —preguntó Mauléon.

—Sobre ese aspecto quizá podría arrojar alguna luz —se apresuró a decir el *turcopolier*. Era la ocasión que aguardaba para atacar al mariscal—. Aunque no fui advertido, sin duda —añadió con malicia— por la premura de la situación, el

atentado que costó la vida al presidente Eduardo Dato fue motivado por una filtración. Según pude constatar después, un miembro de nuestra Orden nos traicionó. Sólo la rápida intervención de nuestro gran maestro, alertado por los informadores de palacio, consiguió que el daño no fuese mayor. Dato murió pero Alfonso XIII conoce con detalle nuestra organización.

—¿Es eso verdad? —preguntó alarmado Radomiru.

—Me temo que lo que dice el *turcopolier* es cierto —admitió Díaz de Monai.

—¿Y por qué no se nos ha explicado antes?

—Si hubiese estado atento al pormenorizado relato inicial de Loubaton —dijo irritado Díaz de Monai— lo hubiera escuchado.

—Estaba plenamente concentrado en sus palabras —repuso el húngaro—. Pero creo que no se puede calificar de «pormenorizado relato» la sucinta explicación de que el presidente español se hallaba al corriente de «una trama para acabar con la línea transpirenaica», y corríjame por favor si me equivoco.

—Permítame indicarle —terció el senescal— que me he limitado a una breve exposición de los últimos hechos. Si tuviera que diseccionar todas las actuaciones no terminaríamos nunca. Por otro lado, no olvide que es nuestro gran maestro quien da las órdenes sobre qué o quiénes deben conocer según qué cosas.

—Puede ser, pero entonces no pretendan que los demás respaldemos su gestión si no se nos informa con exactitud.

Los presentes se enzarzaron de nuevo en una fiera disputa, sin hacer caso de las llamadas al orden que solicitaba Díaz de Monai. Tan sólo Luca y el senescal se abstuvieron de participar en la discusión.

Harald se mantenía mas atento a la entrada en la discusión del italiano que a contestar las críticas, pero se vio desilusionado.

El calabrés hacía oídos sordos a las acusaciones que recibía. Sentado muy erguido en la silla, como era su costumbre, parecía tener la mente en otro sitio.

Sin embargo, quien pensara que resultaba inofensivo cometía un grave error. Luca grababa en su mente todas las ofensas que recibía, aguardando el momento justo en que se las cobraría, siempre ajeno a todo tipo de emociones.

Poco a poco, fue bajando el tono de la porfía, hasta que finalmente el gran maestro pudo restaurar el orden.

—Caballeros. Creo que la imagen que hemos dado es muy poco edificante. Si he convocado este capítulo no ha sido para dirimir viejas o nuevas ofensas, sino para encontrar una solución al problema. Han sido ustedes escogidos entre toda nuestra Orden según mi potestad y debería quedar claro que cuento con todos ustedes. Si quisiera mantenerles ajenos a nuestra labor no creo que tuviera demasiados problemas para conseguirlo y, si no, piensen en mi antecesor, que mantuvo durante años el control absoluto de la Orden.

»Bien —prosiguió Díaz de Monai—. Una vez aclarado esto, me gustaría que retomáramos la discusión como personas civilizadas que somos. Contestaré a todas

sus dudas, pero espero que se planteen con corrección.

—¿Podría decirnos, por favor, la identidad del traidor, el cargo que ocupaba, cuánto sabía, de quién dependía y qué ha sido de él? —preguntó con suavidad Cranmer.

—Si se me permite —se adelantó Luca ante la sorpresa general— contestaré yo. Se trata de Francesco Mazzini, ayudante mío al cargo de la división oriental. Dado el puesto que ocupaba, estaba al corriente de casi todas las operaciones realizadas desde que fui nombrado mariscal y, seguramente, conocía los atentados llevados a cabo contra el rey español antes de eso. Ha pagado la traición con su vida y como superior suyo me he sometido a la disciplina del gran maestro, desde el momento en que lo descubrimos.

—Así es —asintió Díaz de Monai—. Por mi parte, el asunto está zanjado. Una vez aclarado este aspecto, si les parece, estudiaremos la estrategia a seguir en el futuro.

—He estado pensando, señor —intervino Loubaton, para desviar la conversación—, que podíamos intentar algo. Podríamos preparar una campaña de atentados contra la obra y aprovechar la gente que tenemos infiltrada para crear malestar entre los operarios. Con la complicidad de los sindicatos, quizá lograríamos paralizar por un tiempo la obra con huelgas y boicots.

—Bueno, no es una medida definitiva pero tal vez nos permita ganar tiempo —contestó Díaz de Monai agradecido.

En realidad ya conocía la propuesta, pues la habían comentado durante el trayecto. Loubaton la presentaba como nueva para ayudar a apaciguar los ánimos.

La conversación se recondujo. La tormenta había pasado aunque Santiago sabía que las heridas sangraban.

Cuando el gran maestro dio por concluido el capítulo distaban de haber encontrado una solución ideal. Los maestros de Inglaterra, la zona austrohúngara y el *turcopolier* defendían una acción más enérgica. El resto opinaba que eso suponía un riesgo demasiado elevado.

Finalmente decidieron continuar en la línea que llevaban, aumentando la presión. Los hombres del *turcopolier* serían los encargados de alentar un conflicto laboral, mientras Luca y los suyos incrementarían los sabotajes. Los demás sondearían todas sus influencias, lo mismo que aquellos otros miembros de la Orden que no se encontraban presentes.

Era de esperar que conseguir una demora en la construcción fuera algo más sencillo que la paralización total. De aquellos que no se avinieran a razones se encargarían los hombres de Luca. Díaz de Monai encargó a Harald un destacamento especial que se ocuparía de la vigilancia de la zona donde aún residían Los Apóstoles.

Deberían rezar para que bastara con eso.

PARTE II

Capítulo I

14 de junio de 1922

Me llamo Eduardo Biggi Convali. Nací en Carrara, provincia de Massa, en Italia. En la fecha en que todo esto comenzó para mí tenía veinticinco años y viajaba en el vagón de un tren que habría de llevarnos hasta Génova.

No lo hacía solo. Junto con mis padres abandonaba nuestra patria pensando en no volver. La tierra de promisión se llamaba Canfranc, en España. No lo había oído antes pero sonaba parecido a Carrara. En aquel momento deseé que aquello fuera un buen augurio.

Hacia ya un par de años que Giuseppe, mi padre, venía avisando que algún día deberíamos abandonar Italia. La gota que colmó el vaso fue un tal Benito Mussolini y sus *Camice nere*, que, al decir de mi padre, daría de qué hablar.

La corrupción del país, los costes de la guerra en la que quedamos *ganadores* y lo perdimos todo, la falta de industria, una agricultura enclavada en el medioevo, junto con el carácter italiano, empujaban a emigrar. América y Francia eran los lugares elegidos por millones de italianos para comenzar de nuevo.

Recuerdo todavía a mi padre en aquel vagón. Cierro los ojos y lo veo en un banco, a mi izquierda. Leía un periódico que tarde o temprano cerraría con un bufido de indignación.

Quien no lo conociera creería que se trataba de un tipo huraño. Nada más lejos de la realidad. Era un tipo muy huraño. A sus cincuenta y un años todavía impresionaba. Metro ochenta, corpulento, moreno, brazos musculosos terminados en dos enormes manos. No recordaba cuándo había sido la última vez que le había visto sonreír.

En apariencia no me asemejaba a mi padre. Una cabeza más alto, menos corpulento, el pelo y los ojos más claros. Me decían que me parecía más a mi madre, Virginia. Sin embargo, en la forma de ser éramos iguales. A mi hermano Armando le sucedía justo lo contrario. Su físico era el de Giuseppe, pero su carácter el de Virginia. Bueno, o así era la última vez que lo vi.

Mi padre era maestro cantero. En Italia tenía trabajo de sobra, algo raro en aquel momento dada la situación laboral del país, y bien remunerado. Claro que no siempre en Carrara. Con frecuencia debía viajar a Lucca, La Spezia y en ocasiones incluso a Florencia. Durante tiempo había llevado con él a mi hermano Amadeo, fallecido hace años y al que apenas conocí. Era sin duda su favorito y tras su muerte mi padre se volvió intratable.

También mi hermano Armando le ayudaba, pero no era tan hábil como Amadeo y jamás pudo ganar las comparaciones, motivo por el que se marchó de casa para no volver. Entre tanto yo, ajeno a las desgracias familiares e ignorante de muchas cosas que después he ido averiguando, estudiaba en la facultad de Ingeniería. Una carrera

innovadora que esperaba me permitiera trabajar en lo que era mi pasión: los automóviles. Pero las circunstancias alteraron bruscamente nuestras vidas.

Para mi madre un hijo muerto, otro alejado y un marido hosco, no le hacían la vida más agradable. Mujer donde las hubiera, no parecía italiana. Alta, de pelo castaño claro, piel y ojos claros también, callada, amable y cariñosa. Por mucho que me lo he preguntado nunca he conseguido entender qué vio en mi padre.

Durante el viaje, sentada frente a mí, dos bancos por medio, iba hablando con una joven y asustada mujer que no sabía qué hacer para que su hijito dejara de llorar, hasta que, tomándolo de sus brazos, mi madre lo acunó. Mano de santo. Yo veía esto e imaginaba que antes lo habría hecho conmigo y con mis hermanos. Y, por qué no, también con mi padre en las noches amargas, demasiado frecuentes en los últimos tiempos.

Debíamos ser los únicos que teníamos España como destino. El resto iba a Francia a ver si encontraban algo. Lo iban a tener difícil. Los franceses no estaban para regalar nada. Como nosotros, salían de una guerra y aunque ellos sí habían ganado de verdad, no podían asimilar la cantidad de inmigrantes que les llegaban de España e Italia.

Nosotros podíamos considerarnos afortunados. Viajábamos con un contrato bajo el brazo. Gracias a Armando que, sabedor de la situación en nuestro país, había conseguido que nos contrataran en la misma obra donde trabajaba él. Armando había llegado a España contratado por la empresa Calderai i Bastianelli, para perforar un túnel de casi ocho kilómetros a través de los Pirineos. Nuestros contratos serían con la empresa Sociedad de Obras y Construcciones Hormaechea, S. A., encargada de alzar el edificio de la estación de tren. Y además teníamos la ventaja de hablar decentemente castellano, al igual que francés, idiomas estudiados en la escuela a instancias de mi padre, que no sé dónde los había aprendido.

Armando estaba casado y tenía dos hijos. De vez en cuando escribía y cada vez con menos amargura. Como nunca llegamos a tener mucha relación, era mi madre quien se encargaba de mantener la correspondencia pese a que apenas sabía escribir. Mi padre aseguraba desconocer a mi hermano y aseguraba que no leería las cartas, pero yo sé que lo había hecho a escondidas. La primera era de enero de 1912 y decía:

... piden dos mil peones más para terminar el túnel. El ingeniero Balatelli, al que padre conoce, está desesperado por la lentitud de los trabajos. Pero no se puede hacer nada. La roca es dura como el acero y la cabeza de las barrenas saltan a cada momento. El otro día una de éstas reventó y golpeó a uno de los que barrenaban. Fue horrible. El pobre diablo perdió la parte inferior de la boca. No han podido hacer nada por él y ha muerto. No es el primero. Es una obra peligrosa por su dificultad. Hace un mes se presentó para verla el rey español, que se pasó casi dos horas dentro del túnel. Nos hicieron parar para

que no hubiese ese ruido atronador que rompe los oídos. Aun así dos obreros murieron ese día por un derrumbe...

En esta carta apenas hablaba de su familia, ni del país, sólo se refería a la obra. Al principio llegaban con cuentagotas y luego ya con más regularidad. Siempre escribía a mi madre, no sé si por temor o resquemor hacia Giuseppe. La siguiente llegó diez meses después.

... un intento de suicidio por parte de uno de los ingenieros españoles encargados de la triangulación del túnel, al creer que se había equivocado en sus cálculos y que no se iban a encontrar los lados francés y español. Al final ha sido poca la desviación, aunque como es de esperar se ha dicho que ha sido perfecta. Los últimos metros han resultado emocionantes. Estábamos allí y se oía el sonido de las máquinas francesas, cuando deteníamos las nuestras, claro. Llevábamos un par de días oyendo el rumor y si esperábamos que pararan y gritábamos muy fuerte, ellos contestaban de la misma manera. Cuando sólo quedaba menos de medio metro, apagamos las máquinas dejando con cortesía que fueran ellos los que rompieran el tabique. La emoción fue enorme. Cuando vimos la cabeza de la barrena asomar y notamos la corriente de aire, nos pusimos a gritar como condenados. Entre todos agrandamos la abertura y nos abrazamos a los franceses una vez que se pudo cruzar. Si padre hubiese estado aquí hubiera disfrutado. Habían valido la pena tantas desgracias, el continuo afloramiento de agua, los derrumbes, la humedad y la dureza endiablada de la roca, los compañeros perdidos...

Explicaba que los peones cobraban cuatro pesetas al día y seis los maestros de obra, para terminar la carta hablando de la zona, que le recordaba a nuestros Alpes Apuanos.

Llegamos a Montpellier cuatro días después de abandonar Carrara. Habíamos cruzado los Alpes y pasado por Génova. Precisamente en esa ciudad, conocí a un *fraticello* de lo más singular. Al principio parecía un poco serio. Cuando entró en el vagón, yo estaba dormitando. Miró alrededor y ante mi desilusión fijó su elección en mi banco. Una vez sentado comenzó a rezar, contando las cuentas de madera de su manoseado rosario.

No conocíamos a nadie del tren y mis padres estaban dormidos, uno al lado del otro. Así que me centré en la correspondencia de Armando. Me la sabía de memoria, pero en algo había que matar el tiempo. La que tenía en ese momento entre las manos me causaba auténtico pavor cada vez que la releía. Fechada en abril de 1917, Armando contaba lo durísimas que habían sido las condiciones de vida aquel invierno.

... éste es el peor invierno que recuerdo. La temperatura descendió de los catorce grados bajo cero. Los caminos estaban cortados y las máquinas estallaban. No teníamos carbón para calentarnos y cortábamos leña pero estaba demasiado húmeda para tirar bien. La comida se congelaba y había que fundir el hielo para poder beber. Resultaba imposible salir, pues casi dos metros de nieve tapaban la carretera. Estábamos muy preocupados porque no quedó más remedio que detener la obra. La gente se preparaba para marchar, pero por suerte la empresa decidió mantenernos a todos a la espera de que mejorara el tiempo. Ahora estamos abriendo otro túnel mucho más corto. Éste es más sencillo ¡ojalá el otro maldito hubiese sido igual!... el ejército español está fuera de sus cabales. Dice que por la guerra, España corre riesgo de ser invadida (¿Por quién?) y que se debería volar el túnel. ¡Con el esfuerzo que ha costado abrirnos paso!... han llegado más trabajadores para la explanada, que dicen será enorme... ¿Qué tal está la situación por allá? Las noticias que llegan no son buenas. La guerra aquí no se nota apenas, pero los que vienen cuentan que en Italia las cosas van a peor...

—¿Hacia dónde vais, hijo? —me preguntó el monje, al cabo de un rato sacándome de mi lectura.

—¿Cómo dice?

—Te preguntaba que adonde vais —repitió con voz suave.

—A Niza, hermano —contesté con educación.

—Niza —dijo como saboreando el nombre—. Qué ciudad más bonita. Playas de arena, un gran puerto, la bahía y ese río. ¿Paillon se llama? Sí, creo que sí. ¿Has estado alguna vez? Yo sí, te aseguro que es una ciudad encantadora. ¿Y a qué vais a Niza si no es indiscreción?

—En realidad vamos de paso —contesté, contento después de todo por poder hablar con alguien. Queremos llegar a España. Nos han contratado para una obra como peones. Venimos de Carrara.

—¡Vaya, vaya! Así que vais a España. También yo. ¿Y a qué parte? Yo voy a Zaragoza, donde viven mis padres, en un pueblecito, cerca de la capital.

Ya había notado que el italiano que utilizaba el monje tenía un fuerte acento. Al parecer también él disfrutaba pudiendo hablar con alguien, ya que a pesar de encontrarse el vagón lleno, las conversaciones eran escasas.

Según dijo llevaba veintidós años en un monasterio de Bérgamo y por primera vez salía de la ciudad italiana para regresar a su casa, donde su anciano padre se encontraba muy enfermo.

Me preguntó cómo me llamaba y con quién viajaba. Lo hacía de una forma que invitaba a hablar en confianza.

—Yo me llamo Ramiro —se presentó una vez que lo hube hecho yo—. Ramiro el Monje —repitió riéndose sin que yo entendiera el motivo—. De joven me llamaban

Cogulla —y volvió a reírse. Como viera que yo no participaba en su diversión añadió —: Disculpa, hijo. Me doy cuenta de que no sabes de quién hablo.

»Cogulla, que, como quizá sepas, es el hábito que usamos algunos religiosos, era el nombre que daban los aragoneses a su soberano, mi tocayo Ramiro II. Éste era un monje que vivía en un monasterio y que a la muerte de su hermano Alfonso, rey de Aragón, fue sacado de allí para que ocupara el trono. Ramiro era un mal guerrero y torpe a caballo, por eso se mofaban de él con el apodo de Rey Cogulla. Yo desde pequeño estaba destinado a ser monje, así que era Ramiro, el monje Cogulla, ¿entiendes?

—¿Y cómo escogieron un rey tan torpe? —pregunté. Aquello servía para pasar el rato.

—A alguien tenían que poner para evitar las luchas sucesorias. Además, los nobles aragoneses querían un pelele para hacer y deshacer ellos a su antojo. Pero, mira por dónde, les salió mal. Ramiro acabó tan harto de ellos que mandó un mensajero a su antiguo convento para que preguntara al abad qué podía hacer con los díscolos. El abad, una vez que hubo escuchado las penas del rey, pidió al mensajero que lo acompañara al jardín. Allí, con unas podaderas, cortó sin decir palabra los tallos de las rosas más altas, aquellas que sobresalían por encima de las demás. Luego mandó de vuelta al mensajero diciéndole que contara al rey exactamente lo que había visto. Ramiro entendió el mensaje, así que convocó a la nobleza a palacio con motivo de inaugurar una campana que habría de oírse en todos los confines del reino. Luego los hizo pasar de uno en uno, comenzando por los más problemáticos. Según pasaban los soldados, iban cortándoles las cabezas. Cortaron quince. Después dejó que los demás vieran el espectáculo. No tuvo más problemas.

Ambos nos quedamos un momento en silencio imaginando la terrible escena. Ramiro resultó ser una buena compañía durante el viaje. Escucharle me hacía olvidar los temores ante lo que el destino nos tendría preparado.

—*Fraticello*, ¿también va a llegar hasta Montpellier? —pregunté para saber si coincidiríamos todo el trayecto.

—No, hijo. Me detendré en Barcelona. Tengo que hacer entrega de un paquete antes de proseguir viaje a Zaragoza. Me hubiese gustado mucho hacer vuestro trayecto. De joven recorrí la cordillera pirenaica. Quizá a la vuelta pase por Somport. Igual nos vemos.

Le aseguré sin mentir que me encantaría. Y es que cuando te encuentras fuera de casa, cualquier conocido se convierte en amigo.

—Hace muchos años pasé por la zona de Canfranc. Imagino que habrá cambiado una barbaridad con esa obra del ferrocarril. ¿Sabes qué quiere decir Canfranc? Proviene del latín *Campus francum*, campo franco o sea, frontera. Era una zona fronteriza donde cobraban peaje a las mercancías y caballerías. A cambio debían mantener limpio de nieve el paso del puerto de Somport, el *Summus Porto* o puerto más alto.

Continuó contando cosas de su tierra natal, que yo, ávido, trataba de asimilar, para familiarizarme con la que sería mi casa. Me habló del clima, sus gentes y costumbres, que no me parecían tan diferentes a las nuestras y sobre todo de las montañas, de las que era un enamorado como yo.

—¿Sabes de dónde proviene el nombre de Pirineos?

—Claro —contesté. En alguna ocasión había oído el origen del nombre de aquellos montes que, según aseguraban, no tenían nada que envidiar a los Alpes—. Hércules raptó a Pirene y la forzó. De resultas, Pirene dio a luz una enorme culebra. Avergonzada, huyó a esconderse en los montes cercanos, donde las fieras la despedazaron. En su recuerdo, desde entonces, se llaman Pirineos.

—¡Qué barbaridad! —fingió horrorizarse el monje—. En mi tierra prefieren creer que sucedió de otra forma. En las largas veladas invernales, mi madre nos contaba que Hércules y Pirene se amaban pero ésta estaba prometida al gigante Gerión, monstruo de tres torsos con sus respectivas cabezas. La joven huyó a las montañas, lejos del monstruo y éste, que no la podía encontrar, prendió fuego a todo el bosque. El pobre Hércules, impotente, oía cómo su amada se lamentaba hasta morir. Dominado por la ira, mató al gigante y movió tierras y rocas creando un túmulo. De las lágrimas de su amada surgieron los ibones, unos pequeños lagos que hay en lo alto.

Tuve que admitir que su historia sonaba más romántica. Nos pasamos todo el viaje hasta Niza hablando. Incluso Giuseppe participó, ya que les presenté cuando despertaron. Mis padres se mostraron encantados de conocer al *fraticello*, con el que compartimos nuestro modesto almuerzo pese a sus protestas. Lamenté que nos abandonara.

Cruzamos el Ródano y el Macizo Central, menos impresionante que nuestros montes, hasta llegar a Montpellier. Habíamos acabado con la etapa más larga del éxodo.

Pasamos dos días en Montpellier a la espera de coger el tren que nos trasladaría a Toulouse, otra larga etapa de doscientos kilómetros. Con la misma distancia, quizá un poco menos, llegaríamos a Pau, donde cambiaríamos el tren por un coche de línea.

... todos estamos muy bien. Los niños están deseando conocer a sus abuelos. Ya verás, madre, cómo te van a parecer muy majos... hay que corregir el curso del río Aragón (por cierto, toda la región recibe el nombre de este río, lo que no deja de sorprenderme pues es estrecho y poco caudaloso. Quizá luego ensanche). La explanada toma forma, ya veréis su tamaño, 730 por 1420 metros en plenas montañas ¡Es una obra increíble! Me contaron que el servicio forestal español lleva plantados varios millones de árboles para evitar los aludes. No creas que exagero. Es la obra más grande que he visto en mi vida... por cierto, dile a Eduardo que se prepare. El domingo pasado despejaron una zona de la explanada y con unos postes de los usados para

colocar andamios, se levantaron dos porterías de *football*, deporte que aquí gusta mucho. Jugaron quince contra quince, con un balón que trajo uno del pueblo. De un lado se pusieron los españoles y del otro franceses e italianos. Ganaron los de aquí por 7 a 5. Les dije a mis compañeros que no se preocuparan, que mi hermano jugaba muy bien. ¡Espero que no me deje mal!

Giuseppe dormía con la cabeza apoyada en la ventanilla. Roncaba de tal manera que asustaba a los chiquillos. Uno de ellos, que venía de otro vagón, se le quedó mirando y corrió para ir a buscar a sus amiguitos. Les dejé hacer. Le venía bien a mi padre que de vez en cuando le tomaran a burla.

Mi madre aprovechaba para dar un repaso a los pantalones de su marido. Era incapaz de estar un momento sin hacer nada. Parecía no enterarse del ruido que atronaba el compartimiento. Sólo de vez en cuando levantaba la vista de su labor para echar un vistazo. Ponía ojos cariñosos al contemplar a Giuseppe. Sin duda estaba preocupada. Sabía que su marido sólo roncaba cuando estaba muy cansado y el viaje le estaba pasando factura. Desde luego, si el cansancio va en proporción con los ronquidos, mi padre debía de estar desfallecido.

... se han abierto en total veinticuatro túneles (diecinueve en España) y levantado varios pasos, unos de piedra y otros de hierro. La estación promete ser inmensa. Hasta ahora sólo han acabado la planta subterránea, pero se puede ver que va a tener bastante más de doscientos metros de longitud, ¿te imaginas? No lo sé seguro pero dicen que va a tener una altura de tres plantas, todo en hormigón, que aquí supone toda una novedad... quieren que el Estado subvencione casas o pabellones, para alojamiento de personal y los servicios, ya que Arañones, nombre de la explanada, no tiene poblado. No sé yo. Esta obra está costando sangre como para entrar en más presupuesto...

Ésta había sido la última carta de Armando. Se le notaba más distendido y cariñoso. Quedé convencido de que seguía teniendo el mismo carácter que mi madre. Deseé que no tuviera que arrepentirse de su invitación.

En las bolsas de viaje traíamos los contratos que nos había conseguido mi hermano. El mío era de peón de obra y el de mi padre de maestro de obra, los dos entraríamos en las cuadrillas que levantaban la estación. No estuve demasiado contento de tener que trabajar a las órdenes de Giuseppe, mas no dije nada para no entristecer a mi madre.

Aunque prefería no pensar, aquel viaje suponía para mí abandonar mis estudios y la oportunidad de llegar a trabajar algún día en la construcción de mis queridos automóviles. Cuando me dieron la noticia de que aquella vida regalada había terminado y nos marchábamos a otro país para trabajar, creí que se me caía el mundo encima, mas no hubo alternativa. Ciertamente la situación del país era mala pero pensaba que a nosotros nos iba bien. Yo, cuando se empezó a comentar la idea de

partir, la veía como algo romántico y lejano, que me había servido para despertar el lado maternal de un par de chicas. Pero de ahí a marchar iba un trecho.

Giuseppe no estaba más contento que yo. Su trabajo era sagrado para él. Ahora iba a trabajar donde no le conocían, siendo un italiano más de los muchos diseminados por el mundo y gracias a la caridad de su hijo, al que llevaba más de diez años sin ver, ni querer saber nada de él. Muy mal tenía que ver la situación Giuseppe para coger las maletas, abandonarlo todo y emigrar.

El momento de pasar a la parte española había llegado. Acabábamos de volver a subir al coche de línea, tras pasar el pertinente control en la frontera de Somport, el *Summus Porto* que decía el franciscano. La vista desde allí arriba era espectacular.

Por el camino, el chófer iba hablando de las costumbres que tenían los peregrinos cuando culminaban el puerto. También nos habló del emplazamiento que ocupaba el hospicio de Santa Cristina, que se encontraba dividido en dos partes; una utilizada como leprosería y la otra como albergue para los peregrinos. Nos contó una poco creíble historia de dos caballeros que, apenados por las duras condiciones que tenían que soportar los peregrinos, hambre, ventiscas invernales, nieve, lobos y demás fieras, habían decidido levantar un refugio. Cuando estaban pensando el emplazamiento exacto una paloma se posó sobre una roca y ellos lo tomaron como una señal divina.

Estábamos cerca de nuestro destino y examiné aquella tierra para hacerme una primera impresión. Ese día bajamos hasta el pueblo de Canfranc, donde mi hermano nos tenía alquilada una casa de dos pequeñas habitaciones y una cocina con hogar, lo cual, según afirmaba en su carta, suponía todo un lujo, ya que había escasez de vivienda debido a la gran cantidad de trabajadores empleados en la obra.

Pasamos de largo la obra donde cientos de trabajadores unían sus esfuerzos, hasta llegar al pueblo de Canfranc, donde esperaba Armando y su familia.

Desde el coche de línea reconocí a Armando, que sujetaba a un niño subido en sus hombros, junto a una mujer con una niña de la mano. Por las lágrimas que asomaron en los ojos de mi madre deduje que también los había avistado. Examiné a hurtadillas el rostro de mi padre y quise pensar que había visto una mirada de ternura prontamente reprimida.

—¡Madre, aquí! —saludaba Armando con una mano sujetando la del niño para que repitiera el saludo.

—¿Qué tal está, padre? —dijo mi hermano guardando las distancias. Por lo que pude apreciar sería necesario más de un encuentro para limar las viejas rencillas.

Pese a ello, no tuvo inconveniente Armando en estrechar con fuerza a mi madre, que repartía besos entre su hijo, nuera y nietos. Nos dimos cordialmente la mano y me presentó a su mujer, Micaela, que no era guapa pero parecía simpática y buena persona. Mi padre dio un beso a su nuera y removi6 el pelo de los niños, al parecer lo máximo a lo que estaba dispuesto para mostrar su afecto por esta primera vez.

Con las maletas a rastras nos encaminamos a nuestro nuevo hogar. Olía a lejía. Sin duda mi cuñada había pasado antes por allí y restregado los suelos y paredes. Nada dijo Virginia pero no se le había escapado el detalle, mientras cosía a preguntas a mi hermano cosas sobre él, los niños, el pueblo... sentí lástima por Armando, pero ¡qué diantre! No siempre se reencuentran un hijo y una madre después de tanto tiempo.

Armando nos dejó para que nos instaláramos. Tenía preparada una cena de bienvenida y nos explicó cómo llegar a su casa cuando estuviéramos listos.

La cena fue deliciosa. No recuerdo qué comimos, pero del viaje agotador pasamos a la historia con la cocina de Micaela, que se descubrió tan reservada como buena cocinera. Hablamos, principalmente mi madre, de la patria, de la obra, del país. De todo menos de los viejos tiempos. Armando, por delicadeza, traducía algunas expresiones para su mujer, que, por otra parte, comprendía bastante bien el italiano. Nos dijo que al día siguiente deberíamos bajar a Jaca, para llevar a cabo unos trámites. Por ser domingo y además una de las fiestas más importantes en la villa, la de santa Orosia, de la que no habíamos oído hablar hasta entonces, Armando dudaba que nos tramitaran los papeles, pero así se lo habían indicado. No me importó. Un poco de alegría para empezar no nos vendría mal. Desde que habíamos salido de Italia no había sobrado.

Jaca. Una ciudad al pie de las montañas. A primera vista me recordó bastante a mi Carrara natal. Era domingo, muy temprano, y ya estábamos allí. Teníamos que esperar hasta el mediodía para hacer los trámites, así que, mientras esperábamos podíamos aprovechar para verlo todo.

Mi madre se encontraba cansada y se quedó con mi padre a la puerta de la catedral, a la espera de que diera comienzo el servicio religioso. Esto me permitió dar una vuelta a mi aire.

Lo primero que me sorprendió fue cómo ampara la naturaleza esta villa. Por el norte, imponentes, los altos e infranqueables Pirineos, que en nada tienen que envidiar a nuestras cumbres, con la cima de la Collarada, centinela incansable. Las montañas defienden también el lado este, mientras que en el sur una altiva roca que los lugareños, luego lo he sabido, llaman Peña Oroel, ofrece su flanco para que la población se acomode.

Esta roca semeja una fabulosa bestia que, recostada sobre su vientre, con la cabeza entre las garras delanteras, oteara vigilante la frontera del oeste, única que queda abierta. A sus pies discurre la carretera que va a Zaragoza, principal camino para llegar desde el sur. Se diría que está puesta ahí para avisar al foráneo de que no es villa fácil de conquistar. Según pude apreciar por las polvaredas que levantaban, se aproximaban varios vehículos, que con su bocina avisaban a los que, a pie o en mulas, se acercaban al igual que ellos a la ciudad.

En la planicie en la que se encuentra, la ciudad está rodeada de campos cultivados que llegan hasta la falda de los montes. Al margen del grupo de casas se levanta una

ciudadela militar con forma de pentágono, rodeada de un foso y amurallada.

El pueblo es en sí igual a otros del mismo estilo. Preparado para soportar las inclemencias del riguroso clima, presenta, igual que sus gentes, el aspecto sufrido del luchador que aguanta estoicamente los avatares de la vida.

Callejuelas estrechas, para que el viento helado no se apodere del pueblo, formadas por casas viejas con techos de teja abombados por tantas nieves, pese a la inclinación de sus dos aguas, y de tres alturas muchas de ellas. Fachadas que han conocido mejores tiempos, algunas de piedra vista y otras encaladas. Puertas anchas y bajas, para que pasen tanto personas como bestias, algunas rematadas en arco. Ventanas pequeñas, pensadas más para proteger de la intemperie que para dejar pasar luz. Los interiores se adivinaban lóbregos pero acogedores.

Mientras examinaba esto oí música en las proximidades, que se iba acercando. Esperé para averiguar de qué se trataba.

Una banda militar recorría las calles, despertando a los vecinos para que tuvieran tiempo de prepararse para la misa mayor que habría de celebrarse a las nueve de la mañana. Siete soldados, con su superior de director, atacaban con alegría y algo de sueño, por lo intempestivo de la hora, aires soldadescos perseguidos por la chiquillería, que disfrutaba con este cambio en la rutina diaria. La banda se alejó por el final de la calle y yo regresé a la catedral, donde esperaban mis padres.

Aquel mi primer día en tierras de Aragón fui testigo de una curiosa e inquietante procesión. Tras la solemne misa en la catedral, celebrada por el obispo de la ciudad, los fieles salieron del templo y se agruparon en un costado de la misma, en la plaza de la Constitución que ellos llaman del Mercado.

Con el obispo y demás autoridades eclesiásticas y civiles, comenzó la romería que recorrería toda la villa, flanqueando una urna en la que transportaban las reliquias de la santa.

Cientos de personas vestidas para la ocasión y con el decoro debido, caminaban tras la urna y, como en todos los lugares, los más pudientes iban delante, trajes impecables y oscuros, corbata o pajarita, sombreros de copa y bastones tallados, bien rasurados con una pequeña perilla o bigote ellos y con recatados vestidos y amplios pañuelos las mujeres.

Cerrando la marcha los más humildes, los de siempre vamos, con pantalones, camisa y chaleco deslustrados, boinas o gorras, afeitados como buenamente podían. Las mujeres llevaban el mismo traje de diario y cubrían sus cabellos con amplios pañuelos, ya sin color por el jabón, la lluvia y el sol.

Romeros vestidos con roquetes blancos portaban cruces, a cuyo paso las gentes se santiguaban. Otros, en grupo, transportaban otras dos urnas, con reliquias de otros santos según entendí.

Ropajes típicos, instrumentos extraños, cruces, banderas y todo tipo de parafernalia, conferían ya de por sí un aspecto inquietante a la comitiva.

No fue esto sin embargo lo que me sorprendió, sino un pequeño enjambre de desquiciados que se situaron justo bajo la peana de la urna principal, de manera que se molestaban los unos a los otros y todos ellos a los que la transportaban.

Vestían como unos desarrapados, tanto mujeres como hombres, niños como ancianos. Todos ellos lucían diversos males, siendo el común de ellos la locura.

Aquellos infelices gritaban y lloraban, golpeándose en ocasiones bien el pecho en señal de penitencia, bien la cabeza o los muslos. El coro que formaban con sus plañidos tapaba la música de la banda municipal que acompañaba la comitiva, donde un grupo de baile, vestido con lo que imaginé serían vestidos típicos, golpeaban unos palos en armonía, produciendo un bullicio alegre y a la vez solemne.

No podía yo quitar ojo de aquellos dementes, que, según avanzaba la procesión, arreciaban sus gritos y desenfreno, hasta el punto de que los guardias civiles que escoltaban a la comitiva se tenían que ver en ocasiones en la necesidad de retirar a los más exaltados.

—Son los espirituados —dijo una voz a mi lado.

—¿Cómo dice? —pregunté al individuo que me hablaba. Era un anciano que se mantenía al margen, disfrutando con la romería.

—¿Italiano según veo? —contestó el hombre.

Con un poco de dificultad por mi mal español y el fuerte acento del anciano, logré entender que aquella procesión en honor a la santa patrona era tradicionalmente acompañada por aquellos infelices que creían estar poseídos por el diablo.

Según me contó, la decena de perturbados pasaba la víspera de la festividad encerrados en la catedral junto a las reliquias y en oración, para sacar los demonios del cuerpo. Los más dementes eran exorcizados y al resto se les bendecía y lanzaba hisopazos de agua bendita.

Conforme me contaba esto, avanzábamos por la calle. Ya me había perdido de mis padres hacía rato, pero no me preocupé. Una vez acabada la procesión nos encontraríamos en la oficina a la que teníamos que acudir.

Entretanto, los dementes continuaban con sus alaridos y lloros. Otros reían espasmódicamente y se arrancaban mechones de pelo. Mujeres a las que les faltaba la mitad de los dientes proferían aullidos inhumanos, desplomándose sobre sus compañeros y enervando aún más a éstos.

Paralíticos, enfermos de gota, de reuma y un sinfín de enfermedades más, todos ellos famélicos y harapientos, presos de ataques de histeria, lloros, gritos, desvanecimientos, dando saltos, golpes y tirones de pelo. Algunos giraban los ojos de tal forma que sólo se veía el globo blanco, mientras se convulsionaban en una marcha errática.

A los costados, las gentes más supersticiosas de las muchas que contemplaban la procesión hacían a escondidas el signo del mal de ojo cuando pasaban los locos, a la vez que de manera ostensible se santiguaban con devoción.

—La brujería está muy enraizada en nuestro pueblo —me dijo el anciano, que se había convertido en mi guía improvisado y voluntario, al ver que me daba cuenta del doble juego—. Esta gente cree de verdad estar poseída y nosotros fingimos creerlo también. Es más cómodo que ver la realidad.

—¿Y cuál es la realidad?

—La realidad es que están todos para ser internados en un hospicio, pero carecen de dinero para ello. Proviene de las zonas más pobres y, como imagino se habrá fijado, en su mayoría son mujeres. Estas montañas son muy duras y con mucho esfuerzo se les puede arrebatar aquello que el hombre necesita para vivir. No sobra nada. La sociedad aragonesa no es muy caritativa con la mujer, como descubrirás. Aquí, como en otros muchos sitios, nacer mujer es un problema y si se es pobre, peor aún. Además, la nieve y las montañas aíslan los pueblos. A veces a sus habitantes no les queda más remedio que juntarse entre ellos, con una hija, o hermana, sobrina o lo que toque en suerte. Y pocas diversiones hay además de la bebida, para calentar el cuerpo y el espíritu en las frías y largas noches de invierno.

Mientras hablaba continuábamos la marcha. Aquella franqueza me desconcertaba. Creo que mi condición de extranjero es lo que animó al anciano a confiarme su opinión.

—Así que estos pobres deshechos humanos son fruto de la vida. Errores de la Naturaleza y, creyéndolos sometidos al diablo o a la brujería, espantamos el horror a convertirnos en uno de ellos. Todo queda en un fenómeno sobrenatural. Hacemos el signo contra el mal de ojo y rezamos.

En esto llegamos a una plaza, llamada del Toro, donde se levantaba un extraño edificio.

Era éste cuadrado, de dos alturas y con una cúpula, que se remataba en una especie de mirador, de tal forma que asemejaba la empuñadura de una campanilla. Todo ello estaba rodeado de una verja, por la que sólo penetraron las autoridades, que enseguida asomaron a los balcones del primer piso.

Tras los rezos y entre el ruido de la música, los palos y las castañuelas, el obispo mostró a sus feligreses los restos de la santa, que a duras penas logró ver.

Fue el momento cumbre del paroxismo demoníaco. Al ver las reliquias, los locos aumentaron, si eso era posible, sus aullidos y lamentos, lanzando, algunos, atroces blasfemias, otros desnudándose delante de los romeros, que fingían perversamente su horror y cayendo otros al suelo con espuma en los labios.

Una vez terminada la desconcertante procesión, la muchedumbre que atestaba la plaza comenzó a disolverse. Me despedí agradecido del anciano, que, con un gesto de asentimiento se marchó en dirección a la catedral.

Yo también me alejé, en dirección a la ciudadela, donde nos tramitarían la documentación y allí me reencontré con mis padres, que ya habían conocido a unos compatriotas con los que conversaban.

Una vez que legalizamos nuestra situación en España, pudimos ir a comer a una de las fondas que tenían preparado un menú de santa Orosia, para un rato después coger de nuevo el autobús y subir a Canfranc.

La mañana del lunes llegó antes de lo esperado. Al grito de mi madre me levanté de la cama y me lavé en la pila de la cocina. Giuseppe ya había terminado el desayuno, que me aguardaba en la mesa, y se colocaba la gorra. En dos bocados lo engullí, planté un beso chorreante de huevo en la mejilla de mi madre y corrí escaleras abajo.

Armando llegó justo a tiempo y sin apresurarse, desafiante quizá, como para demostrar a mi padre que no estaba sujeto a sus deseos. Ambos se saludaron con cautela y yo le tendí la mano.

Con mi padre y mi hermano ascendimos por la polvorienta carretera hasta la explanada. Aproveché para examinar los alrededores. La vista era majestuosa. Altas laderas, cubiertas de bosques. En lo alto volaban en círculos enormes águilas, señoras del aire que no precisaban agitar sus alas, salvo en alguna ocasión y con desgana.

—Son quebrantahuesos —dijo Armando al ver lo que miraba—. Se llaman así porque cogen sus presas, las suben hasta ahí arriba y luego las sueltan sobre las rocas para que se partan sus huesos y puedan comerlas.

No supe si creerle, pero entretanto habíamos llegado.

El primer día de trabajo se confirmaron mis temores. Nos presentamos en la oficina principal, un barracón de madera, donde se encontraban los capataces.

A mi padre lo recibieron como uno más en cuanto se presentó. A mí, en cambio, me mandaron esperar fuera, con otros cinco recién llegados a la espera de que se me asignara a una cuadrilla de trabajo. Me entretuve examinando el trasiego que había. Verdaderamente la obra era descomunal. Cientos de trabajadores pululaban por allí. Camiones y maquinaria pesada se disputaban el paso con animales de carga con los espinazos doblados por el peso.

Cuando salieron los capataces, uno de ellos, que debía ser ayudante del ingeniero, nos fue llamando por el nombre y asignando cuadrilla.

Aguanté el aliento hasta que me nombraron. No me había librado. Me asignaron a la cuadrilla de mi padre. Alguno de los recién llegados, al comprobar que el apellido de mi capataz y el mío coincidían, me lanzó una mirada como diciendo: los hay que tienen suerte.

«¿Qué sabrás tú?», me dije. Aunque no tenía muchas esperanzas, había rezado para poder estar fuera del alcance de mi padre y me destinaran a otra cuadrilla.

Juntos nos encaminamos hacia la zona donde se levantaría la estación. Él llevaba en la mano unos planos enrollados y en la otra el almuerzo. Yo sólo llevaba esto último.

—Los de la cuadrilla del Goliero, que vengan cagando leches —gritó otro capataz, al que mi padre había estrechado la mano.

Según supe después el tal Goliero era el maestro de obra al que Giuseppe sustituiría y que había hecho las maletas dos días antes, cuando supo que llegaba sustituto. Luego me enteraría, quizá demasiado tarde, de que el tal Goliero estaba deseando marcharse y si no lo hacía era porque la empresa le retenía la paga.

Una treintena larga de hombres que estaban en grupos charlando, se acercó.

—Soy el nuevo capataz. Podéis llamarme José, pero no quiero oír ninguno de esos apodos que se os suelen ocurrir. Imagino que cada uno sabéis qué tenéis que hacer, así que no perdamos tiempo. Empezar por lo que dejasteis la semana pasada y cuando termine de examinar los planos ya os iré diciendo. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada y nos adentramos en la obra. Desde fuera pude ver la forma que tendría el edificio. Era larguísimo. En realidad nunca había visto una estación de ferrocarril de semejantes dimensiones. Solamente estaba levantada y sin terminar la primera planta. Por todos lados había cimbras, grúas, andamios, encofrados, máquinas, poleas y cuerdas, como en cualquier otra edificación, que dificultaban una visión general, pero me quedé impresionado por su tamaño.

—¿Tremenda, eh? —me dijo un compañero al ver cómo miraba—. Casi como nuestro nuevo capataz. Vamos aviados. Parece de los malos. Al viejo Cagalero le teníamos cogida la medida, pero este tirano va a ser duro de roer, ¿no te parece?

—Y que lo digas. Es mi padre —respondí resignado.

—Vaya, lo siento. No era mi intención...

—No, no te preocupes. Conozco a mi padre y te puedo asegurar que va a resultar duro de roer, como dices.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Me llamo Nicolás.

Nos estrechamos la mano. Parecía un tipo simpático. Dijo que era de un pueblo que estaba cerca de Barcelona y que por eso tenía fama de tacaño. Vivía en uno de los edificios que se habían levantado para los trabajadores, compartiendo habitación con un gallego. Me presentó a los demás compañeros, sin olvidar apostillar que era el hijo del nuevo capataz por si alguno de ellos metía la pata. Aquello me proporcionó unas cuantas miradas recelosas del estilo «ya irá éste a contarle a su padre todo lo que hablamos y hacemos», algo que tenía asumido.

Nicolás se convirtió en el mejor amigo que tuve en la obra. Con su carácter dicharachero compensaba mi natural mutismo. Gracias a él, pronto fui considerado uno más y hasta mis compañeros rebajaron el recelo que sentían por mí, sobre todo cuando comprobaron que mi padre me mandaba los trabajos más pesados, algo a lo que también estaba acostumbrado, como si tuviera que demostrar en cada ocasión que no tenía preferencias, demostración realizada naturalmente a mi costa.

Durante esa primera semana me enteré de muchas cosas. Cosas que me hicieron dudar de si habríamos hecho bien viniendo a España.

Por unos y otros llegué a saber el motivo por el que el tal Goliero, al que apodaban Cagalero, se había marchado, al igual que otros muchos. Existía entre los obreros un rumor muy extendido de que aquella construcción estaba gafada. Algunos

afirmaban que existía una mano negra detrás que no deseaba la culminación del proyecto ferroviario.

Según afirmaban, los sabotajes eran continuos. Los accidentes mortales estaban a la orden del día y ni siquiera el tamaño colosal de la obra justificaba tantos infortunios. Nadie parecía querer admitir, incluso los periódicos lo tapaban, que, solamente en la construcción del túnel más largo, en el que había estado trabajando mi hermano, habían perdido la vida decenas de hombres y que casi el doble había abandonado la obra a todo correr, dejando algunos sin cobrar lo que se les debía, pues tal era la prisa en marchar.

Faltaba material y presupuesto. La prensa lo achacaba a la recién terminada guerra, pero en la obra aseguraban que no era cierto. España se había mantenido al margen y no tenía pérdidas, aunque la guerra que mantenía con Marruecos desgastara mucho. El material que llegaba lo hacía con retraso y en ocasiones era defectuoso.

Además se había solicitado en diversas ocasiones al gobierno de España que abordara la construcción de más casas para los obreros y más tarde para los empleados que precisaría una estación de aquellas dimensiones y en cada ocasión se había recibido el silencio por respuesta.

Otros afirmaban que el proyecto sería un fiasco. Con sorpresa, me enteré de que el ancho de la vía utilizado en España era diferente al del resto de Europa. Diferencia que según afirmaban se debía a un error involuntario y que costaría mucho dinero subsanar. Al ser el ferrocarril transfronterizo lo lógico era que el ancho de la vía fuera el usado internacionalmente, pero el ministerio de la Guerra, aduciendo una eventual invasión por esa puerta de entrada, se negaba. Las empresas afirmaban, incongruentemente, que, de hacer un ancho internacional, el coste sería desproporcionado y no compensaría, así que finalmente habría dos anchos. Uno desde la estación hasta el país vecino y el otro por España. Esta melonada obligaría a traspasar toda la mercancía de un tren francés a uno español y viceversa, con el tremendo coste de tiempo y mano de obra que eso suponía.

Si a todo esto se sumaba la inclemencia del tiempo, con unos inviernos muy crudos, pese a que el pasado no lo había sido en extremo, era normal que los trabajadores se mantuvieran sólo el tiempo justo para buscar otro trabajo lejos de allí y desaparecer.

Trabajando mucho y descansando poco, transcurrieron las dos primeras semanas. Con excepción del domingo, el resto de los días levantamos cimbras para arcos de puerta, sin ningún incidente señalado.

Fue el segundo domingo cuando la cosa comenzó a cambiar. Nicolás, del que ya me había convertido en compañero inseparable, me había propuesto el viernes bajar a Jaca y acudir a un baile. Aprovecharíamos para ir a casa de un maestro de esa ciudad al que él conocía y hacer unas chapucillas, con las que nos sacaríamos unas pesetas que nos vendrían de perlas en el baile.

Según lo previsto nos presentamos en la casa del maestro. Nos abrió la puerta su madre, una anciana encogida, que llevaba escrita en las arrugas de la cara la dureza de la vida. La mujer nos condujo a la cocina, para lo que cruzamos un estrecho pasillo en el que se oían unas voces.

Una puerta se abrió y asomó el profesor, que nos saludó con amabilidad. Me extrañó que siendo domingo impartiera materia, pero el misterio quedó aclarado al saber que una indisposición de la alumna en cuestión la había tenido postrada durante la semana.

Mientras Nicolás recibía las explicaciones pertinentes de la anciana yo eché un vistazo con disimulo a la habitación que servía de aula.

He oído hablar de flechazos. Del que lo sufre se dice en mi patria que ha sido atacado por el rayo. Lo mío fue algo parecido.

En la salita se encontraba una joven alta y morena. Estaba sentada frente a una mesa, no muy segura de si debía saludarnos o seguir con la lección. Por un momento nuestros ojos se encontraron y quedé sin aliento. Los de la chica eran castaños, enmarcados en un rostro claro y sin imperfecciones, de pómulos altos. Una cascada de pelo negro y ondulado le caía sobre los hombros, que llevaba extrañamente encogidos. Más tarde pude comprobar que era por un exceso de timidez, para disimular su estatura y pasar más desapercibida.

Apenas pude darme cuenta de que se sonrojaba, pues ya Nicolás me empujaba hacia la cocina, donde nos aguardaba la tarea.

En eso estábamos cuando ella entró con la excusa de beber un poco de agua. Con coquetería pasó delante de nosotros, que, inclinados en una esquina, amasábamos el material. De reojo pude apreciar la largura y firmeza de sus piernas, a duras penas contenidas por la comedida falda oscura, que le llegaba hasta las pantorrillas. Tenía caderas anchas y cuando se dio la vuelta pude intuir unos pequeños pero bien modelados pechos.

Sin mirarnos salió de la estancia y se concentró en la lectura, olvidando, a propósito creo yo, cerrar las puertas, para que escucháramos su voz cantarina que recitaba la lección.

—... el tritón, la salamandra, sapos y ranas habitan a poca altura. El águila real, los quebrantahuesos, los rebecos, el corzo, osos, lobos, zorros...

Mientras percibía cómo la chica formulaba trabajosamente las palabras, busqué una excusa para salir de la casa y cruzar el pasillo de nuevo. Recogí un saco, me lo coloqué al hombro y volví a subir las escaleras.

—... arbustos de boj y enebro, arándanos. Hay pinos negros, hayas, robles. Cantidad de flores inundan la montaña, siendo la más tímida la flor de nieve.

—¿Cuál es la flor de nieve? —preguntó la chica.

—La *Leontopodium alpinum* —contestó el profesor—. Una herbácea vivaz que vive a grandes altitudes en las montañas de Asia y Europa. Las flores se forman en capítulos rodeados de hojas lanosas, parecidas a pétalos. Es la flor nacional de Suiza. Son fáciles de encontrar en nuestras montañas. Continúa por favor.

—Esta hermosa flor recubre los montes ásperos nombrados en el *codizo colis*...

—No, no. Nombrados en el Códice Calixtino.

—¿Qué es eso?

—Un códice es un libro de hojas de pergamino o papiro unidas por el mismo lado y con cubiertas de madera, que sustituyó a los antiguos libros, formados por una tira de pergamino enrollada en sus dos extremos...

Me perdí el resto de la explicación porque Nicolás cerró la puerta de la cocina.

—¿Estamos o no estamos? —preguntó molesto—. Déjate de tonterías y estate a lo que debes. Así no acabaremos nunca y quiero terminar y largarme con el dinero en el bolsillo cuanto antes. Olvídate de la chica, que ésa no es para ti.

—Hablas igual que mi padre —repuse divertido. De haberle oído se hubiese quedado sorprendido, ya que Nicolás no se destacaba por su laboriosidad.

—No mientes al diablo —repuso haciendo en broma la señal de la cruz—, que nunca se sabe y puede asomar su cola en cualquier momento.

Reímos los dos y continuamos colocando los azulejos en la pared. Nos llevó el resto de la mañana terminar de alicatar la cocina. Para entonces ya nos habíamos tomado la cerveza que amablemente nos había ofrecido la madre del profesor y la chica, para mi desilusión, se había marchado.

Nicolás le cobró a la anciana diez pesetas. Buen dinero teniendo en cuenta que el material nos había salido gratis porque provenía de la estación. Si mi padre se llegaba a enterar, no quería ni imaginarme qué sería capaz de hacerme.

El recuerdo de un brillo en unos ojos castaños, no obstante, me hizo olvidar la fortuna recién adquirida.

Capítulo II

Julio de 1922

Aquél resultó ser el clásico día que hubiese estado mejor en la cama sin moverme. Todo salió mal. Desde que me levanté hasta que me acostaron, y no en mi cama precisamente, se encadenaron todo tipo de infortunios.

Llevábamos sólo algo más de un mes en España y ya iba a ganarme los primeros enemigos. La semana había empezado torcida. El lunes empezamos a colocar un encofrado que nos llevó todo el día y parte del martes. No era muy grande, pero se habían acabado las tablas de madera necesarias. Un malentendido con otra de las brigadas era el culpable. Así que mi padre nos mandó a Nicolás y a mí a buscar más al almacén. Estaba vacío, no había ni una tabla. Probamos en el segundo almacén. El encargado no nos dejó ni acercarnos a los últimos tablones que quedaban. Alegaba que debía tener los recibos de entrega en regla y que aquel material era para uno de los silos y no para la estación.

Nicolás me cargó el muerto de dar la noticia. En cuanto regresamos hizo mutis por el foro y me dejó solo. Mi padre se puso hecho una furia, no queriendo atender a razones. Rauda, marchó al almacén con las autorizaciones y, por lo que me comentaron luego, el encargado no se quedó atrás en sus gritos. Para la hora de la cena, Giuseppe estaba como un basilisco, lo cual no me pillaba de nuevo.

A primera hora del martes llegaron varios camiones llenos de tablones. Mi padre los recibió personalmente al pie del almacén, no permitiendo que el material traspasara la puerta hasta no haber satisfecho su pedido.

Nuestra brigada tuvo que descargar a un ritmo infernal todas las tablas de un par de camiones, antes de que el escandalizado encargado, que no había olvidado la escena del día anterior, llegara con grandes aspavientos. El choque con mi padre fue terrible y, mientras, aprovechamos para alejarnos con la madera.

Ya íbamos con retraso, así que mi padre nos metió prisa, trabajando él a toda máquina. Mis compañeros no se atrevían a quejarse delante de mí, pero en sus miradas adivinaba lo que pensaban.

Era demasiado tarde ya para verter el hormigón cuando terminamos de colocar las varillas en su sitio y por una vez mi padre dio su brazo a torcer. Permitted que nuestro material fuera empleado en otro lugar, eso sí, con la garantía de que el primer hormigón amasado del día siguiente sería para nosotros.

A media mañana del miércoles teníamos el hormigón vertido y seguimos con otros quehaceres, dejando que fraguara, cuando un individuo preguntó por el jefe de brigada. Apareció mi padre en el hueco del último piso, con el torso desnudo y un plano que estaba examinando en la mano.

—Soy yo —contestó a gritos desde arriba—. ¿Qué quieres?

—¿Eres el jefe de la brigada que ha utilizado el hormigón de la mañana? — preguntó tranquilamente aquel tipo.

—Sí, ¿qué problema hay?

—Casi nada —repuso inmutable el hombre—, sólo que los que han hecho la masa, se han hecho un lío con las mezclas y ese hormigón no va a fraguar, por lo menos, hasta que las ranas críen pelo.

—¿Cómo que no va a fraguar? —chilló poniéndose rojo—, pero ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes, que tendréis que dismantelar todo y volverlo a hacer.

—Pero ¿tú sabes lo que dices? Llevamos un montón de retraso...

—¡Eh, eh!, a mí no me grites, que yo no tengo la culpa. Solamente he venido a avisaros —contestó el individuo alejándose.

Para cuando nos dimos cuenta, mi padre había bajado por los andamios y bramando se dirigía a uno de los encargados de la obra, para quejarse.

Aquella noche la cena fue aún más silenciosa que de costumbre, si eso es posible. Según acabé, recogí el plato y me fui derecho a mi habitación no fuese que a mi padre le diera por abrir la boca, lo cual no sería nada agradable.

De esta manera llegamos al jueves, el día crítico de aquella semana. Para empezar se había terminado el cemento y ya había brigadas que estaban haciendo trabajos alternativos para no permanecer ociosas.

Puede parecer extraño que una obra de semejante envergadura se quedara de continuo sin materiales, pero aquél estaba resultando, al decir de las gentes, un año malo y todo escaseaba, no sólo el hormigón, sino el gasóleo, el hierro, el carbón, los mismos alimentos. Madera había, naturalmente, toda la que quisiéramos, pero sin combustible para las máquinas y los camiones y con las continuas caídas de tensión eléctrica, los aserraderos funcionaban a espasmos y todo se retrasaba.

Mi padre, desesperado por la demora en los plazos, telefoneó a un almacén desde la línea que habían colocado en una de las casetas, a la que sólo tenían acceso los encargados. El sonido no era muy claro y el español de mi padre dificultaba el diálogo. Necesitó repetir varias veces la llamada, que se cortaba continuamente y gritar, hasta hacerse entender con los del almacén. Sin necesidad de que nos lo contaran, supimos que el único chófer de camión del que disponía aquel almacén se encontraba indispuesto, no sabiendo si para el viernes o sábado podrían mandarlo.

Normalmente la carga de cemento llegaba por tren, con un transporte de varios vagones cada vez que se precisaba. Ahora la impaciencia de mi padre y el retraso de los proveedores habituales obligaban a llamar a un abastecedor local. Con un camión no teníamos ni para empezar, pero a nuestra brigada le sería suficiente para ir tirando hasta el próximo envío.

Al final llegaron a un acuerdo. Si enviábamos a un chófer experimentado, éste traería el vehículo, con la condición de que si le sucedía algo al camión se tendría que hacer cargo la obra.

Cuando colgó y salió de la caseta, esperamos expectantes a ver qué sucedía. Habló con uno de los responsables. Éste le señaló al jefe de personal, que en esos momentos salía de su caseta. Corrió hacia él e intercambiaron unas palabras. El jefe de personal rebuscó en la carpeta que llevaba, hasta que encontró una hoja, que estudió con atención. Le vimos hacer unos gestos de negación con la cabeza. Mi padre le miraba por encima de su hombro, algo fácil pues le sacaba una cabeza, le señalaba la hoja una y otra vez, repitiéndose los gestos del encargado.

El pobre hombre parecía cada vez más amedrentado. Cerró la carpeta e hizo un gesto de disculpa mientras mi padre venía hacia nosotros con cara de pocos amigos.

—¿Alguno de vosotros sabe conducir un camión? —preguntó desde lejos.

Mis compañeros se miraron entre sí. Nadie sabía o por lo menos no quería admitirlo. Nicolás me hacía gestos para que me separara, temiendo que mi padre se fijara en mí.

—Pero ¿es que nunca habéis conducido un vehículo? —volvió a preguntar esta vez en tono más alto.

Los albañiles negaron con la cabeza. Seguramente pensarían que al fin y al cabo no era su trabajo. Además, si no había hormigón, no les meterían tanta prisa con el encofrado y se resarcirían de aquella agotadora semana de trabajo.

—Eduardo, ven aquí —ordenó mi padre. Recurría a su última esperanza. Sabía que en Italia había conducido en varias ocasiones.

—Quiero que cojas la bicicleta —me explicó, conduciéndome del brazo hacia ella —, dentro de media hora baja el tren hasta Jaca. Allí pregunta cómo llegar al almacén. No debe estar muy lejos. En cuanto llegues, que carguen el camión lo más rápidamente posible, metes la bici encima y te vienes sin perder tiempo. Si te preguntan de qué trabajas aquí, les contestas que eres conductor de los camiones que llevan madera. ¿Has entendido?

—Sí, padre, no hay problema.

Nicolás, que se encontraba cerca con una carretilla, levantó los ojos al cielo, desesperado por mi ingenuidad.

—Sobre todo no te retrases, que te estaremos esperando. Esta tarde tendremos terminado parte del nuevo encofrado y haremos la masa que necesitamos para verterla y que se seque lo antes posible.

Cogí la bicicleta y me acerqué a las vías a esperar el tren. No era mal negocio. Mis compañeros habían errado en sus cálculos y les esperaba una jornada de trabajo demoledora. Mientras, yo conduciría. Era una de las cosas que más me gustaba. Montar en cualquier cacharro con motor y sentir cómo obedecía mis órdenes.

Monté con la bicicleta en una plataforma de la que habían descargado un montón de enormes tubos de hierro, en los que una persona podría entrar a gatas sin dificultad, y que se utilizaban para los desagües. Me quité la camisa y me tumbé en la plataforma, dispuesto a tomar el sol y relajarme hasta que llegara a Jaca.

Se estaba de maravilla, sobre todo cuando la locomotora cogía velocidad y la brisa me daba de lleno. El paisaje salvaje era cautivador, los pájaros, algún rebeco, caballos y los rebaños de ovejas que se divisaban, hicieron que el recorrido me pareciera muy corto. Cada vez que pasábamos por delante de un grupo de casas, el maquinista hacía sonar el silbato y las gentes abandonaban sus tareas, para mirar la máquina, a la que aún no se acostumbraban. Yo devolvía los saludos de algunos niños que, encantados con el silbido, corrían un tramo hasta quedar atrás.

Atravesamos los diecinueve túneles con un estrépito ensordecedor. En su interior tenía que cerrar los ojos y aguantar la respiración ya que el penacho negro de humo envolvía todos los vagones. El fragor se repetía en los puentes, que vibraban a nuestro paso. Cuando el tren tomaba una curva podía ver a los carboneros, con el rostro y la ropa llenos de carbonilla, que alimentaban las fauces de la bestia a paletadas.

Finalmente el tren se detuvo en la estación de Jaca. Bajé la bicicleta y me acerqué a un taller de albañilería que en alguna ocasión había visto. Allí me podrían indicar dónde estaba el almacén de cemento. El encargado del taller, un viejo simpático, me explicó, con el fuerte acento cheso de la región, que me costó entender, cómo tendría que salir de la ciudad y encaminarme dirección este, al pueblo de Sabiñánigo, a dieciocho kilómetros. En las afueras encontraría un almacén con altos montículos de arena y de cemento.

Disfruté del paseo. Debo reconocer que no me di demasiada prisa. Calculé que una vez cogiera el camión pararía en el pueblo de Castiello, donde me regalaría con una buena comida. Con la boca hecha agua y rugiéndome el estómago seguí pedaleando.

A las afueras del pueblo me aguardaba la cementera y una sorpresa. Eran las fiestas patronales. La semana anterior había sido la fiesta de la Virgen del Carmen en Canfranc y junto a Nicolás lo habíamos celebrado por todo lo alto. Cogimos una cazorza de padre y muy señor mío, y terminamos abrazados a dos mujeres, cinco o seis años mayores que nosotros. Ninguno de los dos fuimos capaces después de recordar qué hicimos con ellas. Este domingo repetiríamos la hazaña en Sabiñánigo.

Entré en el recinto del almacén y enseguida descubrí el camión. Apoyé la bicicleta en la entrada y me acerqué a donde estaba el que parecía el encargado, sentado en una pequeña oficina, con los cristales casi opacos de la suciedad.

—Hola. ¿Es usted el encargado? —pregunté asomando por la puerta.

—Sí, señor —contestó el tipo quitándose el cigarro de la boca—. ¿Qué deseaba?

—Me mandan de la estación de arriba. Vengo a por el camión.

—Pero, vamos a ver. ¿No les he dicho que el camión está para reparar? —preguntó levantando la mirada al cielo, como invocando paciencia.

—A mí me han dicho que tenía que venir a buscar el camión, porque el conductor se encontraba indispuerto.

—Ese maldito italiano no se ha enterado de nada —me dijo de mala manera—, es el camión el que está jodido, no el conductor. Se lo he dicho treinta veces.

—El maldito italiano es mi padre —contesté cortante.

—Sí, bueno —repuso más suave, tras calibrar mi estatura y corpulencia—, el caso es que le he repetido varias veces que no hay nada que hacer. El camión está roto y tardaré una semana en disponer de él según el mecánico.

No se podía hacer nada, por lo que me despedí de aquel hombre y pedaleé hasta Jaca de nuevo. Estaba gafado. No salía otro tren para arriba hasta el día siguiente, ya que la carga se había retrasado. El teléfono estaba otra vez cortado y no podía avisar a mi padre. No me quedaba otra alternativa que coger la bicicleta y subir hasta la estación. Eran treinta y seis kilómetros de subida, pero quedarme hasta el día siguiente esperando el primer tren estaba descartado. Mi padre podía sacarme la piel a tiras.

Armándome de valor, comencé la ascensión. Con un poco de suerte, quizá algún camión subía y podía montarme, pero no me quise hacer muchas ilusiones.

Tuve suerte. Casi nada más salir de Jaca pasó una camioneta que iba hasta mitad de camino, donde tenía que dejar un extraño artefacto en un caserío. Monté la bicicleta atrás y me acomodé junto al conductor, con el que estuve charlando hasta que llegamos.

Me despedí y volví a pedalear cuesta arriba. Media hora más tarde y sin haber avanzado mucho, estaba ya todo sudado y sofocado. Llegué a una zona un poco más plana y aproveché para coger el resuello. Observé a la distancia que el camino describía una fuerte curva para salvar un prado. Un camino hecho seguramente por las bestias de carga parecía atajar el trayecto acortando por el prado y, sin pensármelo dos veces, me metí por él.

El prado tenía una suave loma y las copas de unos árboles emergían a mi izquierda. Pedaleaba rápido para salir lo antes posible, no fuera a ser que apareciera el propietario del terreno y tuviéramos jaleo.

Cuando me quedaba poco para llegar a la carretera de nuevo, oí unos gritos provenientes del arbolado. Me detuve aguzando el oído para ver si se repetían. Otra vez llegaron de la misma dirección. Parecía gritos de auxilio de una mujer.

Dejé la bici en el prado y corrí en dirección a la arboleda, tratando de guiarme por los esporádicos gritos. Desde lo alto de la loma vi correr a una niña de unos catorce años, huyendo a la vez que miraba a su espalda. Inmediatamente detrás, un hombre bien vestido perseguía a la chica.

El sonido me había jugado una mala pasada. Creía estar próximo al origen de los gritos pero había más distancia.

El hombre alcanzó fácilmente a la niña, a la que la larga falda impedía correr. Le dio un fuerte tortazo y la tiró al suelo. La sujetó contra el suelo pisándole la falda a la altura de la entrepierna, inmovilizándola mientras se bajaba los pantalones. Seguidamente, y mientras yo acudía corriendo, le levantó la falda y se tumbó encima

de ella. La cría trataba desesperadamente de zafarse de la presa, pero el hombre no tenía problemas para someterla.

Cuando llegué hasta ellos, la niña ya se había dado por vencida y lloraba desconsolada, mientras su atacante con los pantalones bajados hasta las rodillas la embestía sin piedad, resoplando como un cerdo.

Cogí a aquel desalmado por el cuello y de un solo tirón lo levanté. Se dio la vuelta, sorprendido. Cegado como estaba no me había visto ni oído.

Su asombro dio paso a un gesto de furia. No le duró mucho. De un puñetazo le cambié la cara tirándole al suelo. Trató de levantarse, pero antes lo tenía cogido otra vez por el cuello. Le metí tal rodillazo en las pelotas que le cortó la respiración.

No pude continuar. No sé de dónde aparecieron detrás de mí dos labriegos armados con azadones. Uno de ellos me golpeó con el suyo en la espalda cayendo yo al suelo. No me permitieron levantar, continuando con una paliza de la que yo a duras penas lograba zafarme, protegiéndome encogido en el suelo.

—Dejarlo —ordenó jadeando el cabrón levantándose del suelo—. De dónde has salido tú, hijo de puta, que te voy a moler a palos.

Mientras me decía esto me daba patadas allí donde podía entre las risas de sus compañeros. Ahora el dolor que yo sentía era menor y traté de levantarme para defenderme, pero uno de los labriegos que estaba atento me pegó con el azadón en la cabeza y eso fue lo último que percibí.

Desperté con un fuerte dolor de cabeza. No lograba enfocar la vista. Me encontraba tumbado en algo frío y duro. Poco a poco la visión se fue aclarando y pude incorporarme. Una sensación de mareo me recorrió, pero fue pasajera. Miré detenidamente lo que me rodeaba. Aquello no tenía nada que ver con lo último que había visto.

Sin saber cómo había llegado hasta allí, me encontré en una habitación toda de piedra, junto con otras diez personas, algunas de ellas tumbadas, como yo momentos antes, en unos bancos, también de piedra, que rodeaban toda la sala. El techo era alto y no había más aberturas que una puerta baja de recia madera y una angosta ventana con una extraña forma.

Alguno de los compañeros me resultaba conocido de la obra, pero no parecían dispuestos a conversar. Me quedé sentado a la espera de acontecimientos. Pronto me di cuenta de que la luz que entraba por la ventana menguaba, dificultando la visibilidad.

De pronto restallaron en aquel silencio unos chasquidos provenientes de la puerta, que acallaron los escasos comentarios. Entraron tres hombres, dos de ellos armados de largos palos y con un desvaído uniforme gris. El tercero vestía el mismo pantalón pero no llevaba chaqueta, sino una pringosa camiseta que había conocido tiempos mejores. Éste llevaba un caldero y una pila de platos, que dejó en el suelo. Volvió a salir y trajo una garrafa, que depositó al lado de la olla. Después se marcharon sin decir ni una sola palabra.

Dos de mis compañeros se levantaron y se sirvieron de la comida con un cucharón. Seguí su ejemplo y me serví una pequeña cantidad en uno de los platos de hojalata. Habían dejado unas cucharas de madera como único cubierto y me retiré con una a mi lugar. Aquello tenía una pinta espantosa. Nunca he sido de difícil contentar pero esa bazofia resultaba repugnante. A pesar del hambre que sentía fui incapaz de engullir más de tres o cuatro cucharadas y dejé el resto. Algunos de los comensales que me acompañaban habían terminado con avidez su manjar y miraban con aire expectante los restos de mi plato. Me desentendí de todo y me tumbé.

La porquería que nos habían dado no tardó en hacer efecto. Un hedor insoportable se extendía por la sala mientras mis compañeros aliviaban sus intestinos en un agujero practicado en el suelo y que había escapado a mi primer examen. La letrina era del grosor de un brazo y no siempre lograba abarcar todo lo que por ella era arrojado, sobre todo cuando quien lo utilizaba sufría descomposición. El olor a excrementos y orines era cada vez más inaguantable sin que la escasa ventilación del ventanuco pudiera hacer nada por disiparlo.

Aquella noche se hizo interminable. Me preguntaba qué es lo que hacía en ese lugar y qué iba a ser de mí. Uno de mis compañeros profería gritos sin causa alguna despertándonos a los demás, lo que motivaba nuevas visitas al agujero, incluso por mi parte, con un nuevo brote de hedor. Hasta volver a coger el sueño, se podían oír ronquidos y ventosidades.

No podría precisar a qué hora desperté por última vez. Todavía no asomaba luz por la ventana. Algunos de mis compañeros también se habían desvelado y se sentaban en el banco, con la mirada fija en el suelo. Un par de los que parecían conocerse hablaban en voz baja. Uno de ellos tenía una venda alrededor de la frente, totalmente empapada en sangre, y el otro lucía una línea rojiza por debajo de la nuez, como si alguien hubiera tratado de estrangularlo. A pesar de ello ninguno parecía dar importancia a sus lesiones.

Pasarían un par de horas más hasta que se oyeron de nuevo los chasquidos en la puerta. Para entonces el sol ya había asomado y su luz proporcionaba una penumbra que permitía distinguir lo que hasta ese momento no eran más que siluetas.

Entraron los mismos individuos que habían traído la cena, con las mismas ropas y con algo más de pelo en sus rostros. Sin duda no tocaba afeitarse aquella jornada.

Mientras sus compañeros nos controlaban, el descamisado recogió la pitanza nocturna y la sustituyó por una vasija de barro que contenía gachas de avena. Sacó la garrafa y trajo una jarra enorme llena de leche aguada y unas hogazas de pan. Volvió a cerrar la puerta otra vez sin hablar.

Recogimos nuestro desayuno. No tenía tan mala pinta como la cena. Arranqué de la hogaza un buen trozo y con parte de la miga limpié los restos de la cena de mi plato. Luego la arrojé por el agujero. Me serví las gachas, las rocié de leche y me dispuse a comer. Estaban rancias y el pan duro como una piedra, pero el hambre

acuciaba y traté de pensar en un buen desayuno mientras permitía que la miga chupase toda la leche que las gachas habían dejado.

Me volví a tumbar y con el estómago ya más tranquilo dormité un poco. No fue mucho rato, ya que se volvieron a oír los chasquidos en la puerta. Los tres tipos mal encarados asomaron. El de la camiseta mascaba algo que escupía al suelo. Llevaba en la mano un papel que se había ensuciado con la mugre de sus manos. Se lo acercó a los ojos y con dificultad leyó en voz alta un nombre. Tenía una voz cavernaria, como si sufriera alguna enfermedad en los pulmones.

El nombrado se levantó de su sitio y fue escoltado fuera de la sala. Se oyó un sonido que no logre interpretar seguido inmediatamente de un grito de sorpresa y unas risas corearon el grito. Después no se oyó nada más.

Durante toda la mañana se sucedieron los llamamientos. Se daban en grupos de seis. Mi turno fue el último. Solamente quedábamos cinco presos en la celda. El mayor de mis compañeros, un hombre desdentado, se pasaba preocupado la mano por la cara constantemente, como si quisiera ahuyentar malos presagios. Desde que me despertara por primera vez en aquel lugar la noche anterior no había intercambiado palabra alguna con nadie, y ahora no me parecía un buen momento para romper la costumbre.

Volví la cabeza al oír la puerta. Asomó el indescriptible personaje, con una brizna de paja colgándole de la comisura de la boca. Miraba con aire de extrañeza el papel que había ido tachando según salían los presos. Por fin tras largas dudas, acertó a pronunciar lo que tanto esfuerzo le estaba costando.

—*Bigui* —dijo tras carraspear, agitando el papel delante de sus ojos—, Eduardo *Bigui*, o como cojones se diga.

No quise sacarle de su error de pronunciación. Se dio la vuelta y me precedió en la salida. Con los otros dos guardias siguiéndonos, entramos en una sala, también por entero de piedra, que tenía el suelo mojado. En una de las esquinas había un agujero en el piso por donde desaguaba. Mientras los uniformados esperaban en la puerta, el carcelero me ordenó desnudarme mientras cogía una gruesa manguera que colgaba de la pared. Me hizo un gesto para que dejara la ropa en una de las esquinas que se encontraba prácticamente seca y me pusiera contra la pared, cerca del desagüe.

Abrió el grifo y con una sonrisa en la cara, dirigió hacia mí el fuerte chorro de agua helada, que casi me hace caer. Aguanté la impresión sin abrir la boca, cosa que pareció molestar a mi carcelero. Al parecer le había hurtado su momento de placer. Lo pagó con una ración extra de baño, que orientó principalmente a los testículos y a la cabeza.

Cuando consideró que ya estaba lo suficientemente mojado, me tiró una pastilla de jabón con la que debía frotarme. Lo hice por todo el cuerpo, a pesar del olor que despedía la pastilla, incluyendo el pelo.

Aquel cerdo aprovechó que estaba cegado por el jabón, para abrir de nuevo el grifo y acertarme de pleno en los testículos. Me di la vuelta ofreciéndole la espalda

para poder aclararme rápidamente la vista.

Me hizo ponerme acuclillado con las piernas abiertas, encañonándome el ano con el chorro. Yo con una mano sostenía el equilibrio y con la otra me protegía mis partes en un intento de que el agua no me las arrancara.

Por fin terminó el aseo. Con un pedazo de lienzo pude secarme de cualquier forma y me permitieron vestirme.

—Italiano —ladró el carcelero—, péinate un poco, que vas hecho una piltrafa. Te vamos a llevar ante su señoría y no le gustan los desarrapados como tú. Si te ve con esa pinta, vas a pasar comiendo gachas por lo menos dos meses.

La posibilidad de que pasara allí dos meses pareció hacerle mucha gracia. Todavía se reía cuando descendimos una empinada y estrecha escalera. Debíamos estar en un tercer o cuarto piso. Abajo, me metieron en otra sala. También estaba vacía, aunque por lo menos tenía un banco corrido de madera. Parecía provenir de alguna iglesia, por los labrados que llevaba, y estaba cubierto de palabras y dibujos, algunos obscenos, grabados en el barniz por los presos que allí aguardaban su suerte.

Me senté en el extremo más alejado de la puerta. Pude leer esculpido que un tal Nicanor había estado allí y que cuando saliera iba a arrancarle la cabeza a un tal Hermosillas.

Mis cuatro compañeros también llegaron después de la ducha helada. Cuando lo hizo el último, nos ordenaron salir, encadenándonos unos con otros. De esta forma tan humillante abandonamos aquella cárcel. Fuera, aguardaba un destartalado carruaje cerrado, en el que nos metieron, entre las pullas de un grupo de niños, que se divertían. Una vez sentados y a oscuras, teniendo como única luz la que se filtraba por la rejilla de aireación, aguardamos a ponernos en marcha. El carruaje sería tirado por dos jamelgos, que a duras penas podrían con nosotros.

Yo estaba inclinado hacia delante ya que el techo era bajo. Mis rodillas tocaban con las de otro preso que se sentaba enfrente.

—¿Tú eres el que le sacudiste la paliza a Pollatiesa? —preguntó uno.

Levanté la cabeza y vi que los demás me miraban expectantes, todos menos el viejo, que seguía pasándose la mano por la cara.

—¿Qué, chico, estás sordo o qué? —volvió a preguntar el de antes, un individuo mal encarado, de piel muy pálida—. ¿No eres tú el de la paliza?

—No sé de qué me habla —respondí—, sólo defendí a una chica.

—Ahórrate eso para el juez —me cortó—, me han dicho que le diste una buena a ese cabrón.

—No es cierto. Le separé y le di un par de golpes, pero alguien me atacó por detrás y ya no recuerdo nada más.

—Pues por lo que me han contado, le dejaste servido.

—Se lo merece por mal nacido —intervino el que se sentaba frente a mí, al que había oído que llamaban Jaime—, ese hombre es un pervertido que no respeta a nadie.

—Así es —contestó el pálido—, ninguna criada quiere trabajar en su casa por que las llena a todas y luego las vacía, para que no se sepa.

—¿Por qué nadie hace nada? —pregunté curioso.

—¿Eres idiota, chico? —preguntó sorprendido el pálido—, ese hombre posee la mitad de las tierras de alrededor y es amigo del juez. Ten cuidado con lo que le digas si no te quieres meter en un buen lío.

Entretanto, el carro había arrancado y traqueteando, con las ballestas chillando por el esfuerzo, avanzábamos por los adoquines en dirección al juzgado.

—Escucha, muchacho —me dijo el tal Jaime—, ese hombre es peligroso. Cuando se casó con la hija única de otro terrateniente, le arrebató las tierras y la maltrató a conciencia. Tuvo dos hijos con ella. Uno huyó y nunca más ha vuelto y el otro salió tan malo como él. Murió en una reyerta con sólo quince años, gracias a Dios. La mujer también murió con el cuello roto, según el juez a consecuencia de una caída de caballo, cuando todo el mundo sabe que nunca montaba. Las tres hijas del matrimonio son forzadas habitualmente por ese demonio. La mayor de ellas está ya loca y la encierra en el establo. La mantiene como premio para sus hombres cuando les quiere recompensar y se guarda las otras dos para él. Ten cuidado con él, es un mal enemigo, a pesar de su apariencia de caballero.

Habíamos llegado al juzgado. Bajamos del carruaje, entre los gritos de los críos, que no habían cesado en todo el trayecto y entramos en el edificio que el juzgado compartía con el ayuntamiento. Nos introdujeron en otra sala para que esperásemos nuestro turno. A mí me correspondió el último. Estaba mirando la calle por la ventana enrejada cuando se abrió la puerta y el carcelero me llamó. Me condujo por un pasillo hasta una gran puerta de madera labrada, por la que salía en ese momento el cuarto de mis compañeros, aquel que no había hablado en el carruaje.

Trató éste de ofrecer resistencia a los guardias que le acompañaban, en un vano esfuerzo de hacerse oír por el juez, al que solicitaba clemencia. Las cosas no parecían haberle ido demasiado bien, a tenor de la cara que mostraba. Los guardianes le empujaron para que continuara. Quiso explicarles algo, pero no tuvo ocasión, ya que mi risueño carcelero le arreó un sonoro bofetón que le hizo trastabillar.

Una vez superado el incidente el guardia entró en la sala, dejándome a mí, vigilado por sus subalternos. En la sala de audiencias se oía un murmullo ininteligible. Todo tipo de cábalas me rondaban tratando de adivinar qué suerte me depararía el juicio. En esto estaba, cuando el carcelero salió de la sala y me cogió de un brazo y me condujo al cuarto donde me había recluido al llegar. Sentado en silencio vi cómo me miraba con un nuevo brillo de admiración en los ojos, recostado en la pared, mientras una ancha sonrisa mostraba sus podridos dientes.

—Vaya, vaya, espagueti —dijo alegremente—. Parece que te has metido en un buen lío. No está bien pegarle a los ilustres señores.

Dijo esto con mordacidad, pero por si acaso no respondí, desconociendo si sería bien recibido.

—¿No me vas a contar por qué pegaste a ese tipo? —preguntó ante mi silencio.

—Trataba de abusar de una joven —me aventuré a contestar.

—¿Abusar de su propia hija? —fingió sorprenderse—. ¿Don Emilio García trataba de abusar de su hija? Estarías borracho y no verías bien.

—Sé lo que vi. Aquel hombre trataba de forzar a esa chica. Y no tenía ni idea de que fuera su hija.

—Claro, claro que no tenías ni idea. Por eso te van a emplumar, chico.

Curiosamente parecía más suave ahora que conocía mi delito. No es que fuera gran cosa pero su trato hacia mí era mejor. No quise tentar mi suerte y permanecí en silencio, a la espera de que volviera a hablar.

Durante un rato creí que se había olvidado de mí, hasta que sin mirarme comentó:

—Dime, chico. ¿Es normal en tu tierra entrar en las propiedades de los demás y meterse en sus asuntos?

—Desconocía que aquel terreno fuera privado. Sólo regresaba al trabajo y acorté por allí, cuando oí unos gritos de mujer y la vi corriendo perseguida por aquel tipo. Cuando la cogió la tiró al suelo y se tumbó encima, le levantó la falda y se la metió. La chica no quería, se lo aseguro. Ella se lo puede decir.

—Claro, muchacho, te creo. —Sorprendido, me di cuenta de que hablaba en serio—. El problema es que ella es su hija y aquí, delante del juez, hablará en tu contra.

—¿Por qué? —pregunté alarmado.

—Ya te lo he dicho. Es su hija y no puede hablar contra su padre. ¿No entiendes? Mira, aquí un señor de la tierra es mucho señor y nadie puede desafiarlo. Ni el juez se atrevería a ir contra ese cerdo de Emilio García, aunque hubiese presenciado la escena. Su hija le apoyará y aunque no lo hiciera, lo cual es impensable, no serviría de nada. Él es un terrateniente y tú solamente un sucio italiano de los que quitan el trabajo a los obreros de Aragón.

—¿Usted cree lo que le estoy contando? —dije esperanzado.

—¿Que el pervertido de García abusa de sus hijas? Claro, eso lo sabe todo el mundo. El juez también, hijo, pero eso no cambia las cosas.

—Yo sólo trataba de ayudar a esa chica —grité desesperado.

Si el carcelero estaba hablando en serio, me hallaba ante un grave problema. Hasta entonces había estado convencido de que aquel asunto se arreglaría sin grandes dificultades. Los personajes poderosos abundan en todos los sitios pero, al fin y al cabo, la razón estaba de mi parte, la chica hablaría en mi defensa y mi padre vendría en cuanto se enterara de la situación. Él no era un peón cualquiera y su palabra tendría peso. Ahora ya no estaba tan convencido.

—Pues te equivocaste. No le has ayudado nada. Esa chica habrá recibido una paliza por haber gritado y desobedecido al viejo colocándole en una situación muy jodida, y otra para aleccionarle sobre lo que deberá decir en el juicio. No chico, no le has ayudado en absoluto.

—¿Y qué puedo hacer?

El carcelero se volvió a sumir en un prolongado silencio, mientras mascaba la brizna de paja, moviéndola alrededor de la dentadura con aire distraído.

—Mira, muchacho —dijo al cabo de un rato—, o mucho me equivoco o este juicio se celebrará a puerta cerrada. En general todos los juicios son abiertos a los degenerados que gozan viendo cómo se castiga a los delincuentes. Pero en una audiencia pública todos se verían en problemas. Para García supondría un nuevo escándalo. Para el juez significa reconocer que lo tienen maniatado y eso le gusta aún menos que el que los presos se le presenten zarrapastrosos.

»Pienso —continuó ensimismado— que el juez te llamará en privado. Si haces lo que él quiere, puede que no se meta mucho contigo. Si te enfrentas a él, logrará que la sentencia sea severa y que en ningún sitio aparezca el nombre de García.

—¿Tengo que rebajarme a pedir clemencia? —pregunté indignado.

—Eso o volver a la celda. Te advierto que la que has conocido es la que corresponde a los acusados con juicio pendiente. Las celdas de los condenados no son tan confortables.

En ese momento sonaron unos golpecitos en la puerta. El carcelero se puso en pie.

—Chico, hazme caso. No estás en tu tierra. Por mucho que me haga gracia las agallas que le has echado a este asunto y la paliza que le diste a ese cabrón, no puedo ayudarte. No es bueno para la salud de los pobres meterse en los asuntos de los ricos.

»No tienes más la suerte —añadió cuando abandonábamos el cuartito—. Si ayer no hubiese pasado por aquella zona una pareja de la Guardia Civil y uno no se estuviera meando, no habrían oído los gritos y tú ahora estarías enterrado en el prado, sirviendo de abono a las plantas.

Bajamos otro tramo de escalera, hasta llegar a otra puerta. En ella una lustrosa placa de bronce anunciaba que era el despacho de don Juan Enrique Sopelana Bustamante, juez de Jaca.

Asiéndome de un brazo me miró curioso como tratando de adivinar qué pesaría más, si las ganas de salir de allí o el sentimiento de injusticia. Tras unos golpecitos en la puerta y recibido el permiso correspondiente, accedimos al despacho.

Era una sala espaciosa, con una gran mesa de cerezo, algo desportillada, ocupando la zona central. Detrás en un cómodo sillón de la misma madera, tapizado con una tela de flores rojas, se sentaba el juez, justo tras él había un mástil de madera con una ajada bandera española y por encima un tapiz que representaba una escena de caza, en la que un ciervo agonizaba ante el ataque de un cazador montado a caballo que lo alanceaba, mientras una jauría de perros atacaba sus patas.

Sentado en una silla de alto respaldo, con las piernas cruzadas despreocupadamente y el sombrero sobre sus rodillas, me miraba desafiante aquel hijo de perra de García. A su lado y con un immaculado traje blanco, sin duda el que utilizaría los domingos para asistir a misa, estaba su hija, con los ojos clavados en el

suelo. Llevaba el pelo recogido en una toca, típica de la zona, que no permitía verle bien el rostro.

—Siéntese, señor Biggi.

Decía mi apellido, al igual que otras gentes, pronunciando una «J» en vez de una «G».

Me señaló una silla frente a su escritorio, convenientemente alejada de la que ocupaba García. Obedecí en silencio.

—Señor Biggi —empezó el juez leyendo algo que sostenía entre las manos—, tengo aquí una denuncia contra usted, interpuesta por un vecino de esta ciudad. Por lo que puedo ver, usted entró en una propiedad privada, no sabemos con qué fin, y golpeó salvajemente a este vecino ocasionándole diversas lesiones, que gracias a Dios no revisten gravedad. También mancilló el honor de esta persona con graves injurias, insultos y amenazas. Los empleados de la víctima, que acudieron en su auxilio, coinciden en calificar la actitud de usted como tremendamente agresiva. Actitud que, con denodados esfuerzos por parte de estos campesinos, pudo finalmente, y tras un intercambio de golpes, ser reducida.

Dejó la hoja sobre la mesa y quitándose las gafas se quedó observándome con aire reprobatorio. Era un personaje calvo, gordo y con un gran mostacho blanco manchado de amarillo, probablemente de nicotina, que le cubría prácticamente la boca. Un cuello alto y almidonado le llegaba hasta la papada, confiriéndole un aspecto de seriedad, acentuado por la corbata oscura. Tenía la chaqueta colgando de un perchero, como para restar ceremoniosidad a la situación y dar un aspecto de persona poderosa pero magnánima y accesible.

—Señor Biggi. Aquí la ley es igual para todos y todos deben obedecerla. Ésta es una ciudad tranquila y temerosa de Dios. Sé que usted acaba de llegar y quizá crea que ésta es igual a las que usted conoce, pero le aseguro que no es así. Llevo muchos años dictando sentencias en este tribunal y nunca, desde que se iniciaron las obras de la estación de tren, había podido ver semejante colección de rufianes aprovechándose de nuestra legendaria hospitalidad, creyéndose con el derecho a atentar contra todas nuestras costumbres. Y no estoy dispuesto a permitirlo. Me considero un juez mesurado pero, ante esta avalancha de delincuencia, me mostraré firme. No voy a tolerar estos desmanes. Los obreros y demás gentes que han llegado a esta ciudad tendrán que respetar las normas o marcharse y para garantizar que esto ocurra, las fuerzas del orden velarán por los derechos de los ciudadanos y yo sabré aplicar la ley en toda su extensión. ¿Me explico?

Asentí con la cabeza ante este discurso nada espontáneo, pues tenía todas las trazas de haber sido preparado. El juez, estudiándome en silencio, aguardaba a que sus palabras calaran.

—Señor Biggi —comenzaba el ataque de nuevo—, en contra de lo que le he dicho y en contra también de mi opinión, el denunciante ha creído ver en usted a un trabajador honrado preocupado por una situación que su carácter de extranjero ha

distorsionado, interpretando erróneamente y bajo un prisma que me hace recelar de algún indicio de lascivia en su conducta, el comportamiento de un caballero, confundiénolo con el que sin duda está acostumbrado a observar en rufianes como aquéllos con los que sin duda está habituado a tratar.

»El señor García, aquí presente —el aludido le hizo un gesto displicente con la cabeza—, ha tenido la caridad de interceder por usted, logrando convencerme para que le juzgue con clemencia. Sus buenas palabras y su corazón, en exceso bondadoso, como ha demostrado en múltiples ocasiones, han impedido que me muestre en exceso severo con usted. Así y todo, ésta es la sentencia.

Me encontraba anonadado. Me iban a dictar sentencia, sin haberme permitido abrir la boca en mi defensa y sin un juicio.

—Señor Biggi. Deberá usted presentar sus disculpas y ante mi presencia al señor García, agradeciéndole su bondadoso gesto, dándome su palabra de que no se acercará en lo sucesivo a las propiedades de este caballero, ni a su persona así como a las de sus allegados. Además, y esto me satisface plenamente, deberá usted hacer una serie de trabajos no remunerados en su día de fiesta, como servicio a esta comunidad durante los dos próximos meses, trabajos que tengo apuntados en esta hoja, concebidos de acuerdo con el ayuntamiento de esta ciudad. Caso de quebrantar algún término de esta sentencia, cumplirá dos meses de prisión en la cárcel de Huesca por desacato a mi autoridad. ¿Está claro?

—¿Puedo decir algo? —pregunté.

Los presentes reaccionaron de distintas formas ante mi osadía. García me miraba con su anterior mirada desafiante, como retándome a presentar quejas, seguro como estaba de tener al juez a su servicio. Éste denotaba sorpresa, no estaba acostumbrado a que los reos opinaran. El carcelero sonreía disimuladamente, esperando a que yo apretara la soga que rodeaba mi cuello. Incluso vi que uno de los guardias que dormitaba espabiló de golpe.

La única que no se movió era la hija de García, que desde que yo había entrado no separaba los ojos del suelo.

—No estoy dispuesto a pedir perdón a nadie —comencé con la sangre martilleando en los oídos. La furia me empezaba a dominar. El juez, asustado de lo que se avecinaba, solicitó la intervención del carcelero, que se colocó detrás de mí, haciendo presión sobre mis hombros para evitar que me levantara—. No he hecho nada malo. Solamente ayudé a una persona a la que estaban forzando y eso es un delito grave en mi país e imagino que también lo es en el suyo. Separé a este tipo de entre las piernas de la que según me han dicho es su hija. Eso es incesto. Sus esbirros me golpearon por la espalda a traición. De otra forma no hubiesen podido conmigo. Todavía me duelen los golpes que me propinaron. Son ellos los que deben disculparse.

—Cállese inmediatamente —ordenó, desencajado, el juez—, no permitiré que hable así de un bienhechor y vecino ejemplar de este municipio. Tampoco dejaré que

hable de esta forma a este tribunal.

—¿Qué tribunal? —grité yo—, esto es su despacho, yo no tengo abogado, no se me ha permitido defenderme y ya me han leído la sentencia.

—¡Carcelero, saque inmediatamente a este individuo de aquí!

Traté de levantarme, pero mi guardián era ducho en su labor. Con una rápida presa me inmovilizó por el cuello y por un brazo, que sujetó, retorciéndolo, a mi espalda. Los demás guardianes, que se encontraban al otro lado de la puerta, habían entrado al inicial se los gritos y ayudaron a sacarme del despacho. De nuevo regresamos al cuarto pequeño, donde el carcelero me sentó, quedándose él de pie, alerta, por si me asaltaban nuevas ideas de rebelión.

—Tienes redaños, chico, pero poco cerebro. Ahora vas a pagar tu estupidez. No digas que no te lo había advertido.

Yo no estaba para escucharle. Me ardía la sangre ante la injusticia que se estaba cometiendo. Me asustaba la idea de pasar una temporada en la cárcel, pero no estaba dispuesto a doblegarme ante aquellas pretensiones. No me disculparía ante aquel hijo de puta que era capaz de violar a su propia hija, ni aunque me metieran en la cárcel un año entero.

Al cabo de una media hora, golpearon en la puerta. El carcelero se asomó e intercambió unas palabras con alguien.

—Vamos a entrar de nuevo en el despacho. El juez está asustado y enfurecido contigo, así que te aconsejo que te moderes o conocerás a fondo los calabozos.

Entramos de nuevo en el despacho. En esta ocasión también entraron los tres guardianes, en previsión de nuevos incidentes. Ahora García no se atrevió a mirarme. Se había borrado la mirada de desafío que llevaba en su rostro. Tampoco el juez me miraba de la misma forma. Tenía el rostro perlado de sudor y su incomodidad era manifiesta. La que seguía igual era la hija.

—Señor Biggi —dijo el juez con voz más exaltada que al principio. Su tono no era el de un padre severo, como el utilizado anteriormente—. Espero que haya recapacitado sobre su comportamiento lunático. Mientras usted se calmaba, he mantenido una conversación con el señor García, que insiste en que no se le debe castigar, aduciendo una incomprensible misericordia por su calidad de extranjero, y como tal, desconocedor de las buenas maneras. Personalmente me parece usted un gañán...

—Le repito que no he hecho nada malo —le corté—, ella debería confirmar mi versión.

—Está bien. Ya que insiste preguntaremos a la dama, haciéndole pasar por esta vergüenza. Dígame, señorita: ¿es verdad lo que dice este individuo?

La chica levantó un poco la cara y negó con la cabeza.

—Sé que para usted esto es desagradable pero podría explicarnos lo que sucedió.

—Me escapaba de mi padre —comenzó a recitar de memoria la lección con un hilo de voz— ya que no había realizado mis tareas. Tropecé con la falda y caí al

suelo, haciéndome mal. Mi padre se inclinó para ayudarme a levantar, justo cuando llegó este señor. Seguramente pensó que estaba siendo atacada y golpeó a mi querido padre sin permitirle ninguna explicación, hasta que acudieron, atraídos por los gritos, unos labradores que nos ayudaron.

—¿Sin permitirle una explicación, dice usted? —señaló el juez—, esto es muy interesante. Usted no permitió a este caballero explicarse, pero exige de nosotros que le escuchemos.

—No es cierto eso. La estaba forzando.

—¿También miente la señorita? —preguntó asqueado el magistrado—. Le ordeno que se disculpe inmediatamente ante ambos.

—Señor juez —intervino García cortando mi estallido de ira—, hasta ahora no he hablado, permítame hacerlo ahora. Todo esto ha sido una confusión bienintencionada por parte de este extranjero. A consecuencia de este lío ha pasado en la cárcel una mala noche y tiene diversos golpes, necesarios para hacerle desistir de su actitud. Yo también tengo algunos golpes, por lo que creo que podemos considerarnos en paz y no veo necesario que me presente disculpas.

El juez no sabía qué decir. La situación parecía clara: nadie quería el escándalo que se levantaría si toda aquella historia se divulgaba, máxime con las historias que corrían sobre aquel individuo por toda la comarca. Finalmente, el magistrado se puso de pie. Aun no siendo alto tenía planta. Colocó los puños sobre el escritorio, adelantando el cuerpo, con lo que parte del peso descansaba sobre los brazos.

—Escúcheme, joven —dijo amenazadoramente—, no se crea que esto quedará así. Tarde o temprano caerá de nuevo en mis manos y entonces no tendrá la magnanimidad de este caballero para defenderle. Caeré sobre usted y lo haré con toda la severidad que me permita la ley. Vigile sus pasos, que yo también lo haré. Márchese y rece para que no le vuelva a ver por aquí.

Salí del despacho escoltado por los carceleros. Una vez en el piso de abajo me devolvieron la bicicleta.

—Hasta pronto, italiano —me dijo uno, risueño—, le has echado huevos, pero te has ganado un poderoso enemigo. Ya nos veremos.

Pedaleando, tal y como había comenzado aquella experiencia, me dirigí hacia la estación de Jaca dispuesto a coger el tren que subiría a la estación. Una vez acomodado en un vagón, con la bicicleta en el pasillo, me dispuse a mirar el paisaje veraniego, mientras reflexionaba sobre las explicaciones que debería dar a mi padre. Estaría furioso conmigo y mi madre asustada.

No cambiarían posiblemente su estado de ánimo cuando les contara lo sucedido.

Capítulo III

Agosto de 1922

El domingo amaneció despejado y con calor. Un autobús nos bajaría a Jaca a las nueve de la mañana. Era pronto aún, por lo que, a pesar de estar ya despierto, disfruté remoloneando en la cama. Madre se había levantado hacía rato ya y, por el aroma que llegaba a mi habitación, deduje que el desayuno estaba en marcha. Los aromas a café y pan se mezclaban con los que provenían de una chisporroteante sartén, donde a buen seguro se estaban friendo unos hermosos huevos y unas gruesas lonchas de tocino. Mi estómago rugía, pero quería aprovechar al máximo la cama en el día festivo de la semana.

—Eduardo —llamó mi madre, cuando me había vuelto a dormir—, levántate de una vez o se te enfriará el desayuno.

No perdí el tiempo ante la llamada. Arrojé a un lado la manta con la que me cubría y de un salto me puse de pie, con tan mala fortuna que me clavé una astilla del suelo de madera, sin cepillar. Jurando por lo bajo llegué hasta la cocina, donde saludé a mis padres, que ya habían comenzado a dar buena cuenta de la comida. Me apresuré a quitarme la astilla, ayudándome con un formón de los que solíamos utilizar en el trabajo. En las prisas, hundí demasiado el formón donde se encontraba la maldita astilla y me hice una herida, que empezó a sangrar.

A todo esto mi padre no había levantado la cabeza de su plato. No tenía muy buen despertar y justo me había hecho un gesto con la cabeza mientras sorbía un poco de café hirviendo, como le gustaba tomarlo, y negro como el túnel del tren. Mi madre, mientras tanto, me había puesto delante un plato con dos huevos apenas fritos, como sabía que me gustaban, y cuatro lonchas de tocino crujientes. Cogiendo un pedazo de pan del cestillo, me dispuse a atacar los huevos, untando la chorreante yema.

—¿Vais a bajar a Jaca hoy? —pregunté con la boca llena y sin dirigirme a ninguno de ellos en particular.

Mi madre volvió la cabeza en dirección a su marido, que seguía enfrascado en el contenido de la taza.

—¿Qué te parece, Giuseppe? —le dijo a mi padre—, podríamos ir a misa en la catedral y luego dar un paseo. Es un día muy bonito.

Sabía qué hacer cuando quería sacar algo de mi padre. Para ella, los domingos eran días con menos trabajo y en los que podía hablar un rato al salir de la catedral con sus vecinas. Además, verían a los señoritos pavonearse con sus damas colgando del brazo por la calle Mayor para que todo el mundo viera lo elegantes que iban. Fuera del camino de éstos se ponían mi madre con sus amigas e iban comentando los trajes de las señoras, sus andares y también imaginando, creo yo, lo que sería ir de esa guisa.

Entretanto, mi padre se quedaría con sus compañeros de trabajo, jugando a la petanca en un parquecillo que había cerca y comentando los últimos trabajos hechos, a pesar de haberse jurado repetidamente no hablar de ello en el único día festivo de la semana. Después llegaría el mediodía e irían todos a comer en un prado, a la sombra, si el sol era de justicia, de un frondoso árbol, compartiendo la comida que cada uno hubiera llevado. También sería un buen día para recordar viejos tiempos y a la madre patria, de donde varios de ellos eran originarios. Se escucharían los diversos acentos de la Italia profunda. A la tarde, y tras un paseo por la ciudad, cogerían el autobús que los devolvería a sus alojamientos. Madre adelantaría las tareas del hogar y prepararía la cena, mientras mi padre se entretendría tallando sus figuritas de madera y se acostaría pronto, con vistas a una nueva semana de duro trabajo.

Mi madre había estado dos semanas con una fiebre que la había debilitado. Como el sino de los trabajadores es no descansar, se había tenido que quedar en casa los dos últimos domingos para reponer fuerzas.

La pobre se había perdido, con gran pesar por su parte, las varias veces retrasada inauguración de la línea Arañones-Jaca a la que habían acudido el obispo, Francisco Frutos Valiente, para dar la bendición, los ingenieros Fuster y Alarcón, los alcaldes de la zona y otras autoridades, junto con la flor y nata de la Jacetania. La inauguración terminó con una gran comida para las autoridades, mientras los demás tuvimos que conformarnos con extender unos manteles en el campo y dar cuenta de las vituallas. Hubo música, bailes y el vino corrió con ganas, todo lo cual causó más de un susto cuando soltaron a una vaquilla ensogada.

Ahora que ya se encontraba bien esperaba expectante la respuesta de mi padre. Éste se encogió de hombros, dando su consentimiento con este gesto. En realidad le daba igual. No era muy partidario de confraternizar con los compañeros, algunos de los cuales se encontraban bajo su responsabilidad, pero la semana se hacía larga sin salir de ese poblacho en el que trabajábamos.

—Muy bien, prepararé algo de comida. ¿Bajarás tú también? —me preguntó ella.

—Sí, madre. En el trabajo han estado hablando esta semana de un baile y Nicolás quería ver qué tal está el ambiente.

—¿El ambiente, eh?, ¿no será que queréis ver algo más? —me preguntó maliciosamente—. Me han dicho que hay unas chicas muy guapas en esos bailes. Va incluso la hija de...

—Madre, por favor —intervine—, sabes perfectamente lo que opino de esa chica.

—Pues no entiendo qué le ves de malo. A mí me parece una chica encantadora, muy trabajadora y me ha asegurado su madre que cocina muy bien. Sería un buen partido para un joven con la cabeza en su sitio, cosa que cada día dudo más que se pueda decir de ti, hijo mío.

—Entre otras cosas no me gusta esa manía que tiene de reírse como si fuera un caballo cada vez que me ve, mientras les pega codazos a sus amigas. Y por si no te has dado cuenta, su tamaño dobla casi el mío.

—¿Qué prefieres, que sea una mal alimentada? No creo que pensando así logres encontrar...

—Virginia —esta vez fue mi padre el que habló—, ya es mayor para saber qué es lo que quiere, déjalo. Prepara la comida, y tú —dijo señalándome con el tenedor— no hagas ninguna tontería con esas mujerzuelas que van a esos bailes. No nos sobra sitio ni comida.

De esta manera tan delicada, propia de mi padre, acabó la conversación. Mi madre, todavía disgustada por mi resistencia a sentar la cabeza, murmuraba en italiano, mientras movía desaprobadoramente la cabeza y recogía los platos. Me levanté de la mesa, me acerqué a ella y, cogiéndole por la cintura, le estampé un beso en la mejilla, tras resistirse para no dar por perdida la batalla.

—No te olvides de ir a misa —me dijo, ya menos enfadada—, y acércate un momento donde tu hermano, a ver si va a bajar al pueblo con nosotros.

—Claro, madre, y no te preocupes, que me verás al lado tuyo en la gran misa mayor.

—Desde luego, hijo mío, qué poco respetuoso eres —contestó.

Riéndome, cogí la chaqueta de los domingos, que tampoco mejoraba mucho respecto a la de diario, me mojé los rebeldes cabellos, atusándolos como pude, me di un poco de cera, que guardaba para las grandes ocasiones y miré la gorra, calibrando el aspecto que tenía la pobre. Finalmente decidí ir con la cabeza descubierta, frivolidad que ponía a mi madre los pelos como escarpas.

Salí precipitadamente, antes de que me dijera algo y bajé por la calle hasta la casa donde vivía mi hermano. Subí al segundo piso y golpeé con los nudillos la puerta.

—Hola, Eduardo, ¿qué tal? —saludó mi cuñada—, estábamos terminando de desayunar. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Ya he desayunado. ¿Qué tal los niños? Me manda madre para preguntaros a ver si vais a bajar al pueblo hoy.

—Están todavía en la cama. Pero mira, acabábamos de comentarlo —repuso—, ayer nos dijeron los Martinelli que si hacía buen tiempo, iban a almorzar en el campo, cerca de la frontera, arriba, en Candanchú. Primero iban a ir a misa allí mismo y luego querían andar un poco. Les dijimos que iríamos con ellos.

—Vale, pues que lo paséis muy bien. Yo bajaré con los padres a misa en la catedral y daré una vuelta por ahí.

—Ten cuidado con esa vuelta —dijo socarrón en voz alta mi hermano, sin asomarse desde la cocina—. Como metas la pata y te aparezcas con alguna moza, padre te cortará lo que ya sabes.

—No te preocupes —contesté gritando—, que a mí no me pillarán una mujer como a otros. Hasta luego Micaela, tíralo al río si puedes.

—Te he oído, hermanito.

Riéndome bajé las escaleras. No me importaba que no vinieran. Mi cuñada era una mujer simpática, pero no tenía mucha relación con ella ya que mi hermano, que

era muy celoso, no la dejaba hablar con nadie. A mis sobrinos solía verles un par de veces a la semana. Eran muy simpáticos pero no me hacían demasiada gracia los niños. Entre Armando y yo teníamos una relación cordial. Tampoco es que nos viéramos mucho.

Se había casado y marchado de casa cuando yo tenía catorce años y él veintitrés. A pesar de que la diferencia de edad no era determinante, su carácter serio y cerrado le hacía parecer más un padre distante que un hermano mayor.

Regresé a casa, donde mis padres ya estaban casi preparados. Mi madre trataba de disimular los estragos que la vida dura le había marcado en la cara, untándosela con un potingue que sacaba de un pequeño tarro. Cuando decidió que el resultado era aceptable, cogió un chal de lana de vivos colores, que sólo sacaba en contadas ocasiones, y nos marchamos en busca del autobús.

Cuando llegó vimos que algunas de las plazas estaban ya ocupadas por gente que bajaba de la propia estación. Mi madre, muy excitada, nos metió prisa para que no nos quedáramos sin asientos.

Entre los ocupantes del autobús no se encontraba Nicolás, que vivía en el bloque de habitaciones para solteros situado en la misma obra.

—¿Quién se llama Eduardo? —preguntó el chófer—. Un tal Nicolás me ha dicho que se encuentra mal y que no podrá bajar a Jaca.

Hice un gesto de fastidio con la cabeza. Teníamos grandes planes para aquel baile. Mi padre también hizo un gesto, como diciendo: «Qué raro, ya estamos». Pensaría que era una excusa para no ir a trabajar el lunes. Y es que, repito, no tenía en buen concepto a Nicolás.

Bien pensado aquella ausencia quizá pudiera ser providencial.

A pesar de los consejos repetidos hasta la saciedad por Nicolás, aún no había podido olvidar a la desgarbada alumna que conociera en casa del profesor.

Gracias a una nueva chapuza que hicimos en casa del maestro Martín, pude enterarme de algunas cosillas, aunque para mi desilusión no la volví a ver.

Se llamaba Guadalupe y no era de Aragón sino de Guipúzcoa, una provincia vasca lindante con Francia y situada a orillas del mar Cantábrico. Según sonsacó Nicolás al profesor, a mi parecer con gran disimulo, la chica estaba por estos parajes bajo prescripción del médico que le trataba de un problema respiratorio. La joven, que lo era un año más que yo, hablaba el español con poca fluidez, ya que en su tierra se expresan en una lengua llamada vascuence, de la que había oído algunas pocas palabras en la obra a los escasos obreros que provenían de allí. Así que éste era el motivo por el que Guadalupe acudía tres veces por semana a casa del profesor.

Después de recabar esta información, junto con la de los días que recibía clase, Nicolás continuó tratando de convencerme para que la olvidara. Realmente resultaría muy difícil que la volviera a ver, dado que yo tenía que trabajar. Tampoco sabíamos cuándo debería regresar a su casa, ni si podía estar interesada en un recién llegado

como yo. No tenía más remedio que estar de acuerdo con Nicolás, mas no lograba quitármela de la cabeza.

Quizá aquel domingo tuviera suerte y, si acudía al baile, la vería.

A las once de la mañana llegábamos a Jaca. Bajamos del autobús y estiramos las piernas. Nos dirigimos hacia la catedral, donde pronto empezaría el desfile de autoridades y personajes relevantes.

Vimos llegar al alcalde, un tipo gordo, calvo y con unas aparatosas patillas blancas, que llevaba a su lado a una vieja gallina. Al lado de ésta iba una chica que, si bien era, presumiblemente, hija de ambos, no se parecía, gracias a Dios, a ninguno de ellos. Era alta, esbelta y llena de curvas donde las mujeres deben tenerlas, en su justa medida, llevaba el pelo ondulado tapándole una oreja y un sombrerito ridículo.

Admiré sin reservas las posibilidades que ofrecía la dama, ante la reconvención de mi piadosa madre. Centrado como estaba en el lujurioso paisaje, no me apercibí de la llegada del obispo, flanqueado por dos sacerdotes y llevando como abanderados a dos monaguillos vestidos de blanco. Uno de ellos llevaba una gran cruz de metal adornada y el otro un libro grande y, por los esfuerzos que hacía el crío, muy pesado. Deduje que se trataría de la Biblia.

Tras la ceremonia, me despedí de mis padres. Ninguno de los dos me hizo mucho caso. Mi madre se encontraba ya metida en su salsa, cuchicheando con sus amigas y mi padre, aburrido, me saludó con la mano. Me encaminé con paso ligero hacia la calle Mayor, giré a la izquierda y continué hasta el final. Allí, otra vez a la izquierda, había un callejón con una taberna con fama de hacer las mejores migas de todo Aragón.

Con la boca hecha agua entré en el descuidado local. Estaba abarrotado. Las alargadas mesas compartidas que se amontonaban estaban llenas de comensales, sentados en bancos corridos. Vi que en una de ellas, en una esquina, había sitio suficiente para uno y me encaminé a ocuparlo.

Saludé a mis vecinos de mesa y me dispuse a esperar a que el camarero reparara en mí. Enfrente tenía a dos compañeros de trabajo, canteros como yo, que esperaban a que les sirvieran. Uno de ellos era italiano, pero llevaba en España más de diez años por lo que le había oído contar y hablaba un español muy correcto. El otro era francés y llevaba aquí menos tiempo, pero también se defendía con el idioma. Ambos aparentaban ser de mi misma edad. Hablamos un poco de generalidades, sobre cómo sería el invierno, lo que tardaban en servirnos y, cómo no, del baile de la tarde.

Al cabo de quince minutos, cuando ya creía que se me iba a caer el estómago a los pies, el camarero se apiadó y vino a servirnos. No hizo falta pedir. Habitualmente todo el mundo comía lo mismo, cosa que le venía de perlas a los dueños, que así no se molestaban en preparar diversos platos.

Me colocaron delante un plato humeante de migas acompañadas de uvas y un huevo frito, una jarra de vino y, para compartir con mis compañeros, una hogaza de pan redonda y enorme, con un platillo de aceitunas y rodajas de longaniza.

Relamiéndome empecé a dar buena cuenta de todo aquello, comentando a la vez, con mis compañeros, las excelencias de la comida.

A mitad de ésta y en el trasiego de gente, entró en el local un caballero elegante y austeramente vestido, al que no vi hasta que llegó a las mesas. Preguntó algo a los comensales y éstos negaron con la cabeza, señalando nuestra mesa.

—Que aproveche, señores —saludó educadamente.

—Gracias, ¿gusta? —contestó por los tres mi compatriota.

—No, muy amable, ya he tenido la oportunidad de almorzar hace un rato. He preguntado en la mesa de al lado y me han dicho que ustedes eran albañiles ¿es eso cierto?

Asentimos los tres con curiosidad.

—Mi nombre es Pedro Sánchez. El caso es que tengo un pequeño trabajo que hacer, que me corre cierta prisa y, estando tan escasos de profesionales en el pueblo, me he animado a venir aquí, convencido de encontrar lo que necesito.

—Usted dirá, señor Sánchez —le alentó el italiano.

—Verán, tengo una pequeña propiedad en un pueblo que igual conocen, Santa Cilia, no lejos de aquí. Una de las paredes de mi casa de campo lleva tiempo en mal estado, pero mis quehaceres habituales y los largos períodos que paso fuera han postergado este detalle hasta que ha sido demasiado tarde. Al final, la parte inferior de la ventana se ha derrumbado y tengo miedo de que ceda ésta, terminando por caer el resto de la pared, con el consiguiente daño para el tejado, ¿me explico? Lo que podría haber sido arreglado sin ningún problema es, por culpa de mi dejadez, algo más serio y temo que si no se arregla de inmediato, podría desembocar en una tragedia.

—Y lo que quiere es que se lo arreglemos —intervine yo.

—Así es. Sé que el domingo, aparte del día del Señor, es día de descanso para los que trabajan duramente el resto de la semana. No se me escapa que este bien merecido descanso no tiene precio, pero estoy en una hora de necesidad que me lleva a molestarles a ustedes, ofreciéndoles a cambio de sus servicios un pago, quizá no todo lo generoso que debiera ser, no pudiendo sino entender que ustedes declinaran este servicio.

Mientras esto decía, había sacado del bolsillo del pantalón unos billetes, los más nuevos y grandes que yo había visto en mi vida y contándolos, los puso encima de la mesa discretamente, fingiendo no ver nuestros rostros, hipnotizados ante aquella visión.

—El material y el transporte serían, por supuesto, a cargo mío, así como un pequeño refrigerio al terminar la obra. Ésta, estimo que tardaría en hacerse menos de dos horas, por lo que me ha comentado un vecino de la zona que antiguamente trabajaba de albañil. Contando el trabajo más el desplazamiento, calculo que podrían estar aquí para las cuatro y media. Las cinco lo más tardar. Llegarían a tiempo de acudir al baile, si es que alguno de ustedes estuviera interesado.

—¿Ésta sería la paga para los tres, por el trabajo? —preguntó el francés, aparentando que el salario era escaso.

—¡Oh no!, por supuesto. Es la mitad por adelantado, para que vean que soy un caballero serio.

¡La mitad! Solamente lo que había encima de la mesa suponía el sueldo normal de dos semanas de trabajo en la estación y todo por un par de horas. El francés todavía se hacía el remolón, como si no estuviera convencido y lo fuera a hacer por generosidad y no por el dinero. Quedamos que en media hora habríamos acabado el almuerzo e iríamos hacia la salida de Jaca, donde nos esperaría un vehículo para llevarnos con dos de sus hombres. Entretanto, él se adelantaría para prepararlo todo.

Seguimos con la mirada a nuestro benefactor, que cruzaba el local dirigiéndose a la salida, sin creer en nuestra suerte. Iba sorteando a los parroquianos. Se cruzó con un extraño individuo cerca de la barra que llamaba la atención. Miraba un calendario de la pared y sostenía un vaso de vino en la mano. Erguido como un palo desentonaba en aquel bar. Era un tipo enorme, vestía impecablemente como un caballero, pero lo que más chocaba era su color. Tenía el pelo, la barba, incluso las cejas y pestañas de color blanco. Su piel también era muy pálida, salvo por una mancha encarnada que le subía por el cuello, quedando disimulada bajo la barba recortada. Nunca había visto antes un albino, pero enseguida me olvidé de él. Teníamos mucho que celebrar.

Felicitándonos por nuestra suerte, lo brindamos pidiendo al camarero otra jarra de vino y pollo al chilindrón, plato típico de la zona. Nos lo permitimos a cargo del adelanto monetario y justificándolo como una necesidad extra de energía para poder acometer el trabajo en condiciones. Comentábamos alegres que entre los tres tardaríamos bastante menos tiempo del previsto en acabar la reparación y disfrutaríamos de dinero contante y sonante para afrontar el baile como unos auténticos caballeros. Metiéndonos prisa, terminamos el festín y nos encaminamos a la salida de Jaca en busca del transporte.

Nos aguardaban dos individuos en una pequeña camioneta, un modelo Hispano-Suiza, con herramientas, cemento, arena, ladrillos y otros enseres. Cuando les saludamos nos contestaron fríamente y con condescendencia, cosa que nos molestó en extremo.

Su propio jefe había sido de lo más educado con nosotros, tratándonos con tanto respeto, para que ahora vinieran ese par de gañanes y nos atendieran como a unos muertos de hambre. El italiano hizo en nuestra lengua un comentario de lo que opinaba sobre la virtud de las madres de esos tipos.

Nos disponíamos a subir a la camioneta cuando uno de los fulanos, señalándome, me dijo que yo no iba. Primero me quedé extrañado y le aseguré que estábamos los tres cuando nos habían contratado, incluso les enseñé mi parte del dinero que nos habíamos repartido; pero él, indiferente, volvió a decir que yo no podía ir. Dos albañiles eran suficientes y yo sobraba.

Soy de naturaleza reservada y me cuesta tomarme las cosas a mal, pero cuando eso sucede, me las tomo muy a mal, así que me encaré con él y le dije que yo había cobrado y que iría. Le sacaba un palmo de altura y algunos kilos, pero ni se inmutó. Contestó que él obedecía órdenes y que considerara el adelanto como un regalo. Estaba a punto de enzarzarme con él cuando comprendí que mis compañeros no iban a intervenir en la contienda. Por un lado suponían que así cobrarían más ellos y por otra parte no querían arriesgarse a perder la paga por sacarme la cara. El italiano trató de justificar su actitud, pero el francés, que ya había subido a la camioneta, no dijo nada.

No me importaba pegarme con los dos tipos del contratista, pero no iba a poder con ellos y además nada me decía que el francés y el otro no les ayudarían. Opté por irme, mordiéndome las tripas. Desde lejos vi que todavía esperaban algo, con mis excompañeros montados en la caja de la camioneta hablando entre ellos tranquilamente.

Rabioso como estaba decidí alquilar un caballo con el dinero que tenía para llegar hasta donde fueran y pedirle cuentas al tipo que había venido a la taberna. Me apresuré hasta unas caballerizas, donde al cuidador le dije que quería dar un paseo a caballo hasta la hora del baile. Me enseñó una yegua preñada de muy buena alzada de color negro, tan negro que tenía reflejos azules. Parecía cuidada y en buen estado.

Monté la yegua y me dirigí a Santa Cilia, a unos dieciséis kilómetros de Jaca. Allí esperaba la llegada de la camioneta, que, quizá esperando algún material, todavía no se había movido. Con cuatro personas, los sacos y las herramientas sufriría en la carretera y no podría ir muy deprisa, lo cual me venía de maravilla para no fatigar a la yegua, que parecía un poco irascible.

Un par de veces hube de espolearla, pues quería quedarse ramoneando entre los matorrales. Al cabo de algo más de media hora llegamos a una hospedería, a la vera de la carretera. Aún quedaban dos kilómetros o poco más para llegar al pueblo, pero preferí esperar allí, sin dejarme ver, hasta saber cuál era en concreto nuestro destino final.

Unos minutos después apareció la camioneta y volví a montar dispuesto a seguirles. Cerca de donde me encontraba, un camino pedregoso se desviaba hacia los montes de la izquierda y fue por ese camino por el que se adentraron, entre una nube de polvo. Felicitándome por no haber llegado hasta el mismo pueblo para esperarles, con lo que les hubiese perdido, fui tras ellos. En el acceso del camino decía, a quien quisiera leerlo, que éste conducía al monasterio de San Juan de la Peña.

Ascendimos durante bastante rato, alejándonos del pueblo de Santa Cilia. Si en el trayecto de Jaca hasta aquí me había cruzado con pocas personas, ahora estaba desierto, sólo se oían los pájaros y el petardeo de la camioneta. En un momento dado la camioneta se paró en un pequeño pueblecito al pie del monte y casi quedé al descubierto. Se bajó uno de los hombres y entró en una pequeña iglesia. Tardó poco en salir y el motor volvió a rugir.

Para evitar otra arriesgada sorpresa decidí adelantarme a ellos. En el momento que viera algún cruce de caminos o una casa esperaría para saber la dirección. Seguí ascendiendo sin perder el ruido del motor que me seguía, sin encontrar ninguna pista que me indicara dónde nos dirigíamos. El camino se hizo cada vez más empinado. El paisaje cambiaba rápidamente. La vegetación se hacía más escasa, con el consiguiente peligro de ser descubierto.

Si durante el trayecto me había dicho varias veces que lo que estaba haciendo era una tontería, el paisaje disipó mis dudas. De frente se observaba una pared pétreo, colosal e inexpugnable. No se por qué capricho de la naturaleza, esta pared asemejaba los dedos de unos formidables puños cerrados que un gigante hubiese apoyado en la tierra, siendo las cimas los nudillos de estos puños. Por encima planeaban águilas, quebrantahuesos y otras aves magníficas. Ante aquella visión detuve mi montura para solazarme con el silencio y el vuelo de los pájaros.

Aquel descuido me puso muy cerca de mis perseguidores. La camioneta sonaba ahora muy cerca y tuve que espolear al animal para desaparecer. Hasta ese momento habíamos avanzado hacia el sol pero, al llegar a los pies de la pared, cambiamos la orientación y continuamos contra él. Ahora la vista era todavía más majestuosa. Se apreciaban los Pirineos en toda su espectacularidad. No pude detenerme y me prometí que algún día, a ser posible tras las primeras nevadas, regresaría para darme el placer de ver el paisaje a mis anchas.

Habríamos recorrido unos diez u once kilómetros, desde la desviación en Santa Cilia cuando de repente, justo antes de girar en una curva, oí, como si estuviera al lado, el relincho de un caballo. Tiré con todas mis fuerzas del bocado de mi yegua, para detenerla y evitar que metiera ruido. Salimos del camino y entre los árboles avanzamos un poco más. A través de las ramas vi algo que me cortó la respiración.

En mitad del camino, en pleno bosque, había como un edificio de piedra de buen tamaño, al que parecía que la montaña quisiera tragar. No es que se hubiese desplomado la roca, más bien parecía que estuviera engullendo al monasterio, pues eso resultó ser aquel curioso edificio. Tenía por tejado la roca viva. Daba la impresión de que, si volviera dentro de unos años o de unos siglos, no quedaría ya nada del edificio a la vista, formando éste parte de la montaña.

El edificio mostraba síntomas de estar sufriendo alguna reforma. En varios sitios se observaban estructuras de madera a modo de andamios. Semanas después pude enterarme de que se trataba de un monasterio cerrado, que estaba siendo reformado, ya que padecía un importante deterioro aunque, seguramente, las dificultades económicas provocaban que el avance de las obras fuera lento.

Mientras examinaba aquel edificio, oí que la camioneta se acercaba. Dentro del edificio debieron oírla también, pues salieron tres hombres: uno de ellos era Sánchez. Iba diciendo a otro vestido con hábito de cura algo que no logré entender, referente a la ocultación de una cosa, a la que llamó de una forma extraña. El tercer hombre parecía ser otro de los empleados del señor Sánchez.

Cuando bajaron mis compañeros se saludaron, presentando el tal Sánchez al cura como párroco de la iglesia del pueblo y custodio del monasterio. Se disculpó por haber contado aquella historia de su casa y del pueblo de Santa Cilia, aduciendo que la gente piensa mal por naturaleza y hay cosas que conviene llevarse discretamente.

Mis compañeros asintieron distraídamente. Se les veía ansiosos por empezar la faena para irse cuanto antes y, por la expresión de sus caras ante las disculpas del caballero, se diría que tampoco les hubiese importado tener que profanar un cementerio si la paga era buena. Una vez terminadas las presentaciones mis compañeros, ayudados por los hombres del camión, se dispusieron a bajar las herramientas y materiales que llevaban.

Entretanto, yo até la yegua y busqué un lugar para dominar la escena sin ser visto. Acceder al edificio estaba descartado. Sólo se veía una puerta, por donde habían salido ellos y las ventanas se encontraban tapiadas; pero, quedándome en el sitio por el que me había decidido, sería fácil seguir los movimientos que se dieran fuera del edificio, incluso escuchar las conversaciones.

Entraron en el interior todos menos el conductor de la camioneta, que se apostó en la puerta con actitud vigilante. Habían cerrado la puerta y no iba a poder enterarme de nada. Maldiciendo de nuevo me senté en la hierba, detrás de un endrino, a la espera de que volvieran a salir.

No sé cuánto tiempo pasó pues debí quedarme transpuesto sobre la hierba. Me desperté sobresaltado. Habían salido todos y estaban terminando de subir a la camioneta una especie de arcón muy labrado y sucio. Era de gran tamaño y, por los esfuerzos que hacían los porteadores, muy pesado.

Cuando lo dejaron en la caja del vehículo y se apartaron, pude ver durante un momento unas figuras grabadas en el frontal del arcón. Dos leones vistos de perfil flanqueaban lo que podría ser una rueda de carro, el de la izquierda parecía estar sobre una persona y el de la derecha tenía algo en una de sus patas, pero por la distancia y la suciedad que lo cubría no pude apreciar de qué se trataba. Entre los radios había algo así como flores. También tenía cuatro signos grabados: una «P» arriba, una «S» debajo, una «A» en la izquierda y una ω , la letra griega omega, a la derecha. Unas inscripciones borrosas e ilegibles estaban grabadas a los pies de estas figuras.

No pude ver más porque enseguida lo taparon con unas mantas.

El conductor se montó en la camioneta y a su lado subieron el cura y Sánchez. Tras hablar rápidamente con los otros dos, que se quedaban, Sánchez se despidió de los albañiles, agradeciéndoles grandemente su labor.

La camioneta arrancó y se alejó carretera abajo. Los cuatro que permanecieron allí, entre ellos mis compañeros, se alejaron del monasterio carretera abajo, hasta llegar a un claro por el que habíamos pasado al llegar. De unas bolsas sacaron hogazas de pan, queso, cecina y unas hermosas longanizas con un par de botas de vino y empezaron a comer. Mi estómago entró en erupción ante aquel espectáculo,

pero tendría que aguardar. Por lo que había podido escuchar, cuando la camioneta descargara su contenido volvería para recogerles, así que aprovecharían el rato para ir entonándose con vistas al baile. Intrigado por los extraños acontecimientos y hambriento, me acomodé en mi nuevo escondite dispuesto a esperar.

Curiosamente los hombres de Sánchez, tan parcos en palabras, se habían soltado y celebraban con los albañiles la espléndida paga, que sería gastada casi en su totalidad esa misma tarde. Más curioso todavía me resultó el hecho de que aunque la bota de vino, que fue pródigamente rellena cada vez que mermaba, corría por todas las manos, los únicos que parecían beber de verdad eran mis compañeros, haciendo un gesto vago los otros.

Al cabo de un rato sacaron una bolsita y, con su contenido, liaron una especie de cigarrillo y tras prenderle fuego, se lo fueron pasando entre todos y otra vez parecía que los que más fumaban eran mis compañeros. No tardaron éstos en estar totalmente borrachos y vocingleros. Se reían sin motivo alguno, como si estuviesen en una nube, con un comportamiento extraño.

Un rumor cada vez más intenso me indicó que la camioneta regresaba. Los hombres de Sánchez también lo oyeron, no así los albañiles, que ahora bailaban como marionetas al son de las canciones que ellos mismos entonaban.

El vehículo se detuvo y bajó el copiloto con un pequeño envoltorio en la mano. Uno de sus compañeros le alcanzó una de las botas de vino y en ella, ante mi alarma, disolvió el contenido del paquete. Después de agitarla un instante, ofrecieron la bota a los incautos albañiles que, sin dudarlo, bebieron de ella.

En menos de media hora estaban tumbados y sin sentido.

Mientras los subían a la caja de la camioneta, el copiloto, armado de una gran rama, ascendió la cuesta. Al rato regresó y con la rama iba barriendo todo rastro de presencia alguna. Sin duda había hecho lo mismo en el monasterio. Una vez todos en el camión, mis compañeros tapados con las mantas y con la campa sin huellas, el conductor arrancó el vehículo y comenzaron el descenso.

Me dispuse a seguirles, pero antes me aproximé a donde estaba el envoltorio tirado en el suelo, cuyo contenido había dejado sin sentido a mis compañeros. Se trataba de una hoja de papel y todavía contenía restos de un extraño polvillo de color café.

Corrí a buscar la yegua, que no pareció alegrarse demasiado al verme y tirando del bocado le arreé, jurando que le sacaría los ojos si metía ruido. Al parecer me entendió.

Conocía el terreno un poco mejor, pero así como antes creía saber adonde nos dirigíamos, no sucedía lo mismo ahora. Tenía que andarme con cuidado para no perderlos y a la vez que no se apercibieran de mi presencia. No me atrevía a salir a la carretera y dirigía mi cabalgadura por el bosque, comiéndome cuantas ramas salían a nuestro encuentro.

Cuando terminamos el descenso, sacaron el vehículo de la carretera y se detuvieron. Bajaron sus ocupantes, dejando tumbados en la parte de atrás a mis dos compañeros. Hablaron entre ellos en un idioma desconocido para mí. No era español, ni francés, ni por supuesto italiano.

Al cabo de lo que me parecieron interminables horas, volvieron a montar en la camioneta, taparon los cuerpos tumbados con las mantas, antes utilizadas para ocultar lo que quiera que hubiesen sacado del convento, y llegamos a la carretera principal, que enfilaron camino de Jaca.

Antes de adentrarnos en Jaca nos desviamos hacia la derecha. La camioneta detuvo otra vez la marcha instantes después. Mientras el conductor volvía a quedar vigilante, empuñando lo que desde la distancia me parecía una escopeta, los otros cargaron en brazos los cuerpos de mis compañeros, aún tapados por las mantas y rápidamente echaron a andar.

Traté, juro que lo hice, de encontrar ayuda para enfrentarme a ellos y evitar lo que se me antojaba inevitable, pero fue imposible. Habían escogido bien el sitio. No había nadie por los alrededores. Caminamos, ellos delante de mí, hasta llegar a un paseo que bordeaba las murallas de la ciudadela de Jaca.

Aquella zona en las afueras del pueblo y cubierta de grandes pinos estaba en un plano alto, con un terraplén abrupto que caía unos quince metros. Los porteadores agarraron a los infortunados por los pies y los brazos y tras un breve balanceo los arrojaron por el terraplén. De un saco que llevaba uno de ellos, extrajeron unas botellas de vino medio vacías y las depositaron en el suelo. Después las tapó con el saco, las golpeó para que se rompieran sin meter ruido y dejó los vidrios esparcidos. Luego se alejaron.

Todavía espantado me asomé a la barandilla. Abajo y con unas posturas grotescas estaban los restos de mis infortunados compañeros de negocios, con varios huesos rotos a juzgar por las posturas antinaturales que adoptaban. Debajo de ellos el suelo era de rocas sueltas, algunas de ellas ya tenidas por la sangre que manaba de las heridas. El francés, con el torso hacia abajo, tenía la cabeza totalmente girada y parecía mirarme con un ojo abierto y el otro destrozado, en una mueca como pidiéndome perdón por no haber contado conmigo.

A su lado estaba mi compatriota, que posiblemente había caído de espaldas sobre una roca de gran tamaño terminada en arista, rodando después. Tenía una postura en la que con la nuca se tocaba prácticamente los pies, como los contorsionistas de circo.

Tuve que agacharme. Los asesinos, de los que casi me había olvidado, se acercaban, por abajo, a los cadáveres. Vi cómo los examinaban comprobando si la caída había resultado eficaz. Tras cerciorarse rebuscaron en los bolsillos de los cuerpos. Miraban las pocas pertenencias que llevaban, volviéndolas a meter donde estaban. Encontraron el dinero, pago de la fatal labor realizada y se lo quitaron guardándose el jefe casi todo y desparramando varias monedas alrededor de los cadáveres. Para terminar, sacaron otra botella de vino y mojaron con su contenido las

ropas, el pelo y las bocas. Cuando quedaron conformes con el resultado se marcharon, poniendo cuidado en borrar las huellas de su paso.

Me quedé mirando los cuerpos, sin saber qué hacer. Lo lógico era ir a denunciar los hechos, pero aún recordaba mi reciente trato con las autoridades. Además ¿quién iba a dar crédito a esta historia? Un caballero compinchado con un cura que roba algo de un monasterio abandonado y manda ejecutar a los albañiles contratados, de tal manera que parezca un accidente causado por la bebida.

Eso por no hablar de cómo un servidor, herido en su amor propio por no ser admitido en un trabajo en su día de fiesta, alquila un caballo y se toma la molestia de seguir ese circo ambulante durante toda la jornada y, para rematar la faena, sin intervenir ni auxiliar a los desdichados. Yo mismo, pese a haberlo vivido, casi dudaba de que todo esto pudiera haber sucedido de verdad.

Me levanté para marcharme, antes de que alguien me viera en postura tan comprometedoras y me fui alejando hacia donde tenía a la yegua atada. Vi algo en lo que no me había fijado antes, más ocupado en no ser visto que de otra cosa. Cerca de donde habían despeñado a los albañiles había una explanada con un tablado hecho de madera del que colgaban unas lamparillas de papel de colorines, y alrededor restos de lo que parecía haber sido una reunión, botellas, papeles grasientos, envoltura sin duda alguna de bocadillos, cigarrillos a medio consumir, trozos de pan, algún pañuelo, incluso me encontré una braga rasgada, señal de que alguien no había podido contenerse.

Así que este lugar era el que había acogido el tan renombrado baile. Normalmente lo solían hacer en la plaza del pueblo, pero cuando habíamos llegado esa mañana a Jaca —quién diría que sólo habían transcurrido unas horas, meses parecían más bien— la plaza se encontraba en obras, no quedando suficiente sitio para el baile.

Seguí caminando, aprovechando las sombras que iban alargándose al caer la tarde, mientras reconstruía los terribles sucesos. El individuo de la taberna, ahora dudaba que se llamara Sánchez, necesitaba unos profesionales para robar o llevarse algo del monasterio pero no podía permitirse que se supiera, por lo que necesitaba albañiles para reconstruir lo que tuvieran que romper, pues estaba claro que, de otro modo, con sus hombres le hubiera bastado. Se inventa una historia plausible que no alarme a nadie y contrata a unos albañiles. Quiénes mejor que los trabajadores de una construcción grande, prácticamente todos ellos venidos de lejos, a los que sería muy difícil que alguien echara de menos.

Tras llevarlos al lugar, hacen el trabajo, los emborrachan y drogan, teniendo claro desde el principio que los van a matar para que no puedan contar a nadie dónde han estado. Se alejan del lugar borrando cualquier rastro delator y hacen tiempo esperando a que el baile termine. Entonces trasladan los cuerpos inconscientes hasta allí y los despeñan de tal manera que, cuando los encuentren, no haya dudas de que son dos borrachos que no han podido guardar el equilibrio y se han caído al vacío. Y para que nadie se extrañe de cómo dos pobres albañiles tienen semejante cantidad de

dinero, se lo quitan, dejando, eso sí, unas monedas tiradas, como si se les hubiesen caído de los bolsillos.

Lo único que no me cuadraba era el motivo por el que yo no había sido admitido —afortunadamente, según había podido comprobar— en el negocio, sobre todo después de haber cobrado el adelanto. Quizá tres era un número demasiado alto para manejar y al fin y al cabo con dos bastaba para hacer la obra, pero ¿por qué yo y no otro?

Pensando en esto recogí la yegua, atada en un árbol. Se veía cansado al animal y con ganas de volver a la cuadra, así que, tras darle unas palmaditas tranquilizadoras en el cuello, monté y me encaminé a devolverla. Al vernos llegar, su propietario emitió un suspiro de alivio, para posteriormente ponerse hecho una fiera.

—¡Maldito italiano de mierda! —me gritó con la cara congestionada—, tenías que devolver la puñetera yegua hace más de tres horas.

No estaba yo para tonterías y lo hice saber a gritos, lo que ocasionó que arreciase en sus amenazas, levantándome el puño:

—¡Vete de aquí, cabrón, antes de que te parta la cara, hijo de puta!

Una especie de velo bajó por mis ojos cuando me di la vuelta y me encaré con él. Lo siguiente que recuerdo era mi boca cerca de su oído gritándole en italiano mientras montado encima de su cuerpo, tendido boca abajo, entre la paja, le apretaba el cuello ahogándole. Cuando me di cuenta lo solté. El pobre se puso en pie a duras penas, tosiendo a la vez que trataba de recuperar el aliento. Se frotaba el cuello, allí donde mis dedos habían dejado las marcas.

—Lo siento —logré farfullar—, pero no debería haberme insultado. He tenido unos problemas y por eso no he traído antes el caballo.

—Márchese... salga de mi casa... —decía el pobre hombre todavía doblado por la mitad y haciendo esfuerzos para llenar los pulmones.

—Tome. Por la tardanza. —Le tendí lo que quedaba del dinero que me habían dado a la mañana.

—No quiero... no quiero nada... váyase de mi casa.

Me di la vuelta y salí de la cuadra, dejando el dinero encima de un tonel que había cerca de la entrada.

Entretanto había oscurecido del todo. Alarmado por la hora, corrí a buscar el autobús. No sabía qué hora era pero me arriesgaba a quedarme sin transporte. Cuando llegué a la plaza, respiré aliviado. El autobús estaba todavía allí. Pagué el billete y me senté en la última fila.

Todavía tardamos un rato en salir, pero aun así el vehículo no estaba completo cuando partimos. Descontando al conductor, un pobre viejo, yo parecía ser el único con mis facultades mentales estables. El resto, todos hombres, sufrían diversos grados de ebriedad. Algunos todavía tenían ánimos para cantar, pero poco a poco cesaron toda actividad y se durmieron, dejándome el camino tranquilo para reflexionar.

Llegamos a la estación en lo que me pareció un suspiro y bajé del autobús, dejando al conductor la penosa tarea de despertar a los que peor iban.

Entré en casa. Mi padre estaba sentado en la cocina examinando unos periódicos atrasados, que habría pedido en algún sitio. Para ser un hombre que no quería saber nada de los demás, siempre me había parecido extraño ese interés en estudiar la prensa. Mi madre cosía un pantalón, sentada cerca de una lámpara. Como no veía bien tenía que acercarse la labor a los ojos. Cuando les saludé, mi madre se levantó a prepararme la cena. Me senté a la mesa estudiando las posibilidades de contarle a mi padre, que todavía no había levantado los ojos del periódico, lo sucedido. Llegué a la conclusión, tras examinar su rostro avejentado, de que no sería de mucha ayuda confiarle nada.

Cené un plato de verduras y patatas, sin mucho entusiasmo, mientras contestaba con monosílabos la batería de preguntas que me tenía preparada mi madre, sobre cómo se había desarrollado la tarde. Desilusionada por mi falta de comunicación, prosiguió con la labor. Acabé de cenar y alegando estar cansado me fui a la cama. En ese momento por primera vez, mi padre dejó de leer el periódico y escrutó mi cara sin decir nada. Sentí que me desnudaba con la mirada y a punto estuve de sincerarme con él, pero el momento pasó.

Grave error. Seguramente, de haberme confesado con mi padre, nos hubiésemos ahorrado muchas desgracias.

Capítulo IV

Agosto de 1922

Aquella semana resultó espantosa. No sólo por la cantidad ingente de trabajo, sino por el tremendo calor que padecimos.

Además de las penurias habituales, yo me torturaba recordando, una y otra vez, la jornada del domingo anterior. No se me iban de la cabeza las luctuosas escenas de las que fui testigo. Había sido incapaz de dormir una noche entera. Cada pocas horas me despertaba sobresaltado, sudando copiosamente y con el corazón desbocado.

Si la semana anterior mis sueños habían sido románticos al imaginarme en compañía de Guadalupe, en ésta eran terroríficos. En mis pesadillas revivía los cuerpos destrozados al pie del terraplén. Los rostros de mis compañeros se volvían de una manera inhumana hacia mí y de sus bocas salían lamentos y peticiones de ayuda. Yo me limitaba a mirarlos, hasta que ellos se levantaban sobre sus cuerpos desmadejados y alzaban los brazos para prenderme.

En otras ocasiones soñaba que los asesinos, tras comprobar que sus víctimas estaban muertas, levantaban la vista a lo alto del terraplén y me descubrían. Yo escapaba corriendo, pero mis piernas no obedecían y la huida era demasiado lenta, dando tiempo a mis perseguidores para cogerme. Mientras me perseguían gritaban: «¿Quieres trabajar tú también para nosotros?». En esos momentos me incorporaba en la cama sofocado.

A la mañana siguiente me levantaba con la sensación de no haber dormido nada. Los ojos me escocían, hinchados como estaban. Si mis padres sospechaban algo no lo demostraron.

Durante el desayuno observaba con disimulo a mi padre, volviendo a sopesar la idea de contarle aquello que me atormentaba, pero no llegaba a decidirme.

En el trabajo estaba distraído, dándole vueltas a la cabeza. El lunes, primer día de trabajo, por mi distracción se nos había caído un tablón muy pesado, aplastando el pie a un compañero. Mi padre, como capataz, me había soltado una bronca impresionante delante de todo el personal, de tal manera que el herido aceptó enseguida mis disculpas sin atreverse a echármelo en cara. Esa misma tarde tuve una fuerte discusión con Nicolás por una nimiedad. A punto estuvimos de llegar a las manos y durante el resto de la semana no nos dirigimos la palabra.

De buena gana me hubiese emborrachado, si no fuera porque el alcohol estaba vedado durante la semana para evitar las disputas y distracciones que ocasionaba. Tan sólo se permitía un vaso a la hora del almuerzo, que tomábamos a mitad de mañana.

El resto de la semana, para purgar mi falta, tuve que hacer las peores y más duras tareas yo solo. Descargué, sin ayuda, varios camiones con troncos y los llevé al aserradero, donde los convertirían en tablones. Era uno de los peores trabajos.

Además del peso de los troncos, éstos estaban recubiertos de resina por todos lados y de los restos de las ramas. Acabé con el cuerpo lleno de heridas y pegajoso, de tal forma que ni con los baños que nos pegábamos al anochecer en la presa se podía limpiar.

También me hicieron descargar otros camiones, éstos con cemento y arena. La mezcla con la resina que me recubría daba unos resultados espectaculares, no bien recibidos por mi madre cuando llegábamos a cenar. Mi padre no se apiadó de mí en toda la semana, pero no me importaba. Aquellas tareas me permitían estar solo, sin tener que prestar atención a mis compañeros. Además, el trabajo duro era lo único que aliviaba mis tormentos. Por la noche caía rendido en la cama y dormía unas escasas horas antes de despertarme con el corazón en un puño.

De esta forma fue pasando la semana. Sin darme cuenta llegó otra vez el domingo y con él la jornada de fiesta. Me levanté pronto, ya que una vez más no había podido dormir bien y llevaba en vela varias horas. Mi madre se extrañó de verme en pie tan temprano pero no dijo nada. Me senté a la mesa después de darle un beso y desayuné sin muchas ganas el plato que me puso delante.

Mi padre había salido un momento antes como había oído desde la cama. Prefería desayunar sin su presencia. Después me vestí e iba a salir cuando mi madre me llamó.

—Eduardo. ¿Adonde vas?

—Voy a bajar un momento a la presa a darme un baño, madre, para ver si logro quitarme esta porquería.

—¿Bajarás luego a Jaca con nosotros?

Mi madre era lo suficientemente perspicaz para detectar que algo no marchaba bien y no solamente con mi padre, aunque su absoluta discreción le impedía preguntarme directamente qué me sucedía. Su paciencia era legendaria, no en vano aguantaba a mi padre y sabía esperar el momento en que los demás quisieran decirle las cosas.

—Sí, madre —contesté tras una breve vacilación—, enseguida vuelvo.

El día se presentaba otra vez caluroso, a pesar de que todavía era temprano y quedaba algo del relente nocturno. Ni una sola nube manchaba el cielo despejado. Montado en la bicicleta, pedaleé provisto de una toalla hacia la presa. A esas horas sería el único bañista, lo cual no me desagradaba.

Dejé la toalla y la ropa encima de la bici, apoyada contra un árbol y me zambullí en las frías aguas. Braceé con fuerza para sacudirme de encima la impresión. Asomé para coger aire unos metros más lejos. Hice tres largos al ancho de la presa antes de dar por concluido mi ejercicio. Se me daba bien nadar. Había aprendido en el puerto próximo a Carrara, donde los pescadores solían arrojarlos a los niños monedas de poco valor u otras chucherías al agua para que las recogiéramos.

Después del baño matutino, una de mis aficiones junto al conducir y el *football*, me restregué con la toalla para secarme, me quité raudo el calzón tras comprobar que no había nadie por los alrededores y me vestí. Montado en la bici bajé la carretera

hasta el pueblo de Canfranc. El aire me pegaba en la cara y yo iba de pie sobre los pedales, con el cuerpo echado para adelante, encima del manillar, ofreciendo la menor resistencia posible al aire para ganar velocidad.

En casa mis padres ya estaban vestidos y aguardaban mi regreso. Mi madre me metió prisa para que me cambiara de ropa, mientras mi padre examinaba sus periódicos. Llegamos con el tiempo justo al autobús. Aquella mañana no bajaban demasiadas personas. Sin duda el buen tiempo animaba a ir al campo. Durante el trayecto me quedé amodorrado. El traqueteo del vehículo, unido al chapuzón y la falta de sueño, estaba causando estragos.

Cuando descendí del vehículo, sentí una sensación de estar reviviendo la pesadilla. Los efectos de la siesta, el baño y el descenso vertiginosos en bicicleta se habían esfumado como por arte de magia, siendo sustituidos por el desasosiego dominante de la semana.

—Eduardo, hijo, ¿nos acompañarás a misa? —preguntó mi madre sacándome de mi estupor.

—Claro, madre —respondí automáticamente.

—Hemos pensado que hoy no iremos a la catedral al mediodía sino a la parroquia del Carmen, que celebra a las diez y media. Así tendremos el resto del día para dar un paseo y comer tranquilamente.

—Me parece muy bien, madre.

—¿Te encuentras bien, hijo?

—Claro, madre —mentí—, perfectamente.

Había empezado a sudar copiosamente y tenía la mirada extraviada, observando los lugares recorridos una semana antes, semana que se había cerrado de manera tan trágica.

No recuerdo qué dijo aquel cura durante el servicio. Subido en el púlpito arengaba a los fieles de forma parsimoniosa y aburrida. Era un cura bajito, muy mayor, al que su pobre dentadura jugaba malas pasadas. Sin embargo, yo, medio traspuesto, lo incorporé a mis pesadillas, como una especie de ogro que desde su estrado me condenaba por mi cobardía y mi silencio.

Felizmente llegó la misa a su final. Nos levantamos todos y se entonó una canción desconocida que mi madre trataba por todos los medios de seguir.

Al abandonar la iglesia me despedí de mis padres, sin aceptar la invitación de ir a comer con ellos más tarde. Di un beso a mi madre. Mi padre me hizo un gesto vago que podía significar cualquier cosa, mientras conversaba con un vecino de Canfranc que también había acudido a misa.

Deambulé un rato largo por Jaca, sin dirección concreta. Así llegué por la calle del Obispo hasta la plaza del Mercado.

Había un par de caballos atados a los árboles, al costado de la catedral. Era aún pronto para que se empezaran a juntar las gentes que acudirían a misa de doce pero ya algunos parroquianos, luciendo sus mejores galas, platicaban delante de los arcos.

Entre ellos, con su mandil blanco, estaba el peluquero, justo debajo del letrero que rezaba con grandes letras: «Gran Salón de Peluquería». Justo al lado, en una de las columnas que soportaban los arcos, otro letrero más pequeño traducía el texto: «*Grand Salon de Coiffure*». Aquel día se le amontonaba el trabajo, pues todos los asistentes a la misa mayor querían estar bien elegantes. Así que el peluquero no tenía más remedio que trasladar su jornada festiva al lunes, día en el que la parroquia bajaba mucho en asistencia.

Pasó un carruaje lleno de paja y subí a la acera para evitar ser atropellado. Los vecinos de Jaca solían quejarse de que los carruajes y ahora los automóviles circulaban con grandes prisas, obligando a los peatones a subir a las estrechas aceras, donde no se podían cruzar dos personas. Aquello, según aseguraban, era una vergüenza y cualquier día sucedería una grave desgracia.

En la acera, y de refilón, algo atrajo mi curiosidad. En el acceso principal de la catedral observé, incompletamente por el ángulo en que me encontraba, unas tallas situadas en el frontispicio, encima de las puertas de la entrada. Con el corazón latiendo deprisa, me aproximé para ver con mayor detalle los grabados. Se trataba de una rueda de carro flanqueado por dos leones enfrentados de perfil. El de la izquierda pasaba por encima de un hombre mientras que el de la derecha pisaba una serpiente. Dentro de la rueda había unas letras. También había unas inscripciones en latín sobre las cabezas de los leones, dentro de la propia rueda y debajo de todo el conjunto.

Aquel grabado era réplica exacta del que había visto en el arcón que los asesinos de mis compañeros habían sacado del monasterio el domingo pasado. No podía equivocarme. Noche tras noche volvía a mis sueños aquel arcón por el que los desventurados habían pagado con su vida. Ensimismado en la contemplación de las figuras no me di cuenta de la presencia de una persona a mi lado.

—¿Impresionante, verdad?

Me volví alarmado. El que había hablado era un cura con sotana y rígido alzacuello. Miraba a lo alto contemplando con placidez lo que a mí me había llenado de espanto. No supe qué contestarle.

—¿Sabes latín? —preguntó. Era evidente que conocía la respuesta pues continuó diciendo—: Arriba, a la izquierda, dice *IMPERIUM MORTIS CONCULCANS EST LEO FORTIS*, o sea, Cristo es el león poderoso que vence a la muerte. A la derecha pone: *PARCERE STERNENTI LEO SCIT, XRISTUS QUE PETENTI*, lo que viene a querer decir: El león perdona al que se rinde y Cristo al que se lo pide.

»¿No te parece hermoso? —inquirió—. Saber que tenemos a alguien que nos escucha, capaz de perdonarnos y tan poderoso como para vencer a la muerte, da ánimos a nuestro corazón.

Asentí con la cabeza. Bien necesitaba yo que alguien me perdonara la culpa que me corroía, mas no era eso en lo que estaba pensando en estos momentos, sino en el significado que tendría la reproducción en el arcón de estas tallas.

—¿Me podría decir qué pone a los pies de los leones? —solicité al cura. Quizá de alguna inscripción llegara una pista que me alumbrara.

—Claro, hijo, no faltaba más —contestó orgulloso el cura de haber captado mi atención y recitó con voz pomposa: *VIVERE SI QUERIS MORTIS LEGE TENERIS, HUC SPLICANDO VENI RENVENS FOMENTA VENESI; COI VICUS MUNDA, PEREAS NE MORTE SECUNDA*. Tú que estás sujeto a la ley de la muerte, si buscas la vida, ven aquí a suplicar, renunciando a los placeres del mal; limpia de vicios el corazón para que no perezcas en la segunda muerte.

—Dentro de ésa rueda de carro, hay unas letras. ¿Sabe usted qué son?

—No es una rueda de carro, sino un crismón, aunque bien es verdad que podría tratarse de una figura que recuerda a estas ruedas. Si le fijas alrededor del crismón dice: *HAC IN SCULPTURA, LECTOR, SIC NOSCERE CURA: P, PATER, A, GENITUS, DUPLEX EST SPIRITUS ALMUS. HUTRES IURE QUIDEM DOMINUS SUNT UNUS ET IDEM*. Lector, Si deseas conocer lo que dice en la escultura, la «P» es el Padre, la «A» el hijo, la ω el Espíritu Santo. Los tres son en realidad el único y mismo señor.

—Muchas gracias, padre.

—De nada, hijo mío —contestó poniendo su mano en mi hombro—, acuérdate de estas palabras. Si tienes alguna preocupación, abre tu corazón a Jesucristo y ya verás cómo Él te consuela. Y si quieres hablar con alguien, no dudes en acudir a la casa de Dios, que es la casa de todos sus seres. Aquí me tendrás todas las tardes, dispuesto a confesarte y en cualquier caso a tratar humildemente de ayudarte como buenamente pueda.

—Muchas gracias, padre —repetí—, lo tendré en cuenta.

Me marché con su bendición y con la duda de si se trataba de un sacerdote bondadoso o metomentado. Dado que curas de los primeros no había muchos deduje que pertenecería a los otros.

La cabeza me daba vueltas. El descubrimiento del crismón y de las inscripciones no me había dado ninguna pista, pero sí más preocupaciones. Quizá no tuviera mayor importancia. Pudiera ser que el arcón anteriormente hubiese estado depositado en la catedral y que después lo hubieran trasladado al monasterio. También pudiera ser que aquellas esculturas fueran comunes en muchas iglesias. Yo era extranjero y no conocía otros templos en España. Incluso pudiera ser que el arcón perteneciera a la catedral pero su contenido no tuviera nada que ver con ésta.

Sin embargo algo me decía que había una conexión y que era importante. Si no, ¿para qué se hubieran tomado la molestia de matar a mis compañeros? Bastaría con pagarles bien, lo suficiente como para que ofrecieran una cierta garantía de silencio. Además aunque hubiesen hablado, no conocían personalmente a sus contratistas y difícilmente iban a poder acusarles de nada, máxime habiendo cobrado por su colaboración en el expolio.

Si hubiese sido un robo sin más, los ladrones podrían haberse ahorrado las molestias de la contratación y posterior eliminación de los albañiles. Hubiesen podido profanar el monasterio y llevarse consigo el arcón sin dejar huellas.

No, los asesinos necesitaban obreros cualificados para que no se notara su paso por el monasterio. Esto querría decir que el arcón reposaba en un lugar inaccesible, conocido por los asesinos, pero que seguramente no conocería mucha más gente, pues ya hubiese sido robado. No podían arriesgarse a que los albañiles hablaran del robo. No correrían el riesgo de ser detenidos, pero los que tuviesen conocimiento de la existencia del arcón lo echarían en falta y el resto se preguntaría qué era ese objeto.

Las molestias y las medidas draconianas manifestaban la importancia que ese objeto tenía para los ladrones. La acumulación de polvo en el arcón, las figuras grabadas y su réplica en el pórtico de la catedral hablaban de la antigüedad del objeto sustraído.

Aquello se complicaba aún más. ¿Qué debía hacer? ¿Contárselo a las autoridades? Ya no se trataba solamente de un doble asesinato para encubrir un simple robo. Quizá aquello que albergaba era de gran importancia. En el nada probable caso de que mi amigo el juez me prestara atención, mi vida podría estar en peligro, pues no conocía el poder de mis enemigos. Por lo menos estaban implicados un caballero y seguramente un cura, a menos que éste fuera un impostor.

Sin darme cuenta, sumido como estaba en mis pensamientos, llegué hasta la taberna donde había comenzado todo. Me quedé en la puerta mirando el rótulo como un bobo. Detrás de mí, dos parroquianos, que querían entrar y a los que yo se lo impedía, preguntaron a ver si me decidía. Me disculpé sintiéndome estúpido.

Entré en el local tras ellos. Nada había cambiado, estaba atestado de gente y el bullicio no permitía sospechar la tragedia vivida. Verdaderamente el mundo sigue girando pase lo que pase y no será, desde luego, la desaparición de dos albañiles lo que le obligue a detener la marcha.

Me senté a una mesa compartida del fondo, con una ventana entreabierta a mis espaldas por la que entraba una brisa que se agradecía en aquel horno de cuerpos, humo de tabaco y brasas.

El camarero preguntó a los de mi lado si querían algo aparte de las migas de pastor. Uno de ellos pidió ternasco y el otro trucha. Después me miró a mí, limpiando con un trapo sucio la larga mesa. Le dije que me trajera migas con un huevo y una jarra de vino.

El vino llegó enseguida. No esperé la llegada de la comida para empezar a beber. Para colmo de males apareció Nicolás acompañado de otro tipo. Venían alegres, pero cuando me vio se le cambió el humor. Ninguno de los dos hicimos amago de saludo.

Vaso tras vaso terminé la jarra para cuando apareció el humeante plato. El camarero se me quedó mirando inseguro cuando le alcancé la jarra, pidiéndole que la llenara de nuevo. No es que el posadero no estuviera acostumbrado a las borracheras, pero aquella rápida ingesta parecía presagiarle malos augurios.

Dediqué más atención a la bebida que a la comida. Bebía de forma frenética, como si de esta forma pudiera alejar los recuerdos que me agobiaban. El vino consiguió lo contrario. Cada vez los recuerdos eran más vividos. Parecía que estuviera con mis compañeros otra vez departiendo y que en cualquier momento se abriría de nuevo la puerta, apareciendo Sánchez por ella con su maldito encargo. Ya estaba borracho cuando grité de nuevo para que me trajeran más vino. El camarero me miró e hizo como que no me había oído. Me levanté del banco y volví a gritar. Ahora no podía dejar de oírme y, tras un momento de duda, se acercó con otra jarra llena. Era la última que me servía, dijo, no quería problemas y esperaba que no los diera. Le despedí con un gesto.

Tenía la cabeza espesa, pero curiosamente los sonidos parecían llegarme más claros y cercanos. Podía escuchar las conversaciones que se embarullaban a mi alrededor, distinguiéndolas unas de otras, también mi percepción visual se había agudizado. Veía los gestos obscenos que dos parroquianos dirigían a la hija del mesonero, que ayudaba a su padre, sin pasar de la barra, seguramente para no causar males mayores. En la mesa de enfrente, tres carpinteros contaban cómo se les había caído el armazón construido a lo largo de toda la semana, por culpa del inepto de su capataz, al que ya habían advertido. Uno de los maderos golpeó en la rodilla de otro compañero y ahora la tenía rota, quedando posiblemente inútil, y todo por culpa de aquel imbécil. El traidor de Nicolás se emborrachaba con su nuevo amigo.

Me sentía eufórico con los poderes que me otorgaba el alcohol, pero a la vez no podía quitarme de la cabeza los fantasmas que me perseguían y que cada vez eran más tangibles. Bebía más para alejarlos pero el alcohol les daba fuerzas.

Bastante ebrio, me di cuenta de que el griterío había subido de tono. En una mesa cerca de la puerta, se estaba formando un tumulto en el que sobresalían dos individuos. Se tenían agarrados el uno al otro por el cuello de la camisa y se estaban pegando. Otros clientes trataban de separarlos mientras el cantinero corría a poner paz. Cayeron los contendientes sobre la mesa vecina, desparramando jarras y platos por el suelo, enfureciendo a los que se encontraban tranquilamente comiendo.

La pelea se generalizó. Llovían vasos y cubiertos por todos lados. Una jarra desportillada acabó sus días en mi mesa. Vi cómo un parroquiano cogía a Nicolás por la camisa y le asestaba un puñetazo.

No necesité más provocación para sumarme a la algarabía. Agarré a dos tipos que me impedían el paso y los tiré contra la pared, y ya iba a por un tercero, cuando me golpearon en la mandíbula. Casi perdí el conocimiento, pero logré recuperarme. No podía saber quién era el agresor, así que cogí al primero que vi y le estampé tal puñetazo en el costado de la cara que cayó redondo.

El individuo con el que se estaba pegando mi víctima volvió sus iras hacia mí, como si le hubiese privado del placer de ganar la contienda y me lanzó una patada en la entrepierna que hizo débil blanco, lo suficiente para hacerme agachar y pegarme un

puñetazo en la cara, de abajo arriba, que me levantó de inmediato. Atontado, me llegaron otros dos golpes mal dirigidos y por fin pude contraatacar.

Lancé dos golpes prácticamente a ciegas y uno de ellos logró impactar lo suficiente como para hacer retroceder a mi oponente. Enseguida fui tras él y lo agarré con una presa por el cuello de la que difícilmente podría escapar. Tratando de hacerlo, empujó para atrás. Perdí el equilibrio y caí encima de una mesa, que se fue al suelo, ante la embestida.

En esos momentos, sonó un silbato seguido por otros. Por la puerta asomaban los primeros miembros de la Guardia Civil. Al parecer el propietario del local, al ver que no podría con la pelea, había ido en busca de ellos. Llegaban ahora acompañados por los carabineros para que les ayudaran. Alguien me ayudó a levantar y me empujó al fondo del local. Era Nicolás, que sangraba de una brecha en el pómulo.

—Vamos, Eduardo, salta por la ventana de una vez que nos van a pillar.

Hice lo que me decía. Una vez en la calle esperé a que saliera Nicolás pero no le dio tiempo y lo apresaron.

Me alejé por un callejón y vi que otro de los que habían salido por la ventana se tambaleaba, sin acertar a correr para escapar. Fue atrapado por un par de carabineros que se apresuraban a sellar las salidas del local.

Corrí vacilante por varios callejones, hasta llegar a una pequeña plaza que no había visto hasta entonces y que poseía una fuente. Me mojé la cara y el pelo, tratando de recomponer la figura y el resuello. Bebí grandes tragos para aclarar la mente. Debía alejarme, tratar de pasar desapercibido y esperar el autobús de la tarde, que me devolvería a casa.

Entre las callejas me acerqué a la salida de la ciudad y salí de ella por el Portal de las Monjas. Fuera, un cartelón clavado a un poste advertía a los vehículos que trataban de acceder, que una velocidad superior a los diez kilómetros por hora sería sancionada con una multa de veinticinco pesetas.

Rodeé la ciudad en dirección norte, andando por debajo de los frondosos árboles, con la esperanza de que su sombra me cobijara.

Mi plan consistía en evitar contacto con cualquier persona, hasta llegar al paseo del rey Alfonso XIII, donde probablemente estarían mis padres, ya que a mi madre le encantaba sentarse en algún banco cercano a la terraza del café Cuatro Vientos, viendo pasar a la gente importante.

Si mi padre me veía en esas condiciones iba a tener problemas, pero si me prendían era mucho peor. Con mis padres y entre gente de bien, quizá pudiera pasar más desapercibido y evitar a la Guardia Civil, que seguramente seguía buscando a los participantes en el alboroto.

Me acercaba al lugar más peligroso. Acababa de pasar por detrás de la catedral y debería deslizarme frente a la guardia que custodiaba el acceso a la ciudadela. Calculaba que si pasaba andando con el aire de alguien que se encamina a un punto fijo, no despertaría las sospechas de los aburridos soldados.

Mi idea resultó buena. Ya sólo me quedaban unos pocos cientos de metros hasta alcanzar mi destino, cuando me topé de frente con una patrulla de guardia civiles que salían de la calle Mayor. Disimulé como pude, adentrándome en una callejuela a mi izquierda. Quizá si hubiese seguido recto, no se hubiesen fijado en mí, pero todavía no andaba muy firme y la cara la llevaba marcada. Un corte en el labio no terminaba de restañarse y la mandíbula se hinchaba por momentos.

Aquel callejón resultó no tener salida. Miré hacia los lados, tratando de encontrar una forma de esconderme o una ventana baja, por la que saltar. Creía haber visto un gesto de sorpresa en un miembro de la patrulla y cabía la posibilidad de que entraran a identificarme.

Opté por adentrarme en un establo, donde unos mulos comían su forraje monótonamente. Uno de ellos volvió la cabeza, indolente, ante la intromisión, pero no se alteraron. Vi una escalera de mano y con el equilibrio no muy sólido trepé por ella y me tumbé en la pajera, para no ser visto. El lecho improvisado y los efectos del alcohol me adormilaron.

Unos golpes en el costado me sacaron del sopor en que me encontraba. Alguien me daba con una bota en las costillas mientras me gritaba que me levantara. A duras penas logré abrir los ojos, para encontrarme a dos miembros de la Guardia Civil. Uno de ellos, el mayor y más gordo era el que me pegaba, mientras el otro, delgado y sin el proverbial mostacho, sonreía en una mueca de complicidad con su compañero.

—Levanta de una vez, gamberro —decía el de la Benemérita—, que la juerga ya ha acabado. Dentro de un momento podrás volver a dormir, aunque la cama no sea tan cómoda.

Dijo esto a gritos, guiñando un ojo a su compañero, que seguía con su sonrisa conejil.

Conseguí levantarme y me sacudí las briznas de paja pegadas a la ropa. El gordo me empujó en dirección a la escalera de mano por la que había subido. Abajo esperaba el propietario del establo.

Se trataba de un tipo enclenque y atemorizado. Seguramente habría entrado en la cuadra, encontrándose a un individuo con un labio sangrando y la mandíbula hinchada, y, como no se había atrevido a echarme de allí, había avisado a los guardias civiles. Se apartó raudo cuando me crucé con él.

Custodiado por los guardias civiles salimos a la calle, donde la tarde ya declinaba. Un grupo de curiosos presenciaba la escena sin nada mejor que hacer. Me fijé que uno de los presentes hacía un gesto de sorpresa al verme. Apartó a los que le rodeaban alejándose a toda prisa del lugar, algo que me sorprendió. Pero no tuve mucho tiempo para pensar en ello. Me pusieron unos grilletes y me empujaron fuera de la calleja. Iban a esperar la llegada del carro donde trasladaban a los detenidos, pero el callejón era demasiado estrecho para que pudiera maniobrar, así que esperaríamos fuera. Salimos los tres, seguidos por los curiosos, algunos de los cuales me señalaban con el dedo y comentaban algo con sus vecinos.

Pasaron más de diez minutos hasta que llegó el carro. Entre tanto, algunos de los curiosos, visto que no ocurría nada sensacional, se habían ido para sus casas, siendo relevados por otros nuevos que preguntaban a los presentes sin disimulo alguno qué ocurría. Yo era el mono de feria que oía en silencio las más absurdas y sorprendentes historias acerca de mi origen, culpa y comportamiento. El gordo de la Benemérita adornaba, para el que quería escucharle, el acto de mi detención, presentándose como un heroico representante de la ley al que aquellos desgraciados extranjeros no lograban amedrentar ni siquiera cuando su tamaño y aspecto eran tan peligrosos como los míos.

Cuando abrieron al fin la portezuela y bajaron el estribo, el gordo me volvió a empujar con más agresividad. Parecía que la presencia de más compañeros suyos y la historia de la que había alardeado le impelían a mostrarse más autoritario.

Justo poner el pie en el estribo observé, atónito, que el individuo que había salido presuroso al verme se encontraba otra vez entre los curiosos, mirándome. Lo que me sobresaltó fue que en esta ocasión el tipo no estaba solo. A su lado se encontraba el caballero albino que estaba en la taberna el domingo anterior, cuando Sánchez salía tras contratar nuestros servicios. Aquel encuentro anterior, terminado en tragedia, no contribuyó en nada a calmar mi ánimo, sino al revés. Algo me decía que aquella presencia no era fortuita.

No tuve mucho tiempo para cruzar la mirada con el albino, ya que el gordo me volvió a empujar soltándome una grosería, para que me metiera en el carro.

Cuando cerraron la portezuela, nos pusimos en marcha, sin darme tiempo a sentarme en los estrechos bancos adosados a los costados. Caí encima de un individuo, también engrilletado. Tenía un ojo cerrado, amoratado. Deduje que habría participado igualmente en el tumulto del mediodía. Me excusé con él, pero no dio muestras de haberme oído.

Tardamos posiblemente más de diez minutos en recorrer los escasos trescientos metros que nos separaban de la cárcel y en todo ese tiempo mi compañero de penurias no abrió la boca. Tampoco lo hice yo. Tenía motivos sobrados para estar preocupado. No se me olvidaba la escena montada en el juzgado en mi anterior comparecencia, ni las palabras amenazadoras que me pronosticó el magistrado e intuía que a él tampoco.

A mi compañero y a mí nos metieron en la misma celda. No era la de la vez pasada. Ésta tenía dos ventanucos enrejados, uno enfrente del otro. En la amplia celda, nos amontonábamos más de cuarenta personas. Pensé que en aquella taberna no habían tantas personas, por lo que algunos pertenecerían a otra fiesta.

Las gradas de piedra, que hacían las veces tanto de asientos como de camas, estaban ya ocupadas. No nos quedó más remedio que tumbarnos en el suelo, eso sí, lejos de la letrina. A pesar de ser verano, la piedra del suelo estaba fría. Me dormí enseguida, pero no tardé demasiado en despertarme de nuevo con la espalda dolorida del frío y de la dureza. Quedé desvelado y en toda la noche no pude volver a pegar

ojo. Incluso fui pisado por un individuo amodorrado, que se levantó para perfumarnos la habitación con sus defecaciones.

Fue una noche muy larga, que por fin llegó a su término. Las primeras luces entraban por los ventanos, cuando chasqueó la cerradura de la puerta y corrieron las aldabas de metal. Por el dintel asomó el mismo carcelero de la vez pasada. El día anterior, domingo, era su día de fiesta, por lo que no le había visto al llegar, pero ahora se encontraba allí y, por lo que parecía, del mejor humor para comenzar la jornada laboral.

Se inició el desfile de presos en dirección a la ducha fría que suscitaba imprecaciones de sorpresa entre los detenidos y risas por parte de los carceleros. Otra vez parecía que iba a ser de los últimos en salir. La noche anterior no me habían dado de cenar ni ahora teníamos desayuno así que, cuando, sobre el mediodía, me tocó el turno, las tripas manifestaban su protesta más ruidosa.

—Eduardo Biggi —en aquella ocasión el carcelero no tuvo el menor problema en pronunciar mi apellido, eso sí, con cierto retintín—. Bueno, italiano, aquí estamos de nuevo. He de reconocer que no esperaba verte tan pronto.

Le seguí en silencio hasta el patio de baños, preparándome para recibir el agua helada. Tras secarme y ponerme mis ropas, el carcelero me condujo a la sala de espera donde, en cuanto completáramos el número de ocupantes, saldríamos hacia el juzgado.

—Me gustaría saber cómo vas a hacer esta vez para salir bien parado —dijo antes de dejarme—. El señor juez me recuerda a menudo vuestra conversación. Se quedará contento cuando te vea otra vez por allí y sin tardar tanto como temía.

No contesté que también yo quería saber cómo diablos iba a librarme. Sus palabras acerca del recuerdo especial que me guardaba el juez no ayudaron a despejar mis temores.

Cuando estuvimos los seis preparados, nos metieron en el carro. El día era lluvioso y triste. Quise no tomarlo como un presagio. En silencio llegamos a la calle Mayor. Bajamos del coche y entramos en el edificio. En el descansillo de la entrada volví a quedarme perplejo. Entre las pocas personas que allí estaban, algunas de ellas con negras togas y voluminosos legajos, se encontraba el albino, acompañado en esta ocasión de un ceñudo caballero mayor, severamente vestido, que se dio la vuelta a una indicación de su compañero, cuando éste me vio. Ambos fijaron sus semblantes serios en mí, contemplándome al pasar como si fuera un bicho raro. Yo les mantuve desafiante la mirada.

Si me quedaba alguna duda acerca de las misteriosas apariciones del albino, aquella presencia en un lugar que no podía ser fruto de la casualidad me la despejó. Aún no sabía cuál era el significado, pero tendría que averiguarlo.

Ascendimos los escalones, encadenados hasta la celda donde esperaríamos turno. Me tocó la cuarta posición para entrar en la sala. Según me dijo el carcelero, mientras

me conducía a la sala de vistas, mi antecesor fue despachado con la máxima celeridad al descubrir el juez que el siguiente en la lista era yo.

—Pase, pase, señor Biggi —dijo sarcásticamente el juez—, no se haga de rogar, que aquí está entre amigos.

Avancé por el corto pasillo que formaban los tres bancos colocados a ambos lados, donde se sentaban cuatro o cinco personas que no tendrían nada más que hacer aquella mañana. Di un respingo al reconocer a uno de ellos como el caballero ceñudo que acompañaba fuera al albino.

No tardé en olvidarme de él ante el apremio que mostraba el juez. En aquella ocasión no faltaban las formalidades, era un juicio en toda regla. Bajo un retrato del monarca español estaba el alto estrado de oscura madera. En el centro, sentado, mi enemigo y soltando chispas por los ojos. A su derecha se sentaba un individuo con un bigotillo que le daba aspecto de ratón. A la izquierda del juez, y un poco más separado, se sentaba otro tipo que, fingiendo interés por los papeles que tenía enfrente, me miraba de reojo.

El magistrado lucía una impecable toga con algunos brillos que denotaban, eso sí, un excesivo uso. Me contemplaba por encima de sus gafas, apoyando el peso de su cuerpo en los codos, bien asentados sobre el estrado.

—Bienvenido, señor Biggi —pronunciando mal de nuevo mi apellido, me saludó alegremente y señaló al individuo de su izquierda, también vestido con toga—, el letrado señor Domínguez será su abogado, aunque debo reconocer que las facultades que usted muestra para ejercer su propia defensa están ampliamente reconocidas por este tribunal.

El letrado me miraba ahora sin disimulo, con curiosidad. Parecía estar tratando de comprender quién era aquel personaje que, siendo un vulgar albañil, era capaz de alterar el ánimo del presidente de la sala.

Me hicieron sentar. El secretario leyó, sin abrir apenas la boca y con un leve movimiento del bigote que acentuaba su aspecto ratonil, las reconvenções de rigor sobre la necesidad de declarar sobre cierto, so pena de perjurio. Cuando terminaron los preliminares, seguidos por el juez de manera distraída mientras me miraba con la sonrisa vengativa de quien tiene por fin en sus redes a la presa que trataba de cazar, se incorporó en el sillón y cogiendo una hoja de su escritorio, fingió leerla como si no lo hubiese hecho antes.

—Señor Biggi —dijo soltando el papel—, se le acusa a usted de participar en un alboroto multitudinario, destrozo de bienes, atentado contra la autoridad, entrada ilegal en una propiedad particular, resistencia a la detención. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Podía decir que mi apellido no se pronunciaba así, pero pensé que quizá no era lo que se esperaba de mí. Mientras reflexionaba, observé que el abogado me hacía un gesto con la cabeza para que estuviera callado. Le hice caso. Total, no sabía qué decir.

—Señor Biggi —ahora el juez abandonaba todo resto de ironía. Con el rostro cada vez más encendido y alzando la voz cada vez más, continuó—: Ya una vez se burló de este tribunal, pero las circunstancias han cambiado. Sabía desde que le vi por primera vez que no sería la última y, es más, estoy convencido de que en el futuro nos volveremos a ver, pero para entonces ya tendrá una idea más precisa de lo poco que me gustan los indeseables como usted. Ésta es mi ciudad y no permitiré que golfos y truhanes, escapando de su país, se instalen aquí creyendo que podrán alterar impunemente la paz y el bienestar de la gente de bien. Como dijo el escritor don Miguel de Cervantes Saavedra, «la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso». Pues si ustedes no son capaces de encauzarse por el camino estrecho, yo lo haré y no les quepa la menor duda de que descargaré sobre sus espaldas todo el peso de la ley, sin compasión.

Terminó ésta diatriba gritando, puesto en pie y con una vena marcada en su rostro encendido, alzando una mano por encima de su cabeza como si empuñara la espada flamígera que el ángel justiciero descargaría contra los pecadores arrojándolos del paraíso.

—Y ahora si no tiene nada que manifestar, y por su propio bien espero que así sea, dictaré la sentencia.

—Con la venia de su señoría, si me lo permite —interrumpió el abogado tras aclararse la voz con una tosecilla.

El juez, al igual que el resto de los asistentes, volvió la cabeza con gesto sorprendido hacia el letrado. Aquella interrupción en la justicia divina, además de no resultar muy frecuente, no parecía ser del agrado del magistrado. Con un gesto impaciente, en el que se observaba una velada amenaza, autorizó al abogado para continuar.

—Con la venia de su señoría —repitió con otro carraspeo, sin atreverse a mirarle a la cara—, mi defendido asegura no haber participado en las escaramuzas que hubo en el día de ayer en el local llamado Casa José. Mantiene que estuvo durante toda la jornada haciendo un pequeño trabajo para un vecino de esta ciudad, pudiendo presentar testigos de ello. Por este motivo, creemos infundadas las acusaciones de tumulto, destrozo y atentado contra los agentes de la autoridad. Creemos que se puede llegar a un acuerdo con el propietario del establo para compensarle las molestias derivadas de la intromisión, teniendo en cuenta que no hubo daños. Respecto a la acusación de resistencia a la autoridad, podemos presentar la declaración de varias personas, entre ellas la del dueño del establo, en las que afirman que la acusación carece de veracidad, ya que el detenido en todo momento se dejó conducir sin ofrecer resistencia. Por estos motivos solicitamos de este tribunal que se le declare inocente.

Había dicho todo esto sin levantar el rostro de los papeles que sujetaba, ante el asombro y la estupefacción creciente, tanto del magistrado como mía, que no dábamos crédito a lo que escuchábamos.

—Señor letrado —dijo el juez, logrando recobrase de la sorpresa y aumentando su enojo. El color de su rostro había ido cambiando según avanzaba el alegato de inocencia del abogado—. ¿He creído entender que tiene usted testigos de que esta persona no se encontraba presente en el tumulto de ayer?

—Así es, señoría —contestó con un hilo de voz el interpelado, que se encogía por momentos en su sillón.

—¿Podría señalarme quiénes son estos testigos? —exclamó en un tono que advertía a los interesados de la sensatez que supondría ausentarse de la sala.

—Con la venia de su señoría y mi respeto a esta sala —intervino el hombre que había visto en compañía del albino. Levantándose del banco donde se encontraba sentado siguiendo el juicio y ante el silencio del letrado, que no acertaba a articular palabra continuó—: Quisiera poder dar testimonio.

Al juez le cambió de nuevo la cara. No ganaba para sobresaltos. Aquel juicio en el que iba a poder descargar su ira contenida estaba resultando más complejo de lo que esperaba. Aun así no tuvo más remedio que mostrarse educado hacia aquel personaje que le pedía la palabra. Según pude enterarme después, se trataba de un senador de Zaragoza que poseía una casa solariega en el municipio de Jaca.

—Senador Soldevilla, siempre es un placer para esta sala escuchar a un distinguido representante del pueblo aragonés. Por favor, le escuchamos con atención. Siéntase libre de hablar con total confianza —dijo el juez forzando una sonrisa y aparentando mostrar plena atención al político.

—Gracias, señoría. Quizá podría arrojar algo de luz sobre este lamentable malentendido, del que me siento en parte responsable.

—¿Y cómo es eso? —preguntó alarmado el juez.

—Durante el día de ayer domingo contraté los servicios como albañil del encausado, para efectuar unos arreglos en mi residencia. Desde primera hora de la mañana permaneció trabajando en mis propiedades. Ya sabe cómo son estas cosas. Uno aprovecha la presencia de un profesional cuando lo tiene a mano y a mi mujer se le fueron ocurriendo diversas mejoras. El encausado me avisó varias veces de la hora en que salía el último autobús hacía su casa, pero ante mi insistencia demoró todo lo posible la marcha de mi propiedad. Como fuere que el trabajo no estaba culminado y como fórmula para garantizarme que el domingo siguiente acudiría a terminarlo, retuve la paga sin apercibirme de que se quedaba con el dinero justo para coger el autobús. A pesar de salir corriendo, deduzco que no llegó a tiempo y que hubo de quedarse en Jaca con toda la noche por delante, sin posibilidad de pagarse un albergue, e imagino que buscó la mejor manera de dormir sin estar al raso. El infortunio de este trabajador no acaba ahí. Durante la jornada de trabajo, se aproximó a un nervioso potro que poseo. Éste le pateó alcanzándole, gracias a Dios de refilón, en la cara, provocándole las heridas que se pueden apreciar. A pesar del susto que nos llevamos, este hombre tuvo la gentileza de tranquilizarnos, negando valientemente haber sufrido daños. Todo esto me coloca en deuda con este señor, así que hoy,

cuando uno de mis hombres se encontraba en la farmacia Borau, justo aquí debajo, le vio descender del carro de los detenidos, corrió a buscarme, acudiendo yo enseguida para ver qué es lo que sucedía.

»Como puede ver —continuó ante nuestro pasmo— es del todo punto imposible que este hombre pueda haber participado en la algarabía y demás delitos. En cuanto a la acusación de entrada ilegal en una propiedad, estoy dispuesto a satisfacer a su propietario, como parte de la deuda contraída con este caballero.

—Su oferta es sin duda muy generosa y su palabra es oro para este tribunal —farfulló el juez—, pero ha de haber algún malentendido. Este joven no nos es desconocido. Su fama de vicioso le precede...

—Acertada encuentro la cita cervantina sobre la virtud —cortó el senador—, pero no olvide que, como dijo el también escritor William Shakespeare: «Hasta la propia virtud se convierte en vicio cuando es mal aplicada». El juez no daba crédito a lo que escuchaba, como me sucedía a mí. Boqueaba tratando de encontrar algo que objetar. El insulto recibido delante de todos había calado hondo.

—Pero ¿está totalmente seguro de que es éste el mismo hombre del que usted está hablando? —trataba de recuperar el control de la situación.

—Totalmente —respondió tajante el caballero.

—Debe haber alguna equivocación —repitió mansamente el magistrado—, tengo la absoluta convicción de que este individuo participó...

—Si su señoría duda de mi palabra —le cortó secamente el caballero—, puedo llamar a mis empleados, que atestiguarán lo que acabo de referir.

—No, no, por favor —se apresuró a protestar el juez—, por nada del mundo me atrevería a dudar de la palabra dada por un caballero como usted. Quizá me he expresado mal, solamente quería decir que...

—Me alegro —volvió a interrumpir el senador— de que así sea. En ese caso, todo resuelto. Siempre es un placer asistir a una demostración de la fenomenal labor que nuestros juristas ejercen. Pero, por desgracia, no dispongo de más tiempo. Me encargaré de llegar a un acuerdo con el propietario del establo para compensarle las molestias y en cuanto a los demás cargos creo que queda convenido en que serán retirados. ¿No es así?

El magistrado sólo acertó a asentir con la cabeza. Con un «buenos días» el político recogió su bastón y chistera, saliendo rápidamente de la sala.

La conmoción duró largo tiempo. Nadie de los presentes osaba romper el silencio. Las personas que formaban el escaso público se habían despejado de su sopor en cuanto comenzara a hablar el senador y ahora no se atrevían a parpadear por temor a perderse un gesto o una palabra. Mi abogado se escondía detrás de sus papeles y el secretario se afanaba en tomar apuntes, como si la actividad le fuera a poner a cubierto de las iras del juez.

El magistrado lanzaba llamas por los ojos, sin apartar la vista de la puerta por donde el senador había abandonado la sala. Con el rostro congestionado, acertó a

ordenar al carcelero que me sacaran de la sala. No me atreví a mirarle. Cuando pasé por delante del estrado me escupió unas palabras amenazadoras, algo así como: «Maldito italiano, juro que me las pagarás». Fuera de la sala, mi carcelero me quitó los grilletes. Por primera vez le vi preocupado. Ya no tenía ese aire fanfarrón, ni la ironía que desbordaba, ni siquiera ese matiz paternal con el que en la anterior ocasión me había ofrecido consejo.

—Chico, no sé dónde te has metido, ni creo que tú lo sepas, pero tienes poderosos amigos y enemigos. Lo peor de todo es que no podría decirte cuál de los dos resultará más peligroso. —Me cogió del brazo y acercando su cara a la mía añadió—: Ten mucho cuidado. Hazme caso y vete de esta tierra cuanto antes.

Con un último apretón en el brazo se marchó en busca del siguiente preso. Yo bajé las escaleras, esperando encontrar a mi valedor o al extraño albino, para que me explicaran qué es lo que estaba sucediendo. En la calle no había nadie.

Me quedé abrumado por los acontecimientos de las últimas horas.

Capítulo V

Mediados de septiembre de 1922

Llevábamos sólo tres meses trabajando en la obra y ya mi padre era conocido por todos los trabajadores. Se había labrado una muy buena reputación entre los técnicos del proyecto, que lo consideraban un empleado modelo: serio, trabajador, instruido, con capacidad de mando y dispuesto a arrimar el hombro en cualquier momento. Esto se notaba en el trato que le daban y cómo confiaban en su criterio a la hora de llevar a cabo las tareas.

Entre los trabajadores las opiniones eran para todos los gustos. Había quien lo consideraba poco amigo de las bromas, severo con los vagos y negligentes. Un buen capataz que mantenía en todo momento las distancias. Otros lo tachaban de negrero implacable. No sabría decir entre quiénes me incluía.

He de admitir que me tenía impresionado. Como ya he dicho, mientras vivíamos en Italia yo era ajeno por completo al trabajo que desarrollaba mi padre, así que me suponía una sorpresa la capacidad y diligencia con la que desempeñaba su cargo. Al decir de personal más capacitado que yo para juzgarlo, resultaba sorprendente que mi padre fuera un simple maestro de obras. Opinión que, como digo, parecía ser compartida por los jefazos.

Era capaz de interpretar, sin ayuda de ningún tipo, los planos, discutiendo con los ingenieros aspectos técnicos de igual a igual, para subirse un momento después a un andamio y ayudar en la colocación de un poste de madera, bajarse y discutir con el ingeniero otra disposición. Lo curioso es que muchas veces tenía razón y el ingeniero se marchaba asombrado para corregir los planos.

A veces mis compañeros al ver esto me hacían preguntas que yo era incapaz de responder. ¿Dónde había adquirido mi padre esos conocimientos? Yo era el primero en desconocerlo.

Muy a pesar mío, hube de reconocer la pericia de mi padre para llevar adelante la tarea. Nuestra brigada siempre era la primera en los plazos. Se habían marchado algunos componentes de nuestra brigada: unos a otros grupos y otros sencillamente habían abandonado la obra. Esto sucedía en todas las brigadas, pero en la nuestra era más frecuente. Sin embargo, para mi sorpresa hubo obreros de otros grupos que solicitaron formar parte del nuestro.

Entretanto el edificio iba creciendo y tomaba forma poco a poco, pudiéndose atisbar ya su esplendor final.

De alguna manera se había enterado de mis problemas con la ley. No me había dicho nada y por mi parte no tuve la suficiente confianza como para abrirme a él, así que entendió que la culpa de todo habría sido mía, algo que por otra parte siempre

sucedía. Aquella predisposición por su parte a achacarme todos los males lo alejaba de mí.

A pesar de haber justificado como buenamente pude mis ausencias del trabajo mientras me mantuvieron preso y haber recuperado con creces las horas perdidas, mi padre me *regaló* una dosis suplementaria de trabajo. Durante el último mes me emparejó con Gregorio, un andaluz al que le faltaban luces y que era incapaz de concentrarse en la misma tarea durante diez minutos seguidos. Nadie quería formar pareja con él cuando la ocasión lo requería, pues abandonaba su puesto y tenías que hacer trabajo doble. Por alguna razón que nunca he sabido, no era expulsado de la obra como sucedía con otros.

Por este motivo mi trato con mi padre, ya de por sí pequeño, fue aún más escaso. Me tomé con filosofía el trabajo, sin prestar atención a las divagaciones de Gregorio. Éste me temía desde que un día, cuando por su culpa se nos estropeó toda la masa y me echaron la culpa a mí, le había cogido del cuello poniéndole de puntillas y lo había amenazado con romperle las piernas si me volvía a caer una bronca por su culpa.

Las semanas que pasaron entre mi aventura en las celdas de Jaca y la nueva que me esperaba, fueron de mucho trabajo, con días cada vez más cortos de luz y frío desde primeras horas de la tarde. Por lo demás trataba de no darle demasiadas vueltas a lo que había sucedido con mis compañeros asesinados. No era un pensamiento muy cristiano, pero estaba visto que lo único que iba a servir era para complicarme la vida y, total, ellos ya estaban muertos.

El segundo domingo del mes resistí la tentación de quedarme remoloneando en la cama y me quité la manta de encima antes de que el sueño volviera a apoderarse de mí. Abrí el ventanuco de la habitación y me asomé para ver cómo había salido el día. Era un día frío pero soleado. Perfecto para la fiesta a la que iba a acudir. Me froté con fuerza las manos, activando la circulación, y me puse la ropa que colgaba de la silla. Entré en la cocina, donde ya se encontraba el resto de la familia. No recordaba haberme levantado jamás antes que mis padres. Cualquiera diría que no se acostaban. Siempre estaban preparados y vestidos cuando yo entraba. Saludé a mi padre, que me hizo un gesto con la cabeza, y di un beso en la mejilla a mi madre. Me senté a la mesa para desayunar. Comía mientras hablaba de nimiedades con mi madre. Estaba a punto de terminar cuando sonaron unos golpes en la puerta de la entrada.

—Buenos días, señora Biggi —saludó una voz conocida—. ¿Está Eduardo?

—Buenos días, Nicolás —respondió Virginia—, pasa a la cocina, que está terminando de desayunar. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, ya he desayunado —contestó Nicolás, quitándose la gorra y entrando en la cocina—. Buenos días, don José.

Mi padre hizo un vago gesto de saludo al recién llegado. Las relaciones entre ellos no mejoraban. Esa misma semana le había llamado un par de veces la atención, pero Nicolás no parecía darse por enterado.

—¿Qué hay, Eduardo? ¿Ya has terminado de arreglarte? —preguntó Nicolás—, vamos un poco justos de tiempo. Los demás nos están esperando abajo.

—No te preocupes, que en un momento termino de peinarme —contesté, echándome agua en el pelo a todo correr, empapando el suelo de la cocina, ante la desesperación de mi madre.

Se me había terminado la cera y trataba de domar mi díscola mata de pelo con un peine. Viendo el resultado en el espejo, me di por vencido. Me puse la gorra tapando el estropicio y tras despedirme de mis padres, bajamos corriendo las escaleras. En la calle aguardaba el resto de mis amigos, con cestas y bolsas donde llevar la comida y unas botellas de las que daríamos buena cuenta. Se había encargado de la compra Eusebio, un gallego que el día anterior había tenido que bajar a Jaca con el camión para abastecernos con el dinero que habíamos aportado entre todos. Éramos seis en total: estaban el gallego, dos aragoneses de los alrededores, Luis y Manuel, Nicolás, que era catalán, y un vasco, Iñaki.

Cargamos la comida y nos dispusimos a caminar, saliendo del poblado en dirección al alto de Somport, donde en las ruinas del antiguo hospital para peregrinos tendría lugar una fiesta en la que habría baile. Para despedir el verano, la empresa del ferrocarril había contratado a una banda de música de Sabiñánigo y había prestado gratuitamente un autobús y un par de camionetas sin capota para que la gente de los pueblos de alrededor que lo deseara pudiera subir hasta el puerto y participar en el baile.

A mitad de camino fuimos adelantados por una de esas camionetas, que subía atiborrada de gente. Muchas eran chicas de las cercanías de Jaca, algunas con intención de buscarse un novio que las sacase de sus pueblos. Nos echamos a un lado saludando con las gorras, para dejar pasar al vehículo, que iba tocando alegremente el claxon. Los ocupantes respondieron con gritos y silbidos, lanzándonos las mozas guiños y besos con la mano.

Tras esperar que la polvareda levantada por la camioneta se posara seguimos caminando, especulando sobre la cantidad de mujeres que habría y faroleando sobre la habilidad de cada uno para ganarse el favor de éstas. Nicolás era el más hablador y lanzaba todo el rato pullas, sobre todo al gallego, que no se quedaba atrás. El más callado era el vasco. Sólo tenía dieciséis años, aunque su constitución era más corpulenta que la de los demás, exceptuándome. Su español era aún peor que el mío, y además tenía un fuerte acento de su tierra, que lo hacía ininteligible. Desde el inicio de la marcha, sólo había abierto la boca una vez, cerrándola de inmediato como sorprendido por su osadía.

Llegaron los repechos y el grupo enmudeció reservando fuerzas para subir las cada vez más empinadas rampas. Veíamos a lo lejos otros grupitos como el nuestro, que de vez en cuando paraban para recobrar el resuello. A varios los adelantamos intercambiando frases de ánimo. Cerca ya del final fuimos adelantados por la otra

camioneta, que también pitó dándonos ánimos. Los pasajeros jaleaban a los peatones, mientras trabajosamente el vehículo nos dejaba atrás.

—Al fin hemos llegado —jadeó el gallego—, no hubiese podido subir otra maldita cuesta ni aunque me hubiese esperado arriba mi prima Carmen.

—Tu prima Carmen no te esperaría ni aunque te subieras de rodillas todas las cuestas del mundo —contestó Nicolás sentándose en una piedra.

En realidad la tal Carmen, de la que el gallego estaba enamorado, no era su prima, sino una sevillana adoptada por sus tíos, de sinuosas formas, que traía por la calle de la locura a toda la obra.

Los dos aragoneses se habían tumbado en la hierba al lado de un torrente y bebían con fruición el agua cristalina que bajaba de las montañas. No tardaría mucho este agua en estar tan fría que sería casi imposible bebería, en cuanto llegaran las nieves. Mientras, el vasco con su cara más roja que de costumbre, se pasaba un pañuelo por el imberbe rostro secándose el sudor.

Yo me senté en una raíz a la sombra de un árbol, mirando con interés cómo un grupo de chicas, acompañado por algunas madres, elegían un sitio adecuado donde extender los manteles. Se decantaron por la sombra de un gran roble no muy lejos del torrente. Nicolás, que había seguido mi mirada calculadora, llamó a sus compañeros y les propuso colocar sus cestas debajo del árbol donde me había sentado, con el fin de tener controladas al grupo de muchachas que ahora se dedicaban a colocar los platos y vasos, mientras otras ponían en el torrente unas botellas a enfriar, protegiéndolas con unas piedras para que no se las llevara la corriente. No perdió tiempo Nicolás, cogió varias de las botellas que llevábamos, se acercó a donde estaban las chicas y colocando la bebida a refrescar como hicieran ellas, las saludó atentamente, ignorando las miradas de advertencia que le dirigían las madres.

Comimos tranquilamente, compartiendo con buen ánimo lo que habíamos traído: un buen queso del cercano valle de Roncal, longaniza, unas morcillas de arroz y unas hogazas de pan tierno y crujiente, todo ello regado con vino de Aragón. Mientras, hablábamos en voz alta del trabajo, poniendo a caer de un burro a todos los jefes menos, por delicadeza, a mi padre, exagerando la importancia de nuestra labor, para que la conversación llegara hasta donde se encontraban las chicas. Cuando terminamos, no nos pusimos de acuerdo sobre a quién correspondía limpiar los platos. Al final cada uno limpió lo suyo menos el gallego, que insistía en haber cumplido su parte al comprar la comida. Tras la limpieza, se imponía una breve siesta, que ayudaría a una buena digestión, a la sombra del árbol, a la espera de que diera comienzo el baile.

—Eduardo, despierta de una vez, que va a empezar el baile —gritaba uno de los aragoneses—. ¡Joder con el catalán! Ya ha agarrado a una para bailar.

—Para agarrar eso mejor me quedo solo —le contestó el gallego, que estudiaba con aire crítico las diferentes posibilidades.

—No, si eso salta a la vista —se rió el aragonés alejándose.

Se quedó el gallego pensando en el sentido de la frase, para acabar por desestimar una mala interpretación de la frase.

—Ninguna de éstas está a la altura de mi prima —aseguró convencido, sin dirigirse a nadie en especial.

Entretanto había logrado despejarme. Me mojé la cara y junto con Iñaki me acerqué a la explanada donde iba a celebrarse el baile.

Por sorpresa, el desaparecido Nicolás se presentó agarrado de la mano con una chica que se llamaba Dolores. En su cara se pintaba una sonrisa picara que intuí más que vi, ya que no tenía ojos sino para mirar a una de las amigas de la tal Dolores. Me quedé allí alelado, sin acordarme de respirar, mientras Nicolás hacía las presentaciones.

—Mirad —dijo Nicolás a las chicas—, éste tan grande se llama Iñaki, es vasco, yo no entiendo mucho lo que dice, pero como es tan callado no hay problema. Este otro es Eusebio, conocido en el mundo entero por el Gallego. Tened cuidado que no es de fiar.

—A bueno vais a hacerle caso —contestó Eusebio, fingiendo indignación, ante las risas cohibidas de las chicas—, este catalán os sacará, como no andéis con cuidado, los cuartos.

—Y por último —añadió Nicolás burlón mirándome a los ojos—, éste tan alto es Eduardo. Es italiano. Aunque da un poco de miedo, no os preocupéis, que el único que muerde soy yo.

No lograba articular palabra y sólo acerté a ponerme colorado.

—Por parte de las señoritas —dijo poniendo con confianza un brazo en torno a los hombros de Dolores— tenemos a Josefina, dama singular, su hermana Adela, cuyo cabello rubio fascina a reyes y príncipes, y por último —Nicolás me dirigió una mirada significativa—, ésta es Guadalupe, que, como nuestro silencioso Iñaki, es de la tierra de los misteriosos vascos.

Ni que decir tiene que se trataba de la misma Guadalupe que habíamos conocido en casa del profesor jacetano el día que estuvimos arreglando su cocina.

Reímos, vergonzosos, las ocurrencias de Nicolás. En ese momento dio comienzo el baile, con unas jotas, y la gente se puso a danzar como buenamente sabía. Frente a mí se había colocado Guadalupe. Era, como la recordaba, toda una mujer. Aparentaba ser algo más joven que yo. Destacaba sobre el resto del grupo por su altura. Su vestido se cerraba en el cuello, con la manga por debajo del codo, pero podía adivinarse un acogedor cuerpo. Quise abrigar la esperanza de que mostraba un ligero interés por mí y trataba de no separarme mucho mientras dábamos vueltas.

No lograba apartar la mirada de sus ojos almendrados. Ella me miraba con más recato y una sonrisa vergonzosa que le hacía resaltar unos labios llenos y seductores. En mi interior rezaba para que no notara la turbación que me invadía.

Su amiga Adela, muy tímida, parecía congeniar con Iñaki, que se desenvolvía con poco estilo en el baile. Eusebio parecía haber llegado a la conclusión de que más vale

pájaro en mano que ciento volando y, dejando a un lado a su amada prima, hablaba alegremente con Josefina. Nicolás y Dolores bailaban desenfrenadamente, provocando el escándalo de la gente mayor. De los seis compañeros sólo los aragoneses se habían separado, haciendo la guerra por su lado con otras dos chicas.

—¿Eres italiano de verdad? —preguntó Guadalupe cuando, acalorados, nos sentamos bajo la sombra de un árbol.

Por hablar de algo, le dije de dónde venía. Bajo su atenta mirada me comportaba como un niño y, por miedo a caer en otro prolongado silencio, no callé, contándole cosas de mi familia, de Carrara, de mí. También mencioné nuestro anterior encuentro y ella fingió no recordarlo.

Llegué a pensar que la estaba aburriendo, pero aun así no podía parar.

—Pues yo me llamo Guadalupe —dijo, ante mi protesta porque ella no hablaba y sólo lo hacía yo.

Nos reímos los dos ante esa perogrullada. Su sonrisa era tímida y campanilleante, y vibraba al compás de sus ojos.

—Vengo de Régil, un pueblecito en Guipúzcoa —continuó—. Soy la pequeña de cuatro hermanos y vivimos todos en un caserío que construyó mi padre. Ahora estoy pasando una temporada en casa de mis tíos, para recuperarme de un problema respiratorio.

Casi todo eso ya lo sabía yo, pero me abstuve de decirlo. Por un lado me gustaba escucharle y por otro hubiese resultado un poco embarazoso admitir que había indagado sobre ella.

Me contó cómo era su tierra, sus padres y hermanos, qué es lo que hacía y qué le gustaba. Su sueño era llegar a ser un día una buena maestra.

El resto del baile nos lo pasamos embebidos el uno en el otro, sin percatarnos de la presencia de otras personas. Jugamos a decir cada uno en su idioma el nombre de las cosas y nos reíamos ante el extraño sonido que representaba un mismo pájaro o una flor.

—Guadalupe es un nombre muy bonito —dije en un silencio, tratando de imaginar cómo sería acariciar aquel cabello negro.

—¿De verdad? Pues no lo uso mucho, ¿sabes? En mi casa me llaman por el nombre de mi madre, pero a mis tíos les suena raro así que me llaman por el mío.

—¿Y cómo es ese nombre tan raro?

—Itziar —respondió, y volvió a reír al ver mi expresión de extrañeza—. Significa «altura encaramada al mar». Era el nombre del caserío en el que nació mi madre. Queda alejado de la costa pero al estar en lo alto de un monte se divisa el mar.

—Nunca lo había oído. Desde luego te va que ni pintado. Seguro que tú también ves el mar desde lejos —contesté entre risas y tras meditar un momento añadí—: Suena bien, pero me gusta más Guadalupe. Creo que te llamaré así.

Se había terminado el baile y ya la banda recogía los instrumentos. Algunas personas empezaban a bajar el puerto. Las camionetas permanecían a la espera para

recoger a los pasajeros y devolverlos a sus casas. La tarde iba declinando y el sol, ya más lejano, no calentaba como antes. Se acercaba la hora de las despedidas y los bailarines de ambos sexos trataban de cerrar pactos. Dolores, que había empezado siendo una loba, trataba de contener las manos exploratorias de Nicolás, mientras Iñaki hablaba bajito con Adela. El gallego estaba solo. Posiblemente Josefina no había soportado más el relato pormenorizado de la belleza de su prima Carmen y habría optado por dirigir su atención a otro.

Yo tenía cogida una mano de Guadalupe. No me hubiese atrevido a algo más y no porque no tuviera experiencia con las mujeres, pero aquélla no era como las que conocía. Se acercaba el momento de la despedida pero yo no quería que terminara aquel mágico encuentro. No me animaba a preguntar a Guadalupe si volveríamos a vernos y cuándo regresaría a su tierra.

—Me temo que habremos de irnos —dijo Guadalupe un rato después, señalando a los vehículos que arrancaban sus motores.

—Una lástima —contesté cortésmente—. Me lo estaba pasando muy bien.

—Yo también lo he pasado estupendamente. Ha sido un día genial —dijo Guadalupe, a la vez que se levantaba y se alisaba con una mano la falda—, pero como no vaya se me escapará la camioneta.

No me decidía a soltarle la mano, que sostenía entre las mías. Con el corazón latiendo a toda velocidad se me agolpaban las ideas. Deseaba perdidamente besar aquellos labios esponjosos y acariciarle el pelo, pero mi atrevimiento podía asustarla. Por otra parte, pudiera ser la última vez que estuviéramos juntos.

—Desde la primera vez que te vi —dije de un tirón, antes de poder arrepentirme— me enamoré de ti. Durante toda la tarde no he podido dejar de pensar en cómo sería besarte.

—¿Sólo lo piensas? —respondió con seguridad.

No necesité más. Atraje su cabeza hacia la mía y nuestros labios se encontraron en un prolongado beso, abriéndose paso su lengua, que vibraba al unísono con la mía. En ningún momento puse en duda su honor. Ninguna pareja se besa en su primer encuentro, bajo el riesgo de ser considerada la chica una descocada. Pero aquello resultaba natural. En esos momentos era como si nos conociéramos desde mucho tiempo atrás y nos limitamos a disfrutar.

Fue un beso prolongado, pero a mí se me hizo efímero. Me sorprendió su apasionamiento y entrega, pero no teníamos más tiempo. El camión tocaba ya el claxon para convocar a los retrasados y Guadalupe tuvo que correr. Subió a la parte de atrás de la camioneta, que arrancó enseguida. Hubo intercambios de adioses y risas entre los pasajeros y los que se quedaban. Iñaki, con una mirada arrobada, se despedía de Adela, agitando la mano. Yo gesticulaba para hacerle entender a Guadalupe que el próximo domingo iría a Jaca y allí nos veríamos de nuevo. Más alejado estaba el gallego, con uno de los aragoneses, mientras, sentado al lado de nuestras cestas, Nicolás daba buena cuenta de las sobras.

Cuando se marcharon los vehículos, nos acercamos donde teníamos montado el campamento. Nicolás echaba humo por las orejas:

—La muy desgraciada se ha pasado todo el baile calentándome y a la hora de la verdad me dice que es virgen y que no me deja hacer nada.

—Ésa de virgen tenía lo que yo de santo —le picó el gallego.

—Eso, tú encima tócame las narices, que ya verás.

Calmamos a ambos, que parecían dispuestos a desfogar su mal humor. Una vez más tranquilos, le pregunté a Luis dónde estaba el otro aragonés, del que habíamos perdido la pista desde el comienzo del baile. Según contestó, una chica menos remilgada que Dolores había caído en sus redes, adentrándose en el bosque. Decidimos esperar un poco más a ver si aparecían, terminando los restos de la comida. Cuando pensamos que había pasado un tiempo de espera prudente y viendo que no aparecía nos marchamos los cinco. Éramos de los últimos. El sol estaba ya muy bajo y posiblemente no tendríamos casi luz cuando llegáramos abajo.

Descendimos en silencio la montaña, pensando cada uno en cómo nos había ido la jornada, cuando oímos, proveniente de la arboleda, el relincho de un caballo. Aunque nos llamó la atención, no le dimos mayor importancia y seguimos camino.

Al llegar a un recodo, salieron de ambos lados del bosque seis individuos montados a caballo y vestidos con estrafalarias ropas. Llevaban en el torso un plaquín de metal unos y una malla de anillas de hierro otros, calzaban jubones marrones con botas altas y por encima unas capas blancas que tenían una cruz roja. Se cubrían la cabeza con las capuchas de las capas y el rostro con unas máscaras de cuero con orificios para los ojos y para respirar. No lo había para la boca.

Nos rodearon, empuñando unas largas espadas, sin dejarnos salir del círculo. Al principio, no reaccionamos, pensando que se trataría de una extravagante broma. Cuando lo hicimos, tratamos de enfrentarnos a los jinetes. El gallego empujó a uno de los caballos, que se encabritó izándose sobre las patas traseras. Su amo lo controló enseguida y con la espada golpeó en la cabeza a Eusebio, que se desplomó. Tratamos de ayudarle, pero otro de los hombres impidió que nos acercáramos, amenazándonos con la espada.

Mediante gestos nos obligaron a arrodillarnos. Yo miraba a Eusebio, tendido en la hierba y sin sentido, viendo cómo de una herida manaba sangre. No era nada importante, pero el golpe había sido fuerte. Uno de los hombres descendió de su montura y cogió unas cuerdas. Con ellas ató las muñecas a la espalda, primero a Nicolás y luego al vasco, que se removía inquieto. Después me tocó el turno. Se acercó por detrás, esperé a que me cogiera las manos que tenía colocadas en la cabeza y en cuanto las noté, le aferré con todas mis fuerzas y lo lancé por encima de mí. Salté sobre él sin darle tiempo a incorporarse y le di dos potentes puñetazos en la cara. Acto seguido me puse en pie de un salto para enfrentarme a los demás.

Como me sucedía siempre que me peleaba, un velo me nubló los ojos y cargué como una bestia, sin notar el dolor de los golpes que me daban. Mientras me enfrentaba a otro de los atacantes, el vasco se había levantado, aún con las manos atadas en la espalda y había arremetido de un cabezazo contra el costillar de uno de los caballos. El animal, sorprendido y dolorido, casi logra sacudirse a su jinete, pero éste reaccionó rápidamente y pudo controlar al caballo y lanzó a la vez un mandoble con la hoja de su espada a Iñaki. Éste no se arrugó y le pegó una patada al animal en todas sus partes, tan fuerte que esta vez se desplomó con un bufido. Nicolás, también con las manos atadas a la espalda, y Manuel, que seguía suelto, se sumaron a la pelea.

Durante un momento creímos que la victoria nos favorecería. Nuestros atacantes no esperaban semejante resistencia y habían sido cogidos por sorpresa.

Pero fue un espejismo. Aquellos hijos de puta estaban bien entrenados. Uno de ellos le rompió con el filo de su espada la clavícula al vasco, con un golpe medido para no matarlo. Un chorro de sangre brotó de la herida, dejando a Iñaki en el suelo. Nicolás también estaba en el suelo con la boca sangrando donde uno de los jinetes le había pegado una patada. Escupiendo sangre y dientes, trató de incorporarse, pero el individuo al que yo había atizado los puñetazos se había recuperado y le dio una patada en la boca del estómago. Sólo quedábamos Manuel y yo. El aragonés estaba trabado por el cuello, con su oponente. Éste, más curtido en la pelea, le lanzó dos terribles cabezazos a la cara, dejándole la boca sangrando y la nariz rota. Mientras tanto, yo había logrado hacer presa, por la espalda, en el cuello de otro atacante. Ya estaba rojo y a punto de perder el sentido ante mi presión, cuando otro de sus compañeros me cortó en el costado con el filo de su espada y me puso la hoja debajo de la barbilla.

La batalla había terminado. Recompusieron sus ropas sin decir nada y ni siquiera nos volvieron a golpear. Parecía que fueran profesionales en la lucha que consideraran los daños sufridos parte del trabajo. Terminaron de atarnos las manos a todos y después nos pusieron una cuerda larga alrededor del cuello, atándonos entre nosotros a todos menos al gallego, que yacía aún inconsciente en la hierba. A éste le ataron las manos y lo montaron cruzado sobre uno de los caballos.

Uno de los jinetes dio la orden de partir. Montaron a caballo y el que tenía agarrada la punta de la cuerda que nos unía dio un tirón para que nos moviéramos.

Salimos del camino y ascendimos durante una hora o más. La verdad es que no sé lo que duró aquella marcha, pues tenía todo el cuerpo y en especial el costado, del que seguía manando sangre, muy dolorido. Los demás no iban mejor que yo. Custodiados por dos jinetes detrás de nosotros, uno en cada costado y los otros dos delante, avanzábamos dando traspiés. El vasco había perdido bastante sangre y a duras penas lograba seguir el paso. Nicolás iba delante de mí, pidiendo explicaciones a gritos, insultándoles, amenazándoles y también suplicando, todo a la vez. Pero los jinetes no se inmutaban. Manuel caminaba delante de él en silencio, tratando de

ayudar al vasco cuando tropezaba, momento en el que el jinete volvía a estirar de la cuerda.

Yo caminaba en último lugar en silencio, tratando de comprender lo que estaba pasando. Si en un primer momento se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que nos estuvieran gastando una broma pesada, ahora quedaba claro que no era así. El hecho de que los jinetes tuvieran los rostros tapados, podía indicar que no quisieran ser reconocidos una vez que esto terminara, lo cual en ese momento constituía un consuelo o, y esto era peor, podía ser que les conociéramos y que los planes para nosotros fueran más fatídicos.

Llegamos a una zona donde los árboles estaban más dispersos. Eran grandes pinos negros que proyectaban sombras tenebrosas, a la luz de la luna llena, sobre la alfombra de agujas que tapizaba el suelo. Allí se detuvieron todos a la vez y bajaron de los caballos. Estaba claro que tenían decidido de antemano qué iban a hacer con nosotros, pues en ningún momento se consultaron entre ellos. Mientras dos de ellos me quitaban la cuerda del cuello, los demás vigilaban de cerca al resto de mis compañeros. Me hicieron sentar de espaldas a un pino y con una soga que apareció no sé de dónde me ataron al árbol. Lo mismo hicieron con los demás sin que nadie opusiera resistencia. El que más les costó fue el vasco, que ya había llegado al límite de sus fuerzas y no lograba tenerse de pie. Tuvieron que levantarlo entre tres, para poder amarrarlo al tronco de un roble. Cuando terminaron con los de la cordada, uno de ellos se acercó al caballo donde todavía colgaba el gallego y agarrándole por el pelo, lo tiró al suelo. Junto a otro de los jinetes lo arrastraron a otro árbol y lo ataron.

Estábamos todos bien sujetos, pese a lo cual el jefe de la banda se aseguró de que no pudiéramos escapar.

Nicolás seguía gritando inútilmente para que nos soltaran. Uno de los tipos le pegó una patada en la barbilla y de rebote se golpeó con la cabeza en el tronco, quedando atontado.

Cuando el jefe terminó su inspección, sacó un largo cuchillo de su faja y se encaminó hacia el gallego, que aún no se había recuperado. Le separó una de las piernas y ante la mirada horrorizada de los que todavía estábamos atentos, hizo un profundo corte en el interior del muslo. Una fuente de sangre manó de la herida al instante, apartándose el torturador rápidamente para que no le salpicara.

Nicolás, que se había espabilado, comenzó a chillar como un poseso. Una mancha de humedad, le oscurecía la entrepierna del pantalón. El terror le había impedido dominar sus esfínteres. El jefe se volvió hacia él y con un rápido movimiento le abrió el estómago, provocando tal dolor en el catalán que perdió el conocimiento.

Le tocaba el turno a Manuel. El aragonés parecía resignado a su suerte y no trató de zafarse cuando su atacante se agachó frente a él. Otro movimiento del cuchillo y una mancha de sangre empezó a extenderse por la manga de su camisa. Manuel sólo emitió un grito y volvió a quedar en silencio.

El siguiente era Iñaki. No tardó mucho el asesino en darse cuenta de que el vasco había perdido tanta sangre que no merecía la pena infligirle un nuevo castigo. Le levantó la cara agarrándole del pelo. Iñaki balbuceaba palabras sin sentido con los ojos extraviados. Su rostro, siempre tan sonrojado, aparecía ahora pálido como la luna que alumbraba el bosque.

Ya sólo quedaba yo. No me iba a librar de la visita de ese animal. Por algún motivo que todavía ignoraba, estaba interesado en que sangráramos abundantemente y aunque yo lo hacía sin cesar de mi costado izquierdo, el goteo le debía parecer insuficiente. Así fue. Se aproximó a mí y traté de alcanzarle lanzándole patadas en un desesperado intento de zafarme de su visita. Esperó a que me cansara y de golpe me pisó con fuerza en una rodilla, causándome un intenso dolor. Se arrodilló ante mí y pareció reflexionar sobre cómo me haría sangrar. Se había quitado la máscara, pero mantenía su capucha puesta. Tampoco pude ver gran cosa, ya que ésta proyectaba sombras, quedando su rostro en penumbra. Creí ver dos ojos mirándome sin apasionamiento. Los de un carnicero que debe malar a unas reses para venderlas en el mercado. El tipo examinó brevemente mi herida, llegando a la conclusión que me había temido. Acercó más su cara a la mía para ver unas marcas que tenía en el cuello.

No desaproveché la ocasión y me lancé hacia delante todo lo que me permitían mis ataduras. Logré hincar los dientes en su carne, cerca de la barbilla y apreté con todas mis fuerzas, moviendo la cabeza para incrementar su dolor. Sorprendido de nuevo, logró emitir un grito, al tiempo que, con las manos, trataba de alejarse de mí. Pero yo no soltaba.

De pronto un agudo dolor en el costado me hizo abandonar la presa. Uno de los hombres había oído el grito de su jefe y se había acercado para ver qué ocurría. En cuanto se dio cuenta me pegó una patada en el costado herido, lo que permitió a mi torturador zafarse. Se puso en pie cogiéndose con la mano la zona que le había mordido. Yo tenía la boca llena de pelos, sangre y un trozo de carne. Imagino que parecería un loco, los ojos desorbitados, la boca con sangre ajena y aullando por la miserable victoria conquistada. El jinete que había socorrido a su jefe sacó una espada de la vaina donde la tenía guardada y me hizo con el filo un corte en el antebrazo, lo bastante profundo para que sangrara abundantemente.

Una vez acabado su macabro trabajo, montaron en sus caballos y se alejaron. Durante todo el tiempo que duró el secuestro no habían hablado ni una sola palabra, lo que junto con sus ropajes y mantos les daba un aspecto fantasmagórico e irreal.

Pero si nuestros captores, ahora que se habían ido, parecían haber sido un mal sueño, eso no mejoraba nuestra situación.

—Nicolás, Eduardo..., ¿estáis por ahí?

Era la voz débil del gallego, que parecía haber recuperado la conciencia.

—Eusebio —contesté—, estamos aquí, frente a ti ¿qué tal te encuentras?

—Mal, compañero —dijo, tratando de alzar la cabeza en dirección a mi voz—, no puedo ver y me duele muchísimo la cabeza. No puedo ni levantarla, es como si me pesara una tonelada. ¿Qué ha pasado?

—Nos atacaron en el camino de regreso, unos cabrones a caballo —le conté—, estaban armados con espadas y puñales. Te enfrentaste a uno que te golpeó con la espada en la cabeza y caíste al suelo.

—No recuerdo nada de eso que dices, ¿seguro que es verdad? —preguntó incrédulo.

—No, te hemos atado ahí para joderte —contestó Manuel de malas maneras interviniendo por primera vez. Se apoyaba cabizbajo en el árbol. Aguantaba mejor que los demás, pero su ánimo era pésimo.

—Manuel ¿eres tú? —dijo Eusebio—, ¿dónde están los demás?

—Estamos todos aquí —contesté yo, ante el silencio de Manuel—, no te preocupes, que ya pensaremos algo para soltarnos.

Trataba de animar al gallego. El hombre estaba tan débil que no se había enterado siquiera de la grave herida que tenía en la pierna. No podía quedarle mucha sangre. Si no lo lográbamos llevarlo enseguida al poblado moriría seguro. Por Iñaki poco se podía hacer ya. La cantidad de sangre perdida tenía que ser fatal. No lograba recuperar el sentido y balbuceaba en su lengua ininteligible. Sólo reconocí en un momento parte del padrenuestro, que alguna vez le había oído rezar, al mediodía mientras trabajábamos. Nicolás debía estar consciente, aunque parecía perdido en un mundo aparte. Tenía en la cara una expresión de loco, que en otras circunstancias me hubiera alarmado.

Traté de hablar con Manuel, ya que éramos los que mejor estábamos, lo cual no era mucho decir, pero éste no contestaba. Parecía resignado a la idea de morir. Tras varios intentos por entablar conversación, también me sumí en el silencio.

Me apoyé en el tronco del árbol, buscando la postura menos incómoda. Pensaba en la situación. En casa me echarían de menos, y los padres de Iñaki extrañarían a su hijo. Nicolás y el gallego compartían una habitación en una de las casas de obreros y no serían echados en falta hasta el día siguiente, cuando no aparecieran en el trabajo. Manuel también compartía una habitación con su compañero, Luis. Quizá éste se alarmara con la prolongada ausencia; pero seguramente, ocupado como estaba, pensaría que su compañero habría gozado de la misma fortuna que a él le había sonreído.

Calculaba cuánto tardaría mi madre en alarmarse por el retraso. Sabría de la llegada del resto de los asistentes al baile. A esas horas ya empezaría a inquietarse. Mi padre no le haría caso en un principio, leyendo sus atrasados periódicos en la cocina. Posiblemente terminaría por irse a la cama sin preocuparse. Sólo horas después de haberse acostado, y si mi madre seguía despierta, empezaría a pensar en qué podía haber sucedido. Primero echaría pestes sobre mí y mi irresponsabilidad, por preocupar a mi madre y no llegar a tiempo para descansar en preparación de la

dura semana que nos aguardaba. Después quizá optaría por ir, empujado por Virginia, a la casa de mis compañeros, para ver si ya habían llegado. Tendría que buscar las habitaciones que ocupaban éstos y el único que atendería a su llamada, si es que ya estaba en la cama, sería Luis. Con un poco de suerte la idea de algún percance asomaría y buscaría el apartamento donde residía Iñaki. Sus padres también estarían en esos momentos, sino antes, alarmados. ¿Bastaría esto para que iniciaran la búsqueda de sus hijos o por el contrario lo achacarían a una prolongación de la fiesta?

Mientras rumiaba todo esto, miraba la luna colgando del cielo. Sin duda, la pérdida de sangre me estaba trastornando. Veía en ella la cara de mi madre que, preocupada, me llamaba. La brisa nocturna movía las ramas de los árboles, proyectando unas sombras danzantes en el suelo, asemejando unos tentáculos sinuosos en busca de una presa. Contesté a las llamadas de mi madre. Ella no parecía oírme. Intentaba elevar la voz para que me oyera, pero algo me apretaba el pecho impidiéndome hinchar los pulmones. Debía estar perdiendo ya las fuerzas y sumiéndome en la inconsciencia. La voz de Iñaki, con su jergonza, ya de por sí débil, parecía llegarme desde muy lejos. Se mezclaba con la voz de mi madre que me llamaba: «Eduardo, Eduardo, despierta, despierta, Eduardo. Oigo un caballo».

Era Manuel el que me llamaba.

Levanté la cabeza, con un gran esfuerzo. Notaba el corazón como si lo llevara donde debiera estar el cerebro, bombeando la sangre mediante los golpes de las máquinas que utilizábamos en las obras. Me costó enfocar la mirada. Manuel escuchaba atento. Intenté hacer lo mismo, ignorando el martilleo que amenazaba con sacarme los ojos de su sitio. Al cabo de un rato logré apreciar unas amortiguadas pisadas que se acercaban.

—¡Aquí, aquí! —gritaba Manuel—. ¡Eh, oigan, estamos aquí!

—¡Ayuda, estamos heridos! —dije yo todo lo alto que podía. ¡Llegaba nuestra salvación!

El martilleo dentro de mi cabeza empezó a galopar como un caballo desbocado, pero no me importaba. Por fin iba a finalizar el calvario que habíamos padecido. Quizá incluso no fuera demasiado tarde para auxiliar a los que peor estaban. Éstos no se habían percatado del cambio en nuestra situación. Nicolás seguía con la mirada de loco, totalmente ajeno a lo que le rodeaba. El gallego estaba sin sentido, con la cabeza colgándole sobre el pecho, e Iñaki se había callado como si se hubiese dormido. Manuel y yo seguimos gritando, para que nuestros salvadores pudieran guiarse por el sonido de nuestras voces. Cada vez se oían más cerca las pisadas. Tanto el aragonés como yo, que veíamos cada vez más próxima la salvación, no pusimos a llorar de felicidad, mientras agradecíamos a los que llegaban.

—Por aquí —gritábamos—, ayúdenos, estamos aquí...

Se nos cortó de golpe la voz, como si nos hubiesen golpeado muy fuerte en la boca del estómago. Entre los árboles donde estábamos Manuel y yo, apareció una sombra enorme, de un jinete sobre un caballo. Llevaba una capa que le cubría de

arriba abajo con una gran cruz que parecía roja en su espalda. Uno de nuestros captores había regresado. Se nos cayó el alma a los pies. Las lágrimas de alegría, que tan sólo unos momentos antes nos habían embargado, se convertían ahora en lágrimas de desesperación.

El jinete avanzó lentamente hasta ponerse delante de nosotros. Se detuvo. Parecía indeciso. Volvía la cabeza, cubierta con una capucha que le tapaba el rostro, para examinarnos. El caballo movía la cabeza, inquieto quizá por el olor de la sangre. El hombre que lo montaba lo controlaba con una sola mano, sin dejar de mirarnos. Algo notaba yo, sin poder precisar qué era, qué me extrañaba. Dándole vueltas, con los ojos cerrados, para no ver la espantosa visión que no auguraba nada bueno, caí en la cuenta. Los caballos de nuestros secuestradores eran de color blanco o gris y no estaban demasiado bien cuidados. Éste sin embargo era un ejemplar de mayor alzada, muy negro, más joven y muy bien cuidado. Este jinete no pertenecía al grupo que nos había secuestrado.

—Por favor, señor —supliqué—, ayúdenos. No hemos hecho nada. Sólo somos unos obreros. No hemos hecho daño a nadie. Suéltenos, por favor.

Manuel no se debía haber percatado de que el jinete no era del grupo anterior, pues me miraba, extrañado de que pidiera piedad a uno de nuestros torturadores. El jinete también me miraba ahora inmóvil. Por un momento acaricié la esperanza de que nuestro visitante tuviera piedad y nos auxiliara.

Al cabo de un rato de incertidumbre, el jinete pareció reaccionar. Abrió una bolsa de cuero que llevaba en el costado de su silla y sacó una botella. Despacio, le quitó el tapón. Al instante se extendió un nauseabundo olor que encabritó al animal. Tirando de las riendas, logró calmarlo. Tras un último vistazo a mis compañeros, encaminó al caballo hacia mí. Descendió y examinó las ataduras que me sujetaban y las heridas. Rabioso con él, pegue un tirón a la soga para hacer presa, pero sin apenas molestarse desvió el ataque y vertió el pestilente contenido de la botella sobre las heridas.

Un lacerante dolor me hizo lanzar un aullido. La herida del antebrazo me quemaba como si me hubiesen aplicado un hierro al rojo blanco. Enseguida se unió a esta llamarada otra en el costado donde me habían clavado el puñal. Tensé el cuerpo de tal manera que hubiese podido romper las cuerdas que me sujetaban. Apretaba la mandíbula y los dientes me chirriaban. Los músculos del cuello parecían cables de acero y seguro que ni con un cuchillo me los podrían haber cortado en ese momento. Todo se volvió oscuro.

No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente. Me desperté con un intenso dolor por todo el cuerpo. El martilleo en la cabeza, que antes me había parecido inaguantable, se había duplicado. Las heridas me quemaban. No podía mover el brazo herido. Una costra negruzca se había formado en la herida que ya no sangraba. Lo mismo pasaba con la herida del costado. Aquel líquido había cortado la sangría. Traté de no hacer caso del terrible dolor que me paralizaba hasta el cerebro y miré a mis compañeros. Todo seguía igual. Manuel tenía la cabeza apoyada en el tronco, su

respiración era regular y supuse que, debilitado, dormía. No estaba seguro, pero posiblemente sus heridas estaban húmedas. Lo mismo sucedía con los demás. Al parecer yo era el único agraciado con la dolorosa cura.

Desde la lejanía, llegó hasta nosotros el aullido de un lobo. Las cosas empeoraban alarmantemente. A esa llamada contestó otra y enseguida otra más. Ahora comprendía el motivo por el que nos habían infligido las heridas. Nuestros secuestradores pretendían que los lobos terminaran su macabra tarea atraídos por el olor de la sangre.

—Manuel, Nicolás, espabilad —grité a los dos únicos que podrían ayudar—, joder, que tenemos problemas.

—Y ¿qué quieres hacer? —preguntó el fatalista aragonés—, cuanto antes terminemos mejor.

—Yo no pienso morir comido por los lobos —repuse enfadado—, hay que pensar algo.

—Sí —respondió sarcástico—, podríamos cortar las cuerdas con los dientes y luego ir volando hasta el poblado.

A todo esto Nicolás seguía con la misma cara de antes. No parecía probable que volviera a recuperarse. Con él no podíamos contar. El gallego y el vasco eran los que peor se veían y no podrían ayudar. Iñaki había vuelto a su monólogo en vascuence. Si se podía hacer algo sería entre Manuel y yo.

—¿Puedes moverte? —le pregunté.

—No.

—¿Ni siquiera una mano? —insistí. De poco iba a servir una mano, pero trataba de implicarle y despertar su ánimo.

—No. Déjalo, Eduardo —contestó cansino—, no hay solución.

Volvimos a oír los sobrecogedores aullidos de los lobos, esta vez más cerca. No era la primera vez que oía a esos animales. En otras ocasiones me provocaban algo de inquietud. Ahora era terror.

Forcejeé con las ataduras, tratando de liberar el brazo sano, pero en vano. Los que nos habían atado sabían cómo hacerlo. No quería rendirme. «Piensa —me repetía—, algo hay que hacer». Me engañaba a mí mismo, diciéndome que el auxilio no tardaría en llegar. «Tengo que lograr ganar tiempo, hasta que vengan a buscarnos. Ganar tiempo y evitar que se acerquen los lobos».

Fue inútil. Hubiese necesitado estar libre y con fuerzas para soltar a mis compañeros y buscar un refugio que, por lo que veía a mí alrededor, tenía que ser en lo alto de los árboles.

Llegaron las fieras silenciosamente. Conté ocho bestias. Nos examinaron ávidamente, saboreando por adelantado el festín. Una de ellas se adelantó husmeando. Sería el jefe de la manada. Era más grande que el resto de sus congéneres, de color gris, con el morro blanco. Le faltaba un gran trozo de oreja y

tenía cicatrices por distintos sitios del cuerpo. Los demás esperaban la señal que diera comienzo a la comilona.

Ésta llegó cuando repentinamente el jefe atacó fieramente al gallego, mordiendo salvajemente en el muslo ensangrentado. Entre espeluznantes ruidos arrancó de un solo mordisco parte del muslo del infortunado Eusebio. Éste ni se movió. Quise pensar que ya estaba muerto.

A esta señal de su jefe, se lanzaron sobre nosotros. Empecé a patalear y chillar como un poseso. Me ignoraron, quizá dejándome para el final, cuando me hubiese debilitado aún más y comenzaron el festín con los otros, atacándoles con una saña inimaginable.

Dos de ellos fueron a por Nicolás. El pobre catalán comenzó a gritar de una forma que jamás hubiese creído posible en un ser humano. Aullaba ya antes de ser atacado y siguió haciéndolo mientras uno de los lobos le arrancaba los testículos, donde terminaba el corte del cuchillo. El otro hizo presa en su cuello, ahogando el grito. La sangre de Nicolás teñía de negro las bocas de las bestias en un espectáculo horripilante. Su atacante le desgarró la garganta y comenzó a masticar.

Otros dos lobos atacaban al vasco. Éste parecía presentir cerca el final y llamaba a su madre con voz débil. «Amatxo lagundu, amatxo maitea lagundu, mesedez». Madre querida, ayuda por favor, entendí que repetía en su lengua, de la que había aprendido algunas palabras sueltas. No hubo piedad. Le mordieron en la clavícula, allí donde su secuestrador había hundido la espada. El otro lobo se dedicó a arrancar un trozo de la pantorrilla. Aún aguantó Iñaki largo rato, hasta perder el sentido por última vez.

Manuel no protestó mucho. Tuvo un tratamiento especial. Fue atacado por tres bestias a la vez. Las esperó impávido y sólo gritó cuando la primera de ellas le arrancó los labios junto con parte de la mejilla y de la mandíbula. Otra se dedicó al brazo, donde le habían cortado. La última probaba suerte en el costado, rompiendo las costillas con unos chasquidos que helaban la sangre. Murió enseguida, cuando le arrancaron el corazón por el que se pelearon dos de los animales.

No quiero entrar en más detalles sobre la terrorífica escena que se desarrolló. Baste decir que salvo el vasco, los demás tardaron, gracias a Dios, poco en morir. No tenía fuerzas ni para llorar. Cerré los ojos, tratando de abstraerme de los dramáticos sonidos que rompían el silencio del bosque. No creo que logre jamás olvidarme de ellos. Los chasquidos de los huesos rotos, las desgarraduras, la masticación de las bestias, el borboteo de la sangre y cómo la succionaban ansiosos de los cuerpos destrozados, resonarán en mi cabeza hasta el día de mi muerte.

Cuando se aburrió de los despojos, el jefe centró su atención en mí. Se acercaba dubitativo, mostrándome unos colmillos como grises, que destacaban sobre el resto de la dentadura. No terminaba de decidirse a acercarse, por alguna razón que yo desconocía. Me gruñía, se aproximaba, volvía a alejarse y vuelta a empezar. Otros compañeros se le unieron en esta macabra danza, que suponía mi muerte. Tenían el pelo apelmazado por la sangre. Aquella angustiada espera amenazaba con

provocarme un ataque al corazón. Me olfateaban y resoplaban acto seguido, como si les resultara repugnante. Finalmente caí en la cuenta.

Acostumbrado ya mi olfato al nauseabundo hedor que despedía el líquido de las heridas, no lo recordaba. Sin duda, ese potingue, además de restañar las heridas, tenía algún componente que impedía a las fieras acercarse a mí. Mi corazón, que ya galopaba, se aceleró aún más con la esperanza de seguir con vida.

Tras varios intentos por parte de la manada, el jefe decidió dejarme y regresó a terminar con su cena. Sus compañeros le imitaron. Cuando acabaron de llenar sus panzas, se volvieron hacía mí desafiantes, mostrando las dentaduras y, tras un último aullido de su líder, al que respondió alguno de sus secuaces, se alejaron tan sigilosamente como habían llegado.

El silencio volvió a apoderarse del bosque. Preferí no examinar el resultado de la carnicería. Sin darme cuenta de lo que pasaba cerré los ojos y, por fortuna, un piadoso desvanecimiento se apiadó de mí.

Capítulo VI

Desperté al notar que alguien me sacudía. Convencido de que los torturadores habían regresado, no quería abrir los ojos. ¿Para qué ver de nuevo aquellos rostros enmascarados?

Pero el que me agitaba no cedía a pesar de mis débiles protestas. Yo sólo quería que me dejaran morir en paz y que no se ensañaran más conmigo.

—Eduardo, despierta ¿me oyes? Soy tu padre —decía una voz conocida—. Tienes que despertar. Venga, Eduardo, todo ha pasado. Vamos a casa.

Ir a casa. Aquello sonaba bien pero no se trataba más que de un sueño. No podía estar lejos la muerte. Estaría soñando con que alguien me recogía del suelo y me llevaba de vuelta con mi madre, hasta que llegara mi hora.

Salí de la inconsciencia poco a poco. La cabeza me latía, pero no tan fuerte. ¿Dónde me encontraba? Por techo debería tener el cielo y las copas de los árboles, pero mi borrosa mirada sólo lograba distinguir una superficie blanca. ¿Estaba muerto y aquello era el cielo?

En todo caso sería el infierno. En el cielo no podía existir el dolor y mi cuerpo gritaba por todos sus poros. La bruma cedía con reticencia, mas seguía viendo algo blanco.

—Eduardo, ¿estás despierto? ¿Qué tal te encuentras?

Una voz parecida a la de mi madre, pero infinitamente más dulce, me llegaba no sabía de dónde, así que no contesté. Si se trataba de un ángel, ya me llamaría de nuevo.

Volví a despertar, si es que estaba dormido. Mis ojos enfocaban algo mejor, pero no había nada que ver, salvo una bruma blanca. Tenía la cabeza un poco más ligera y el cuerpo no tan dolorido. Incluso haciendo un enorme esfuerzo, pude mover ligeramente el cuello. Vi el ventanuco de mi habitación y debajo la silla donde solía colgar la ropa. Esta vez no pensé que estaba soñando, mi mente me advertía de que, contra toda probabilidad, me encontraba en mi cama.

De la cocina llegaban sonidos conocidos y un agradable aroma. Aquello hizo que mi boca, seca como un estropajo, se humedeciera ligeramente.

Reuniendo todas mis fuerzas, levanté la mano para ver si el cuerpo me obedecía. Era como levantar un saco de cincuenta kilos. Al instante, un latigazo en el costado donde me habían herido hizo caer mi mano, que resbaló del colchón al suelo. Aquel débil golpe logró atraer la atención de mi madre, que se afanaba en la cocina. Entró en la habitación, quedándose junto a la puerta a mirarme, como si nunca antes lo hubiese hecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Traté de sonreír.

—No te muevas, que estás muy débil. Descansa tranquilo. ¿Tienes hambre?

Asentí con la mirada, si eso es posible, o ella con su instinto materno adivinó mis necesidades, el caso es que al instante tuve cerca de la boca una cucharada de sopa

que estaba seguro sabía a gloria, pero a la que no pude encontrar gusto. Tomé unas cucharadas más. No tardé en vomitar. Mi cuerpo se negaba a asimilar la comida.

Mi madre me tranquilizó y con paciencia limpió todo el estropicio. Al cabo de un rato volví a sumirme en el sueño, del que me despertó la voz de mi padre. Abrí los ojos y allí se encontraba mi padre, sentado en mi cama. A su lado reconocí al médico de la obra, el doctor don Manuel Martínez.

—¿Qué tal te encuentras, hijo? —preguntó mi padre, en un tono que no reconocía.

—Bien —traté de responder, pero tenía la garganta como si estuviese tragando alfileres.

—Hola, Eduardo, ¿te acuerdas de mí? —dijo el médico.

Cualquiera se olvidaba de aquel matasanos y así lo entendió, sonriendo. Quien tuviese la mala fortuna de necesitar su ciencia quedaba señalado para toda la vida. Su visita, lejos de animarme, tuvo el efecto contrario. Nada bueno saldría de aquello.

—Me ha dicho tu madre que has tratado de comer, pero que has vomitado todo. ¿Tienes hambre ahora?

Asentí con la cabeza, que se movía un poco mejor. Trajeron de nuevo la sopa de antes y me dieron unas cucharadas. Creí reconocer el sabor del pollo y unas verduras.

—Así está bien —comentó el doctor, alejando a mi madre, que me servía con la cuchara—. Vamos a ver qué tal le sienta y más tarde le podrá dar un poco más.

Me auscultó el pecho y me miró la lengua y los ojos bajando los párpados. Después revisó el estado de los vendajes. Cuando se dio por satisfecho, se levantó y se fue.

Nos quedamos los tres juntos sin saber qué decir. Mi padre tenía unas ojeras enormes y una mirada triste. Mi madre, a su lado, sonreía cariñosa, mesándome el pelo.

—Cuánto tiempo ha pasado... —dije en un susurro.

—Tres días.

—¿Cómo están los demás?

La mirada triste de mi padre se acentuó. No hizo falta que contestaran, pues yo sabía la respuesta antes de formularla. Aun así, quería creer que alguno de mis compañeros había sobrevivido al ataque.

Todos estaban muertos, medio devorados por los lobos. Habían sido enterrados en el mismo cementerio donde descansaban los obreros que fallecían en la obra, todos menos Iñaki, que fue trasladado por sus padres al valle del Baztán.

Los culpables de los crímenes no fueron hallados a pesar de la caza a la que los sometieron los horrorizados compañeros y el resto de los habitantes de la zona. Cinco lobos resultaron abatidos a tiros y sus cuerpos machacados a golpes. Cuando pregunté me dijeron que ninguno de ellos tenía las características que recordaba del jefe de la manada.

El quinto día de convalecencia, me encontraba bastante mejor, como para incorporarme en la cama y tomar una tortilla, mi primer alimento sólido en una semana.

Aquella noche comenzaron las pesadillas. Si anteriormente las tuve también, no lo recordaba. En la primera de ellas reviví todo el horror, acentuado, si eso es posible, por imágenes absurdas, como sólo se dan en los sueños. En el delirio, eran los propios jinetes junto con sus caballos quienes arrancaban trozos de mis compañeros y míos, en una orgía sangrienta. Uno de los jinetes, arrodillado ante mí, empezó a pelearse con su montura por un órgano de mi cuerpo. Asqueado, bajaba yo la cabeza para no ver el espectáculo. De mi tripa asomaban los intestinos culebreando entre mis piernas. Otro de los jinetes se acercaba y abría la boca. Sus dientes amarillos tenían unos enormes colmillos. La boca se abría más y más, hasta que pareció que iba a engullir mi cabeza.

Desperté sudando a chorros y con el corazón encogido. Mi madre me tenía cogido por los hombros, tratando de rescatarme de aquel horror. El resto de la noche tuve sueños tortuosos de los que no recordé nada al despertar.

La sexta jornada de cama me visitó el médico para cambiarme los vendajes y con él algunos de mis compañeros. Creí notar una desconfianza en el trato que no me explicaba, pero no le di mayor importancia. Cuando se fueron llegó mi padre.

Durante la temporada que hube de guardar cama llegaba todos los días pronto, se sentaba en la silla de mi cuarto y leía sus periódicos mientras me hacía compañía en silencio. Más tarde lamenté no haber aprovechado esos momentos de cierta intimidad para hablar con él, para acceder al gran desconocido.

Esa noche la pesadilla fue distinta. Nos encontrábamos Nicolás, el gallego y yo en un burdel de Jaca que habíamos visitado un par de veces, sin que lo supieran mis padres.

Precisamente, a consecuencia de una de estas visitas había conocido al doctor don Manuel. Tres días después de «salir a tomar algo con mis compañeros» había empezado a notar unos picores insoportables en mis partes, que se convirtieron en una tortura cuando miccionaba. Tenía el glande enrojecido y me supuraba una secreción verde amarillenta.

No me atrevía a contárselo a mi padre, y se lo comenté a Nicolás. Me metió el miedo en el cuerpo hasta tal punto que a la salida del trabajo me encaminé a la consulta del doctor. Mi vergüenza a contarle lo que sucedía se lo dijo todo, así que me ordenó bajar los pantalones, cosa que hice con gran apuro. Tras examinarme, causando más dolor del necesario a juicio mío, comenzó una disertación sobre la juventud que aliviaba sus pasiones más bajas en tugurios que adolecían de la mínima sanidad. Mientras aplicaba su cura tuve que aguantar la descripción del infierno que espera a los pecadores y la necesidad de la redención.

La noche de la pesadilla reviví una de esas fiestas. Subíamos a las habitaciones con las chicas. Se supone que habíamos bebido en abundancia, pero mis percepciones

eran sumamente agudas. Ocupamos los seis la misma habitación y cinco minutos más tarde aquello era un jaleo de piernas y brazos. Nicolás yacía en el suelo, montando a una de las putas, mientras el gallego hacía lo propio en la cama. Los cuatro gritaban como posesos y yo les hacía callar temiendo que se presentaran mis padres. La fulana que estaba conmigo se reía de mi temor mientras, apoyada sobre el lavabo dispuesto para después del trabajo, me recibía. Yo, irritado por la desfachatez de la mujerzuela, la penetraba con violencia para que se callara. Sin embargo, cuanto más apretaba y empujaba, más se reía y crecía mi enfado. Agarré su melena y tiré con fuerza, gritándole que dejara de reírse.

La mujer volvió la cabeza hacia mí. Vi con espanto que lo que agarraba era el pescuezo del jefe de la manada de lobos. La bestia me miraba mordazmente mientras abría la boca, armada de agudos colmillos.

Traté de desacoplarme del animal y no pude. Me volví para pedir ayuda a mis compañeros, pero éstos habían desaparecido. En su lugar aguardaba babeando toda la manada, relamiéndose por el festín que se darían conmigo.

Desperté de la pesadilla con el corazón por la boca. Durante el resto de la noche no pude concebir el sueño. Al menos no había hecho ruido y despertado a mis padres.

La mañana siguiente me recibió con sol y un magnífico desayuno. Cuidado como un rey por mi madre, cogía fuerzas a gran velocidad con copiosos desayunos.

Si, aparentemente, mi milagrosa salvación de las bestias había causado desconfianza entre los hombres, no se podía decir lo mismo de las mujeres. No pasaba un día sin que alguna vecina apareciera por casa para regalarle a mi madre unos huevos, un repollo, una chuleta de cerdo o cualquier otro manjar que mi madre se apresuraba a cocinar para mí.

Mientras tomaba mi desayuno en la cama, acompañado por el brebaje que me hacía tragar mi madre, regalo de unos acongojados vecinos: «Carne líquida, un tónico nutritivo y poderoso reconstituyente, para recuperar rápidamente las fuerzas», según rezaba la etiqueta, oí unos discretos golpecitos en la puerta. Pensando que se trataría de una vecina, mi madre se apresuró a abrir. Una voz cortés de hombre que me sonaba de algo, saludó preguntando por mí. Otra voz de mujer joven señaló algo sobre alguna cosa que traía. Les hizo pasar a mi habitación con muestras de agradecimiento.

Me quedé con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca. Frente a mí se encontraban el profesor Martín y Guadalupe. Ni que decir tiene que mi traqueteado corazón se puso a galopar de tal forma que a duras penas evité su huida.

Me temo que no supe estar a la altura de las circunstancias. Gracias a Dios, mi madre se comportó como buena anfitriona y las visitas supieron disculpar mi tosco comportamiento.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Guadalupe, aceptando una silla que mi madre trajo de la cocina y sentándose a una decorosa distancia de mi cama, al lado del profesor.

—Tienes buen aspecto —dijo éste—. Se ve que eres de buena raza, te repones rápido.

El comentario me subió los colores, ante el divertimento de mis invitados. Durante un rato estuvimos hablando de cosas banales, cuánto iba a mantenerse aquel tiempo, cómo iba la construcción y demás. Llegamos al tema del ataque. No era la primera vez que tenía que hablar de eso. Antes lo había hecho con la Guardia Civil, también con los constructores y con mi padre.

—Imagino que tiene que resultarte doloroso hablar de lo sucedido aquella noche —tanteó el profesor—. Si te molesta lo dejamos.

—No, por favor. Usted conocía a Nicolás y sé que le apreciaba.

—Sí, es cierto. Lamento de corazón su pérdida. Era un chico excelente. Amable, caritativo y servicial. Creo que su jefe de obra no estaba demasiado contento con su forma de trabajar —añadió con un guiño de complicidad—, pero era un buen chaval.

—Sí que lo era —asentí con pena—. Nicolás era el mejor amigo que he tenido aquí, aunque como usted dice a mi padre no le hacía mucha gracia. Cuando llegamos a Jaca, Nicolás enseguida se preocupó por mí. Lo hacía por todos los recién llegados y por aquellos que estuvieran solos, como le pasaba a Iñaki, el vasco.

Permanecimos un rato en silencio los tres, cada uno sumido en los recuerdos que guardaba de los desaparecidos.

—¿Qué quería preguntar? —dije finalmente, viendo que la emoción comenzaba a embargarme.

—Verás, Eduardo. Como podrás imaginarte, lo sucedido ha conmocionado toda la zona. A cualquier sitio que vayas se habla del brutal ataque que sufristeis y de vuestros atacantes. Es normal que la historias se distorsionen y al final el parecido con la realidad suela ser remoto.

—¿Se refiere usted a la vestimenta que usaron aquellos cabrones? —pregunté ante el regocijo de Guadalupe, que fingió escandalizarse por la grosería.

—Entre otras cosas, pero sí que me ha llamado poderosamente la atención cómo los has descrito.

—No es el único. Cuando vino la Guardia Civil a verme, estaba medio atontado todavía, pero insistieron en hablar conmigo. Según decían, cuanto menos tiempo pasara desde los hechos, más posibilidades de encontrar a los culpables. Cuando les conté lo sucedido no me creyeron, pensaron que todavía estaba mal y se marcharon.

—¿Así que es cierto que usaban extraños ropajes? —preguntó Guadalupe, a la que la curiosidad también carcomía.

—No sé qué les habrán contado, pero voy a decirles lo que recuerdo. Eran seis jinetes a caballo. Recordaban a esos dibujos y cuadros antiguos. Tenían acorazado el pecho, botas altas, pantalones marrones y llevaban una capa blanca que les llegaba por debajo de las rodillas, con una gran cruz roja en la espalda y una más pequeña sobre el pecho. La capucha de la capa les tapaba la cabeza y cubrían sus rostros con máscaras de cuero.

—Templarios —exclamó el profesor, asintiendo con la cabeza como si se confirmaran sus sospechas.

—¿Los conoce? —pregunté incorporándome de la cama.

—No, claro que no —se apresuró a decir—. Si así fuera habría hablado con la Guardia Civil, no te preocupes. En realidad quería decir que vuestros atacantes iban vestidos como los caballeros templarios.

—¿Quiénes son los caballeros templarios? —preguntó Guadalupe.

—Eran —contestó el maestro—. Fueron monjes soldados que participaron en las Cruzadas, hace ya ocho siglos. Desaparecieron.

—Si no recuerdo mal —continuó Guadalupe—, las Cruzadas fueron unas expediciones militares a Tierra Santa para recuperar el Santo Sepulcro, ¿no es así?

—Efectivamente —respondió aprobatorio el profesor Martín—. Veo que andas bien en Historia. Veréis, el papa Urbano II convocó a toda la Cristiandad para recuperar el sepulcro en el que se suponía había estado enterrado Jesucristo antes de su resurrección. Hubo varias cruzadas, unas con más éxito que otras.

»En realidad el motivo de esas expediciones es más complejo de lo que se suele enseñar en las escuelas. —El profesor estaba en su salsa: un auditorio entregado—. Por aquellos tiempos una dinastía turca, los selyúcidas, se extendían por todo Oriente, conquistando Siria y Palestina. Los turcos se adentraban peligrosamente en el Imperio bizantino. El emperador bizantino, Alejo Comneno, pidió ayuda a Urbano y éste vio la posibilidad de, con la excusa de auxiliar al emperador cristiano, extender sus dominios. Así aseguraba los caminos de peregrinación a Jerusalén, que, desde la llegada de los turcos, se habían vuelto peligrosísimos. Bien, ya tenemos al Papa motivado para la guerra. Ahora sólo le faltaba convencer a los nobles para que se desplazaran hasta allí con sus soldados.

—¿Y cómo les convencieron? Tierra Santa está muy lejos.

—Así es. Ir a las Cruzadas significaba abandonar durante años su tierra. ¿Qué les motivó a abandonar sus castillos e ir a la guerra contra los moros? Varias cosas. En primer lugar el Papa promulgó una bula por la que todo aquel que combatiera al infiel quedaría absuelto de sus pecados, no sólo los cometidos sino los que estaban todavía por cometer. De esta manera las cárceles se limpiaron. Los criminales que combatieran serían amnistiados, los nobles que vivían vidas licenciosas irían al cielo. Daros cuenta que estamos hablando de una época en que la religión se vivía con un fanatismo desconocido hoy día. En segundo lugar estaba el reparto de las tierras conquistadas, que escaseaban en Europa, y los sueños de riquezas. Estaban convencidos de que los moros tenían mucho oro y piedras preciosas. El botín se sospechaba inmenso.

»En definitiva, las Cruzadas se vieron más como una aventura en pos de riqueza y gloria que una guerra. Por el camino, absueltos como estaban de todo pecado, cometieron todo tipo de tropelías y no digamos una vez allí. Como muestra vale un

botón: cuando los cruzados tomaron Jerusalén, pasaron a cuchillo a todos sus habitantes, moros o cristianos, que también los había.

—¿Cómo puede ser que un ejército lograra tomar aquellas tierras? Se supone que habría más moros que cristianos. Y el ejército cristiano sería limitado.

—Magnífica pregunta —dijo el profesor, mirando a Guadalupe—. La respuesta es sencilla. Turcos y árabes, al igual que aquí en Europa, pasaba con los nobles, estaban en guerra permanente, cosa que también quiso evitar el Papa al promulgar las Cruzadas, por cierto.

»Para los orientales, y sigo con mi historia, las Cruzadas no marcaron un hito en la historia como ha sucedido para la Cristiandad. Es más, hoy en día casi ni las recuerdan. Mirad, árabes y turcos estaban divididos a más no poder y todos guerreaban y confabulaban entre sí. La llegada de los europeos fue tomada como una molestia menor. Cuando los cruzados tomaban una región, las demás se alegraban. No eran enemigos los cruzados, salvo cuando invadían tu territorio, sino los propios correligionarios. Tardaron muchos años hasta ponerse de acuerdo contra los francos.

Continuó el profesor largo rato contando cosas sobre las Cruzadas y las barbaridades que se hicieron en nombre de Jesucristo.

—Perdone que le interrumpa, profesor —intervine, abrumado por el ladrillo que nos estaba endosando—, pero ¿qué tiene que ver todo esto con esos templarios que me atacaron?

—Pido disculpas —dijo el maestro riendo—. Temo que no sé contenerme y aburro a nuestro paciente. Tienes razón. Hablábamos de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, conocidos como los Caballeros del Templo de Salomón o caballeros templarios.

»Bien —continuó, cruzando las piernas al revés de como las tenía—. La Orden de los Templarios fue fundada por Hugo de Payens. Este noble francés participó en la primera cruzada, cuando se tomó Jerusalén. Los peregrinos cristianos comenzaron a volver. Los caminos aún no eran seguros: escaramuzas y pillaje terminaban con la vida de muchos peregrinos. Otros eran vendidos como esclavos.

»Hugo de Payens tuvo la feliz idea de formar una milicia dedicada a vigilar el pasillo que iba desde Jerusalén hasta Jaffa, puerto de mar por donde llegaban los peregrinos. Junto con ocho compañeros formaron la milicia religiosa. El nombre de la Orden proviene del recinto en el que se instalaron: el Templo del rey Salomón, en Jerusalén. Fijaos —añadió— que, siendo militares, tomaron los hábitos religiosos. Para esto necesitaron una dispensa papal, pues los religiosos tenían prohibido derramar sangre.

Estaba claro que cuando el profesor tomaba carrerilla era imposible pararlo. Pero esta vez resultaba interesante conocer los entresijos de aquellos misteriosos caballeros a los que mis atacantes habían copiado el atuendo.

Martín nos relató cómo se extendieron los templarios, tanto por Europa como por Palestina. Al decir de él, se convirtieron en uno de los mayores ejércitos que poseía la

Cristiandad. Su flota naval era la más poderosa. Fundaron la primera banca de Europa, donde los peregrinos recibían, a cambio de sus bienes, un documento para que éstos les fueran restituidos en Jerusalén, cobrándoles un interés. Esta banca y las numerosas donaciones de castillos, pueblos enteros, fincas y otras cesiones, los convirtieron en una organización económica de primer orden. Tanto reyes como papas solicitaban créditos para sus guerras a estos caballeros, que en ocasiones también vendían su brazo para guerrear.

Durante años sus tierras y riquezas crecieron al mismo tiempo que su poder. Nada podían hacer las autoridades religiosas ni civiles contra ellos. Exentos de tributos, aquellos que se amparaban bajo su tutela no tenían que pagar las fuertes tasas que les imponían los nobles, obispos, reyes o papas. Eran temidos y envidiados por ricos y pobres, cristianos y musulmanes.

No es de extrañar que, al final, tanto poder degenerara en corrupción. En sus filas entraron gentes de todo pelaje; unos dispuestos a defender la Cristiandad y otros a enriquecerse. Pero todo esto cambió cuando se perdió Tierra Santa. Los templarios se quedaron sin el motivo de su existencia. Jerusalén estaba perdida sin remisión y ya no eran necesarios.

Fue un rey francés el que se atrevió a dar el paso.

—Felipe IV el Hermoso era un codicioso monarca —dijo el profesor—. Estaba endeudado hasta las cejas con los templarios, de forma que sus arcas no podían hacer frente a los intereses que éstos le cobraban. Además había tratado de meter en la cúpula de la Orden a su propio hijo, para controlarla, que fue rechazado. Felipe presionó al papa Clemente V para que disolviera la Orden, así se libraría de pagar lo que debía y de paso se quedaba con la enorme fortuna que atesoraban.

»El Papa deseaba fervientemente deshacerse de aquellos incómodos monjes guerreros, que desobedecían sus órdenes, no pagaban diezmos, ni reconocían el poder de obispos y demás prelados, pero les temía y no se decidía a dar el paso. Finalmente Felipe le hizo el favor. Mandó detener a todos los templarios de sus dominios acusándolos de lascivia, herejía y blasfemia. Bajo tortura consiguió que confesaran y Clemente V disolvió la Orden.

»El tal Felipe fue ingenioso. Como la Orden era religiosa se suponía que todos sus bienes pertenecían a la Iglesia. Él liquidaría sus deudas, pero debería dar todo lo que se incautara al Papa. Un reparto de piratas. Clemente no contó con la avaricia del rey. Una vez tomadas todas las encomiendas, Felipe dijo al Papa que no se habían encontrado grandes bienes. Sin duda, le dijo, los templarios habían tenido tiempo para esconder su fortuna.

»Yo creo más bien que el rey mintió. Probablemente fuera cierto que no había grandes sumas de dinero. Como banqueros que eran lo tendrían invertido. Pero estoy convencido de que Felipe se embolsó todo lo que encontró, dejando las migajas para el enfurecido Papa.

—Siento interrumpir —dijo Guadalupe—, pero se hace tarde y tengo que regresar a casa.

—Es verdad, también tendré que pensar en irme —respondió el profesor golpeándose con las palmas de las manos en las rodillas.

—Un momento —intervine al ver que oscurecía y acechaba el momento de las tinieblas—. Aún no sé qué tiene que ver todo esto con aquellos individuos.

—No te preocupes. Probablemente nada, pero ya continuaremos esta conversación otro día. Seguro que Guadalupe querrá acompañarme otra tarde.

La nombrada me dirigió una sonrisa llena de ternura y promesas, que tuvo el efecto de templarme el corazón, que se enfriaba ante la llegada de la noche y de las pesadillas. De esta manera me quedé solo, dando vueltas a la historia que había escuchado.

No tardó en llegar mi padre a casa y pasó por mi habitación para ver qué tal me encontraba. Esta atención, a la que no me acababa de acostumbrar, me incomodaba, pero de haberlo comentado mi padre se hubiese sentido herido.

Tras la cena, servida en la cama, debí quedarme dormido. La visita de la tarde había resultado más fatigosa de lo que pudiera parecer. No fue hasta medianoche que desperté sudoroso y con el corazón acelerado, saliendo de una nueva pesadilla.

En esta ocasión me encontraba trabajando de noche en la estación yo solo. Durante la tarde había levantado un tabique que no resultó del agrado de mi padre y como castigo debía derribarlo para la mañana siguiente con un minúsculo martillo.

Me afanaba por cumplir con la tarea cuando me di cuenta de que ya no estaba solo. La lámpara que me servía de iluminación dibujaba unas siluetas contra el dichoso tabique.

Me volví sorprendido, pues no debería haber nadie allí, y me encontré con Nicolás, Iñaki y los demás. También estaban los dos albañiles a los que habían matado aquel día en San Juan de la Peña. Todos tenían los rostros desfigurados y con voces extrañas me preguntaban por qué no había muerto como ellos.

Yo contestaba que lo ignoraba, pero no escuchaban y aullaban que tenía que ir con ellos. Escapé escaleras abajo hasta la entrada principal, seguido por los fantasmas. Abrí la puerta y salí del edificio.

Fuera, lucía el sol en lo alto. Me quedé extrañado ante aquel prodigio. Vi con espanto que, hasta donde llegaba la vista, la explanada estaba cubierta de jinetes armados. Vestían túnicas de colores. Sus rostros morenos lucían barbas de chivo y se cubrían con turbantes. Al verme azuzaron sus cabalgaduras contra mí. Traté de entrar en la estación de nuevo, pero ya no estaba allí. A mi espalda sólo se encontraba la presa de agua en la que solía zambullirme y caí dentro.

Por mucho que braceaba me hundía, y me hundía...

El resto de la semana la ocupé en recuperarme. No salí de casa, pues ya empezaban las nieves y el frío, y al juzgar de mi madre corría peligro de una recaída. Sin nada que hacer en casa, me aprendí de memoria los periódicos atrasados que traía

mi padre. Así supe de la polémica creada por la aprobación de una subida del sueldo por parte de los diputados, ¡los muy ladrones habían acordado cobrar mil pesetas al mes! En el periódico local leí que se daban 2562 pesetas para acabar con la restauración del monasterio de San Juan de la Peña, que tan horribles recuerdos me traía. Otras noticias hablaban de defunciones y nacimientos, y de la inauguración de la luz eléctrica en misa mayor.

Aburrido, recibía la visita de algún compañero a la salida del trabajo. También volvió a visitarme la Guardia Civil, acompañada por el secretario de mi amigo el juez, por si recordaba algo nuevo, pero nos les pude resultar de ayuda, cosa que les hizo recelar. Por su reacción, que era la de otra mucha gente, parecía que se hubiesen sentido más tranquilos de haber muerto yo también devorado.

Apuntaron lo poco que pude decir y se marcharon. Según se rumoreó, dieron carpetazo al asunto aquel mismo día y los próceres de Jaca decidieron que dar publicidad a la masacre sería inconveniente, así que se silenció todo, como si jamás hubiese ocurrido. El periódico local omitió hablar de ello, desde el ayuntamiento, el juzgado, la Guardia Civil, se castigó a quien armara jaleo con el tema. Como dicen en España: «Aquí paz y después gloria».

La mañana del domingo recibí la visita de José Fuster, uno de los ingenieros, y de Luis Beraza, el contratista de mi empresa. Se interesaron por mi recuperación, mostrándose muy amables. Incluso trajeron una botella de buen vino, que nos tomamos durante la comida. Me dio la impresión de que estaban algo intranquilos. Quizá tuviera que ver con la sangría de trabajadores y familias que habían partido desde el ataque.

Aquella misma tarde recibí de nuevo la visita de Guadalupe, que venía acompañada por una amiga. Junto a mi madre estuvimos jugando unas manos de cartas hasta la hora en que debían marcharse. Ni un momento pudimos estar a solas y recordar la mágica tarde que se convirtió en apocalíptica.

Para entonces las pesadillas habían remitido un poco. Todavía me despertaba por la noche sobresaltado, pero sin recordar qué estaba soñando. Así que la noche del domingo abrí mi mente a la pregunta que me torturaba.

¿Por qué yo, entre todos, había sobrevivido? Tumbado en mi cama, que cada día se me hacía más odiosa, crucé las manos a modo de almohada y repasé las pocas opciones que tenía.

Como la Guardia Civil había dicho, cabía la posibilidad de que el ataque hubiese sido cometido por un grupo de criminales pagados para crear el terror entre los obreros y que éstos se marcharan, como así estaba ocurriendo. Con esto conseguirían poner trabas a la empresa concesionaria de la obra, atrasándola en los plazos.

Ya se habían producido varios sabotajes sin que se encontrara a los culpables. En este caso los asesinos buscarían asustar a los propios empleados. La Guardia Civil pensaba que si se hubiesen limitado a matarnos el efecto sobre el resto de los operarios no sería tan notorio, así que habían decidido dejar un testigo para que

contara todo el suplicio. En cuanto a por qué pensaban que había sido el afortunado, decían que era fácil de explicar: yo era de los cinco el que en mejores condiciones estaba y podía sobrevivir.

A mí esta teoría no acababa de gustarme. No digo que no fuera cierta, pero ¿no era demasiada coincidencia haber sobrevivido a este ataque y al anterior, el que había costado la vida a mis dos compañeros albañiles y en el que también yo debería haber muerto?

Claro que esto último no se lo había contado a nadie. Así que sólo yo podía desconfiar de la teoría del testigo. Pero ¿qué otro motivo podía haber para que de nuevo hubiera esquivado la muerte?

Con estos pensamientos y sin poner nada en claro me dormí, no sin antes prometerme confiarlos en alguien. Quizá Guadalupe pudiera ser ese alguien.

La ocasión se presentó al día siguiente. El profesor Martín regresó a casa con ella, tal y como había prometido. Tras los saludos, el profesor se excusó un momento, ya que debía hacer un encargo aprovechando que había subido hasta allí. Dejó a Guadalupe en manos de mi madre para que nos vigilara y salió.

Era media tarde y mi madre estaba medio amodorrada, así que en cuanto se quedó dormida en la silla, aproveché para hacer un sucinto resumen de mis andanzas y desventuras desde el día que habíamos llegado a aquellas tierras.

Guadalupe escuchaba entre incrédula y horrorizada. Trató de hacer un montón de preguntas pero no había tiempo para eso. Cuando terminé mi historia le pedí que pensara en ella y así lo prometió.

No tardó en llegar de nuevo el profesor y mi madre aprovechó su presencia, que aseguraba la decencia de la casa, para marchar a hablar un rato con las vecinas.

—Bueno, espero que hayáis esperado impacientes mi llegada —comentó con humor el maestro.

Y no se equivocaba. Ahora que Guadalupe conocía toda la historia se mostraba más interesada por las explicaciones del profesor que el día anterior, cuando no pudo disimular algún que otro bostezo de aburrimiento.

—¿Recordáis dónde dejamos nuestra conversación el día pasado?

—Nos había contado cómo surgió la Orden de los monjes guerreros y por qué desaparecieron —contestó enseguida Guadalupe, sorprendiendo a Faustino por el repentino interés—. Eduardo le preguntó, cuando nos íbamos, qué relación podía tener esa historia con el ataque.

—Sí, bueno —dudó, algo cohibido por la chica—, quería decir que dada la desaparición de la Orden, resulta imposible que fueran esos monjes los que cometieran el atentado, por lo que creo que las vestiduras no tenían importancia y eran un mero disfraz para no ser reconocidos.

—¿Quiere decir que todo lo que nos contó no tiene relación alguna con esto? —dijo Guadalupe elevando un poco el tono.

—Bueno, no lo sé con exactitud —respondió turbado el profesor—. Lo que os conté sirve para situar el escenario. Como os expliqué la Orden se extendió por toda Europa y por Asia. También aquí estuvieron presentes. Poseyeron varias encomiendas, que así era como llamaban a sus posesiones. También tenían castillos. Precisamente, en el pueblo de Monzón, cerca de la capital de esta provincia, se encuentra uno de los castillos que más tiempo conservaron los monjes.

—¿Aquí cerca? —preguntó Guadalupe.

—Relativamente, de aquí queda un poco lejos —respondió el profesor, más tranquilo al comprobar que había recuperado la audiencia—. También, al otro lado de estas montañas, poseyeron encomiendas. Esta zona la empleaban como ruta de paso, al igual que los peregrinos que se dirigían a Compostela.

—¿Cree posible que todavía pudieran quedar sucesores de aquellos caballeros hoy en día?

—No —contestó categórico—. Ha pasado demasiado tiempo. Por otra parte, debéis tener en cuenta que fueron perseguidos, torturados y asesinados. Si antiguamente ser templario era signo de distinción y bendiciones, después de su disolución confesar que se pertenecía a la Orden era motivo de detención.

»Trato de imaginar lo que dices pero es del todo imposible —añadió tras una breve pausa—. La Orden adolecía de una profunda corrupción. Imaginad un limón que dejaseis en la fresquera durante el invierno y a oscuras ¿qué sucedería con él? Se llenaría de moho y se pudriría, pero aún mantendría la forma original. Pero si cuando está completamente enmohecido le dais un papirotazo, ¿qué sucedería? Se desintegraría en una nube de polvo sin posibilidad de recomponerse. Lo mismo sucedió con estos monjes, cuando el rey francés se encargó de darles *le coup de grace*, como dicen ellos.

—¿Cómo puede una orden religiosa corromperse hasta tal punto? —preguntó Guadalupe.

—Tuvieron casi doscientos años para hacerlo, lo cual es mucho tiempo. Pero el motivo principal fue el desmesurado crecimiento que tuvo la congregación. Se puso de moda hacerse templario y rivalizar con los vecinos sobre quién aportaba más dinero, bienes o tierras a la Orden. Los nobles que morían sin descendencia legaban a ésta todo lo que poseían. Entre el pueblo llano hacerse hermano auxiliar era una forma de asegurarse el sustento y el de toda la familia. Grandes hombres contribuyeron a levantar todo un imperio, más fuerte y poderoso que la propia Iglesia a la que estaban sujetos.

»No sólo provenían de ahí los ingresos. Ya os he hablado de la importante banca que fundaron. También os he dicho que su flota era la más fuerte de Europa, lo que no hacía particularmente felices a venecianos y genoveses, reyes de los mares por aquel entonces. Aquella poderosa armada servía para guerrear, transportar soldados y material de guerra, y se alquilaba como escolta para las naves mercantes. Pero

también era utilizada para comerciar por su cuenta sin pagar aranceles ni impuestos. Se dice que traían oro de África, seda de China y otras riquezas.

»No acababan ahí las fuentes de ingresos. Las rapiñas, los impuestos... Todo esto hizo que muchos rufianes pusieran los ojos en ellos. Un templario podía robar lo que quisiera y nadie se atrevería a ir contra él. Su regla monacal era estricta en cuanto a posesiones privadas y lujuria se refiere, pero no se les controlaba. ¿Qué mejor lugar para un truhán?

—Pero no todos serían iguales —comenté yo.

—Claro que no. Pero sabes de sobra que basta una fruta podrida para corromper todo el frutero. De todas formas, flirtearon con artes prohibidas por la Iglesia, motivo de quema en la hoguera para quien no fuese templario. Estudiaron la religión judía y la musulmana. Aprendieron la Cábala, anatomía humana, astrología y alquimia.

—¿Qué es eso de la Cábala? —preguntó Guadalupe.

—Es una palabra hebrea que se refiere a la tradición recibida. Son enseñanzas judías, transmitidas oralmente de generación en generación. Buscan el conocimiento esotérico de la naturaleza, del mundo divino y sus relaciones con el Universo. Los cabalistas interpretaban sus libros sagrados mediante métodos matemáticos, buscando la interrelación de los diez *sefirot*. Los *sefirot* son los diez principios mediante los cuales Dios creó el Universo. —Martín aguardó un instante para comprobar si le seguíamos, cosa que lográbamos a duras penas—. Si recordáis, la Biblia nos dice que Dios creó el universo al decir: «Hágase la luz». Los cabalistas creen que el orden en que Dios articuló estas palabras dio origen a la materia. De descubrir la fórmula podrían hacer lo mismo.

Martín nos habló después de la astrología, a la que en Europa no se da importancia pero que la tiene, y mucha, para los árabes, que ven repercusiones en la Tierra a causa de las posiciones y movimientos astrales. Los templarios quedarían convencidos de la trascendencia de esta ciencia, pues se convirtieron en atentos estudiosos de la misma.

Habló el profesor de la alquimia, de la transmutación de los metales bajos como el hierro y el plomo en nobles: oro y plata. También de la fórmula para prolongar indefinidamente la vida.

Con todo esto, pensaba yo, no era de extrañar que fueran acusados de brujería.

—Por vuestros rostros veo que entendéis por qué fueron excomulgados estos caballeros y tenéis razón. Pero el Papa y los reyes conocían esas andanzas desde muchos años atrás y no lo denunciaron hasta que les interesó. Además del miedo que les profesaban, estaban los conocimientos que adquirirían para la Cristiandad, de los que se aprovechaban fingiendo no saber de dónde procedían. Un ejemplo claro de esto lo tenemos en la medicina. ¿Sabéis quién fue Avicena?

Guadalupe y yo nos miramos.

—Veo que no. Abu Alí al Husayn ben Abd Ibn Sina fue el padre de la medicina oriental, que iluminó durante lustros la de todo el mundo. Ésta era por aquel entonces

muy superior a la que poseía la Cristiandad. Sus conocimientos de farmacología, anatomía y asepsia eran un misterio para los europeos. El motivo es muy sencillo: en Europa los médicos sólo se dedicaban a tratar las enfermedades con fármacos y tratamientos, muchos de ellos ridículos. No practicaban la cirugía, campo que despreciaban y relegaban a los barberos. Éstos se dedicaban a extraer muelas y amputar miembros, sin utilizar anestésicos ni desinfectantes, para ellos desconocidos. Como podéis imaginar el pobre diablo que cayera en sus manos era pasto de las infecciones y por lo general moría. Sin embargo, la medicina oriental, mucho más avanzada, era campo para las mentes más despiertas y curiosas. Lamentablemente el Islam prohíbe abrir un cadáver, aunque sea para estudiarlo, y los médicos debían exponerse a severos castigos para ampliar su saber, que para aquella época fueron realmente revolucionarios. Fueron los templarios quienes trajeron los conocimientos de Avicena y gracias a ellos la medicina europea abandonó la prehistoria.

—¿Tan atrasados estaban aquí? —preguntó Guadalupe, a la que no parecía sentir bien aquella superioridad de los infieles.

—Fijaos. Para amputar una pierna a un desdichado, simplemente se le daba vino para embriagarlo y después, con la ayuda de varios hombres, se le sujetaba y sajava. Como podréis comprender, el sufrimiento era atroz. El pobre hombre moría casi siempre, si no de la gangrena ya extendida, de dolor o infección. Fueron los templarios quienes trajeron conocimientos sobre decocciones o hierbas curativas y anestésicos. Muchos de ellos, como el opio o sus derivados, son utilizados comúnmente hoy en día. La Orden Templaria fue la que más contacto tuvo con Oriente. Pero no solamente con su cultura y ciencia. También aprendieron de los musulmanes en otros campos.

»Descubrieron algo totalmente nuevo en el arte de la guerra —dijo Martín inclinándose hacia delante en la silla y, con aire misterioso, añadió—: La estrategia del terror, ideada por los asesinos.

—¿Qué asesinos? —preguntamos algo liados.

—La Orden de los *hassassini* —dijo con aire enigmático, haciéndose el interesante—. En el siglo XI, un ismaelita llamado Hasan-Ibn-Sabbath, impuso el terror en todo Oriente para conseguir un inmenso poder. Estudió los secretos del cáñamo, la hierba de la seguridad, que permite ser indiferente al sufrimiento y a la muerte. Una resina que aumenta la euforia, la percepción de los sentidos y hace olvidar totalmente la prudencia y todo elemento moral. Se convirtió en el jefe de los *hassassini*, llamados así por ser consumidores incansables de hachís, droga derivada de la resina del cáñamo. La palabra asesino deriva de los *hassassini*, a los que su mentor proveía y gracias a la cual sometía a su despótica autoridad.

Escuchamos asombrados aquella historia del ismaelita que levantó un formidable ejército, terror de sus enemigos hasta el punto de convertirse en una leyenda. La dependencia creada por el hachís les obligaba a consumir cada vez más a menudo y en mayor cantidad, aumentando la sumisión hacia quien podía proveerlo.

Esto convertía a un hombre en un despiadado criminal capaz de poner su vida en juego con tal de conseguir la droga.

—El Viejo de la Montaña, como era conocido, logró infiltrar espías en la fortaleza inexpugnable de Alamut, situada cerca del mar Caspio, donde situó su capital. Asesinaron al gobernador de la fortaleza. Los vasallos juraron obediencia incondicional, siendo decapitado todo aquel que no lo hiciera, fuere varón o mujer, niño o anciano. Una vez instalado mandó construir un palacio conectado por un pasadizo secreto con su propia residencia. En esta mansión, a diferencia del resto de la fortaleza, que, encontrándose en un desierto resultaba muy espartana, existían toda clase de lujos: mucha agua, un bien precioso allí, comida, frutas frescas, oro y bellas mujeres.

»Para *fabricar* un asesino y encargarle un trabajo, el Viejo invitaba a éste a comer en su casa. Allí lo drogaba y por el pasadizo era trasladado al palacio, donde despertaba. El futuro asesino creía estar en el cielo, rodeado de tantas cosas hermosas. Durante horas era agasajado en una orgía infinita.

»Después, las mujeres le explicaban que estaba soñando. Aquello era el paraíso destinado a los hombres que cumplieran con su destino. Si el asesino era capaz de obedecer los designios del Viejo, a su muerte volverían a encontrarse y esta vez para toda la eternidad. De nuevo drogado, era conducido al palacio de Hasan, donde al despertar, recordaba vívidamente *el sueño*.

»De esta manera el asesino ya estaba listo para ser utilizado. Entre la droga a la que ya era adicto y que lo desinhibía, y las promesas del paraíso que invitaban a la inmolación, el pobre diablo no vacilaría en su tarea, anhelando dejarse la piel en ella para alcanzar el edén prometido. Ignoraría cualquier peligro sin otra fijación que cumplir las órdenes.

»¿Entendéis —preguntó el profesor— cómo el Viejo los convertía en marionetas a su antojo? Para impresionar a los embajadores enemigos o a los reyes amigos, que él no distinguía unos de otros, colocaba en ocasiones a uno de estos iluminados al borde del precipicio que bordeaba la fortaleza, de forma que fuera visible desde su palacio. Luego hacía salir a su invitado a la terraza y con una sola orden el fanático se arrojaba por el precipicio. Aquello causaba un gran impacto en el visitante de turno, que no dejaba de tomar buena nota.

—¿Y qué pasó con ellos? —preguntó absorta Guadalupe.

—Se extendieron por Persia, provocando el terror donde quiera que fueran. Sus acciones fueron exageradas hasta el punto de que se les consideraba omnipotentes, casi espíritus más que personas de carne y hueso. Se decía que podían llegar hasta su víctima sin que nadie de alrededor se diera cuenta y sin dejar huella. El mismo Saladino, el más importante gobernante musulmán de aquella época, tuvo la visita nocturna de uno de estos asesinos cuando llegó a la fortaleza de Maisaf, una de las más importantes que tenían los *hassassini*, para acabar con ellos. La víspera de tomar el castillo, hizo esparcir alrededor de su tienda cenizas y cal, para detectar la

presencia de intrusos y dobló la guardia en torno a la tienda. En plena noche despertó sobresaltado encontrando a un miembro de la secta observándole. El intruso se marchó sin meter ruido. Como para demostrar que aquello no era una pesadilla, Saladino encontró sobre la almohada una nota que decía: «Tu vida está en nuestras manos». La guardia juraba sobre el Corán que nadie había entrado en la tienda y no advirtieron la menor huella.

»Cerrar la boca, que os va a entrar una mosca —dijo sonriendo el profesor, al vernos tan absortos con la increíble historia—. Aquella secta ha sido la más terrible arma de la que ha podido disponer un gobernante. De ellos aprendieron los templarios el uso de las drogas y su poder, y el uso del fanatismo como fantástica arma, contra la que no existe defensa. También fueron sus más encarnizados enemigos, pero tuvieron que ser los mongoles quienes dieran la puntilla a la secta, cuando invadieron sus tierras.

En ese momento apareció mi madre con la cena y preguntó a mis invitados si querían quedarse a cenar. A los tres nos sorprendió la hora que era.

El profesor declinó con amabilidad la oferta y recogió su abrigo. Guadalupe hizo lo mismo.

—Bueno, Eduardo —se despidió el profesor Martín—, espero que la próxima vez que nos veamos, estés ya en pie.

—Espere, profesor, ¿esa historia de los asesinos es cierta? Quiero decir lo del palacio, las mujeres y todas esas cosas.

Aquel relato me parecía más un cuento para enfermos convalecientes como yo que otra cosa. El profesor se encogió de hombros y contestó:

—¡Quién sabe cómo ocurrió! Que existía tal secta está fuera de toda duda. Es lo único que sabemos de ellos con certeza, ya que no dejaron escritos, ni pinturas ni nada por el estilo. Algunos historiadores sostienen que jamás existió ese palacio y que todo era invención del Viejo. Secuestraría a los muchachos de sus aldeas y los tendría encarcelados, a veces durante años, consumiendo hachís hasta convertirlos en adictos. Una vez creada la dependencia a la droga, les quitaría ésta. El pobre diablo que había soñado con un paraíso durante tanto tiempo, debería elegir entre matar como le ordenaban, aunque le costase la vida, con la promesa del paraíso eterno, imaginado que no vivido, o acabar sus días en una mazmorra. Puedes elegir la historia que más te guste, que nosotros nos vamos.

Me dio un fuerte apretón de manos y se despidió de mi madre. Guadalupe nos dio sendos besos. El mío me encendió la cara más de lo que hubiese deseado.

Capítulo VII

Noviembre de 1922

Fueron tres interminables semanas de convalecencia. Durante las dos primeras prácticamente no salí de casa y en la última comencé a hacer un poco de ejercicio paseando por los alrededores.

A escondidas logré ver a Guadalupe. El primer día que me asomé a la calle, aproveché que una camioneta bajaba a Jaca para acercarme a casa del profesor Martín. Por el camino fui pensando alguna excusa que justificara la visita, sin llegar a nada; pero no hizo falta. La genuina alegría del maestro al verme de pie hizo innecesarias las justificaciones.

Tal y como esperaba, Guadalupe se encontraba allí, en clase de lectura. Me fue permitido aguardar hasta que la clase llegó a su fin.

—Bueno, creo que por hoy hemos acabado —dijo el profesor—. Debo hacer unos recados. ¿Vienen a buscarte?

La pregunta, superflua, iba dirigida a su alumna. Martín sabía de sobra que una sirvienta le recogería para tomar el autobús, pero algo tramaba.

—Bien, si nuestro ilustre visitante está de acuerdo, propongo que demos un pequeño paseo hasta que llegue la hora de marchar.

De esta forma salimos los tres en busca de la sirvienta, que ya llegaba y nos dirigimos a la farmacia Borau, donde el profesor debía comprar un medicamento. Consiguió que formáramos dos grupos, entreteniéndolo a la criada, para que Guadalupe y yo pudiéramos caminar por delante. Buena persona este profesor al que no tengo sino mucho que agradecer.

Guardando las apariencias, Guadalupe y yo mantuvimos esas conversaciones intrascendentes que llevan todos los enamorados. De esta manera pudimos hablar tranquilamente no sólo aquel día sino los otros dos que Guadalupe recibió clases aquella semana.

Discutimos también acerca de la situación: del ataque, de la identidad de aquellos hombres, los motivos, si tenían relación con el incidente del monasterio en el que perecieron mis otros dos compañeros. Me sorprendió la paciencia y reflexión con las que Guadalupe escuchaba y opinaba. No tuve dificultad alguna para abrirle mi corazón, siendo sus palabras un bálsamo para mi alma.

Estos encuentros semiclandestinos aceleraron mi recuperación más que la *carne líquida* que me daba mi madre. Me encontraba eufórico y debía hacer esfuerzos sobrehumanos para que no se me notara en casa, donde invariablemente recibía las riñas de mi madre por ausentarme tanto rato, dada mi convalecencia, y los comentarios de mi padre, que opinaba que si me encontraba lo suficientemente fuerte para perder el tiempo en la calle, también lo estaría para ir a trabajar.

Mis heridas cicatrizaban día a día. Tan sólo las curas me resultaban un poco molestas, así como la tirantez de la piel nueva que se iba formando. Todas las noches mi madre, con unos trapos hervidos, me limpiaba la zona con una solución llamada Hipocarel. Según afirmaba el maldito frasco, su efectividad como desinfectante era muy superior a la del agua oxigenada y al yodo. Ya podía serlo pues quemaba como el fuego.

Para los dolores tomaba todavía aspirina, medía cucharilla a la mañana y a la noche. Disuelta en agua y con un poco de azúcar para *asimilarla mejor* y reducir su amargo sabor. La tenía que tomar delante de mi madre que de otra forma no se fiaba de mí.

En la última semana las visitas habían sido más bien escasas, con gran alegría por mi parte. Ya tenía ganas de que las aguas volvieran a su cauce y me dejaran de tratar como a quien ha regresado de la muerte.

No bien me sentí mínimamente repuesto, volví a la obra. Mi padre seguía insistiendo que tanto paseo me debilitaría y el trabajo le parecía la mejor terapia, Por primera vez en mi vida vi que mi madre se enfrentaba con él, rechazando de plano su opinión.

Para no agriar las cosas y porque ya me estaba aburriendo, la convencí de que me encontraba lo suficientemente bien para empezar a trabajar.

El regreso a mi puesto fue muy bien acogido. Todos se acercaron a saludarme, incluso los jefes de obra se interesaron por mi salud.

Seguramente para que mi ego no se alterara, mi padre pensó que lo mejor era darme trabajo en abundancia y me mandó sacar todos los clavos de los tablones que se usaban para el encofrado. No es que fuera un trabajo especialmente difícil, pero las manos terminaban llenas de astillas, pellizcos con las tenazas y además estaba solo.

Poco a poco fui incorporándome al grupo y para final de semana ya trabajaba como uno más, sin miramientos.

Aquel domingo, primero desde que volviera a trabajar, se organizaba una excursión al monte Anayet. No tenía demasiado interés en ir, pero mis compañeros habían tenido el detalle de comprarme entre todos un billete para el autobús. La verdad es que no me esperaba esa sorpresa. Ellos se quedaron igual de confusos, en su intención de agasajarme el solitario billete había sido la única idea que se les había ocurrido.

Agradecí con sinceridad el detalle, pero ¿qué iba a hacer yo solo en una excursión? El problema se solucionó rápido. Cuando Guadalupe se enteró del obsequio, convenció a su tía para acudir, sabedora de que la bruja no le dejaría ir sola. Cuando la mañana del domingo muy temprano monté en el autobús, allí estaba Guadalupe sonriendo como una niña.

—¿Dónde está tu tía? —pregunté con recelo, después del saludo.

—No ha podido venir, esta mañana después de desayunar se ha encontrado indispueta. He tenido que insistir mucho para que me dejara venir sola, una vez

aclarado que ella no podía moverse de casa, y mi tío se había marchado.

—Vaya por Dios. Espero que no sea nada grave —repuse afectando sensibilidad cuando en realidad estaba exultante por la casualidad.

—No, no es nada —aseguró muy convencida Guadalupe—, ya verás como cuando volvamos estará perfectamente.

—Me alegro de que hayas venido tú. Si no, hubiese sido una excursión un poco triste. Cuando vuelvas a casa dale recuerdos a tu tía de mi parte.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Guadalupe—, no sabe que tú vienes. De otra forma hubiese sido imposible convencerla.

—¿Y cuándo se supone que tenía que enterarse?

—No iba a enterarse. El mismo día que compré los billetes para las dos, pasé por la farmacia y compré un laxante que mi tía ha tomado con el desayuno. Lo que no sabía era que los efectos eran tan inmediatos. Igual me he pasado en la dosis.

No podía creer lo que estaba oyendo. Tras permanecer un rato con la boca abierta como un bobo, rompimos a reír.

Resultó una jornada inolvidable. Con el resto del grupo paseamos por el monte cogidos de la mano, Guadalupe arrebujaada contra mí, en busca de calor, hablando sin parar como tortolitos.

El paisaje era espectacular. A nuestros pies, tapizada del blanco de la nieve y del verde de la hierba, la suave pendiente invitaba a perderse en la lejanía. En el cielo encapotado diversas aves trazaban majestuosos círculos y sus gritos rompían el impresionante silencio que nos rodeaba, donde las conversaciones se difuminaban como si nunca hubiesen salido de la boca.

Sin darnos cuenta, o tal vez a propósito, nos alejamos del grupo sin rumbo fijo. Guadalupe miraba extasiada el paisaje, yo la miraba a ella, las montañas nos observaban a los dos. Podríamos quedarnos para toda la eternidad en aquel lugar, me sorprendí pensando, rodeados de cumbres y con el viejo reino de Aragón a nuestros pies. ¿Qué lugar más imponente para hacerlo?

Las nubes que amenazaban tormenta descargaron con fuerza, rompiendo el hechizo. Tuvimos que echar a correr por donde habíamos venido. Durante unos instantes temí que nos hubiésemos perdido. No recordaba habernos alejado tanto del autobús. Respiré tranquilo cuando divisé el tejado de la casa donde aguardaba el autocar.

Entramos en el bar del pueblo para almorzar los bocadillos que llevábamos junto con una botella de vino. Sentados en un banco junto al fuego nos secamos con una toalla que nos dejó una previsora pasajera, a la vez que escuchábamos los truenos, que amenazaban con tirar abajo el tejado.

—Parece que Balaitús está muy enfadado hoy —comentó Guadalupe después de un trueno especialmente fuerte.

—¿Quién dices?

—El viejo Balaitús. ¿No sabes quién es? Lo conozco porque lo leí en una de las clases con el profesor. Balaitús es la oveja negra de estos montes. Un gigante amo de las tormentas y terror de las montañas con el que sueñan los niños malos. Cabalga sobre un carro volador y se divierte creando ventiscas, rayos y truenos para espantar a los hombres.

—¡Qué personaje más tenebroso!

—Y que lo digas. Se cuenta que hace muchos años había dos montes pequeños y pobres. Este Anayet por el que hemos paseado y Arafita. Eran muy felices y tenían una bella hija, Culibilla, la montaña más hermosa del Pirineo. Pero un día el odiado Balaitús se enamoró de ella y quiso raptarla. Así que se plantó ante Culibilla, y ésta, que no quería a Balaitús, gritó: «¡A mí las hormigas!», y todas las hormigas blancas del Pirineo cubrieron a Culibilla para salvarla de Balaitús que, asustado, escapó para no volver. Culibilla, para agradecer su ayuda a las hormigas, se clavó un puñal en su pecho, donde construyeron un gigantesco hormiguero. Por eso se dice que no se encuentra ninguna hormiga en sus alrededores. Culibilla, en honor a las hormigas, se hizo llamar desde entonces Formigal, que significa precisamente hormiguero. ¿Qué te ha parecido?

—Increíble. Espero que el viejo Balaitús no te vea, pues estoy seguro de que volvería a las andadas.

Nos reímos los dos con ganas, pero noté en sus ojos castaños y brillantes que le había gustado mi cumplido.

Fuera hacía frío y oscurecía con rapidez. El chófer del autobús dio por terminado el descanso y anunció que nos poníamos en marcha.

Por un momento nos quedamos solos mientras el resto de pasajeros montaba en el vehículo. Clavada mi mirada en la suya, desapareció el resto del mundo. Sin saber cómo, nuestros rostros fueron acercándose hasta encontrarse los labios. Esta vez el beso fue más largo, dulce y atrevido que el que nos habíamos dado el infausto día del ataque.

La sangre se me agolpaba en los oídos, bombeada frenéticamente. Se diría que cientos de tambores acompasaban su cadencia, convirtiéndose en un único golpe que me aturdía.

—Por favor, les estamos esperando.

El chófer nos reprendía por nuestra tardanza. Los dos nos pusimos como tomates y reímos avergonzados. Cogidos de la mano, subimos al autocar, siendo recibidos con todo tipo de miradas reprobatorias. Gracias al cielo, nadie nos conocía.

En el viaje de regreso, Guadalupe se durmió apoyando su cabeza en mi hombro, lo que me permitía percibir su aroma a lavanda. Se me hizo muy corto el trayecto.

—¿Qué tal la excursión? —preguntó mi madre cuando me senté en la mesa a cenar.

—Muy bien. Aquello es muy bonito. No he podido ver demasiado porque ha empezado a caer agua a jarros y nos hemos tenido que guarecer en una tasca.

—¿Ah sí?, y ¿le ha gustado también a Guadalupe?

Casi me atraganto con la comida.

—Bueno sí, creo que sí.

—¿Y qué tal está su tía? ¿Ya se le ha pasado la indigestión?

Me puse rojo, sin osar levantar la mirada del plato. Por el rabillo del ojo noté que mi padre fingía desinterés incrustado en su periódico y que a su lado mi madre sonreía disfrutando con la situación. ¿Cómo se habrían enterado y tan rápido?

Por lo que supe luego, no era la única que conocía la maniobra. La tía de Guadalupe había sido la primera en percatarse. Así lo decía una nota que me llegó del maestro. Guadalupe estaba castigada y se disculpaba por no poder bajar el domingo siguiente a Jaca.

Aquellas dos semanas fueron un calvario. Si en la primera la falta de perspectivas para el domingo era lo que me torturaba, la impaciencia fue la que se encargó de hacer lo propio durante la siguiente.

El día de fiesta me lo pasé, para asombro de mi familia, cuidando a mis sobrinos. La única que creo no se extrañó de mi comportamiento fue, quién si no, mi madre, pero tuvo la delicadeza de no hacer ningún comentario. Así que el domingo liberé a mi hermano y su mujer del cuidado de sus hijos y, mientras se fueron a Jaca con unos amigos, me dediqué a entretener a los niños. Si bien no fue una jornada como yo la hubiese escogido, tuvo la virtud de mantenerme ocupado. Jamás hubiese pensado que los críos dieran tanto trabajo.

El resto de los días transcurrieron lentamente. Como para avisar de que se avecinaba el invierno, llegó una ola de intenso frío junto con las primeras nieves. En las dos semanas no vimos ni un solo día el sol, lo que no hizo sino bajarme el ánimo.

Aún era de noche cuando salíamos de casa para coger la camioneta que habría de llevarnos hasta la obra y mucho antes de terminar la jornada ya había oscurecido de nuevo. Combatíamos el frío quemando los restos de madera que encontrábamos en una pobre hoguera, a la que nos aproximábamos con cualquier disculpa. A veces, cuando no había suficiente material de desecho para alimentar las numerosas fogatas que encendían las brigadas, troceábamos tablones buenos, siempre al abrigo de las miradas de los capataces. Pillarnos haciendo eso nos hubiese supuesto el descuento de su valor en la paga semanal. En otras ocasiones robábamos carbón del almacén, burlando la implacable vigilancia a que era sometido.

Envueltos en tanta ropa como podíamos conseguir, llevábamos las manos permanentemente rojas y llenas de sabañones. Manos que se nos abrían con heridas que tardaban en cicatrizar, pero en las que no sentíamos dolor, entumecidas como estaban. Manos que causaron más de un accidente, ya que por no tener sensibilidad

en ellas dejábamos caer las herramientas, los tablones y cualquier cosa que manejáramos.

Vi a un obrero que había estado trabajando con agua poner sus manos amoratadas al calor de una hoguera para calentarlas. El pobre tipo, totalmente insensible al dolor, no se percató de que se le estaban quemando hasta que empezó a oler la carne chamuscada.

A la hora del almuerzo, jugábamos con un balón en la explanada. El ejercicio era lo único que lograba desentumecernos. Cuando sonaba la sirena para reincorporarnos al trabajo, ya empezábamos a sudar.

No fue sin embargo el frío lo que más me pesó la primera semana. Mientras trabajaba o estaba en mi habitación, mi mente volaba hasta casa de Guadalupe. ¿Cómo estaría pasando ella esos días? ¿Pensaría tanto en mí como yo en ella? Planes absurdos para verla me hacían perder la concentración en el trabajo, lo que suponía broncas de mi padre. Me daba igual. En aquellos momentos pensaba que nada tenía más importancia que volver a ver a Guadalupe.

Pero la semana siguiente llegó cargada de sorpresas.

El martes estábamos trabajando en una cimbra para construir una cornisa. Mi padre impartía instrucciones desde abajo mientras mis compañeros y yo dábamos forma subidos a un tambaleante andamio cuando oímos las voces de un grupo que se acercaba por el interior del edificio. No me hizo falta mucho esfuerzo para reconocer la voz del contratista don Luis Beraza, que actuaba como guía e iba explicando los adelantos en la obra.

Al llegar cerca de donde nos encontrábamos, el grupo hizo un alto. Yo, por ser el más alto, sujetaba la arcada mientras mis compañeros la apuntaban siguiendo las instrucciones. El grupo seguía escuchando las explicaciones del contratista.

—Hemos tenido algunos retrasos, lo normal en una obra de semejantes dimensiones, pero nada que deba preocuparnos. Es de esperar que se cumplan los plazos, pues, como bien sabrán, los proyectos contemplan estas demoras. No cabe duda de que esta obra supone un desafío para la capacidad del hombre, todo un monumento a la creatividad y al tesón del ser humano que no se arredra ante la adversidad. ¿No le parece, padre?

—*Non nobis Nomini Domine, non nobis, sed, tuo da gloriam* —contestó enigmático el interpelado.

A la vez que el contratista se sonrojaba y explicaba que, desde luego, la gloria era del Altísimo y que él sólo se había limitado a señalar el buen trabajo de sus criaturas, mi padre dejó caer un tablón que sostenía y que, dada la inestabilidad en que me encontraba, casi me proyecta por el hueco fuera del edificio.

Contuve a duras penas una maldición, mientras recobraba el equilibrio perdido. Miré hacia abajo para gritarle, pero lo que vi me hizo callar.

Mi padre estaba blanco como la cal, apoyado contra la pared, como si le hubiese dado un ataque o algo así. Ya me disponía a bajar del andamio para socorrerle, cuando se recuperó e hizo como si nada hubiera ocurrido. Extrañado por la reacción, no me percaté de que el grupo visitante se alejaba, hasta que algo me llamó la atención justo cuando desaparecían.

Uno de los integrantes del grupo iba vestido con una sotana. Pero no era esto lo que había atraído mi mirada. El cura en cuestión era un individuo enorme de pelo blanco. No necesité verle más que un instante para percatarme de que se trataba del mismo albino que se había cruzado en mi camino varias veces.

—Eduardo ¿quieres estar atento, que se va a caer todo?

Me dio mucha rabia que mi padre me llamara la atención cuando por su culpa casi me caigo. No me dio tiempo a contestar porque ya estaba gritando de mala manera a otros compañeros.

El resto del día su humor fue a peor. Nadie se explicaba qué le sucedía. Teníamos el trabajo adelantado y llevaba unos días más tranquilo de lo habitual. Mis compañeros me interrogaban con la mirada, pero poco les podía decir. A mí también me había sorprendido el repentino cambio de talante pero no sabía a qué achacarlo.

Los dos días siguientes no mejoró su humor. Discutimos varias veces llegando en una de estas discusiones a arrojarme un martillo que, por fortuna, no acertó. Los demás compañeros tuvieron que separarnos pues ya me arrojaba encima de él. Por suerte recuperamos el sentido común ambos, ya que las peleas eran muy castigadas en la obra y podían llegar a ser motivo de expulsión.

Esto no mejoró nuestras relaciones. Debo reconocer que parte de la culpa era mía, pues estaba distraído todo el rato, ora pensando en Guadalupe, ora pensando en el albino. ¿Qué hacía ese hombre en la obra y por qué se vestía con sotana? No me podía engañar en esa cuestión. Demasiados encuentros y en situaciones muy extrañas para que fuesen coincidencias. ¿Qué relación podía tener aquel hombre conmigo y por qué aparecía donde yo estaba?

Me lo había encontrado en varias ocasiones ya. El día en que nos contrataron para el trabajo clandestino en el monasterio, en el que perecieron mis dos compañeros después de dejarme en la estacada. Más tarde aquel tipo me había salvado con toda seguridad de dar con mis huesos en la cárcel. ¿Por qué? ¿Quién era?

Por muchas vueltas que le di a la cabeza no pude llegar a ninguna conclusión. Sólo él podía sacarme de dudas, así que decidí hablar con él la próxima vez que lo viera.

Dos días después volví a cruzarme con él, pero no tuve ocasión de abordarle.

Amaneció el jueves con un día claro. Subimos a la obra. Desde la pelea mi padre y yo no nos habíamos dirigido la palabra. Cuando llegamos nos preparamos para recibir el

tren que, desde Jaca, traería madera del aserradero. La hora prevista para la llegada era las nueve.

A las nueve y media comenzó a cundir la alarma. El tren no había llegado, pero según aseguraban había salido a su hora de Jaca y había pasado a las ocho y media por Castiello, tal y como debía. ¿Qué había pasado en el último trayecto, de tan sólo media hora?

A las diez llegaban las primeras noticias. La locomotora se había salido de la vía en un tramo peligroso y de difícil acceso. Alguien había arrancado los raíles y las traviesas, justo al salir de una curva de escasa visibilidad. Sólo gracias a un pastor que había hecho gestos al maquinista cuando se aproximaba la máquina, pudo éste frenar la locomotora a tiempo de evitar el descarrilamiento y caer al río.

Las noticias iban llegando con cuentagotas. Algunas carecían de todo sentido, pero otras se confirmaban.

—Los hijos de perra han quitado las vías de la curva y levantado las traviesas, con las que han hecho una fogata. Han calentado los raíles hasta lograr retorcerlos. Toda la grava está esparcida. Habrán necesitado toda la noche, pero les ha salido bien a los muy cabrones.

—Se necesitarán dos o tres días para volver a abrir la línea.

—Más me parece a mí. Los raíles arrancados son los que tienen curva, no será tan fácil reponerlos, ya veréis.

Todos los obreros daban sus opiniones sobre el sabotaje, cuestionándose la identidad de los saboteadores. Si a alguien se le ocurrió la posibilidad de que tuvieran relación con nuestros asaltantes, no lo dijo.

Enviaron a varios equipos al lugar para que ayudaran en las labores. La tarea no se presentaba fácil. El lugar, inaccesible, dificultaba el trabajo de enderezar la locomotora. Alguien aseguró que sería necesario montar una grúa, en cuyo caso no estaría en condiciones de funcionar la línea antes del lunes siguiente.

A mi grupo nos mandaron a reparar los caminos. Debido a la lluvia, la nieve y el continuo ir y venir de los camiones, la arena que cubría la carretera se levantaba, quedando las piedras al aire, con lo que no tardaban en salirse de su sitio, desbaratando el camino.

Mientras unos se encargaban de trocear las rocas con unos pequeños martillos de hierro, otros levantaban los amplios tramos dañados. Se cavaba una zanja en el centro y colocábamos los cimientos de roca que sustentarían el peso. De esta forma, al tener más apoyo en el centro que en los laterales, la carretera se combaría permitiendo desaguar la lluvia o la nieve.

Por encima de los cimientos, y tras nivelar la tierra, se extendía una gruesa capa de las piedras fragmentadas a martillazos y sobre éstas se colocaba la arena, cuya misión era impedir, o mejor dicho, retrasar el movimiento de las piedras.

Acabábamos de terminar un tramo cuando un espectacular coche pasó por él a buena velocidad levantando, a la vez que una polvareda, las protestas de los

trabajadores, que veían que sus esfuerzos no eran tenidos en consideración por aquellos *señoritos*.

No dije nada. Sólo tenía ojos para mirar el vehículo, un Hispano-Suiza reluciente, pintado en negro y amarillo y con los cromados brillantes. Extasiado, miré el interior para ver quién era el que podía permitirse el lujo de poseer un coche como aquél y allí estaba el albino, mirándome sin ningún disimulo. Sentado en el asiento trasero, no vestía en esta ocasión la sotana sino un elegante traje negro, de cuello duro. Sus extraños ojos grises perforaban los míos sin denotar emoción alguna, en tanto el coche se perdía en la distancia.

—¿De quién es ese coche? —pregunté, cuando me recuperé de la sorpresa.

—No tengo ni idea, pero seguro que de alguien con mucho más dinero que tú — contestó un capataz sin molestarse en quitar el cigarrillo, que le colgaba de la comisura.

—Ése es el coche de uno de los peces gordos de la Compañía del Norte, que ha venido a inspeccionar las obras y el arreglo de la vía —me dijo uno de los canteros que troceaba rocas.

Lo había vuelto a tener a mi alcance y se había esfumado de nuevo.

Cavar, extender, aplanar. Así estuvimos hasta el sábado, en que por fin llegaron buenas noticias. La línea se reabría el lunes y podríamos dejar de arreglar los caminos. La noticia fue bien acogida por todos, aburridos ya de la monotonía que suponía aquel trabajo.

Con la excusa de celebrar el acontecimiento, marchamos al pueblo de Villanúa a acabar la jornada, para tomar unas cervezas. El ambiente era muy bueno y nos fuimos animando hasta que, bien entrada la madrugada, el tabernero consiguió desalojarnos con la amenaza de llamar a la Guardia Civil.

Nos desperdigamos por las calles cantando y despertando al vecindario, logrando que nos arrojaran más de un cubo de agua, que era bien recibido pese al frío.

A la mañana siguiente mi madre no tuvo piedad. Posiblemente me habría oído llegar y en penitencia no dejaba que permaneciera en la cama. Un desayuno rápido y ya estábamos en el autobús para bajar hasta Jaca.

Tras la misa, me encontré en el sitio convenido con Guadalupe. Aquella mañana teníamos planeado alquilar un coche en el garaje de la calle del Sol. Cobraban setenta y cinco céntimos por kilómetro, pero uno de los mecánicos me debía un favor por una chapuza hecha en su casa, así que podíamos hacer los kilómetros que quisiéramos, que luego él alteraría el resultado.

Como dos señores nos paseamos por los alrededores de Jaca. Guadalupe de vez en cuando accionaba el claxon para que se apartaran las mulas. Rodeamos la ciudadela y continuamos el trayecto por la zona alta de Jaca, pasando cerca del aserradero. Guadalupe gozaba como una niña y se empeñaba en coger el volante, cosa que yo le permitía con cuidado de no llevarnos a nadie por delante.

Nunca la dicha es entera. Esta vez intervino un petimetre al que ya conocía de antes. Con el coche nuevo de su padre, un Ford como el que llevábamos pero más nuevo y descapotable, él y sus amigos se divertían alardeando y gritando a los lugareños. Les oímos llegar por detrás. Venían a toda la velocidad que permitía el coche y nos adelantaron entre gritos y rechiflas. Yo les hice un gesto claro de *saludo*, recogiendo todos los dedos de mi mano izquierda, salvo el del medio, que extendí ostensiblemente.

A pesar de su buena cuna entendieron sin problemas el mensaje y el conductor maniobró para cortarnos el paso, no quedándonos más remedio que detenernos en la cuneta, donde bajé. Temía por el vehículo alquilado, pues no quería que el mecánico tuviera problemas por mi culpa, y también por Guadalupe; pero para mi asombro esta última demostró que no había motivos para el temor.

—¡Eh, italiano! ¿A quién saludabas?

—Sí. ¿Qué pasa, te faltan los otros dedos? Igual te los has cortado con un hacha.

Sus compañeros se rieron de la ocurrencia. Yo dudaba de que aquellos idiotas supiesen qué era un hacha, pero permanecí en silencio, aguardando.

—Vaya, el italiano viene acompañado de una señorita. ¿Adonde va, señorita? Podemos llevarle en nuestro coche. Irá más seguro que con ese tipo. ¿Le ha dicho que conoce bien nuestra cárcel?

Se me estaban encendiendo los colores. Ellos eran cuatro y yo estaba solo, pero no iba a aguantar mucho más las provocaciones. Por el momento sólo me retenía saber que en caso de disputa llevaría la peor parte y después me las vería con el juez, que aún me esperaba.

Para mi sorpresa, y la de ellos, Guadalupe contestó algo ininteligible, se montó en el lado del conductor y puso el coche en marcha. A duras penas logré subir al estribo y meterme dentro antes de que me dejara atrás.

El coche iba dando tumbos y Guadalupe se reía como una descosida. Cuando por fin logré hacerme con el control del vehículo, la miraba entre furioso y sorprendido. Atrás se habían quedado aquellos imbéciles.

—Pero ¿estás loca?

Al cabo de unos instantes, en los que Guadalupe sólo reía, algo más tranquilo pregunté con curiosidad:

—¿Qué les has dicho a ésos?

—Les he dicho en vascuence que no entendía que ladraban y les he llamado cara de monos. ¿Quiénes eran esos amigos tuyos tan simpáticos?

—Sólo conozco al que conducía el coche. Es un idiota de mucho dinero. Su padre es uno de los dueños de la serrería. Juega en el equipo de *football* de Jaca, el F. C. Somport. En agosto pasado, cuando las fiestas de Canfranc, Nicolás les desafió a un partido y ganamos. Ellos venían con sus ropas para jugar y sus botas, nosotros no teníamos ni un balón. Cuando vieron que íbamos a ganar, no veas cómo se pusieron.

Teníamos a uno de Salamanca que era muy bueno y les marcó dos goles, hasta que le dieron una patada y se armó la gorda.

—Pues parece que aún no se les ha pasado. No sé cómo lo haces, pero tienes una habilidad increíble para hacer amigos —dijo Guadalupe, mirándome divertida—. Seguro que la culpa la tuvo Nicolás —añadió especulativa.

—Sí. La verdad es que era único buscando problemas —dije con añoranza—. Organizó el partido un domingo de los que bajamos a Jaca. Estábamos almorzando en una taberna y en una mesa estaban los del Somport con unos porrones celebrando que habían derrotado al equipo de Huesca. Allí estaban, cantando y brindando. Nosotros les mirábamos con mala cara. Se veía que eran gente de dinero y creo que teníamos envidia. No habíamos bebido mucho pero el caso es que, para cuando me di cuenta, Nicolás ya estaba entre el grupo. Aquello pudo terminar en pelea, porque esa gentuza empujó a Nicolás a la vez que le llamaban pordiosero, anarquista, me imagino que por su acento catalán, y no sé cuántas cosas más. En mi mesa éramos cinco y ya nos levantábamos para ayudar, cuando Nicolás se recuperó y con un gesto para que no nos enfadáramos les dijo que ganar a unos señoritos de capital no era difícil, pero a ver si tenían redaños para ganarnos a nosotros. Al principio no le hicieron demasiado caso, pero cuando Nicolás insistió y les llamó niñas no les quedó más remedio que aceptar el envite. Sin consultar con nadie, Nicolás se apostó ¡quinientas pesetas a que les ganábamos!

—¿Y qué hicisteis?

—¿Qué podíamos hacer? Casi matamos a Nicolás por meternos en semejante lío. Unos pocos de la obra ya habíamos jugado en alguna ocasión, pero resultó difícil montar un equipo. Date cuenta de que el jugar implicaba aceptar la apuesta y nadie quería arriesgar. Una cosa era jugar por jugar y otra perder el jornal de la semana. Así que al final quedamos trece, contando a Nicolás, que en su vida había tocado un balón. Yo no me atreví a comentar lo de la apuesta en casa. Sabía qué diría mi padre, pero no podía dejar tirado a Nicolás después de todo lo que hasta entonces había hecho por mí. No quise ni pensar en cómo pagaríamos en caso de derrota.

—Dos días después de que Nicolás nos metiera en ese lío, apareció con un balón en la obra. Habló con uno de los encargados para que nos permitiera usar la campa una vez terminada la jornada y allí nos ves a los trece, mirándonos sin saber por dónde empezar. Éramos dos italianos, el salmantino, cuatro de Madrid, otros dos franceses, tres de Sabiñánigo, que se apuntaron por el pique que tienen con los de Jaca, y Nicolás. Durante aquella semana jugamos a la salida del trabajo. Poco a poco se extendió la noticia del desafío y los compañeros empezaron a animarnos. Se cruzaban apuestas y se hizo un bote entre todos los trabajadores para pagar en caso de derrota. ¡Sacamos más de mil pesetas!

Guadalupe me miraba con una leve sonrisa, atendiendo sin perder detalle mientras yo rememoraba. No tenía el menor interés en los detalles de aquella bravuconada, pero se sentía feliz de que yo le abriera mi corazón y a mí me ayudaba

a curar las heridas del alma el poder explicarle lo que había significado mi amistad con aquel infortunado catalán.

—Nunca lo confesó, pero sé que mi padre contribuyó al fondo. Simulaba no saber nada del asunto. Durante la semana que quedaba hasta el partido él y los demás capataces nos mandaron trabajos menos arduos, cuidándonos para el gran día. En los entrenamientos, cada tarde, había más gente y todos querían participar de alguna forma. Por acuerdo de los que habíamos aceptado la apuesta, sólo admitimos a un sevillano que aseguraba ser un buen portero.

—¿Y qué pasó? —preguntó Guadalupe al ver que me callaba sumido en el recuerdo.

—Que ganamos. Los dos franceses jugaban bastante bien y yo, modestamente, también. El salmantino era muy hábil con el balón en los pies. Nuestro sevillano demostró ser un gran portero y sólo Nicolás, dos de los madrileños y los de Sabiñánigo tenían dificultades. Los del Somport no tardaron en darse cuenta de que iban a perder y empezaron a pegar patadas. El otro italiano le pegó un codazo a uno de ellos y casi se lía. Tuvo que intervenir la pareja de la Guardia Civil que, por si acaso, se había presentado.

—¿Qué hicisteis con el dinero de la apuesta?

—Nada. Fueron malos perdedores y se negaron a pagar. Pero no nos importó demasiado. Todos los obreros se alegraron como si nos hubiesen doblado el jornal y lo celebramos por todo lo alto con el fondo recaudado. Te aseguro que se me pusieron los pelos de punta cuando mis compañeros nos levantaron en hombros al terminar el partido. Estaban todos, hasta el contratista. Pero aún no me lo creo: subido en un carro estaba mi padre dando saltos y gritando.

Guadalupe respetó mi silencio. Los ojos se me humedecían al recordar la alegría desbordada de mi padre y cómo se abrazaba con otros compañeros, mientras mi madre, más alejada, me sonreía. Si algún recuerdo cariñoso guardaba de mi padre, era el de ese día. El recuerdo también de Nicolás, alzado en hombros como si fuese un torero, él, que apenas había jugado unos minutos. ¡Cuánto echaba de menos al catalán!

Aquella jornada inolvidable se hizo, como siempre, sumamente corta. Guadalupe había quedado para comer con sus tíos y al mediodía dejamos el coche en el garaje, donde el mecánico nos cobró dos pesetas antes de retocar el alarmante cuentakilómetros.

Nos despedimos con una mirada en la que se leía un beso y fui al encuentro de mis padres, que me esperaban para comer. La tarde fue para el baile, pero sin Nicolás ni Guadalupe, no supe disfrutar.

El descanso nocturno se me antojó muy breve. La noche del sábado prácticamente no había dormido y con el ajetreo del domingo estaba muy cansado. Para terminar de arreglar el asunto, la jornada del lunes fue terrorífica. Tuvimos que descargar la madera del tren que esta vez sí llegó a su hora. Después la colocamos en los

almacenes. Encima mi padre y el resto de los capataces nos espoleaban para recuperar el tiempo perdido con el sabotaje de la semana anterior.

En cuanto terminamos, bajé a casa cansado y, disculpándome, cené sin esperar a mi padre. Me acosté nada más acabar, cuando él entraba. En cuanto me tumbé caí dormido.

No habrían pasado más de tres horas cuando un enorme estruendo me hizo saltar de la cama. Con el corazón latiendo a toda velocidad, salí de la habitación. Mi padre ya se estaba abrochando los pantalones. De la calle llegaba un griterío infernal.

—¿Qué ocurre? —acerté a preguntar, confuso.

—Ha sido una explosión. Vístete rápido que vamos a ver qué ha pasado —contestó abotonándose la camisa.

En un santiamén me vestí y salimos a la calle, dejando a mi madre con el alma en vilo.

—Ha sido en la construcción —señalaba uno apuntando a lo alto, donde un resplandor anaranjado delataba el fuego.

Salimos corriendo hacia la carretera. Llegamos los primeros a la explanada de los Arañones. El espectáculo era terrible. El fuego provenía de los almacenes de madera, que ardían sin permitir acercarse a nadie a causa del intenso calor. Dos hombres con las ropas humeantes, el cabello chamuscado y tiznados de negro arrastraban a un tercero, tratando de alejarlo de las llamas. Corrimos a auxiliarles. Eran los almaceneros, que recolocaban la madera durante la noche para adelantar trabajo.

Poco a poco llegaba más gente y se formó una cadena humana para traer cubos de agua. Todo valía para tratar de sofocar el incendio.

Tarea inútil, el fuego estaba bien alimentado y el aire insuflaba vida a las llamas, resultando imposible aproximarse. Impotentes, tuvimos que presenciar cómo los almacenes eran devorados por el fuego, y sólo pudimos poner a salvo aquello que los rodeaba. Como el viento empujaba las llamas hacia un tercer almacén, decidimos empapar este último e impedir que también fuera pasto del fuego, abandonando los otros a su destino.

Con un estrépito que encogía los corazones, los tejados empezaron a desmoronarse, seguido por las paredes, que se doblaban hacia adentro como si fueran de cartón.

Toda la noche duró aquel fuego, como si fuese la fiesta de San Juan, al principio del verano. Cuando amaneció, casi todos los trabajadores nos encontrábamos en la obra en silencio, desolados por la tragedia, sin atrevernos a preguntarnos cuántos de los nuestros habrían muerto en el incendio.

Aún se arrojaba agua a los rescoldos. Había sido una noche infernal en todos los sentidos. Un primer sentimiento de orgullo por la reacción común, pues todos los compañeros pusieron lo mejor de sí mismos para dar respuesta a la tragedia, estaba siendo sustituido por otros de rabia, incomprensión y desesperanza.

Los primeros rumores hablaban ya de otro terrible sabotaje. Algunos lloraban sin vergüenza, dejando que sus lágrimas crearan surcos en los rostros negros por la carbonilla.

Se alzaban las voces contra los saboteadores, contra la empresa, que no se ocupaba de nuestra seguridad, contra la Guardia Civil por su pasividad. Se habló del descarrilamiento de la semana anterior, del ataque del que fui objeto, de los que habían muerto en los derrumbamientos del túnel. Se mezclaron los dramas inevitables con los evitables y con los provocados.

Poco a poco la marea de indignación fue creciendo. Ya nadie temía por su trabajo. Unos afirmaban que lo dejaban y otros llamaban a la lucha por unas condiciones de trabajo dignas. Se protestaba por el incumplimiento de las leyes de trabajo, de los horarios, por los sueldos.

Los españoles acusaban a los extranjeros por abaratar la mano de obra y éstos a ellos por supuestos privilegios. Los aragoneses decían que era su tierra y los madrileños les acusaban de desidia. Italianos contra franceses, éstos contra los andaluces que, a su vez, clamaban contra vascos y gallegos. Todo valía. El incendio se había convertido en el crisol de todas las frustraciones.

Vi con sorpresa que mi padre avanzaba en silencio, pala en mano, hacia el primer almacén. Por inercia le seguí y otros compañeros de mi cuadrilla también se pusieron en marcha. Poco a poco el resto fue tomando conciencia de que las luchas y protestas tendrían que esperar.

Entramos en el almacén pisando con cuidado sobre los escombros. Sabíamos que habría más de una persona debajo y aunque no hubiesen muerto en el desplome, nadie podía sobrevivir al infierno que había sido el edificio durante la noche. Aun así era sobrecogedor saber que donde se ponía el pie quizá estuviera el cuerpo de alguien al que conocías.

—Vamos a levantar esta viga —gritó mi padre—, que alguien traiga unas cuerdas. Terminar de tirar esa pared para que podamos armar una grúa. Hacen falta puntales. Tomás, ocúpate de levantar la grúa. Esa otra pared hay que apuntalarla, Marcos encárgate tú.

El resto de los capataces y un ingeniero revisaban los trabajos de desescombro tratando de evitar más heridos. Yo me quedé junto a mi padre y, armado con una sierra, iba dando cortes donde me indicaba, unas veces para descargar peso, otras para hacer muescas donde se pudiera atar las vigas sin riesgo de que se soltaran.

Una hora más tarde ya teníamos preparada la grúa en la pared norte, la más afectada y la que ya se había desescombrado. Una a una levantamos las vigas renegridas que habían sustentado el techo y después colocamos unas bases en la pluma, a modo de plataforma, donde cargábamos los escombros y eran retirados. También hubo que retirar con la grúa los tablones que aún conservaban su forma, los mismos tablones que habían llegado el día anterior y que tanto trabajo nos habían dado.

El primer cadáver tardó más de media hora en aparecer. En total fueron seis. Cuatro de ellos estaban totalmente calcinados y eran irreconocibles. Los otros dos no estaban mucho mejor, pero sus familias pudieron saber quiénes eran.

Nadie se preocupó durante toda la jornada por las labores cotidianas y ningún jefe o capataz tuvo presencia de ánimo para mandar a los obreros a sus tareas. La gente permanecía a la espera de poder ayudar. Cuando alguien estaba demasiado cansado era sustituido de inmediato por varios pares de manos ansiosas de contribuir en las operaciones, de tal forma que, para cuando llegó el atardecer, los cadáveres ya habían sido llevados a la casa del médico y los almacenes habían sido desescombrados.

Terminar la tarea y por ende la jornada tan ardua y prolongada, lejos de suponer un alivio, terminó por hundir a los hombres. Se diría que mientras teníamos algo que hacer, no nos daba tiempo para pensar en lo sucedido y ahora que todo estaba terminado encontrábamos un vacío difícil de llenar.

No era la muerte lo que nos asustaba. En una obra de tal envergadura estaba a la orden del día. Era la sensación de desamparo. Nos empeñábamos en construir algo que al resto del país parecía traerle sin cuidado. Lo habíamos visto, en el desinterés y la tardanza con la que se había inaugurado la línea Arañones-Jaca y a la que habían asistido autoridades y políticos de segunda fila. Este abandono venía agravado por aquellos que estaban totalmente en contra de la obra. ¿Merecía el esfuerzo aquella construcción maldita?

La noche no me trajo un sueño reparador, imagino que como a otros. En las dos anteriores apenas había dormido unas horas, y bien que lo necesitaba, pero retornaron las pesadillas, que ya creía olvidadas.

Soñé que los jinetes que nos habían atacado se deslizaban a cuatro patas por el bosque y llegaban a la explanada donde se levantaban los almacenes y cerraban las puertas para que nadie escapara. Los jinetes tenían hocico de lobo y una cola de fuego con la que prendían los almacenes. Mientras ardían los edificios los asesinos daban vueltas en torno, atacando sin piedad a los que lograban salvarse de las llamas.

La mañana siguiente llegó a la explanada el juez acompañado de su secretario, el médico y varias parejas de la Guardia Civil. Se me ocurrió que estos últimos venían con la única misión de auxiliar al juez si los ánimos se encendían en exceso.

Hasta el más ingenuo se dio cuenta de que la investigación fue apresurada y negligente, más preocupada en las pérdidas económicas que por el drama humano, lo que enardeció a los trabajadores, que aún no habíamos comenzado a trabajar. El ingeniero que acompañaba al juez era el máximo responsable de la obra y no se había atrevido a decir nada aquella mañana, cuando llegamos a la explanada y en vez de ponernos a trabajar nos juntamos en grupitos. Por una vez, todos los capataces y encargados se mostraban como uno más y escuchábamos a aquellos de entre nosotros que mejor sabían expresarse.

La marcha del juez no se hizo esperar y coincidió con la llegada de toda la guarnición de la Guardia Civil, con sus mandos al frente. Estaba claro que el juez

había olfateado el motín y había dado aviso para que subieran de inmediato, escapando él por si las cosas se torcían.

Comenzaron las escaramuzas. La Guardia Civil trataba de que nos disolviéramos. A pie y a caballo nos empujaban con sus largos palos o sus sables, sin que nos decidiéramos a enfrentarlos.

La señal de carga la dio un obrero joven que fue violentamente desalojado de una tarima a la que se había subido. Dos guardias civiles empezaron a pegarle una fuerte paliza. Sus compañeros, al verlo, empuñaron palas y se fueron contra ellos. Llegaron los guardias civiles a caballo, se lanzaron contra los obreros y ahí se desmadró todo.

Hicimos antorchas con palos y trapos empapándolos en gasolina y con ellas azuzábamos a los caballos que, espantados, se encabritaban y tiraban a sus jinetes. Palas, piedras, maderos, todo servía para la batalla campal. Era la válvula de escape que necesitábamos y así lo comprendieron los mandos de la tropa, que, por fortuna para ellos, tuvieron la agudeza de ordenar que se retiraran los números y emprender la huida hacia Jaca. Celebramos el éxito, como en otros tiempos supongo se celebraría la toma de la Bastilla. Era una victoria moral ante tantas vicisitudes.

Se organizaron los funerales que, por decisión nuestra, no se celebrarían en la catedral de Jaca, sino allí mismo, donde habían muerto y rodeados de sus propios compañeros, los que sabían de sus sufrimientos y penurias, no con el obispo, las autoridades municipales, algún representante de las empresas y los endomingados que iban a lucir sus galas y su fingida compasión.

Las exequias, celebradas por el párroco de Canfranc, don Pedro Laluna, hombre del pueblo como nosotros, fueron multitudinarios y terminaron como el rosario de la aurora. Durante la homilía trató de templar los ánimos pero en vano. La llegada por la tarde de números de la Guardia Civil de apoyo no presagiaba nada bueno. Miraba a mi alrededor y sólo veía rostros de amargura o bañados en lágrimas.

—*Pater noster qui es in caelis...*

El cura recitaba en latín ante la parroquia que abarrotaba la explanada. Faltaban los cadáveres de los seis trabajadores fallecidos que, a escondidas, habían sido retirados por orden del juez durante la noche, sin duda para que su contemplación no exacerbara aún más los ánimos.

Al término de la ceremonia, un representante sindical ocupó el estrado que había abandonado el párroco, para arengarnos con mensajes muy distintos al de perdón y fe en el cielo que se habían oído en boca del cura.

—Amigos. Hoy enterramos a seis de nuestros compañeros y hace sólo un mes a otros cuatro. Pero no han sido los únicos en la larga lista de fatalidades. Otros muchos lo han hecho anteriormente. Nadie ignora el peligro que entraña nuestro trabajo, pero muchas de estas muertes y accidentes se podían haber evitado. Trabajamos a destajo, sin protección y en condiciones precarias, las mismas en que malviven nuestras familias por un salario escaso y que se retrasa en el pago. ¿Y con qué agradecimiento?

Rugido de la multitud en señal de apoyo.

—Las leyes que, supuestamente, nos amparan están redactadas por aquellos que llevan una vida regalada. ¡Bien que se suben el sueldo los diputados, aunque el resto del país proteste por tamaña desigualdad! Haced las cuentas. Mil pesetas ellos, cien nosotros. Al mes cobran diez veces más ¿es eso justo?

Reniegos e imprecaciones.

—Pero es que además de injustas estas leyes —continuaba el orador, a la vez que con las manos trataba de acallar los gritos— ¡ni siquiera se cumplen en esta obra! Tengo en mis manos sus leyes, que de forma sistemática ignoran. Aquí dice: «La jornada máxima legal será de ocho horas al día o cuarenta y ocho semanales». ¿Cuántas horas trabajáis de más y sin cobrarlas? Leo: «El contrato en que se estipule una jornada notoriamente excesiva será nulo». Y eso es lo que pone en vuestros contratos, pero ¿se cumple? ¡No!

»La ley que regula el trabajo de mujeres y niños dice que no pueden ser admitidos los menores de diez años. Los menores de catorce no pueden sobrepasar las seis horas diarias y deben recibir instrucción primaria y religiosa. Los menores de dieciséis no pueden hacer trabajos subterráneos. Cuando el alojamiento de los obreros dependa del empresario, será obligatorio mantener separados a mujeres y hombres. La inspección en cuanto al cumplimiento de estas leyes corresponde al gobierno. ¿Habéis visto a algún inspector por aquí? Yo no. ¿Será porque se cumple la ley?

Gritos y silbidos.

—Dejadme que os lea otra de sus leyes. Ésta es sobre accidentes de trabajo. «Se entiende por accidente de trabajo toda lesión corporal que el operario sufra a consecuencia del trabajo que ejecuta por cuenta ajena». El artículo tres especifica cuáles son los trabajos que dan lugar a responsabilidades del patrono. Entre otros: construcción y mantenimiento de edificios, construcción y conservación de vías férreas, faenas forestales, almacenes de madera de construcción, personal de carga y descarga. Los damnificados tendrán derecho a una indemnización, los gastos médicos y farmacéuticos correrán a cargo del patrono. También especifica las cuantías de las indemnizaciones. La de los muertos es, aparte de los gastos de sepelio, el salario medio de dos años, en caso de dejar viuda y huérfanos. Diez meses de salario a padres o abuelos si no. En caso de que las máquinas carezcan de medidas de protección se aumentarán en una mitad estas indemnizaciones.

—¿Alguien ha cobrado esto? Sabéis que no. La empresa ha costado el entierro, ha abonado dos meses de paga y abonado los billetes de regreso cuando los familiares no eran de aquí. Ahí se acaba todo. ¿Y qué me decís de los compañeros a los que torturaron y mataron en septiembre? La empresa argumentó que era un sabotaje y no correspondía a un accidente de trabajo. ¿No fue precisamente, como lo ha sido esta vez también, a consecuencia de esta obra que se produjeron sus muertes? ¿Tampoco ahora será motivo de indemnización, ya que la empresa, como ya ha hecho antes, se agarrará a que el accidente ha sido debido a fuerza extraña?

—¿Y qué podemos hacer? —gritó uno por encima de la indignada multitud.

—Movilizarnos —contestó el arengador—. Decir a los patronos que ya basta. Queremos un trabajo digno en condiciones dignas y por un salario digno. ¡Yo digo que vayamos a la huelga!

Aplausos y vítores. La gente levantaba las manos en señal de apoyo.

Iríamos a la huelga.

Capítulo VIII

Mayo de 1923

Aquel invierno lo pasamos con más pena que gloria. Al decir de mis compañeros fue bastante benigno en cuanto al clima. El frío no fue excesivo, según ellos, pero el agua estaba permanentemente congelada y los caminos debían ser despejados con regularidad, para que pudieran pasar los camiones, que en más de una ocasión quedaban atrapados por la nieve. Los días que amanecía despejado el frío se acrecentaba hasta que empezaba a calentar el sol, pero era agradable cuando éste ya se había enseñoreado del día y procurábamos trabajar buscando sus rayos.

La huelga había aguantado cuatro días mal contados. La amenaza de los despidos y la presión de la Guardia Civil minaron nuestra moral y, como ocurre siempre, las ganancias personales se impusieron a las colectivas. Los patronos usaron la vieja fórmula del divide y vencerás y pronto les dio los frutos apetecidos. A los que más aguantaron en la brecha se los quitaron de en medio en cuanto pudieron, a pesar de la promesa en firme de no tomar represalias en caso de deponer nuestra postura.

En fin, no cuento nada nuevo; la misma historia se ha repetido a lo largo de los tiempos. Los familiares de los fallecidos fueron prontamente olvidados. Se tuvieron que marchar de aquella tierra, ya que nada tenían, y la mala conciencia colectiva nos hacía evitarles, avergonzados. Todo volvió a ser como antes. Lo poco que sacamos de aquellos días de huelga, además de un desproporcionado descuento y un carro de palos en los enfrentamientos con la Guardia Civil, fue que compensaran las horas de más trabajadas con días libres. En realidad no sirvió de nada, a la postre se acumulaban un montón de días pero los capataces no permitían disfrutarlos.

La llegada de la Navidad también tuvo su protagonismo en hacernos olvidar los motivos por los que habíamos ido a la huelga. Las gentes venidas de fuera que se lo pudieron permitir marcharon a visitar a sus parientes. Los que nos quedamos en la obra celebramos las fiestas entre nosotros, tratando de recordar nuestras respectivas patrias.

Nunca había sido muy dado a estas fiestas; sin embargo en esta ocasión la lejanía me volvió nostálgico. Recordaba a mis amigos, mis compañeros de estudios, la universidad donde habían quedado mis sueños de convertirme en un ingeniero automovilístico...

En realidad lo único que lograba levantarme el ánimo era Guadalupe. Durante aquel oscuro invierno la vi con cierta asiduidad. Nuestra relación se fortalecía, a diferencia de lo que sucedía con mis compañeros de trabajo. Había sido otra de las consecuencias de la nefasta huelga: lejos de unirnos nos había distanciado. Se había perdido la alegría en el trabajo y cada uno iba por su lado.

Lo mismo sucedió con mi hermano Armando y nuestra familia. Cuando llegamos a Canfranc hubo tímidos intentos de acercamiento por ambas partes. Sin embargo, estaba claro que las diferencias con mi padre eran insalvables. Aunque todos trabajábamos en la misma obra, raro era el día que nos veíamos.

Esas navidades mi madre insistió para que celebráramos juntos las fiestas. Resultó algo forzado y nadie se encontró a gusto pese a los esfuerzos de mi madre y de mi cuñada. Yo creo que cuando terminaron las festividades todos respiramos tranquilos.

Mi madre, que siempre había tenido una salud de hierro, tuvo que guardar cama por primera vez desde que yo tuviera memoria. Solamente fue una afección en la garganta, pero yo creo que en realidad, aunque no lo demostrara, añoraba Italia. Durante unos días tuvimos que sustituirla en las labores domésticas. Mi padre me sorprendió una vez más, al cuidar a mi madre con un cariño y dulzura inimaginables.

La obra continuó adelante, sin grandes contratiempos. Los que se dedicaban a boicotearla se tomaron un respiro, o, quizá dadas las fechas, creyeron oportuno concedernos una tregua. De todas maneras tuvimos que lamentar varias muertes más, causadas por lamentables accidentes. Uno de ellos acabó con la vida de cuatro niños.

Un camión que bajaba muy cargado una cuesta perdió el control al pisar una placa de hielo en una curva y el conductor no pudo hacer nada por evitar que cayera por un terraplén, llevándose por delante a los niños que jugaban allí. Los funerales siempre son tristes, pero en esta ocasión lo fueron mucho más.

Al contar estos hechos parece que todo fueron desgracias. No es así. Pequeñas alegrías, como cuando Guadalupe me regaló un jersey de lana tejido por ella, se entremezclaban con las penurias propias de la época.

También fue una alegría cerrar el tejado del edificio de la estación que albergaría el gran hotel. Los patronos tuvieron el detalle de dar una cesta a cada trabajador con botellas de vino, turrónes, peladillas y algo de jamón. Nosotros lo celebramos por todo lo alto. Nos dábamos cuenta de que aquel singular edificio que acabábamos de techar sería todo un símbolo en el futuro de aquel país y con él entraríamos en la Historia. Por mi parte firmé tantas vigas de madera como pude, de aquellas que se colocaron en el tejado. Si algún día derriban el edificio, podrán ver que allí trabajó Eduardo Biggi.

En fin, que aquel invierno acabó sin grandes acontecimientos por lo que ser recordado.

—Eduardo —me dijo en voz baja un compañero—. ¿No te animas a ir a la fiesta?

Se refería a la fiesta del primer viernes de mayo, en la que se conmemoraba el Desfile de la Victoria en Jaca, una fiesta que celebraba la derrota de unos moros ante las tropas de un tal conde Aznar. Era día laboral, así que tendría que pedir fiesta a cuenta de las horas de más trabajadas. Miré a mi padre evaluativamente.

Durante todo el día se había mostrado más alterado de lo habitual. Mientras yo cargaba con la carretilla él hablaba, planos en mano, con uno de los ayudantes del

ingeniero Ramírez de Dampierre, discutiendo el avance de la obra. El pobre hombre, poco mayor que yo y de frágil complexión, no se atrevía a llevar la contraria a mi padre, como si le fuera a morder de un momento a otro.

Esperé a que saliéramos de trabajar para hablar con él. No le gustaba que perdiéramos el tiempo durante la jornada. Tal vez, cuando el camión nos dejara frente a casa, podría aprovechar para comentárselo.

—Eduardo —dijo nada más bajar del camión—, dile a tu madre que llegaré tarde a cenar. Tengo una cosa que hacer.

Sin añadir nada más se alejó calle abajo, perdiéndose entre las sombras. Me quedé parado sin saber qué hacer. En casa no se podía hablar de trabajo. Es decir, yo no podía hablar de trabajo. Él rompía sus propias normas. A la mañana siguiente mi padre tenía que ir a Jaca, donde tal vez permanecería dos días y no tendría tiempo para hablar con él. Así que me decidí y salí corriendo a buscarle. Aunque había doblado la esquina, no temí perderle. Imaginaba que iría a la tasca del pueblo, único sitio donde no se te helaban los pies y podías tratar de negocios.

Cuando entré, el local estaba prácticamente vacío y no se encontraba allí. Extrañado, abandoné la tasca y miré por los callejones adyacentes. De pronto me detuve en seco. Acababa de encontrar a mi padre que se alejaba por un angostillo...

Y al fondo del mismo, apoyado en la pared, entre la penumbra, el enigmático albino.

Impecablemente vestido con un traje negro cortado a medida, la barba y el cabello pulcramente peinados, contrastaba con las ropas sucias y el pelo enmarañado de mi padre. El albino, más alto y robusto, emitía un aura de peligrosidad fría y calculadora, como una serpiente. Mi padre, en cambio, manifestaba la agresividad de un toro bravo dispuesto a embestir y parecía no temerle.

La extrema palidez del albino chocaba con la piel aceitunada de mi padre.

—*Buona sera, Giuseppe* —saludó el hombre en italiano—. Hace tiempo.

Me quedé de piedra. No podía creer que se conocieran. Procurando no hacer ruido y sin acercarme demasiado, me escondí bajo la arcada de un portal. Por suerte la luz era escasa. No tendría problemas para escuchar la conversación desde esa distancia sin que me descubrieran.

—¿Qué haces aquí? —preguntó bruscamente mi padre. Toda la conversación discurrió en italiano.

—Eso debería preguntarte yo. Veo que no te alegras de verme —respondió tranquilamente el hombre. Ante la insistencia de mi padre continuó—: Creo que ya sabes qué hago aquí: impedir que esta obra siga adelante. Es mi misión. En otros tiempos también era la tuya.

—Matando gente y metiendo el miedo en el cuerpo de unos pobres infelices —dijo mi padre—. ¿Por eso quemasteis los almacenes y reventasteis las vías? ¿Por eso mandasteis a ese agitador que incitó a la huelga? Ha muerto demasiada gente. No

queremos saber nada de vuestros negocios. Ésta es mi obra y no voy a consentir que nadie la sabotee. Mejor harías en marcharte.

—No, Giuseppe —contestó tranquilo el albino—. Eres tú el que haría bien en marcharse de aquí y llevarte a tu familia. Sabes de sobra que no podemos permitir que esta línea se construya y que se hará lo que haga falta para impedirlo. Si continúas aquí pondrás a los tuyos en peligro. Estoy aquí para avisarte, como viejo amigo que soy, aunque lo tenga prohibido. No puedo hacer nada más por protegerte.

—¡No quiero tu maldita protección! —escupió mi padre—. Sólo quiero que nos dejéis tranquilos y os vayáis.

—¿Es que no lo entiendes, viejo testarudo? —respondió el albino—. Vas a llevar a tu familia a la perdición. Ya has visto lo que ha pasado y estás en deuda conmigo, pero no podré continuar así por más tiempo. Aún guardas viejos enemigos que desean saldar cuentas. Si continúas aquí seréis de los primeros en caer.

—¿Cómo supiste que nos encontrábamos en esta obra?

—Pura casualidad. Estaba por aquí cerca. Tenía trabajo. Ahora soy submariscal. ¿Sabes? La mano derecha de Luca. ¿Te acuerdas de él? Bien. Veo que no lo has olvidado. El caso es que uno de mis hombres, que merodean por la obra, te reconoció y me informó. He esperado durante todo este tiempo a que te marcharas por tu cuenta, pero veo que sigues igual que siempre. Ahora he venido a avisarte.

—Pues ya lo has hecho y te puedes ir —dijo tajante mi padre—, no me moveré de aquí.

—Pero ¿es que no entiendes lo que sucede? —preguntó exasperado el individuo—. ¿No has visto lo que casi le ocurre a tu hijo pequeño?

Hablaba de mí. Con el corazón al galope y un escalofrío recorriéndome la espalda, estiré la cabeza, perdiendo casi el equilibrio, para no perderme ni una sola palabra.

—Escúchame, maldito bastardo —dijo mi padre bajando el tono de voz—. Si alguien intenta hacer daño a mi familia lo pagará caro. Te juro que mataré con mis propias manos a quien lo intente de nuevo y tú irás después.

—Eres injusto conmigo. Si Eduardo está todavía vivo me lo debes a mí.

—¿Ah, sí? Se ha pasado casi un mes recuperándose de sus heridas y guardará las cicatrices como recuerdo. Sus compañeros fueron salvajemente torturados y devorados por las fieras y ¿todavía he de estarte agradecido?

—Sí, aunque no lo creas. Gracias a uno de mis hombres salvó la vida tu hijo. Mira, Giuseppe, lo sucedido fue un terrible y bárbaro error, pero sus autores ya lo han pagado con su vida.

Escuché de boca del desconocido la crónica de lo que podía haber sido mi muerte. Con un sentimiento creciente de indignación, y gran dificultad para mantenerme en mi escondite, asimilaba la explicación de los sucesos. Según entendí, esos tipos se consideraban los herederos de aquellos templarios de los que me había hablado el profesor Martín. Contó que unos *soldados* de la Orden habían aprovechado la

ausencia de sus superiores para montar una pequeña fiesta en la que se drogaron. En este estado decidieron por su cuenta sembrar el terror en la construcción, pensando en su alucinación que una operación ejemplarizante conseguiría hacer huir a los obreros del lugar.

Vestidos a la antigua usanza de aquellos caballeros, para atemorizar aún más a sus víctimas, eligieron el día de la fiesta que se celebraba en Somport como ocasión propicia. Cuando ésta terminó, esperaron a que un grupo que pudieran manejar sin problemas bajara el puerto y atacarlos. La mala fortuna quiso que la *pandilla asequible* fuera la mía.

El resto ya lo conocíamos y el albino se abstuvo de recordárnoslo, aunque las imágenes grabadas a fuego retornaban con tanta nitidez como si lo estuviera presenciando en ese mismo instante. Aquellos asesinos implacables, vestidos con extrañas ropas blancas... Las máscaras de cuero con las que se ocultaban el rostro... Las capuchas, guanteletes y espadas... Esa enorme cruz de color sangre que adornaba los mantos... No tuvimos ninguna posibilidad.

El albino seguía hablando mientras yo rememoraba la crueldad sufrida, con ira y vergüenza a la vez. Era por el deseo de matarlos con mis propias manos y vergüenza por no haber hecho algo más en nuestra defensa. Vergüenza por ser el único superviviente y más aún ahora que sabía que mi salvación no era producto de la casualidad, como yo me había cansado de repetir a las personas que recelaban de mi historia. Con un movimiento de cabeza, dispersé estos pensamientos. Ya tendría ocasión de retomarlos, ahora era necesario atender sin perder detalle.

—Uno de ellos pertenecía a mi grupo —seguía explicando—. Trató de hacerlos desistir de cometer semejante locura, pero no le hicieron caso. Los siguió de lejos y fue testigo del ataque. De lejos reconoció a tu hijo. Cuando se fueron, después de dejarlos atados a los árboles, él se acercó. Según me contó, no se podía hacer nada por los demás, estaban muy mal. Eduardo se desangraba, pero era el que en mejores condiciones se encontraba. Dos de ellos estaban prácticamente muertos, otro demenciado y el cuarto tampoco tenía remedio. Sólo la fortaleza de tu hijo permitió que mi hombre llegara a tiempo. Tardó un poco, pues tuvo que ir a buscar el ungüento que le cortó la hemorragia y mantuvo distantes a las bestias.

Mi padre preguntó qué habían hecho con nuestros torturadores. El albino contestó que fueron juzgados, condenados y ejecutados.

—¿Y crees que con eso es suficiente? —preguntó mi padre con las mandíbulas apretadas—. ¿La muerte de esos perros servirá para consolar a las familias de los chicos? ¿Permitirá que mi hijo olvide lo sucedido?

—Entiendo lo que dices —repuso conciliador el albino—. Pero no te puedo ofrecer otra cosa. Por fortuna Eduardo está recuperado. Es joven y con el tiempo llegará un día en que lo sucedido le parecerá más una pesadilla soñada que algo de verdad acaecido. Sigues teniendo a tu hijo.

—A éste lo conservo —contestó con rencor mi padre—. Pero ya me quitasteis otro.

—Perdiste a Amadeo por un tremendo error. Comprendo que no te consuele, pero yo sentí tu pérdida como propia. Sabes perfectamente que los culpables han pagado con su vida. Ésta continúa para ti y el resto de tu familia. ¿Por qué poner su seguridad en peligro? ¿No hay otros sitios donde trabajar, donde ganar más, donde poder realizar tu arte de verdad y no como un vulgar maestro de obra? ¿Por qué precisamente aquí? ¿Crees que enfrentándote a la Orden vengarás a Amadeo?

Más tarde averigüé de qué hablaban. Mi hermano mayor, Amadeo, había pertenecido a la sociedad en la que participaban tanto mi padre como aquel extraño individuo. El máximo responsable, al que se refirió como *gran maestro*, un tal Poincaré, cometió una torpeza desvelando algo delicado en una reunión de trabajo celebrada en la costera ciudad de La Spezia, al norte de Italia. Esta revelación llegó a oídos de alguna persona que podría representar un riesgo. Para conjurarlo decidí acabar con él. Dio instrucciones al jefe de la milicia, que buscó por la zona algún *soldado* preparado: mi padre y el albino, que formaban pareja de armas. El mariscal se trasladó en persona a la obra que por aquel entonces realizaba mi padre, con el fin de impartir las oportunas órdenes.

Cuando oí esto no podía dar crédito a lo que escuchaba. Mi propio progenitor encargado de acabar con la vida de alguien. El caso es que mi padre se encontraba por aquellos días fuera, comprando material. Mi impulsivo hermano Amadeo, miembro en período de prueba de la Orden, vio la posibilidad de aumentar su estatus y aseguró al mariscal que tanto él como sus compañeros estaban a punto de ser admitidos como miembros de pleno derecho y preparados para llevar a cabo cualquier encargo.

Von Breukelen, que así se llamaba aquel idiota, pensó que, ya que el trabajo aparentaba ser sencillo y necesitaba ser ejecutado con urgencia, podría confiárselo a aquellos muchachos. Facilitó a mi hermano dos fotografías, algo revolucionario en aquella época, del individuo en cuestión, junto con información sobre dónde encontrarlo. Debería ser eliminado inmediatamente.

Amadeo se reunió con dos compañeros que le ayudarían en la tarea. Su ingreso definitivo, que los tres deseaban fervientemente, podía depender del éxito de la operación. Planearon el golpe cuidadosamente. Se reunirían dos manzanas más al norte del restaurante adonde iría el tipo a cenar. Allí sería avistado por el más joven de los tres, que a la salida avisaría. Entonces los otros dos se acercarían, amparados por las sombras, y apuñalarían al hombre, para posteriormente darse a la fuga.

La operación resultó un auténtico desastre. El marcador fue descubierto por los guardaespaldas del hombre, que se extrañaron de ver a un joven entrando y saliendo del restaurante, como si buscara a alguien, para después quedarse fuera. Uno de los escoltas salió por la puerta trasera y rodeó el restaurante, cogiendo por la espalda al chaval, que en ese momento volvía a mirar las fotografías que Amadeo le había

entregado. Le golpeó en la cabeza, haciéndole perder el conocimiento y lo arrastró por la puerta de atrás hasta el interior del local. En la cocina, y ante el terror de los cocineros, que fueron desalojados, recibió una paliza hasta que confesó las intenciones de sus compañeros.

Un camarero, más o menos de la misma corpulencia, fue obligado a vestirse con las ropas del joven.

La teórica víctima abandonó solo el local y se encaminó hacia un callejón a oscuras. El camarero disfrazado cumplió con su papel y se mantuvo lejos para no ser reconocido. Mi hermano y su compañero entraron en el callejón oscuro, dispuestos a cargarse al hombre, y fueron inmovilizados.

Los guardaespaldas conocían su oficio. Tiraron salvajemente del nacimiento del pelo en la frente hacia atrás y como un rayo rebanaron la yugular de los dos infelices, que estaban muertos antes de tocar el suelo.

A los tres jóvenes les cortaron la mano izquierda y se las mandaron por correo al gran maestro.

La historia de mi hermano terminaba aquí. El hombre fue liquidado junto con sus hombres por el albino. La verdadera causa de las muertes de los chicos se ocultó a sus padres. Para cuando mi padre regresó Amadeo ya había sido enterrado. Le dijeron que una fatal caída de un andamio inestable en la obra, era la culpable. Aquella explicación resultaba perfectamente plausible. Era extraña la semana que no caía alguien con distintos resultados.

El humor de mi padre cambió. Se volvió más resentido y huraño que antes, no dedicando los mismos esfuerzos a su trabajo. Durante un tiempo creyó en la explicación que le habían ofrecido, no enterándose de lo que en realidad sucedió, hasta un par de meses antes de que nos marcháramos de Italia. Cuando supo la verdad debió de hacer algo terrible, pues la Orden le condenó al destierro o a morir si se quedaba.

—No te atrevas a pronunciar su nombre —dijo mi padre con tono helado—. Yo voy a donde me da la gana y no tengo que dar explicaciones a nadie. Sé perfectamente lo que hago.

—¿También lo saben tu mujer y tus hijos?

—No creo que eso te importe. Es mi familia y éste es mi trabajo.

—Tu trabajo está en una zona prohibida y lo sabes muy bien —contestó irritado el albino—. Esta estación no puede acabarse y nosotros nos encargaremos de ello.

—¿Zona prohibida? —se mofó mi padre—. ¿Desde cuándo vosotros decidís dónde sí o dónde no se puede levantar una estación de tren?

—Lo hemos hecho durante siglos y no creo que lo hayas olvidado. En otro tiempo nos ayudabas a hacerlo.

—Los tiempos cambian y los hombres maduran —sentenció mi padre—. Yo he madurado. Es hora de que lo hagáis vosotros. Ésta es mi obra y vosotros no tenéis nada que hacer aquí.

—Te equivocas de nuevo, Giuseppe. ¿Se te ha olvidado también que estas tierras nos pertenecen?

Se refería a un polémico testamento, como me enteraría más tarde. Al parecer, un rey aragonés, Alfonso I el Batallador, quiso pertenecer a la Orden, pero por su calidad de rey no pudo satisfacer sus deseos. Este rey, que también lo era de Navarra cuando esos dos reinos comprendían la mitad de la península Ibérica, carecía de descendencia y testó a favor de la Orden del Temple todos sus dominios al ver cerca la muerte.

Como es fácil entender, los súbditos de ambos reinos no quisieron saber nada de este capricho de su antiguo soberano y no lo acataron. Los navarros eligieron a García Ramírez como rey, mientras los aragoneses sacaban del monasterio, donde se encontraba como monje, al hermano de Alfonso y lo coronaban rey como Ramiro II.

Los templarios se mostraron discretos y no exigieron el cumplimiento del testamento. Para ellos era una zona demasiado vasta, que dispersaría sus fuerzas. Ladinamente prefirieron recibir terrenos y fortalezas en puntos clave, junto con otras prebendas. Algunos de esos terrenos, según pude saber, se encontraban en las cercanías.

—No digas idioteces —bufaba mi padre, alzando despectivamente los brazos—. Ocurrió hace ocho siglos. Nada tiene que ver.

—Aquella donación se hizo para garantizar un santuario virgen.

—Eso son tonterías. No se puede vivir anclado en el pasado. Estamos en una época distinta. El ferrocarril es parte del futuro y del progreso. ¿Cómo puedes creer que la gente desee continuar en la Edad Media? Queréis terminar con todo por alcanzar una quimera.

—En esa *quimera* creías tú antes —repuso el albino—, ¿de verdad no lo recuerdas?

—Lo recuerdo —confesó mi padre—, pero te repito que he madurado. Escúchame: dejadme tranquilo, largaos de aquí y quedaremos en paz. Terminaré esta construcción. Para eso me han contratado y cumpliré mi trabajo.

—¿Y que ganarás con eso? —dijo el albino levantando el tono—. Lo haces por despecho, como desafío, pero sabes que no puedes ganar. Te diré una cosa. Esta línea no la quiere nadie. ¿No te das cuenta? Los franceses la ven gravosa. Solamente ante la presión española acceden, pero desentendiéndose del asunto y consiguiendo como contraprestación todo lo que piden. Dan por hecho que nunca será rentable. ¿No te sorprende lo poco que han insistido para que la estación se levantara en Forges D'Abel, al otro lado del túnel? Aquí se está gastando dinero a espuertas y no quieren saber nada. Continuarán con los trabajos según los españoles accedan a sus demandas en otras materias, como la línea Ax-Ripoll.

»¿Y qué me dices de los propios españoles? —continuó—. El ministerio de la Guerra fue durante muchos años el principal detractor del proyecto, pese a que era el capricho de sus débiles monarcas, defensores a ultranza del estamento militar. ¡Ellos sí que están anclados en tiempos pasados! Creen que sería un paso para los ejércitos

invasores. ¡Como si no pudieran invadir la Península por otros lugares más apropiados que un estrecho túnel! Por el mismo motivo se han negado a autorizar el ancho de vía internacional. ¡No sea que los franceses metan a trescientos soldados en un tren y conquisten España! ¿Sabías que el ministerio de la Guerra tiene un plan elaborado para realizar un derrumbamiento estratégico del túnel en caso de conflicto bélico? No, claro que no. Pues es verdad. Dentro del túnel hay suficientes explosivos para cegararlo. En realidad, en su paranoia, han metido tanto material, que sería imposible predecir el resultado en caso de explosión. Si no me crees, pregúntale a Armando, tu hijo mayor, qué son las galerías ciegas que han excavado.

Mi padre estaba extrañamente callado. Realmente conocía, al igual que yo, aquellos disparatados planes de demolición y no parecía dar mayor trascendencia a las palabras de su interlocutor. Con los brazos cruzados y el ceño fruncido, contemplaba hosco al albino, siguiendo con la cabeza los movimientos de éste que, gesticulando, parecía impartir una clase ante un alumno poco predispuesto a aprender.

—Los políticos españoles —continuaba su disertación— no quieren oír hablar de este proyecto. La guerra de Cuba, contra los americanos, acentuó la crisis económica de la que España no logra recuperarse. En la reciente guerra, que terminó hace cuatro años, hasta el presidente del gobierno reconoció que el país no estaba en condiciones de entrar en ella. Es más, el país no se ponía de acuerdo sobre cuál era el bando al que deberían aliarse. A pesar de que Alemania había hundido varios barcos españoles, un sector importante quería unirse a ellos con la esperanza de una victoria que supusiera un buen botín. La crisis política que sufre este país no es menor que la económica. Hace dos años fue asesinado el presidente, Eduardo Dato.

Aquí omitió, como más tarde supe, que precisamente había sido su Orden la encargada de cometer el magnicidio. Escuchándole, cualquiera diría que aquella muerte le había sorprendido lo mismo que a los demás.

»Al actual gobierno de García Prieto no le auguro un futuro mucho más esperanzador. En los últimos años se ha cambiado once veces de gobierno, con una media de uno cada cinco meses. Las constantes huelgas y el desastre de la guerra contra Marruecos, en la que el rey español tiene parte de responsabilidad aunque se tape, ha mermado mucho la credibilidad de los gobernantes españoles y entre políticos y militares hay una gran desconfianza mutua. El pueblo español no quiere saber nada de sus dirigentes. Así las cosas, ¿crees que el gobierno puede tener un mínimo interés en esta obra faraónica que va a desangrar aún más las arcas estatales?

»Por otro lado las demás regiones desean fervientemente que esto fracase y minan los cimientos del apoyo gubernamental. Cuestionan su rentabilidad, sus dificultades técnicas, el alto coste de la obra. Los navarros quieren que el tren pase por su tierra. Vascos y catalanes, que ya tienen su paso fronterizo y gravan con altos aranceles las mercancías, no quieren que nadie les pueda hacer competencia.

Mi padre no respondía, encerrado en su mutismo. O poco le conocía yo, algo que en la última hora me estaba empezando a cuestionar, o nada de lo que razonara el

hombre sería capaz de convencerle. Desde luego, tal y como lo planteaba aquel individuo, ¿quién era el interesado en aquel proyecto? Como respondiendo a mi pregunta el albino continuó con la exposición.

—Solamente hay dos partes que quieren ver terminada esta línea y ambas por razones distintas: por un lado están los especuladores de terreno y aquellos empresarios que van a enriquecerse con la explotación directa o indirecta de la línea. Grandes productores agrarios, hosteleros, agentes inmobiliarios, también los concesionarios de la obra, en fin, todos los que poseen dinero y se beneficiarán del que tendrán que aportar los contribuyentes para acabar la obra. Son los propietarios de periódicos con los que se bombardea a la opinión pública, dirigiéndola para que apoyen sus fines, prometiéndoles una riqueza y seguridad laboral que dista mucho de ser real.

Si mi padre estaba atendiendo al monólogo, lo disimulaba muy bien. Se miraba tozudo un dedo de la mano, donde esa tarde se le había clavado una astilla.

—¿Y qué decir del monarca español? Está dispuesto a emular a los antiguos faraones. Quiere ser recordado como un rey activo. Este proyecto, junto con otros, para él no supone nada más que una tarjeta de presentación frente a otros países europeos. Quiere convencer a los demás dirigentes que él es un monarca capaz de afrontar el reto que esta obra supone, tanto técnica como económicamente, al construir la segunda estación y túnel más largos del continente. Pero si algún día los termina, los olvidará con la misma premura. Retirá su apoyo para concentrarlo en otros proyectos que eleven su figura y esto será pasto de los carroñeros.

»Todos habrán conseguido lo que querían —continuaba el albino—. Alfonso, reconocimiento y los buitres, dinero. Los que lleguen los últimos se darán cuenta de su error. Comprarán a precios desorbitados negocios, locales, tierras y casas. Entonces se producirá el declive. El paro para toda la gente que venga con sueños de una buena vida, la despoblación y la ruina para los pequeños inversores. Al final se comprobará que la línea no es rentable y se cerrará.

—Veo que eres muy negativo —interrumpió mi padre, rompiendo su silencio.

Ya no recordaba que se encontraba presente, absorto como estaba en las explicaciones de aquel extraño individuo, pero no pude sino estar de acuerdo con él. Las previsiones que escuchaba no podían resultar más agoreras.

—No me crees, ¿verdad? ¿Podrías explicarme para qué va a servir esta línea? Dicen que van a pasar por ella productos agrícolas con destino a Europa, cítricos y cereales, además de pasajeros. ¿Nadie ha pensado en las bajas temperaturas, que helarán por igual a pasajeros y naranjas? ¿O es que a vosotros no se os hielan las manos y la comida? ¿Y el desnivel? ¿Crees que cuando hiele, y lo hace muy a menudo, el tren podrá superar como si tal cosa las pendientes? Además, y para colmo, la diferencia de ancho de vía añadirá más cargas.

Mi padre guardaba silencio. Asombrado, pude ver en su rostro que ninguna de estas dificultades eran nuevas para él. El tipo también percibió que mi padre conocía

de sobra que aquello era inviable y le desesperaba que, a pesar de ello, mi padre decidiera continuar con el trabajo.

He de confesar que a mí nunca se me había ocurrido pensar en aquello. Ahora que lo escuchaba pensaba en el intenso frío que padecíamos, sobre todo cuando caía el sol. Al día siguiente los caminos estaban helados. Era preciso calentar el agua para que se deshelara. Si una botella con agua se quedaba a la intemperie una noche, estallaba. También la nieve nos obligaba a despejar las vías cuando llegaba la locomotora con material.

—Quizá tú no, Giuseppe, pero tus hijos serán testigos del cierre de esta línea.

Aquellas palabras, aunque yo en ese momento lo ignorara, llegarían a ser proféticas.

—No te canses. No lograrás convencerme. Aquí me quedo. Nada de lo que digas me hará cambiar de idea.

—Lamento escuchar eso —contestó con voz baja y apenada el albino—. Creía que, aunque fuera por tu familia, atenderías a razones. Ya te he avisado. No puedo hacer nada más por ti. Conoces el riesgo. Esta vez no tendrán piedad.

—¿Me estás amenazando? —susurró mi padre en un tono que jamás le había oído.

—No, solamente te aviso.

—No, soy yo el que te avisa. Terminaré mi trabajo, cueste lo que cueste. Y si algo le ocurriera a uno de los míos, pagarás con tu cabeza.

Tras estas palabras quedaba todo dicho. Mi padre se iba a volver de un momento a otro, así que salí de mi escondite y me escabullí entre las sombras. Me arreglé un poco antes de entrar en casa y saludar a mi madre como si tal cosa, momentos antes de que lo hiciese mi padre.

Tuve que inventarme una excusa tonta de por qué no había avisado a mi madre, que aguardaba inquieta, y soportar la bronca por desconsiderado.

Por suerte había merecido la pena.

Debía encontrar al albino, ahora más que nunca, y hablar con él. El problema era que parecía ser un fantasma y sólo surgía en los momentos más inesperados. Espié los movimientos de mi padre por si volvía a ponerse en contacto, pero nada. Parecía que hubiese olvidado la entrevista nocturna, regresando a su vida cotidiana.

La complicación se resolvió de manera inesperada y, como casi siempre me sucedía, en domingo, dos semanas después.

Aquel domingo iba a ser especial. Por primera vez Guadalupe y yo teníamos concertada una cita oficial, bajo el auspicio de mis padres y de sus tíos.

La jornada empezó de buena mañana, cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe e irrumpió mi madre como una tromba. Directamente se dirigió a la ventana

y la abrió de par en par, entrando un aire helador. Sin ningún tipo de miramientos, arrancó las mantas en las que inútilmente me envolvía, y salió seguidamente.

No pude permanecer mucho tiempo lamentándome en la cama. De un salto me puse en pie y maldije por lo bajo. En cuestión de segundos la temperatura de la habitación había bajado varios grados. Aquello me pasaba por desatender las repetidas llamadas para que me levantara. Mi madre difería de mi opinión de que, donde mejor se podía estar un domingo a esas horas, era entre las sábanas.

Esa semana había nevado, dejando un manto blanco en el pueblo. El sol de mediodía la fundía y los caminos se convertían en lodazales, donde se te empapaban pantalones y botas. En el trabajo se combatía el frío con la quema de maderas, algo que hasta el mes pasado había sido ineficaz.

El sábado, al despedirnos en la obra, mis compañeros y yo nos hacíamos promesas de no levantarnos de la cama en toda la jornada festiva. Alardeé de ello, a sabiendas de que no sería posible. A lo largo de la semana me las había ingeniado para mandarle un mensaje a Guadalupe, gracias a un camionero que conocía, concertando la cita.

Desde mi convalecencia se habían hecho amigas ella y mi madre, que ya no paraba de sermonearme sobre mi aspecto, mi comportamiento en la mesa y no sé cuántas cosas más. La última de la lista era mi pelo, al decir de mi madre muy largo y descuidado. No me libré del corte, que realizó ella misma con unas tijeras prestadas y con más corazón que estilo.

Me esperaba en la cocina, con el desayuno en la mesa. Posiblemente los nervios por mi cita eran los culpables de que los huevos fritos tuvieran las yemas cuajadas y que el tocino presentara los primeros síntomas de carbonización.

Saludé a mi padre. Miraba con resignación su propio desayuno, que no presentaba mejor aspecto. A su lado tenía los periódicos atrasados. Por la cara que tenía pensé que la noticia principal de la semana versaba sobre el contenido de su plato. Mi madre, entretanto, ignorando las miradas, se afanaba en planchar mi mejor camisa. La pobre prenda también había sufrido durante la semana. Primero lavada con la energía que desarrolla mi madre en las grandes ocasiones y después tendida cerca del hogar para que se secase y estuviera a punto para la gran ocasión.

Aquellos desvelos me hacían sospechar que mi marcha de aquella casa podía ser motivo de celebración. Compungido por aquel pensamiento me senté a dar cuenta del desayuno, antes de que se enfriara del todo.

—Cualquiera diría que es tu madre la que tiene una cita —dijo mi padre para mi sorpresa. Este asomo de humor, por lo inhabitual, me dejó asombrado.

—¡Giuseppe! —le gritó mi madre—, no te creas que no te he oído, mejor harás en terminar de comer y prepararte, que no te voy a esperar.

Él volvió con aire resignado a su periódico. Cuando terminé el desayuno se me ocurrió que podía esperarles tumbado en la cama. No llegué a cruzar el dintel de la puerta de mi habitación. Un grito inhumano lo impidió. Algo me dijo que sería mejor

acatar la orden recibida y me dispuse a lavarme en la pila donde mi madre arrojó una pequeña cantidad de agua hirviendo que, al contacto con la helada que ya contenía, dio lugar a una mezcla con una temperatura ligeramente por encima del punto de congelación.

Rápidamente me restregué todo el cuerpo, siguiendo sus instrucciones. Parecía poseer un sentido especialmente desarrollado para detectar cualquier área de suciedad. En cuanto quedó más o menos satisfecha, me sequé con una toalla, más áspera que las lijas del taller, logrando que mi piel enrojeciera. Aquello al menos consiguió que entrara en calor.

Una vez seco me vestí, insistiendo mi torturadora en ponerme la corbata de mi padre, ante la sonrisa disimulada de éste, que, sin duda, estaría pensando que aquel día se libraría de la prenda. Durante todo el viaje en autobús mi madre no desistió un instante de tratar de domar mi rebelde pelo. Al principio me resistí pero lo dejé finalmente por imposible.

Al entrar en la catedral, mi mirada se cruzó con la de Guadalupe. Me pilló tratando de aflojar el nudo de la corbata, que me impedía coger aire, y sonrió con picardía ante mi aflicción. Se había puesto un traje muy bonito y se me debió notar en la mirada, pues se ruborizó, ganándome una mirada escandalizada por parte de su tía y un codazo por parte de mi madre.

Por fin terminó el oficio. El cura debía haber pasado una semana muy aburrida sin hablar con nadie, pues no mostraba síntomas de cansancio en el púlpito, ni siquiera cuando los feligreses cabeceaban ya sin disimulo. Giuseppe llevaba un rato con la cabeza entre las manos, como reflexionando sobre las palabras del sacerdote, pero yo había visto sus párpados cerrados.

Una vez en la calle, nos acercamos a saludar a la tía de Guadalupe, que me miraba con aire calculador, como calibrando si aquel mozo merecía a su sobrina. Era una mujer impresionante. De la misma altura que Guadalupe, era dos veces más fornida. Aferraba entre sus manazas, cruzadas sobre el elefantino estómago, un bolsón. Tras las presentaciones llamó a un hombrecillo que hablaba con otros feligreses y que acudió con un nervioso trotecillo. La mujer nos lo presentó como su esposo. Yo no supe si darle el pésame, por la mirada encogida que ofrecía el pobre tipo.

Tras una conversación intrascendente, por fin pudimos Guadalupe y yo alejarnos, no sin recibir miradas de aviso por parte de las dos mujeres, ante la indiferencia de sus respectivos maridos.

Bajamos por la calle del Obispo hasta la calle Mayor. Al pasar por delante del juzgado un escalofrío me recorrió la espalda. No se me olvidaba que allí me esperaban con los brazos abiertos. Continuamos caminando hacia la entrada de la ciudad. Había mucha gente deambulando sin rumbo. Con el frío reinante se necesitaban ganas de cotillear y lucirse para no pasear por otro lugar más soleado.

De pronto, mi corazón pegó un brinco al reconocer en un grupo de personas a mi amigo el juez. Acompañado de una señora, hablaba con otro matrimonio mayor, impecablemente trajeado. Al lado del grupo una niñera trataba de contener a dos mocosos malcriados, vestidos como dos hombrecitos con pantalones cortos, mostrando unos muslos enrojecidos por el gélido aire. La pobre mujer intentaba en vano convencer a los niños para que no interrumpiesen la conversación de los adultos. En un momento dado el juez se dio la vuelta y, sin previo aviso, repartió sendos bofetones a las criaturas, dejándoles la cara del color de las piernas. Sin mediar palabra retomó la conversación con el matrimonio. No me cabía duda de que el tema de la misma sería la necesidad de una mano dura en la enseñanza como método idóneo para evitar adultos viciosos y maleantes.

Salimos de la fría calle al sol admirando la Peña Oroel, cuya característica figura se recortaba en el cielo. Caminábamos tranquilos, sin los nervios típicos de las parejas recién formadas. Guadalupe era una muchacha callada y sosegada que me transmitía calma, lo que me permitía disfrutar intensamente del momento.

Llegamos hasta el paseo de Alfonso XIII, lugar elegido por los vecinos de la ciudad para ver y dejarse ver. Guadalupe me preguntaba por el trabajo y la semana. Yo respondía sin mucha atención, alternando miradas subrepticias a su rostro con vistazos desinteresados a los viandantes. Así, caminando, llegamos a las inmediaciones de la terraza donde los más pudientes tomaban el aperitivo.

Se me cortó la respiración. Si antes, al ver al juez, la impresión había sido fuerte, no era nada en comparación con lo que ahora sentía.

—Eduardo, ¿te sucede algo? —me preguntó preocupada Guadalupe.

Poco a poco me recuperé, restando importancia al asunto para no asustarla. En la terraza del café Cuatro Vientos se encontraba, plácidamente sentado junto a otros dos individuos, el albino.

—¿De verdad le encuentras bien? —insistía Guadalupe.

—Tranquila, que no me pasa nada —contesté al cabo de unos segundos—. Mira con disimulo la terraza del bar. La mesa más cercana a los árboles.

Hizo como le había dicho. Enseguida se llevó la mano a la boca, pero se recompuso en un instante.

—Eduardo —dijo en voz baja—, ¿ese hombre es quien creo que es?

—Sí, es el albino. A los otros dos no les conozco. Sentémonos un rato en un banco de éstos, para ver qué hacen.

Nos colocamos orientados al sol, arrebujándonos en los abrigos. Guadalupe cerró los ojos y apoyó la cabeza en mi hombro. No me pasó desapercibido el resquicio de sus párpados, que delataba una mirada furtiva en dirección a la terraza.

Tampoco yo perdía de vista al hombre sentado enfrente. No podía verme, pues estaba de medio perfil, y me daba ligeramente la espalda.

En silencio, atendía a lo que los otros dos hombres hablaban. Uno de ellos, de mediana edad, sentado recto como un palo, sobriamente vestido con un traje negro y

sin sombrero, tenía un pelo oscuro y brillante que le colgaba en una corta melena, tapándole de vez en cuando la aceitunada piel del rostro, hasta que, con un conciso gesto de la mano, recolocaba el cabello en su sitio. No podía engañarme. Aquel tipo era un italiano del sur. Escuchaba con atención lo que el otro hombre le contaba. Éste era más viejo, llevaba un largo abrigo gris, abotonado hasta arriba y cerrado por una gruesa bufanda, de la que sobresalía una barba blanca. Llevaba lentes y un sombrero encasquetado hasta las orejas, invisibles por la solapa del abrigo.

Me dio la impresión de que el eje de la conversación giraba en torno al italiano. El viejo parecía estar dando cuentas, respondiendo a las escasas preguntas que se le hacían, mientras el albino, que en ningún momento intervino, aguardaba expectante.

Finalmente el viejo se levantó y se fue, quedando los otros dos a solas. Por un momento guardaron silencio. El italiano parecía reflexionar sobre lo que se había dicho en la mesa. Al igual que Guadalupe, dispuso el rostro hacía el sol en silencio, mientras el albino seguía esperando.

Por el paseo llegaban los tíos de Guadalupe. Justo los vi de refilón. Aún no nos habían visto. Con un suave codazo, Guadalupe se dio por enterada y enderezó el cuerpo. Cuando estuvieron a nuestra altura, su tía hizo un alto. Su pobre marido paró en seco. La mujer, con aire reprobatorio, evaluaba la escasa distancia que nos separaba a Guadalupe y a mí, a juzgar de ella claramente insuficiente, mientras comentaba algo con su sobrina.

Yo me estaba poniendo nervioso. Aquella mujer hablaba para todo el pueblo e insistía en que les acompañáramos a dar el paseo, mientras su marido me miraba con gesto de conmiseración.

El albino y su compañero deberían estar sordos para no enterarse de lo que estaba pasando. En cualquier momento se volverían para ver qué sucedía, descubriéndome. Por fortuna Guadalupe fue rápida en reaccionar. Comprobado que su tía no se iría, adujo un repentino dolor de cabeza para disculparse y marcharse con ellos. Al alejarse volvió la cabeza y me hizo un guiño.

Me quedé solo. Mentiría si dijera que no me importó, pues para entonces estaba más chiflado por Guadalupe de lo que estaba dispuesto a admitir, pero aquel individuo tenía respuestas para muchas de mis preguntas y estaba decidido a obtenerlas de la forma que fuera.

En la mesa del café el italiano rompió su mutismo. Sin cambiar de postura intercambió unas palabras con su compañero. Después me dio la impresión de que impartía unas órdenes mientras el albino asentía en silencio. Éste, una vez que acabó de escuchar, se levantó y se alejó, dejando al italiano a solas.

Tuve un breve instante de duda, en el que estudié la idea de quedarme con el italiano. Pero me decidí por el albino, así que me levanté y me coloqué unos metros por detrás de éste. Una cabeza más alto que el resto de los viandantes y con el cabello blanco y un largo abrigo negro, destacaba por encima de todos, resultando sencillo seguirle sin aproximarme demasiado.

Nos adentramos en la calle Mayor, paseando sin prisa. Estaba decidido a cortar el paso en cuanto llegáramos a un lugar más discreto. El albino era incluso un poco más alto que yo y su envergadura doblaba la mía, pero mi determinación era sin duda mayor. Aquel tipo tenía que explicarme muchas cosas, algunas de las cuales habían supuesto un grave riesgo para mi vida.

Cuando llegamos a la calle del Carmen bajó por ésta, dobló a la derecha y pasó por delante del seminario. Había menos gente, pero todavía no era el momento. Continuamos calle abajo, yo tratando de no hacer ruido al pisar. El tipo se metió, agachando la cabeza, bajo un arco por el que se accedía a un callejón.

De pronto me di cuenta de que le había perdido. Le había dado más distancia para que no se diera cuenta de que le seguía y, al salir del callejón, me encontré en una especie de plazoleta, abierta a tres callejas. No había nada que me pudiera indicar la dirección tomada por el tipo. Frustrado, empecé a maldecir, mirando alternativamente las tres. Al final me decidí por la de en medio.

Las casas estaban tan juntas que por aquella calleja no podrían pasar más de tres personas a la vez. La callejuela terminaba en una casa. No tenía ni idea de qué hacer.

Admitiendo mi derrota y enfadado conmigo mismo por no haber actuado antes, giré a la derecha, hacia un grupo de árboles, cerca del que pastaban unas ovejas.

—Hola, Eduardo —dijo una voz en italiano a mis espaldas—, veo que no tienes demasiada experiencia en seguir a la gente. ¿Me buscabas?

Me giré en redondo. El albino se encontraba a mi espalda, con una mirada irónica en el rostro. En una mano sostenía una pipa de madera, de la que empezó a chupar despreocupadamente. Su indiferencia me desarmó. Un momento antes estaba dispuesto a saltarle al cuello para sacarle a la fuerza una confesión y ahora él era quien tomaba la iniciativa con una alarmante y fría calma.

—¿Te has quedado sin voz? —preguntó sacándose la pipa de la boca—, creía que me perseguías por algo en especial.

—Y así es —logré responder a la vez que trataba de recomponerme—. Tengo que hacerle unas preguntas que me gustaría que respondiera.

Esperaba haberle dado un tono enérgico a mis palabras.

—Adelante, pues —me animó sin dejarse impresionar—. Pero, si te parece, podíamos sentarnos en aquel murete, donde estaremos más cómodos.

No sabía por dónde empezar. Ante mí, y disfrutando plácidamente de la pipa, el albino me miraba con sus inquietantes ojos. No parecía mostrarse preocupado por la situación, es más, se diría que disfrutaba.

A pesar de haberle visto en varias ocasiones, hasta ahora no había podido examinar tan de cerca aquel extraño rostro. De cabeza alargada, los cabellos largos le caían por ambos costados, partidos por una raya central. La frente, despejada, mostraba dos largas cejas blancas en forma de «V» invertida, que otorgaba al conjunto un efecto de determinación. A la vez, enmarcaban unos ojos ligeramente protuberantes, con pestañas blancas también, que transmitían una sensación de

intenso frío. La nariz, fina, los separaba y debajo, oculta por una cerrada barba lechosa, de fuertes cerdas pulcramente recortadas, se adivinaban unos labios extremadamente delgados.

Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Parecían ser de un gris muy claro. Pero no era así exactamente. De cerca, se veían de color rosáceo. Daba la impresión de que según el ángulo variaban la tonalidad. Esto no lograba sino aumentar la impresión de salvaje peligrosidad que emanaba. Estudié, inquieto, aquel rostro inmune a las emociones que me sostenía la mirada con una sonrisa apenas esbozada.

—¿Quién es usted? —pregunté después de un largo rato.

—Eso es una pregunta difícil y muy larga de contestar —repuso tranquilamente—, pero imagino que te referirás a quién soy para ti.

No era la contestación que esperaba, pero pronto me di cuenta de que debería aceptar su forma de hablar para poder enterarme de algo. Así, me limité a asentir con la cabeza, esperando que continuara.

—Soy tu tío.

Aquella respuesta me pilló desprevenido. Estaba claro que no era la que yo esperaba y todo empezó a darme vueltas. El albino parecía no querer percatarse del estado de agitación en que me había sumido y aguardaba a que fuera yo quien continuara.

—¿Qué quiere decir con eso de que es mi tío?

—Lo que oyes —respondió—. Me llamo Paolo Convalli y soy el primo de tu madre, Virginia. En realidad soy un tío lejano, pero pariente al fin y al cabo.

—Nunca he oído hablar de usted —contesté, esperando que se retractara.

—No me cabe duda —repuso, haciendo movimientos con la mano con la que sujetaba la pipa—, hay muchas cosas de tu familia que no sabes. Entiendo que nunca te hayan hablado de mí. De unos años a esta parte no soy muy bien visto por tus padres.

—¿Sabe usted más cosas de mi familia que yo, acaso? —pregunté con sarcasmo.

—Es posible. Si tienes un rato libre, podría contarte algunas.

Asentí con la cabeza y me acomodé, dispuesto a no levantarme hasta aclarar aquello. Fue una conversación más larga de lo que me imaginara en un principio y he de confesar que aquella tarde cambió mucho mi concepto de la vida y las verdades que daba por sentadas.

Me reveló en primer lugar quién era él y qué parentesco nos unía: mi madre y él, dijo, eran primos. Ambos tenían cincuenta años de edad, siendo el albino un mes mayor.

Los padres de ambos habían sido gemelos y habían nacido en los Alpes italianos. Muy unidos durante toda su vida, Luigi, el padre del albino, había marchado una temporada a trabajar al otro lado de las montañas, en Suiza. Allí conoció a una chica con la que se casó. Tuvieron tres niñas y un chico, Paolo. Pocos años más tarde

volvieron a Italia, reuniéndose con el hermano gemelo y su familia. Junto a otros parientes, se instalaron en la ciudad de Carrara, donde yo había nacido.

Continuó hablando largo rato de mi familia materna, de mi tierra, de mis hermanos y de mí, recordando cosas de mi propia infancia que yo casi había olvidado.

Capítulo IX

Finales de mayo de 1923

—Puede que te cueste creerlo —continuó el albino—, pero tu madre y yo estuvimos prometidos durante mucho tiempo.

Debí de poner cara de asombro ya que se echó a reír.

—No te extrañe. Nuestra familia pertenece al clan de los *cagots* y entre nosotros estos matrimonios no son extraños.

Al parecer los *cagots* eran parias de un pueblo desconocido. En tiempos pasados, se les consideraba malditos y debían vivir alejados del resto de la población. Se les acusaba de abrasar la tierra que pisaban descalzos. En las iglesias tenían que entrar por puertas distintas de los demás feligreses y permanecer separados de éstos. Incluso se veían en la obligación de enterrar a sus muertos en cementerios distintos. Se ganaban la vida con trabajos despreciados por los ciudadanos de bien, siendo unos magníficos artesanos, que dominaban campos como la piedra y sobre todo la madera. Para diferenciarlos les obligaban a llevar cosida una pata de oca, de paño rojo, en un hombro. Tratar con ellos estaba totalmente prohibido.

Originarios de los pueblos nórdicos, tenían la piel clara y colorada, ojos azules o grises y pelo rubio claro. Solían ser de elevada estatura y complejión fuerte.

A pesar de que los tiempos habían cambiado, aún eran mirados con recelo y no gozaban de muchas posibilidades para buscar pareja, si no era dentro del clan, teniendo lazos de sangre prácticamente todos ellos.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué a tu madre le faltan los lóbulos de las orejas? Si te fijas, a mí también. Esto es algo común en nuestra raza.

Pero el motivo por el que eran repudiados era su piel. Se les acusaba, desde que llegaran, de propagar por Europa la lepra. Temida como enfermedad sumamente contagiosa, entraba dentro de ella cualquier otra dolencia como la soriasis, que, siendo frecuente y hereditaria, alarmaba a la población.

—No creo que hayas visto muchas veces los brazos descubiertos de tu madre ¿verdad?

Tuve que darle la razón. Incluso en los días más calurosos del año, mi madre vestía blusas largas, que jamás se arremangaba como el resto de las mujeres. Y yo sabía que lo hacía para que no se vieran las amplias zonas de piel rojiza, perennemente escamadas. Para ella suponían un suplicio al que no se podía acostumbrar a pesar de haber nacido con ellas.

—Yo también tengo una marca, como te habrás dado cuenta —señaló Paolo—. Desde que nací tengo esta parte del cuello de color encarnado. Tuve que esperar muchos años, hasta que comenzó a salirme la barba, para poder disimularla.

—Me estaba hablando de mi madre.

—Claro, perdona que me haya ido por las ramas.

Continuó contándome que durante quince años crecieron en la ciudad canterana de Carrara, junto con sus hermanas y primos, hasta que un día llegó un nuevo chaval al barrio donde residían.

Este chaval, fuerte y moreno, pronto destacó entre los pálidos aldeanos, convirtiéndose en compañero de juegos y correrías del albino.

—Aún no me explico —dijo con humor Paolo— qué vio mi prima en aquel huraño chaval, al que había que sacarle las palabras a la fuerza; pero el caso es que lo prefirió a mí. Me quedé sin novia. Se veía a las claras que eran el uno para el otro.

Ahora entendía, pensé para mí, el motivo de la enemistad que el albino mantenía con mi padre. Debí hacer un gesto que delataba mis pensamientos ya que Paolo se apresuró a puntualizar:

—No pienses que aquello fue lo que acabó con nuestra amistad. Al contrario, la fortaleció. Mi compromiso con tu madre fue acordado por nuestros padres, prácticamente desde que nacimos. Pero, aunque quería muchísimo a Virginia, no estaba enamorado de ella. En realidad no recuerdo haber estado enamorado de nadie. Desde muy joven quise dedicarme a estudiar. No quería casarme, ni tener hijos, ni trabajar en la cantera. Quería salir de allí y aprender en las escuelas de Florencia. Así que aquel amor de tus padres me vino como anillo al dedo. Se prometieron y a mí me dejaron libertad para estudiar en la facultad de Teología.

—No he entendido bien —corté la explicación— eso de que mi padre llegó de pronto un buen día. ¿Dónde estaban sus padres, mis abuelos?

El albino se removió incómodo, suspirando por lo bajo. Durante un momento se quedó mirando las nubes que pasaban por encima de nuestras cabezas.

—Esta parte de la historia —dijo Paolo— no debería ser yo quien te la contara. Tu padre no nació en Carrara como siempre has creído, sino en Cosenza, al sur de Italia. Era hijo de un terrateniente, heredero único de una fortuna basada en los olivares. Tu abuelo, don Francesco, vivió muchos años a la vera de su padre, un implacable hombre de negocios que levantó su hacienda de la única forma que se podía hacer en unas tierras áridas que no regalaban nada. Como casi todos los hijos de padres autoritarios e inclementes, no logró estar a la altura de éste, siendo sobreprotegido por su madre. Cuando su decepcionado padre murió y heredó las tierras, se limitó a conservar la hacienda.

»Calabrés, desconocedor de la vida, se enamoró perdidamente de una joven, hija de unos jornaleros suyos. La joven estaba ya prometida a sus quince años; pero, como podrás comprender, nada se opone a los deseos del señor de las tierras, del que comen todos. Así que se casaron. Tu abuelo comenzó a ser un hombre más mundano y a interesarse más por el rendimiento de sus olivos. Tu abuela quedó encinta rápidamente. Todos parecían ser felices, pero la dicha en la casa del pobre dura poco. Francesco no era pobre pero sí un desdichado. María tuvo un niño que nació muerto. Los médicos le aconsejaron que no volviera a quedar preñada pero rechazó el consejo

e insistió en quedarse embarazada nuevamente para dar a su marido un heredero, pese a que éste no quería correr el riesgo, enamorado como estaba de ella. El caso es que volvió a quedar encinta y lo ocultó a todos hasta que ya fue tarde. Cuando se cumplió el tiempo nació Giuseppe. Tu abuela murió en el parto y Francesco se hundió ante la pérdida de su amada.

—Durante años, tu padre fue cuidado por Constanza, hermana de María, tu abuela muerta, ante la indiferencia de Francesco, que deambulaba por sus propiedades como alma en pena. No tardó en caer en la bebida y de ser objeto de las represalias de aquéllos a los que su padre había explotado. Fue perdiendo su fortuna y con ella la dignidad. Un día Constanza le pidió permiso para llevarse unos días a Giuseppe a casa de sus familiares, en el norte, y éste se lo permitió sin mostrar más interés por su hijo del que había mostrado desde que naciera. Así fue como tu padre apareció en Carrara, rompiendo los vínculos que le unían al sur del país y sin volver a ver a su padre, ni siquiera cuando murió, no hace demasiado.

—¿Cómo que no hace demasiado? —interrumpí extrañado—, mi abuelo murió antes de nacer yo.

—¿Eso es lo que te han contado tus padres? —preguntó Paolo—. Pues no es cierto. Murió hace un par de años, con el hígado destrozado, arruinado y sin nadie cerca. Fue enterrado por familiares míos, ante la indiferencia de Giuseppe, que devolvía de esta manera a su progenitor el cruel trato sufrido.

Me quedé sobrecogido por esta historia. Carecía de pruebas que la confirmaran pero, viendo el rostro de Paolo, no había lugar para la duda.

Retomó la historia con los años de juventud, cuando ambos amigos fueron a Florencia a estudiar: el albino teología y mi padre arquitectura, a la que se había aficionado en su trato con los maestros canteros. El clan se hizo cargo de sus estudios. Mi padre demostró ser un buen estudiante, logrando licenciarse con buenas notas, algo que me dejó aún más asombrado pues ignoraba que mi padre fuera arquitecto. Siempre lo había tenido como un buen artesano, jefe de obras, a lo sumo encargado. Así lo hice saber.

—No, no. Tu padre es un gran arquitecto y ha levantado grandes obras y eso tú lo has conocido, otra cosa es que fueras consciente de ello. Fueron unos buenos años —añadió, con aire nostálgico—, estudiamos, nos divertimos, flirteamos con las chicas. No pongas esa cara, a tu padre le han gustado las mujeres como al que más. Que estuviera enamorado de tu madre no suponía un obstáculo para que mirara a otras chicas, igual que haces tú.

Terminaron de estudiar en Florencia y mi padre regresó a Carrara, donde comenzó a trabajar. Mientras, Paolo volvió a marcharse, esta vez solo, para estudiar en la Sorbona. Allí amplió sus estudios de teología.

Un verano, durante las vacaciones, un tío suyo les apadrinó a él y a mi padre para su ingreso en una Orden secreta que cambió sus vidas. Para Paolo fue trascendental,

ya que los conocimientos que fue adquiriendo entre los freires hicieron tambalear su fe en la Iglesia católica y abandonó los estudios de teología.

—Volví a Carrara, donde ejercí de profesor durante un tiempo. Pero las dudas me corroían, así que abandoné la escuela y me dediqué por completo a la Orden. Necesitaba saber la verdad, ¿entiendes?

Yo negué con la cabeza.

—Durante años había estudiado teología y de pronto me decían que todo era una farsa. Tenía que descubrir quién decía la verdad. ¿Era la Iglesia que creía conocer una impostora? ¿O la Orden en la que me había iniciado mentía? Tu padre, en cambio, no tuvo esos problemas y se contentó con ser un buen soldado al servicio de la Orden.

—Mi padre abandonó esa Orden de la que me está hablando por lo sucedido con mi hermano Amadeo, ¿no es cierto? —pregunté recordando la conversación escuchada a hurtadillas.

—Así es. No te creas que me sorprendes. Vi cómo nos espiabas, cuando discutí con Giuseppe. Tienes suerte de que la furia que le embargaba y la pérdida de entrenamiento no le dejaran descubrirte. Unos años atrás te hubiese sacado de tu escondite y te hubiera dado una lección. No le subestimes. El Giuseppe malhumorado que conoces es un pálido reflejo de lo que fue.

»Tu padre quería muchísimo a tu hermano Amadeo, al igual que a ti, aunque no lo demuestre —continuó—. Así como Armando es más parecido a Virginia y tú no se sabe a quién, Amadeo era un gemelo de Giuseppe. Físicamente iguales, aunque tenía el carácter más suave, como tu madre. Había heredado el talento de Giuseppe para el dibujo y para visualizar en su mente la complejidad de una gran obra. Estaba destinado a superarle. Tu orgulloso padre no podía evitar que se le notara su predilección y esto fue lo que motivó el enfado de Armando, que huyó de casa, como imagino sabrás.

—Si mi padre cambió tanto, ¿fue solamente por la muerte de Amadeo? —pregunté, tratando de recordar a mi padre con un carácter menos huraño.

—Sí, así es —contestó convencido Paolo—. Su muerte le destrozó. Además, se sentía culpable por haber sido él quien apadrinara a Amadeo en el ingreso de éste en la Orden. El día en que falleció, tu padre se transformó. Un antiguo poeta romano llamado Publio Siro, dijo una vez: «Los hombres mueren tantas veces, como pierden a cada uno de los suyos». Eso es lo que le ocurrió a José. Cuando se enteró de la verdad de lo sucedido se enfrentó a la Orden violentamente, buscando a los responsables; pero no pudo culminar su venganza y no le dieron más opción que desterrarse si no quería perder la vida. Amargado, abandonó y olvidó los votos perpetuos que había jurado guardar.

Paolo parecía lamentar algo, aunque no podría afirmar si se trataba de la muerte de mi hermano o de la pérdida de su compañero de armas.

Interrumpimos momentáneamente la conversación al pasar al lado una carreta de bueyes que tiraban cansinamente de un carro lleno de paja. El labriego saludó

brevemente, contestándole nosotros según las normas de educación, pero ninguno de los tres pusimos demasiada atención. Esperé a que se alejara lo suficiente para comentar:

—Se diría que alguna maldición persigue a mi familia. Si lo que dice es cierto, parece que no tengo muchas probabilidades de llegar a viejo.

—Ya has estado a punto en una ocasión —reconoció Paolo.

—Se equivoca —le corregí—. Han sido dos ocasiones por ahora, que yo sepa, en las que he estado cerca.

—¿Dos? ¿Aquí? Estoy al tanto del episodio de los lobos, pero no tengo conocimiento de ningún otro incidente.

—Ya lo creo que tiene conocimiento —exclamé indignado, poniéndome en pie de un brinco— y seguro que tuvo parte. ¿Recuerda cierto domingo de finales de agosto, en que usted entró en una taberna de Jaca? Allí, un individuo que dijo llamarse Sánchez nos contrató para hacer un trabajo en su casa de campo, a dos compañeros albañiles y a mí.

»Cuando cerramos el trato y el tal Sánchez salía de la taberna —continué— le vi a usted en la barra. Aunque me llamó la atención, no tardé en olvidarlo, ya que nos habían dado bastante dinero y queríamos celebrarlo.

Seguí contándole cómo fui al lugar donde habíamos quedado y que me impidieron acompañarles y cómo, enfadado por el trato, les había seguido con intención de enfrentarme a nuestro patrón.

Mantuvo el rostro inmutable mientras le iba relatando lo que había podido observar desde los árboles y sólo se alteró ligeramente al llegar a la parte en la que fui testigo de los asesinatos de mis dos compañeros.

—Eduardo —me dijo muy serio—. ¿Has contado todo esto a alguien?

—No —mentí para proteger a Guadalupe—. Pensé en ir a las autoridades pero ya había tenido unos problemas con el juez. No supe a quién contárselo, así que me callé.

—Y así deberás seguir haciendo —afirmó en un tono que no admitía objeciones—. Si esto llegara a ciertos oídos, sí que tendrías problemas. Debes olvidar todo lo que sucedió. Lo pasado, pasado está y no tiene vuelta atrás.

—Pero ¿por qué los mataron? —exclamé—. ¿Y por qué a mí no me dejaron ir?

—A tu primera pregunta sólo puedo responder con una conjetura. Esos pobres hombres vieron algo que fue su perdición. Tal y como me lo cuentas, pienso que estaban condenados desde el momento en que aceptasteis el trabajo. Respecto a la segunda de tus preguntas, te diré que, como has adivinado, mi mano estuvo detrás. Verás, aquel domingo me encontraba en Jaca y te vi pasar hasta que te metiste en aquella taberna. Quise verte más de cerca y observar cómo te desenvolvías, así que yo también entré. Cuando estaba en la barra, llegó ese hombre, que, como habrás sospechado, no se llamaba Sánchez, ni era de por aquí, ni poseía una casa de campo.

Paolo también ignoraba quién era aquel hombre, pero se había percatado de que uno de los tipos que acompañaba a Sánchez, y que se había quedado al lado de la puerta de la entrada, pertenecía a una de las células de su propia organización. Se extrañó, ya que aquel individuo estaba fuera de su zona, y aguardó acontecimientos. Cuando se marcharon Paolo les siguió hasta las afueras de Jaca, donde contactaron con dos individuos que se encontraban al lado de un camión. Hablaron un momento y enseguida se marcharon en un coche. Paolo conocía a los dos tipos de la camioneta. Con uno de ellos tenía cierta confianza y habló con él. Se enteró de que habían ido a buscar un par de albañiles para hacer un pequeño trabajo y de que les estaban esperando.

El albino se quedó intranquilo. Aquella unidad no dependía de él, ni de su jefe, lo cual no era una buena señal. Eso implicaba que se quería mantener al margen de la operación a sus propios hombres. Suponía una increíble coincidencia que aquella unidad tan reducida iniciara una operación, justamente en el mismo lugar en el que estaba desplegada la del albino. No se atrevió a preguntar nada más, para no levantar sospechas, pero intuyó que aquel trabajo resultaría peligroso para los que participaran en él sin pertenecer a la Orden. Logró convencer a aquellos tipos para que, cuando llegáramos, no me admitieran, al fin y al cabo sólo necesitaban dos albañiles y según les dijo, a mí me tenían vigilado.

Así que, una vez más, debía mi integridad a aquel extraño individuo que afirmaba ser pariente mío. Continué contándole cómo los dos infortunados fueron engañados para beber y fumar algo que les dejaba atontados, para terminar con un vino al que añadieron algo para dejarlos inconscientes.

—Hachís —aseveró sin titubear.

—¿Cómo dice? —pregunté, ya que no le había entendido.

—Digo —repitió— que era hachís lo que les dieron para fumar. ¿Sabes qué es?

Evoqué la conversación mantenida con el profesor Martín durante mi convalecencia. Recordé aquella extraña secta de fumadores de hachís que lo utilizaban para perpetrar sus crímenes, de la que me había hablado.

—El hachís —me explicó— es una pasta formada por las secreciones resinosas que se obtienen de las flores de una planta, la *Cannabis sativa*. Esta planta es originaria de Oriente, pero ahora está diseminada por todo el mundo.

Quedé absorto con la historia que me contó de su recolección y usos: los recolectores de esta resina se enfundaban unos delantales de cuero que les cubría el cuerpo y se paseaban por entre las altas plantas, rozándose con ellas, hasta quedar totalmente impregnados por el polen. Después utilizaban una espátula para raspar el cuero, extrayendo la goma, que prensaban formando unos panes muy aromáticos.

—Se fuma, mezclado con tabaco o en un narguile, que es una pipa de agua. También se puede tomar con una cucharilla, ligado con mantequilla, miel y algo de opio.

Los efectos que produce son los mismos que había detectado en mis compañeros: risas, alteración del humor, visiones, desinhibición, laxitud y somnolencia al mezclarse con alcohol.

—Les harían fumar para atontarlos y evitar que dieran problemas después —dijo Paolo—. De esta manera se mostrarían más sumisos.

—Tengo entendido —quise demostrar que también yo poseía ciertos conocimientos— que esa sustancia era utilizada por una secta árabe. Su jefe les hacía tomarla para luego asesinar a quien él les ordenaba. Precisamente de ahí proviene la palabra asesino, de los *hassassini*, los fumadores de hachís.

—¿Dónde has oído tú eso? —preguntó enarcando las cejas y con una sonrisa en la boca.

—Me lo contó un profesor de Historia —contesté algo fastidiado por su gesto de indulgencia.

Ante su insistencia le conté todo lo que recordaba de mi conversación con el profesor. Lo del persa aquel que conquistó la fortaleza de Alamut, donde creó un formidable ejército de fieles. Que los embriagaba con la droga prometiéndoles el paraíso si morían con honor. La existencia del palacio secreto donde el adepto creía estar soñando con el paraíso, las bacanales de las que disfrutaba antes de mandarlo a morir por una causa desconocida. La tiranía y locura de un hombre que se consideraba por encima de todos y que creía poseer el derecho sobre la vida o la muerte de los demás...

Paolo guardaba silencio y tan sólo en algún pasaje de mi relato movía la cabeza; unas veces, las menos, para asentir y otras para negar.

—¡Fascinante! —exclamó fingiendo asombro cuando terminé mi relato—. Me encantaría conocer a ese profesor tuyo. Lamentablemente, amigo mío, tengo que desilusionarte pero tu cautivadora leyenda es tan falsa como una moneda de madera. La historia no fue así.

»Ciertamente existió una secta de terribles individuos llamados *Asasiyun*. No *hassassini*, que deriva de *haxixiyun*, como tú dices. La diferencia, como verás, es abismal. Los *Asasiyun* fueron bautizados con ese nombre por su fundador: *Hasan-as-Sabbah*, hombre brillante, de vasta cultura, conocido como el Viejo de la Montaña. No quiero aburrirte pero créeme si te digo que no era un tirano loco sediento de poder, sino un culto y carismático líder espiritual y político. Luchó contra la ocupación de los turcos de Persia, su patria. Se dio cuenta de que estaba solo en su lucha y decidió tomar posesión de una fortaleza desde la que dirigir la reconquista. Puso sus ojos en Alamut, que significa el “nido del águila”, un gigantesco peñasco de afilados precipicios y seis mil pies de altura con la cima plana. Se trataba de una fortaleza inexpugnable. Infiltró a sus *fedaiyines* poco a poco en la ciudad, como si fuesen peregrinos, captando adeptos, hasta que llegó el momento de entrar él.

»No le hizo falta, como dices, matar al gobernador. Cuando subió al palacio anunció al gobernador que la ciudad era suya y que debía marcharse de inmediato.

Éste fue lo suficientemente inteligente para hacer caso y largarse. Así fue su conquista de Alamut. Sin lucha ni muertes. ¿Quizá me estoy extendiendo en mi relato?

Asentí con la cabeza. Ciertamente la historia resultaba atrayente, pero ahora tenía más interés en otras cuestiones. Paolo, sin inmutarse, continuó la narración.

—Bueno, el caso es que este hombre llamó a sus adeptos *Asasiyun*, que quiere decir «los que son fieles a Asás», el fundamento de su fe. Los musulmanes y los turcos contrarios a Hasan, para desacreditarle, tergiversaron intencionadamente la palabra, convirtiéndola en *haxixiyun*, los fumadores de *haxix*, y los cruzados la interpretaron como *hassassini*, de donde proviene asesino.

—¿Entonces no es verdad que se drogaban para cometer los asesinatos?

—No es cierto. ¡Naturalmente, conocían los efectos del hachís! De ellos aprendimos nosotros a utilizarlo, pero su uso no era el que dices. Para ellos fumar hachís era tan normal como para nosotros beber vino, algo que, como sabrás, tienen terminantemente prohibido por su libro sagrado. Puede ser que en algunos casos el asesino lo utilizara para infundirse valor, pero no era generalizado ¿y sabes por qué? Porque no lo necesitaban. Su fanatismo era tan extremo que la muerte era deseada. Es más, su propio líder les pedía que, una vez cometieran el asesinato, se dejaran atrapar, con lo que aquello conllevaba: una muerte segura entre terribles suplicios.

—No lo entiendo. ¿Qué ganaba dejando morir a sus hombres?

—En palabras del propio Hasan te contestaré: «Somos ejecutores y no asesinos, debemos matar en público. Así, los otros tomarán ejemplo. Matando a uno, aterrorizamos a cien mil. Pero hay más. Debemos saber morir. De esta forma nos admirarán nuestros amigos y nuestros enemigos. Los unos se unirán y los otros nos temerán. Sabed que es más importante morir que matar. Matamos para defendernos y morimos para convertir. Y ésta es la meta».

—No creo que solamente por la fe consiguiera tantos adeptos dispuestos a morir —dije escéptico.

—La fe mueve montañas, Eduardo. No hay droga más poderosa que la que se encuentra en la propia mente. Un drogadicto quizá llegue a vacilar, pero no un fanático. Fíjate en una cosa. Las víctimas de la secta eran a menudo hombres de elevada posición que no viajaban a ningún sitio sin una poderosa escolta de sus más Fieles. Los *Asasiyun*, para poder acceder a su víctima, debían soslayar a estos guardaespaldas y te aseguro que no era tarea fácil. A menudo debían infiltrarse durante largos períodos entre sus hombres antes de poder estar lo suficientemente cerca para cometer el asesinato. Es del todo imposible permanecer durante tanto tiempo drogado sin que los hombres de escolta se dieran cuenta.

»Imagínate a un esbirro que se infiltra entre la guardia personal de alguien y un buen día, tras semanas, incluso meses, ganándose la confianza del resto, cuando la víctima se encuentra en un lugar lleno de gente, se acerca, saca un puñal y a la vista de todos lo clava en el cuerpo del condenado. Después abandona el arma, se

encomienda a Alá y a su maestro, dejándose descuartizar sin pronunciar ni un grito ni una queja. Los enemigos de Alamut temblarían y Hasan dispondría de más conversos dispuestos a dejarlo todo por él.

El albino guardó silencio, ensimismado en sus pensamientos. Quizá trataba, como yo, de imaginarse la escena.

—No es cierta la imagen de salvajes incivilizados que pintas —rompió el silencio, pillándome desprevenido—. No cultivaron la pintura ni la escultura, porque su fe no lo permite. Pero fueron cultos. Hasan y sus descendientes poseyeron una de las bibliotecas más importantes de aquellos tiempos. Lamentablemente sólo se conservan unos pocos rollos. Cuando los mongoles tomaron Alamut, Hulagu, el nieto del temido Gengis Kan, prendió fuego a la biblioteca.

Algo me decía que la versión del albino se acercaba más a la realidad que la del profesor Martín.

Paolo se levantó y, arreglándose la ropa, dio por terminada la clase.

—He de dejarte, Eduardo. Tengo unas cosas que hacer. Tendremos que dejar las explicaciones para otro día, pero no te preocupes. Yo te buscaré y continuaremos esta charla.

Con un golpecito en el hombro se despidió, dejándome en ascuas. Mientras retomaba el camino hacia el autobús, trataba de convencerme de que aquel extraño personaje cumpliría su palabra.

La semana siguiente resultó atípicamente alegre. Federico, uno de los carpinteros que trabajaba con nosotros, tuvo una niña. En la obra, quizá porque tantos morían, los nacimientos eran celebrados por todo lo alto. Los trabajadores recaudábamos algún dinero para que los padres costearan los gastos de la nueva criatura y los jefes concedieron un día de fiesta al padre, junto con unas botellas de vino y algún manjar, por lo normal fuera de nuestro poder adquisitivo.

Cristina, que fue como llamaron a la pequeña, me pareció una niña muy guapa para lo que solían ser los recién nacidos. Tenía el pelito rubio y se chupaba el dedito gordo mientras dormía.

Guadalupe, con la que había ido a visitarles, la cogió en brazos encantada. Con una sonrisa bobalicona le hacía carantoñas a la cría. Me dio la impresión de que me lanzaba un par de miradas significativas que, por si acaso, ignoré.

Cuando dejamos la casa, atestada de visitas, nos encaminamos a la taberna del pueblo, donde, frente a sendas tazas de café, nos sentamos a una mesa.

—¿Te contó ese tío tuyo qué les echaron aquellos individuos en el vino a tus compañeros?

Guadalupe cuchicheaba innecesariamente, pues estábamos en una esquina y el resto de los bulliciosos parroquianos atendían a una reñida partida de guiñote, juego de cartas muy popular por aquellas tierras. Parecía haberse olvidado de la criatura que

sujetara entre sus brazos momentos antes, concentrándose de nuevo en la historia de mi entrevista con el albino.

—Sí. No estaba seguro, pero dijo que podía tratarse de una decocción opiácea. Parece ser que su Orden aprendió el uso del opio de Saladino, un sultán de Egipto que lo utilizaba como analgésico para atender a los heridos de ambos bandos. ¿Te acuerdas de aquel médico que se llamaba Avicena y del que nos habló el profesor Martín?

Yo sabía que se trataba de las cápsulas de la *Papaver somniferum*, amapola corriente por aquellas latitudes, aunque su calidad no era muy buena. En alguna ocasión había podido ver una vaca bajo sus efectos tras masticala.

Me acordé del malogrado Nicolás. Me había mostrado en una ocasión cómo se recogía. En las cápsulas de las plantas había hecho unas pequeñas incisiones con una navaja. De los cortes, exudó una especie de resina blanca, que Nicolás recogió con el borde de la navaja. La resina se volvía marrón con el aire. Cuando ya tuvo una poca acumulada, la amasó y se la llevó a casa, donde la cocería.

—¿Y buscaban en ese monasterio un arcón, me dijiste? —preguntó Guadalupe.

—Sí, un arcón de madera viejísimo —contesté—. En cuanto lo sacaron se lo llevaron el tal Sánchez y el cura.

—¿Por qué se empleó tu padre como maestro de obras si es tan buen arquitecto?

Guadalupe me rompía de nuevo los esquemas saltando de un tema a otro. Convencido de que me interrogaría sobre el contenido del misterioso arcón, tardé un poco en situarme:

—Parece ser que, cuando empezó a trabajar de arquitecto, recibía encargos de compañeros de la Orden y de instituciones públicas que éstos dirigían. Luego lo fueron llamando de otros sitios. Pero cuando se enteró de la muerte de mi hermano, cargó contra la Orden, incluido Paolo, su mejor amigo y compañero de armas. Claro, se defendieron y no le quedó más remedio que escapar.

Pensé en lo que me había dicho Paolo acerca de la imposibilidad de los freires de abandonar la Orden a su conveniencia. Había utilizado una cita de Dante: «Ah, los que entréis, abandonad toda esperanza».

—¿Cuál es esa Orden a la que se refiere tu tío? ¿Una especie de hermandad criminal?

Hice memoria sobre lo que me había contado el albino.

—La misma de la que nos habló el profesor —le respondí repitiendo las palabras de Paolo—. La Orden de los Caballeros del Templo del rey Salomón, que nació en 1120, a instancias de Hugo de Payens que, junto con otros ocho caballeros, decidió formar una milicia religiosa para la protección de los peregrinos en Tierra Santa y la lucha contra los árabes por la conquista de esas tierras. Esto es lo que dice la historia, desde luego. La realidad es más compleja.

»Parece ser que los árabes no tardaron en querer anexionarse Jerusalén. Según el Corán habría dos clases de tierras: la del Islam, que ellos llamaban, *dar al-Islam*, y la

de guerra, *dar al-harb*. Esta última debía ser conquistada por las armas si era necesario y a ella pertenecía Jerusalén.

»Los musulmanes más ortodoxos consideran la guerra santa, la *jihad*, como el sexto pilar sobre el que se sustenta su tradición. Para ellos es obligación convertir a los infieles o eliminarlos.

En los cien años siguientes a la muerte del profeta Mahoma, los musulmanes se extendieron como el agua, formando un imperio que abarcaba gran parte de Asia, el norte de África, la península Ibérica y una porción de Francia. Jerusalén cayó enseguida. Permitieron a las «gentes del Libro» mantener su religión y sus templos pero no levantar otros nuevos. Llamaban «gentes del Libro» a los judíos y cristianos, ya que compartían con ellos unos principios básicos religiosos.

A los habitantes de Tierra Santa no les importó demasiado este cambio. Por un lado los anteriores gobernantes les cobraban más impuestos que los árabes por ser infieles, y por otro seguían conservando su culto. Esta situación se mantuvo con altibajos en que los cristianos y judíos eran perseguidos, durante cuatro siglos; hasta la llegada de los turcos a Palestina.

Con éstos el camino de peregrinación quedó cerrado, hasta que el papa Urbano II llamó a la Cristiandad a recuperar el Santo Sepulcro y proteger a los peregrinos. Así nacería la primera Cruzada, destinada a tomar Tierra Santa, la que daría pie a la creación de la Orden del Temple.

Cuando cayó Jerusalén, asediada por los ejércitos occidentales, éstos se vengaron de sus bajas pasando a cuchillo a toda la población, fuera cristiana, musulmana o judía.

—Se cuenta —proseguí citando a Paolo— que antes de entrar los cruzados en la ciudad, preguntaron al prelado del Papa cómo distinguirían a los fieles de los infieles. Éste contestó: «Matadlos a todos. Dios sabrá distinguir a los suyos».

»Una vez abierto el paso comenzaron a llegar los primeros peregrinos. Desde los puertos de Pisa, Venecia, Bari, Tarento y otros muchos, llegaban a Jaffa las naves. El camino desde el puerto a Jerusalén resultaba muy peligroso: salteadores y asesinos aguardaban a los incautos. Los libertadores habían partido una vez tomada la ciudad, unos en dirección norte para continuar la conquista y, por qué no decirlo, el pillaje, y otros, presos de la nostalgia porque sólo buscaban la liberación de los Santos Lugares, regresaron con sus hombres a casa, dejando la ciudad en precario.

—Tranquilo, Eduardo —me había dicho el albino, divertido ante mi cara de aburrimiento—, todo esto tiene relación con lo que está pasando. Pronto lo verás. Como te iba diciendo, en aquellos turbulentos días un desconocido personaje se presentó en las tierras del conde de la Champagne, pretendiendo entrevistarse con el señor de aquellas propiedades. Tanto insistió que fue recibido por aquél. No se sabe lo que hablaron, pero el de Champagne, que hasta entonces no había mostrado interés

alguno en Ultramar, decidió repentinamente peregrinar hasta allí, rodeado de otros nobles menores, entre ellos Hugo de Payens.

Un año más tarde regresaron a Francia, con la extraña decisión de arreglar sus asuntos y volver, esta vez para quedarse, a Palestina. Ambos estaban casados y con hijos; no obstante, decidieron dejarlo todo atrás y enfrentarse a unas tierras desconocidas. Pero el conde de Champagne no se adaptó al estilo de vida y se impacientó al no encontrar lo que buscaban, así que decidió regresar a sus tierras, dejando a Hugo al frente de la búsqueda.

—Como te he contado antes —había dicho poniéndose en pie para estirar las piernas—, Jerusalén necesitaba una defensa estable para los peregrinos. Por así decir, una policía. Ahí demostró su buen criterio Hugo. Se ofreció para formar una milicia religiosa, algo hasta entonces desconocido. Ya se encontraban allí los hospitalarios, que se dedicaban a atender a enfermos y peregrinos, ofreciéndoles cobijo, pero no había nadie que los defendiera con las armas. Hugo formó una orden religiosa, con la independencia política y el secretismo que eso implica, basada en la protección de los peregrinos. Loable intención.

Los nueve freires solicitaron a Balduino II, soberano de Jerusalén, las caballerizas del Templo de Salomón, situado en las dependencias de lo que hoy es la mezquita de al-Aqsa, de donde tomaría nombre la Orden.

—Para que te hagas una idea, se calcula que en esas caballerizas cabían más de mil quinientos caballos. Un poco grande para nueve caballeros ¿no te parece? Sobre todo cuando la Orden se negaba a admitir más cofrades, a pesar del intenso trabajo, que les desbordaba, como guardianes de los caminos.

Diez años más tarde Hugo de Payens y otros cinco compañeros regresaron a Europa con el propósito de conseguir una regla para la Orden y la aprobación de ésta por el papa Honorio II. Demasiados caballeros para tan poca cosa, hecho que, además, dejaba en cuadro a la escolta de los peregrinos, con tan sólo tres caballeros para defender todo el territorio.

—Más parece una escolta que una representación. El caso es que Hugo se reunió primero con el Papa para quedar bien, luego con el conde de Champagne y el de Anjou, posiblemente para dar cuenta de las novedades y después, y esto resultaría trascendental, con el que sería nombrado santo, Bernardo de Claraval, al que le unía cierto parentesco y del que el Santo Padre siempre se había mostrado seguidor.

»El viaje de Hugo resultaría un éxito. Además de lo que ya te he dicho, conseguiría una fortuna en donaciones, tanto en metálico como en tierras, y por otra parte, ¡ahora sí!, admitían nuevos cofrades, que llegaban a raudales. Rápidamente la Orden creció. Sus miembros, escogidos entre la nobleza, debían sumisión al gran maestre y, en teoría, al patriarca de Jerusalén. Cuando los templarios vieron que éste pretendía imponerse demasiado, cambiaron sus lealtades, pasando a depender exclusivamente del lejano Papa.

»No aceptaban la autoridad eclesiástica, salvo la que directamente provenía del Papa y esto sólo en apariencia, ya que no seguían sus preceptos. Obtuvieron del pontífice la bula *Omne datum optimum*, mediante la cual el Temple eludía someterse a la disciplina de obispos u otros cargos eclesiásticos, pagar impuestos o ceder parte del botín de guerra. No solamente eso. Además, se beneficiaban de estos privilegios aquellos artesanos y villanos que se acogieran a sus encomiendas. ¿Comprendes?

»De esta forma serían plenamente autónomos en sus territorios. La agobiada plebe vería en ellos una forma de reducir el pago de impuestos, dejando aún suficientes dividendos para la Orden. Un Estado dentro del propio Estado.

»Retomando lo que te explicaba. Una vez en su poder lo que fuera que hubiesen sacado del Templo de Salomón, la Orden podía, es más, debía crecer, abarcando todos los estamentos de la vida tanto religiosa como política.

Ofrecieron sus armas a reyes y príncipes, que, a cambio, engordaban las arcas de la Orden. Fundaron una poderosa banca, donde los peregrinos dejaban depositados sus bienes antes de partir y se les daba un recibo para que, a su llegada a Tierra Santa, recobraran sus dineros menos una comisión, librándose de esta manera de perderlo todo con los piratas y salteadores.

Entre los nobles se hizo frecuente legar en caso de muerte todos los bienes a la Orden, pensando que el premio a tanta generosidad sería la remisión de sus pecados. Las tierras recibidas eran cultivadas por los hermanos menores, los sargentos de oficio, y regidas por caballeros templarios, viejos o heridos, que no podían luchar.

La Orden creció y en menos de doscientos años llegó a tener un poder militar mayor que el del Papa o cualquier rey de la Cristiandad. Mantuvo tratos con los musulmanes, algo poco corriente, ya que eran enemigos, y con los distintos bandos cristianos, que por aquel entonces aún no se habían unificado.

—No te creas que todo fue fácil. Hubo disensiones, traiciones, fugas, estafas, lo normal en cualquier agrupación grande de personas. Hubo ingresos de individuos poco recomendables que querían enriquecerse, pero en general el proyecto iba sobre ruedas. No es exageración decir que la Orden mantenía el control sobre mares y tierras, ante la envidia e inquina de reyes, obispos, moros y cristianos. ¿Por qué creció tanto la Orden? ¿Qué buscaban? Sería especular, pero pienso que algo tenía que ver con la visita de un oscuro personaje y con lo hallado en las caballerizas del Templo de Salomón.

Lo que buscaba el Temple con la extensión de su poder era la conquista de Ultramar y su estabilidad, pero no para ofrecérsela al Papa, sino como parte de un proyecto más amplio. La Orden no reconocía la autoridad de la Iglesia, a la que tildaba de corrupta, falsa e ilegítima.

Aun así, el Temple advertía el inmenso dominio del pontífice sobre sus fieles. A la vera de éste, gozarían de mayor protección frente a los gobernantes de la Cristiandad, disfrutando de unas prebendas inimaginables en caso de enfrentarse al Santo Padre. Bajo esta fachada de sumisión, lucharían, como el resto de los cristianos

en Tierra Santa, con el fin de alcanzar sus propios planes, que, como colofón, supondrían la caída del Papa.

—El papa Clemente V, como sus antecesores, se percató del peligro que la Orden suponía, pero no podía hacer nada. Sus ejércitos eran inútiles ante la maquinaria de guerra templaria y además conocía el secreto de la Orden, que, de divulgarse, supondría la caída de la Iglesia. De ahí que viera en el rey Felipe IV una herramienta para acabar con los templarios sin implicarse personalmente.

—¿Y esa Orden qué busca? ¿La desaparición de la Iglesia? —preguntó Guadalupe, escandalizada.

Había reaccionado igual que yo cuando el albino me había dado la charla. En un primer momento había notado que Guadalupe se estaba aburriendo. Pero no podía quejarse. La lección de historia había sido más larga para mí, ya que muchos detalles y fechas se me habían olvidado. Se podía decir que lo que yo le estaba contando a Guadalupe era un resumen.

Pero ahora el aburrimiento había dejado paso a la indignación.

—Según Paolo no —contesté—. Sólo su reforma total y su unión con el resto de las religiones, sin la curia romana. Busca excluir a esos sacerdotes, obispos y demás que no tratan de acercarse al pueblo y a su realidad, sino estigmatizarlo y aprovecharse de su debilidad y simplicidad. Persiguen la pureza de los mandamientos. Separar lo material de lo divino. Lograr que el alma del hombre esté preparada para cuando Él venga.

—No me extraña que, con esas ideas, la Inquisición los detuviera —bufó Guadalupe, indignada.

Tuve que hacerle un gesto para que bajara la voz. Desde que había hablado de las críticas vertidas por el albino hacia la Iglesia, Guadalupe se había ido poniendo cada vez más roja, separándose de la mesa sobre la que antes estaba apoyada, como para manifestar su rechazo por lo que oía. Al protestar airadamente, se había olvidado de cuchichear.

—Guadalupe —dije inclinándome sobre la mesa—. Sólo te digo lo que me contó el albino.

Para ella no parecía estar claro que esos pensamientos no fueran los míos y me miraba con desconfianza.

—¿Quieres que termine de contarte la historia o no? —le pregunté empezándome a enfadar.

Por toda respuesta se limitó a asentir con la cabeza.

Retomé la conversación donde la había dejado, con un tono algo más cortante esta vez.

—Los cristianos no pudieron consolidar las posiciones en Ultramar. Jerusalén se perdió a manos de Saladino. Los templarios se hicieron fuertes en San Juan de Acre, a la espera de conseguir alianzas que les permitiera batallar contra los turcos, pero sin éxito. Un siglo después cayó también esa plaza. Escaparon a Chipre. Desde allí, el

gran maestro, Jacobo de Molay, buscó aliados para retomar Tierra Santa, pero nadie quería saber nada. En España luchaban contra los árabes en casa. Felipe el Hermoso, monarca francés, tenía grandes disputas con la Iglesia y las arcas vacías. El Papa era semiprisionero de Felipe. Los demás príncipes bastante tenían con sus problemas, como para pensar en volver a Ultramar.

»De todas formas, se trataba de una intentona frustrada de antemano. El pontífice veía la posibilidad de deshacerse de la temida Orden y el resto de los dirigentes se relamía pensando en el cuantioso botín.

»Viendo lo que se le venía encima, el gran maestro pensó que lo mejor era hacer desaparecer la Orden, que tantas envidias y disputas mantenía, y pasar a la clandestinidad. Un número más reducido y a la vez más puro de caballeros, permitiría defender el tesoro del Temple, aquel que fuera obtenido en al-Aqsa a la espera de tiempos mejores. Cuando el monarca francés dio la orden de detener y torturar a los templarios, éstos ya estaban preparados. De la Torre del Temple en París, la más poderosa fortaleza que les quedaba, habían sacado el tesoro para esconderlo lejos de manos avariciosas.

Jacobo de Molay fue quemado en la pira, junto con su exsenescal y amigo Godofredo de Charney. Con la aprobación del capítulo, Jacobo de Molay había dispuesto que su sucesor al frente de la Orden en la clandestinidad fuese Rigoberto de Caen, al que durante los últimos tiempos había iniciado y preparado para la gran responsabilidad que le transfería. La Orden se extinguió cuando el papa Clemente V, con la bula *Vox in excelso*, ordenó su desaparición, pese a no tener pruebas definitivas sobre su culpabilidad y según él «no sin amargura y tristeza en el corazón».

A partir de entonces, la Orden permaneció en las sombras, teniendo como misión la defensa del santuario donde se depositara el tesoro del Temple.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con lo que está pasando? —preguntó Guadalupe, irritada por aquella larguísima historia.

Recostada sobre la silla tenía los brazos cruzados sobre el regazo. Aparentemente, no estaba tan molesta como antes, pero no parecía dispuesta a olvidar no sé qué ofensa de la que me consideraba culpable.

—Lo mismo pregunté yo —contesté alterado. Su altanera pose me estaba sulfurando.

—Todo —había respondido Paolo—. Si no me equivoco, ese tesoro tiene algo que ver con esta historia. Entiende que esto es especulativo, yo no poseo toda la información. De lo que te cuento, sólo una pequeña parte me ha llegado a través de la Orden, el resto es producto del estudio y de la conjetura. Verás, cuando Rigoberto de Caen, junto con un caballero templario que llegaría a ser su mariscal, creo recordar que se llamaba Beltrán de Périgord, escaparon de la red tejida por Felipe, todo el mundo creyó que se dirigían con el *Bafomet* hacia el puerto de La Rochelle, situado

en la costa atlántica francesa, donde el Temple tenía amarrada su flota. Felipe sabía que su propia flota no podría derrotar a la armada templaria, así que debía apresar a Rigoberto y su equipaje antes de llegar a puerto. Esto era de lógica.

»Así que Jacobo de Molay ideó un plan destinado a confundir a los soldados reales. Filtró que su senescal, antes de embarcar en un puerto sin especificar, contactaría con un personaje de la máxima relevancia. Pero no se difundió de quién se trataba. ¿Quién podía ser esa persona? Ambiguas pistas dejadas a propósito indicaban que podría tratarse del Sumo Pontífice en persona.

»Bien, aquello interesó sobremanera al monarca. Sorprender al pontífice, con el que mantenía una nefasta relación, en una reunión clandestina, colocaría a éste en una delicada situación. De esta manera una discreta carreta conducida por Rigoberto abandonó la Torre del Temple una semana antes del día previsto para las detenciones, seguida de cerca por los soldados del rey. Durante el trayecto dieron el cambiazo, de manera que cuando la carreta llegó cerca de la costa, el senescal y el tesoro habían volado. El monarca francés, que entró personalmente en la torre a detener a los templarios, se encargó de que éstos fueran torturados a conciencia, en especial su gran maestro, que durante años sufrió los rigores de la Inquisición. A pesar de todo no lograron quebrarle. Nunca se supo adónde había huido su senescal con el *Bafomet*. Sin embargo, por lo que yo sé, creo que Rigoberto cruzó la frontera de Aragón, no muy lejos de aquí.

—¿Y por qué cree tu tío que escogieron precisamente esta zona? —preguntó Guadalupe, que, pese a mantener la máscara de altivez, no podía disimular su curiosidad.

—Según me contó —dije yo haciendo un esfuerzo por no irritarme más—, la Orden solamente mantenía su influencia en tres regiones: la provincia nórdica, Escocia y Aragón. La primera resultaba muy inestable mientras que Escocia estaba demasiado lejos y sus freires tenían ideas propias de cómo comandar la Orden.

—Así que, según él —terminó Guadalupe—, sólo quedaría Aragón.

—Eso es. Estaba en la frontera con Francia, es decir, al alcance de la mano por si las cosas cambiaban, en unas montañas vírgenes e inaccesibles, fuera del alcance del rey francés. Además, debido a sus luchas contra los árabes en España, poseían aquí más fortalezas, más soldados y mejor entrenados. Aparte de que el gran maestro había obtenido garantías de no agresión por parte del monarca aragonés, aliado de la Orden y enemigo de Felipe el Hermoso.

Por si acaso, me había dicho Paolo, el maestro provincial de Aragón, Jimeno de Lenda, había recibido explícitas órdenes de no dejarse apresar, combatiendo con las armas si fuese necesario. Este Jimeno de Lenda se había trasladado, precisamente por aquella época, a la encomienda de Huesca, relativamente cerca de donde nos encontrábamos, abandonando el castillo de Monzón.

—¿Alguno de los presentes tiene que bajar a Jaca? —preguntó en voz alta un individuo desdentado que se encontraba apoyado en la barra—. El autobús está llegando.

Guadalupe y yo saltamos de nuestras sillas. Se nos había pasado el tiempo volando. Guadalupe tenía que coger ese autobús si no quería arriesgarse a una buena bronca de su tía.

Olvidando que estaba enfadada conmigo, me cogió de la mano y salimos disparados hacia el autocar, que con un chirrido de los frenos detenía su marcha en el arcén de la carretera.

Por suerte, el conductor se había percatado de nuestra situación. Ya arrancaba cuando nos vio y detuvo de nuevo el vehículo a la vez que abría la puerta. No pudimos casi ni despedirnos. El chófer metió la marcha, con un ruido que amenazaba un desmantelamiento total del autobús.

Cuando el autocar se perdió de vista, me volví con intención de regresar a casa tranquilamente.

—¡Eh, Eduardo! ¿Adonde vas?

Era uno de mis compañeros de trabajo, que había ido a visitar a la niña de Federico.

—Voy a casa, a cenar —contesté.

—¡No fastidies, hombre! Hay que celebrar lo de Federico. Vente a tomar algo.

Por un momento pensé en la bronca que me montarían mis padres si no aparecía.

—Esperadme en la taberna, que enseguida voy.

—Date prisa, que no te vamos a dejar nada —dijo otro tipo al que no conocía.

Al día siguiente teníamos que trabajar, pero, qué diablos, de vez en cuando no venía de más relajarse un poco.

No tardé en incorporarme a la fiesta. Desde debajo de casa había llamado a mi madre y le había dicho que no me esperasen a cenar. Sin darle tiempo a protestar me volví corriendo a la taberna. Mi padre me iba a matar, así que decidí celebrar el nacimiento por todo lo alto.

—Por Federico y su preciosa hija Cristina —grité en la taberna, alzando mi vaso de cerveza.

El resto de mis compañeros, de los que sólo conocía bien a un par, se sumaron al brindis y alzaron sus vasos para apurarlos después de un solo trago.

Mientras pedíamos una nueva ronda, tuve tiempo aún de reflexionar sobre la volubilidad de las mujeres. Aquella tarde en que Guadalupe y yo nos habíamos enfadado por primera vez, había descubierto la facilidad del sexo opuesto para echarnos a nosotros, los hombres, las culpas de todo lo que no les gusta.

—Por Cristina —gritó otro de los presentes.

Y volvimos a apurar los vasos en honor de aquella que algún día sería tan impredecible como el resto de sus compañeras.

Capítulo X

Primeros de junio de 1923

—Vosotros dos vais a asegurar las almojayas en los mechinales. Vosotros traer una guindola del almacén y colocarla en este lado de la fachada. El resto lo haremos con andamios, pero esto lo van a rellenar ahora y no quiero que se quede el frente sin acabar. Traer ejiones, sogas, quitamiedos, puntales y tablas para levantar el andamio.

Quien así se expresaba era mi padre. Nos habíamos reunido en torno a él para preparar la faena del día. Como de costumbre, impartió las órdenes sin darnos tiempo ni a despejarnos. Con gesto mecánico nos dirigimos cada uno a cumplir las tareas que nos había encomendado. El día anterior habíamos acabado la parte sur y ahora teníamos que montar la armadura metálica del alero.

Yo me encaminé al almacén para coger la guindola. Ésta era un cajón de metal que se colgaba mediante sogas de los maderos que mi padre había llamado almojayas. De esta forma uno o dos operarios, según hiciese falta, se suspendían desde el tejado y podían trabajar en la fachada, cosa que me tocaba aquel día. No era ni mejor ni más segura que los inestables andamios en los que trabajarían otros compañeros.

Nos costó bastante esfuerzo colocar en su sitio la guindola, ya que debajo de nosotros estaban rellenando el encofrado con cascote y tuvimos que levantarla sin acercarnos a la pared.

Una vez aseguradas las sogas me subí por una escalera y mis compañeros tiraron de las cuerdas para alcanzar la altura deseada.

—Venga, eso ya está. Vamos con el andamio —dijo mi padre, dejándome arriba con la masa y las herramientas.

En todo el día sólo descendí de la guindola para almorzar. Fue bastante aburrido. Tuve tiempo para pensar en Guadalupe, en el albino del que aún no sabía nada nuevo y... en la bronca que me había echado mi padre por no aparecer la otra noche, cuando celebramos el nacimiento de la hija de Federico. Nos había dado la hora de ir a trabajar en la taberna y más de uno se ausentó, perdiendo la paga. Yo también me encontraba mal, pero no tenté la suerte y fui a trabajar sin pasar por casa.

Cuando terminamos la jornada cogí la bici y me dispuse a bajar hasta Canfranc. Ahora que los días eran más largos daba pena meterse en casa, pero no tenía un plan mejor y me caía de sueño.

A punto de entrar en el verano, las montañas estaban en todo su esplendor. Todavía se podían ver restos de nieve en lo más alto de las cumbres. La vegetación, que tímidamente había comenzado a abrirse paso durante la primavera, lo envolvía todo, al igual que la rica fauna, en ese momento sólo representada por las aves que giraban en el cielo aprovechando las corrientes.

Mientras notaba la brisa en la cara, pensé que al fin y al cabo era un privilegiado. Aquellas tierras no tenían nada que envidiar a mi patria. Los paisajes que se podían admirar no tenían precio. Montañas y ríos. Agua, nieve y árboles. Blanco, verde y azul, predominando sobre todos los colores del espectro.

Si aquélla era la tierra donde debíamos pasar el resto de nuestras vidas, no podíamos haber escogido mejor. Los Pirineos y el paso de Somport serían mi nueva patria.

Sumergido en estos pensamientos, llegué a una curva de la carretera, donde me extrañó ver un elegante Hispano-Suiza parado al margen. Al lado, un hombre con gorra de chófer se frotaba las manos.

Un poco antes de que dejara atrás el coche, se abrió la puerta trasera.

—Hola, Eduardo. ¿Qué tal estás?

No se me había ocurrido pensar que pudiera tratarse del coche del albino. Lo había visto allá el noviembre pasado, cuando reparaba las carreteras y pasó levantando polvareda.

—Como puedes ver, cumplo mi palabra. ¿Te parece que demos un paseo? Deja aquí la bici, Andrés te la cuidará.

El tal Andrés no miró siquiera y nos alejábamos por un camino de tierra.

—¿Qué tal has pasado el día? Te habrás aburrido, colgado tú solo de esa guindola. ¿Te correspondía ese trabajo o tiene algo que ver con la fiesta de ayer?

Le miré con cara de asombro. Estaba claro que había seguido de cerca todas mis andanzas. Sin darme posibilidad de responder, cambió de tema:

—Espero que hayas pensado en nuestra conversación del otro domingo.

Y tanto. Ya podía estar seguro de que casi no había hecho otra cosa.

—Me habló de la posibilidad de que el tesoro que los templarios lograron esconder al rey francés hubiese cruzado estas fronteras. ¿Cree que el arcón que vi sacar de aquel monasterio pudiera formar parte de ese *tesoro* templario del que me habla?

—Bueno, no podría afirmarlo, pero quién sabe —contestó—, el monasterio que tú dices no me resulta ajeno, ¿sabes? En realidad es muy conocido. San Juan de la Peña se encuentra a unos cuarenta kilómetros del lugar en que presumiblemente contactaron Rigoberto y Jimeno, el puerto de Somport. Es benedictino, orden religiosa muy afín a los cistercienses a los que pertenecía San Bernardo, el protector del Temple. Habrás podido comprobar que está en un lugar recóndito y de difícil acceso, sitio inmejorable para esconder algo.

»Durante siglos acogió el famoso Grial. El santo Grial es el cáliz donde Jesucristo bendijo el vino en la última cena, cáliz que luego sería guardado por uno de sus seguidores, José de Arimatea, y en el que éste recogería la sangre que manaba de las heridas de Jesús en la cruz.

»Tras muchas vicisitudes, este cáliz, supuestamente auténtico, llegó hasta el monasterio de San Juan de la Peña, donde fue custodiado por caballeros templarios,

hasta la desaparición de la Orden.

Más tarde lo trasladaron a Valencia. Como es fácil imaginar, el cáliz no es auténtico, pero sirvió para disimular la presencia de los caballeros en el monasterio y su verdadera misión.

»Los templarios, cuando la Orden desapareció, pasaron a ser monjes benedictinos. Dos siglos más tarde, el monasterio se quemó. Murieron todos los monjes en el incendio, entre ellos los custodios del tesoro y otros dos siglos después se volvió a quemar, quedando en tan malas condiciones que fue abandonado y se construyó otro nuevo en la cima del monte.

Me contó que durante un tiempo, la apatía del capítulo general permitió que el *Bafomet* fuera olvidado en el monasterio, sin conocerse exactamente su emplazamiento. Cuando se enteraron de que iba a ser cedido a la Diputación de Huesca, se apresuraron a entrar en él, dispuestos a recuperar el tesoro, pero no lo hallaron pese a removerlo todo. Las autoridades pensaron que había sido un intento de expolio como otros tantos y lo cerraron, hasta que la Diputación lo reformó.

—Qué casualidad que justo ahora lo hayan encontrado, ¿no?

—No. No creo que se trate de una casualidad. El monasterio es mucho más grande de lo que se ve a primera vista, tiene galerías excavadas en la roca y túneles que conectan con el monasterio de arriba y con la iglesia de Santa Cruz de la Seros. Sirvió de panteón real. Allí reposan veintisiete monarcas españoles y algunas otras personalidades.

»Verás, el expolio siempre ha sido algo corriente. Si quieres proteger algo, debes darte mucha maña en el arte de la simulación. Creerían tenerlo localizado hasta que trataron de acceder a él. Imagino que, al percatarse de que no era así, revisarían la inmensa documentación que posee la Orden, en busca de alguna pista. Durante siglos, hemos mantenido aquella zona bajo un discreto control. Los responsables asignados por la Diputación para su mantenimiento siempre han pertenecido a la Orden. Pero, de repente, a primeros de agosto, recibimos instrucciones para retirar a los hombres que se encargaban de la vigilancia. ¿No te parece significativo?

Tuve que convenir en que así lo parecía. Nos mantuvimos durante un momento callados, andando sin rumbo fijo. Yo trataba de ordenar la información, que me desbordaba.

—Si esa Orden de los templarios llegó a ser tan poderosa y extensa, sería difícil de dirigir. ¿Cómo se organizaba?

—La Orden obtuvo, como te he contado antes —contestó a la vez que se agachaba para recoger del suelo una pluma negra, que pertenecería seguramente a un cuervo—, una regla interna durante el Concilio de Troyes. Ésta era un compendio de mandatos que regían la vida de los cofrades, siendo de obligado cumplimiento para todos los miembros, desde el gran maestro hasta el último caballero y desde los nobles a los sargentos de armas, hermanos de oficio y demás. A lo largo de los años, sufrió modificaciones para adaptarse a las exigencias que iban surgiendo.

»Se organizaban en encomiendas, que unas veces, las menos, podían ser castillos o fortalezas. Pero la mayoría eran caseríos con tierras o un pequeño grupo de casas. Estaba dirigido por el comendador, normalmente un antiguo caballero anciano o inválido. La agrupación de varias encomiendas daba lugar a una bailía y un grupo de éstas formaban una provincia, dirigida por el maestre provincial, elegido por el capítulo provincial.

»Algunos de estos maestros, junto con otros cargos y algunos caballeros distinguidos en el combate, formaban parte del capítulo general, elegido por el gran maestre, que, a su vez, era elegido por el propio capítulo. También elegían al senescal, lugarteniente del gran maestre, al mariscal y submariscal, encargados de las tropas, el *comptor* o tesorero, el *drapier*, encargado de la vestimenta e intendencia y el *turcopolier*, jefe de los turcópolos, tropas árabes a sueldo. Esos cargos habían variado un poco para adaptarse a los tiempos, así como la configuración de las provincias orientales de Antioquía, Trípoli y Jerusalén.

»Las de Occidente, muy numerosas, habían cambiado la suya repetidas veces. Solamente en Francia había varias, así como en Italia. Aquí en España, eran dos: la de Aragón, y las de *Otras partes de España*, que englobaba a Portugal.

—Vamos a ver, si no me equivoco —traté de organizar las ideas—, aprovechando las Cruzadas, alguien se puso en contacto con el conde de Champagne para que éste dirigiera la búsqueda de un objeto que estaría escondido en el Templo de Salomón, en Jerusalén y cuando lo encontraron lo llevaron a Francia. Crearon una orden religiosa para custodiar ese tesoro y con la misión de tomar y asegurar Tierra Santa. Para esto necesitaban grandes sumas de dinero, así que se dedicaron a especular, intrigar y comerciar. Se hicieron poderosos frente a reyes y papas. Pero una vez que Tierra Santa se perdió definitivamente, la Orden se desmoronó. Escondieron el objeto y se ocultaron a la espera de tiempos mejores ¿no es así?

—Lo has explicado perfectamente —dijo Paolo señalándome con la pluma de cuervo que todavía tenía en la mano.

—¿Quién se supone que era aquel individuo que visitó al conde francés?

—No lo sé. Forma parte del misterio del origen y destino de la Orden. Si lo que me pides es mi opinión te la daré. Pero deberás tener paciencia y escuchar una larga historia, con más atención que antes.

Me armé de valor. Aquello parecía no tener fin. Pensé en mis compañeros devorados por los lobos, a causa de unos drogadictos vestidos con estrafalarias vestimentas que se creían descendientes de los cruzados.

Sin perder detalle, escuché la increíble historia que desgranaba Paolo. Se remontaba al comienzo de la Cristiandad. Mientras hablaba me miraba unas veces a los ojos y otras a través de ellos, como buscando detrás de mí los recuerdos de algo muy antiguo.

—Todo empezó con una farsa montada por la Iglesia católica, cuando desfiguró la figura de su creador, Jesús de Nazaret —dijo Paolo dando vueltas al cálamo de la

dichosa pluma.

Escandalizado, escuché el testimonio del albino. Jesús de Nazaret no había sido un único personaje sino dos, hermanos entre ellos. Nacidos en el seno de una familia de artesanos acomodados. Hijos de un dirigente zelota, grupo guerrillero dispuesto a echar a los romanos de aquellas tierras, llamado Judas y no José. Este cabecilla, descendiente de la casa de David, ocupaba un puesto importante entre los herederos del trono. Vivía a salto de mata, escondiéndose continuamente por tener la cabeza bajo precio y estaba casado con una muchacha, a la que visitaba con nocturnidad, cuando sus correrías lo permitían. Tuvieron varios hijos. El mayor de ellos, Jesús, era igual que su padre: arrojado y directo. Un hombre de acción, líder natural, al que sus hombres llegarían a admirar cuando pasó a formar parte del grupo guerrillero de su padre.

Otro hermano, más joven, se llamaba Simón. Discreto e inteligente como su madre, María, era el complemento ideal para su hermano mayor, al que lograba frenar cuando éste planeaba sus ataques suicidas.

Poco a poco, Jesús escaló puestos entre los zelotas teniendo siempre a su hermano cerca. Con el tiempo se hicieron famosos, aunque como primogénito y líder carismático, todas las actuaciones eran adjudicadas a Jesús, quedando Simón relegado a las sombras, cosa que posiblemente preferiría, como buen estratega.

—Veo que te cuesta creerme —dijo el albino, interrumpiendo su relato—, ¿te parece extraño escuchar que Jesús no existió tal y como te lo han contado desde pequeño? Las teorías de la duplicidad de Cristo no son nuevas. Algunas afirman que eran gemelos, otras dicen que se trataba de distintas personas cuyas vidas, a lo largo de muchos años, se encargó la tradición popular de fundir en una sola.

—Ya antes de entrar en la Orden de los templarios —confesó el albino— tenía la fuerte sospecha de que algo no parecía cuadrar. No tienes más que leer atentamente los Evangelios. Si te fijas, el mismo Jesús que anima a dejar de lado las armas en un momento dado, pide a sus discípulos que las enarboles para combatir. Él, que rechaza la violencia, no duda en entrar en el templo espada en mano. Es capaz de estar en dos sitios a la vez. Son muchas las contradicciones.

Si esta historia me estaba escandalizando a mí, que no era precisamente un beato, no quería ni imaginar qué efecto provocaría en Guadalupe cuando se lo contara. La experiencia pasada días atrás, con un relato bastante menos sacrílego, no auguraba un buen recibimiento.

No pude seguir pensando en cómo se tomaría el relato, pues el albino continuaba con éste.

—Déjame apuntarte un detalle —dijo señalándome con la pluma que tenía en la mano—. El sello de la Orden del Templo de Salomón representa a dos caballeros con lanzas y escudos, montando un único caballo. Se ha querido dar a este escudo diferentes significados. La Inquisición pensó que era una prueba del ayuntamiento contra natura que practicaban los freires. Los románticos afirman que es un signo de

pobreza. Tonterías. Los templarios, tal y como se puede leer en la regla, daban una extraordinaria importancia a los caballos. Un caballero poseía en combate tres monturas. Éste era uno de los secretos de los templarios, que explica la fama de invulnerabilidad y ligereza que tenían entre los moros. Se fabricaron barcos especiales, que se abrían por la popa, destinados a transportar estas bestias, perfectamente sujetas para que no sufrieran daños. En suma, fueron miles los caballos que poseía la Orden y mucho dinero invertido en comprarlos, cuidarlos y transportarlos.

»No, el significado de este sello no es la pobreza sino la dualidad. El Temple a lo largo de su existencia ha dado siempre suma importancia a la dualidad. Así como en Jesús se daban dos hermanos, los freires debían permanecer por parejas, comer y viajar juntos. Dos hermanos caballeros en una sola montura.

»Volviendo a los nazarenos, te diré que los romanos llegarían a temer a estos aguerridos jóvenes. Con sus espectaculares logros llegaron a forjar una leyenda que provocó conmoción entre los israelitas.

»También eran temidos por los sacerdotes, escribas y fariseos. Éstos veían cómo su poder quedaba en peligro ante la rebeldía de aquellos hermanos contrarios al mercadeo de la religión. Romanos y judíos, cada cual por sus propios motivos, se confabularon para preparar al grupo guerrillero una emboscada. Tenían infiltrado en el grupo a un espía, el tradicionalmente conocido por Judas Iscariote. Fue el encargado de averiguar el lugar donde se encontrarían una noche determinada con el fin de preparar la celada.

Los hermanos, debido a la cautela de Simón, nunca estaban mucho tiempo en un lugar concreto y sus movimientos sólo eran conocidos por unos pocos. Pero finalmente cayeron en la emboscada. Herido, el mayor de los hermanos logró escapar. El espía, una vez descubierto, y sabedor de que Jesús estaba libre y buscaría venganza, se suicidó. Por su parte, los romanos y fariseos se contentaron con haber atrapado a Simón, al que reconocían como estratega del grupo.

»Para minar la moral de los zelotas y sus seguidores, Pilatos, procurador romano, se apresuró a publicar a los cuatro vientos la detención del carismático líder. Simón vio en esta mentira una posibilidad de escape para su hermano mayor. Quizá los romanos se contentaran con prenderle sólo a él, salvo en el caso de que el verdadero Jesús se pusiera a tiro. Debía evitar que arriesgara su vida tratando de liberarle, como estaba seguro que intentaría. Por eso Simón mandó recado a sus hombres, ordenándoles que mantuvieran alejado a su hermano. No trató de prolongar el juicio. Los que estuvieron allí dirían más tarde que parecía impaciente por llegar al trágico final. Cuando Jesús sanó de sus heridas y pudo ponerse en pie, solamente quedaba bajar de la cruz el cuerpo destrozado de su hermano y darle sepultura.

—Eso podría explicar el misterio de la resurrección —intervine yo, emocionado por la perspectiva—. Si había trascendido que era Jesús el ejecutado, cualquiera que luego lo viera, llegaría a la conclusión de que había ocurrido un milagro.

—¡Muy bien, Eduardo! —aplaudió el albino—. Piensa que hubo muchos seguidores del grupo que, cuando ejecutaron al dirigente, se sintieron perdidos y abandonados. Pensaban que el grupo zelota les iba a librar del yugo romano. Admitir el fracaso del cabecilla significaba renunciar a la esperanza. Sin embargo, la resurrección de su líder era algo totalmente distinto. Así pues abrazaron la idea de la resurrección como quien se aferra a un clavo ardiendo para no caer. Pero eso fue más tarde.

»Volviendo a Jesús —dijo el albino, continuando la marcha—, éste, a pesar de su pena y rabia, pudo entender que la muerte de su hermano sería en vano si él caía. Tardó poco en abandonar aquellas tierras, embarcándose junto a su mujer, María Magdalena, sus hijos y algunos compañeros, con destino a las Galias donde se esconderían durante siglos.

—¿María Magdalena fue su mujer? —pregunté aún más escandalizado. Definitivamente Guadalupe me iba a excomulgar.

—Así es. ¿Sorprendido? —dijo Paolo, divertido ante mi extrañeza—. A esa mujer se le ha calumniado durante siglos de una manera cruel. La han pintado como una mujer pública, por su influencia sobre el zelota. Su aceptación como esposa de Jesús hubiese desvirtuado la figura divina de éste. Convenía, y así lo entendió san Pablo, crear un Jesús que estuviera por encima de las necesidades mundanas, libre de mujer e hijos que le pudieran distraer de su sagrada misión. La presencia de Magdalena era perjudicial, pero muy conocida, así que no podía ser escondida. No ocultaba sus opiniones, algo inimaginable en aquellos tiempos en una mujer y muchos tenían celos de su poder. ¿Qué hicieron? Aprovecharon esta personalidad atrevida para tacharla de mujer pública y repudiarla. De esta manera la convirtieron en alguien sin importancia, al que el Maestro, en su sabiduría, había redimido.

»En el exilio formaron una Orden destinada a proteger y asegurar la descendencia de la casa de David. Creo que fue uno de los herederos de esa Orden —aseguró convencido Paolo— el enigmático personaje que mil doscientos años más tarde visitó al conde de Champagne. Hugo de Champagne, junto con su amigo, Hugo de Payens, viajaron a Jerusalén para comprobar qué había de verdad en lo que le había contado aquel hombre. Imagino que su visitante les proporcionaría alguna pista de peso para convencerles de realizar un viaje tan largo y peligroso. Algo encontraron en Tierra Santa que confirmó la historia ya que, como sabes, fundaron la Orden del Temple.

»Allí se quedó Hugo de Payens, buscando el *Bafomet* que permitiría al heredero reclamar el trono de Israel sirviéndose de esta fuente de energía. Cuando lo encontraron lucharon para restituir al auténtico rey, pero los moros recuperaron terreno y se volvió a perder Jerusalén. Debieron retirarse y custodiar el secreto hasta una nueva ocasión.

»Esta debilidad —recordó— significó a la postre la derrota de la Orden, odiada por todos los dirigentes. Hasta el Papa deseaba su perdición, aunque, por supuesto, no podía admitirlo en público. Como antes te he dicho, además de temer su

independencia y ejército, temía el saber del Temple: la Orden conocía la falsedad de ciertos dogmas de la Iglesia, tales como que Jesús fuese una sola persona, su carácter divino, su resurrección. Temía también que se divulgara la existencia de descendencia de Jesús y el matrimonio de éste con Magdalena.

»Entretanto en Israel —retomó Paolo el relato sobre la vida de Jesús— quedaba otro de los lugartenientes de Jesús, llamado Simón, como el hermano muerto, para continuar la lucha contra los romanos. La Iglesia católica lo conocerá como Pedro y será el primer pontífice. Este pescador, que faenaba a las orillas del mar de Galilea, pertenecía también al grupo de los zelotas y era un bravo luchador. Extendió la noticia de la crucifixión y muerte del dirigente para proteger al hermano que huyó a las Galias. Después de todo se trataba del heredero de la casa de David y no se podía poner en peligro la sucesión.

»Al revés de como lo pinta la Iglesia, se trataba de un fiero zelota, un guerrillero que buscaba echar a los romanos de su tierra y colocar en el trono a la casa de David. Jesús, en reconocimiento a su lealtad, lo nombraría su lugarteniente.

»No debió de ser fácil la vida de este hombre. Sin la presencia de su jefe, al que admiraba, y privado de la mente preclara del muerto en la cruz, Pedro tuvo que esforzarse para mantener el espíritu de lucha entre sus compatriotas desmoralizados. No poca gente que había seguido con pasión la vida de los hermanos, renegaba ahora de ellos, acusándolos de impostores. Los que antes aseguraban que lucharían hasta el final arrojaban cobardemente las armas, tratando de esconderse.

»Pero el pescador de Betsaida se mostró inamovible. Cuando murió en la cruz, el testigo fue cogido por otros, que asentaron los comienzos de la incipiente Iglesia.

»No creas que la Iglesia es desde sus orígenes como la conocemos. A la muerte de Simón y exiliado Jesús, surgieron los primeros enfrentamientos entre los seguidores. Un grupo, partidario de Pedro, abogaba por no separarse del judaísmo tradicional, ateniéndose a la ley mosaica. El otro grupo, encabezados por Esteban, era partidario de romper totalmente con ella. No sólo eso. Al comienzo de sus tiempos la Iglesia fue una organización clandestina perseguida y aniquilada allá donde se encontrara. Sin líder, dividida y perseguida, lo más probable es que hubiese fracasado. Solamente el entusiasmo de los primeros cristianos y el ejemplo de sus mártires consiguieron que perdurara. Como dijo Tertuliano: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”. No obstante, para fortuna de la Iglesia, hubo dos acontecimientos que cambiaron el curso de lo que podía haber sido su desaparición.

Sin darme cuenta habíamos terminado el camino en el mismo lugar que comenzáramos. Entre los árboles se podía ver el coche del albino, con el conductor apoyado en el capó y al lado mi bicicleta.

Paolo detuvo la marcha. Posiblemente no quería que el chófer escuchase lo que me estaba contando.

—El primero de estos acontecimientos —dijo Paolo— fue el nacimiento de Saúl de Tarso, al que conocemos por san Pablo, aproximadamente diez años después de la

crucifixión de Jesús. Este fariseo persiguió con inquina a los primeros cristianos, hasta que tuvo una visión a las puertas de Damasco. En ella, Jesús, resucitado, le ordenaba extender entre los paganos el cristianismo. Así se convirtió en el *apóstol de los gentiles* y, como todo converso, más estricto que los antiguos creyentes. Adaptó el incipiente cristianismo a otras religiones ya establecidas, y acabó con la confrontación entre los judeocristianos, seguidores de Pedro, y los helenistas, seguidores de Esteban.

»A él se deben las creencias sobre la virginidad de María o la Santísima Trinidad —explicó Paolo—. Todos éstos son mitos típicos de las religiones occidentales, como la celta, la griega o la romana, a las que se aproximó para que no resultara tan traumática la aceptación del cristianismo, alejándose de las orientales. Despojó de parte de su humanidad a la figura de Jesús, envolviéndole en una aureola divina, como acostumbraban a hacer romanos o egipcios, que divinizaban a sus gobernantes.

»Encerró a la Iglesia en un manto de santidad, para evitar que las decisiones de ésta fueran cuestionadas, forjándose la enemistad de pedristas y sanjuanistas, que promulgaban las enseñanzas tal y como les habían sido transmitidas.

»Necesitaba poder controlar esa congregación, que crecía rápidamente y, para conseguirlo, se apropió de la figura de Pedro, su rival, pero al que no podía negar ser discípulo directo de Jesús. La modificó a su antojo, creando el Pedro que hoy conocemos, cabeza de su Iglesia. El último en llegar resultaba ser el creador del cristianismo actual.

»El segundo acontecimiento que cambió el curso de la Cristiandad —dijo Paolo— llegó de manos de un emperador romano, Constantino el Grande. Éste consiguió reunir bajo su mando los imperios occidental y oriental, que, desde Diocleciano, tenían sus propios emperadores.

El fundador de Constantinopla reformó la práctica religiosa al instaurar la libertad de fe. Además, intervino personalmente en la elección de sedes episcopales y de obispos, coartando la autonomía de la Iglesia.

»Escucha algo curioso —dijo Paolo, volviéndose a parar—, a este emperador se le atribuye la actual composición de los Evangelios. ¿Sabes cómo cuenta la leyenda que lo hizo? En aquellos tiempos los relatos sobre la vida de Jesús eran numerosos y a cada cual más fantástico. De sus autores, sólo unos pocos conocieron al nazareno en persona. Escribían de oídas, dando crédito a cualquier habladuría, por extravagante que fuera. Con el paso del tiempo la imaginación de la gente formó un personaje que en nada tenía que ver con la realidad. Esto causaba disensiones entre las distintas comunidades que aspiraban a tener la verdad. Constantino decidió acabar con las disputas y ordenó que le fueran llevados los originales de las diferentes biografías. Según cuentan, los colocó todos encima de una gran mesa y esperó. No tardaron en caer casi todos los ejemplares al suelo, quedando cuatro sobre la mesa. Constantino decidió que aquéllos eran los auténticos, condenando el resto y persiguiendo a sus defensores.

»Bueno, no hay que hacer demasiado caso de esta leyenda —dijo con un gesto de la mano—. En el siglo cuarto de nuestra era convocó el Concilio de Nicea. Se reunieron más de doscientos obispos para sentar las bases del cristianismo. Tanto el cetro imperial como el eclesiástico estaban tambaleantes por entonces. Mediante este concilio Constantino se comprometió a convertirse e imponer la nueva religión, y los prelados a darle el apoyo de sus fieles, cada día más numerosos.

»En aquel concilio se escogieron los cuatro evangelios más afines entre ellos y más acordes con las ideas de Constantino. A éstos se les corrigió lo que pudiera ser inconveniente. El resultado: los Evangelios que hoy conocemos y que fueron obligados a ser aceptados por todas las facciones, quemándose el resto. Que al emperador sólo lo movieron motivos políticos lo prueba el que él no se convirtiera hasta su muerte y tratara de compaginar el cristianismo con el culto al sol. Como curiosidad te diré que de aquella época data la festividad del veinticinco de diciembre, fecha erróneamente considerada como nacimiento de Jesús. Ese día en la religión pagana es, ni más ni menos, la festividad del Sol.

»La Iglesia de hoy en día debe más a Pablo y a Constantino, que a Jesucristo y Pedro —concluyó para preguntarme a continuación—: ¿Comprendes ahora el porqué del Temple? Hugo de Payens y sus sucesores conocían estos hechos. Conocían también la existencia de una línea de descendencia directa del rey David, que esperaba el momento de subir al trono ofrecido por Dios. Esto supondría la unión de todos los hombres, algo fatal para una Iglesia corrupta.

»Solamente faltaban dos cosas: la recuperación de los Santos Lugares, desde donde comenzaría la reconquista, y hallar el tesoro escondido por los descendientes de Moisés. Lo primero estuvo cerca de conseguirse, pero a lo último falló, entre otras cosas por disputas internas entre los cruzados. El *Bafomet* finalmente fue recuperado y, desde que desapareció la Orden, es custodiado por los freires.

—¿Qué se supone que es el *Bafomet*? —le interrumpí, mareado por la disertación.

—La Inquisición pensó que se trataba de unos bustos parlantes con la imagen del demonio, adorados como ídolos por los freires, pero jamás se encontró uno de éstos, a pesar de que, según las acusaciones, se encontraban en todas las encomiendas.

Entretanto habíamos vuelto otra vez al coche. El sol casi había desaparecido tras las montañas. El pobre chófer se estaba quedando helado.

—Si te parece —propuso el albino— pasaré por aquí mismo mañana sobre la misma hora. Ya es tarde y no quisiera que tu madre se preocupara por mi culpa.

Con un gesto de despedida se metió en el coche. El chófer arrancó el vehículo y tomaron dirección Jaca.

Yo, en la bicicleta, tomé la misma dirección. Aquello parecía una novela por entregas. Cada vez que hablaba con el albino, las pocas dudas de las que me sacaba abrían nuevos interrogantes.

Una nueva sorpresa me aguardaba en Canfranc. Casi me caigo de la bicicleta cuando reconocí la voz que provenía de una ventana frente a mi casa.

—Eduardo, ¿dónde te habías metido? Llevo esperando horas.

La que así cuchicheaba era Guadalupe. Como me enteraría después, había acompañado a su tía al pueblo para saludar a un pariente. Con la excusa de hacerle compañía había subido para darme una sorpresa. Claro que la sorpresa se la llevó ella al ver que yo no aparecía.

—He estado con Paolo —dije tratando de hablar lo más bajo posible para que sólo me oyera ella.

—¿Hasta ahora?

—Sí. Y he quedado con él para continuar mañana.

—Ya me contarás, que viene mi tía —me cortó ella—. De todas formas podías haber avisado. Encima que he subido hasta aquí.

¡Avisar! Como si yo supiera que iba a subir. Por no decir que tampoco sabía que el albino iba a elegir aquella tarde para presentarse. Pero no pude expresar mis quejas, ya que Guadalupe ya había cerrado la ventana.

«Sí que estamos bien», pensé. Aquello no se podía considerar una discusión, pero los dos últimos encuentros no habían acabado como deseaba.

Empujé la bici hasta el portal de casa y subí las escaleras.

—¿Se puede saber dónde estabas?

Esta vez era mi madre la que me gritaba. Aunque no era demasiado tarde, ya habían terminado de cenar. Mi padre no dijo nada. Se notaba que aún recordaba el día que no había aparecido ni a cenar ni a dormir.

Tuve que inventarme una explicación mientras comía la cena fría que estaba sobre la mesa: una *pizza* de chorizo con aceitunas negras. No era mi favorita.

La jornada siguiente continué colgado de la guindola. Era posible que mi padre no quisiera tenerme cerca. A mí me hacía un favor. Cuanto más lejos estuviésemos mejor sería para las relaciones familiares.

—Bueno, muchachos, dejad lo que estéis haciendo y vamos a desencofrar —dijo mi padre.

—¿Yo también?

No era muy buena idea preguntar. Se suponía que debía permanecer en mi sitio, pero bastaba que no bajara para que me chillara.

—A menos que ya no pertenezcas a esta brigada —contestó mi padre— ya puedes venir echando virutas.

Dos horas más tarde, quitado el encofrado y apilados los tablones en el almacén para volver a ser utilizados, sonó la sirena que indicaba el final de la jornada.

Sin perder tiempo, me subí de un salto en la bici y enfilé cuesta abajo. Esta vez conocía las intenciones del albino, así que había podido avisar a mi madre de que llegaría tarde, lo que no le hizo muy feliz.

Pedaleando a toda marcha llegué a la curva donde el día anterior me esperaba el albino. Sí, allí se encontraba el precioso Hispano-Suiza. Andrés, nada más verme

llegar, abrió la puerta de atrás y Paolo descendió. Enseguida nos metimos por el camino de tierra.

Sin más preámbulos, como si continuara la conversación, Paolo comenzó la explicación:

—En griego *baphe* significa bautizo y *metéos* espíritu. Podría significar un bautizo iniciático. Como ya te he dicho, el verdadero contenido del tesoro que custodiamos sólo lo conocen unos pocos, que son los iniciados. Llegar a conocer el contenido del *Bafomet* sería una forma de bautismo, de ahí su nombre.

Según deducía Paolo, el *Bafomet* es una fuente de energía. Durante años había estudiado la composición de ese misterioso objeto sin poder llegar a obtener una respuesta segura, debiéndose contentar con una hipótesis. Poco a poco, con circunloquios, me dio a entender que el arcón que vi sacar de aquel monasterio escondido en la montaña podría contener en su interior el Arca de la Alianza, donde reposaban las tablas de piedra en las que Dios transmitió a Moisés los diez mandamientos que deberían observar los hombres.

Temo que mi rostro manifestaba desconfianza. No es que hubiese creído a pies juntillas todo lo escuchado anteriormente, pero aquello ya rizaba el rizo. Paolo no pareció molestarse por mi incredulidad, pero se mantuvo un rato callado, como sopesando si no estaría hablando de más. Por mi parte, y a pesar del escepticismo, no quería que se terminara la conversación. Por desquiciada que pareciese, resultaba fascinante. Traté de recomponer el rostro, expectante, hasta que al fin retomó la palabra.

—Entiendo que te cueste aceptar lo que te digo —se excusó—, lamentablemente no puedo aportar prueba alguna. Ya te he dicho que no estoy seguro sobre esta parte de la historia, sólo te cuento la conclusión a la que he llegado, que yo mismo pongo en entredicho.

Suspiré aliviado al ver que proseguía. Como dejando de lado la cuestión de si se trataba en realidad de las tablas pétreas, continuó con la idea de la fuente de energía. Lo que fuera aquello, decía, podía ser utilizado para establecer el orden en el mundo y traer la paz, pero debía tener alguna clave, ya que hasta entonces no había sido utilizada, salvo en la antigüedad, tal y como aparece en el Antiguo Testamento. Aquí aludió a cómo entraron los judíos en Jericó, cuando tras dar vueltas a sus murallas durante seis días, con el arca de la Alianza, el séptimo dieron siete vueltas al cabo de las cuales tocaron las trompetas y las murallas se derrumbaron.

Este objeto místico, el *Bafomet*, que para los templarios comunes sería una especie de símbolo que les recordara su misión en esta vida, significaría para los iniciados la llave para conseguir la meta: un orden mundial liderado por la casa de David.

—Durante siglos, todas las culturas han buscado la palabra de Dios. Tanto judíos como musulmanes y cristianos, así como egipcios, celtas, griegos o las culturas sudamericanas, han buscado la fórmula de la creación, la fórmula que les muestre el

origen del hombre y del universo. Los interrogantes de *quiénes somos, de dónde venimos y adonde vamos*, obsesionan al hombre desde sus orígenes. Los sacerdotes de todas las culturas han presumido de poseer las repuestas, rodeándose de misterios para justificar su fracaso.

Me explicó que en el libro sagrado de los musulmanes, el Corán, aparecen noventa y nueve nombres con los que dirigirse a Alá y los eruditos buscaban el centésimo nombre, cuyo conocimiento les libraría de desgracias. Los judíos buscaban el nombre secreto de Yahvé contenido en el *Shekinah*, que en hebreo significa morada. Los cristianos buscan el *Verbo* y advierten que el nombre de Dios no debe ser utilizado en vano.

—Las religiones judaica, islámica y cristiana no difieren tanto entre sí —dijo Paolo—. Sus raíces son comunes y sus metas también. Las tres provienen de la misma parte del mundo y se basan en realidades semejantes.

También los egipcios, los celtas y otros pueblos buscaron la fórmula de la creación, como los alquimistas, unos con la intención de utilizarlo para el bien y otros para dominar el mundo.

—La Orden templaria —concluyó Paolo— cree que esta fórmula sagrada se halla guardada en el *Bafomet* y sólo puede ser enunciada por aquel que ha sido ungido, el único que conoce la manera de utilizarla.

—¿Y para conseguir esa paz que dice —pregunté— son necesarias las muertes de pobres hombres que no tienen culpa alguna?

Por primera vez el albino quedó callado, sin poder dar una respuesta. Andaba con la cabeza baja, estudiando el suelo. Al cabo de un rato levantó la cabeza y me miró de nuevo con esos ojos claros que le daban un aspecto inhumano.

—Deploro todas las muertes —aseguró sin apartar la mirada, y luego recalcó—. Todas. Pero a veces hay que limpiar el bosque de maleza para que la luz penetre y puedan crecer los retoños. Si lo que me preguntas es si estas medidas drásticas serán eficaces para lograr nuestro objetivo, te contestaré que no lo sé. El proyecto está demasiado avanzado como para detenerlo o siquiera ralentizarlo, pero no tenemos otra alternativa. Necesitamos tiempo. Siempre he sido disciplinado, he obedecido las órdenes dadas y ahora no voy a cambiar. Seguiré acatando las instrucciones confiando en no equivocarme.

—¿Aunque para ello deba morir más gente?

—Sí, a pesar de eso. Aunque suponga mi propia muerte —repuso con voz firme.

—¿Ha matado alguna vez a alguien? —me sorprendí preguntando.

Paolo se separó de mí y avanzó un par de pasos. Con las manos en los bolsillos se quedó mirando el ocaso del sol por detrás de las cumbres. Por un momento, semejante belleza me llevó a pensar en Guadalupe. Sin duda era la compañía perfecta para apreciar todo el colorido de los últimos rayos de sol.

Cuando Paolo se decidió a contestar no se volvió. Tan sólo hizo un gesto, al principio imperceptible y luego ya más amplio con la cabeza, asintiendo. Finalmente

articuló un quedo y simple *sí*.

—¿Y no se arrepiente? —quise profundizar.

—No —contestó tajante, dándose la vuelta y enfrentando mi mirada—. Lo he hecho más de una vez y no estoy orgulloso por ello. Cargo con mi responsabilidad, pero es inútil arrepentirse ahora.

—¿No cuestionó las órdenes? —seguía removiéndose en la llaga—, ¿no tuvo miedo?

—No hay lugar para la vacilación, Eduardo. Soy un buen soldado. No tomo las decisiones, pero confío en quien las toma. Una vez dada la orden, mi deber es obedecer. No quisiera que esto pareciera una excusa. Repito que asumo mis actos. Si me he equivocado, cargaré con las consecuencias. Todo lo he hecho por algo en lo que creo firmemente. Cada día rezo para que esas muertes fueran necesarias.

Dicho esto retomó la marcha guardando de nuevo silencio. Caminé a su lado. Aún tardé en formular la pregunta que me corroía. Estaba convencido de que él conocía cuál era esa pregunta, pero no quiso ayudarme.

Finalmente hice acopio de valor y le pregunté por mi padre. Necesitaba saber, aunque también conocía la respuesta, si mi padre había participado en aquella sinrazón. Si había llegado a matar en alguna ocasión.

—Creo, Eduardo —contestó despacio, mirándome directamente—, que esa pregunta deberías hacérsela a él.

Esto fue lo último que dijo. Como en la primera ocasión, el camino nos había devuelto a la carretera. Andrés abrió la puerta del Hispano-Suiza y el albino se montó sin dedicarme una sola palabra de despedida.

Mientras miraba cómo se alejaba el coche pensaba que, posiblemente, aquella había sido la última vez que el albino contestaba mis dudas. A partir de ese momento, lo que averiguase sería por mi cuenta.

Una sola cosa más descubrí esa tarde: el motivo por el que mis compañeros fueron asesinados y por el que yo había estado cerca de morir un par de veces. Algo que, sin embargo, no ayudaba a dar sentido a todo aquello.

Lo único cierto era que los sueños de muchas personas habían sido cercenados por una leyenda.

Abatido, monté en mi bicicleta y me dispuse a pedalear hasta Canfranc. A mitad de camino empezó a chispear. Por un momento se me ocurrió pensar que eran lágrimas por los que habían caído de manera tan absurda.

Esperé a la noche del martes para abordar a mi madre. Sabía que aquel día mi padre debería bajar a Jaca para tratar unos temas y que no subiría hasta tarde.

Acabábamos de cenar y ella se encontraba fregando los platos en la pila, dándome la espalda. Mis ojos estaban fijos en el anillo que lucía y que no se quitaba nunca.

Desde que hablara con el albino, no podía contener la tentación de preguntarle a mi madre por la procedencia de aquella sortija a la que tanto cariño tenía.

La alhaja se componía de tres aros de oro entrecruzados que, puestos en el correspondiente orden, quedaban como una sola pieza.

Años atrás, la pérdida de la joya había supuesto todo un drama, no alcanzando yo a ver el motivo de los lamentos, más allá del evidente valor económico. Los dos días que tardamos en encontrarla no se me olvidarán con facilidad.

Ahora que estábamos solos vacilaba. No acertaba a iniciar la conversación, pese a que la llevaba preparando desde el domingo.

—Madre, la cena estaba buenísima —me lancé. En realidad era una *pizza* normal de tomate y queso con orégano y una ensalada.

—Gracias, hijo, me alegro de que te haya gustado —contestó complacida.

—Me estaba acordando —dije tanteando— de aquella vez que perdiste el anillo de compromiso. Es curioso, no he visto a nadie llevar una alianza como ésa. ¿De dónde la sacasteis?

Ya estaba lanzada la pregunta. Con el corazón acelerado, esperé la respuesta que confirmaría, o no, las palabras del albino. Pero mi madre no era tan ingenua como para caer en la trampa. Sin darle mayor importancia, me contestó que mi padre se la había comprado en Florencia, en un viaje realizado exclusivamente con tal fin.

Si lo que me había contado Paolo era cierto, mi madre mentía. Debería presionarle un poco más.

—¿Sabes? —dije a la ligera—, el día pasado, uno de mis compañeros de trabajo te vio la sortija y me explicó su origen. Parece ser que proviene de Oriente y es muy antigua. Según me dijo, los árabes, cuando iban a pelear contra los cristianos durante las Cruzadas, regalaban estas joyas a sus mujeres. Si la mujer tenía tentaciones de ser infiel al marido durante su ausencia, debería quitarse el anillo para poder seducir a un amante. Pero le resultaría prácticamente imposible volvérselo a poner, pues sólo hay una forma de hacerlo y es muy difícil hallarla. Así se descubriría la infidelidad al regreso del marido. ¿Qué te parece?

—Muy interesante —repuso mi madre sin dejar de fregar—, pero no creo que tu padre me la regalara por ese motivo.

De nuevo había pinchado en hueso. Se imponía una estrategia más directa y agresiva. Mientras me decidía, volteaba distraídamente el vaso, haciéndolo girar sobre el canto con un dedo.

—Madre —retomé la ofensiva—, ¿sabes quiénes eran los *cagots*?

—Alguna vez he oído hablar de ellos —contestó como si tal cosa. Pero yo había notado una nueva tensión en su espalda. —Creo que eran un pueblo del norte de Europa que vivía apartado. Según tengo entendido eran buenos artesanos.

Ella seguía con sus quehaceres.

—He oído decir que era un pueblo de parias. Se creía que contagiaban la lepra, por las manchas que tenían en la piel.

Mi madre no dijo nada, pero se le adivinaba un creciente nerviosismo.

—Me han contado que fueron grandes constructores y que a ellos se deben las catedrales góticas que tanto te gustan. Debieron llegar en la Edad Media desde Oriente, traídos por una orden religiosa que peleaba en las Cruzadas, para que levantaran iglesias con técnicas desconocidas en Europa.

»Me resultó curioso escuchar —añadí al ver el terco silencio de mi madre— que aquí, en los Pirineos, es donde mayor concentración de este pueblo se asentó. Eran altos, con piel pálida y enrojecida, de pelo claro y ojos grises. Enseguida pensé en ti.

—¿También te contaron que les solían faltar los lóbulos de las orejas y que se tapaban las manchas de la piel? —preguntó Virginia con tono bajo y pausado pero sin darse la vuelta.

Al fin parecía que mi madre entraba en la conversación. Le contesté con una escueta afirmación para animarle a proseguir, pero al parecer no tenía nada más que añadir. Estaba resultando más difícil de lo imaginado.

—¿Es verdad que padre fue arquitecto? —pregunté a tumba abierta.

—¿También te lo han contado en la obra? —repuso, evasiva—. Veo que tenéis demasiado tiempo libre. Debería decírselo a tu padre, para que os mande más trabajo.

Permanecí callado, a la espera. Un momento después y sin darse la vuelta, mi madre asintió con un suspiro.

—Es cierto. Fue un gran arquitecto en nuestra patria.

—¿Por qué lo dejó?

—Así es la vida, hijo. No siempre salen las cosas como las planeas. En su momento fueron bien y luego se torcieron. La falta de dinero para emprender nuevas obras, ya sabes.

—¿Tuvo algo que ver la muerte de Amadeo? —pregunté inclemente.

Aquello supuso un duro golpe para ella que, instantáneamente, dejó lo que estaba haciendo para apoyarse en el borde de la pila. Por un momento sentí lástima y me arrepentí de mis palabras, pero enseguida se me pasó. Mi vida venía marcada por las andanzas de mis padres, así que tenía derecho a una explicación. Tras una pausa más larga que la anterior, preguntó con voz entrecortada:

—¿Qué sabes?

Le relaté mi conversación con el albino, sin decir quién era mi confidente. Hablé de mis abuelos, de nuestros orígenes, el motivo de la huida de Italia, de la enigmática Orden de los templarios. A cada palabra mía su alarma crecía.

—¿Quién te ha contado todo eso? —preguntó alterada.

—Alguien que dice ser primo tuyo y antiguo prometido. El mismo que os entregó la sortija como regalo de boda. Paolo, un albino.

—¿Dónde lo has visto? ¿Por qué has hablado con él?

Enloquecida, con los ojos saliéndosele de las órbitas, se me acercó y me agarró de los hombros.

—He hablado un par de veces con él —balbuceé, impresionado por su violenta reacción. Le había visto antes en...

—¡Jamás te acerques a ese hombre! —me gritó—. ¿Me has oído, Eduardo? No quiero que vuelvas a hablar con él. No quiero que vuelvas a pronunciar su nombre en esta casa y ni se te ocurra decirle nada a tu padre de lo que me has contado. No quiero volver a oír nada parecido.

—Creo que tengo derecho a saber —repuse tratando de recuperar el aplomo, a la vez que me zafaba y alejaba de aquella fiera desconocida para mí— casi me matan dos veces y quiero saber por...

—¡Tú no sabes nada de nada! —chillaba—. A nosotros debes tu vida. No sabes con quién tratas. Ese hombre es el demonio. Podría contarte su historia y palidecerías.

»Escúchame bien, Eduardo —agregó, bajando la voz amenazadoramente—. Si me entero de que vuelves a hablar de esto, saldrás disparado de esta casa.

Ahí me quedé plantado mientras mi madre salía a la calle, hecha una furia. Tardé un buen rato en reaccionar y recuperar el pulso normal. No había averiguado nada nuevo, pero al menos había confirmado indirectamente parte de la historia del albino.

Una hora más tarde regresó. Yo estaba en mi cuarto, mirando por encima los diarios atrasados. Sin decir nada, volvió a sus labores. Cuando llegó la hora de acostarnos, mi padre aún no había regresado, así que me metí en la cama dejando la puerta abierta para que el calor del hogar entrara. Dolido con ella, no le di las buenas noches.

Me resultó imposible dormir. Daba vueltas y más vueltas en la cama. Nunca jamás había visto a mi madre de aquella manera. Si bien su genio era vivo y se encendía enseguida, tardaba menos aún en apaciguarse.

Cuando por fin empezaba a dormirme, oí la puerta de la entrada. Era mi padre, que llegaba. Saludó a mi madre, que le esperaba levantada remendando unos calcetines míos. No tardó en darse cuenta de su estado de ánimo. Como siempre que algo así sucedía, optó por dejarlo pasar. Opinaba que si pasaba algo de lo que se tuviera que enterar, ya se lo harían saber y si no, era mejor no remover el avispero.

Tras comer la *pizza* fría en silencio, ambos se acostaron. También dejaron la puerta abierta. Hacía bastante frío y el hogar lo atenuaba.

Al cabo de un rato, oí murmurar a mi madre.

—Giuseppe. ¿Estás despierto?

—Sí —respondió adormilado—. ¿Qué pasa?

—Me ha dicho Eduardo que él está aquí —cuchicheó mi madre.

—¿Él? ¿Y quién es él? —contestó sin despabilar.

—Ya lo sabes. Paolo.

Conteniendo la respiración para no perderme detalle, percibí que mi padre suspiraba resignadamente. Mi madre insistía.

—¿Qué hace Paolo aquí? ¿Nos está siguiendo? ¿Qué va a pasar?

—Nada mujer —respondió él—. Duerme tranquila. No va a pasar nada. No ha venido por nosotros.

—¿Estás seguro? —repuso mi madre, inquieta.

Mi padre le aseguró que podía estar tranquila y después cesó todo ruido. Un rato más tarde oí los ronquidos de mi padre y enseguida el suave silbido de la respiración de mi madre.

A mí no me resultó tan fácil conciliar el sueño.

Capítulo XI

Mediados de junio de 1923

Decidí visitar al profesor para averiguar más. Había hablado del asunto con Guadalupe y los dos pensábamos que si alguien podía saber algo de todo aquello, por fuerza debería ser él.

Con esta intención pasé a recoger a Guadalupe en mi bicicleta. Gracias a Dios no se encontraba a la vista su tía, así que pudimos escabullimos antes de que tuviera alguna objeción que hacer.

Fue un agradable paseo. Cuesta abajo, la bicicleta marchaba sola y no hacía falta que pedaleara, tan sólo debía estar atento a que la sobrecargada montura no se desbocara y termináramos ambos por el suelo. La brisa me envolvía con el perfume de Guadalupe, haciéndome olvidar por unos instantes el propósito de aquel viaje.

Media hora más tarde nos encontrábamos ambos frente a la casa en la que el profesor convivía con su anciana madre.

—Buenas tardes, profesor —dijimos al abrirse la puerta.

—¡Eduardo, Lupe!, qué agradable sorpresa veros —respondió alegremente—. Pasad, pasad, no os quedéis ahí.

—Buenos tardes, señora Martín —saludamos a la amable anciana, que se afanaba limpiando la cocina.

—Hola, muchachos. ¿Cómo por aquí?

—Veníamos a hablar con el profesor —respondió Guadalupe.

—Muy bien, muy bien. ¿Queréis tomar un chocolate? Enseguida os preparo uno.

»No es molestia —dijo ante nuestras protestas— pensaba prepararlo para Faustino. Ahora os lo llevo.

Seguimos al profesor hasta donde habitualmente Guadalupe recibía sus clases. La mesa estaba llena de papeles, que el maestro se apresuró a recoger.

—¿A qué debo este honor? —preguntó sonriente.

—Verá, profesor —empecé tras una mirada a Guadalupe—. Teníamos curiosidad por un par de cosas y seguro que usted nos puede ayudar.

—¡Vaya, me halagáis! —respondió con malicia—. ¿Y qué temas son éstos?

—¿Recuerda, profesor —tomó la palabra Guadalupe—, que cuando Eduardo estaba en la cama, nos contó cosas sobre aquella extraña Orden de los templarios? Usted nos dijo que los primeros monjes se instalaron en el palacio del rey de Jerusalén. ¿Por qué allí precisamente? Aquello debía ser demasiado grande e incómodo para nueve personas. ¿Buscaban algo?

—La leyenda del Templo de Salomón —contestó divertido el profesor y, enarcando las cejas, preguntó—: ¿Con quién habéis estado hablando?

Guadalupe y yo nos miramos sin saber qué responder. No contábamos con aquella pregunta y no podíamos decir nada sobre el albino.

—Veo que es un secreto. No insistiré, tranquilos. Os contaré lo que yo sé. Los templarios no se instalaron exactamente en el mismo palacio, sino en un edificio anexo que pertenecía al complejo palaciego. ¿Por qué allí? Lo desconozco. Tal vez fuera para tenerlos vigilados. O quizá ningún otro edificio reunía mejores condiciones. En realidad, nadie lo sabe y ese enclave les dio el nombre, y despertó las especulaciones.

—¿Ha dicho usted algo sobre la leyenda del Templo de Salomón?

—Así es. Esperad un momento que busque algo.

Revolvió entre los libros de una estantería de baldas combadas por el peso.

—Aquí está. —En las manos sostenía una Biblia manoseada, con la cubierta de cuero marrón oscuro y el canto de las hojas dorado—. Vamos a ver que recuerde. Sí, aquí está: «Comenzóse a edificar la casa del Señor en el año cuatrocientos y ochenta después de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, el año cuarto del reinado de Salomón sobre Israel, en el mes de Cío, esto es, el mes segundo. Y la casa que el rey Salomón edificaba al Señor tenía sesenta codos de largo, veinte de ancho, y treinta de alto».

»Después relata cómo se hizo el palacio, los materiales usados, medidas... Más adelante continúa: “Echáronse los cimientos de la casa del Señor el año cuarto, en el mes de Cío y al año undécimo, en el mes de Bul, esto es, el mes octavo, se concluyó la casa del Señor en todas sus partes, y con todos sus utensilios. Y edificóla Salomón en siete años”.

—¿Aún sigue en pie este templo? —preguntó Guadalupe.

—No. El primer templo, este que construyó Salomón, fue destruido por el rey babilonio Nabucodonosor, unos seiscientos años antes de Cristo, cuando tomó Jerusalén, la saqueó y cogió cautivas a sus gentes y las deportó. Más tarde se levantó presumiblemente en el mismo lugar otro templo, más espartano, hasta que Herodes, al que imagino conoceréis, se encargó de ampliarlo y darle el esplendor de antaño. Hoy se puede admirar en ese lugar la preciosa mezquita de al-Aqsa, la Cúpula de la Roca.

—¿Herodes, el mismo que mató a los niños?

—El mismo. Herodes el Grande, rey de Judea, apoyado por Roma, y al que se ha presentado tradicionalmente como el responsable de la degollación de los llamados Santos Inocentes. Pero realmente fue más que todo eso.

—¿Es verdad que en el templo se guardaban las Tablas con los Diez Mandamientos? —pregunté impaciente, temiendo que el profesor se enfrascara en la biografía de aquel rey.

—Así lo dice la Biblia —respondió Martín, sin molestarse por mi interrupción. Volvió varias hojas hasta encontrar lo que buscaba—. En el capítulo veintiséis del

Éxodo, Dios explica a Moisés cómo ha de hacerse el Tabernáculo, en el que deberá guardar el Arca de la Alianza o del Testimonio.

—¿En esa arca se guardan las Tablas?

—Cierto. Cuando Dios le dictó el decálogo a Moisés le detalló que debía guardarlo «en un arca de madera de acacia de dos codos y medio de larga, codo y medio de ancho y otro codo y medio de alta». Esto viene a ser 1,15 m de largo, y 0,69 m de ancho y alto. Esta arca estaba forrada de oro, tendría dos querubines en su tapa, también de oro, así como las barras de acacia forradas, que servirían para trasladar el arca. Todo ello se depositaba en el Tabernáculo, para que Dios hablara con su pueblo.

Fui presa de la agitación. ¡Las medidas del arca eran algo más pequeñas que el cajón que yo había visto sacar con tanto esfuerzo del monasterio! Guadalupe se percató de que algo pasaba.

—Debéis tener presente una cosa —explicó Martín, al parecer ajeno a mi turbación—. El Arca no es algo extraordinario como a veces se piensa. Entre las tribus de Israel, que eran doce y no una, era normal tener estos arcones para guardar los objetos sagrados. En el Arca de la Alianza se cree que también estaban depositados la vara de Aarón y un cuenco del mismo maná del que se alimentaron los israelitas en el desierto, cuando escaparon de Egipto. Las doce tribus se disputaban esta arca, hasta que el rey David, supuestamente por designio divino, se ocupó de ella.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó Guadalupe.

—Se perdió siglos antes de que nuestro señor Jesucristo viniera a este mundo. Se dice que fue robada por el hijo de Nabucodonosor como afrenta a su padre, también que fue salvada por sus custodios cuando vieron que el babilonio arrasaba la ciudad, e incluso que el arca expuesta era falsa y que ya se había perdido anteriormente. Hay tantas historias como historiadores.

»Una de esas leyendas —añadió tras una pausa teatral en la que se divirtió examinando nuestros rostros—, ahora que recuerdo, quizá os interese. Está relacionada con la Orden de los Templarios. Cuando Hugo de Payens y sus compañeros llegaron a Jerusalén solicitaron del rey la zona baja del palacio, allí donde se encontraban las caballerizas. El caso es que esas dependencias estaban ocupadas, pero el rey rápidamente las desocupó. Allí Hugo estuvo cavando durante meses, hasta que al final encontró algo. Aprovechando la excusa que le daba la necesidad de regularizar la Orden, viajó con el objeto hallado hasta Europa. Los que defienden esta teoría afirman que Hugo se trasladó a Tierra Santa con una idea bastante concreta de lo que iba a hallar en las caballerizas del Templo de Salomón.

—¿Podría ser verdad que hubiesen hallado el Arca de la Alianza? —pregunté.

—¿Quién sabe? Cualquier cosa es posible. Pero es improbable. El arca ha sido objeto de búsqueda desde que se perdió. Todas las civilizaciones y religiones posteriores la han buscado. Unos por ser parte de su historia, otros por el poder que

otorga. Hoy en día aún hay locos que dicen que el arca es una fuente de extraordinario poder, que contiene el origen del Universo y no sé cuántas cosas más. Con tanta gente buscándola es extraño que un oscuro caballero francés llegue a Jerusalén conociendo su emplazamiento y en tan poco tiempo dé con ella.

—Quizá —aventuré— los antiguos israelitas construyeran bajo el templo un escondite, en previsión de cualquier urgencia. En aquellos tiempos las guerras serían habituales. Pudieron esconderla hasta que el peligro pasara y cuando perdieron el templo y los mataron, quizá no quedó nadie que conociera su emplazamiento.

—Es posible —concedió escéptico el profesor—. Se ha especulado mucho con esta idea y mucho me temo que siga haciéndose durante toda la eternidad. Me cuesta creer que un objeto pueda permanecer indemne durante tanto tiempo, aunque ahí tenemos el ejemplo de las momias. Pero en este caso sus tumbas no han sufrido los vaivenes del arca. De todas formas, estoy convencido de que si esto es lo que pasó con el arca, si es cierto que la escondieron bajo el templo, aún seguirá allí entre los túneles y cámaras secretas y quién sabe si algún día se podrá encontrar. Desengañaros. Si el arca fue enterrada, a buen seguro que no fueron los templarios quienes la encontraron.

—Recuerdo que durante mi convalecencia usted me contó algo sobre la presencia aquí del cáliz utilizado por Jesucristo en la última cena —trataba de desviar el tema, para que el profesor no sospechara, una vez visto que ya nos había contado lo que sabía.

—Eso dice la leyenda. El diácono del Papa, para salvar el cáliz de la persecución contra los cristianos que se estaba dando en Roma, lo mandó a Huesca. La copa dio infinidad de vueltas por el reino de Aragón por culpa de la invasión musulmana, hasta que Ramiro I ordenó construir la catedral de Jaca como santuario. Después se depositó en el monasterio de San Juan de la Peña, para finalmente ser trasladado a Valencia, donde aún hoy permanece expuesto.

—¿Por qué precisamente Aragón?

—¿Quién sabe? Los Pirineos siempre han tenido fama de inaccesibles. Además, en aquellos tiempos Francia no es lo que es ahora. Se encontraba dividida y una de esas divisiones, y muy poderosa, era Aquitania, al otro lado de los Pirineos. Su nobleza estaba emparentada con la de aquí. Así que ambos flancos de la cordillera estaban protegidos por aliados de la causa, unidos entre sí por lazos de sangre.

—¿Ese cáliz es auténtico?

—¿Qué quiere decir auténtico? —respondió Martín—. Una reliquia es auténtica en tanto que la gente crea en ella. ¿Quieres decir si efectivamente es la copa en la que Jesucristo convirtió el vino en su sangre? En ese caso he de decirte que lo ignoro. No obstante, pienso que, al igual que el Arca de la Alianza, se trata más de un mito que otra cosa. Esa copa tiene tres partes que corresponden a tres épocas distintas, siendo dos de ellas muy posteriores a Jesús y otra, el recipiente en sí, bastante anterior. ¿Usó

esa copa de cientos de años Jesucristo? La lógica dice que no. Utilizaría una copa normal y corriente, la que en ese momento dispusiera el posadero.

En ese momento entró en la habitación la anciana, con un pequeño mantel bordado y un plato de humeantes picatostes. Como pudimos, hicimos sitio en la estrecha mesa y allí Guadalupe extendió el mantel y luego acompañó a la anciana a la cocina para ayudarle con el chocolate.

El profesor, indiferente a la interrupción, continuaba con su perorata.

—¿A lo largo del camino de Santiago qué pueblo que se precie carece del hueso de un santo o un trozo de la Cruz de Cristo? Verdad es que hubo caballeros templarios custodiando el cáliz, pero en su mayoría eran viejos retirados de la vida activa, a los que se les entregó el monasterio para que allí terminaran sus días. Esta práctica era común a otros lugares. ¿Alguien ha preguntado alguna vez si las reliquias de los santos veneradas desde Francia hasta Finisterre son verdaderas? ¡Pero si llenarían ellas solas un campo santo!

—Faustino —dijo la anciana—, deja de aburrir a los chicos. ¡Comed, que se os enfriará si dejáis que mi hijo siga hablando!

Protestamos suavemente, asegurando a la buena mujer que para nosotros era de lo más interesante. A pesar de ello, el tema se dio por cerrado y tuvimos que contar detalladamente a la anciana todo lo relacionado con la obra y nuestras familias. En particular, se mostró muy interesada en la dolencia de Guadalupe, que había motivado su presencia en las montañas. Le dio un sinfín de consejos, algunos de ellos realmente descabellados, o así me lo pareció, a pesar de que la mujer aseguraba que eran mano de santo.

Aún permanecemos un buen rato en la casa del profesor saboreando el chocolate y escuchando historias de la buena mujer, sobre su juventud y la de Faustino, su hijo. Al pobre profesor alguna de aquellas historias le sacaban los colores.

Una vez terminada la merienda, Martín nos acompañó hasta la puerta de entrada. Mientras nos poníamos las chaquetas, no pude resistir la tentación de preguntar:

—Profesor, en el supuesto de que existiera tal tesoro templario, ¿quién lo tendría ahora?

—*Allahu Aalam* —respondió Faustino.

—¿Quién ha dicho? —preguntamos Guadalupe y yo a la vez, excitados. Tratábamos de recordar si habíamos escuchado antes ese nombre.

—*Allahu Aalam* —repitió el profesor— significa «sólo Dios lo sabe».

Nos despedimos desilusionados por esta tomadura de pelo, agradeciendo calurosamente tanto la merienda como la información y caminamos en dirección al autobús. Aún era temprano y debíamos esperar. Sentados en un banco, retomamos la conversación.

Guadalupe se encargó de hacer de abogado del diablo, pese a estar tan emocionada y convencida como yo. Lo poco que había podido explicar el profesor confirmaba lo que sabíamos, aunque debíamos admitir que también se podían

encontrar explicaciones distintas. Una vez agotadas las objeciones dimos por verdadera la historia de mi tío, que hasta entonces no acabábamos de creer.

—Eduardo, si lo que tu tío Paolo te contó es cierto, ¿dónde habrán escondido ahora el arca?

—No lo sé —respondí moviendo la cabeza—. Cuando subieron el arcón a la camioneta se marcharon enseguida, por el único camino que había. Imposible saber cuál era su destino.

—¿No dijiste que la camioneta tenía el número 727 de Huesca?

—Sí, pero ¿qué hacemos con eso?

—Podríamos preguntar de quién es esa camioneta. Lo más probable es que sea alquilada o prestada. No creo que tengan una camioneta propia por aquí.

—Claro, es verdad, pero ¿a quién se podría preguntar?

—Le diré a mi tío —respondió convencida Guadalupe—. Conoce a todos por los alrededores y sabrá cómo averiguarlo. Además, tiene mucho trato con el párroco de la iglesia del Carmen de Jaca, donde oficia el padre Ricardo. Suele subir alguna vez a casa a comer. Quizá él podría enterarse quién tiene las llaves del monasterio o quién era aquel sacerdote que viste aquel día.

—Es buena idea, aunque creo que el sacerdote era tan falso como el contratista.

—Pero sabremos quién tiene acceso a las llaves.

El entusiasmo de Guadalupe era contagioso. Dudaba que fuera tan fácil de averiguar quién y adonde se habían llevado el arcón. Aquellos hombres no dudaban en matar para ocultarse, así que resultaba extraño que dejaran pistas. Por otro lado, quizá su confianza en que nadie estaba tras ellos pudiera hacerles bajar la guardia. En todo caso teníamos algo en que ocupar el tiempo.

Con un rechinar de frenos se detuvo ante la parada el autobús. Incluidos Guadalupe y yo éramos siete pasajeros. Encaramado al techo del vehículo aseguré con cuerdas la bicicleta para que no se cayera durante el trayecto, antes de sentarme al lado de Guadalupe.

Una de las pasajeras que viajaba con nosotros resultó ser vecina de Guadalupe. No nos perdía de vista, sin duda para asegurarse de salvaguardar la honra de la chica. Tuvimos que hacer el trayecto en silencio y dejando espacio entre ambos, para evitar que aquella chismosa pudiera chivarse a la tía de Guadalupe.

Nos bajamos en la misma parada. Dos de los pasajeros continuaron hacia Canfranc, donde debía ir yo. De esta forma me esperaban todavía un buen trecho de ascensión en bicicleta y con apenas luz, pero no me importaba.

Remoloneamos con la bicicleta, a la espera de que la mujer se alejara, pero ella tampoco parecía tener prisa y aguardaba impertinente. Gracias a Dios su cesta parecía pesar mucho y como estaba el suelo mojado no quería soltarla, así que al final hubo de marcharse decepcionada.

Riéndonos, terminamos de bajar la bicicleta y empujándola nos encaminamos hacia el caserón de Guadalupe. Guardamos silencio, pensando en lo poco que faltaba

para separarnos y planeando cómo sería esa despedida.

Lo mismo había sucedido en cada ocasión en la que nos habíamos encontrado a solas. Nerviosos como dos colegiales, no nos atrevíamos a entrecruzar las miradas, tratando de fijar en la memoria ese instante que recordaríamos al separarnos.

—Bueno, Eduardo —interrumpió mis pensamientos—. Creo que será mejor que me vaya. Mi tía estará preocupada y seguro que la vecina ya ha ido a contarle que nos ha visto juntos.

—¿Te dirá algo? —pregunté por decir algo.

—Seguro. Me castigará también. —Y con una sonrisa picara añadió—: pero sabré camelarla para que el domingo me deje bajar a Jaca. ¿Vendrás, verdad?

—Claro. No habrá problema. ¿Seguro que te dejará venir?

—No temas. Estaré en misa de doce. Después ya inventaré algo para marcharme. Espero saber algo de lo que hemos hablado para el domingo y podríamos charlar con el padre Ricardo.

Mantuvimos unos segundos la tonta conversación concretando planes absurdos para el domingo, como si fuéramos dos juramentados, hasta que sin previo aviso Guadalupe se alzó ligeramente sobre las puntas de los pies y me dio un fugaz beso en los labios. El breve contacto consiguió erizar los pelos de mi cogote. Cuando pude reaccionar, ella ya había dado dos pasos hacia atrás y, con una sonrisa en la cara, agitaba la mano en señal de despedida.

Antes de darme cuenta, me encontraba ya en Canfranc. La, en otras ocasiones, empinada cuesta me había parecido liviana con la mente ocupada tal y como la tenía.

Más dura me hubiese parecido de haber sabido que aquél sería el último beso en muchos meses, y que nunca jamás volvería a ver a Guadalupe en aquellas tierras.

Madre se encontraba como de costumbre en la cocina, preparando la cena. No se dio la vuelta al oírme entrar. Sus ojos llorosos no me asustaron, habida cuenta de la enorme cebolla que estaba cortando. Cuando le di un beso, me enseñó ufana una gran lechuga que había conseguido. Junto con la cebolla y algo de jamón sería nuestra cena.

Le pregunté por mi padre. Me extrañaba que no se encontrara en casa repasando los diarios atrasados. Al parecer había quedado a media tarde con algún compañero y se habían marchado. Con aire crítico mi madre opinó que vendría tarde y achispado.

Lavé la lechuga en la pila, algo que gustaba mucho a mi madre. Era de la avanzada opinión de que los hombres debían ayudar en la casa. Ya que no podía con mi padre, le gustaba pensar que sus hijos serían más colaboradores. Por de pronto la pelea con mi hermano estaba perdida. Armando era incapaz de levantarse de la mesa a por agua, aunque se estuviese muriendo de sed.

—¿Dónde has estado? —preguntó madre rompiendo el fuego.

—He bajado a Jaca. Quería hablar con el profesor Martín —contesté, dispuesto a aguantar el embate.

—¿Has ido solo? —Mi madre no estaba dispuesta a dejarse engañar.

—No. He pasado por casa de Guadalupe y ha venido conmigo.

El interrogatorio duró más de lo que me costó quitar a la lechuga toda la tierra, un par de caracillos y un hermoso gusano, que, por el agujero en la hoja, también estaba en la hora de la cena.

Era bastante más tarde de la hora habitual en la que solíamos cenar cuando mi madre empezó a enfadarse con mi padre por no llegar a tiempo. Comenzó a renegar, pasando del italiano en el que conversábamos a un dialecto cerrado muchas veces incomprensible. Cuando se ponía de mal humor era mejor dejarla tranquila, así que aguardé a que diera la orden para poder cenar.

Mientras comíamos yo guardaba silencio, tratando de revivir aquel beso tan corto que empezaba a temer fuera sólo fruto de mi imaginación. Ella seguía despotricando contra padre, pero al menos el interrogatorio sobre mis intenciones con Guadalupe había terminado.

Cuando acabamos de cenar y recogimos todo, mi padre aún no había llegado. No estábamos preocupados, pero por si acaso aduje un cansancio desmesurado para poder ir a la cama. De otro modo estaba convencido de que mi madre no tardaría en hacerme ir a buscarlo.

Mi padre bebía en raras ocasiones y casi siempre con mesura, pero las ocasiones extraordinarias en las que se pasaba solía ponerse muy violento. Si estaba en la tasca y bebido, convencerle para que regresara a casa podía suponer un peligro mayor del que estaba dispuesto a correr. Ya llegaría y con un poco de suerte a la mañana siguiente se encontraría tan mal que no nos deslomaría trabajando.

Tardé bastante en dormirme. Con las manos cruzadas bajo la cabeza, miraba desvelado el techo, reviviendo una y otra vez palabras y gestos de Guadalupe. Me preguntaba si ella estaría igual o por el contrario habría sido capaz de conciliar el sueño. Soñé despierto que en aquel momento estaría asomada a su ventana, que daba a las moles de los Pirineos, tratando de oír algún sonido o de oler algún perfume que bajara de las montañas, llevándole un mensaje de su amado.

Por un momento estuve tentado de asomarme a la ventana para enviarle un beso, pero sonrojándome de vergüenza me cubrí con la manta y me dormí.

A media noche desperté sobresaltado. Permanecí a la escucha, aguantando la respiración. Desde el ataque de los lobos, mis reacciones solían tender a ser un poco desproporcionadas, pero un nuevo sentido desarrollado desde entonces me indicaba que algo ocurría. Al cabo de unos instantes oí unos siseos. Reconocí a duras penas la voz alarmada de mi madre. Enseguida la voz de mi padre le hacía callar. Con el corazón en un puño y tratando de no hacer ningún ruido, me levanté. Tardé un buen rato. El estado de mi cama y el de las tablillas del suelo, junto con mi peso, dificultaban la tarea.

Con mil precauciones entreabrí la puerta y miré al exterior. La luz de una lámpara iluminaba las figuras de mis padres. Ella, con precaución, sacaba la camisa de su marido, impregnada de sangre, lo mismo que sus pantalones. Él, con un gesto de

dolor, sujetaba con una mano el otro brazo, que le pendía inerte al costado. Quitada ya la camisa, vi en el interior del antebrazo y en el costado feas heridas, parecidas a las que dejaría el corte de un enorme cuchillo que al final se hubiese torcido desgarrando más la carne.

Todavía salía a pequeños borbotones la sangre del costado, corriendo por su cuerpo. Doliéndose, se dejó caer en una silla, mientras mi madre dejaba la camisa desgarrada y manchada encima de la pila.

Alarmada, preguntaba a su marido qué había ocurrido, pero éste no contestaba. Por lo que pude apreciar había perdido demasiada sangre. Otra persona menos fuerte habría caído sin sentido, pero mi padre tendría que estar vacío para derrumbarse.

Mi madre reavivó el fuego y puso sobre el hogar dos cazos con agua a hervir. Mientras, lo desnudó del todo, cada vez más pálido.

No sabía si salir de mi cuarto y ayudar, pero algo me decía que era mejor permanecer a la espera.

Viendo que era cuestión de momentos que mi padre se cayera, optó por ayudarle a tenderse sobre una manta puesta en el suelo. Hizo jirones una sábana y con uno de ellos lavó cuidadosamente las heridas. En el otro puchero que ya hervía colocó una aguja de las que usaba para remendar la ropa y la dejó, mientras terminaba de limpiar los restos de sangre. Una vez limpio, echó el agua del cazo por el desagüe y, soplando para no quemarse, enfrió un poco la aguja, a la que enhebró un largo hilo, empapado en alcohol.

Volcó un generoso chorro de alcohol sobre las heridas, ignorando los gestos de dolor de mi padre, que le arqueaban sobre el suelo.

No era la primera vez que veía coser la carne a alguien. A mí mismo me lo habían hecho, pero aquellas lesiones precisaban de manos más expertas. Al parecer mi madre no lo entendía así y con el mismo cuidado que utilizaba para remendar los fondillos de mis pantalones se aplicó en cerrar aquellas espantosas heridas, mientras mi padre, que no había perdido el conocimiento, se negaba a quejarse de dolor.

Una vez terminado de coser, empapó otro de los jirones en una solución que guardaba en un frasco, hecha con plantas y que a buen seguro no sería recetada por el médico, y doblando el improvisado apósito, lo colocó sobre las heridas. Finalmente vendó fuertemente con los restos de la sábana y ayudó a mi padre a incorporarse.

Apoyado en ella alcanzó su cama y con cuidado, para que los vendajes no se movieran, se sentó. En voz baja ordenó a mi madre deshacerse de todo aquello y lavar y remedar camisa y pantalón, de forma que no quedara huella.

Aquello no me gustaba nada. Estaba claro que la reacción de mi padre y las heridas no se correspondían con las que cabría esperar de una pelea de borrachos. Además, ni su voz ni su aliento denotaban embriaguez. ¿Qué habría sucedido?

Madre regresó a la pila tras entrecerrar la puerta de su dormitorio y examinó la andrajosa camisa con aire crítico. Difícil sería disimular aquel desastre. Sin desanimarse, llenó la pila de agua y enjabonó la prenda para luego estrujarla sin

compasión. Necesitó varias aguas hasta quedar satisfecha. Mientras la camisa quedaba tendida junto al hogar para secarse, tocó el turno de los pantalones. Una vez limpios los tendió y retomó la camisa para remendarla.

¿Que debía hacer yo? Estaba claro que no querían mi presencia. ¿Tenía que mostrarme e intentar ayudar? Pasé más de una hora espiando por la rendija, hasta que mi madre concluyó la tarea y se fue a acostar. Cuando cerró la puerta de su habitación hice lo mismo con la mía y me tumbé en la cama. Tampoco dormiría esa noche.

Afortunadamente nuestro cuerpo no siempre obedece las órdenes del cerebro y actúa con independencia. No habrían pasado quince minutos desde que me acostara que me dormí profundamente, sin despertarme hasta que mi madre me llamó para levantarme. Quizá mi organismo era más sabio que yo y entendía que un buen descanso ayudaría a ver las cosas más claras.

Me levanté y entré en la cocina como si no supiera nada. En la mesa me esperaba el desayuno, igual que los demás días. De mi padre ni rastro, su habitación estaba abierta y la cama hecha. ¿Dónde habría ido? ¿Habría empeorado y estaría en el hospital?

Sin atreverme a preguntar comencé a comer desganadamente, espiando los gestos de mi madre. Preparaba una cacerola con lentejas, afanándose en quitarles las piedras. Era un plato que yo detestaba, pero mi madre recitaba sus virtudes cada vez que las guisaba, así que opté por no mostrar mi desagrado.

—¿Llegó tarde padre anoche, no? —pregunté armándome de valor.

—Muy tarde. Pasada la medianoche. Ya estaba dormida cuando se acostó.

—¿Y dónde estaba? —inquirí, ignorando la mentira.

—Jugando a las cartas en la tasca, con unos compañeros. Dijo que se le había pasado la hora.

Mi padre despreciaba los juegos de cartas. Tan sólo algunas veces, y por dar gusto a mi madre, consentía en jugar un par de manos o tres antes de abandonar. Si quería mostrar despreocupación, no lo estaba consiguiendo.

—¿Y dónde está ahora?

—Se ha levantado temprano. Según dijo, ayer tenía que visitar unos almacenes en Sabiñánigo y en Huesca. Tardará un par de días en regresar, así que hoy no oiréis sus gritos.

No pude reírme, alarmado como estaba. Mis temores de que se encontrara realmente mal regresaron. A punto estuve de confesarle que lo había visto todo, pero me mordí la lengua. Decidí esperar acontecimientos durante esos dos días.

La mañana del jueves llegué a la obra sin haber podido conciliar el sueño en toda la noche. Estaba reventado y los temores me acosaban. Como ya sabía, mi padre no apareció por ningún lado.

Con la tartera del almuerzo en la mano me detuve a mirar aquella maldita construcción que tantas vidas estaba destrozando. Me quedé sorprendido. Pese a ver la estación todos los días y conocerla de memoria, no era consciente del profundo cambio que había dado desde nuestra llegada.

Realmente era magnífica. Levantada en mitad de la explanada, iba a ser la segunda estación más larga de toda Europa. Desde la distancia recordaba a los palacios franceses que había visto al venir de Italia y en los que seguramente se inspiraba. La tercera planta, en la que estábamos trabajando, se cubriría, cuando se cerrara el tejado curvo con pizarra, con lo que los franceses llaman mansardas, que acentuaría el parecido.

Me maravillaba su simetría. Una bóveda central con una gran puerta redondeada dividía el edificio como si de dos largos brazos se tratara. Tenía tantas ventanas como días el año y setenta y cinco puertas. Me hice la misma pregunta que la primera vez que vi la construcción un año atrás, cuando sólo se intuía la grandiosidad de la obra. «¿Qué hacía aquella imponente edificación en mitad de tan agreste paraje?».

La sirena que indicaba el comienzo de la jornada interrumpió la cadena de pensamientos y me di prisa en llegar a mi puesto.

Estábamos subiendo unos puntales cuando oímos unos gritos al otro lado de la estación. Por el hueco de una de las ventanas nos asomamos para ver qué sucedía. Dos obreros corrían mientras otro se asomaba a un hoyo en el que iban a echar cemento.

Convencidos de que se trataba de un accidente, bajamos para ver si se podía ayudar. De todos los lados convergían operarios acercándose al foso. Para allí corríamos mis compañeros y yo.

Era un hoyo donde se iban a instalar unos silos, destinados a almacenar mercancías cuando la vía entrara en uso. Lo habían cavado días atrás y hasta hoy se encontraba tapado con una lona embreada, con las esquinas pisadas por grandes piedras para que no se moviera y entrara agua en caso de lluvia.

No era la primera vez que alguien caía en uno de esos agujeros, pero no solía pasar de una pierna rota. Cuando logré asomarme, vi un cuerpo en el fondo, con toda la ropa manchada de sangre. Lo primero que me vino a la cabeza es que se trataba de mi padre, pero en seguida me tranquilicé. A pesar de no haber regresado todavía, no eran sus ropas.

Acababa de llegar un capataz, empujándonos sin contemplaciones y maldiciendo entre dientes. Los operarios que iban a verter el hormigón decían que al quitar la lona embreada habían visto en el fondo unas maderas. Cuando fueron a quitarlas con un bichero, descubrieron debajo el cuerpo y habían corrido a avisar. Hasta el más estúpido podía darse cuenta de que nadie se cae a un hoyo, justo debajo de unas maderas y luego se coloca la lona embreada encima.

Uno de los obreros señalaba que el hormigón debía haberse puesto la noche anterior para que fraguara, pues iba con retraso. Pero faltaba masa y habían tenido

que esperar al día siguiente. De haberlo rellenado a la noche no habrían visto las maderas y ahora el cuerpo yacería sepultado por toneladas de hormigón.

El capataz maldecía entre dientes mientras alguien apuntaba que sería mejor esperar a la Guardia Civil antes de sacar el cuerpo, que obviamente no necesitaba de nuestros cuidados. El médico, que llegaba en ese momento, confirmó la evidencia.

Colocaron otra vez la lona, sujeta con las piedras. El capataz ordenó a los del hormigón que esperaran allí sin moverse hasta que llegara la Guardia Civil y después nos gritó a los demás para que volviéramos al trabajo.

Ahora maldecía en voz alta. Aquel hormigón que debería estar ya fraguándose tendría que ser utilizado en otra cosa y el silo se retrasaría varios días, por culpa de la investigación de aquella muerte. Ignorando la evidencia, el capataz se alejó maldiciendo a los borrachos que no sabían beber y caían a los agujeros.

Durante toda la jornada matinal estuvimos esperando a que llegara la Guardia Civil, dedicando miradas de aprensión a la lona, como si esperásemos que en cualquier momento se moviera y el cadáver saliera de allí.

Después del almuerzo llegó por fin una pareja de guardias civiles, acompañados por el juez de Jaca, tan amigo mío, y el doctor don Manuel, que haría las veces de médico forense en el levanta miento del cadáver.

La pareja de civiles, imponentes con sus botas altas, el traje verde cerrado en el cuello, el cinturón y aquel curioso tricornio, desalojaron a los pocos que aún se mantenían merodeando, y, con los fusiles en bandolera, esperaron órdenes.

El juez, junto con don Manuel, se asomó a la boca del agujero y ordenó retirar la lona. Trajeron unas cuerdas y un bichero, y los operarios sacaron con mucho esfuerzo el cadáver. Parecía ser tremendamente pesado. A la distancia que nos encontramos no se podía ver el rostro, totalmente cubierto de tierra, así como las ropas y el pelo. En una camilla que habían traído depositaron el cadáver y lo condujeron hasta la obra, donde remoloneaban los obreros ávidos de noticias.

Dejaron la camilla en el suelo y retiraron la sábana para que todo el mundo pudiera verlo. El juez, con aires de importancia, ordenó que todo aquel que reconociera el cuerpo debería decirlo para establecer su identidad y colaborar en la investigación de lo que él consideraba un terrible asesinato.

No quería que el juez reparara en mí, así que me mantuve en el hueco de una ventana, a espaldas de éste. Observé que el médico empapaba unas esponjas en un balde de agua y limpiaba el rostro del infortunado.

Casi me caí de la ventana. Con ojos de espanto tenía puesta la vista en el desmadejado cuerpo. Como en una pesadilla reconocí sin ningún género de dudas al misterioso albino, Paolo Convalli, primo de mi madre. Al igual que en un sueño oí a la vez lejos y a la vez cerca, la voz del médico explicando que el sujeto había fallecido presumiblemente de varias cuchilladas en el torso, afectándole más de una en el corazón, de ahí la cantidad de sangre.

Ninguno de los obreros reconoció el cadáver a pesar de las insistentes preguntas del juez. No era extraño que nadie admitiera conocerlo. Nadie de los presentes quería mezclarse en aquel turbio asunto. Poco a poco los operarios se alejaban tratando de no hacerse notar. Una vez satisfecha la morbosa curiosidad, estaba claro que permanecer allí sólo serviría para complicaciones. Los últimos que quedaron tuvieron más problemas para alejarse sin ser echados en falta, pero al final solamente quedaron los civiles, el juez, el médico, los operarios que lo habían descubierto y que ahora maldecían su suerte, junto al capataz, que afirmaba una y otra vez que aquel extraño individuo no pertenecía a la obra.

Finalmente levantaron la camilla y se encaminaron a un almacén de madera. Una vez dentro cerraron las puertas. No tardaron demasiado en salir los empleados del almacén, que tampoco querían saber nada del asunto.

Los obreros se reunían discretamente en grupitos para comentar lo sucedido, inventándose las más descabelladas versiones sobre lo que había podido ocurrir y sobre la identidad del cuerpo.

Traté de mantenerme al margen, pero por las miradas de un par de compañeros, que me preguntaron a ver qué pensaba, entendí que resultaba más sospechoso y no tuve más remedio que acercarme a uno de esos grupitos, donde un carpintero mayor desgranaba una teoría inverosímil a sus aprendices, que parecían beber de sus labios.

—¿Por qué lo habrán arrojado ahí? —preguntaba uno.

—Hubiese sido más fácil esconderlo entre los árboles. Nadie lo hubiese encontrado —decía otro.

—Sin duda el asesino trató de hacer eso mismo —respondió un carpintero reconvertido en criminalista—. Pero no tuvo tiempo. Arrastraría el cadáver y, cuando vio que había alguien cerca, acojonado, lo arrojó en el hoyo y escapó.

—¿El asesino pertenecerá a la obra? —preguntó un osado. Automáticamente todas las miradas se dirigieron al enterado, como si estuviese en posesión de la verdad.

»Seguro que no —contestó él mismo, consciente de la expectación que despertaba y disfrutando como un loco—. El que se lo ha cargado ha intentado deshacerse del muerto aquí por si resultaba que alguien lo encontraba. ¿Habéis visto las ropas del muerto? Son caras, no pertenecen a nadie de la obra y ninguno de nosotros conoce a alguien así. Si yo fuese la Autoridad —añadió poniendo énfasis en la palabra—, os aseguro que investigaría entre los amigos y familiares de este tipo, cuando logren identificarlo.

Escapé de aquel corrillo incapaz de aguantar más estupideces. Se acercaba la hora de acabar la jornada y no quería traicionarme, así que me sumé a los obreros, que, poco a poco, volvían al trabajo.

Con manos temblorosas continué subiendo puntales, ajeno a los comentarios que oía. No podía haber lugar para la incertidumbre. Estaba seguro de que mi padre tenía que ver con aquello. Por alguna razón desconocida, se habrían visto aprovechando la

tarde libre del miércoles y pelearon. Mi padre quedó herido, pero vencedor. Después trataría de esconder el cuerpo, pero estando herido y con el pesado cuerpo de Paolo, no podría avanzar mucho y decidiría arrojarlo al foso, esperando que fuese cubierto de cemento sin que nadie lo apreciara.

Finalmente sonó la sirena que marcaba el final de la jornada y, tras despedirme de mis compañeros, monté en la bicicleta, rumbo a casa. Por el camino iba pensando si decir algo a mi madre o no. Las cosas estaban bastante mal y quizá sería necesario ponerla sobre aviso. Por otra parte, podía suceder que ya estuviera al corriente de todo y le causara más quebraderos de cabeza.

Sin haber tomado una decisión, entré en nuestro domicilio. Al igual que todas las noches, se hallaba preparando la cena. Sin ver qué cocinaba presupuse que se trataba de pan tostado con aceite, ajo y tomate untado, cena habitual de los viernes. Saludó sin especial énfasis, dejándome con la incógnita de si sabía lo que estaba ocurriendo.

—¿Ya llegó padre?

—Que va. No sé qué estará haciendo. Seguro que se ha quedado por el camino, cenando con alguien —respondió con tranquilidad.

Perplejo por su despreocupación me senté a cenar. No tenía ganas de hablar pese a los intentos de mi madre por que le contara los proyectos para el fin de semana. Un rato después de la cena, fingí cansancio y me marché a mi habitación. Aquella noche el sueño se hizo de rogar.

La mañana del sábado llegó cargada de noticias. Tras el desayuno subí pedaleando hasta la obra. En el barracón donde nos cambiábamos oí a alguien decir que habían detenido al asesino del desconocido. Alarmado, casi me descubro. Recobré a tiempo la compostura y me tranquilicé. Al parecer habían detenido a un borracho, visto por la obra la noche del crimen. Mi amigo el juez, deseoso de cerrar un caso tan desagradable cuanto antes, había encarcelado al pobre diablo. Sentí remordimientos por el tipo, pero me dije que no tardaría en quedar libre porque no tenían ninguna prueba contra él.

Hubo más sorpresas. Cuando llegué con mis compañeros al edificio de la estación, mi padre se encontraba, planos en mano, subido a una grúa, inspeccionando el trabajo realizado en su ausencia. Me saludó despreocupadamente, perdiendo enseguida el interés por mí. No fue ése mi caso. Miraba a mi padre como si se tratara de un fantasma. Sin poder apartar la vista de él, por poco me caigo del andamio al que estaba subiendo, ante las protestas del compañero que me seguía.

Durante la jornada no intercambiamos palabra. En el almuerzo desapareció como hacía en ocasiones. Apenas probé el mío. Notaba el estómago revuelto y la comida me producía arcadas. Repasaba todos y cada uno de los gestos de mi padre durante la mañana. Se había mostrado menos activo que de costumbre, aunque nos gritó lo

mismo. Había notado que evitaba mover su brazo izquierdo, donde estaba herido, pero creo que fui el único en darme cuenta.

Cuando acabamos el trabajo regresé a casa en la bicicleta. Para cuando entré en casa mi padre, no sé cómo, ya se encontraba allí. La escena que presencié no podía ser más irreal. Mi padre, sentado a la mesa, leyendo atentamente los diarios y mi madre preparando unos espaguetis a la carbonara, la cena de los sábados. Una estampa familiar común a múltiples veladas anteriores en la nuestra.

¿Me estaba volviendo loco? ¿Habría soñado con la discusión mantenida entre el albino y mi padre? ¿O con la llegada, tres días antes aunque parecían tres meses, de Giuseppe sangrando y con la ropas destrozadas? ¿Sería fruto de mi imaginación la escena en que el médico lavaba la cara del cadáver abandonado y yo reconocía el rostro de Paolo Convalli?

No pude cenar. El nudo que sentía en el estómago aumentaba en vez de disminuir. Mi madre preguntaba si me encontraba bien y yo sólo quería gritar. Quería agarrar por el cuello a mi padre y pedirle explicaciones por lo que estaba ocurriendo.

—Eduardo —decía mi madre solícita—. ¿De verdad te encuentras bien? Te veo muy pálido.

—Déjale tranquilo. Se encuentra perfectamente. No tendrá hambre. Ha estado todo el día en babia y no ha gastado fuerzas. A saber en qué habrá estado pensando.

¡En babia! Se había dado cuenta de mi estado y encima me acusaba de no estar atento al trabajo. Mi furia creció hasta tal punto que me levantaba ya de la silla para responder cuando llamaron a la puerta. Mi madre se levantó pensando que se trataría de una vecina a la que se le había terminado algún condimento.

—*Buona sera, signora Biggi* —oí cómo una voz desconocida se dirigía a mi madre en italiano—. ¿Está su marido?

Mi padre se levantó de la mesa y yo le seguí. Algo en el comportamiento de mis padres me indicaba que aquella visita no era de cortesía y podía haber problemas.

Me quedé helado. En la puerta se encontraba el hombre moreno que había visto con el albino en el paseo de Jaca, el día de mi primera entrevista con él. Le acompañaban dos individuos más jóvenes. No tuve problema para reconocer a uno de ellos como el subalterno de Paolo. El mismo que, al menos en dos ocasiones, me había sacado de apuros.

—Buenas noches, Luca —saludó en español, desafiante, mi padre.

No debería haberme sorprendido de que se conocieran habida cuenta de lo que me había contado el albino, pero supongo que no tenía asimilada aquella increíble historia.

—Giuseppe ¿podríamos hablar un momento a solas? No se preocupe, señora, será sólo un momento. No lo entretendré demasiado.

—No te preocupes —le dijo mi padre con calma a mi madre—. Todo está bien. Ve a casa de una vecina.

Yo, convencido de que iba a haber problemas, me anclé tras mi padre, dispuesto a ofrecer pelea si a eso venían. Los hombres del italiano me miraban con dureza mientras nos calibrábamos.

—Tú también, hijo —añadió mi padre sin volverse.

Uno de los secuaces tuvo la osadía de agarrarme al ver que me resistía a irme. Con la mano libre le enganché del cuello y lo empujé contra la pared. Antes de que pudiera reaccionar, mi padre me había separado casi sin esfuerzo, ante la indiferencia del tal Luca, que miraba impassible la escena.

—Eduardo. He dicho que fuera. Hazme caso, aunque sólo sea por una maldita vez en tu vida.

Dolido por estas palabras, que consideraba tan injustas como humillantes, abandoné la casa sin querer mirar a los visitantes. El hombre entró con mi padre y cerró la puerta, quedando los otros tipos fuera, vigilando.

Permanecimos en la calle un buen rato. Mi madre no podía disimular la preocupación. Yo, atento a algún ruido que delatara una pelea, la miraba apenado. Al cabo de lo que serían veinte larguísimos minutos, oímos pasos por la escalera. Los tres individuos pasaron a nuestro lado. El jefe saludó a mi madre y sus secuaces intercambiaron miradas intimidatorias conmigo.

Subimos a casa, donde mi padre sacaba de un armario nuestras maletas. Aparentaba una calma absoluta y trataba de contagiarnosla cuando mi madre se echó en sus brazos.

Con palabras cariñosas, que nunca hubiese sospechado pudiera pronunciar, le acariciaba los cabellos, consolándola. Yo estaba plantado en la puerta, sin saber qué hacer o decir, con el corazón en un puño. Cuando la tranquilizó un poco, nos dijo que recogiéramos de inmediato todas nuestras pertenencias, dejando lo que no fuera imprescindible o abultara demasiado.

Aquella calma que destilaba le daba una nueva imagen, desconocida para mí, y hacía mucho más creíble la historia contada por Paolo. Parecía una persona distinta, más tranquilo, seguro de sí mismo y con más autoridad aún. Diría que incluso había crecido físicamente.

Sin intentar oponernos o pedir explicaciones, comenzamos a recoger todas las cosas, tan sólo un año después de nuestra llegada. En la calle un coche nos aguardaba. Metimos las maletas y algún otro bulto y el chófer arrancó en dirección a casa de mi hermano.

Solamente mi padre subió al piso. Yo estaba convencido de que Armando no se dejaría persuadir y que se repetiría la bronca de antaño, pero media hora más tarde aparecieron ambos con su familia y los pertrechos. Subieron al mismo coche, donde nos apelotonamos sin intercambiar palabra alguna. Si mi hermano estaba enfadado no lo demostraba. Su mujer, en cambio, parecía aterrorizada.

Una vez más el chófer arrancó y bajamos la montaña. El viaje de noche y lloviendo se hizo interminable, hasta que llegamos a la entrada de Pamplona. Allí el

vehículo se detuvo y descendimos.

No hubo despedida. En cuanto sacamos nuestras cosas del coche, éste partió en la misma dirección de la que había venido.

Allí estábamos. Madrugada de un domingo lluvioso, mediado el mes de junio, con las maletas en las manos, a las puertas de una desconocida ciudad y sin saber adonde ir. Mi pensamiento volaba hacía Guadalupe, con la que había quedado para ahondar en la búsqueda del misterioso arcón. Ya no podríamos buscar el padre Ricardo, en el que habíamos depositado nuestras esperanzas como punto de partida en la investigación, ni averiguar de dónde había salido la camioneta en la que se llevaron el arca. Pensé que, peor que esto, era que quizá nunca más la volvería a ver.

El camino se abría allí, al frente, y nuestros destinos galopaban ya lejos delante de nosotros.

Mi madre, práctica como siempre, rompió el silencio:

—Vamos. Nos estamos mojando tontamente. Busquemos un lugar en el que pasar el resto de la noche.

EPÍLOGO

Aquí termina el diario de mi abuelo.

Por mucho que he buscado no he encontrado nada más. ¿Qué pasó a partir de entonces? ¿Qué fue lo que hablaron Luca y mi bisabuelo que les obligó a huir? La lógica dice que la visita tenía relación con la muerte del albino. ¿Iban a vengarse de Giuseppe?

No lo sé. No he podido reconstruir la historia desde que llegaron a Pamplona hasta que se instalaron en San Sebastián, ni el reencuentro de Eduardo con mi abuela Guadalupe. Podría haberme inventado un romántico encuentro, o una feliz conclusión a aquella repentina marcha, pero he preferido no ir más allá de lo que dejó escrito mi abuelo.

Si alguien se ha sentido decepcionado por el frustrante final, ése soy yo. Pero es que, por más que lo he intentado, no he podido averiguar qué fue de los personajes que aparecen aquí, ni dónde se haya escondido aquel arcón que pudiera tener el secreto de los templarios, ni si tendría relación con la enigmática Arca de la Alianza.

Cuando estos escritos llegaron a mí, tanto Eduardo, como su padre, José, Virginia, Armando y todos los que vivieron esa época, yacían bajo tierra.

Eduardo se casó con Guadalupe y trabajó en su gran pasión: los coches. Giuseppe y Virginia murieron catorce años después de abandonar aquellas tierras, con una diferencia de una semana entre ellos. Mis abuelos, a su debido tiempo, siguieron el mismo camino. Nadie recuerda que ninguno de ellos regresara alguna vez a Canfranc, ni siquiera que mencionase su paso por aquellas tierras.

En cuanto a la estación internacional y la maldición que le echara el albino, esto es lo que sucedió:

Acabada en 1925, fue inaugurada finalmente por Alfonso XIII y el presidente francés Gaston Doumerge el 18 de julio de 1928. Ocho años después, la guerra civil cerró fronteras y se tapió el funesto túnel. Para entonces ya se había producido un importante incendio en el Hotel Internacional, situado dentro del edificio de la estación. Además los datos estadísticos apuntaron unos resultados económicos muy inferiores a los previstos. Un año después de acabar la guerra civil se reabrió el tráfico, aunque de forma testimonial, ya que Europa se hallaba en guerra. Precisamente durante ésta, un destacamento de soldados alemanes se encontraba acantonado en la estación para supervisar transportes. En 1944 un terrible incendio destruyó el pueblo de Canfranc. Se recogieron fondos en toda España para su reconstrucción, fondos que jamás llegaron a su destino. Ese mismo año se cerró el túnel por un lustro, debido a las diferencias entre España y Francia. En 1954, por fin, la línea cogió algo de carrerilla con la exportación de cítricos, pero éstos se congelaban y los productores prefirieron transportarlos por Cataluña y el País Vasco.

Canfranc necesitó casi diez años para recuperarse de este golpe, malviviendo con el escaso tráfico de pasajeros, hasta que a finales de los años sesenta se animó con la importación de trigo.

Pero la maldición que soportaba esta línea no se extinguió. El 27 de marzo de 1970 un tren francés que transportaba trigo subía desde el país vecino. Los raíles estaban helados y comenzó a patinar. Uno de los maquinistas se bajó e intentó echar la arena que llevaban para esas situaciones pero, mojada, no funcionó. Desesperado, echó tierra del camino. Vano esfuerzo. La máquina empezó a deslizarse a toda velocidad cuesta abajo, descarriló y derrumbó el puente francés de L'Estanquet. Una breve nota informó a los españoles del suceso.

La línea se vio definitivamente cortada y la estación, el túnel y todo el entramado, orgullo del pueblo español, se vieron abocados al ostracismo. Hasta hoy.

Parece que el albino no se equivocó mucho en sus predicciones. Giuseppe pudo ver con gran tristeza el cierre temporal del túnel y del tráfico internacional durante la guerra civil. Fue testigo de la progresiva decadencia de la línea. Los vaticinios sobre los estragos que causarían las bajas temperaturas en los productos agrícolas se cumplieron. También fueron determinantes las heladas y los fuertes desniveles en el cierre definitivo cuando el tren francés descarriló.

Afortunadamente para entonces, tanto Giuseppe como Eduardo habían fallecido.

¿Fue mi abuelo un loco o una persona imaginativa que se inventó todo aquello? Los que le conocieron aseguran que no. Lo describen como serio, de fuerte carácter, dispuesto a la risa con sus amigos y con un pronto que asustaba a quien no le conocía. *Bon vivant*, que dicen los franceses, al que no le preocupó adonde iría a su muerte. Tan terco que no dejaría de fumar a pesar de saber que el tabaco acabaría con él. No me parece la imagen de una persona capaz de inventar semejante relato.

Guadalupe tardó varios años en seguirle y que yo sepa, jamás habló de aquellos tiempos en que por prescripción facultativa fue a la montaña.

He dicho que desconozco qué sucedió con el arcón que sacaron del monasterio de San Juan de la Peña, pero esto no es del todo exacto.

Entre el diario, cartas, facturas y recortes también había unas pocas fotografías. Posiblemente fueran esas fotos lo que evitó que se tiraran los papeles. Un recuerdo sentimental. Es una de estas instantáneas la que viene al caso. No lo he incluido en la historia, pues es una mera especulación sin demasiada base y no he querido fantasear.

Es esta fotografía, bastante deteriorada, se ve un paisaje. Está sacada desde una colina o similar. Con dificultad se pueden apreciar campos labrados a sus pies, en una planicie por la que serpentea un río, salvado por un puente medieval de tres ojos. Hay unas pocas casas en el lado más cercano y al fondo se aprecia otra colina o monte bajo con una mancha más oscura difícil de precisar.

Nada indica dónde podía haber sido tomada esa fotografía. En el dorso de la imagen, en una letra diferente a la de mi abuelo, reza: «Custodiada por las fuerzas de la tierra y del cielo descansa por otros mil años bajo las aguas, aguardando la venida de quien la reclamará».

¿Qué era aquello? ¿Se referiría al lugar donde estaba escondido el arcón? ¿Qué significaba eso de «custodiada por las fuerzas de la tierra y del cielo»? ¿Y a qué «aguas» se refería? Seguro que no eran las del río, bastante seco por cierto. Tratar de encontrar desde dónde había sido tomada la fotografía era como buscar la proverbial aguja del pajar. Mostré la foto a toda la gente mayor conocida pero nadie pudo ayudarme. Carecía de características que la identificaran.

Pero en aquella ocasión me sonrió la fortuna.

Dedicando horas a uno de mis pasatiempos favoritos, traté digitalmente la fotografía, la limpié, probando varias alternativas para darle más resolución y contraste, aumentado cada trozo de superficie. Conseguí dos logros que a la postre serían decisivos, aunque en un principio no ofrecieran demasiada información.

En primer lugar los que habían construido el puente se habían quedado sin piedra o así parecía, ya que en el extremo más alejado se cortaba en seco, a una altura de unos seis o siete metros. Para salvar esto habían colocado una pasarela de madera de veinte o treinta metros de longitud, que le daba un curioso aspecto.

El otro era la mancha existente en el monte que se encontraba al fondo de la imagen. Tras retocarla se podía apreciar que se trataba de unas torres almenadas, como si fuesen parte de una fortaleza o castillo.

Armado con estos nuevos descubrimientos volví a la carga. Examinando diversas fuentes documentales, cayó en mis manos un libro sobre fotografías del Pirineo de principios de siglo. Entre personajes pintorescos y paisajes nevados, me topé con una fotografía que recordaba a la mía, pero tomada casi desde el ángulo de enfrente. Allí aparecía el curioso puente, las casas y la meseta con un pueblo en lo alto.

Excitado, examiné toda la colección con lupa. Realmente allí se encontraba el puente, o al menos uno muy parecido. El pie de página hacía mención al pueblo de Tiermas, situado a caballo entre Jaca y Pamplona, por donde yo había pasado innumerables veces.

Estaba convencido de que había dado en el clavo. No me equivoqué. Con el coche llegué hasta la meseta donde se alza el pueblo de Tiermas y examiné el paisaje. Localicé el castillo de Ruesta y sus torres al fondo.

Al final se aclaraba el significado de la inscripción. Entendí por qué era irreconocible el lugar. Hoy tanto el castillo y su pueblo, como el de Tiermas, están en ruinas y abandonados. Motivo: la planicie que se encontraba a los pies de ambos pueblos contiene ahora millones de litros de agua en un pantano que abastece la zona. Allí tenía «las aguas» a las que se refería la cita.

También comprendí el sentido de la anotación: «Custodiada por las fuerzas de la tierra y del cielo». Se refería a las fuerzas terrenales: el castillo, y las espirituales: la

iglesia en la que me hallaba y desde la que se había tomado la foto.

¿Demasiada casualidad? No lo creo. Aquel pantano fue proyectado en 1907 y en los años treinta comenzaron las obras. ¿Qué mejor lugar para esconder el arcón sin miedo a que fuera profanado que bajo tal cantidad de agua? ¿Quién sacó la foto y escribió al dorso la enigmática cita?

No lo sé, pero desde entonces cada vez que paso por el lugar un escalofrío me recorre la espalda.

Agosto, 2004



IÑAKI BIGGI. Nació en San Sebastián (Gipuzkoa) en 1965. Estudió psicología en la Universidad del País Vasco, y es un apasionado autodidacta de todo lo que tiene que ver con la Historia. Hasta la fecha tiene publicadas dos novelas: *El Santuario* (2005), *La fórmula Stradivarius* (2007), y *Valkirias* (2018).

Índice de contenido

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

Parte I

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Parte II

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Epílogo

Sobre el autor